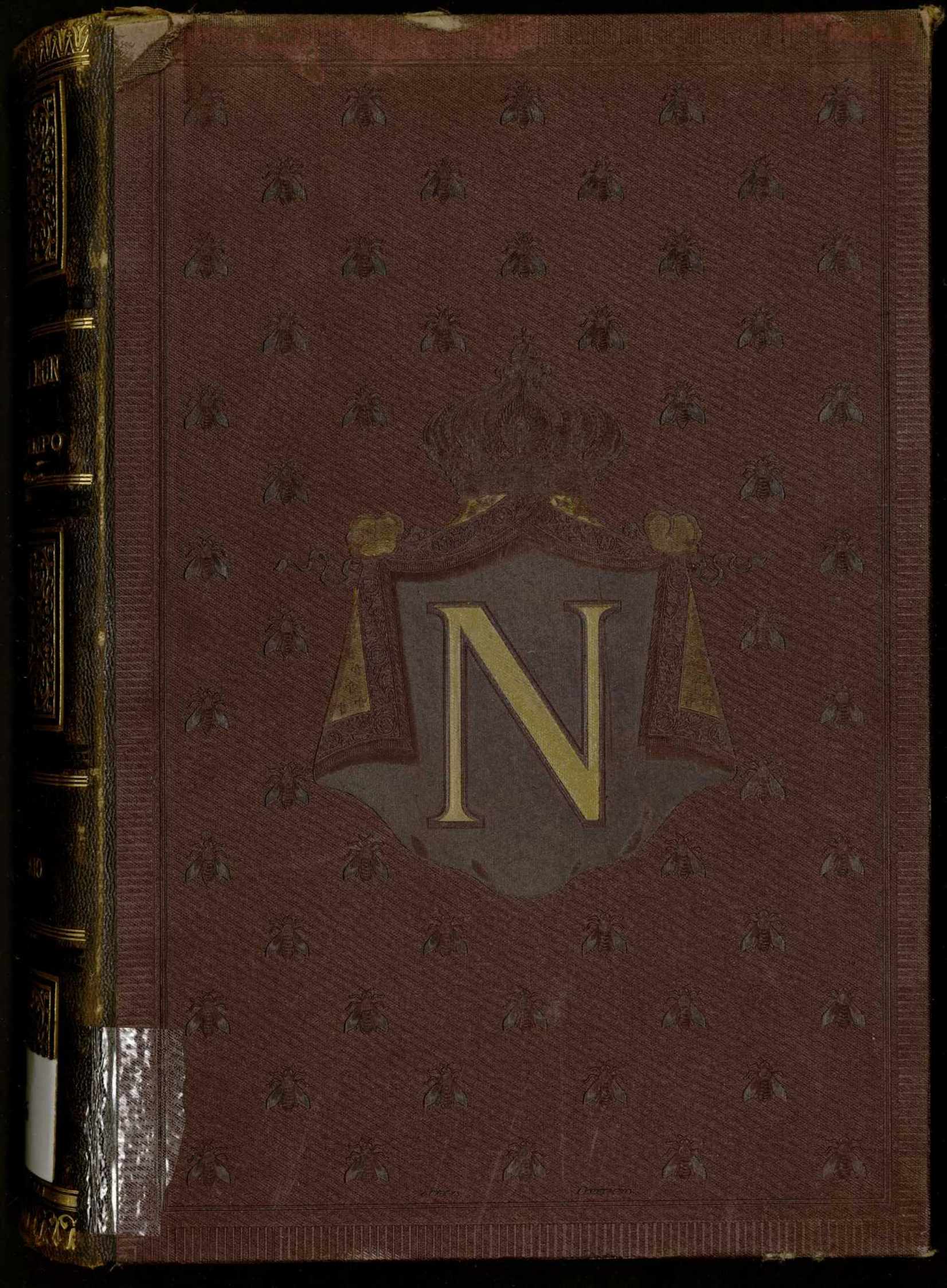


1182695
DR
784.6

Nicolás Rivero — 1934

NAPOLEÓN

Y SU TIEMPO

EL IMPERIO


SALVAT
Y C.ª
S.EN C.


1804
AUSTERLITS
ULMA
FRIEDLAND
JENA-AWERSTAD
WAGRAM
ABENSBERG
MOSCOW
ELENA
5 de MAYO
1821
EUROPA

M. ROGER PEYRE

NAPOLEÓN

Y SU TIEMPO

EL IMPERIO

OBRA ILUSTRADA

CON NUMEROSOS GRABADOS Y FOTOGRABADOS, SEGÚN LOS DOCUMENTOS DE LA ÉPOCA Y LOS MONUMENTOS ARTÍSTICOS

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR

Federico Schwartz

BARCELONA

SALVAT Y C.ª, S. EN C., EDITORES

220, CALLE DE MALLORCA, 220

Es propiedad

Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria
7846



La patria, agradecida, proclama á Napoleón emperador de los franceses. (Por Carlos Vernet)

CAPÍTULO PRIMERO

PRIMER AÑO DE IMPERIO

LA CONSAGRACIÓN. — CAMPAMENTO DE BOLOÑA. — TERCERA COALICIÓN

La época del Consulado fué la más gloriosa y próspera de Francia.

El Imperio, que parecía su complemento, no dejó de despertar ciertos recelos en los hombres previsores; sin embargo, no eran infalibles sus predicciones, dependiendo de la manera que el nuevo soberano usara de su poder. Muy difícil era realmente su situación, ya que tenía que luchar en el exterior con ambiciones tan grandes como la suya, pero de las que Napoleón podía triunfar apoyado por la nación francesa.

«Si mi hermano, dijo Luciano Bonaparte, pudo trocar tan fácilmente su gloriosa é invencible espada republicana por el cetro de los monarcas, fué sin duda porque debió creer, y ha creído en efecto, que no podría de ningún modo, y sobre todo que no querría en absoluto renegar de las ideas francamente liberales profesadas por el primer Cónsul... La corona otorgada al general Bonaparte, y que entonces constituyó una verdadera legitimidad, no fué, no, en modo alguno

el símbolo de la esclavitud, al que voluntariamente quiso someterse un pueblo regenerado al grito de libertad de la Revolución de 1789; fué, por el contrario, una revelación del poder de este mismo pueblo, ya que procedía de su voluntad soberana.»

La Santa Sede hizo por la nueva monarquía lo que no había hecho por Carlomagno: el Pontífice vino á París para consagrar á Napoleón, quien por su parte había demostrado su deferencia hacia el clero encargando á Portalis el ministerio de Cultos, creado en 10 de Julio, estableciendo, en 6 de Agosto, las misiones extranjeras y protegiendo los seminarios. El día 2 de Diciembre de 1804 se verificó la consagración en Nuestra Señora con inusitada pompa, como puede verse por los grabados que ilustran este capítulo. Se trató, en el Consejo de Estado, de realizar esta ceremonia en el Campo de Marte, como un recuerdo de la fiesta de la Federación, pero á ello se opuso Napoleón haciendo observar que «entonces el pueblo era soberano, por lo cual todos los actos debían ser públicos, mientras que ahora se ha de evitar que continúe en tal creencia.» «Calcúlese,—añadió,—el efecto que producirían el Emperador y su familia, con sus magníficos trajes de corte, expuestos á las inclemencias del tiempo, al barro, al polvo y á la lluvia. ¡No les faltaría más á los parisienses, tan amantes de ridiculizarlo todo, y que están acostumbrados á ver á Cherón, en la Ópera, y á Talma, en el teatro Francés, desempeñar mucho mejor que yo el papel de Emperador!» Terminadas las ceremonias de rúbrica, al aproximarse el Papa al sitio donde estaba la corona para cogerla y colocarla en las sienes de Napoleón, éste, que atentamente observaba sus movimientos, se le adelantó y se la puso él mismo en la cabeza. De esto modo, y para terminar de un golpe las largas discusiones que se habían suscitado respecto á este punto, zanjó, como lo había prometido, «la dificultad sobre el terreno.» Otras decepciones hubo de experimentar también el Pontífice, pues confiaba alcanzar del Emperador que renunciase á los *Artículos orgánicos* y le concediera las Legaciones, pero nada de esto pudo obtener. Sin embargo, no fueron todo decepciones en su viaje, pues gozó de sorpresas verdaderamente agradables, encontrando á su paso un pueblo completamente distinto de la Francia revolucionaria que le habían pintado los emigrados, y en todas partes la masa de la población le acogió con el más profundo

respeto, estando á punto de producirse algunos accidentes á causa, precisamente, del entusiasmo con que fué recibido.

Sin interesarle tanto, no dejó de causarle menor sorpresa el encontrar en este Imperio, que sólo tenía de vida algunas semanas, una corte perfectamente organizada, habiéndose restablecido los antiguos cargos y dignidades de la época de Luis XIV. Fesch desempeñaba el cargo de gran limosnero, Berthier el de montero mayor, Talleyrand



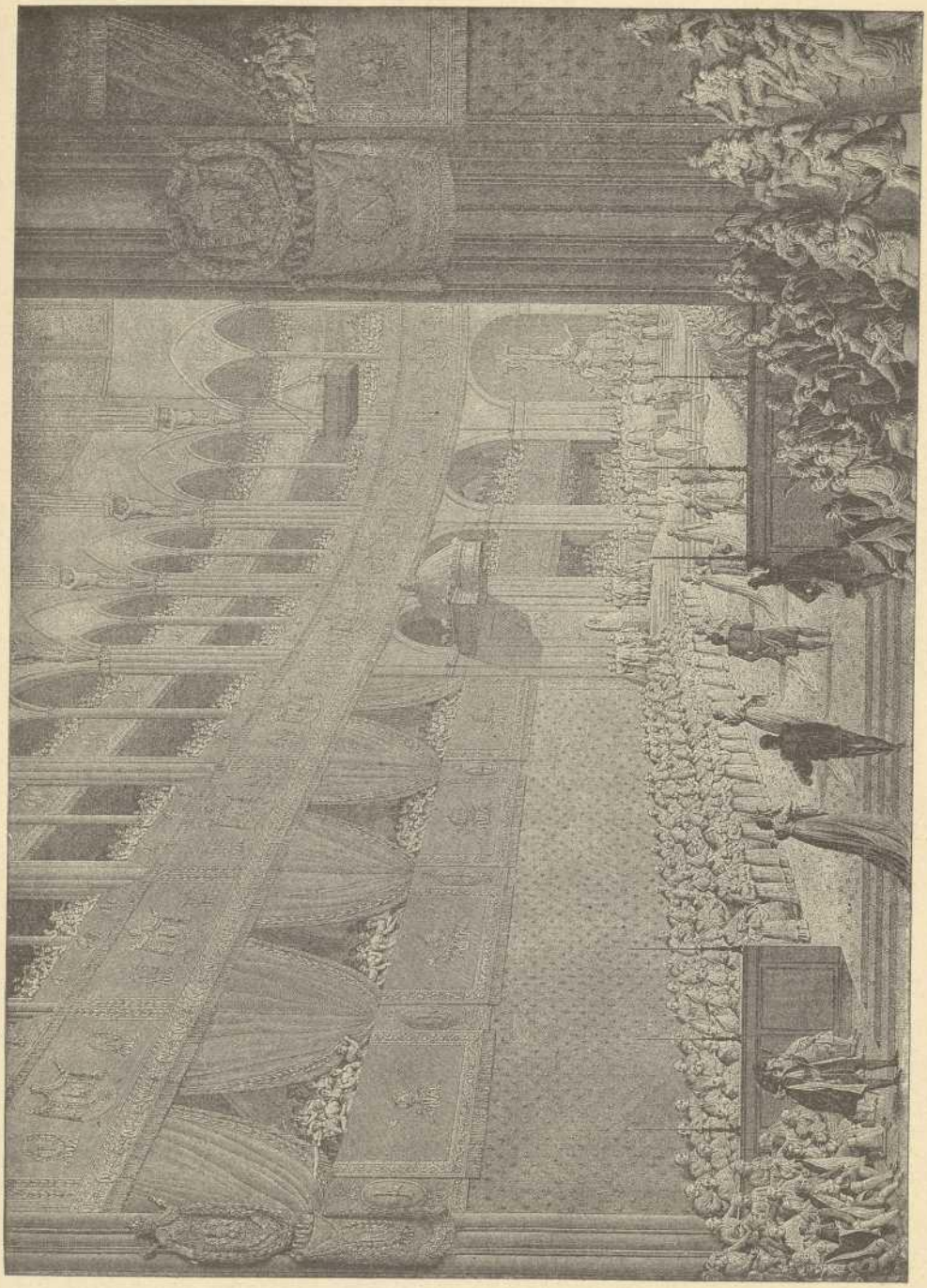
Napoleón recibe en el palacio de Saint-Clout el decreto que le proclama emperador de los franceses (18 de Mayo de 1804).
(Cuadro de Rouget, Museo de Versalles)
Cambaceres, presidente, y Lebrún entregan el senado-consulto al primer Cónsul. Junto á él se hallan: su esposa, la hija de ésta Hortensia, y su hermana Mad. Murat (Carolina Bonaparte) algo apartados, ayudantes y altos empleados de servicio.

el de gran chambelán, Duroc el de gran mariscal, jefe de palacio, y Segur el de gran maestre de ceremonias, cuya misión, no siempre feliz, era «la de enseñar á la nueva corte las ceremonias de la antigua;» muchas familias de la primera nobleza, aun de las más distinguidas, se aproximaron al nuevo gobierno, figurando en la corte de Napoleón los Larochefoucauld, los Montmorency, los Noailles, los Choiseul, los Luynes, los Chevreuse, y fácil es de comprender que al lado de semejantes nombres figurasen otros muchos que, menos adictos al pasado, habían tenido también menos escrúpulos en verificar esta conversión, que el patriotismo y el buen sentido bastan á explicar. Preciso es confesar también que los cortesanos no renuncian

fácilmente al sistema de vida de la corte y que vuelven á ella tan pronto como se les presenta ocasión. Hume hace resaltar este hecho á propósito de Cromwell, y puede reproducirse su observación con respecto á los plebeyos ennoblecidos por el Imperio en la Restauración de 1814. Cuéntase que poco después del regreso de Luis XVIII, encontrándose Berthier en la real cámara con el príncipe de León, le habló de su adhesión común á la familia real. «Efectivamente,—respondióle el príncipe,—aunque hay grande diferencia entre nosotros, pues vos sois adicto á la casa, como los gatos, y yo al monarca, como los perros.» Debilidades son éstas demasiado humanas para que podamos criticarlas con severidad. Napoleón tuvo, pues, una corte numerosa y espléndida. «Una corte menos aparatosa, y en la que se hubiese notado el cambio que las revoluciones habían producido en las ideas, hubiera tal vez satisfecho menos la vanidad, como dice Madama de Remusat, pero hubiera alcanzado ante el público mayor consideración.»

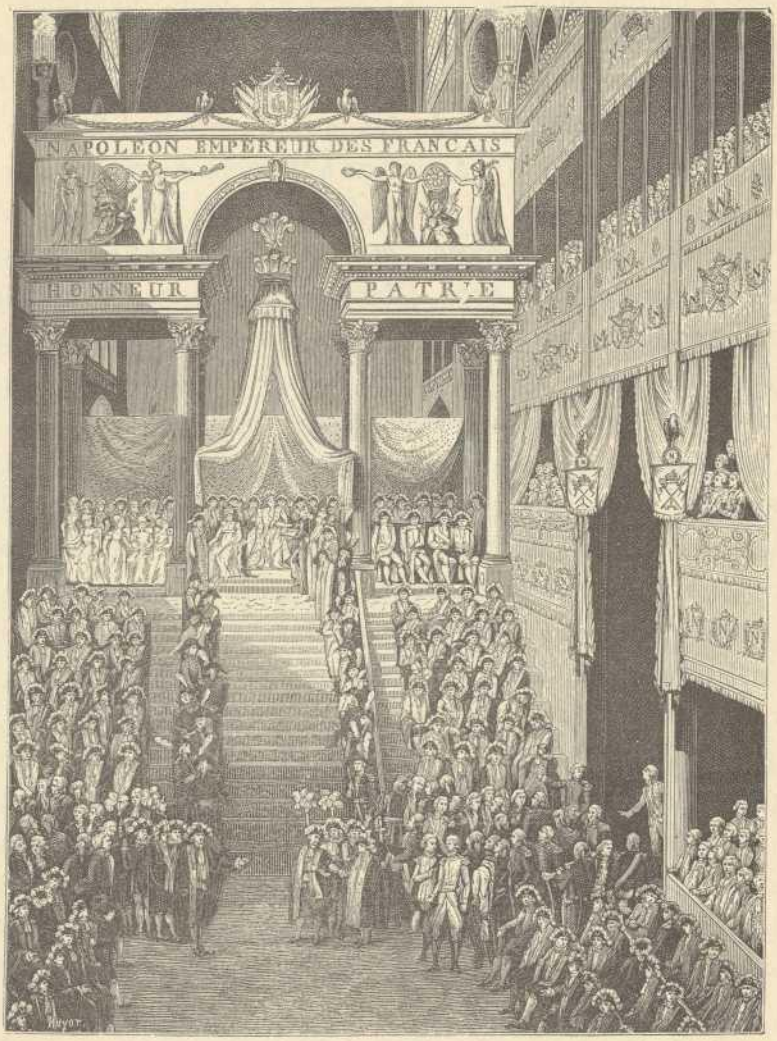
Mientras en el palacio de las Tullerías menudeaban ya las intrigas, las querellas pueriles y las decepciones más crueles, por nimiedades de etiqueta, aun entre los individuos de la familia de Bonaparte, la atención del país estaba vivamente concentrada en otras grandes empresas que realizaba ó preparaba el gobierno y que le preocupaban mucho más seriamente que los salones de París. Los maravillosos triunfos de Ulm y de Austerlitz iban á echar los verdaderos fundamentos del Imperio y á consagrar sus águilas. Por cierto que hasta en el Consejo de Estado se discutió el emblema que debía substituir al gallo republicano, proponiendo un consejero que fuese el elefante, y otro un león tendido, con la divisa: *Inoffensus quiescit*. Napoleón optó por el águila, á propuesta del Director del Museo, porque el águila estaba ya considerada generalmente como emblema del poder imperial. La distribución de las águilas al ejército se verificó en el Campo de Marte al día siguiente de la Consagración (3 de Diciembre) y las tropas, al recibirlas, prestaron juramento de fidelidad al Emperador.

La proclamación del imperio excitó todavía más el odio salvaje que la aristocracia inglesa profesaba á la Francia de 1789. Por este hecho, decía, «Francia se ha atrevido á colocar, en la persona de



Las ofrendas en la Catedral de nuestra Señora en la ceremonia de la coronación. (Dibujo de Isabey y de Fontaine)

Bonaparte, al jacobinismo en el trono, hiriendo así á todas las monarquías y obligando á la Gran Bretaña á hacer al usurpador una guerra sin cuartel.»



Fiestas de la coronación y consagración de SS. MM. Imperiales. Trono erigido en la nave de la Catedral de París; el Emperador pronuncia el juramento constitucional sobre el libro de los evangelios. (Dibujo y grabado de Lecœur)

En vano Napoleón escribió por segunda vez al rey de Inglaterra pidiéndole «que pusiera término á una lucha inútil y sin objeto, en la que ambas naciones agotaban su prosperidad.» Se le respondió «que únicamente alcanzaría la paz haciendo concesiones que pudiesen evitar la renovación de los peligros y de las desgracias que amenaza-

ban á Europa.» (2 de Enero de 1805). En vano Fox se quejaba en el Parlamento de ver á su patria engolfada en esta lucha «por un mal entendido orgullo y por una ambición que, por lo menos se debía disimular;» no fué escuchado. La guerra era, pues, inevitable. Napoleón, antes de que empezara, y con el fin de asegurarse la obediencia de Holanda, cambió su constitución, confiando el poder ejecutivo á un Gran-Pensionado vitalicio y reduciendo el Cuerpo legislativo á veinte individuos (Mayo de 1805). Anexionó á Francia la república de Liguria, dividiéndola en tres departamentos (Junio de 1805). Por un senado-consulto extraordinario, cambió la República italiana en reino de Italia, en favor suyo (Marzo de 1805), y fué á Milán para coronarse con la Emperatriz, sobre cuya cabeza colocó (26 de Mayo), entre las aclamaciones del pueblo, la corona de hierro de los reyes lombardos, que nadie había ceñido desde Carlos V (1). Confió Napoleón el virreinato de Italia al príncipe Eugenio y se dedicó á organizar el país, hasta que, sabedor de que Austria concentraba sus fuerzas sobre el Adigio y temiendo que se hubiese formado una coalición contra Francia, apresuró su regreso á París para activar los preparativos del desembarque en la Gran Bretaña (Junio de 1805), cuya realización esperaban los franceses con verdadera ansiedad. Esta guerra era entonces tan popular como impopulares fueron las de los últimos tiempos del Imperio. El odio á los ingleses era la expresión más exaltada del patriotismo; un noble bretón, imflamado por el ejemplo de su compatriota Duguay-Trouin, vendió sus propiedades y abandonó su familia para fletar un brick y dar caza á los buques británicos. Las letras y las artes se honraban contribuyendo á este movimiento: ya en la recepción de Parny en la Academia francesa (28 de Diciembre de 1803), Fontanes cerró la sesión leyendo un canto bélico contra los ingleses: el recitado alternaba con coros y diálogos cantados, cuya música había compuesto el ilustre Paisiello. José Che-

(1) La *corona de hierro* es un gran aro de oro macizo, adornado con piedras preciosas, que tiene en su parte interior una hoja de hierro hecha con un clavo de la verdadera Cruz, que la emperatriz Elena trajo de Palestina. Esta corona se conserva en la catedral de Monza; los austriacos la llevaron á Mantua en 1859 y fué devuelta á Italia en 1866.
Carlos V ciñó esta corona en 1530.

nier publicó en el siguiente año una oda, en la cual expresaba, con formas clásicas, los sentimientos que animaban al pueblo francés:

Ne posez point le glaive, enfants de la Victoire,
Des Alpes et du Rhin les rapides héros,
Tant qu'il reste à cueillir quelque moisson de gloire,
N'ont jamais besoin de repos.

La liberté vous luit: les deux mondes adorent
De ce soleil nouveau les rayons bienfaiteurs;
Contre un peuple tyran tous les peuples implorent
Vos étendards libérateurs (1).

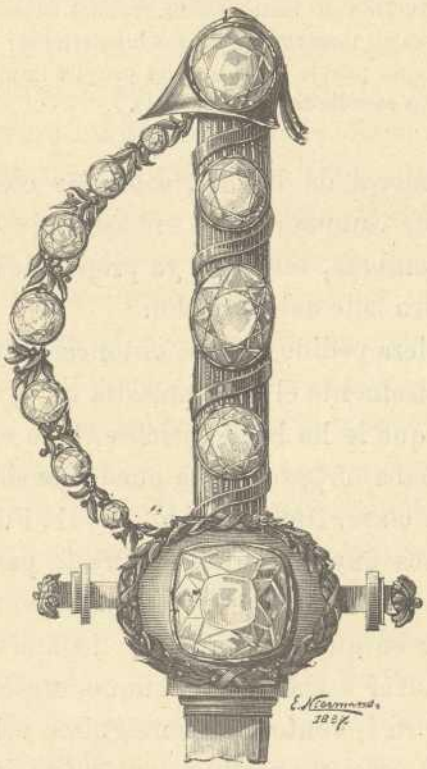
En los alrededores de Boloña, sobre las costas de la Mancha, estableciéronse siete campamentos, en los que se reunieron pronto más de 160.000 hombres, teniendo ya preparadas 1.800 barcas para transportarlos al otro lado del Estrecho.

Napoleón hubiera podido valerse entonces de un reciente invento de Fulton, no precisamente el que consistía en la aplicación del vapor á la navegación, que le ha hecho célebre, sino en un aparato submarino al que llamaba *torpedo* y que puede considerarse como el primer ensayo de esta clase. Durante el año 1801, Fulton había realizado una serie de curiosos experimentos en Brest, permaneciendo cuatro horas en el fondo del mar con su aparato y saliendo á cinco leguas de distancia del punto en que se sumergía, llegando á hacer volar una chalupa y á amenazar á más de un buque inglés. Napoleón aguardaba para adquirir su invento que consiguiese echar á pique alguno, pero no se presentó ocasión oportuna y se cansó de esperar. El americano Fulton, de imaginación algo exaltada, casi místico y entusiasta por la causa de la humanidad, perseguía principalmente con su invento el medio de libertar en el mar á los Estados débiles de la tiranía británica. «La libertad de los mares,—se le oía repetir con

(1) «No envainéis vuestra espada, hijos de la Victoria,— raudos héroes de los Alpes al Rhin,— mientras quede por cosechar un átomo de gloria — no tendréis un instante de reposo.

» La libertad os guía, los dos mundos admiran — del nuevo sol los rayos bienhechores; — contra un pueblo tirano, todos los pueblos imploran — vuestras libertadoras banderas. »

frecuencia,—será la salvaguardia de la libertad humana.» Se ha censurado á Napoleón por no haber protegido el invento de los buques de vapor, que Fulton había ensayado en el Sena, en París, por los años de 1802 y 1803. Con estos nuevos buques, dícese, se aseguraba el desembarco en Inglaterra. Efectivamente, pero necesitábanse algunos años para construir una escuadra de barcos de esta clase, para



Espada que usó el Emperador en la ceremonia de su coronación
El diamante engarzado en el centro de la guarda es el famoso llamado *del Regente*. (Dibujo original de la colección de M. Germán Bapst)

formar maquinistas y para adiestrar á los marinos en las maniobras especiales que exigirían los nuevos buques. Al oir tales críticas parece realmente que Fulton ofrecía á Napoleón una escuadra completa de barcos de vapor, perfectamente dispuestos y equipados. Por lo demás, éste no necesitaba de tales inventos para triunfar, y los ingleses, que por su parte hostigaban incesantemente á la flotilla francesa, no sólo no lograban ningún resultado práctico, sino que perdían más que ganaban en tales escaramuzas, en las que Napoleón se complacía

en aplaudir á sus soldados y marinos, y en demostrar, exponiéndose personalmente al fuego de las fragatas inglesas, que los peligros del mar, á los cuales no estaba acostumbrado, le dejaban tan tranquilo como lo combates terrestres.

Por muy grande que fuese la superioridad de las fuerzas marítimas de Inglaterra y la experiencia de sus marinos, mandados por Nelson, Calder y Collingwood, no se equivocaba Napoleón cuando decía á Latouche-Tréville: «Como seamos dueños del estrecho por seis horas, seremos amos del mundo.» Esto demuestra que ya tenía concebido un plan de campaña marítima en nada inferior á sus más hermosas concepciones de la guerra continental; plan en el que no se había dejado á la casualidad nada de lo que puede ser previsto, y para el cual no faltaba más que encontrar un hombre capaz de comprenderlo y ejecutarlo, porque Latouche-Tréville, almirante de la escuadra del Mediterráneo, acababa de fallecer en el momento en que se disponía á pasar el Atlántico (20 de Agosto de 1804); funesta desgracia que, al arrebatar á Francia su mejor marino, obligaba al Emperador á aplazar su desembarco en Inglaterra hasta la primavera siguiente. Por indicación de Decrés, fué designado Villeneuve para suceder á Latouche-Tréville, y una vez reorganizados el campamento y la escuadra, Napoleón dió sus últimas instrucciones para la campaña marítima que iba á emprenderse.

Tres flotas debían salir de Francia: una de Rochefort, al mando del almirante Missiessy; la segunda de Tolón, á las órdenes de Villeneuve, y la tercera de Brest, dirigida por Ganteaume. Estas tres escuadras debían llamar la atención de la escuadra inglesa, aprovisionar algunos puertos de las Antillas, y una vez reunidas en aguas de la Guadalupe, al mando de Villeneuve, emprender el regreso, incorporándose, al pasar frente á las costas de España, la escuadra del almirante español Gravina; en seguida, barrerían las costas de la Mancha y protegerían el desembarco de un ejército de 100.000 hombres en Inglaterra, en tanto que una gran parte de la escuadra británica andaría buscándolas todavía en aquellos apartados mares. No se trataba, pues, de derrotar á la armada inglesa, sino de entretenerla mientras se efectuase la travesía del estrecho.

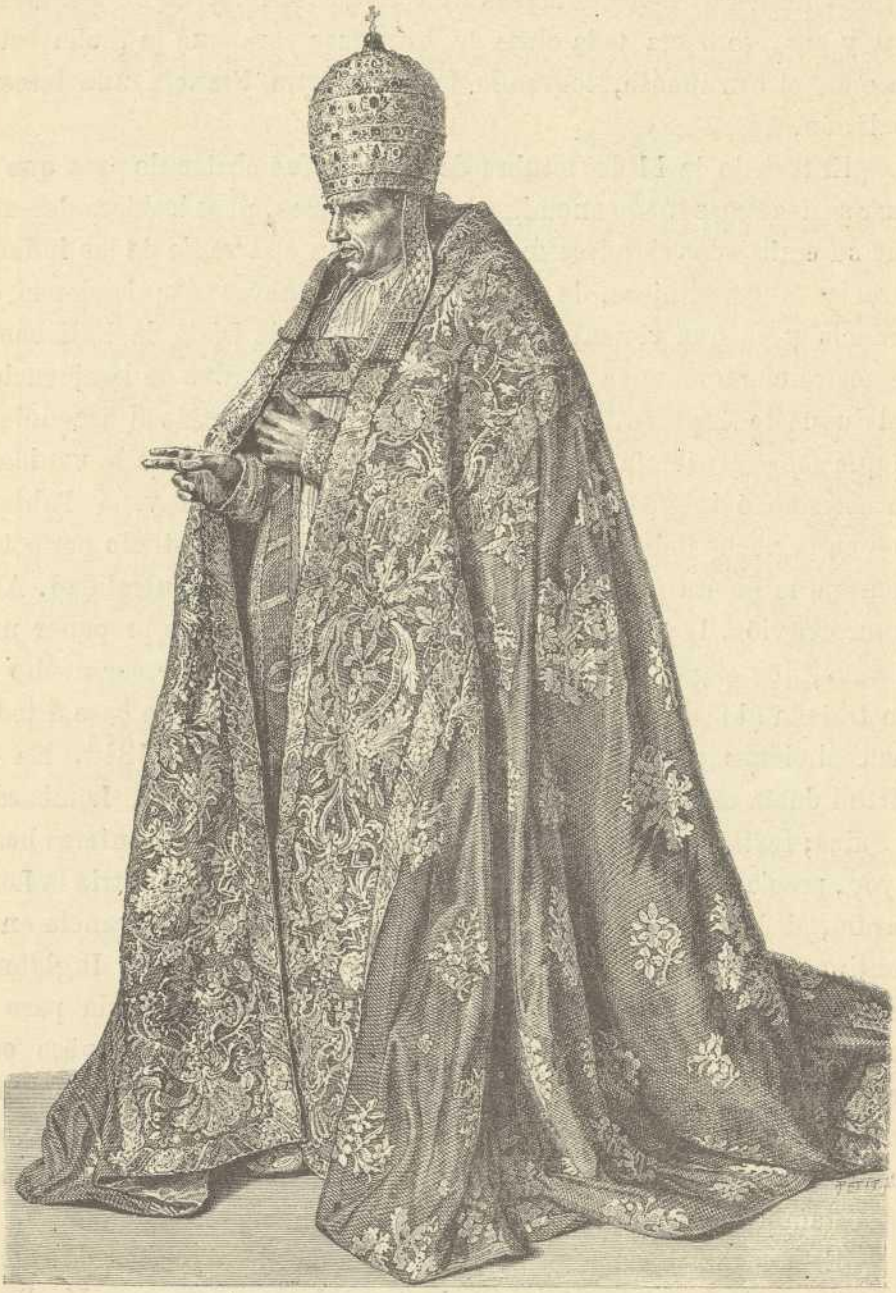
A pesar de las legítimas esperanzas que tan acertadas combina-

ciones permitían concebir, Napoleón comprendía perfectamente la inmensa gravedad de su plan, y hasta trató de substituirlo por otro, en Marzo de 1805, tan perjudicial sin duda para Inglaterra como la invasión de su propio territorio: tal era el de sublevar las Indias contra su dominación, restableciendo la supremacía demasiado efímera de Francia.

Ya en 1802 había enviado al Indostán al general Decaén con el encargo de estudiar el país é informarse plenamente, sin infundir recelos á los ingleses, de los recursos que ofrecía y de las probabilidades que pudiese haber de insurreccionarlo contra el yugo británico en caso de que la paz de Amiéns no fuese duradera. Decaén entró luego en relaciones con los Mahratas, el más poderoso de los pueblos del Indostán y el más hostil á los ingleses. Después de serias investigaciones escribió á Bonaparte diciéndole que, con una división de 6.000 hombres y el conveniente material de guerra, podía destruirse el poderío inglés en la India. Pero Napoleón no quería ir á la ventura y contaba con enviar á Decaén un ejército de 30.000 hombres por lo menos. Esta empresa no era vana quimera, pues disponiéndose como se disponía de tropas organizadas y preparadas á embarcarse en todos los puertos en donde había escuadras, Tolón, Cádiz, Ferrol, Rochefort, Brest y Texel, podía Napoleón cuando se le antojara mandar una expedición, sin que los ingleses tuviesen noticia de ella y sin que pudiesen adivinar ni su importancia ni su destino. Por otra parte, el proyecto de invasión en Inglaterra tenía, además, la inmensa utilidad de absorber por completo su atención. Esta extraordinaria empresa tenía, pues, grandes probabilidades de éxito. Pero ¿por qué correr la ventura, por favorable que fuese, de tan lejana empresa, cuando á unos kilómetros de las costas francesas se podía herir á la Gran Bretaña en su mismo corazón? ¿Por qué amenazar á Calcuta cuando en breves horas podía llevarse el espanto á la misma Londres? Este golpe era más rápido, más decisivo; por esto Napoleón se inclinó decidamente al proyecto de invasión en Inglaterra (Marzo de 1805).

En los últimos meses de 1804, los almirantes Villeneuve, Missiessy y Ganteaume comenzaron á ejecutar las órdenes que habían recibido del Emperador. Inglaterra era presa de la más viva inquie-

tud, y si bien sus escuadras parecía que paralizaban completamente



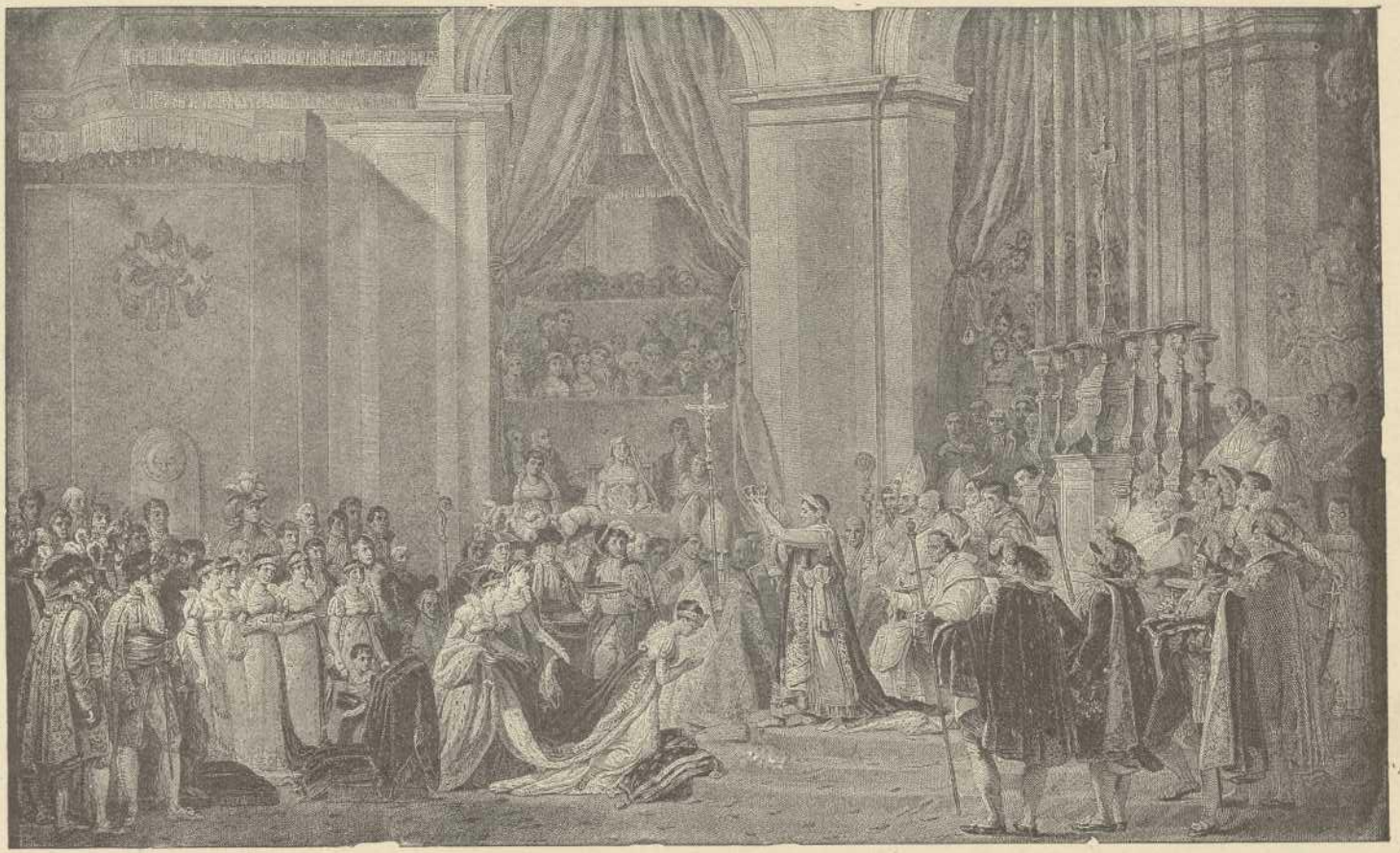
El Papa, revestido de los hábitos pontificales, en la ceremonia de la consagración. (Dibujo de Isabey y Percier

las fuerzas marítimas enemigas, se esperaba sólo una ocasión favorable para que la escuadra francesa llegase de pronto á la Mancha y abriese

el paso del estrecho al ejército acampado en Boloña. La aristocracia inglesa hubiera pasado entonces una crisis terrible; así lo comprendía, y por eso hacía toda clase de esfuerzos para que la lucha estallase en el continente, logrando formar contra Francia una tercera coalición.

El tratado de 11 de Octubre de 1801 no fué obstáculo para que el Czar se declarase luego enemigo de los franceses, pues hubiera deseado que su embajador ejerciese más influencia en el arreglo de las indemnizaciones germánicas, le molestaban las nuevas adquisiciones de Francia y en una violenta nota que dirigió á la Dieta de Ratisbona, demostró claramente su profundo disgusto con motivo de la ejecución del duque de Enghién. El Czar estaba entonces sometido al ascendiente que sobre él ejercían algunos jóvenes que «tenían toda la vanidad, entusiasmo é inexperiencia propias de su edad.» En vano Pahlen, que en la noche del 24 de Marzo de 1801 había demostrado perfectamente que no era por cierto timorato, aconsejaba la neutralidad. Alejandro envió á Londres un delegado suyo con el fin de proponer una alianza, que el gabinete británico se apresuró á ultimar por medio de un tratado (11 de Abril de 1805) que sirvió después de base á todas las coaliciones que se formaron contra Francia hasta 1814. En su virtud debía esta nación abandonar el Hanover, Nápoles, Lombardía y Suiza, restablecer el reino de Cerdeña, retrotraer sus fronteras hasta Lyon, proclamar la independencia de Bélgica, ceder al Austria la Lombardía, el dominio de los mares á Inglaterra, la preponderancia en el continente á Rusia y quedar aislada del resto de Europa. Inglaterra se comprometía á pagar 200.000 libras esterlinas á Rusia para el sostenimiento de un ejército de 100.000 hombres. Concluyóse este tratado sin que Napoleón, que había retirado de Londres á su embajador, Hedouville, después del proceso del duque de Enghién, tuviese la menor noticia del mismo. Francisco I, emperador de Austria, concertó también con Inglaterra otro tratado en idénticas condiciones.

Esta coalición adquirió mayor fuerza con la adhesión de Gustavo IV, rey de Suecia, quien se había negado á reconocer á *M. Bonaparte* y creía ver en él *la bestia del Apocalipsis*, comprometiéndose á enviar 20.000 hombres á Pomerania. La corte de Nápoles, tan pérfida como siempre, estaba secretamente de acuerdo con los enemigos de



Consagración del emperador Napoleón y coronación de la emperatriz Josefina en la catedral de París (2 de Diciembre de 1804). (Cuadro de David, grabado de Frilley, Museo del Louvre)
El rey de Nápoles. La princesa Borghese. El arzobispo de París. La Emperatriz. El Emperador. El cardenal Caprara. El príncipe de Neufchâtel. El cardenal Fesch.
Los Chambelanes. La princesa Baciocchi. Bessieres. La madre del Emperador. El Papa. El príncipe de Benavento.
El rey de Holanda. Duroc. Junot. La reina de Nápoles. Moncey. Serurier. El cardenal Braschi. El architesorero. El archicanciller. El virrey de Italia
(Aun cuando la madre del Emperador esté representada en el cuadro, no asistió á la ceremonia).

Francia, al propio tiempo que obtenía la evacuación de su territorio



El Emperador en traje de corte. (Dibujo de Isabey y Percier)

por las tropas francesas bajo la condición de mantener su neutralidad. Prusia persistía en su política neutral, que tanto la había favorecido:

declinó el ofrecimiento que Francia le hizo de conservar el Hanover en depósito, pero negó también á los coaligados el concurso de sus armas, cuya antigua reputación era bien conocida. Francia no contaba más aliados que las repúblicas que había fundado y España, á la que la piratería de los ingleses (1) había obligado por fin á echarse en brazos de Napoleón después de la presa, por una escuadra suya, de cuatro galeones españoles que llevaban 32.000.000 de piastras (5 de Octubre de 1804) (2). En su virtud, pues, en 12 de Diciembre puso España á disposición del Imperio treinta y dos navíos de línea.

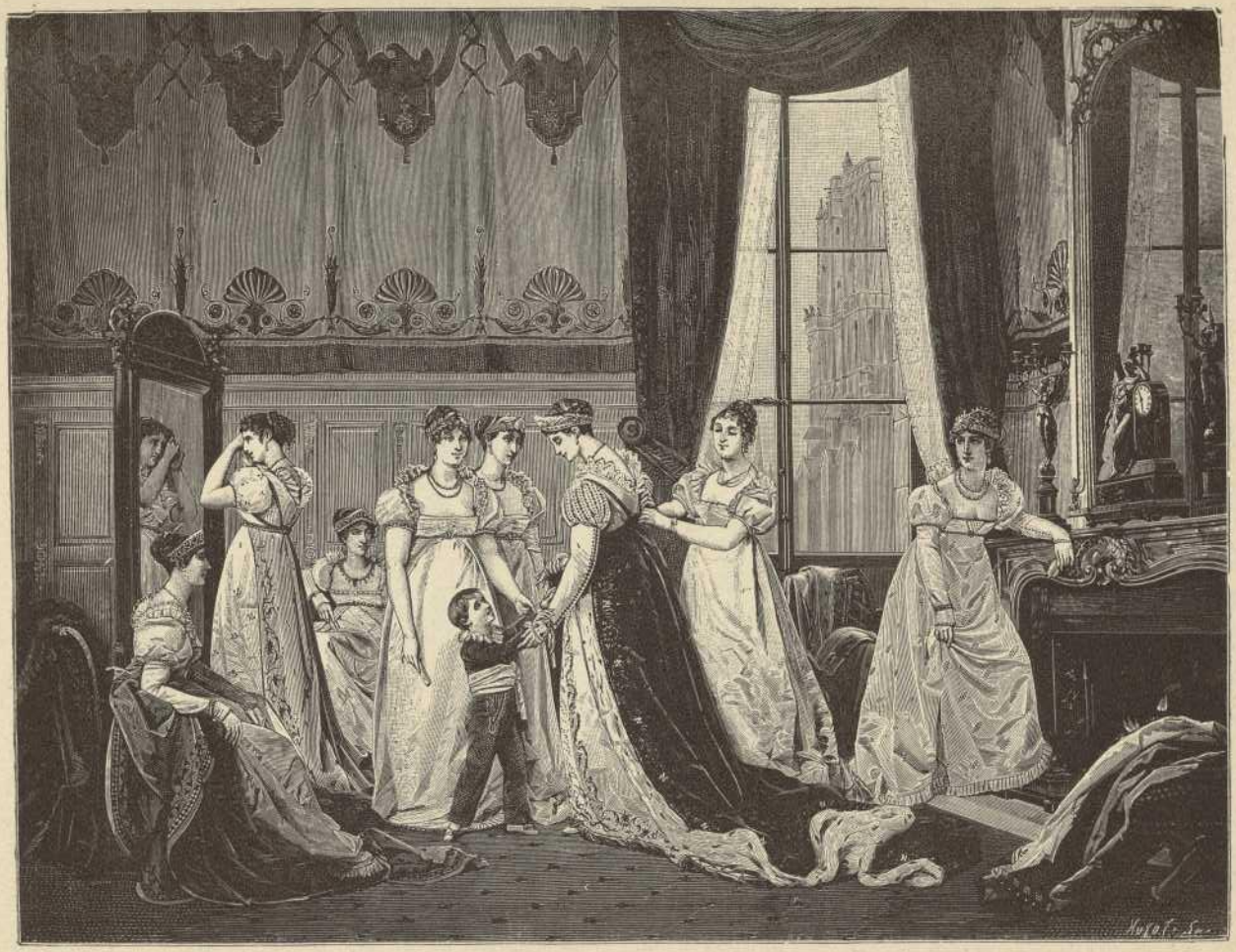
Austria, la primera de las potencias coaligadas que estuvo dispuesta, concentró rápidamente sus tropas sobre el Adigio. El plan que el Estado mayor austriaco convino con el general ruso, Wintzingerode, era el siguiente: tres ejércitos austriacos debían tomar la ofensiva sobre el Adigio, en el Tirol y en Baviera. Los rusos deberían organizar también sus ejércitos, el primero para apoyar al ejército austriaco de Baviera, el segundo para invadir con los ingleses el reino de Nápoles, y el tercero para bajar con los suecos á Pomerania. Un cuarto ejército debía concentrarse en Polonia, amenazando á Prusia, á fin de obligarla á entrar en la coalición. Estos ejércitos abrieron la campaña en el mismo momento en que, por un fatal concurso de circunstancias y por las faltas del almirante Villeneuve, fracasaban por completo los planes marítimos de Napoleón.

El primero que había salido para el destino que el Emperador le

---

(1) Pitt trató de molestar á España con objeto de que formase en la coalición que proyectaba contra Francia. Para ello empezó pidiendo un subsidio igual al que España tenía el compromiso de pagar á Francia, subsidio que no se satisfacía por ser imposible, y por formular reclamaciones respecto á los armamentos marítimos que hacíamos en el Ferrol y á nuestros cruceros de América. No se limitó á esto, sino que intentó hacer responsable á Carlos IV de cualquier ataque de Francia á Portugal, y últimamente, y en vista de la actitud de nuestro gobierno, ordenó á sus buques que echasen á pique todas nuestras embarcaciones mayores de cien toneladas. Motivos, pues, tenía nuestra patria para aliarse con Francia, y al declararse la guerra, Carlos IV ordenó el arresto de todos los ingleses que se encontraran en la Península y el secuestro de sus bienes.—*(N. del T.)*

(2) Las cuatro fragatas españolas á que se refiere el autor, procedían de Lima y Buenos-Aires y conducían cuatro millones de pesos. Fueron sorprendidas por una escuadra inglesa que hacía el crucero por nuestras costas, en el cabo de Santa María; nuestros marinos se defendieron heroicamente, pero pronto fué incendiada y volada la fragata *Mercedes*, con trescientos hombres que la tripulaban, y las otras tres hubieron de rendirse y fueron conducidas á la Gran Bretaña en prenda de la neutralidad de España. —*(N. del T.)*



1 2 3 4 5 6 7 8 9

La emperatriz Josefina disponiéndose para la ceremonia de la coronación. (Cuadro de M. Viger-Duvigneau)

1. Elisa Baciocchi.—2. Paulina Borghese.—3. Carolina de Nápoles.—4. Reina Hortensia.—5. Príncipe real de Holanda.—6. Condesa de Lavalette. 7. Emperatriz Josefina.—8. Mlle. Avrillón.—9. Julia Clary, reina de España.

señalara fué el almirante Missiessy, que guarneció y aprovisionó las Antillas francesas, impuso grandes contribuciones de guerra á las islas inglesas y, no encontrando ni un solo buque de las otras escuadras, regresó á Francia. Ganteaume, bloqueado por fuerzas inglesas superiores, no pudo salir de Brest (1), y Villeneuve, á quien Nelson vigilaba por los alrededores de Cerdeña, logró salvar el estrecho de Gibraltar sin encontrar al enemigo, recogió la escuadra del almirante Gravina, volvió á aprovisionar la Martinica, molestó la Barbada y se resolvió á regresar á Francia para tomar posiciones en la Mancha. Nelson, que en un principio se engañara respecto á sus intenciones, le siguió después á algunos días de distancia y aprovisionó también por su parte las Antillas inglesas.

Mientras tanto, iban reuniéndose en Boloña y en los puertos próximos los pequeños buques de la flota de desembarco, en número de 2.000, bajo la dirección de los almirantes Lacrosse, Courand, Savary y Verhuell, hallándose dispuestos á embarcarse 100.000 hombres á las órdenes de Lannes, Davout, Soult y Ney, apoyados por una reserva de 27.000 más. Marmont se hallaba en los Países Bajos al frente de otros 20.000 soldados, que debían embarcarse en la escuadra de Texel. La escuadra de Villeneuve hubiera bastado para facilitar el desembarco, pero no llegó á tiempo, é Inglaterra se salvó gracias á este retraso; había llegado á la altura del cabo de Finisterre cuando encontró una escuadra inglesa que le cerraba el paso: eran los buques del almirante Calder, quien había levantado precipitadamente el bloqueo de Vigo y del Ferrol para interceptar á Villeneuve sus comunicaciones con los puertos de Francia. A favor de la niebla, los ingleses consiguieron apoderarse de dos buques españoles, y esta pérdida, cuyas consecuencias exageró Villeneuve, le determinó á recalar en la Coruña, donde perdió mucho tiempo, dando lugar á que Nelson llegase desde las Antillas, después de haber fondeado en Gibraltar, y recogiese, dirigiéndose al Norte, la escuadra de Colling-

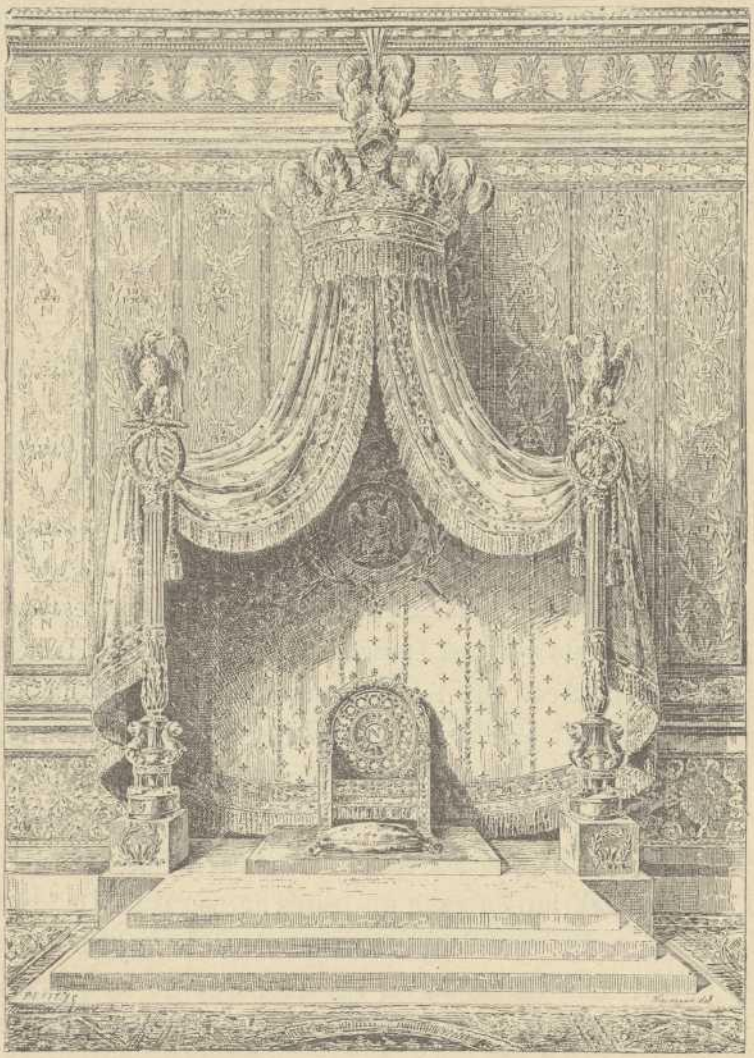
(1) Contribuyó á ello un fenómeno de la estación, cual no lo recordaba igual la memoria de los hombres: la profunda calma que reinó en los meses de Marzo, Abril y Mayo, durante los cuales no hubo un solo día de viento que permitiese navegar á los buques ingleses y maniobrar á los de la escuadra francesa. — *(N. del T.)*

wood. Villeneuve, con algo más de decisión y diligencia, hubiera podido ganar los puertos de Rochefort ó de Brest; pero mal informado sobre el paradero del enemigo y creyéndose amenazado por el Norte por una escuadra poderosa, temió correr á un desastre seguro si se concretaba á obedecer las órdenes terminantes que tenía.

Napoleón, sin perder de vista los sucesos de Europa, continuaba empeñado en su vasto plan, concebido con tanta exactitud como cuidadosamente preparado. Demasiado sabía que estaba á punto de estallar la guerra en el continente, confirmándole respecto á este punto el ofrecimiento hipócrita de mediación que le hizo Austria al pedirle explicaciones sobre sus preparativos militares, y esto constituía una razón de más para verificar la invasión en Inglaterra. Todo estaba prevenido y calculado: no exigía á sus marinos el triunfo, se contentaba sólo con un combate. El implacable enemigo de Francia iba por fin á ser herido en el corazón, y, como consecuencia, la coalición quedaría rota para siempre. Dió, pues, á Villeneuve orden terminante para que á toda costa se presentara en el canal de la Mancha, para distraer un solo día la escuadra inglesa, mientras que la flotilla de Boloña atravesaría el estrecho; pero de pronto, en 13 de Agosto, en su cuartel general de Pont-de-Briques, recibió la noticia de que Villeneuve se había visto obligado á refugiarse en Cádiz.

«Al recibir esta noticia,—refiere el general de Segur en sus *Memorias*,—mandó llamar á Daru; corrió éste al encuentro del Emperador y le halló profundamente agitado, hosco, el sombrero sobre los ojos y la mirada fulminante. Al apercibir á Daru, dirigióse á él diciéndole:—¿Sabéis dónde está ese miserable Villeneuve? Está en Cádiz. ¿Comprendéis?, en Cádiz; ha sido derrotado, se ha retirado á Cádiz y ahora será bloqueado. ¡Vaya un marino! ¡Qué almirante! ¡Cuántos sacrificios inútiles!—Cerca de una hora duró esta explosión de ira y de dolor, á la vez pavorosa y desgarradora, trivial y sublime. Por fin, cuando se hubo desahogado, detúvose de pronto é indicando á Daru una mesa cargada de papeles, le dijo:—Sentaos ahí y escribid;—é inmediatamente, sin transición de ningún género, sin meditación visible, rehaciéndose por un acto de su enérgica voluntad, le dictó el plan de una campaña en que se debían suceder las victorias hasta Ulm, hasta Viena. El ejército se hallaba tendido frente á

las costas en una extensión de más de doscientas leguas; le mandará dar la vuelta y dirigirse hacia el Danubio. No encontrará ya incertidumbres, como en el mar, mortales retrasos y dificultades suscita-

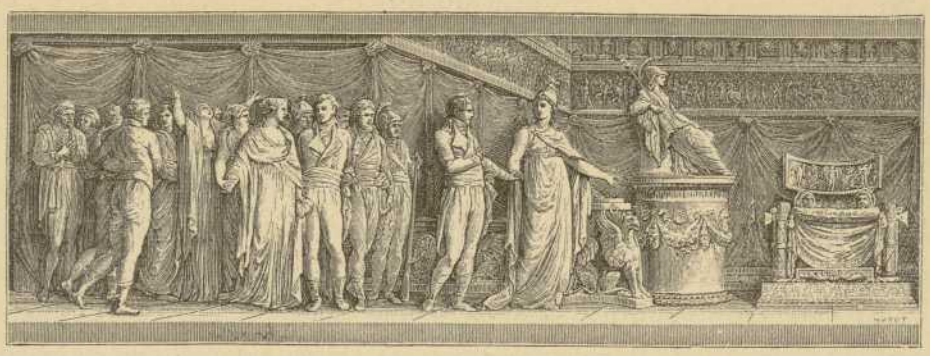


Trono imperial en el palacio de las Tullerías. (Según Percier y Fontaine)

das por jefes irresolutos. Al combinar los movimientos de las grandes masas de su ejército, más bien parecía describirlos: ya veía sus órdenes ejecutadas; su ejército, dividido en varios trozos, formarse en columnas y todas ellas reunirse en el punto indicado en el día y en la hora precisas, fijadas de antemano. En tal punto se sorprenderá al

enemigo, en tal otro se forzará el paso á viva fuerza. Hace más todavía: adivina los movimientos que hará el ejército austriaco, obligado por los suyos, descubre las faltas que cometerán sus adversarios y las incluye en sus cálculos. Dos meses, trescientas leguas y más de doscientos mil enemigos separaban su pensamiento del resultado. Todo se realizó tal como lo había previsto.»

En realidad, fué necesario todo el prodigioso éxito de la campaña de Ulm y de Austerlitz para endulzar el amargor de una decepción tan cruel, y más de una vez el vencedor del Continente lamentó que la cuestión no se hubiese resuelto en la misma Inglaterra. Este proyecto de invasión de un numeroso ejército en la Gran Bretaña presentaba obstáculos verdaderamente excepcionales, pero Napoleón los había previsto y no eran insuperables. Una vez realizado el desembarco, el éxito no era dudoso. El ejército que, en menos de dos años, debía vencer á Austria, Prusia y Rusia, no podría encontrar en Inglaterra fuerza suficiente para detenerle. Si el gobierno inglés no se resignaba á firmar inmediatamente la paz en Londres, no le quedaba más recurso que retirarse á Escocia para dar tiempo á Nelson á que cortase el camino de Francia á Napoleón. ¿Qué hubiera hecho éste entonces, bloqueado en una isla como si fuese una plaza fuerte? ¿Habría apelado á las ideas democráticas que la Revolución francesa había despertado en el pueblo inglés? ¿Hubiera reorganizado el país y fundado una nueva dinastía, como lo hiciera en otro tiempo Guillermo *el Conquistador?* Cuestiones son éstas sobre las cuales cabe discurrir ampliamente sin llegar á una solución. Por otra parte, lo más probable es que los ingleses habrían entrado en tratos en seguida. De todos modos, «la posteridad, como dice Jomini en su *Arte de la guerra,* lamentará, para experiencia de los siglos futuros, que no se llevase á cabo, ó á lo menos se intentase, tan extraordinaria empresa... Sin embargo, nuestros nietos encontrarán en los preparativos que se hicieron para aquel desembarco, una de las lecciones más interesantes que este siglo memorable nos ofrece, para estudio de los militares y de los hombres de Estado. El conjunto de los trabajos de todas clases realizados en las costas de Francia desde 1803 á 1805, constituye una de las más grandes empresas debidas á la actividad, la previsión y el talento de Napoleón.»



Napoleón proclamado Emperador. (Pintura mural de Appiani en Milán.)

CAPITULO II

CAMPAÑA DE 1805

EL GRANDE-EJÉRCITO.—ULM.—TRAFALGAR.—AUSTERLITZ.—PRESBURGO.—MUERTE DE PITT.

El Grande-Ejército que guarnecía desde algunos meses atrás el campamento de Boloña, partió, pues, en dirección de Alemania. Constituíalo la masa más considerable de tropas francesas existente á la sazón, y á esta superioridad numérica debió en un principio el título de *Grande-Ejército*, que se le concedió para distinguirle de los pequeños cuerpos que operaban aisladamente; pero sus maravillosos triunfos y el conjunto incomparable de condiciones militares que le caracterizó, hicieron que esta denominación tomase un sentido puramente moral. Nunca lo mereció más que en 1805.

Aunque aguerrido ya hacía tiempo, en las maniobras del campo de Boloña adquirió aquella flexibilidad, disciplina y perfecta subordinación que debían convertirle en el primer ejército del mundo. «En las campañas de 1802 y 1806,—decía el mariscal Bugeaud, que en Austerlitz llevaba la mochila de granadero,—el aspecto del ejército era magnífico y presentaba extraordinaria cohesión. Abundaban en él los elementos de fuerza y acción; se habían aprovechado los años

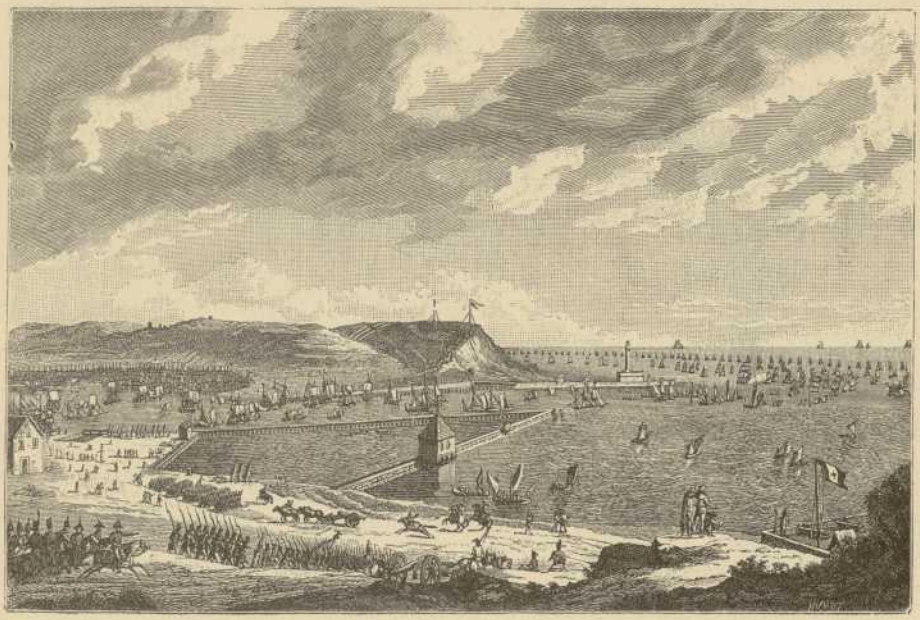
de paz para infundirle la disciplina y la regularidad, que substituyeron á las costumbres descuidadas y al desorden de las tropas de la República y del Directorio. El efectivo de este ejército no era exagerado: soldados veteranos, más bien viejos por la experiencia de la guerra que por la edad, formaban cuerpos escogidos, poco numerosos, alistados con gran parsimonia, y que rodeados como consecuencia de alto prestigio, llevaban consigo en el combate una gran fuerza moral, casi siempre decisiva.»

Desde esta época se substituyeron las antiguas divisiones por grandes agrupaciones ó cuerpos de ejército, pues la división resultaba demasiado débil, y si aun se conservó en parte, lo fué únicamente como unidad secundaria. Napoleón formó cuerpos compuestos de tres divisiones, mandados generalmente por mariscales: estos cuerpos venían á constituir otros tantos pequeños ejércitos, capaces de sostener el embate de las fuerzas enemigas, dando tiempo á los otros para entrar en batalla. Esta concentración simplificaba el mando, pues el mismo Napoleón, á pesar de la extensión y de la potencia de su genio, consideraba que casi era imposible para un general dirigir con precisión más de cinco ó seis unidades distintas. Organizó, además, importantes reservas de caballería, concediendo únicamente á cada jefe de cuerpo, para que pudiese disponer de ella, una brigada de caballería ligera. Además de asignar á cada cuerpo de ejército una artillería numerosa, organizó también reservas completas de esta arma.

Consistía el plan de Napoleón en lanzar sobre la cuenca del Danubio este formidable ejército y marchar con él sobre Viena, manteniéndose en Italia, en tanto, únicamente a la defensiva. Tenía ya ocupado el Hanover militarmente y contaba con fuertes guarniciones en las principales plazas marítimas del reino de Nápoles. Los aliados se proponían formar un ejército anglo-ruso para arrojarle de Italia, y dos cuerpos de ingleses, rusos y suecos para expulsarle de Hanover, en cuyas lejanas empresas se proponían emplear 60,000 hombres. Napoleón conocía estos proyectos, pero no le preocupaban, ni dispuso siquiera la evacuación de Nápoles y de Hanover. Pronto debía reunirse Saint-Cyr con Massena en el Friul, y Bernadotte acudir á tomar parte activa en las operaciones del Danubio, porque después de las victorias de Ulm y de Austerlitz fácilmente podrían recuperarse

las posiciones abandonadas. Estas tentativas de los aliados debían resultar, pues, completamente inútiles.

El 27 de Agosto, Napoleón dió sus últimas instrucciones á los siete cuerpos del Grande-Ejército. Según ellas, debían ponerse en movimiento al día siguiente de recibirlas, y si bien el ejército de Bernadotte no podía hacerlo hasta el 2 de Septiembre, en el campamento de Boloña las órdenes se ejecutaron con verdadera precisión en la mañana del 29. Guardóse el mayor secreto, hasta el punto de que



Vista del puente y de la rada de Boloña. (De un grabado de la época.)

únicamente lo conocían Berthier, jefe del Estado Mayor general, y Daru, intendente general del Grande-Ejército. Daru tuvo que ir á París para expedir por sí mismo las órdenes, sin dejar traslucir el secreto. Napoleón aparentaba mandar únicamente un ejército de treinta mil hombres sobre el Rhin. La rapidez era tan necesaria cuando menos como el secreto para el completo éxito de tan vasto plan.

«Erase un jueves por la tarde, en cuyo día debíamos darnos á la vela con rumbo á Inglaterra, — dice Coignet, — pero á las diez de la noche se nos mandó desembarcar y dirigirnos, con la mochila á la espalda, á Pont-de-Briques para dejar allí nuestros capotes. Por todos

partes se oyeron exclamaciones de júbilo. En el espacio de una hora, toda la artillería se puso en marcha para Arras. Nunca se ha realizado marcha más penosa: no se nos dió ni una hora de descanso, caminábamos día y noche formando pelotones, estrechábamos las filas para no caernos: los que caían ya no podían levantarse más. Caíamos en los hoyos, en las cunetas, y nada nos importaban los sablazos de plano. Tocaban las músicas, los tambores batían marcha, pero nada podía dominar el sueño; aquellas noches sobre todo eran terribles.» Tenían que luchar también contra el frío, contra una lluvia penetrante de nieve líquida, contra el hambre y las privaciones de todo género, pues para ir más deprisa se prescindió de bagajes é impedimenta, que no hubiera podido seguirlos. Fesenzac afirma que, á excepción de la campaña de Rusia, nunca el ejército había sufrido tanto. Pero ahora, afortunadamente, los sufrimientos duraron poco y quedaron recompensados con tanta largueza que pronto se echaron en olvido.

Napoleón, aun con riesgo de extenuar sus tropas, debía marchar contra el enemigo con esta celeridad, pues si se le daba tiempo siquiera para avanzar hasta el Rhin, preveía que la Alemania entera entraría en coalición. Hasta el mismo Maximiliano, elector de Baviera, vacilaba en aceptar su alianza; se sabía que era personalmente adicto á la Francia, en cuyo ejército había servido antes de ser Elector, y además profesaba gran admiración y amistad sincera á Napoleón; su ministro, M. de Montgelas, estaba también identificado con sus ideas y proyectos reformistas: ambos tenían motivos de queja de la nobleza y del clero, que no veían con buenos ojos ni la secularización de sus bienes ni la igualdad política; finalmente, Baviera era deudora á Francia de su engrandecimiento territorial. Todos estos motivos inclinaban al Elector á aceptar la alianza francesa; pero en la corte había un partido adicto á los austriacos al que dirigía su esposa, hermana de la emperatriz de Rusia y de la reina de Suecia, educadas las tres en el odio más profundo hacia la nación francesa. Sus bellas cualidades como esposa y como madre dábanle gran ascendiente sobre su marido, que se veía en el duro trance de optar entre sus simpatías por Francia y el amor de su mujer, que de continuo le presentaba á su primer ministro como uno de los revolucionarios que habían derrocado la monarquía francesa y le incitaba á despedirle. El Elector, en

esta incertidumbre, ofreció su neutralidad á las dos potencias rivales, que no la aceptaron, esforzándose en alcanzar por sorpresa una alianza que reportaba al que la lograra el concurso de un ejército de 30.000 hombres: el embajador francés, Otto, consiguió por fin esta victoria. Entonces los Austriacos rompieron las hostilidades en Baviera, antes de la llegada de las tropas francesas, y se pusieron en marcha sobre Munich. El Elector, presa de la mayor incertidumbre, entró en negociaciones con ellos, y es muy probable que al fin hubiese cedido,



Mack aniquilado. (Caricatura de la época.)

recordando las tribulaciones que sufriera su antepasado, Carlos VII, á consecuencia de su alianza con Francia contra María Teresa, si el embajador francés no lograra llevársele consigo á Wurtzburgo, con todo el cuerpo diplomático, haciendo acudir á toda prisa á Marmont y Bernadotte, que se hallaban respectivamente en Maguncia y en Westfalia. Maximiliano, viéndose ya seguro entre las tropas francesas, ordenó á las suyas que juntaran sus banderas con las de Francia y firmó con Otto un tratado formal de alianza, rogándole únicamente que demorase hacerlo público hasta la llegada de Napoleón, á fin de no herir la susceptibilidad de su esposa.

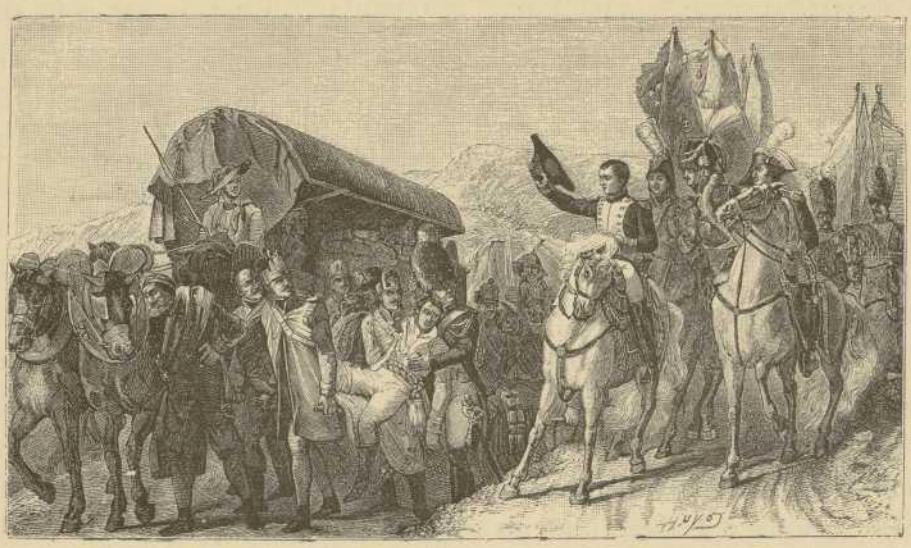
Baviera y los Estados alemanes del Rhin volvieron así, en esta

época, á su antigua política de alianza con Francia contra la casa de Austria; parecía que habían vuelto los tiempos de Mazarino y de María Teresa. La Revolución francesa no había roto, pues, todas las antiguas tradiciones nacionales, así por lo que respecta á los asuntos exteriores como á la organización interior, y una vez cerrada la agitada era de las revoluciones, veíase ya con claridad que el nuevo edificio se había construído en gran parte sobre los cimientos del antiguo.

Durante estas negociaciones los Austriacos habían llegado al Iller, y los Rusos, al mando de Kutusoff, se dirigían, remontando el Danubio, hacia el Norte de Austria. El gobierno austriaco cometió la falta, que en más de una ocasión le ha costado tan cara, de comprometer su propia seguridad en Alemania, sosteniendo en Italia fuerzas considerables: el archiduque Carlos se encontraba ahora, al frente de 100.000 hombres, en la cuenca del Po, mientras que Napoleón, resuelto á mantenerse á la defensiva en Italia, opuso al archiduque únicamete el mariscal Massena con 50.000 hombres, á los cuales debía reunirse Gouvión Saint-Cry, que acababa de evacuar el reino de Nápoles. Todo el Grande-Ejército estaba destinado á invadir la cuenca del Danubio, teniendo á su frente y sobre su derecha, en el Tirol, al ejército del archiduque Juan, fuerte de 40.000 hombres, y en las cercanías de Ulm á los de Mack y del archiduque Fernando.

Mientras tanto, el ejército francés ejecutaba con admirable precisión las órdenes del 27 de Agosto. El primer cuerpo (Bernadotte) evacuó el Hanover, guarneció á Hameln y se reunió en Wurtzburgo con el ejército bávaro; el segundo (Marmont) salió de Zeist, en Holanda, dirigiéndose hacia Maguncia; el tercero, cuarto, quinto, sexto y la reserva de caballería (Davout, Soult, Lannes, Ney y Murat), acampados en Boloña, marcharon igualmente hacia el Rhin para atravesarlo en Manheim hasta Estrasburgo. El séptimo (Augereau), procedente de Brest, debía servir de última reserva y llegar á Huningue, sobre el propio río. Mientras Murat y Lannes, que habían pasado el Rhin en Kehl, amenazaban los desfiladeros centrales de la Selva Negra, llamando hacia aquel punto la atención de los Austriacos, por detrás de esta cortina que les ocultaba al enemigo, Ney, Soult y

Davout llegaron á Lauterburgo, Spira y Manheim, y penetraron en el valle del Neckar, obligando á los soberanos de Baden y de Wurtemberg á firmar un tratado de alianza que les proporcionó 16.000 hombres. En dos días se escalonaron 180.000 hombres desde Kehl á Wurtzburgo, sobre el flanco derecho de los Austriacos. Terminado este movimiento, Lannes y Murat desfilaron á su vez hacia Stuttgard y se unieron con el cuerpo de Ney, dejando al enemigo al Sur de la Selva Negra. Una vez en la cuenca del Neckar, sus afluentes de la orilla



Napoleón rinde homenaje al valor de los soldados enemigos. (Cuadro de Debret, Museo de Versalles.)
Después de la toma de Ulm, Napoleón, con su estado Mayor, hallóse al paso de un convoy de soldados heridos, y descubriéndose les saluda diciendo: "¡Honor al infortunio valeroso!„

derecha, el Kocher, el Jaxt, y principalmente el Fils, ofrecían en sus cuencas otros tantos caminos naturales para envolver la posición de Ulm, de lo cual se había de aprovechar Napoleón, que en la guerra y en sus operaciones sabía sacar partido de la topografía general de un país tanto como del estudio detallado de su mapa. El Emperador continuaba en Estrasburgo prosiguiendo sus negociaciones, vigilando los movimientos de los cuerpos de su ejército y engañando al enemigo con su permanencia en aquel punto. En 1.° de Octubre, por las últimas noticias de Murat, juzgó que sus previsiones se habían realizado, que Mack había sido engañado por completo y que el éxito de la operación estaba ya asegurado. Segur, uno de los oficiales de su Estado Mayor,

á quien ordenó le precediera en Ettlingen y después en Ludwigsburgo, dice en sus *Memorias:* «Al despedirme de la emperatriz:—Partid,—me dijo,—llevaos mis recuerdos y sed tan feliz en vuestra empresa como van á serlo en breve el ejército y la nación. —Al apercibirse de la sorpresa que me causó afirmación tan categórica, añadió: —No lo dudéis; el Emperador me acaba de participar que dentro de ocho días será hecho prisionero indefectiblemente todo el ejército enemigo.—Esto era en 1.° de Octubre, y en efecto, el 8, Mack se hallaba completamente envuelto.»

Mack no había comprendido nada de las maniobras del Grande-Ejército; creyó que los Franceses trataban de desembocar en el Danubio por el alto Neckar, por lo que formó su ejército frente á los Alpes de Suabia, teniendo su izquierda en Ulm, su centro en Gunzburgo y su derecha en Rain, con lo cual cometía ya una gran torpeza al dejar tan grandes intervalos entre las distintas partes de aquél. No entraba, sin embargo, en el plan de Napoleón partir inmediatamente en tres trozos el ejército de Mack, pues cuando menos se salvaría uno de ellos y se reuniría con Kutusoff; proponiéndose, en cambio, aislar desde luego por completo el ejército de Mack del ejército ruso, envolviéndole más allá de su derecha, por lo que dió orden á Bernadotte, Marmont y Davout para dirigirse á Ingolstadt y Neuburgo; y después, para separar del centro el ejército de la derecha, que ya estaba envuelto, mandó á Soult, Lannes y Murat sobre Donauwerth, población situada precisamente entre Gunzburgo y Rain, puntos ocupados por el centro y la derecha austriaca. Ney, único que daba frente al enemigo, ocultaba sus movimientos de todos estos cuerpos marchando lentamente desde Stuttgard hacia Albeck por Heidenheim, tomando posiciones enfrente de Ulm, en la orilla izquierda del Danubio, mientras que los demás cuerpos de ejército, cuyo eje constituía el suyo, atravesaban el río y se apoderaban de Munich y Augsburgo.

Kienmayer, jefe de la derecha austriaca, al verse separado de Mack perdió la serenidad y huyó hacia Munich. Lannes y Murat encontraron en Wertingen un cuerpo de ejército destacado por el general en jefe para unir la derecha con el centro, y lo destrozaron (8 de Octubre de 1805). Asustado Mack al verse en esta situación, tomó nuevas posiciónes de cara á Viena y de espaldas al Rhin, apo-

yando su izquierda en Ulm, su centro sobre el Iller y su derecha en Memmingen, al revés de los Franceses, que daban la cara al Rhin y la espalda á Viena.

Bernadotte y Davout salieron en persecución de Kienmayer con objeto de detener á los Rusos, que habían llegado á Linz. Soult recibió el encargo de rebasar la derecha enemiga para arrojar del Worarlberg á Jellachich, que se había separado de Mack con 10.000 hombres, y después echar del Tirol al archiduque Juan. Napoleón, con Marmont, Lannes y Murat, cercó á Ulm por la orilla derecha del Danubio, mientras que Ney, con 40.000 hombres, completaba el cerco por la orilla izquierda y obligaba á replegarse lentamente sobre la ciudad al ejército de Mack. Obligado Ney á apoderarse de Gunzburgo, con objeto de tener comunicación con el Emperador por el puente de esta ciudad, no dejó en Haslach más que la división Dupont, compuesta de 6.000 hombres. De pronto, presentáronse ante esta pequeña fuerza 25.000 Austriacos, mandados por el archiduque Fernando, quien intentaba escaparse del bloqueo de Ulm. Dupont, cuyo nombre es principalmente conocido por la deplorable capitulación de Bailén, demostró ser entonces un general eminente, como lo había acreditado ya en Pozzolo, como debía acreditarlo algunas semanas después en Dirnstein, y en otras varias ocasiones en las campañas de 1806 y 1807. Tuvo una inspiración que, según dice persona competente, «honraría á los más ilustres capitanes», pensando que si retrocedía declaraba su debilidad y se vería envuelto en seguida por los 10.000 caballos del ejercito del archiduque, que saldrían en su persecución; y que, por el contrario, si realizaba un acto de audacia, haría suponer á los Austriacos que sus fuerzas constituían la vanguardia del ejército francés de la orilla izquierda del Danubio, lo que les haría más circunspectos y le permitiría salir del mal paso en que se hallaba. Confiado, además, en el probado valor de sus soldados, no sólo aceptó, sino que presentó batalla: después de una encarnizada lucha de cinco horas, Dupont quedó dueño de todas sus posiciones, aprovechando la noche para retirarse hacia Albeck, adonde llegó precedido de 4.000 prisioneros, casi tantos como soldados le quedaban. Este combate, verdaderamente extraordinario, aseguró el éxito más completo al plan de Napoleón. Los Austriacos no conservaron en la orilla izquierda más

que las alturas de Elchingen y el Michelsberg, última línea de retirada.

Napoleón ordenó al mariscal Ney que ocupara las alturas de Elchingen, defendidas por 15.000 hombres y 40 cañones, y algo descontento porque en los días anteriores habían sido mal interpretadas ó ejecutadas con flojedad algunas de sus órdenes, quiso disponerlo todo por sí mismo. Apoderado del puente sobre el Danubio, abrióse camino á través de los refuerzos que llegaban por todas partes, y por en medio de los muertos y de los heridos, que interrumpieron sus quejas para vitorearle. Al pasar junto á un artillero al que una bala de cañón se le había llevado la pierna, detúvose Napoleón, se aproximó á él, desprendió de su pecho la cruz de la Legión de honor y se la dió, diciéndole: —«¡Tómala, te pertenece! No desesperes, entrarás en los Inválidos y aun podrás vivir allí tranquilo. — No, — respondió el soldado, — la sangría es demasiado grande, pero lo mismo da. ¡Viva el Emperador!» Más allá vió á un viejo granadero del ejército de Egipto, echado de espaldas y expuesto á la lluvia, que caía á torrentes, el cual, en su exaltación febril, continuaba gritando á sus compañeros: «¡Adelante, adelante!» Napoleón quitóse su capa y le cubrió con ella diciéndole: «Procura devolvérmela, que en cambio te condecoraré y te daré la pensión que mereces.» En lo más fuerte del combate se colocó, para presenciarlo mejor, en lo alto de un cerro, tan próximo al enemigo que los oficiales de su escolta tuvieron que defenderse disparando sus pistolas contra los dragones austriacos para alejarlos de aquel punto. Sólo al caer de la noche, y asegurado ya el éxito, volvió á la orilla derecha, alojándose en casa del párroco de un pueblecillo llamado Oberfalheim, en donde el general Thiard le hizo la cama y uno de sus ayudantes una tortilla, pero no pudo mudarse el traje, empapado por la lluvia.

El coronel Augusto Colbert, jefe de la caballería ligera del sexto cuerpo de ejército, señaló en su relación al mariscal Ney, entre los que se distinguieron principalmente en Elchingen, «al joven Louvat, único descendiente de Bayardo, *el caballero sin miedo y sin tacha*». Hermoso espectáculo es, realmente, ver en el ejército de la nueva Francia al representante de la familia del gran ministro de Luis XIV



Mapa para la historia de las campañas de Alemania y de Polonia en 1800, 1805 á 1807, 1809 y 1813.

recomendando el descendiente del héroe de Marignán y de Mezieres al hijo del tonelero de Sarrelouis.

Al día siguiente, 15 de Octubre, á las tres de la mañana, Napoleón dió sus órdenes para la jornada: era ésta la hora de costumbre, pues en ella generalmente había recibido ya todos los partes de la víspera. Dispuso el orden de ataque al Michelsberg, que fué tomado por Ney y Lannes con el mismo arrojo que Elchingen, y como allí, con objeto de presenciar el combate, Napoleón se puso en primera línea, hasta que Lannes, después de haberle hecho algunas



El mariscal Ney toma el puente de Elchingen y ataca la posición de la Abadía. (Bajo-relieves de la columna Vendôme)

observaciones, de las que éste no hizo caso, cogió bruscamente las riendas de su caballo alejándole del fuego, muy nutrido y mortífero en aquel momento.

Con la conquista del Michelsberg quedó Mack separado definitivamente del archiduque Fernando, que había tomado el camino de Bohemia perseguido por el cuerpo de ejército de Murat (15 de Octubre de 1805). El ejército encerrado en Ulm no podía sostenerse allí largo tiempo, y Mack, al saber que los Rusos no habían pasado de Linz y que los Franceses se habían apoderado de Munich, se decidió á capitular; pero creyendo que no estaba aislado por completo, exigió la condición de no entregar la ciudad hasta ocho días después si durante ellos no recibía socorros. Esperábalos, no sólo de los Rusos,

sino también de Kienmayer, del archiduque Juan y de Jellachich, que creía se habían reunido. Singulares ilusiones eran éstas, pues todas cuantas fuerzas austriacas habían podido escapar del desastre de Ulm, á excepción del archiduque Fernando con dos mil hombres de caballería, viéronse obligadas á capitular en Trochtelfingen (19 de Octubre). Siete mil franceses recorrieron en cinco días cuarenta y cinco leguas, causando al enemigo una pérdida de 22.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y apoderándose de 130 cañones y de todos los bagajes. Napoleón participó este resultado á Mack, quien perdida toda esperanza de ser socorrido, capituló el 20 de Octubre, entregando 33.000 hombres, 40 banderas y 60 cañones. No habían transcurrido aún dos meses desde el comienzo de la campaña, y uno desde que se pasó el Rhin.

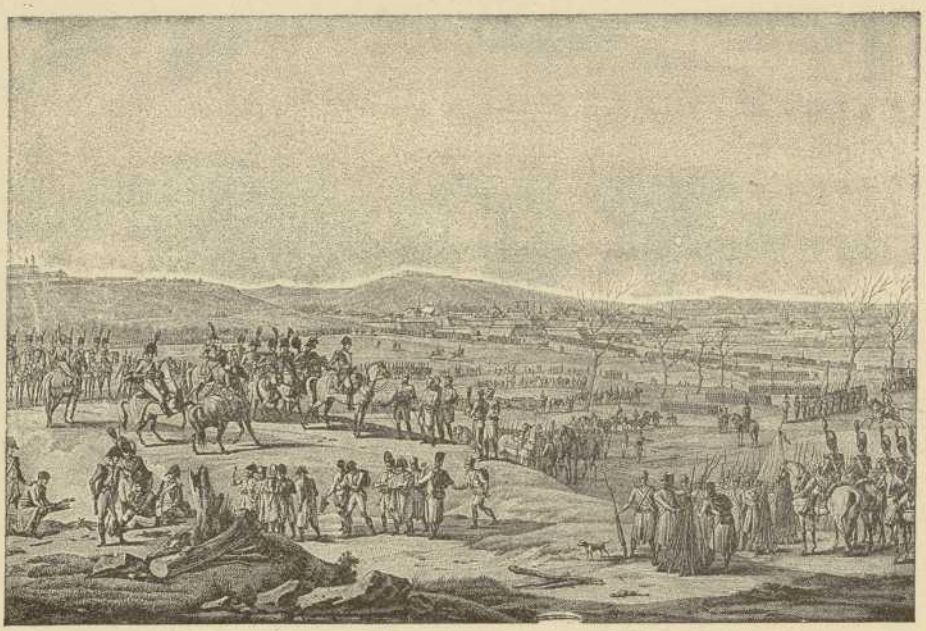
Dos tristes noticias enturbiaron la alegría de Napoleón: la primera fué la de una gran derrota naval que el almirante Villeneuve había sufrido en Trafalgar, al día siguiente de la capitulación de Ulm; la segunda venía á ser una declaración de guerra del rey de Prusia.

La escuadra franco-española, después de salir del Ferrol para buscar refugio en la bahía de Cádiz con el fin de reorganizarse, quedó pronto bloqueada por Nelson, anunciándose así para una fecha próxima la batalla que Villeneuve había querido evitar, ya que treinta y tres navíos de línea quedaban del todo inutilizados y reducidos á la impotencia en el puerto en que se habían encerrado. Era punto de honor el forzar el paso; así lo comprendía Villeneuve, que no era cobarde, y de esta opinión eran todos los oficiales de la escuadra (1). A pesar, pues, de sus recelos y de su desfallecimiento, de acuerdo con el almirante español, Gravina, fijó la salida para el

(1) Ante las reiteradas y enérgicas órdenes de Napoleón, y particularmente al saber que el almirante Rosilly, nombrado para substituirle, había llegado á Madrid, se determinó Villeneuve á salir, contra la opinión de los marinos españoles, que fueron consultados y que en el consejo sostuvieron enérgicamente su dictamen. «Hubo con este motivo, según el historiador Marliani en su *Combate de Trafalgar*, una discusión viva y fuerte entre el contralmirante Magón y el brigadier español Galiano; mediaron también contestaciones entre Villenueve y Gravina, pero quien hizo más abierta oposición fué el ilustrado y valiente brigadier Churruca, cuyas enérgicas palabras nos han sido conservadas.» —*(N. del T.)*

21 de Octubre (1805). Esta tentativa, que fracasó completamente, convirtiéndose en un terrible desastre, ha recibido el nombre de batalla de Trafalgar porque la escuadra aliada tomó posiciones ante el Cabo así llamado.

Por ambas partes combatióse con igual encarnizamiento, pero Villeneuve no tenía altura suficiente para luchar contra Nelson. El gran marino inglés, queriendo demostrar como comprendía él mismo



Toma de Ulm por Napoleón (18 de Octubre de 1805). Dibujo de Swebach, grabado por Couché hijo.

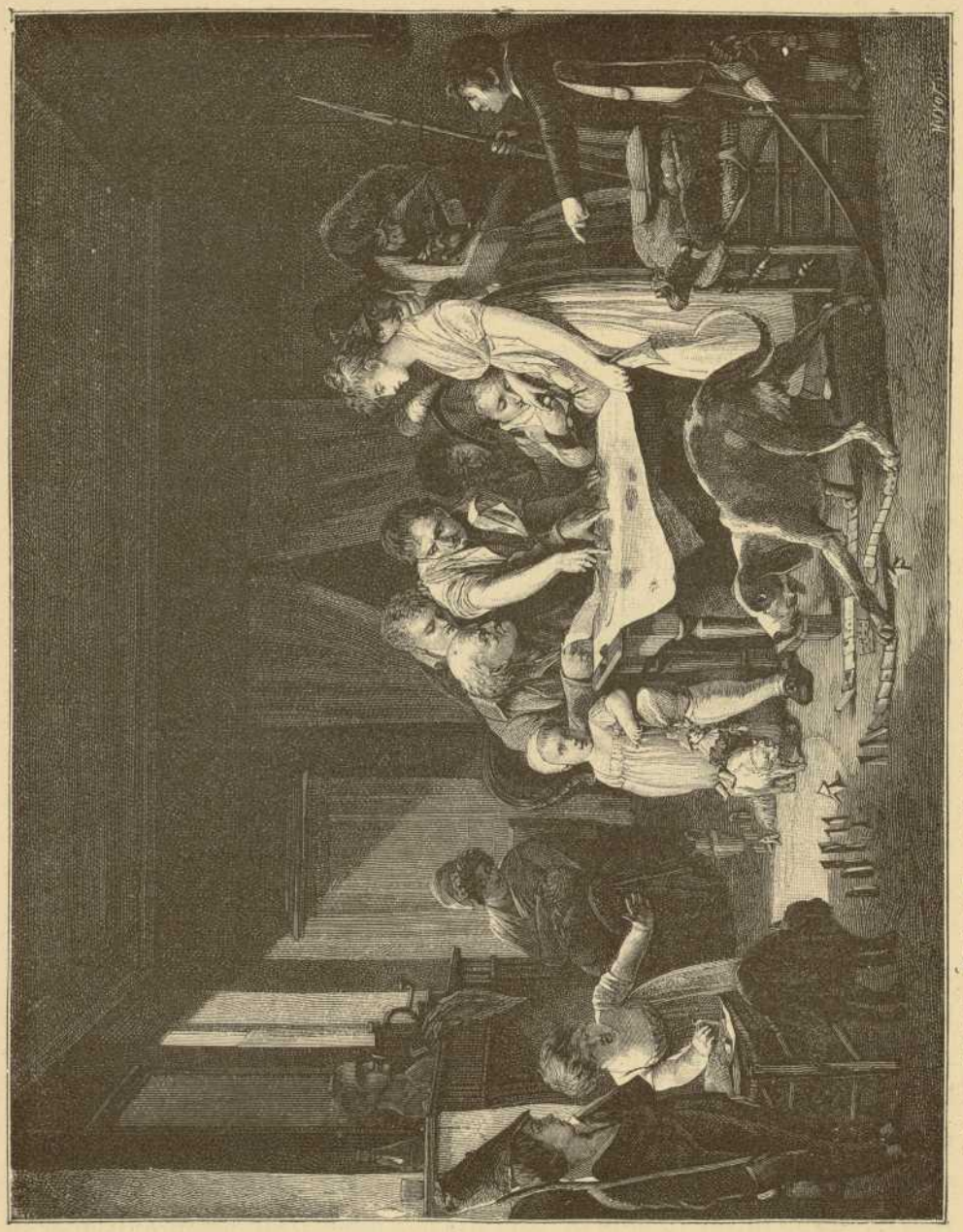
su célebre orden del día: *Inglaterra espera que cada cual cumplirá con su deber,* dirigió personalmente las operaciones, de pie sobre el castillo de popa del *Victory,* navío almirante, cayendo allí herido mortalmente por una bala salida de las cofas del *Redoutable.* Sus últimas palabras fueron una recomendación dirigida al almirante Collingwood, haciéndole observar que se aproximaba una tempestad y era prudente tomar puerto. Murió momentos después, eran las cuatro y media de la tarde. A la misma hora, triste coincidencia que resulta del examen comparativo de los documentos oficiales que existen en los archivos de la marina inglesa y de la francesa, el almirante Gravina daba la señal á la escuadra de replegarse en reti-

rada. El primero de los jefes de Villeneuve, el contralmirante Magón, murió sobre la cubierta del *Algeciras* (1). Menos feliz su jefe, fué hecho prisionero y conducido á Inglaterra; puesto en libertad después para que pudiera justificarse en su patria, desembarcó en Morlaix, y perdida luego toda esperanza de recobrar el favor de Napoleón, se suicidó en Rennes, en la casa donde se alojaba (22 de Abril de 1806). Villeneuve tenía talento, valor personal y conocimientos prácticos de su carrera, pero carecía de la elevada inteligencia necesaria para desempeñar como es debido un mando superior, principalmente cuando se ha de tener gran decisión y precisa vencer grandes dificultades. Falto de energía, sobre todo, no llegó á comprender la importancia de la misión que el Emperador le había encomendado ni supo hacerse cargo de que la oportunidad constituye en ocasiones una victoria.

Napoleón impidió que circulara la noticia de este desastre para no desanimar á su ejército y procuró adelantar la marcha sobre Viena á fin de hacer olvidar lo más pronto posible esta derrota con nuevos triunfos. Necesitaba, además, apresurarse á destruir á los Rusos y á los Austriacos antes que Prusia se uniese á la coalición, como parecía dispuesta á hacer. Dos de las divisiones francesas, mandadas por Bernadotte y Marmont, al dirigirse desde el Hanover y Holanda á Wurtzburgo, pasaron por el territorio neutral de Anspach, perteneciente á Prusia, de lo cual esta nación protestó inmediatamente. Napoleón, en su respuesta, procuró quitar toda importancia á la violación del territorio de Anspach, respecto á cuyo hecho hizo notar con mucha razón el embajador francés, M. de Laforest, que en la última campaña precisamente habían cruzado en todos sentidos el mismo territorio los ejercitos beligerantes, y muy recientemente los Austriacos, sin que en ello Prusia encontrase motivo para una provocación. El disgusto

(1) No todos los jefes de la escuadra francesa siguieron tan loable conducta. Dumanoir, que mandaba la división de vanguardia, se alejó sin combatir, salvando cuatro buques que poco después fueron apresados, á la vista de Rochefort, por sir Ricardo Strachau. Los españoles perdimos al valiente general Gravina que murió en Cádiz á consecuencia de sus heridas; á los brigadieres Churruca y Alcalá Galiano, Alcedo y su segundo Castaños, Valdés y otros muchos distinguidos jefes, además de 2.500 hombres muertos ó heridos y doce navíos perdidos por completo.—*(N. del T.)*

no era, pues, grave, pero la nobleza prusiana, apoyada por la reina Luisa, inclinó á Federico Guillermo á que movilizara el ejército y



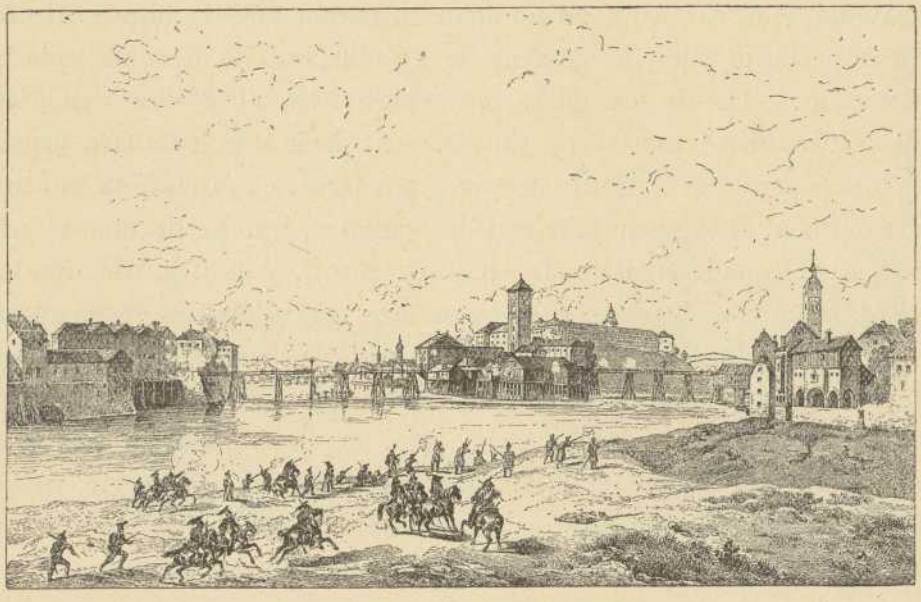
La lectura del séptimo *Boletín del Grande-Ejército* (capitulación de Ulm). Cuadro de Bolly, fotografía de Braun, Clément y Cie, de París.

ocupara el Hanover en nombre y provecho propio. Brunswick había formulado ya un plan de campaña contra el ejército francés, en el que

se proponía cortarle el paso ocupando la línea del Rhin, esperando el generalísimo prusiano que le obligaría á emprender la retirada ante el efecto de tal maniobra. Era éste el mismo plan que se adoptó en 1806, aunque ahora era más oportuno que no lo fué en el año siguiente, pues Napoleón tenía que combatir aún contra los Austriacos; pero se ve ya que los aliados se preparaban á cometer faltas tales que forzosamente habían de originar una catástrofe. Esperando el momento decisivo de obrar, el gobierno prusiano, con pretexto de mantener la igualdad de los beligerantes, abrió la Silesia al segundo ejército ruso. Alejandro fué personalmente á Berlín, donde hizo su entrada solemne el día 5 de Octubre. Desde la entrevista que en Junio de 1802 tuvo el Czar, en Memel, con los reyes de Prusia, pareció profesar la reina Luisa una especie de afecto respetuoso y caballeresco, del que le dió nueva prueba en 1805, firmando en Potsdam (3 de Noviembre) una alianza entre él y Federico Guillermo y jurándose amistad eterna ante la tumba de Federico *el Grande*. Pero el monarca prusiano, más razonable que su corte, se propuso desempeñar únicamente el papel de mediador armado, manifestando que no declararía la guerra más que en el caso de que Napoleón se negase á aceptar las condiciones que iba á proponer á ambas partes, aunque en realidad estas condiciones eran exclusivamente desfavorables para Francia, pues se le pedía que devolviese la independencia á Suiza y Holanda y que restituyese el Piamonte al rey de Cerdeña. En este sentido se mandó, por medio del conde Haugawitz, un ultimátum á Napoleón, que se apresuró á marchar sobre Viena.

Kutusoff con 45.000 hombres había llegado á Braunau, en donde se reunió con Kienmayer, siendo su plan retroceder paso á paso á fin de dar tiempo al ejército del Tirol y al de Italia á que llegasen en socorro de Viena. Ney, destacado del Grande-Ejército con Augereau, se dirigió hacia el Tirol para arrojar definitivamente de él al archiduque Juan, debiendo marchar también después sobre la capital, sirviendo de ala derecha al ejército de Napoleón y de izquierda el de Italia. Braunau, en donde había almacenadas grandes provisiones, cayó en poder de los Franceses (20 de Octubre), y pronto Murat y Lannes, que formaban la vanguardia, se encontraron con el enemigo en Lambach, en Steyer y Amstetten. En Steyer, cuyo puente había

sido quemado, los carabineros de Davout pasaron el Ems sobre un madero, desafiando una verdadera lluvia de balas y metralla. En Amstetten se encontraron por vez primera los Franceses frente á los Rusos, cuyo encarnizamiento dejó admirados á los primeros, pues que heridos, desarmados y arrastrándose por el suelo, estos nuevos enemigos, no sólo se defendían aún con tenacidad, sino que renovaban el ataque. Sin embargo, amenazado por todas partes y viendo que el ejército de Italia no podría llegar á tiempo, Kutusoff renunció á sal-



Combate de Steyer (5 de Noviembre de 1805)

var Viena y pasó el Danubio por el puente de Mautern, que voló después. Esperaba reunirse sin dificultad con el archiduque Fernando y el segundo ejército ruso de Moravia, pero quedó sumamente sorprendido al encontrar en Diernstein á Mortier, que tenía encargo de vigilar la Bohemia y, si era posible, cortar á los Rusos el camino de Moravia (9 de Noviembre).

Mortier, por su parte, casi quedó tan sorprendido como Kutusoff al encontrarse en presencia del enemigo, que según él, sólo podía pasar el Danubio por el puente de Viena; y su sorpresa se trocó pronto en verdadera zozobra, pues se había adelantado con demasiada precipitación únicamente con la mitad de sus fuerzas, dejando detrás á Dupont

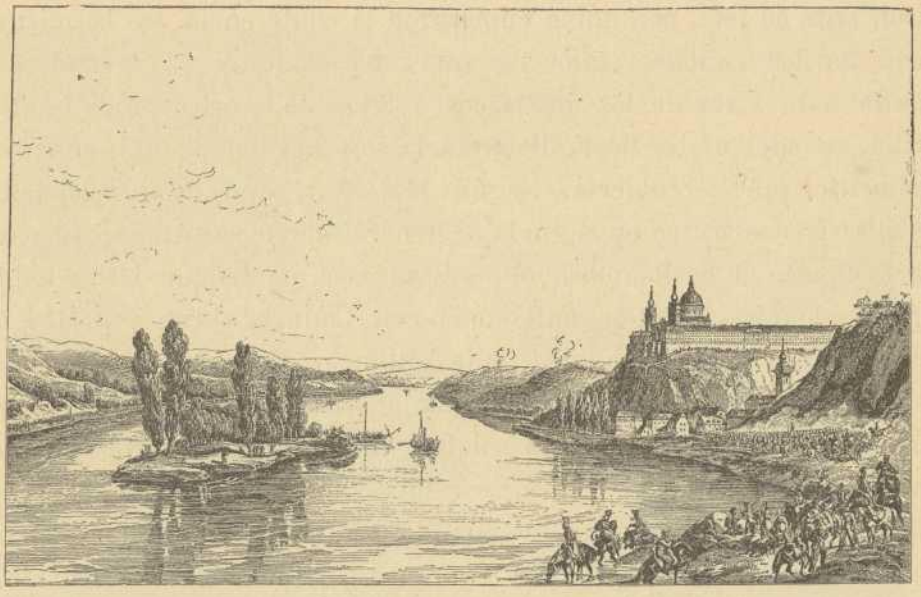
con la otra mitad, á una jornada de distancia. «Acosó, sin embargo, vivamente al enemigo hasta Stein, donde pronto echó de ver que tenía enfrente todo un ejército; entonces se replegó hacia Diernstein, que encontró ya ocupada por un segundo cuerpo de 15.000 Rusos que le habían envuelto, reanudándose, en medio de la obscuridad de la noche, el combate iniciado por la mañana. Aunque los 5.000 héroes que acompañaban á Mortier quedaron cercados por todas partes por masas enormes, nadie pensó en rendirse, y como algunos oficiales aconsejaran á Mortier que se embarcase solo y se pusiera en salvo atravesando el río, á fin de no dejar en manos del enemigo un trofeo tan importante como la persona de un mariscal de Francia, éste les respondió:—De ningún modo me separo de hombres tan valientes; nos salvaremos ó moriremos juntos.—Al decir esto hallábase espada en mano peleando al frente de sus granaderos, cuya elevada estatura sobrepujaba. Sólo se contaba con dos cañones, uno de los cuales enfiló Mortier hacia Krems, donde estaba Kutusoff, y el otro, dirigido por el suizo Fabvier, que tan célebre se hizo más adelante, en la guerra de la independencia griega, lo volvió hacia Diernstein, poniéndolo al frente de la columna; y habiéndose roto todos los tambores, mandó batir carga golpeando sobre unos jarros de hierro. Sin embargo, las municiones se agotaban, y las bayonetas, á fuerza de servir, se doblaban y embotaban. De repente, oyóse vivo tiroteo á espaldas de Diernstein: era el infatigable Dupont, que sabedor de la peligrosa situación de Mortier había forzado la marcha para reunirse con él y salvarle. En efecto, cogidos los Rusos entre dos fuegos, reanudaron su marcha hacia Hollabrunn.»

Murat se adelantó precipitadamente hacia Viena sin preocuparse de la escasa resistencia que encontraba ante él ni de mantener sus comunicaciones con las tropas de la orilla izquierda del río, por lo que Napoleón le escribió desde Moelk una carta muy severa, en la que le decía:

«Primo mío: Me disgusta vuestro modo de proceder, avanzáis como un atolondrado y no entendéis bien las órdenes que os mando. Los Rusos, en vez de cubrir el camino de Viena, han repasado el Danubio en Krems, por cuyo imprevisto movimiento debíais haber comprendido que no podíais continuar sin nuevas

instrucciones. Sin conocer los planes del enemigo y sin saber cuáles eran mis deseos ante estas nuevas circunstancias, íbais á encerrar mi ejército en Viena. No habéis tenido presente más que la vanagloria de entrar en esa capital. Sólo hay gloria donde hay peligro, y ninguna os ha de proporcionar el entrar en una población indefensa.» (Mœlk, 11 de Noviembre.)

Al ver el emperador Francisco amenazada su capital, salió de ella en dirección á Moravia, á donde había llegado el Czar con el



El ejército francés, marchando sobre Viena, atraviesa el desfiladero de Moelk (10 de Noviembre de 1805)
(A la derecha se ven los muros de un monasterio que se consideraba como el más opulento de Alemania y que en 1809 suministró víveres durante seis días al ejército francés.)

segundo ejército ruso, reuniéndose los dos soberanos mientras que la vanguardia de los Franceses entraba en Viena, al mando de Lannes y de Murat. Pero el Danubio separaba á ambos ejércitos, y el paso de este gran río podía detener largo tiempo á los Franceses. Un medio poco noble, pero que excusa algo el rasgo de audacia de los que lo pusieron en práctica, proporcionóles el paso apetecido.

Apenas dueños de Viena, Lannes y Murat trataron de pasar el río, que en aquel punto forma varias isletas. Los Austriacos les dejaron ocupar sin dificultad los puentes que las ponían en comunicación, pero habían minado el más importante de ellos, tendido sobre el brazo mayor del río, en cuya entrada, de la orilla izquierda, se

había apostado el conde de Auersperg con siete ú ocho mil hombres y algunos cañones. Murat y Lannes hicieron adelantar sus granaderos tras los frondosos árboles de las orillas y se dirigieron con sus ayudantes hacia la entrada del puente; al divisarles, un artillero austriaco se presentó, con una mecha encendida, para volarlo. El coronel Dode logró detenerle diciéndole que se iba á firmar un armisticio y antes precisaba que los generales franceses celebrasen una conferencia con el conde de Auersperg. Los artilleros entonces los condujeron ante su jefe, con quien empezaron la conferencia en la misma boca de los cañones, mientras que una columna de granaderos, oculta á la vista de los austriacos á favor de la arboleda de la otra orilla, se adelantaba hasta llegar á la entrada del puente, en cuyo momento fué descubierta. Según Marmont, uno de los oficiales subalternos se acercó en seguida al general conde de Auersperg para darle cuenta de la maniobra de los Franceses, de la que no se había apercibido á causa de su conferencia con Lannes, Murat y Bertrand. Lannes, apartando al oficial, dijo entonces indignado: «General, ¿es ésta la tan cacareada disciplina austriaca? ¿Permitiréis que el primer advenedizo os dirija la palabra, interrumpiendo nuestra conferencia?» El conde de Auersperg hizo una señal con la mano al oficial para que se retirase, y cuando por fin fijó su atención en el puente, estaba éste ocupado por los franceses, que habían desarmado á los artilleros. Quedó el conde profundamente consternado, pero no tuvo más recurso que replegar cuanto antes sus tropas y batirse en retirada. Napoleón se apresuró á aprovecharse de la ocupación de los puentes del Danubio para mandar al otro lado á Soult, Lannes y Murat, con objeto de cortar la retirada á Kutusoff, llegando antes que él á Hollabrunn, en donde los Rusos se proponían tomar el camino de Moravia. Este plan estuvo a punto de realizarse, pues Murat, á marchas forzadas, pudo en efecto cortar el camino á Kutusoff é iba á aislarle del segundo ejército ruso cuando se dejó engañar por este general con la misma argucia con que él había engañado a los defensores del puente de Viena. Kutusoff le mandó á decir que se había ajustado un armisticio entre los beligerantes, cosa que no extrañó Murat, á pesar de no haber sido advertido por Napoleón, por lo cual suspendió su marcha. Al saber la verdad, se arrojó con ver-

dadero furor tras la retaguardia de los Rusos, pero ya era tarde, pues las tropas que la constituían, en número de siete ú ocho mil hombres, al mando de Bagratión, pelearon con verdadero encarnizamiento y se dejaron triturar para dar tiempo suficiente á Kutusoff de reunirse con su cuartel general (18 de Noviembre de 1805). Los soberanos aliados se encontraron entonces al frente de 60.000 hombres, sin contar el ejército del arquiduque Fernando, que recorría



Napoleón recibe las llaves de Viena. (Cuadro de Girodet. Museo de Versalles.)

la Bohemia, y el del archiduque Carlos, que procedente de Italia llegaba por Hungría.

Massena, que tenía en un principio la misión de mantenerse á la defensiva sobre el Adigio, recibió después la orden de atacar al archiduque Carlos para impedir que mandase refuerzos al ejército de Mack. Apoderóse, pues, de la ciudad de Verona y obligó á los Austriacos á replegarse en las alturas de Caldiero, donde les causó 6.000 bajas, sin lograr empero arrojarles de sus posiciones (30 de Octubre). Pero al recibir el archiduque al día siguiente la noticia de la rendición de Ulm, emprendió en seguida la retirada hasta Lay-

bach, dejando guarnecida Venecia, sin que Massena le persiguiese por de pronto, por el temor que abrigaba de la llegada al reino de Nápoles de un ejército anglo-ruso llamado por la reina María Carolina. Además, la situación del Tirol impedía á Gouvión Saint-Cyr pasar otra vez á la Italia meridional. Ney, peleando en pleno invierno en las montañas del Tirol contra el archiduque Juan, se apoderó de Scharnitz (7 de Noviembre) y de Inspruck, y entonces el archiduque se dirigió con toda rapidez hacia Klagenfurth, por los puertos de Brenner y de Toblach, con el fin de reunirse con su hermano Carlos. Jellachich, que, como hemos visto, se había escapado de Ulm con objeto de reforzar al ejército del Tirol, se encontró completamente aislado. Augereau y el séptimo cuerpo, que ya habían salido de Brest, llegaron justamente á tiempo para apoderarse de Feldkirch y alcanzar á Jellachich en Fussen, obligando á rendirse á una mitad de sus tropas. La otra mitad, al mando del príncipe de Rohán, bajó hacia el Sur con objeto de reunirse con el archiduque Juan, pero se encontró en Castelfranco al ejército de Saint-Cyr, que se dirigía á Nápoles, y se vió obligada á capitular (25 de Noviembre de 1805). El archiduque Juan, venciendo grandes dificultades, pudo reunirse en Cilly con el ejército de Italia, dirigiéndose entonces hacia Viena; pero Marmont le derrotó en las cercanías de Gratz, al mismo tiempo que Davout se apoderaba de Presburgo, adelantándose hasta Nikolsburgo con objeto de cortarle el camino de Moravia. El ejército francés, por las posiciones que ocupaba, dejaba aislados los grandes cuerpos del ejército austro-ruso, impidiendo que se reuniesen en Moravia con las tropas que personalmente mandaban los emperadores aliados, quienes habían adoptado un plan de campaña, del general Weirother, que consistía en cortar a los Franceses el paso del Danubio y reunirse con el archiduque sobre el Raab. Tenían tanta más confianza en este plan cuanto que en virtud de las negociaciones entabladas con Prusia, contaban con que un ejército de 60.000 Prusianos, procedentes de Bohemia, cortaría á Napoleón la retirada á Francia.

El conde de Haugwitz, que estaba al frente del gobierno de Prusia desde 1794, y que había sabido mantener hábilmente una política de neutralidad, algo favorable á la alianza francesa, fué

reemplazado en 1804 por su discípulo Hardenberg, el cual, por una singular ilusión, creyó seguir el mismo sistema inclinándose con verdadero interés unas veces á un lado y otras á otro, sin comprender que los cambios frecuentes en materia de alianzas no constituyen la verdadera neutralidad, y que los arrebatos, en cualquier sentido, nunca son hijos de la moderación y de la seriedad. En un principio aceptó con entusiasmo los ofrecimientos que le hicieran



El mariscal Ney devuelve á los soldados del regimiento n.° 76, de infantería de línea, sus antiguas banderas, depositadas en el arsenal de Inspruck. (Cuadro de Meynier, Museo de Versalles)

Duroc, en Agosto de 1805, y Laforest, en Septiembre, relativos á la cesión del Hanover á Prusia, con la cual Napoleón pensaba enemistarla con Inglaterra, impidiendo así para el presente como para el porvenir que entrase en ninguna coalición contra Francia; pero Hardenberg, al tener noticia de la violación del territorio de Anspach por los Franceses, cambió bruscamente de parecer, y tan francés como fué en un principio, se hizo después amigo de los Rusos. Haugwitz no pudo evitar el tratado de Potsdam, pero obtuvo, en cambio, el encargo de llevar á Napoleón el ultimátum de Prusia.

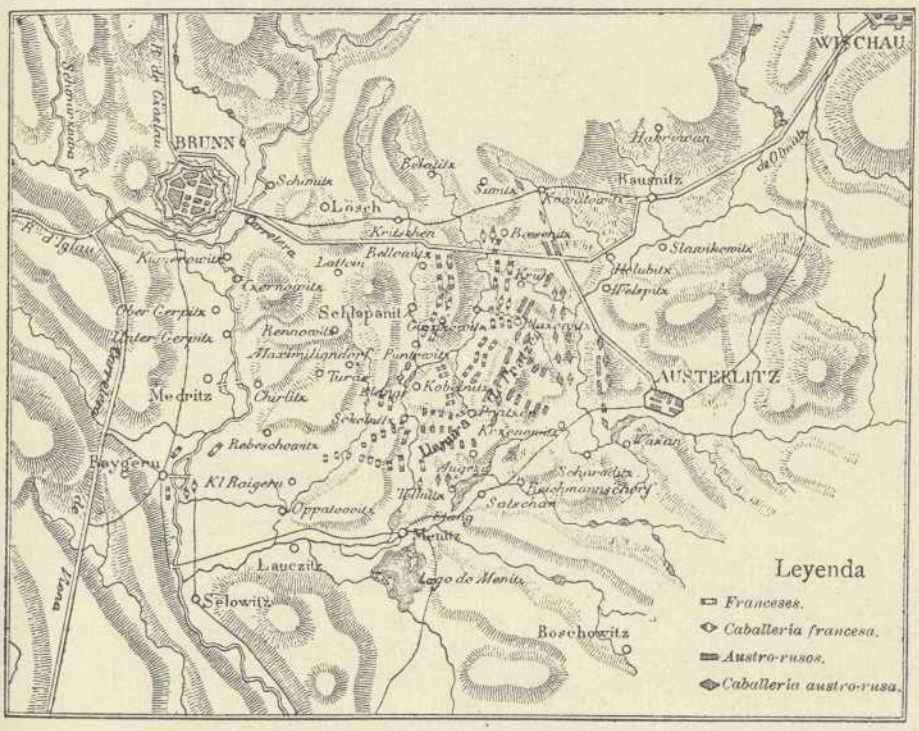
Animados con esta actitud de Prusia, los aliados procedieron inmediatamente á desenvolver el plan por medio del cual creían

cerrar á Napoleón el camino de Francia. Hallábanse acampados en Olmutz con 90.000 hombres. Los Franceses, que no contaban sino con 65.000 (pues Mortier se había quedado en Viena y algunos regimientos en el Danubio, para proteger la retirada en caso necesario), tenían sus avanzadas en Wischau, y su cuartel general en Brunn. El enemigo, maniobrando para copar á las tropas francesas de Moravia, comenzó por arrojar de Wischau nuestras avanzadas, desfilando luego hacia el Sur, sobre Austerlitz, en vez de adelantarse hacia Brunn, descubriendo así por completo sus propósitos. Napoleón, deseando atraerle al campo de batalla que había escogido, fingió abrigar temor respecto á su suerte y envió á Savary con proposiciones de paz. El Czar, por su parte, mandó á Napoleón su ayudante Dolgorouki con un pliego á modo de ultimátum en cuyo sobre se leía: «Al jefe de la nación francesa,» título que dispensaba á los aliados de reconocer á Napoleón como Emperador, con lo cual habían quedado tan contentos como si hubiesen alcanzado una victoria.

Napoleón, fuese por verdadera curiosidad, fuese por el deseo de aumentar la confianza del enemigo fingiendo apresuramiento, salió al galope al encuentro de Dolgorouki, hasta rebasar sus últimos centinelas. En su conferencia con Napoleón, demostró Dolgorouki una arrogancia en extremo ridícula y fuera de tono, manifestando que Francia sólo podía obtener la paz abandonando Italia, la orilla izquierda del Rhin y Bélgica. Napoleón se contuvo en un principio; pero cuando el joven oficial, que hubiera podido al menos demostrar cierta deferencia hacia el primer general de Europa, le ofreció insolentemente permitirle retirarse sano y salvo tras el Danubio si prometía evacuar inmediatamente á Viena y los Estados hereditarios, concluyó aquél la paciencia y le dijo: «Retiraos, caballero, marchad y decid á vuestro amo que no me dejo insultar de esta manera; retiraos inmediatamente.» Dolgorouki volvió al campamento de los aliados sumamente ufano de la altiva actitud que había observado, diciendo á boca llena que el enemigo estaba completamente desmoralizado, que Napoleón se veía perdido, que no cabía la menor duda de que ya eran dueños de su ejército y que era conveniente apresurar la batalla, pues temía que se escapara batiéndose en retirada, y

hasta llegó á recomendar á sus soldados que vigilasen bien el punto por donde iban á huir los franceses.

La concentración que operó el Emperador incorporando rápidamente al ejército los cuerpos de Bernadotte y de Davout, acampados el primero á su derecha y el segundo á su izquierda, y su retirada abandonando la fuerte posición de las alturas de Pratzen, concluyeron



Plano de la batalla de Austerlitz.

por desorientar á los aliados, cuando en realidad no eran sino maniobras por medio de las cuales Napoleón procuraba llevarles al terreno por él escogido. «Si tratase únicamente de impedirles el paso, — dijo á sus generales, — me colocaría aquí, pero tendríamos sólo un simple combate; si, por el contrario, mantengo compacta mi derecha, retirándola hacia Brunn, y los Rusos abandonan estas alturas, están perdidos irremisiblemente.» Terminado el movimiento, el ejército francés quedó formado de este modo: la izquierda daba la espalda al monte Bosenitz, el centro tenia á su frente el río Goldbach y las alturas de

Pratzen, y la derecha, constituída sólo por dos divisiones, al mando de Davout, se extendía por detrás de la línea de batalla hasta Sokolnitz, Telnitz y las lagunas de Menitz, dejando un espacio libre entre ellas y las tropas francesas. El plan de Napoleón consistía, pues, en separar cuanto fuese posible la izquierda enemiga del centro, destrozándola y obligando al mismo tiempo á abandonar la meseta de Pratzen á las tropas que la coronaban. Todo ocurrió tal como el Emperador lo había dispuesto: la batalla pareció una parada en la que mandase los dos ejércitos. La víspera dirigió á sus soldados una proclama en la que, con la mayor claridad, exponía el plan del combate; tan sencillo era y tanto confiaba en la lealtad de todos:

«Soldados:

»El ejército ruso se encuentra ante vosotros para vengar al ejército austriaco de Ulm. Los batallones que tenéis enfrente son los mismos que habéis batido en Hollabrunn y que desde aquel punto hasta aquí habéis perseguido sin cesar.

»Las posiciones que ocupamos son formidables, y cuando traten de envolver nuestra derecha nos presentarán su flanco.

»Soldados, yo os guiaré personalmente. Si con vuestro valor acreditado sembráis el desorden y la confusión en las filas enemigas, permaneceré separado del fuego; pero si la victoria se presenta un momento indecisa, veréis á vuestro Emperador en las primeras filas, pues no es posible renunciar á la victoria, sobre todo en esta jornada, en la cual está empeñado el honor de la infantería francesa, que tanto importa al honor de la nación entera. No rompáis vuestras filas con pretexto de conducir á los heridos, y convencéos íntimamente de que es preciso vencer á esos mercenarios de Inglaterra, que tan grande odio abrigan contra nuestro pueblo. Esta victoria terminará la campaña y nos permitirá retirarnos á nuestros cuarteles de invierno, en los cuales se nos reunirán los nuevos ejércitos que se están formando en Francia, y entonces la paz que impondré será digna de mi pueblo, de vosotros y de mí.»

En la noche del 1.° de Diciembre, Napoleón recorrió las avanzadas de su ejército, para hacerse cargo por sí mismo del estado moral en que se hallaba. «Salió de su tienda y montó á caballo, con su escolta, para visitar los puntos avanzados. Reinaba completa obscuridad, por lo que le acompañaban, para disiparla, cuatro granaderos de á caballo llevando antorchas encendidas; esto dió lugar á un espectáculo sorprendente: todos los soldados de la guardia cogieron puñados de paja de sus tiendas y los encendieron, pasándose el

fuego de unos á otros y gritando: «¡Viva el Emperador!» entre transportes de la mayor alegría. Todos los cuerpos del ejército les imitaron, tocando las músicas y las bandas de tambores. Los Rusos, acampados á más de cien pies de altura, podían ver perfectamente, frente á ellos, siete cuerpos de ejército marcados por siete líneas de fuego.



Vivac del ejército francés en la noche anterior á la batalla de Austerlitz (1.° de Diciembre de 1805). Cuadro de Bacler-Dalbe

Davout, siguiendo las órdenes de Napoleón, retrocedió lentamente, en la mañana del día 2, ante el ala izquierda rusa, separándola mucho del centro, de manera que quedó encerrada entre las lagunas y la derecha francesa. En el centro, Napoleón contenía al mariscal Soult, que mostraba grande impaciencia por atacar la meseta de Pratzen. «Esperemos, — le decía; — cuando el enemigo emprende un movimiento falso, hay que guardarse de estorbárselo;» y en el momento oportuno mandó al general que atacara la posición, de la cual

dependía el éxito de la batalla. Lannes y Murat, á la izquierda, al oir los cañonazos de Pratzen atacaron á su vez; ya habían tenido que habérselas con grandes masas de caballería y una artillería formidable que les ocasionó muchas pérdidas. «Una descarga cerrada destrozó por completo la banda de tambores del primer regimiento de Caffarelli,» siendo contestada por la artillería francesa. En este combate perdió una pierna el general Valhubert, y como algunos soldados quisieran llevársele, les dijo: «Continuad en vuestro sitio, que yo sabré morir solo; por un hombre no se han de perder seis.»

Mientras tanto, por esta parte, los Rusos se habían visto obligados á retroceder, dejando 4.000 hombres en poder de los Franceses. En el centro, hacia la meseta de Pratzen, el combate se había hecho más vivo, pues comprendiendo los Rusos la falta cometida, querían conservarla á todo trance. En este momento tuvo lugar un sangriento combate entre la caballería de la guardia imperial rusa y la de la guardia imperial francesa, formada por los cazadores y los mamelucos á las órdenes del general Rapp, y los granaderos de Bessieres, durante el cual un mameluco se presentó tres veces ante el Emperador trayéndole un estandarte enemigo; á la tercera, éste quiso detenerle, pero se lanzó de nuevo á la carga y pereció en ella. También llegó al galope el general Rapp, cubierto de sangre, y presentó á Napoleón el príncipe Repnin, á quien había hecho prisionero.

Tres regimientos de infantería de línea rechazaban, en tanto, á la infantería de la guardia rusa, y la meseta de Pratzen caía en poder de los Franceses á la una de la tarde, en cuya hora la victoria estaba asegurada, pues el ataque de Soult á la meseta había fraccionado en tres partes al ejército enemigo. Lannes, Bernadotte y Murat destrozaron la derecha, arrojándola sobre Austerlitz; atemorizada la izquierda al verse cortada y atacada su retaguardia por Soult, vacila y busca la retirada; pero Davout, que hasta entonces se había mantenido á la defensiva, la ataca á su vez, y entonces empiezan á arremolinarse sus regimientos y algunos se precipitan en loca carrera hacia las heladas lagunas de Menitz, para ganar el camino de Brunn. Napoleón manda á su artillería disparar con bala sobre el hielo de las lagunas, que se quiebra y sepulta á los fugitivos. La heroica resistencia de la división de Doctoroff salva todo lo que quedaba del ala

izquierda rusa. En esta batalla el ejército ruso, que tan segura creía la victoria y que con tanto valor había peleado, sufrió la pérdida de 20.000 hombres entre muertos y heridos, igual número de prisioneros, entre ellos diez coroneles y diez y ocho generales, y doscientos cañones. Los Franceses, por su parte, perdieron siete mil hombres, muertos ó heridos, entre los que se contaban el general Valhubert y los coroneles Morland y Mazas. «He dado treinta batallas como ésta,

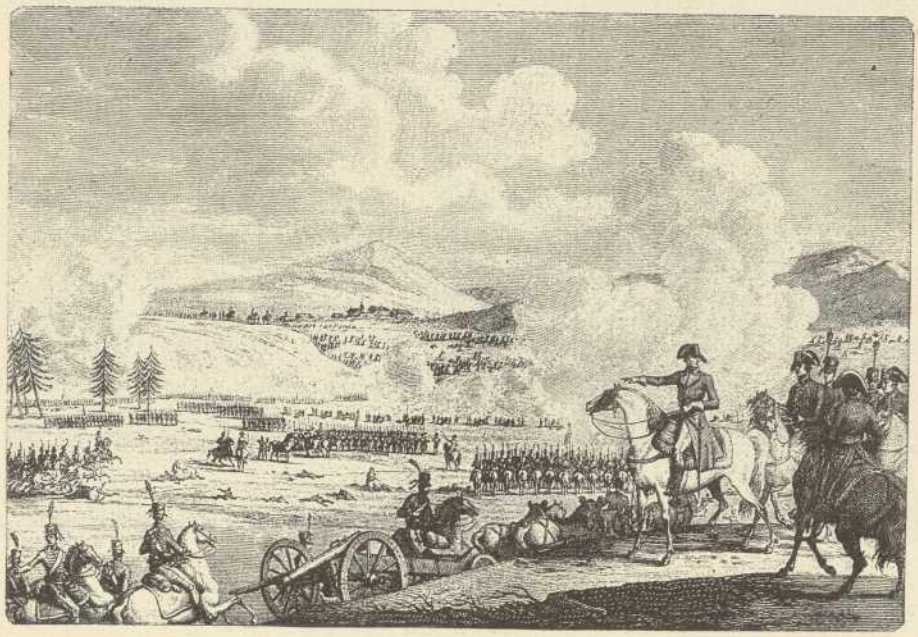


Napoleón dando la señal para comenzar la batalla de Austerlitz. (Cuadro de Carlos Vernet)
El Emperador, acompañado del príncipe Murat y de los mariscales Berthier, Bessieres y Bernadotte, transmite sus órdenes para el combate

— decía Napoleón, — pero no había visto ninguna en que la victoria, desde un principio, se haya declarado más decididamente y las probabilidades hayan estado más en favor nuestro.» Austerlitz es, en efecto, el nombre más glorioso de la historia militar de Francia. Los soldados habían sido dignos de su jefe; Napoleón les dirigió, el mismo día de la batalla, la siguiente proclama:

«Soldados: Estoy satisfecho de vosotros; en la jornada de Austerlitz habéis justificado plenamente todo lo que yo esperaba de vuestro probado valor; quedan vuestras águilas cubiertas de inmarcesible gloria. En menos de cuatro horas habéis destruído ó puesto en dispersión un ejército de 100.000 hombres, mandados por los emperadores de Austria y de Rusia. Los que han escapado de vuestras bayo-

netas, se han ahogado en las lagunas; 40 banderas, los estandartes de la guardia imperial de Rusia, 120 cañones, 20 generales y más de 30.000 prisioneros son el resultado de esta gloriosa jornada. Esa infantería tan renombrada y tan superior en número, no ha podido resistir á vuestro ímpetu, y de aquí en adelante no tenéis ya enemigos que temer. De esta manera ha quedado vencida y disuelta, en dos meses, esta tercera coalición. La paz está próxima, pero conforme prometí á mi pueblo antes de pasar el Rhin, sólo firmaré una paz que nos dé suficientes garantías y asegure á nuestros aliados las debidas recompensas. Soldados, cuando hayamos realizado todo lo necesario para asegurar la dicha y la prosperidad de nuestra patria, regresaremos á Francia y en ella seréis objeto de mis cuidados más solícitos; mi pueblo os recibirá con alegría, y bastará que digáis: —¡Yo estuve en Austerlitz! — para que todos os respondan: —¡He aquí un valiente!»



Batalla de Austerlitz. (Dibujo de Swebach, grabado por Duplessis-Bertaux)

Napoleón tenía la facultad de saber hablar á sus enemigos del mismo modo que á sus soldados. En lo más recio del combate presentáronle un joven oficial de artillería de la guardia rusa, llamado Apraxin, á quien los cazadores habian hecho prisionero, el cual, muy agitado, llorando y retorciéndose las manos, le dijo: «¡He perdido mis cañones, estoy deshonrado, mandadme fusilar, Señor. — Joven,



El príncipe Repnin, prisionero El general Rapp Napoleón

Batalla de Austerlitz (2 de Diciembre de 1805). (Cuadro de Gerard, en el museo de Versalles, tomado de un grabado de Couché hijo y Bovinet)

le respondió el Emperador, hago justicia á vuestro dolor, pero os advierto que se puede ser vencido por mi ejército y conservar el derecho á la gloria.» Napoleón hizo publicar esta anécdota en el *Boletín 31.°* del Grande-Ejército. De este modo ensanchaba el espíritu de sus sol-



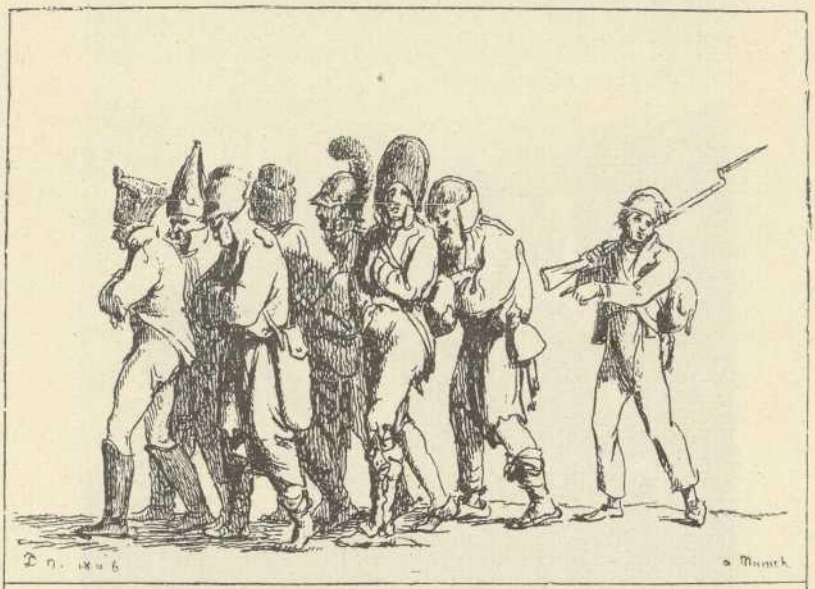
Entrevista de Francisco II y de Napoleón en Austerlitz. (Cuadro de Prud'hon. Museo del Louvre)

dados, complaciéndose además su natural generosidad en demostrar aprecio y simpatía á un enemigo tan valiente como desgraciado.

Esta batalla apartó á los vencidos del camino de Olmutz y de Bohemia, huyendo en desorden hacia Hungría, donde les quedaba la débil esperanza de reunirse con el archiduque Carlos, detenido en el Raab; pero Davout salió en su persecución, alcanzándolos en Moravia, y como los restos de Austerlitz no podían prolongar la lucha, el emperador Francisco solicitó una entrevista con Napoleón para poner

término á las hostilidades. Verificóse ésta en un punto situado entre Urschitz y Nosildovitz, á mitad de camino próximamente de Austerlitz á Goeding, entre los puestos avanzados de ambos ejércitos.

Napoleón tuvo la galantería de ser el primero en llegar, y saliendo al encuentro del emperador Francisco, le abrazó al bajar de su carruaje. Sumamente complacido quedó el emperador de Austria por esta cordial acogida, y al excusarse Napoleón por tenerle que



RETOUR D'AUSTERLITZ

Facsímile de un grabado bávaro de 1806

recibir en semejante lugar, diciéndole: «Este es el palacio que V. M. me obliga á habitar hace tres meses,» le respondió aquél: «Sabéis aprovecharlo de tal manera que tenéis derecho para no admitirme en él.» Largo tiempo duró la conferencia entre ambos soberanos; en ella Napoleón prometió conceder un armisticio á Rusia, pero respecto á pactar con esta potencia la paz definitiva, se lo reservaba como asunto propio, y agregó: «Creedme, no confundáis vuestra causa con la del emperador Alejandro; Rusia es la única nación europea que puede actualmente hacer la guerra por capricho, pues en caso de ser derrotada se encerrará en sus desiertos; pero vos, si la hacéis, ha de ser á costa de vuestro territorio.» Prudente consejo, que el mismo que lo

daba debía olvidar tan completamente, por lo que á sí propio se refería, en 1812. De todos modos, Austria iba á sufrir entonces sus inmediatos efectos, y por lo que respecta á Rusia, debía retirar sus fuerzas a cortas jornadas hacia Polonia, vigiladas por el ejército francés. Según las narraciones de campamento, la conferencia entre ambos so-



"El 6 de Nivoso del año XIV, á las cuatro de la mañana, se ha firmado la paz en Presburgo, entre M. de Talleyrand, el príncipe de Lichtenstein y M. de Giulay.„ (Grabado de la colección Hennin)

beranos fué más breve y más sencilla. «¿Sois el emperador de Austria?—Tal vez... Señor... y... ¿sin duda es con el emperador Napoleón con quien tengo el honor de hablar?—No lo sé, vos lo diréis.»

Alejandro no esperó á que se firmase el armisticio para aprovecharse de él, pues habiendo Davout alcanzado en Goeding al ejército ruso y disponiéndose á impedirle el paso á Polonia, Alejandro mandóle á decir que debía suspender su persecución, por cuanto se había ajustado un armisticio. «Lo ignoro, —respondió el mariscal, — y

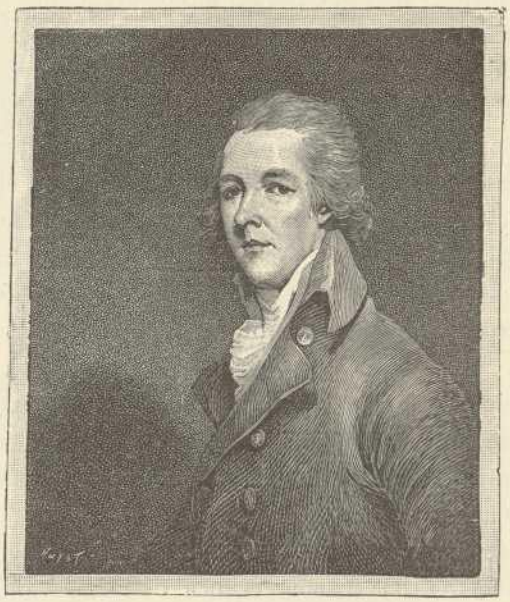
únicamente lo creeré si me lo asegura *por escrito* S. M. el emperador de Rusia.» Alejandro lo hizo así en un pedazo de papel, escrito apresuradamente con lápiz. Sin embargo, esto no era cierto todavía, pero de todos modos la afirmación del Czar, bien que prematura, salvó al ejército ruso.

Muy poco después el armisticio fué un hecho, y apenas Napoleón lo había firmado cuando ya tuvo motivos para creer que pronto habría de arrepentirse de ello. «Se asegura, — dice el *Boletín 31.°* del Grande-Ejército (4 de Diciembre de 1805), — que el Emperador, después de su conferencia con el de Austria, ha dicho lo siguiente: — Este hombre me ha hecho cometer una falta, pues yo debía haber seguido mi marcha victoriosa y hacer prisionero todo el ejército ruso y austriaco.» De seguro que no habría vacilado en llevar adelante esta idea desde luego, si hubiese sabido que aquel mismo día el Czar había escrito al rey de Prusia para que se apresurase á reunírsele, «pues los Rusos no estaban comprendidos en el tratado que se negociaba.»

El rey de Prusia, en vez de atender las indicaciones del Czar, ordenó hacer alto á sus tropas, que precisamente entonces marchaban hacia Moravia, esperando el resultado de la negociación de Haugwitz. Al llegar éste al campamento de Napoleón, al día siguiente de la batalla, le felicitó. «He aquí una enhorabuena, — díjole el Emperador, — cuyo sobrescrito ha cambiado la suerte.» Reprendió en seguida violentamente al embajador prusiano por la conducta de su gobierno al emprender contra Francia una guerra absurda é inmotivada. «Sin embargo, — agregó, — seré indulgente con esta locura si vuestro soberano me da sólidas garantías de su amistad y acepta el Hanover á cambio del territorio de Anspach, del ducado de Berg, de Wesel, del ducado de Cléveris y del principado de Neufchatel.»

Nada perdía Rusia, en verdad, con el cambio de los pequeños principados del Rhin por las provincias del Ems y del Weser contiguas á su territorio; pero, por otra parte, la aceptación del Hanover equivalía á una declaración de guerra contra Inglaterra, tanto más sensible cuanto que Jorge III, desde el fondo de su corazón, profesaba más cariño á sus estados patrimoniales que al Reino-Unido, pues su débil espíritu, vivamente inquieto con las pasajeras alteraciones que

Inglaterra había experimentado durante su reinado, veía en aquellas fieles tierras alemanas un refugio seguro en caso de revolución. El problema era, pues, muy grave, y M. de Haugwitz no estaba investido de poderes bastantes para tratar de él; pero el peligro que corría Prusia era tan grande, y tan falsa su situación, que asumió la responsabilidad de firmar este tratado de alianza ofensiva y defensiva, á pesar de lo humillante y hasta vergonzoso que era para Prusia abandonar tan de repente á sus aliados de la víspera. Verdad es que se le



Guillermo Pitt. (Según un retrato al óleo de G. Oven y el grabado de C. Brome)

pagaba bien esta humillación, y así el tratado fué ratificado, con algunas ligeras modificaciones, en 15 de Febrero siguiente. La noticia del tratado de Schœnbrunn concluyó de amilanar á los Austriacos y apresuró el término de las negociaciones que llevaba Talleyrand con el príncipe de Lichtenstein y con Giulay.

A raíz de la capitulación de Ulm, Talleyrand dedicó á Napoleón una Memoria que demostraba sus profundos conocimientos en la política europea.

La importancia que las cuestiones que en ella trataba han adquirido en la política actual, hacen verdaderamente interesante el

resumen que M. Mignet ha dado de esta Memoria en su *Noticia histórica del príncipe de Talleyrand:*

«Talleyrand, dice, hacía resaltar al Emperador que Austria é Inglaterra eran á la sazón enemigas naturales de Francia, y Rusia enemiga indirecta, ya á instancia de ambas, ya por sus planes sobre el imperio otomano; que Austria, mientras no rompiese con Rusia, y Rusia mientras estuviese en relaciones con la Puerta, estarían siempre dispuestas á una alianza común con Inglaterra; que de subsistir tales relaciones entre los grandes Estados europeos, subsistirían también permanentemente las causas de la guerra, los tratados de paz serían sólo meras treguas y no se lograría suspender más que por un momento la efusión de sangre humana. En vista de esto, se preguntaba cuál debía ser el nuevo sistema de relaciones que, borrando cualquier motivo de mala inteligencia entre Francia y Austria, pudiese separar los intereses de esta nación de los de Inglaterra, poniéndolos en oposición con los de Rusia, oposición que pudiese ser una garantía para el imperio otomano y base de un nuevo equilibrio europeo. Tal era el problema planteado, veamos la solución: proponía aislar al Austria de Italia, quitándole Venecia y su territorio; de Suiza, segregándola el Tirol; y de la Alemania meridional, quitándole las posesiones de Suabia. De este modo, Austria dejaría de hallarse en contacto con los Estados fundados ó protegidos por Francia y cesaría su enemistad natural.

»Para colmo de precaución, Venecia no debía incorporarse al reino de Italia, sino erigirse en República independiente, interpuesta entre esta nación y el Austria. Despojada por este lado, le daba por otro las compensaciones territoriales proporcionadas á estas pérdidas, á fin de que no abrigando ninguna clase de rencor, no intentase reconquistar lo que se le había quitado. ¿Dónde estaban estas compensaciones? En la misma cuenca del Danubio, que es el gran río austriaco: la Valaquia, Moldavia, Besarabia y la Bulgaria septentrional. De este modo, concluía, los Alemanes quedarían alejados para siempre de Italia y se terminarían decididamente las guerras que durante tantos siglos habían suscitado sus pretensiones sobre este hermoso país. Austria, en posesión de todo el curso del Danubio y de una parte de las costas del mar Negro, sería vecina de Rusia y desde entonces rival suya, y aliada de Francia por su alejamiento de ella. El imperio otomano adquiriría, por el sacrificio útil de algunas provincias que ya los Rusos habían invadido tiempo atrás, la seguridad de una larga existencia. Inglaterra no encontraría en el continente nuevos aliados, ó serían insignificantes los que encontrase; y los Rusos, encerrados en sus estepas, dirigirían su espíritu inquieto y sus iniciativas hacia el Asia meridional, en donde se encontrarían con el tiempo enfrente de los Ingleses, convirtiéndose en futuros adversarios los confederados de hoy.»

La política de Bismark, expuesta en el Congreso de Berlín, ¿no consistía acaso en inclinar al Austria hacia las anexiones orientales y eslavas para alejarla así de Alemania? ¿Tenía Francia este mismo interés en 1805? Talleyrand anticipaba tal vez demasiado las cosas, pero no cabe negar que su previsión era admirable. De todos modos, Napoleón obtuvo ventajas más seguras é inmediatas en el tratado de Presburgo, firmado en 26 de Diciembre de 1805.



Muerte de Pitt. (Caricatura de la época)

En su virtud, Austria debía satisfacer una indemnización de cuarenta millones de francos; la Istria, Dalmacia, Friul y los Estados venecianos, cedidos al Austria por el tratado de Campo-Formio, se incorporaban al reino de Italia. Fijóse prudentemente la separación de las coronas de Francia y de Italia, pero la redacción vaga de este punto permitía diferirla hasta la paz general ó hasta la muerte de Napoleón.

Baviera obtuvo Passau, el Vorarlberg y el Tirol alemán é italiano; el duque de Wurtemberg, Suabia; el margrave de Baden, Constanza, Brisgau y Ortenau. Austria, por su parte, recibió los prin-

cipados de Salzburgo y de Bertholsgaden, que pertenecían al archiduque Fernando, quien conservó su título electoral, recibiendo de Baviera, en cambio, el Wurtzburgo, que ya poseía desde 1803. Austria obtuvo además en su provecho la secularización de la orden teutónica, que sumaba en conjunto 120.000 habitantes con una renta de 1.500.000 florines. Convirtiéronse en reinos el Wurtemberg y Baviera, y en gran ducado el margraviato de Baden, en cuyos tres Estados quedó suprimida la nobleza. El rey de Baviera estrechó su alianza con Francia por medio de lazos de familia, dando en matrimonio su hija Augusta, una de las princesas más hermosas de aquel tiempo, á Eugenio de Beauharnais.

Pitt, merced á cuyos trabajos se había formado la coalición que con tanta facilidad acababa de romperse por el tratado de Presburgo, no pudo sobrevivir al triunfo de Napoleón.

La noticia de la rendición de Ulm le afectó tanto que no pudo recobrar la calma ni la salud, á pesar de la victoria de Trafalgar. Macaulay, en sus *Ensayos históricos*, dice que «Pitt no quiso dar crédito á los primeros vagos rumores sobre el desastre de Ulm, poniéndole nervioso la inquietud de los que le rodeaban. —No creáis una sola palabra, les decía; esto es una invención». Al día siguiente recibió un periódico holandés que contenía el relato de la capitulación: como era domingo, las oficinas públicas estaban cerradas; no conociendo el holandés llevó el periódico á lord Malmesbury, que había sido embajador en Holanda, y éste se lo tradujo. Pitt se esforzó en serenarse, pero el golpe era demasiado rudo y salió con la muerte pintada en su rostro, falleciendo algunas semanas después (23 de Enero de 1806).

Napoleón nos ha dejado de él un juicio sumamente severo: «Pitt, —dice,—ha sido por excelencia el campeón de la aristocracia europea; su sistema ha producido el envilecimiento del pueblo y el triunfo de los patricios... Ha sido el árbitro de la política europea; ha tenido en sus manos la suerte de los pueblos y ha abusado de ellos. Ha llevado la conflagración á todas partes, é hijas de ella son las numerosas coaliciones que se han formado en estos veinticinco años, los cambios bruscos y la devastación de Europa, los ríos de sangre que han costado á los pueblos, la espantosa deuda de Inglaterra, que ha

subvenido á tales excesos, el aborrecible sistema de los empréstitos, que doblega á los Estados, y la decadencia general que se observa en ellos. La posteridad será de esta opinión y le señalará como el genio del mal.»

Napoleón no se moetraba más imparcial ni justo para con Pitt de lo que el propio Pitt se había mostrado para con él. A pesar de todo, la muerte del gran ministro inglés no debía poner término á la guerra, pues que los intereses y las pasiones que tan brillantemente había personificado le sobrevivieron todavía.



CAPÍTULO III

CAMPAÑAS DE PRUSIA Y DE POLONIA

CONQUISTA DE NÁPOLES. — CONFEDERACIÓN DEL RHIN. — CUARTA COALICIÓN. — JENA Y AUERSTAEDT. — CONSTANTINOPLA. — EYLAU. — FRIEDLAND. — TILSIT

El tratado de Presburgo debía dar por resultado nuevas guerras. Por otro tratado que se firmó en 21 de Septiembre de 1805, la corte de Nápoles se comprometía á observar la más estricta neutralidad en la lucha que iba á emprenderse; promesa sobre cuya sinceridad no se podía contar mucho, dado el carácter apasionado y voluble de la reina Carolina.

En 1804 había dicho al representante francés M. Alquier, que se distinguía por su viveza y discreción, acompañadas de una verbosidad fácil y siempre brillante, y con quien á la sazón coqueteaba, las siguientes palabras: «Seguramente se me inculpará mi antipatía por Bonaparte, y sin embargo, andaría de buena gana cuatrocientas leguas para verle. Si me atreviese á compararme con este grande hombre, diría que tenemos ambos un sentimiento común, el amor á la gloria, que él ha perseguido en gran escala y la ha alcanzado, mientras que yo la he buscado entre las zarzas y no he logrado más que punzarme los dedos. Decidle cuando le escribáis que no me canso de admirar su habilidad para aprovecharse de unos tiempos en que, desaparecidos del mundo Federico *el Grande* y Catalina de

Rusia, los tronos de Europa están ocupados por imbéciles.» Por otra parte, rechazó las proposiciones oficiosas que se le hicieron al año siguiente de casar una de sus hijas (la princesa Amelia, esposa más adelante de Luis Felipe) con el príncipe Eugenio, y el mismo Napoleón, en la recepción solemne del embajador de Nápoles, encargado de felicitarle por su coronación como rey de Italia, recordó públicamente los crímenes de la reina Carolina y le dió el nombre de *moderna Atalía.*

Así, pues, al presentarse los Rusos y los Ingleses, reunidos en Malta y en Corfú, en el golfo de Nápoles (20 de Noviembre), la corte ni siquiera simuló la más ligera resistencia, reuniendo por el contrario 60.000 hombres á las órdenes de Lascy, que marcharon hacia el Norte. Napoleón lo supo algunos días antes de la batalla de Austerlitz, ocultando su indignación hasta después de esta victoria; pero al día siguiente de haberse firmado el tratado de Presburgo, dirigió á su ejército una proclama fulminante en la que declaraba «que la dinastía de Nápoles quedaba destronada.» Un ejército de 45.000 hombres á las órdenes de José Bonaparte, pero en realidad dirigido por Massena, atravesó Italia hasta Nápoles (Febrero de 1806); la corte se refugió en Sicilia, dejando la ciudad en poder de los *lazzaroni,* cuyos excesos fueron tales que los ciudadanos acogieron á los Franceses como libertadores. En vano fué que desembarcara en Santa Eufemia un pequeño cuerpo de tropas inglesas y derrotara á Reynier en Maida, y en vano también que los calabreses se sublevaran al mando de Fra Diávolo y de Scarpa, famosos capitanes de bandidos á quienes la reina diera el encargo de organizar la insurrección, pues Gaeta capituló ante Massena, los ingleses se reembarcaron al saberlo, y Fra Diávolo, cogido en Sora, fué decapitado en Nápoles. José Bonaparte había sido nombrado ya rey de Nápoles por un sencillo decreto imperial (30 de Marzo).

Otra anexión de la misma clase, aunque menos justificada, se verificó en aquel año. Holanda poseía las plazas fuertes que defendían la frontera septentrional del imperio francés y en ella desembocan el Scalda, el Mosa y el Rhin, ríos que entonces eran franceses principalmente. Por estas razones de conveniencia estratégica, aunque Holanda había sido siempre adicta, y contrariando las aspi-

raciones y aun las tradiciones históricas del país, Napoleón se empeñó en convertirla en reino. Convocada con este motivo por el Gran-Pensionado una asamblea de notables, presentó sus quejas, tan vivas como inútiles, y «para evitar mayores males» pidió por rey á Luis Bonaparte, con la garantía de una Constitución (1.° de Junio).



La reina Hortencia. (Cuadro de Regnault)

Desde el momento en que se hacían así reyes, debía ser mucho más fácil crear principados. Otorgó Massa y Carrara á su hermana Elisa Baciocchi, á quien había dado ya el Piombino y Luca al anularse su antigua constitución republicana; Guastalla á Paulina, que á la muerte del general Leclerc se había casado con el príncipe Borghese; á Murat, esposo de su otra hermana Carolina, los ducados de Berg y de Cléveris; y á Berthier, el principado de Neufchâtel. Finalmente, «para terminar las dificultades que mantenían divididas la corte de Roma y la de Nápoles con motivo de la posesión de los prin-

cipados de Ponte-Corvo y de Benevento, convirtiólos en feudo inmediato del imperio francés en favor de Bernadotte y de Talleyrand.» De esta manera realizaba prácticamente la conocida fábula de la *ostra y los litigantes*. Reservóse también territorios considerables de los Estados de Venecia para formar con ellos otros grandes feudos.

Si en virtud del tratado de Presburgo llegó á ser Napoleón el árbitro de Europa, aun lo fué más directamente de Alemania, donde su intervención era solicitada y á la vez fué útil para entrambas.

Después del tratado de Presburgo, hallóse sumida Alemania en análoga anarquía á la en que se encontró después de la firma del tratado de Luneville; los Estados más importantes, como Baviera, Wurtemberg y Baden, se aprovechaban de los cambios de territorio, consecuencia del tratado, para oprimir y despojar á los Estados más débiles, con entero menosprecio de la justicia, por cuya razón muchos Alemanes pensaban en el restablecimiento de un imperio de Occidente, en favor del nuevo Carlomagno, que les protegiera como el antiguo. El príncipe de Dalberg era quien principalmente acariciaba estas ideas y las exponía á Napoleón, el cual, comprendiendo la imposibilidad de realizarlas, aprovechóse de ellas para formar, bajo la protección de Francia, la *Confederación del Rhin*, que debía asentar más firmemente la supremacía francesa en Alemania que aquel vano título, cuyo resultado no hubiera sido otro que acrecentar los odios de las potencias rivales y la responsabilidad del gobierno napoleónico.

La Confederación organizada por Napoleón, Talleyrand y La Besnardiere, abarcaba los territorios comprendidos entre el Sieg, el Lahn, el Mein, el Neckar, el alto Danubio, el Isar y el Inn; gobernábase por medio de una Dieta, presidida por el archicanciller Dalber y compuesta de dos colegios: el de los reyes de Baviera y de Wurtemberg, los grandes duques de Berg, de Baden y de Hesse-Darmstadt; y el de los príncipes, formoda por los dos duques de Nassau, los dos príncipes de Hohenzollern, los dos príncipes de Salm, etc., quedando suprimida la nobleza directa y las ciudades libres, pasando Nuremberg y Ratisbona á poder de Baviera y dando Francfort á Dalberg en cambio de Ratisbona. Respecto á los contingentes militares, Francia debía contribuir con 200.000 hombres y la Confederación con 60.000. Los confederados participaron de un modo

solemne á la dieta de Ratisbona su separación del Imperio (1.° de Agosto de 1806). La Confederación aumentóse muy pronto con los reinos de Westfalia y de Sajonia y los principados de Anhalt, de Reuss, de Schwartzburgo y de Lippe.

Francia, de esta suerte, parecía haber recobrado ante Alemania la magnífica posición que ya tuvo á raíz del tratado de Westfalia,



Luisa Agustina Guillermina Amelia de Mecklemburgo-Strelitz, reina de Prusia. (Dibujo de Swebach)

pareciendo que renacía la política de Richelieu. Se equivocaría quien creyese encontrar en esta ingerencia tan directa del gobierno de Napoleón en los asuntos de Alemania el origen del gran movimiento anti-francés que debía manifestarse en ella algunos años más tarde; entonces tal ingerencia era solicitada y aceptada con general agradecimiento. Confundir los sentimientos de la Alemania occidental, en 1806 y en 1813, es lo mismo que afirmar que las disposiciones de los Alemanes con respecto al reinado de Luis XIV fuesen las mismas en el momento en que Mazarino constituía su Confederación del Rhin (1658), que después, cuando ante las violencias de las Cámaras de

reunión se formó la liga de Augsburgo. Se ha dicho también, y se ha repetido sobre todo desde 1871, que esta Confederación del Rhin contribuyó á preparar la unidad alemana, que tan funesta ha sido para Francia; pero aun esto es confundir los tiempos y las circunstancias, ya que nadie podrá suponer que conviniese á Francia el mantenimiento de una porción de pequeños Estados, que no podían vivir con independencia, sino establecer una división política más transcendental, formando Estados bastante poderosos para subsistir sin ajeno auxilio y con entera libertad, sin que ésta llegase al extremo de permitirles vivir aislados, ofreciendo así con su alianza un importante auxilio, y cuyo interés estribaría principalmente en aproximarse á Francia para defenderse de Austria y de Prusia.

Tal era la política de Enrique IV, de Luis XIII y de Luis XIV.

A pesar del extraordinario engrandecimiento de Francia en los últimos meses, prescindiendo de las adquisiciones hechas después de la campaña de 1805, creyóse por un momento que se iba á firmar la paz con la Gran Bretaña, pues Fox había entrado á formar parte del ministerio Granville, que sustituyó al ministerio Pitt, encargándose de la cartera de Estado. Aprovechando la ocasión de habérsele ofrecido un miserable para asesinar á Napoleón, con objeto de entrar en relaciones con el gobierno francés, Fox no sólo rechazó con indignación las proposiciones de aquel sectario, sino que previno al gobierno imperial, y poco tiempo después se iniciaron negociaciones oficiales, enviando para ello á lord Yarmouth á París, quien las prosiguió desde el mes de Abril hasta que la muerte de Fox, acaecida en Septiembre, borró toda probabilidad de una alianza entre ambas naciones; ésta fué una desgracia para la humanidad y en primer término para Inglaterra. La política de la paz con Francia fué mantenida todavía con gran elocuencia por lord Holland, hijo del hermano mayor de Fox, pero su voz se perdió en el vacío, y fué en vano que Napoleón ofreciese al gobierno inglés mucho más de lo que había de obtener en los tratados de 1815: las negociaciones quedaron pronto rotas.

Una de las cuestiones que se agitaron durante las mismas fué la devolución del Hanóver á Inglaterra, que el rey Jorge deseaba, como se ha visto, con verdadero interés, pues durante la campaña de 1805, cuando los ingleses trataban de arrastrar á Prusia á la coali-

ción, Pitt llegó á ofrecer á esta potencia, en vez del Hanover que pedía, la Holanda, que era sin duda alguna una posesión mucho más importante. Napoleón creía, pues, factible reconciliarse con el monarca británico por medio de esta proposición; pero como por lo pronto la negociación no pasara de palabras, no se juzgó en el caso de prevenir á Prusia, á la cual, por lo demás, había pensado ya en indemnizar



Federico Guillermo III, rey de Prusia. (Dibujo de Swebach)

por tal pérdida. El gobierno inglés, con toda su habitual perfidia, comunicó luego al gabinete prusiano la proposición que se le había hecho referente á la cesión del Hanover; esta noticia produjo gran sensación en Berlín, particularmente entre el partido militar, que en 1805 había estado ya á punto de conseguir su objeto, y que ahora, apoyado enérgicamente por la reina, llegó á dominar en el Consejo y éste declaró la guerra á Francia. Napoleón no deseaba esta nueva lucha, pero la insolente actitud de Prusia la hacía ya inevitable. Esta nación iba á sufrir bien pronto las consecuencias de su rencoroso or-

gullo, y oportunamente podía comparar Napoleón á la reina de Prusia «con la hechicera Armida al incendiar ella misma su palacio.»

Un pueblo no se rebaja únicamente por ceder ante una nación á la que haya vencido antes, pues basta con que ésta adquiera mayor poder. No es preciso tampoco, para explicar las derrotas de un ejército,



El mariscal Davout, duque de Auerstaedt y príncipe de Eckmuhl. (Retrato pintado por Gautherot)

que éste haya perdido sus aptitudes militares y se halle mandado por jefes ineptos. Aníbal venció legítimamente al ejército romano; Federico II, con los soldados de Rosbach y de Leuthen, habría sido vencido, sin duda, por Napoleón y el ejército de Austerlitz; pero no se explica que la caída de Prusia fuese tan rápida, bastando una sola batalla para aniquilarla. Federico II sólo tuvo tiempo para levantar «una fachada frente á Europa.» No formó ministros capaces de continuar su obra, pues bastándose él solo para todo, se limitaba á dictar órdenes sin dar la menor explicación. La corrupción de este pueblo era grande, principalmente en Berlín, que Mirabeau calificó de «ga-

rito aristocrático,» en el que imperaba á sus anchas la venalidad y el vicio. Federico Guillermo II, que sucedió á aquel monarca, era muy hipócrita. La masa del pueblo, y en particular la clase media, en la que habían penetrado las ideas francesas, se hallaba disgustada por su rebajamiento social y la insolencia de la aristocracia. El ejército conservaba sus cualidades militares, pero no se apartaba de la rutina, siendo sus oficiales, por lo común, «presuntuosos é indecisos, pedantes é irresolutos.» El soldado, tratado con suma dureza, no podía ascender á oficial, y por otra parte, reclutado el ejército en las distintas regiones de Alemania, y hasta en el extranjero, carecía de patriotis-



El general Friant

mo. La misma Prusia se parecía á su ejército, formando más que una nación, «un mosaico hábilmente combinado;» por esto «algunas cartas escritas por prusianos pintaban las operaciones militares de 1806 como si se tratase de las campañas de Inglaterra en las Indias.» Prusia no era, sin embargo, Alemania.

Federico Guillermo III, que reinaba desde 1797, hubiera podido contener la decadencia de su patria, que su padre había precipitado, pues era económico y austero; y aunque se había distinguido por su valor en el Rhin y en Polonia, cuando era príncipe heredero, amaba la paz, pero su carácter no era bastante enérgico para resistir á las personas que le rodeaban. La reina Luisa y el partido militar iban á enredarle en una política aventurera, que directamente conducía á la ruina; confiaban éstos en Rusia, que no había firmado el tratado de

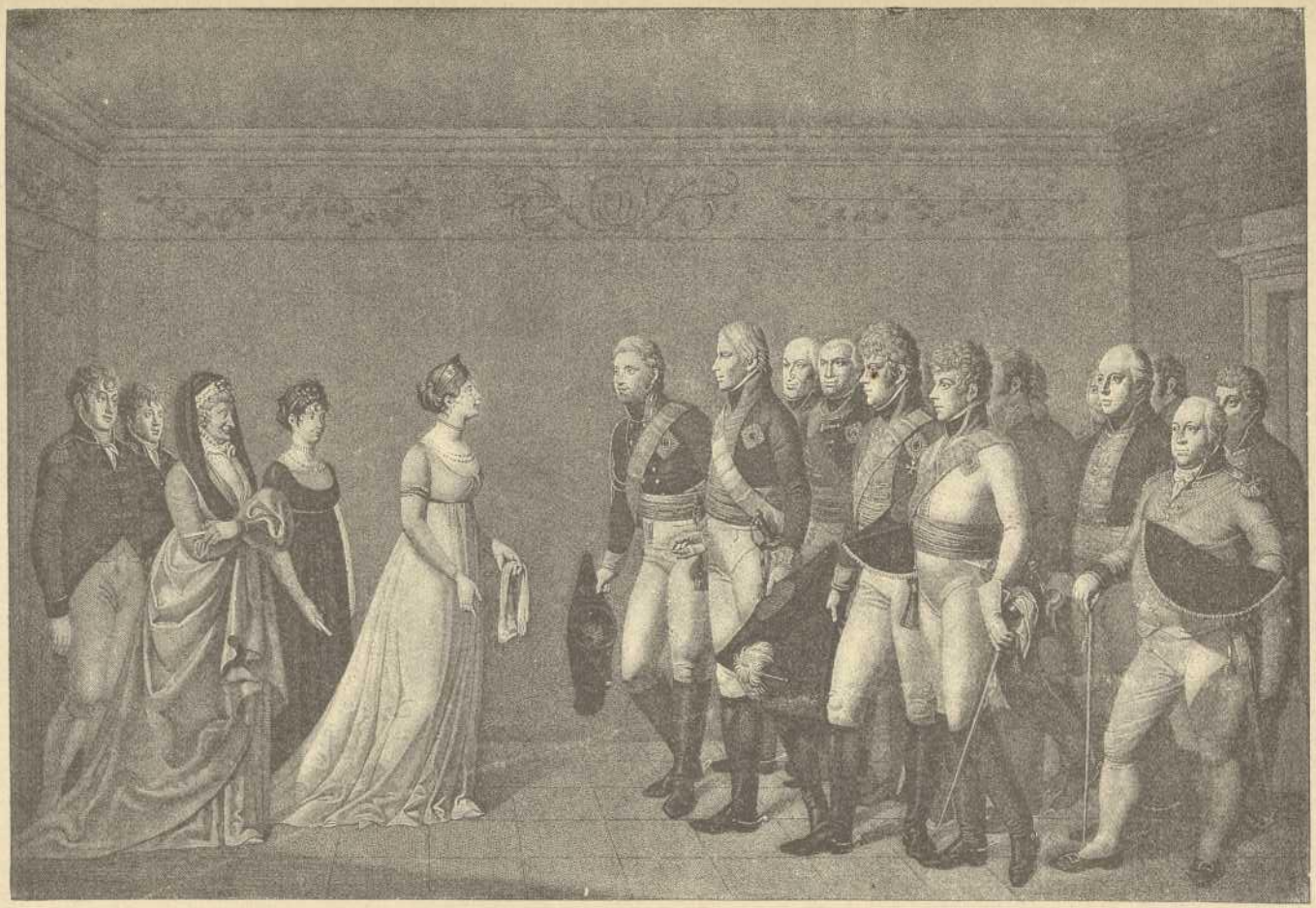
Presburgo y que, de acuerdo con el gobierno austriaco, había ocupado las bocas del Cattaro, que aquel tratado había concedido á Francia. Las negociaciones que llevaba en París M. de Oubril no tuvieron ningún resultado, viéndose, pues, claramente que el ejército de Alejandro vendría á reunirse al ejército prusiano. Pero era tal la ceguedad y el orgullo de la corte de Berlín, que no quería esperar ni el auxilio de los rusos ni el oro de los ingleses, pretendiendo para los prusianos solamente el honor de la victoria. Orgullosos con la reputación que habían adquirido en tiempo de Federico II, creíanse invencibles, sintiendo vivo desprecio hacia aquellos soldados del Czar y del emperador de Austria que se habían dejado derrotar por los Franceses.

Trataba Prusia de organizar bajo su presidencia una confederación en la Alemania del Norte, á lo cual se opuso Napoleón, declarando que la ocupación de Sajonia por los prusianos sería la señal de la guerra. El ejército prusiano invadió Sajonia é incorporó á sus filas las tropas de esta región; el elector de Hesse, por su parte, envió espontáneamente al rey de Prusia un contingente de 12.000 hombres.

La guerra era segura, aunque todavía no se había declarado oficialmente. Napoleón se hallaba en Bamberg al recibir, en 7 de Octubre de 1806, el ultimátum de Prusia. Este nuevo manifiesto, tan ridículo en su género como el de 1792, fué redactado por el duque de Brunswick; en él se decía: «Que las tropas francesas, que sin ninguna razón fundada han pasado á Alemania, vuelvan á pasar el Rhin inmediatamente y sin la menor excepción el mismo día en que el Rey espera una respuesta del Emperador, sin interrumpir la retirada bajo ningún pretexto, pues en el punto á que han llegado las cosas es la única garantía de seguridad que el Rey puede admitir.»

El Emperador dejó pasar con toda intención el 8 de Octubre, fecha fijada por el rey de Prusia, y le mandó por uno de sus ayudantes una carta muy distinta de la que escribiera al emperador de Austria y en la que claramente manifestaba su indignación. Sobresalen en ella los siguientes párrafos:

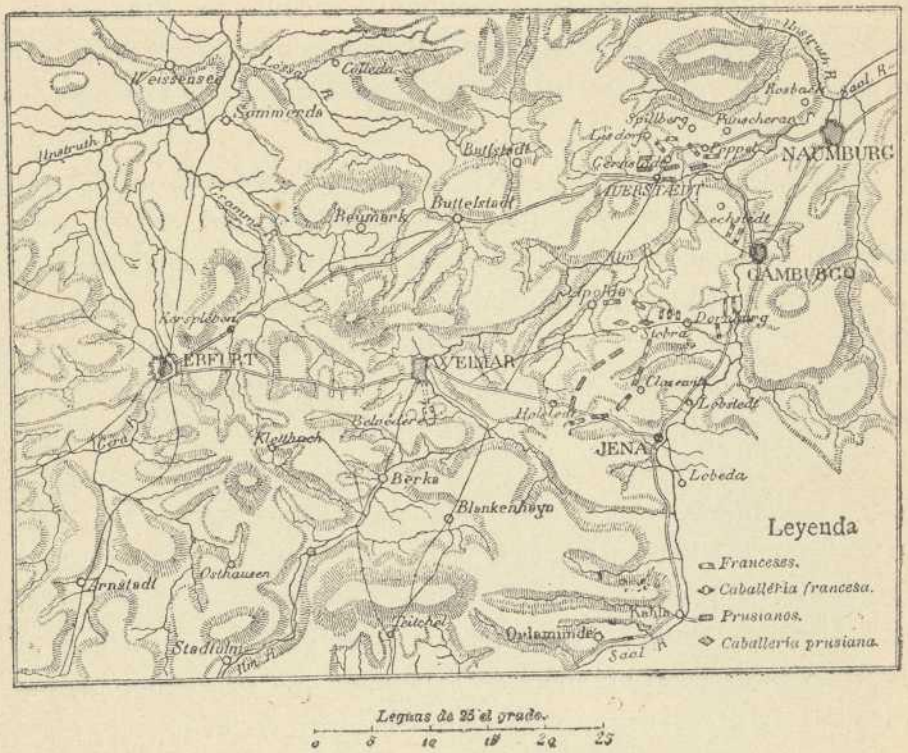
« Señor y hermano: Hasta el día 7 no he recibido la carta de V. M., fecha 25 de Septiembre, y he quedado estupefacto al ver que os habían hecho firmar esa especie de libelo...



El rey de Prusia Federico Guillermo y su esposa Luisa reciben en Memel al emperador Alejandro (10 de Junio de 1802). (Cuadro de Dähling, pintado en 1805 en Berlín) Puede observarse en este cuadro con qué rapidez las modas francesas se habían impuesto ya en las cortes europeas, á pesar de haber estado Francia constituída en república hasta el año 1802.

»Inmediatamente después, he recibido también la nota de vuestro ministro de 1.° de Octubre. Cítame en ella para el día 8. He cumplido como caballero, pues estoy en medio de Sajonia, y creedme, poseo fuerzas tales que las vuestras no pueden disputarme la victoria por largo tiempo. Pero ¿por qué hemos de derramar tanta sangre?...

»No deseo un triunto comprado á costa de la vida de un buen número de nuestros hijos. Si principiase ahora mi carrera militar y pudiese infundirme temor



Mapa general de los combates de Jena y de Auerstaedt

la suerte de la guerra no sería digno este lenguaje. Señor, V. M. quedará vencido y habrá comprometido la tranquilidad de su reinado y la vida de sus súbditos sin la menor sombra de razón. Todavía estáis en situación de tratar conmigo conforme á vuestro rango; antes de un mes será ésta muy distinta.

»Señor, no me propongo alcanzar nada que pueda perjudicaros, nada quiero ni he querido de V. M. La guerra actual es una guerra altamente impolítica.»

Mientras tanto, el ejército prusiano había llegado ya á Turingia, extendiéndose en una línea que partía de Eisenach á Jena, pasando por Gotha y Erfurt. Constaba de 160.000 hombres, sin contar la di-

visión de Blucher, que se hallaba en Hesse, y la de Tauenzien, que ocupaba Plauen, debiendo reunírsele un importante cuerpo de reserva que había de llegar por Halle. Consistía el plan del duque de Brunswick en avanzar rápidamente hacia el Mein, cortando los caminos del Rhin al ejército francés, concentrado en Bamberg.

En tanto el ejército prusiano maniobraba ordenadamente en Turingia, Napoleón concentraba sus tropas en la cuenca superior del Mein, alrededor de Bamberg y frente á la cadena del Frankenwald, que una vez salvada conducía desde la cuenca del Rhin á la del Elba, sin tener que preocuparse del Weser ni de la meseta de Turingia, que quedaba detrás.

El ejército francés, compuesto de 160.000 infantes y 40.000 caballos, se dividió en tres columnas para desembocar por los tres desfiladeros del Frankenwald en el valle del Saal, colocándose entre el Elba y el ejército enemigo y estableciendo su centro en Gera. Mientras el ejército prusiano iba á quedar de este modo separado de su base de operaciones, Napoleón, simulando un movimiento análogo al suyo, aseguraba sus comunicaciones dejando en Bayreuth los contingentes de Baviera y de Wurtemberg, la división de Mortier en Maguncia y la de Luis Bonaparte en Wesel. Esta maniobra se efectuó con la misma precisión y buen éxito que en Ulm. La derecha (Soult y Ney) se dirigió por Bayreuth hacia Hof y Plauen, el centro (Bernadotte, Davout y Murat) marchó por Cronach sobre Schleitz, en donde fué derrotada la división prusiana de Tauenzien. La izquierda (Lannes y Augereau), por Coburgo, cayó sobre Saalfeld, en donde encontró la vanguardia de Hohenlohe, muriendo el príncipe Luis de Prusia que la mandaba, y que por cierto era uno de los principales instigadores de la guerra. Su división quedó deshecha, dejando en poder de los Franceses treinta y tres cañones y 1.200 prisioneros (10 de Octubre).

Entonces comprendió el duque Brunswick la falta que había cometido, y temiendo quedar completamente envuelto procuró á toda prisa repasar el Elba; pero era ya demasiado tarde, y el ejército prusiano quedó dividido en dos grandes porciones. La primera, mandada personalmente por el duque, con quien iba el Rey, marchó en seguida hacia Naumburgo y Halle, protegiendo la retirada el príncipe de Hohenlohe con lo restante de su ejército y el ala derecha, que estaba en

Weimar. Esta segunda sección se mantenía hasta entonces en la orilla izquierda del Saal, ocupando la estrecha meseta de Jena, llave de la posición y sumamente escarpada, sobre todo por la parte por donde avanzaban los Franceses, que ocupaban la orilla derecha de aquel río y que habían llegado á Gera el día 12 de Octubre, alcanzando á ver cómo los prusianos de Hohenlohe se batían en retirada. El Emperador



Napoleón en Jena (14 de Octubre de 1806). Cuadro de Horacio Vernet, Museo de Versalles

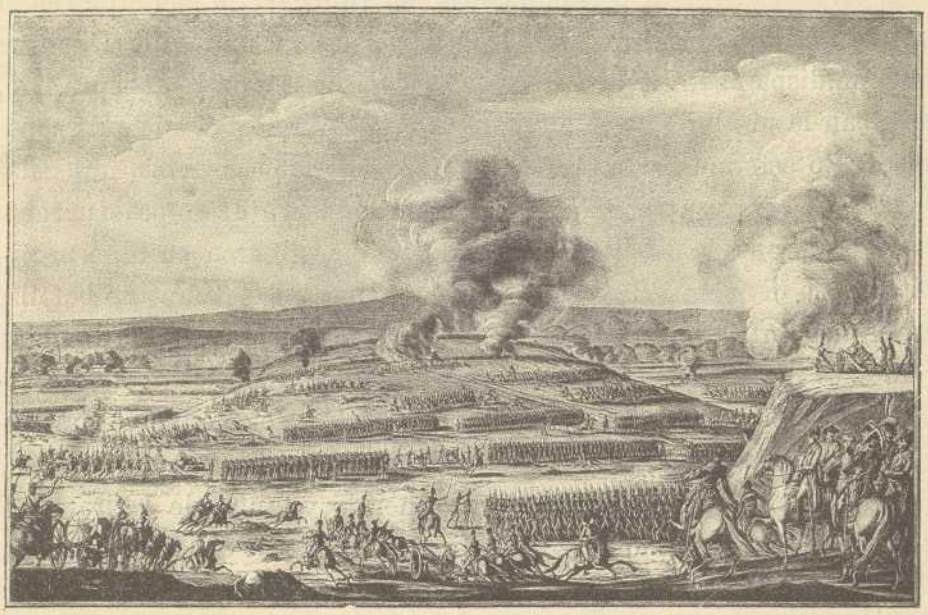
creía tener enfrente todo el ejército prusiano, por lo que mandó rápidamente á Davout, con las tres divisiones de Friant, Gudin y Morand, hacia Naumburgo, para cortarle la retirada si persistía en bajar por el Saal, ó para caer sobre su retaguardia si presentaban batalla, preparándose por su parte para atacarles en la fuerte posición que ocupaban frente á Jena. «El ejército atravesó esta población sin verla,—refiere el capitán Coignet;—ni una sola luz nos alumbraba, marchábamos en el mayor silencio. Al salir de ella nos encontramos al pie de una pendiente tan rápida como el tejado de una casa, siendo preciso

trepar y formarnos inmediatamente en línea de batalla sobre la propia meseta. Esta colina se llama Landgrefenberg, y la senda por la cual se puede llegar á su cúspide, que Hohenlohe creyó inútil vigilar, se la enseñó á los Franceses un cura sajón de Jena, que consideraba no sin razón á los prusianos como enemigos de su patria. Guardábamos silencio absoluto, pues el enemigo se encontraba á corta distancia de nosotros... Al llegar la artillería al pie de tan abrupta montaña, hubo que prolongar el sendero, abriéndolo en la roca viva, alumbrando el mismo Emperador con una antorcha, como un simple soldado, á los ingenieros en su penoso trabajo, sin apartarse de allí hasta que terminaron y pasó el primer cañón ante él, arrastrado por doce caballos; todo se hizo procurando no hablar palabra y haciendo el menor ruido posible.»

Al aproximarse las primeras fuerzas francesas, Hohenlohe evacuó la meseta que domina el Saal y se preparó á desfilar hacia Friburgo, siguiendo la orilla del río, con objeto de reunirse con Brunswick; pero Napoleón formó rápidamente su ejército en línea de batalla, encargando la izquierda á Augereau, el centro á Lannes, que ocupaba ya la meseta de Jena con la guardia imperial, y la derecha al mariscal Ney. Al cabo de pocas horas de lucha el ejército prusiano, inferior en número al ejército francés, quedaba derrotado, sin que la llegada al campo de batalla del ala derecha prusiana lograse cambiar la suerte del combate ni contener siquiera á las tropas, que huían á la desbandada hacia Weimar (14 de Octubre).

Mientras se desarrollaban en Jena estos acontecimientos, Davout llegó á las manos con el otro ejército prusiano, que era el más importante. En virtud de las órdenes de Napoleón, siguió por la orilla izquierda del Saal con objeto de atravesarlo en Naumburgo y ocupar el desfiladero de Kœsen, por donde debía pasar el ejército prusiano que se acercaba por el Elba. A marchas forzadas, para adelantarse á éste, llegó al desfiladero con sólo la división Gudin y desde la noche del 13 de Octubre lo ocupaba y defendía. Este ilustre general, el primero tal vez de su época después de Napoleón, era sumamente miope, pero había convertido este defecto físico en una cualidad moral verdaderamente apreciable: observábalo todo de cerca por sí mismo y se asesoraba con los demás haciéndoles reiteradas preguntas, hasta llegar á

enterarse completamente; así es que, sin descansar siquiera, reconoció el estado del desfiladero é interrogó á varios individuos, por los que supo que se acercaba el gran ejército prusiano, á cuyo frente iban el rey, los príncipes y el duque de Brunswick. Bernadotte se hallaba en Naumburgo, con orden de dirigirse á donde precisara, por lo que Davout fué á encontrarle y le expuso la situación para que le apoyara con sus fuerzas, ofreciéndose en cambio hasta á operar á sus órdenes; pero Bernadotte, dejándose llevar de la envidia más detestable, y aun



Batalla de Jena (14 de Octubre de 1806). De un grabado de Duplessis-Bertaux

contento al ver el peligro en que Davout se hallaba, pues sin el menor motivo sentía por él profunda aversión, negóse á adelantar hasta Kœsen y por el contrario retrocedió hacia Dornburgo. Davout, aunque reducido á sus solas fuerzas, cumplió fielmente las órdenes del Emperador y marchó por Auerstaedt sobre Apolda; en la mañana del 14, al ascender por las pendientes que dominan la orilla izquierda del Saal, encontróse enfrente del ejército prusiano, fuerte de 56.000 hombres, de los que 12.000 eran de caballería, mientras que él sólo disponía de tres divisiones, bien que éstas eran las de Gudin, Friant y Morand, y aun en un principio sólo tenía á su lado la primeras

pues las otras dos se habían quedado detrás, en la orilla derecha del Saal.

El combate comenzó con la vanguardia prusiana, compuesta de la infantería del general Schmettau, de 25 escuadrones de Blucher y de una batería. Davout mandó formar el cuadro á sus fuerzas y con voz vibrante, como el sonido de una corneta, y encendido el rostro, exclamó: «Federico el Grande dijo que los ejércitos superiores en número son los que consiguen la victoria, pero se equivocó: son simplemente los más testarudos. Hijos míos, imitad á vuestro general.» Tres cargas, dirigidas personalmente por Blucher, no pudieron llegar siquiera á las líneas francesas; los soldados, con maravillosa sangre fría, no disparaban hasta el momento preciso en que llegaban á tiro, tomaban la puntería como en el blanco y sembraban el suelo de cadáveres. En este momento, algunos escuadrones de cazadores, que estaban de reserva ocultos en un bosque, se lanzaron de improviso sobre la ya quebrantada caballería prusiana y determinaron su fuga precipitada. La división Friant presentóse entonces en el campo de batalla, en el momento en que los prusianos, por su parte, recibían también refuerzos importantes, trabándose un nuevo y furioso combate alrededor de Hassenhausen. El duque de Brunswick trató de envolver la posición por la izquierda, copando á la infantería que defendía el Saal. Schmettau, que inició el ataque, cayó herido y hubo de retirarse; el duque de Brunswick, que se puso entonces al frente de los granaderos, llevándolos al asalto, fué muerto. El anciano Mollendorf, que le reemplazó, cayó también herido mortalmente, y al mismo monarca prusiano le mataron un caballo.

Pero la lucha era todavía muy desigual. La división de Orange acababa de reunirse al ejército de Prusia, al propio tiempo que llegaban también las fuerzas de la división Morand y formaban en línea de batalla bajo el nutrido fuego de la artillería prusiana. Una masa formidable de más de diez mil caballos se lanzó contra esta sola división, que no llegó siquira á sufrir su choque, pues sus descargas fueron tan certeras que pronto formaron delante de ella una verdadera muralla de centenares de cadáveres de hombres y caballos. Una audaz maniobra de artillería, concebida y ejecutada con extraordinaria precisión y rapidez por el capitán (coronel después) Seruzier, con-

cluyó de quebrantar á la caballería prusiana, que se retiró detrás de su infantería. En este momento los franceses tomaron la ofensiva, tratando Friant y Morand de romper las filas enemigas, mientras que Gudin, en el centro, les dió el golpe decisivo, apoderándose de las alturas que dominaban el camino de Friburgo; todo el ejército prusiano declaróse entonces en retirada.

Así terminó esta memorable batalla, que hubiese sido ya una gloria verdadera en el mero hecho de haber conservado los franceses sus posiciones, pero que lo fué mucho mayor por cuanto lograron con-



El conde Carlos Esteban Gudin. (Dibujo de Mad. Le Suire

seguir una completa victoria. Compréndese, pues, que desde aquel día se diese el dictado de *Inmortales* á las divisiones Morand, Gudin y Friant, y que sus jefes se recuerden en el ejército francés como modelos de generales de división.

El coronel Michel, uno de sus compañeros de armas, hizo un retrato del general Friant, que da una idea de lo que valían así éste como sus dos colegas, tan valientes y tan célebres como él. «Distinguíase el general Friant,—dice,—por su buen carácter, excelente corazón y generosos y humanos sentimientos. Quería entrañablemente á sus soldados, les atendía como si fuesen hijos suyos, haciendo vida común y alternando con todos, pero conservando siempre su dignidad y haciéndose querer hasta el punto de que ninguno de ellos hubiera vacilado en sacrificar gustoso su vida por salvar la del que llamaban

«nuestro bueno y querido padre.» Al caer á su lado en Moscou, herido mortalmente, uno de sus soldados de caballería ligera, le dijo: «Mi general, catorce años ha que sirvo á vuestras órdenes; dadme vuestra mano y moriré contento.» Tenía también un tacto especial para captarse el afecto de las tropas extranjeras que combatían bajo su mando. Era de elevada estatura, la cabeza erguida, sobre todo frente al enemigo, y porte distinguido; estaba dotado de recto y fino juicio, de valor y ardimiento indiscutibles y nunca dudosos, y á vivir en otra época hubiera figurado entre aquellos nobles y valientes paladines cuyo nombre han enaltecido la historia y los poemas épicos, que no contaban nunca el número de los enemigos sino al contar los cadáveres tendidos en el campo de batalla.»

Al retirarse el ejército real hacia Weimar encontró en su camino á los fugitivos de Jena, aumentándose el desorden y la confusión y convirtiéndose la derrota en un verdadero desastre por la persecución de Murat, aparte de que las fuerzas prusianas habían perdido muchos jefes y carecían de la unidad necesaria. La corte de Berlín, que consideraba imposible un contratiempo semejante, no había tomado la menor precaución para aminorar sus consecuencias. Los prusianos perdieron en estas dos batallas 70.000 hombres, 40.000 de ellos prisioneros; los franceses no llegaron á perder más de 12.000, cuya tercera parte pertenecía á la división Gudin, que resistió sola á todas las fuerzas del duque de Brunswick esperando á las otras dos divisiones del cuerpo de Davout. Dos días después de este desastre, Mollendorf, moribundo, capitulaba en Erfurt con 15.000 hombres. Hohenlohe huyó hasta Sondershausen y el rey de Prusia hasta Stettin.

La prodigiosa rapidez de este triunfo, que el mismo Napoleón no había podido prever, no consiguió deslumbrarle, é inmediatamente se dirigió sobre el Elba; pero antes de penetrar en el corazón de este reino, cuyas fuerzas había quebrantado de un modo tan completo, adoptó toda clase de precauciones para asegurarse la retirada en el caso de que una derrota, por improbable que fuese, le obligara á replegarse sobre el Rhin.

Encargó á Murat, Ney y Soult la persecución de Hohenlohe, que tenía la misión de reunir en Magdeburgo todos los restos del ejército prusiano. El príncipe Eugenio de Wurtemberg, que procedente de

Berlín, con un refuerzo de 18.000 hombres, al tener noticia de la derrota de Jena había ocupado una fuerte posición cerca de Halle, fué atacado en ella por el general Dupont, que sin esperar á Bernadotte, cuya vanguardia mandaba, se apoderó de los puentes y de las alturas atrincheradas de los prusianos, obligándoles á refugiarse en Magdeburgo, á donde había llegado ya Hohenlohe perseguido por Murat, Ney y Soult. Sabiendo el generalísimo prusiano que Napoleón le había cerrado el camino de Berlín por su rápida marcha sobre esta ciudad,



Entrada en Berlín del Emperador Napoleón (28 de Octubre de 1806). De un dibujo de Debret

salió de Magdeburgo, con 22.000 hombres, con objeto de llegar á Stettin por el camino de Prentzlow, pero Murat atravesó el Elba y se dirigió sobre Zehdenik para cortarle el paso. Hohenlohe entonces trató inútilmente de llegar á Prentzlow por Boitzenburgo, pues atacado por Lannes y Murat en Templín, se vió obligado á capitular en Prentzlow con 15.000 hombres y 60 cañones (28 de Octubre). Blucher, uno de sus generales, se separó de él yendo á parar á Neu-Strelitz, en donde se le reunió un cuerpo de ejército de Weimar que no había tomado parte en la batalla de Jena. Con este refuerzo elevá-ronse sus fuerzas á unos 25.000 hombres, con los que se dirigió hacia Rostock, pero fué detenido en su marcha por Murat; volvió hacia el

Elba y encontró á Soult, marchó hacia Havel y tropezó con Bernadotte. Apoderóse entonces á viva fuerza de Lubeck, que quería mantener su neutralidad, y trató de hacerse fuerte en esta plaza; pero fué arrojado por Murat y Bernadotte, que entraron en ella por asalto y la hicieron sufrir todos los horrores de la guerra. Blucher, que había logrado comunicar á sus soldados su indomable energía, reunió todavía 10.000 hombres y ganó la línea de Trave, pero al llegar á la frontera de Dinamarca se encontró con otro ejército dispuesto á cerrarle el paso y no tuvo más remedio que capitular. Durante estas operaciones, Ney se había apoderado de Magdeburgo (8 de Noviembre) y Murat de Stettin, mientras Davout se apoderaba de Leipzig (15 de Octubre) y de Berlín (18 de Octubre) y Napoleón se detenía en Potsdam (24 de Octubre), donde visitó con gran respeto la tumba de Felipe el Grande, cuya espada mandó á París. En 28 de Octubre hizo su solemne entrada en Berlín, cuyos habitantes se mostraron temerosos al paso de las tropas francesas, pero conservaron su dignidad. Respecto á Napoleón, no parecía satisfecho por tan brillante campaña.

«Sólo con profundo dolor y obedeciendo á la inflexible necesidad,—dice Armando Lefebvre,—llevó Napoleón sus armas contra Prusia, y al vencerla y al hundirla no sintió alegría ni alborozo por su victoria, pues en vez de calmarse su indignación, aún se acrecentó más contra los instigadores de esta fatal campaña.» Prorrumpía de continuo en amenazas contra los prusianos, especialmente contra la nobleza, que había pedido la guerra con mayor insistencia. «La reduciré á tan estrechos límites, decía, que la obligaré á mendigar su pan.» Sin embargo, Napoleón continuaba mostrándose asequible, bondadoso y humano, como lo fué siempre fuera del campo de batalla ó de la política.

El príncipe de Hatzfeld, á quien Napoleón conservó en su cargo de gobernador civil de Berlín y que se mostraba sumamente conciliador en las proclamas que dirigía á sus subordinados, abusaba de su posición para observar los movimientos de los ejércitos franceses y participarlos á su rey. En la especial situación que había aceptado respecto al Emperador, constituía esto una verdadera traición, que las ordenanzas militares castigan con la última pena. Juzgado por un consejo de guerra, fué condenado á muerte; pero su esposa, acompa-

ñada del mariscal Duroc, se presentó ante Napoleón, arrojóse á sus pies, y en medio de copioso llanto pidióle el perdón del príncipe; el Emperador la levantó con dulzura. «Al presentarle la carta de su marido,— escribió á Josefina, — díjome sollozando con gran pesar, al propio tiempo que con la mayor ingenuidad: *¡Ah, ésta es letra suya!* Al leer aumentóse su congoja, hasta el punto de causarme verdadera



Napoleón otorga á la princesa de Hatzfeld el perdón de su marido (28 de Octubre de 1806). Cuadro de Boisfremont

pena; entonces la dije: — Pues bien, señora, quemad esta carta y ya no podré hacer que condenen á vuestro esposo. — Quemó la carta y me pareció sumamente satisfecha: su marido se salvó; dos horas más tarde ya estaba perdido.»

Desde Berlín dirigía Napoleón las operaciones, que continuaban á pesar de la ruina de Prusia. El anciano Estatúder de Holanda, príncipe de Fulda-Orange, había sido, con el duque de Brunswick y el Elector de Hesse-Cassel, instigador de la cuarta coalición, por lo que Napoleón declaró depuestos á los tres de sus respectivos tronos y en-

cargó á Mortier la ejecución de su mandato. Éste, pues, invadió sus Estados, licenció sus ejércitos y ocupó las plazas fuertes, y reunido con Luis, rey de Holanda, se apoderaron de Hanover, ocupando también Hamburgo y todo el Mecklemburgo. El Elector de Sajonia se había apresurado á firmar la paz con Napoleón, quien le aseguró su trono (11 de Noviembre de 1806). Las fuerzas de Baviera y de Wurtemberg, al mando de Jerónimo Bonaparte, marcharon sobre Dresde y desde allí hacia el Oder y conquistaron la Silesia, mientras Davout se apoderaba de Custrin y Augereau de Franckfort. Quedó también invadida la Polonia prusiana, y Federico Guillermo huyó á Kœnigsberg con 15.000 hombres, únicos restos de su célebre y orgulloso ejército.

Nada tendría de particular que 160.000 franceses, veteranos en la guerra, hubiesen derrotado á 160.000 prusianos. «Pero es un hecho verdaderamente admirable, — dice M. Thiers, — esta marcha oblicua del ejército francés, combinada de tal suerte que las tropas prusianas, separadas constantemente de su centro y tras una retirada de más de doscientas leguas, desde Hof á Stettin, no pudiesen llegar al Oder hasta el preciso día en que había sido ocupado y quedasen deshechas ó prisioneras, y que en un mes el rey de un gran Estado, segundo sucesor de Federico el Grande, perdiese su ejército y su reino. Y, agrega el historiador, no se trataba de macedonios combatiendo contra persas, sino de un ejército europeo que derrota á otro europeo, ambos instruídos y valientes.»

Aun prescindiendo del talento militar de Napoleón, los oficiales prusianos, nobles todos ellos, veíanse por fin obligados á reconocer que el soldado francés tenía una fuerza nacida, no sólo de su físico, sino de su organización social, que el soldado prusiano, por valiente y disciplinado que fuese, no poseía en modo alguno. Curioso testimonio de esto son las cartas encontradas entre los bagajes del enemigo que cayeron en poder de los franceses. Un oficial prusiano escribía á su familia: «Si tuviésemos que luchar mano á mano con los franceses saldríamos siempre vencedores; son de baja estatura, desmedrados. Uno solo de nuestros alemanes necesitaría cuatro, pero en el fuego se convierten en verdaderos diablos: son presa de un ardor y un entusiasmo que nuestros soldados desconocen por completo. ¿Qué queréis

que hagamos con nuestros infelices paisanos, guiados al combate por aristócratas, cuyos peligros comparten sin participar nunca de sus entusiasmos ni de sus recompensas?» Refiérese á este propósito que el mariscal Augereau, con la sorpresa que es de suponer, encontró entre los prisioneros, con el mismo grado todavía, al capitán y al sargento primero de la compañía del regimiento del Príncipe de Prusia, en la cual había servido como soldado algunos años antes de la Revolución.

Antes de salir de Berlín para dirigirse al nuevo teatro de la guerra, Napoleón respondió á las recientes vejaciones de Inglaterra



Marcha precipitada del ejército ruso corriendo en socorro de los prusianos. (Caricatura de la época)

contra las marinas de las naciones europeas con el famoso decreto del *Bloqueo continental*, cerrando á los buques y al comercio británicos todos los puertos del continente (21 de Noviembre de 1806). Se ve, por consiguiente, que aun después del extraordinario éxito obtenido en la guerra contra Alemania y cuando se preparaba á atacar al coloso del Norte, Napoleón, en el fondo, sólo pensaba en herir á Inglaterra y devolver á Francia su poder marítimo. Esta idea le obsesionaba, y la manifiesta aun á pesar suyo en ocasiones en que menos era de esperar. Recordóla así en unas frases de su proclama del 2 de Diciembre de 1806, en la que anuncia á sus tropas que iban á partir al encuentro de los Rusos, «que se vanaglorían de venir contra nosotros, ahorrándoles la mitad del camino.»

«Soldados, decía, no depondremos las armas hasta que la paz general haya

afirmado y asegurado el predominio de nuestros aliados y *haya devuelto á nuestro comercio la libertad y las colonias. Sobre el Elba y el Oder hemos conquistado Pondichery, nuestras factorías de Indias, el cabo de Buena Esperanza y las colonias españolas.* ¿En qué fundan los Rusos sus pretensiones? ¿Qué motivo tienen para oponerse á tan justas empresas? Tanto ellos como nosotros, ¿no somos, acaso, los soldados de Austerlitz?»

Los Rusos se habían apoderado de Varsovia, entonces ciudad prusiana, pero fueron arrojados de ella por Murat, Davout y Lannes. Mandábalos el alemán Benningsen, general instruído y dotado de una energía á toda prueba. Tenía éste 60.000 hombres á sus órdenes, y ante el avance del Grande-Ejército y la inminente insurrección de Polonia se replegó por Ostrolenka, librando varios combates, entre los que sobresalen los de Czarnowo y Pultusk (24 y 26 de Diciembre de 1806), perdiendo 10.000 hombres y 80 cañones, hacia el Aller para proteger Koenigsberg.



Benningsen

La mala estación y el estado de los caminos y de las llanuras, convertidas en inmensos pantanos, impidieron que Napoleón pudiese perseguirle. «La arena cedía bajo nuestros pies y el agua cubría la arena, de manera que nos hundíamos hasta la rodilla, cuenta el capitán Coignet. Necesitábamos atarnos los zapatos con cuerdas al tobillo, pero al sacar las piernas de esta arena movediza se rompían y quedaban los zapatos incrustados en el lodo. Muchas veces era preciso cogerse la pierna trasera con ambas manos, arrancarla del suelo como una zanahoria y adelantarla, y repetir con la otra la misma operación, llevando el fusil á la bandolera para poder utilizar los brazos. Esta maniobra hubo de repetirse constantemente durante dos días. Los soldados veteranos empezaban á desfallecer, y hubo algunos que se suicidaron víctimas de la excitación producida por tantos sufrimientos; tuvimos sesenta y dos bajas en el transcurso de dos días, hasta llegar á Pultusk; allí nos dieron el dictado de *gruñones*, nombre que se ha hecho célebre y que nos honra en la actualidad.»

El Grande-Ejército tomó, pues, sus cuarteles de invierno. Ney

y Bernadotte se acantonaron en las cercanías de Elbing, protegiendo á Lefebvre, que estaba sitiando á Dantzig; Soult y Augereau, en el centro, se extendían desde Varsovia á Pultusk; y Murat, Davout y Lannes, sobre el Bug, formaban la derecha. La vida de las tropas se hizo dificilísima en un país naturalmente pobre; el Emperador compartía la miseria de sus soldados y «llevaba la tripa vacía como los demás,» dice Coignet. Según el testimonio de Talleyrand, reco-



"¡Después de vos, Señor!„ (De una litografía de Charlet)

gido por el príncipe de Ligne, nunca Napoleón fué tan grande como en Osterode, donde tenía su cuartel general y «en donde sólo comía cangrejos pasados, habitando en una mala casucha, rodeado de hombres y caballos muertos; siéndole todo contrario, hasta su propio ejército, pero impertérrito ante tantos y tales sufrimientos, pues había jurado resistirlos todos para humillar á Rusia.» El duque de Rovigo refiere en sus *Memorias* que uno de los días más crudos se acercó al Emperador uno de sus *gruñones* y le dijo: «Precisa que os hayáis vuelto loco para traernos sin pan por estos andurriales.—Sólo os pido cuatro días de paciencia,—le respondió Napoleón,—y quedaréis acantonados.—Bueno, pasemos por los cuatro días; pero cumplid

vuestra promesa, pues de lo contrario nos acantonaremos nosotros mismos.»

El enemigo se encargó pronto de sacarles de sus cuarteles de invierno. Benningsen, en efecto, concibió el atrevido plan de cortar el ala izquierda del Grande-Ejército, pasando por entre los cuerpos de Bernadotte y de Ney, derrotándolos uno tras otro y, después de levantar el sitio de Dantzig, llevar la guerra al Brandeburgo, á espaldas de Napoleón. La obstinada resistencia de Bernadotte en Osterode y en Mohrungen dió al Emperador tiempo suficiente para acudir en su auxilio, y á semejanza de lo que había hecho en Italia contra Wurmser, volvió entonces contra Benningsen su propio plan. Una parte del ejército francés, oponiendo una resistencia formal, debía arrastrar á Benningsen en su persecución, mientras que él mismo, con el resto de sus fuerzas, le atacaría por el flanco, separándole de su base de operaciones. Benningsen iba á caer, pues, en el propio lazo que tendiera, iba á ser envuelto y destrozado, cuando se apercibió del peligro que corría por un despacho oficial del enemigo, que cayó en su poder. Apresuróse á batirse en retirada, eficazmente protegido por Bagration, que para salvarle se dejó aplastar con toda la retaguardia. Benningsen tomó posiciones en una altura próxima á Preussich-Eylau, defendiendo su frente con 250 piezas de artillería.

Napoleón, con Soult, Augereau, Murat y la guardia imperial alcanzóle el 7 de Febrero. Ney iba en persecución de Lestocq, que se había separado de Benningsen, y Davout se hallaba á una jornada de distancia. La batalla fué una de las más terribles de la época; al comenzarse nevaba copiosamente, lo que impidió por largo rato á ambos adversarios conocer bien sus respectivas posiciones. Al aclararse el día, Augereau se encontró á unos cien pasos del centro ruso y de una batería de 70 cañones que le protegía; ametrallado furiosamente, perdió en un cuarto de hora 5.200 hombres, y la infantería rusa llegó á penetrar en el cementerio de Eylau, donde se hallaba Napoleón, quien llamó en el acto á Murat y le dijo: «¿Acaso permitirás que estos hombres se nos coman aquí mismo?» Reunió éste 80 escuadrones, y dió con ellos una carga tal, la más célebre de estas campañas, que destrozó completamente las dos primeras líneas del

centro ruso, pero también á costa de la vida de los generales Hautpoul y Corbineau. La batalla prosiguió, jugando sólo la artillería, sin inclinarse á favor de los Franceses hasta la llegada de Davout, que hacia el mediodía cayó sobre el ala izquierda de los Rusos, rechazándola y arrojándola sobre el centro. Las fuerzas prusianas de Lestocq, escapando á la persecución de Ney, llegaron también al campo de batalla, en número de 10.000 hombres, para apoyar la derecha rusa;



¡Atrás!. (De una litografía de Charlet)

pero Ney las seguía de cerca y cargó muy luego sobre esta ala de los Rusos con el mismo ímpetu que Davout. Eran en este momento las nueve y media de la noche, y el ataque de Ney tuvo lugar en la obscuridad más profunda. Benningsen tenía 26.000 hombres fuera de combate y siete generales heridos, entre ellos Doctoroff y Barclay de Tolly, por lo que se decidió á batirse en retirada, dejando en poder de los Franceses 4.000 heridos, 54 cañones y 16 banderas; éstos tuvieron 3.000 muertos y 7.000 heridos, pérdida muy inferior á la del ejército ruso, pero esto no constituía un éxito como los que acostumbraba á obtener Napoleón, y la victoria estuvo indecisa hasta el último momento. «La fortuna, — dice M. Rambaud, — se cuidaba

de advertirle que no siempre acudiría á sus citas puntualmente.» El campo de batalla presentaba horrible aspecto, impresionando al mismo Napoleón. Millares de cadáveres, amontonados, yacían cubiertos por la nieve, manchada de sangre. El general Pelleport fué sacado por uno de sus soldados de entre un montón de muertos que lo cubrían. El emperador mandó recoger á los heridos y desembarazar el campo. Por un detalle curioso, pudo conocer de qué modo se había explotado la credulidad de los soldados rusos para excitar su fanatismo: algunos de éstos, que fueron hechos prisioneros por el general Colbert, le suplicaron que no permitiese que sus soldados los devoraran. ¡Se les había hecho creer que los Franceses eran antropófagos!

Mientras Benningsen se retiraba hacia Koenigsberg, Napoleón permaneció ocho días en Eylau, para hacer constar su victoria, y en seguida volvió á sus cuarteles de invierno. Bernadotte y Soul se establecieron sobre el Passarge, á la izquierda del Grande-Ejército; Ney en el centro, desde Guttstadt á Allenstein; Davout á la derecha, sobre el Omulew. El cuartel general se estableció en Finkenstein, desde donde el Emperador trató de entrar en negociaciones con Rusia ó con Prusia, aunque en vano, pues ambas naciones renovaron su alianza en Bartenstein, firmando, en 25 de Abril de 1807, un tratado cuyas cláusulas son notables por cuanto fueron, á corta diferencia, las mismas que el Congreso de Praga quiso imponer á Napoleón en 1813.

Prusia y Rusia trataron de hacer entrar en esta nueva coalición á las demás potencias europeas; pero el emperador Francisco se limitó á ofrecer su mediación; el rey de Suecia, derrotado en Anklam y arrojado de la Pomerania por Mortier, se vió obligado á firmar un armisticio (18 de Abril), y por fin, el ministro inglés se negó á garantizar un empréstito de 150 millones que Rusia negociaba á la sazón.

Mientras que las potencias continentales se destrozaban mutuamente, Inglaterra proseguía en todas partes el acrecentamiento de su poder marítimo y enviaba una escuadra al Mediterráneo, interviniendo en la guerra que había estallado el año anterior entre Turquía y Rusia.



8 7 6 5 1 2 3 4

Batalla de Eylau. (Cuadro de Gros. Museo del Louvre)

1. Napoleón; soldados lituanos pidiéndole gracia.—2. Soult.—3. Daveut.—4. Murat.—5. Berthier.—6. Bessiéres.—7. Caulaincourt.—8. El barón Percy, cirujano en jefe del ejército, ayuda á un practicante que cura á un herido lituano.

El sultán Selim III y su ministro Barayctar, después de haberse aproximado á Francia, por temor á los Rusos, recibieron en su corte con grandes distinciones al general Sebastiani, embajador de Napoleón, y emprendieron la reconquista de Moldavia y de Valaquia. Alejandro mandó entonces á Michelson, con 80.000 hombres, para que ocupara estas dos comarcas; pero los generales rusos no pudieron adelantar mucho por este lado. La guerra estaba concentrada junto al Niemen, cuando el almirante inglés, Duckworth, apareció á la entrada de los Dardanelos é intimó á Selim que hiciese la paz con Rusia y entrara en la coalición contra Francia. El Sultán rechazó



Chasseloup-Laubat

tales exigencias, pero á pesar de los repetidos consejos de Sebastiani, no emprendió preparativo alguno de defensa. Un francés, establecido en Constantinopla, llamado Ruffin, favoreció en gran manera la acción de Sebastiani en estas circunstancias, porque si bien éste no creía en la sinceridad de las amenazas de los Ingleses contra Constantinopla, pues contaba con la rivalidad existente entre ellos y los Rusos, y estaba persuadido de que el almirante inglés no daría un asalto ni bombardearía la ciudad, por no facilitar á Rusia su conquista, pensaba, sin embargo, que el medio más edecuado para desvirtuar sus amenazas consistía en provocarlas. El Sultán, convencido al fin por Sebastiani, confióle la defensa, y el pueblo turco, vuelto en sí de su pasividad ante la actitud del embajador francés, desplegó una actividad verdaderamente prodigiosa, y mientras se entretenía á Duckworth por medio de negociaciones, cubrióse el Helesponto de

baterías turcas que ponían en peligro á la escuadra inglesa de quedar encerrada en el mar de Mármara, por lo que aquél se apresuró á salir de sus aguas. Al atravesar el estrecho, no obstante, el fuego de los fuertes le ocasionó la pérdida de algunos hombres y le echó á pique dos fragatas. A la salida de los Dardanelos encontróse con la armada rusa, cuyo almirante, Siniawin, «le propuso volver á entrar juntos y, obrando de común acuerdo, imponer la ley al Diván.» El inglés se guardó muy bien de aceptar semejante proposición, no por cobardía, como se ha supuesto, sino por no dar á los Rusos el gusto de humillar á la media luna y reducir á pavesas Constantinopla. Se alejó, pues, de aquellos parajes é hizo rumbo hacia Egipto (1).

Inglaterra buscó una compensación al fracaso de los Dardanelos en otras expediciones secundarias. Por dos veces consecutivas las escuadras británicas trataron de apoderarse de Buenos-Aires, sublevada contra España (2). Un pequeño ejército pasó desde Sicilia á Calabria para animar y sostener la insurrección de los habitantes contra los Franceses, pero fué derrotado en Mileto por el general Reynier. No fué más afortunada otra expedición inglesa contra Egipto, pues si bien logró apoderarse de Alejandría, sus tropas fueron arrojadas de la plaza casi en seguida por Mehemet-Alí (19 de Abril de 1807), quien comenzó entonces su papel en la Historia.

Napoleón, por su parte, aprovechaba también cuantas ocasiones se le presentaban para perjudicar á sus enemigos en las regiones más apartadas. Así, en el mes de Mayo vióse llegar á Finkenstein una embajada del Shah de Persia, Feth-Alí, presidida por Mirza-Riza Khan.

Feth-Alí, atacado por los Rusos, que desde 1803 se ocupaban en fortificar las orillas del Faso, había solicitado en un principio la alianza de Inglaterra, pero juzgándola muy pronto demasiado onerosa, se

(1) Un contingente de artilleros franceses, destacados de la guarnición de Ragusa, ciudad que Francia ocupaba desde 1806, fué enviado á Janina, á petición de Alí-Pachá, y durante su viaje estuvieron á punto de ser víctimas del fanatismo de los Turcos, que querían degollarlos. (Pouqueville, *Voyage en Gréce*, segunda edición, tomo III, pág. 178).

(2) Respecto á la ciudad de Buenos-Aires en esta época y al importante papel que en ella desempeñaron entonces el contralmirante español Liniers, francés de origen, y M. de Sassenay, véase M. de Sassenay: *Napoleón y la fundación de la República Argentina*, 1892.

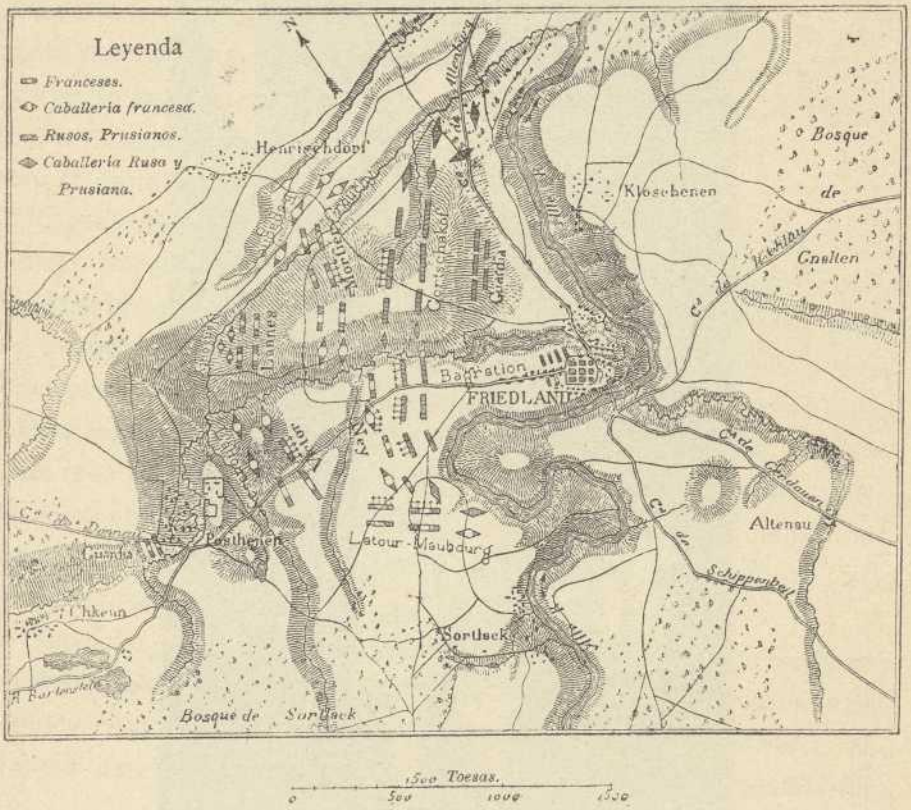
inclinó, en 1805, hacia Francia. En la carta que, en contestación, Napoleón le mandó entonces, recordábale el glorioso ejemplo de Nadir y le demostraba la utilidad de la alianza de Persia con Occidente. «Los pueblos se necesitan mutuamente. Los orientales tienen valor y



El mariscal Lefebvre. (Cuadro al óleo de Lefevre

talento, pero el desconocimiento de determinadas artes y la falta de disciplina, que multiplica la fuerza y la energía de los ejércitos, les colocan en grande inferioridad en la guerra contra los pueblos del Norte y del Occidente.» Trata luego de oponerle ya á los Ingleses y á los Rusos, y le dice: «Debes desconfiar de una nación de mercaderes que trafica en la India con la vida y el trono de sus príncipes, y opondrás tu pueblo valeroso á las incursiones de Rusia.» Romieu,

enviado por Napoleón á Teherán, murió á su llegada (1805), sucediéndole el célebre orientalista Jaubert, quien en 5 de Julio de 1806 se presentó á Feth-Alí en su campamento de Sultanieh, después de un viaje fecundo en aventuras novelescas y hasta trágicas (1). Entonces fué enviado á Europa Mirza-Riza Khan para ultimar la alianza



Plano de la batalla de Friedland

con Napoleón. En el tratado que se firmó, en 4 de Mayo de 1807, estipulóse que el Emperador reconocía á Persia la posesión de la Georgia, ocupada por los Rusos en virtud del testamento del último prín-

(1) Véanse las *Memorias* de Maximiliano du Camp. El éxito de la embajada de Jaubert en la corte de Persia debióse al apoyo de Javier Rousseau (1738-1808), primo del filósofo, en los últimos años del siglo XVIII, quien gozaba de gran influencia entre los gobernantes persas, y que ya en tiempo de Luis XV había conseguido, en virtud de un tratado con el Regente de este país, la cesión á Francia de la isla de Karak, en la desembocadura del golfo Pérsico.

cipe, y se comprometía á proporcionar al Shah oficiales franceses y fusiles. Por su parte, el Shah debía declarar la guerra á Inglaterra y entenderse con los Afghanes para sublevar la India. Pero Persia carecía de hacienda, de ejército y de comercio para poder cumplir estas promesas, por lo que se mandó al general Gardane con el encargo de



Un general ruso muerto en su batería. Ney. Napoleón. Nansouty. Oudinot.
Batalla de Friedland (14 de Junio de 1807). Cuadro de Horacio Vernet, inspirado en un croquis del natural hecho por el granadero Pils, padre del conocido pintor de asuntos militares

organizarlo todo y de impedir que los Rusos pudieran extenderse por este lado.

La actividad de sus tareas diplomáticas no impedía á Napoleón atender á los asuntos administrativos. Mandó á los Judíos que reunieran un sanhedrín para que interpretara la legislación mosaica de manera que pudiesen entrar á formar parte de la sociedad francesa. Protegía la industria y el comercio, anticipando fondos y concediendo primas; enterábase de lo que decían los periódicos de París, de la

situación del teatro de la Opera, de las tareas de la Academia; disponía se concediesen 150.000 francos á Berthollet, cuya apurada situación había llegado á sus oídos, y mandaba desterrar á Mad. de Stael, que había regresado á París.

Al propio tiempo, preparábase otra vez para renovar las hostilidades con nuevas fuerzas, y eran llamados al servicio militar, por un senado-consulto, los reclutas de 1807. Las tropas de Mortier, que quedaron disponibles por el armisticio en cuya virtud se declaró neutral la Pomerania sueca, destináronse á completar el cerco de Dantzig, sitiada por el mariscal Lefebvre. En este sitio, que fué uno de los más memorables de la época, hízose célebre el general de ingenieros Chasseloup-Laubat, no menos que la enérgica defensa de Kalkreuth y del ingeniero Bousmard, antiguo emigrado de origen francés. Pero á pesar de esto y de la diversión intentada por el Czar, que mandó 28.000 hombres en auxilio de la ciudad expugnada, Dantzig capituló en 24 de Marzo de 1807, reuniéndose al Gran Ejército los 40.000 hombres que la sitiaban. Mandó también el Emperador que se le reuniesen numerosos regimientos de Italia, y con algunos contingentes de alemanes, italianos, holondeses y españoles, unidos á otros 40.000 franceses, formó una segunda línea sobre el Elba con un efectivo de 100.000 hombres; finalmente, terminada por Vandamme la conquista de Silesia, constituyó el ejército de reserva.

Aumentadas así sus fuerzas y dueño Napoleón de la línea del Vistula por la ocupación de Dantzig, preparóse á tomar la ofensiva; pero se le anticipó Benningsen, que merced á nuevos refuerzos se encontraba al frente de 100.000 hombres, y que, teniendo á Gortschakoff á su derecha y á Bagration á la izquierda, trató de copar el cuerpo de Ney. Derrotado en Guttstadt y en Ankendorf, y ante el temor de verse envuelto, replegóse rápidamente sobre Heilsberg, donde fué atacado por Napoleón y todo el centro del Grande-Ejército, mientras Murat y Soult se dirigían hacia Koenigsberg, que sólo defendía Lestocq. Benningsen resistióse enérgicamente en sus atrincheramientos de Heilsberg; pero después, temiendo quedar aislado de Koenigsberg, descendió rápidamente por la orilla derecha del Alle, en tanto que Lannes y Mortier bajaban también paralelamente por la orilla izquierda. Benningsen se les adelantó en Friedland, apoderóse

de sus puentes y empezó á pasar la orilla derecha. Lannes y Mortier avisaron al Emperador y con sus solas fuerzas contuvieron al enemigo durante doce horas; á la una de la madrugada había llegado Lannes ante Friedland, y á las tres de la tarde se encontraba aún en el mismo sitio en que había encontrado á la vanguardia rusa.

Entretanto Ney y Víctor, acelerando su marcha, llegaron con el Emperador al campo de batalla á las cuatre de la tarde (14 de Junio de 1807). El enemigo había buscado, sin necesidad, una batalla, y se encontraba ahora sosteniéndola en una posición poco favorable, pues ocupaba el fondo de un verdadero embudo, formado por la población de Friedland y un brazo del Aller que la rodea; su artillería seguía aún en la orilla derecha de este río. En el instante de llegar al lugar del combate, preguntó Napoleón: «¿Dónde se han escondido los Rusos?» y después de haber reconocido la posición, agregó: «No, no se sorprende fácilmente á un enemigo en falta semejante.» Encargó entonces á Mortier que formara su izquierda ocupando la villa de Heinrichsdorf, pero con orden expresa de no avanzar, manteniéndose á la defensiva. Lannes se colocó en el centro y Ney á la derecha, apoyándose en el pueblo de Posthenen, desde cuyo punto debía dar Napoleón el ataque decisivo. Los Rusos, por el contrario, concentraron todas sus fuerzas contra la izquierda del ejército francés, que les cerraba directamente el camino de Koenigsberg. Mientras se hallaban empeñados en esta lucha, Ney colocó á vanguardia la izquierda de su columna y avanzó en dirección del campanario de Friedland. Napoleón, de pie sobre una eminencia, apercibióse de pronto de un movimiento que los Rusos intentaban realizar. «¡Ah, — exclamó, — parece que quieren maniobrar! Voy á enseñarles táctica.» Al instante dió á sus tropas las órdenes oportunas para que se aprovecharan de la solución de continuidad que esta falsa maniobra había producido en las filas enemigas. Ney continuaba su movimiento de avance, sufriendo enormes pérdidas á causa del fuego de la artillería rusa, que disparaba sobre su ala derecha desde la orilla opuesta del Aller; una batería que mandó destacar el general Senarmont, no produjo ningún efecto. Napoleón, entonces, ordenó á la artillería una maniobra que se ha hecho célebre en los fastos militares; «á pesar de la oposición de sus generales, reunió las treinta y seis

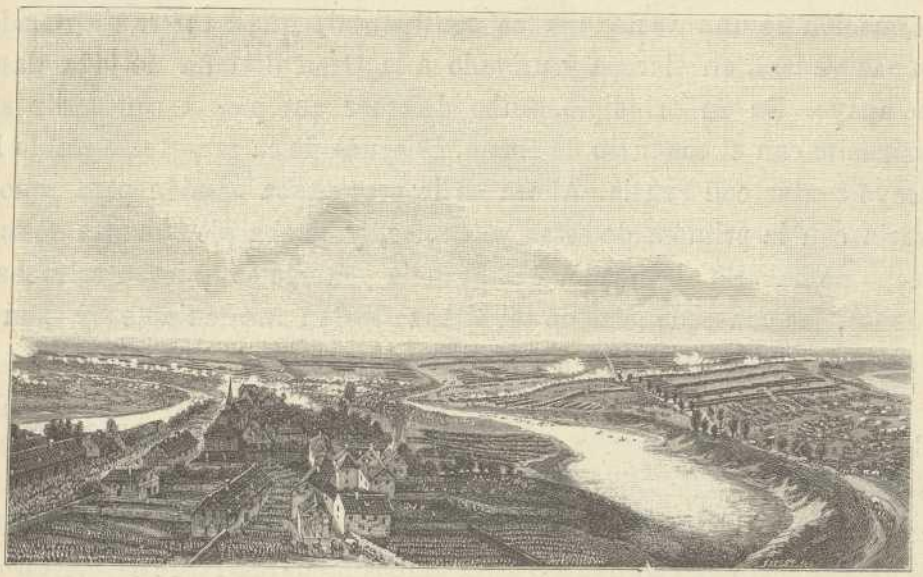
piezas con que contaba, formó con ellas dos baterías, dejando seis de reserva, tomó posiciones á cuatrocientos metros del enemigo, hizo cinco ó seis disparos, volvió á avanzar doscientos metros y rompió un nutrido fuego. Los Rusos intentaron dar una carga de caballería, pero Senarmont concentró sobre ella los fuegos da toda una batería y la destrozó en un momento. Por fin, bajo este huracán de proyectiles, los Rusos fueron rechazados hacia Friedland y reducida al silencio su artillería.» Pronto fueron arrojados también de sus puentes, pues Ney les había perseguido en el estrecho pasadizo que conduce á Friedland, y aunque la guardia rusa intentó un ataque de flanco contra sus tropas, éste resultó inútil, pues fué rechazado por una brillante carga de la división Dupont.

En medio de tantos horrores, los soldados contemplaron un espectáculo sumamente curioso, que no dejó de impresionarles á pesar de haber presenciado tan espantosas escenas. «A causa de la explosión de una bomba, cuenta Bory de Saint-Vincent, incendióse una granja próxima á Friedland, en uno de cuyos patios había un viejo árbol en el que tenía su nido una cigüeña. Vióse á ésta guardar su nido hasta que la envolvieron las llamas por todas partes, elevóse entonces perpendicularmente, dió varias vueltas, y al hallarse á gran altura volvía á descender á través del torbellino de llamas y humo para intentar la salvación del precioso depósito que hallí tenía. Por fin, después de habérsela visto penetrar una vez más por entre las llamas, no volvió á reaparecer.»

El ala derecha de los Rusos, atraída hacia el camino de Koenigsberg por la hábil retirada de Lannes y de Mortier, se apresuró á regresar á Friedland así que tuvieron noticia de la suerte que habían corrido el centro y la izquierda; pero Benningsen había mandado volar los puentes para protejer su retirada, y entonces aquellos valientes, cogidos entre los cuerpos de Mortier y de Lannes, antes que rendirse, prefirieron vadear el río á nado, bajo el nutrido fuego de los Franceses, perdiendo más de la mitad de su gente. Huyeron, pues, los Rusos desordenadamente hacia el Niemen, experimentando la pérdida de más de 40.000 hombres y de toda su artillería; la de los Franceses apenas llegó á unos 6.000. Soult, Davout y Murat presentáronse ante Koenigsberg, donde se había refugiado Lestocq con

25.000 hombres, que la evacuó al tener noticia del desastre de Friedland para reunirse con Benningsen. Murat entró en Tilsit, pero los Rusos se habían anticipado y eran dueños del paso del Niemen, imposible de forzar, y por lo tanto se vieron libres de la persecución del ejército francés.

Entabláronse negociaciones, iniciándolas Alejandro, que se hallaba muy disgustado con los Ingleses por haberse negado éstos á cubrir el empréstito ruso y por la forma en que le habían apoyado en su lu-



Batalla de Friedland. (Copia de una acuarela de Simeón Fort)

cha con Napoleón, realizando expediciones que sólo redundaban en beneficio propio, en vez de favorecer la coalición. Por otra parte, la Polonia rusa iba á ser invadida por los Franceses si no se suspendían pronto las hostilidades, y finalmente el Czar, dice Butturlin, «quería ganar el tiempo necesario para prepararse de modo conveniente á sostener la lucha, que sabía habría de renovarse más adelante.»

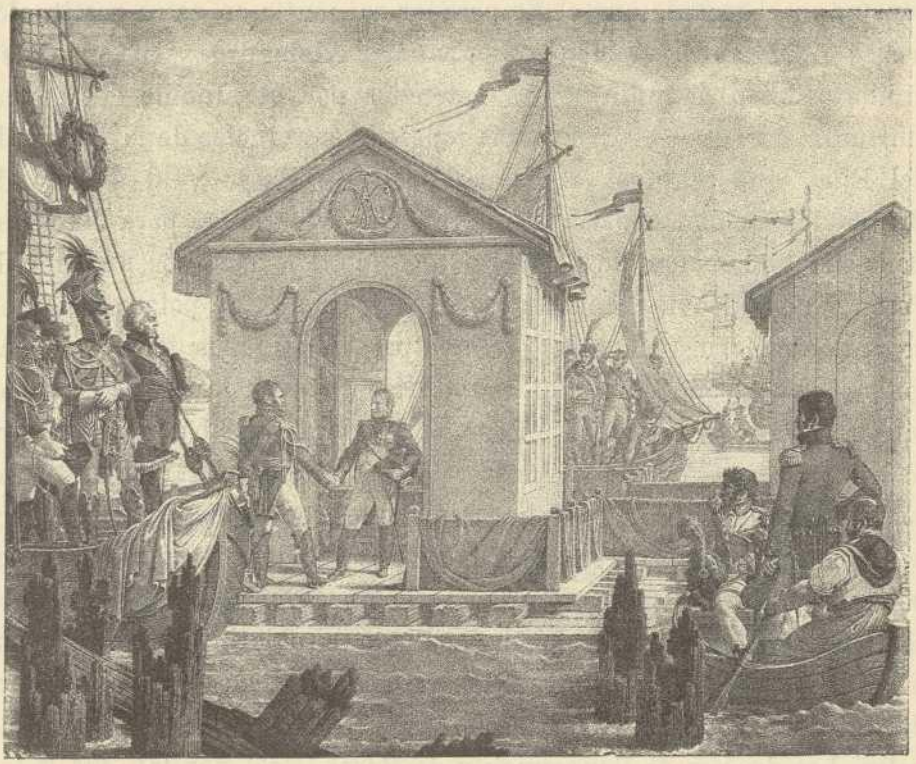
Napoleón, á pesar de su triunfo, no deseaba menos la paz que el emperador de Rusia; preocupábale la actitud de Austria, que podía escoger la ocasión favorable para declararle la guerra é interceptar sus comunicaciones con Francia, de aquella misma Austria que incitaba en secreto á Alejandro para que huyese ante los Franceses, á fin de engolfarles en su persecución hasta las estepas de Rusia, anun-

ciando así el plan que tan felices resultados les había de producir en 1812. Napoleón podía, realmente, proseguir la conquista y restaurar el trono de Polonia; gran número de patriotas polacos que habían acudido á alistarse en sus filas, le suplicaban que reparara la iniquidad cometida con su desgraciada patria. Profunda perplejidad suscitó esta idea en el ánimo de Napoleón, pues que al proclamar la independencia de Polonia armaba contra sí á Prusia, Austria y Rusia, facilitando la acción de Inglaterra, y se empeñaba en una lucha cuyo fin era difícil adivinar. Hacía seis años que trabajaba por conseguir la formación de una vasta alianza continental, que hubiera asegurado la paz general en Europa y privado á la Gran Bretaña de toda clase de apoyo. En un principio, hubo de creer que podría conseguir su propósito con el concurso de Rusia. Después de la muerte de Pablo I, creyó contar con Prusia. Ahora se le presentaba ocasión para renovarla con la primera de estas potencias, y estaba plenamente satisfecho de haberlo alcanzado. «Si Francia y Rusia se unieran estrechamente, las consecuencias de tal alianza serían incalculables y cambiaría por completo la faz del mundo (1).»

Así, pues, desde el momento en que el Czar mandó al príncipe de Lobanoff para proponer en su nombre un armisticio, al que debían seguir las negociaciones necesarias, el Emperador envió al cuartel general ruso al príncipe de Talleyrand. La ciudad de Tilsit quedó señalada como campo neutral para ambos monarcas, que se avistaron sobre una gran almadía anclada en medio del Niemen. «Aborrezco á los Ingleses tanto como vos,—dijo Alejandro al abrazar á Napoleón, —y estoy á vuestras órdenes para cuanto hagáis contra ellos.—Siendo así, dad por hecha la paz,—le respondió éste.» El rey de Prusia no asistió á la entrevista; presentóse al día siguiente para enterarse de lo convenido entre ambos emperadores. «Afortunadamente,—cuenta el capitán Coignet,—se encontraba allí el gran Alejandro para defenderle; tenía todo el aspecto de una víctima. ¡Vive Dios, qué flaco estaba el menguado monarca! Pero ¡qué hermosa reina tenía!» Coig-

(1) A principios del siglo XVIII, Catalina I trató de fundar sobre sólidas bases la alianza franco-rusa mediante el matrimonio de Luis XV con Isabel, hija de Pedro el Grande, que más adelante fué czarina.

net volvió á ver á la reina de Prusia en la entrevista que con ella celebró Napoleón en Koenigsberg. «¡ Vive Dios y qué hermosa era! —exclama;— bien puede decirse que era demasiado hermosa para tan menguado monarca, pero yo creo que era rey y reina al mismo tiempo. El Emperador la recibió al pie de la gran escalinata y le tendió la mano, pero sin que ella lograse que estrechara la suya. Tuve



Entrevista de Napoleón I y del emperador Alejandro en Tilsit. (Cuadro de Gautherot, según copia litográfica de Levilly)

la suerte de estar de servicio aquella tarde junto á la misma escalinata y verla de cerca, y al día siguiente volví al propio sitio y la contemplé á mi sabor. ¡Qué hermosa figura y qué aire tan majestuoso tenía! Hubiera dado gustoso una oreja, á los treinta años, por estar á su lado tanto rato como estuvo el Emperador.» Las gracias de la reina Luisa no impresionaron tanto á Napoleón como al capitán, y sus ruegos nada pudieron alcanzar de él; son, sin embargo, pura leyenda, forjada por el odio de Prusia, la insolencia y brutalidad con que suponen trató el Emperador á esta soberana, y los testigos oculares,

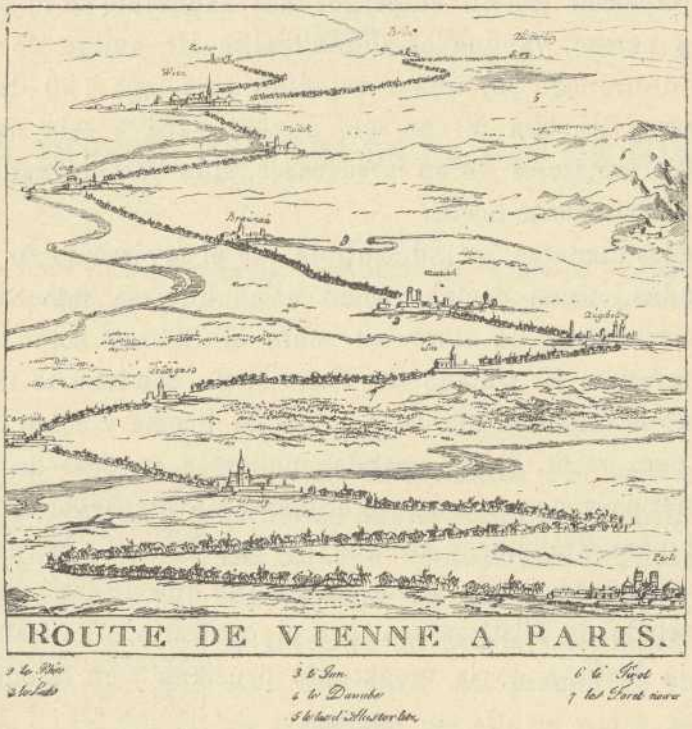
alemanes é ingleses, confirman en este punto el *Memorial de Santa Elena*.

En virtud de las negociaciones de Tilsit se firmaron tres tratados; el primero regulaba la suerte de Prusia y la de los príncipes alemanes que habían tomado parte en la guerra.

El rey de Prusia obtenía únicamente la restitución de la vieja Prusia, de Pomerania, de Brandeburgo y de Silesia, y aun se hacía constar en el tratado que el Emperador consentía en estas restituciones sólo «por consideración al emperador Alejandro y en aras de su ardiente deseo de unir ambas potencias por el vínculo de eterna amistad.» Prusia cedía á Francia todas las provincias de la izquierda del Elba, que reunidas al gran ducado de Hesse y al ducado de Brunswick debían constituir un reino de Westfalia, para Jerónimo Bonaparte, el menor de los hermanos de Napoleón. Los ducados de Posen y de Varsovia, reunidos, formarían un Estado polaco, que con el título de Gran ducado de Varsovia pasaría á manos del rey de Sajonia, construyéndose un camino militar á través de Silesia para facilitar el paso de Alemania á Polonia. Dantzig quedaba declarada ciudad libre y con guarnición francesa. Prusia debía pagar además una contribución de guerra de ochenta millones, en prenda de la cual, y hasta completar su entrega, quedaban los Estados prusianos ocupados por los ejércitos franceses. También el emperador de Rusia se quedaba con una parte de los despojos de su aliado, el palatinado de Belostosk. El Czar y el rey de Prusia reconocían como reyes á los tres hermanos de Napoleón, Luis en Holanda, Jerónimo en Westfalia y José en Nápoles. Los duques de Brunswick y de Hesse-Casel perdían sus Estados, recibiendo solo en compensación una renta vitalicia. Los duques de Oldenburgo y de Mecklenburgo recuperaban sus dominios, pero con la obligación de admitir guarniciones francesas, para vigilar por el cumplimiento del bloqueo continental, y de entrar en la Confederación del Rhin, como Sajonia y los demás principados secundarios de Alemania.

Por el segundo tratado se estipulaba una alianza ofensiva y defensiva entre el emperador de los Franceses y el Czar. Napoleón debía intervenir entre Rusia y Turquía, y Alejandro entre Francia é Inglaterra, con la condición de que si esta potencia no había dado su

aprobación, en 1.° de Diciembre de 1807, á las condiciones de paz de Tilsit, Rusia le declararía la guerra. El rey de Suecia acababa de romper el armisticio que había ajustado con Mortier, precisamente en el momento de verse privado de sus últimas posesiones en Pomerania, por lo que se convino en obligarle á entrar en la liga contra la Gran Bretaña y á ceder la Finlandia á Alejandro. Ambos soberanos contratantes debían ponerse de acuerdo para arrancar del yugo y de



Grabado anónimo de la colección Hennin

las vejaciones de los Turcos todas las provincias europeas del imperio otomano, excepto la Rumelia y la ciudad de Constantinopla. Se invitaría también al Austria, Dinamarca, Suecia y Portugal á secundar el bloqueo continental.

Finalmente, el tercer tratado contenía las *cláusulas secretas*, entre las cuales figuraban la de que Cattaro sería devuelta á Francia, que entraría también en posesión de las islas Jónicas, etc. Asimismo alcanzaron al Africa las negociaciones de Tilsit, pues el artículo 5.° de este tercer tratado dice: «Las poblaciones africanas, especial-

mente Túnez y Argel, serán ocupadas por los Franceses y al conseguirse la paz general se entregarán, con las demás conquistas que éstos hayan podido hacer, como indemnización á los reyes de Sicilia y de Cerdeña.»

Tales eran las condiciones convenidas en este tratado de íntima amistad entre los dos adversarios de la víspera, que tan sólo se unían para repartirse el dominio de Europa, abandonando á sus aliados con la mayor indiferencia. El abandono de Turquía por parte de Napoleón es, sin embargo, más excusable de lo que á primera vista parece, ya que el sultán Selim III, amigo de Francia, había sido destronado por una revolución palaciega (29 de Mayo), y su sucesor, Mustafá V, no sólo no profesaba á esta nación los sentimientos amistosos de su predecesor, sino que en realidad se le mostraba abiertamente hostil.

De todas maneras, es indiscutible que el favorecido en absoluto era Alejandro, quien pactaba como si no hubiese sido vencido y quedaba en libertad de obrar así sobre el Báltico como sobre el Danubio inferior. El tratado de Tilsit suele condenarse frecuentemente como la consumación de la ruina de Prusia y como la alianza brillante, pero frágil, de dos grandes monarcas en aras de una política quimérica y necesariamente efímera; sin embargo, aunque fué tan inútil para Francia, y aunque no impidió que Prusia llegara diez años más tarde á un grado de poderío que nunca había alcanzado, el tratado de Tilsit marca, por el contrario, una fecha importante en la historia de la monarquía prusiana y en la cuestión de Oriente.

CAPÍTULO IV

EL IMPERIO DESPUÉS DE LA PAZ DE TILSIT

ADMINISTRACIÓN Y POLÍTICA INTERIOR.—ABOLICIÓN DEL TRIBUNADO.—NOBLEZA IMPERIAL. UNIVERSIDAD.—LEGISLACIÓN.—HACIENDA.—INFLUENCIA FRANCESA



A paz de Tilsit marca con toda claridad el punto en que la política de Napolón adquiere un carácter verdaderamente quimérico, y, desvanecido por los gigantescos planes que le presenta su propia imaginación, renuncia á una parte del premio de sus triunfos sin consolidar por ello su poder, sacrificando así un presente seguro á un porvenir fantástico, y sin que este sacrificio del momento pueda interpretarse como prueba de moderación ó como señal de querer dar á Europa cierta tranquilidad. Los monarcas, azorados, comprenden que ya no hay límite fijado para su rebajamiento, porque Napoleón no lo ha puesto á su ambición. Político hasta ahora, empieza á mostrarse ante los demás soberanos como una especie de nuevo Tamerlán, civilizado sin duda, pero que lo mismo que el devastador oriental busca la conquista por el placer de la conquista misma.

Aunque haya de darse la razón á tan desgraciados adversarios,

es muy cierto que se había operado un cambio notable en el genio y en el carácter de Napoleón durante la guerra de Prusia, guerra que no deseaba y que se vió obligado á emprender ante insolentes provocaciones, presintiendo sin duda que se empeñaba en una serie de aventuras cuyo fin le era desconocido. Planes gigantescos comenzaron, desde esta época, á asaltar su imaginación y afirmáronse en ella definitivamente después de la paz de Tilsit.

Aspiró á ser «el rey de los reyes», y subordinados suyos todos los demás monarcas, en una vasta confederación cuyo jefe sería él. Su familia, á la que había dado ya tres tronos á expensas de los antiguos soberanos, debía recibir otros nuevos. «Su dinastía, frase suya, debía ser en breve la más antigua de Europa.» No es posible afirmar que tales ideas apareciesen en su espíritu desde esta fecha bajo la forma de un plan cuyo desarrollo fuese necesario proseguir metódicamente; pero tal sueño hirió su imaginación, y por desgracia, con un genio tan poderoso para ejecutar como apto para concebir inmediatamente; el conjunto, los detalles y los medios prácticos para realizar su pensamiento, no estuvo muy lejos el sueño de convertirse en realidad (1).

El anciano príncipe de Ligne escribía al de Arenberg en 20 de Julio, pocos días después de la paz de Tilsit: «Napoleón, que prefiere engordar á engrandecerse y conquistar á adquirir, ha preferido la entrevista á marchar á Riga, por un lado, y á Grodno, por el otro. Por lo demás, no me parece este arreglo europeo muy peligroso ni mucho más duradero que su autor.»

Francia puso tal vez mayor confianza en su caudillo, pero comprendió también que este tratado no era todavía más que una tregua,

(1) Napoleón reconoció oficialmente en una circunstancia solemne que había tratado de constituir una Confederación europea continental bajo la hegemonía francesa, en una palabra, que había querido constituir, como diríamos hoy, los *Estados Unidos de Europa*. Léese, en efecto, en el preámbulo del *Acta adicional* de 1815: «Nos proponíamos entonces organizar un gran sistema federativo europeo, que habíamos adoptado por ser conforme al espíritu del siglo y favorable al progreso y á la civilización. Para completarlo y darle toda la extensión y estabilidad de que era susceptible, habíamos determinado la fundación de gran número de instituciones interiores destinadas á garantir la libertad de los ciudadanos.» Es probable que Napoleón diese á sabiendas en esta ocasión mayor alcance y mayor precisión á sus concepciones y planes, tanto más cuanto que constituían un motivo para explicar su llamamiento á las instituciones liberales.

sin vislumbrar el fin de estas continuas guerras y del creciente despotismo que era su genuina consecuencia; temía además convertirse en un mero instrumento entre las manos de un hombre que la sacrificaría á los planes de su desmedida ambición. Todos deseaban la paz, tantas veces esperada y nunca duradera, aún más que en 1803.

En 1805, en el momento en que el Grande-Ejército se ponía en marcha hacia Alemania, Madama Remusat escribía, con fecha 24 de Septiembre: «Todos viven retraídos, inquietos, indecisos; los espectáculos están desiertos; todos sollozan y esperan silenciosamente grandes acontecimientos.» Puede, pues, comprenderse el descontento que produjo la renovación de la guerra en 1806. «¡La paz! continuaba Madama Remusat, en 12 de Octubre de este año; la paz no se espera ya aquí. El abatimiento y el disgusto son generales, se sufre y salen las quejas á la superficie. Nada causa admiración ni extrañeza, pues todos saben á qué atenerse respecto á milagros.»

Se ve, pues, que Napoleón, por su propio interés, hubiera debido tener en cuenta desde entonces los sentimientos del pueblo francés. Por el contrario, habíase fijado en su cabeza la idea de que era preciso tener despierta continuamente su admiración para consolidar su poder; pero hasta la admiración estaba agotada, y sin embargo, entonces, cuando Francia deseaba ante todo una vida tranquila, es cuando creció y se afirmó más que nunca el despotismo de Napoleón.

«Hacía tres años que me hallaba ausente, — dice Beugnot, — y cuando dejé París el Emperador guardaba todavía ciertos miramientos en el ejercicio de su autoridad; aun encargaba á M. Fontanes que nos conservase al menos la República de las letras. Llegué, pues, á Alemania con ideas bastante liberales, las cuales no podía suponer que Napoleón hubiese olvidado ya tan por completo; las mantuve porque eran mías, y además bien acogidas en la parte de Alemania á donde fuí destinado. Admiréme, pues, al regresar, de encontrar en París el despotismo por todas partes, hasta en ciertos detalles que había ordenado y que hacían suponer en el Emperador una confianza absoluta en la paciencia del pueblo francés. Entonces me expliqué la admiración de M. Roederer, quien, en la primera visita que me hizo, no concebía que se hablase del Emperador con tanta libertad y que se permitiese, al ensalzar públicamente sus actos dignos de elogio, cen-

surar algunos otros. Verdaderamente, hube de reconocer que mis recepciones de Dusseldorf no estaban del todo á la orden del día.»

Francia, en menos de cuatro años, había realizado la evolución que Roma tardó más de tres siglos en efectuar, pasando desde la dictadura republicana de Augusto á la monarquía de Diocleciano (1).

Por decreto de 1.° de Marzo de 1808, ampliando los senadoconsultos de 30 de Marzo y de 14 de Agosto de 1806, se restablecieron los títulos de nobleza y se organizó una nueva aristocracia, con una precisión de jerarquía que la antigua no había conocido.

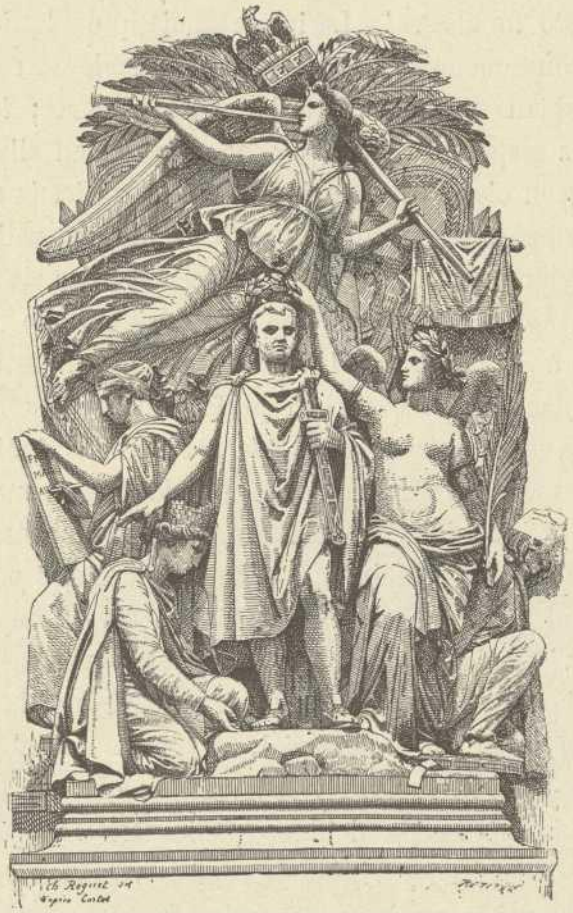
El verdadero objeto de esta nobleza era la formación de una clase intermedia, impregnada de las ideas del nuevo gobierno y por medio de la cual pudiera ejercer su influencia sobre la nación en general. No era, en realidad, una simple institución de aparato destinada á hacer resaltar el esplendor del trono. «Constituía una idea fija de Napoleón, dice Thibaudeau, que ya en más de una ocasión había intentado llevar á la práctica.» Además, esta nueva nobleza tendría la ventaja de absorber la antigua, borrando así este último prestigio y recuerdo de la monarquía tradicional. Napoleón asignó á varios de los nuevos títulos cuantiosos bienes, transmisibles por derecho de primogenitura en la línea masculina; en cuanto á los demás, su transmisión se verificaba en las mismas condiciones si aquellos que los poseían eran mayorazgos, con un capital mínimo, determinado según el título.

A pesar de las modificaciones que en favor de esta nobleza se introdujeron en el Código civil respecto á sucesiones, no llegó á formar una verdadera aristocracia y sólo gozó de preeminencias puramente honoríficas. Tranquilizaba á los revolucionarios la circunstancia de figurar entre estos nobles varios jacobinos y regicidas (2). Por otra parte, daba un especial prestigio á esta nobleza de nuevo cuño la presencia de algunos ilustres soldados de fortuna, lo que la antigua nobleza, á pesar de sus epigramas, en el fondo

(1) Napoleón prefería que se equiparase su nombre más que al de Augusto al de Diocleciano, cuya obra de reorganización había parangonado él más de una vez con la suya.

(2) Llamóse así á los antiguos convencionales que habían votado la sentencia de muerte de Luis XVI. — *(N. del T.)*

no dejaba de reconocer. Lo que verdaderamente era un contrasentido fué el exhumar todas las complicadas reglas de una etiqueta trasnochada, que ni siquiera tenía la excusa de la tradición, admirando aún más la importancia que Napoleón las concedía. En 1806 apareció un reglamento completo sobre la etiqueta de la casa imperial: era un



El Triunfo. Bajo-relieve de Cortot, en el arco de triunfo de la Estrella (París)

verdadero código, que al juzgar sólo por su volumen, alguien podría inclinarse á considerarlo como una de las obras legislativas más importantes de la época. Este decreto, que contiene muchos artículos dignos de la corte de los antiguos monarcas españoles, está fechado *en el mes de Germinal del año XII de la República.* La obligación de observar con toda gravedad tantas y tan frívolas disposiciones, y el empeño con que se tomaban los conflictos de la vanidad, producían

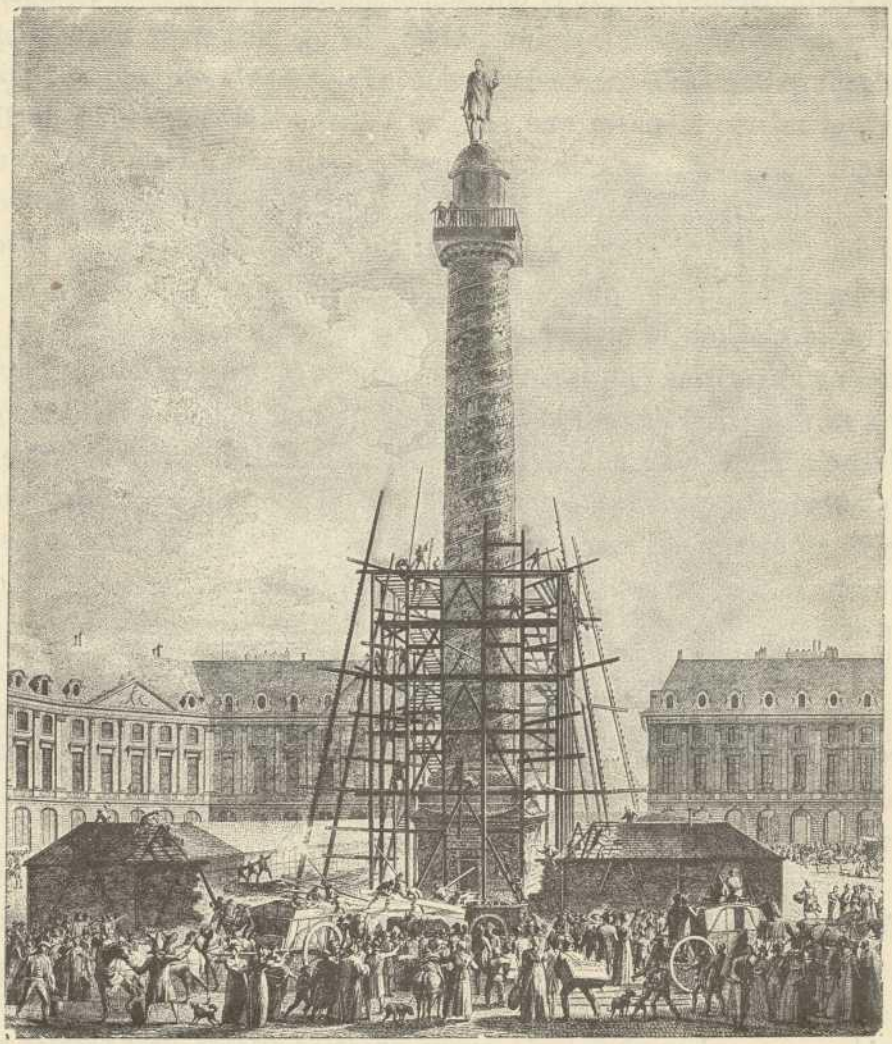
una mortificación general. Se comprende, pues, que las fiestas imperiales, á pesar de su magnificencia, fuesen frías y resultasen mucho menos atractivas que las reuniones más sencillas del Consulado en la Malmaison. Muchos, sin duda, abundaban en la opinión del sargento Coignet, al emitir su parecer sobre las fiestas celebradas con motivo del casamiento de Napoleón con María Luisa: «¡Esto será imponente, pero no alegre!» La importancia que adquirió la etiqueta produjo otra consecuencia: Napoleón se complació en rodearse de personas que habían pertenecido á la antigua corte; le gustaba su trato, á la vez respetuoso y sencillo, y creía ver en ellas ennoblecida la obediencia con ciertos rasgos de libertad. Explicada así esta preferencia y sumamente restringida, no ofrecía ningún peligro.

Hubo reglamentos hasta para las ceremonias de *cubrirse* y de *tomar la almohada,* observados con tanto rigor, que hubieran henchido de gozo á Saint-Simon (1). Formáronse en la nueva corte bandos y camarillas, que recordaban perfectamente los de la antigua monarquía. La *vieja aristocracia* tenía á su frente á M. de Montesquiou y á su esposa, aya del rey de Roma; la *nobleza nueva* á Madama de Montebello, viuda del general Lannes, dama de honor de la emperatriz María Luisa; y finalmente el tercer bando, ó *partido militar,* cuyo jefe era el general Duroc. Napoleón se servía de estos distintos bandos para vigilarlos recíprocamente, y «por este medio sabía todo cuanto necesitaba saber.» Por muchas que fuesen las puerilidades y las intrigas de la corte imperial, es preciso reconocer también el orden admirable, la integridad y la honradez que en general dominaba en la administración de la corte imperial. Napoleón aborrecía las faltas de delicadeza y vigilaba muchas veces en persona los más pequeños detalles que pudieran acusarla.

Sin embargo, á partir del 1806 se observa que el Emperador trató de rodearse de personas de clase inferior, á las que sólo exigía condiciones de aptitud para su cargo. Napoleón se propuso encontrar únicamente en sus servidores fieles instrumentos de su voluntad: esta fué una de las principales causas de su caída, al debilitarse su salud

(1) Véanse: Imbert de Saint-Amand: *Las fiestas de María Luisa, La corte de la emperatriz Josefina* y las *Memorias* de Madama Durand; Grand-Carteret: *El siglo XIX*, pág. 100.

y al hacérsele penosa la carga de los negocios que sobre él pesaba, no obstante su poderoso talento. No sólo exigía una obediencia ciega á sus órdenes, sino que prohibía en absoluto toda clase de iniciativas,



Columna del Grande-Ejército. (Grabado de Duplessis-Bertaux)

lo mismo en los militares que en los empleados civiles. «Aunque se hunda el mundo, escribía el ministro de Hacienda, Barbé-Marbois, no tenéis facultad para extralimitaros en vuestras atribuciones.» Pero en este punto encontramos uno de los rasgos peculiares de Napoleón que han motivado, con igual apariencia de razón, los juicios más

contradictorios sobre su persona: tal es la oposición que muchas veces existía entre sus ideas y su carácter. Tenía el talento necesario para comprender que la libertad política, prudentemente regulada por buenas leyes, es condición precisa para el progreso de un pueblo; que es indispensable que el ciudadano pueda defenderse de los abusos del gobierno y que la opinión pública tenga medios de hacerse oir; le repugnaba esclavizar á la nación que le había elevado al poder. Así, el mismo monarca que escribía á Barbé-Marbois, en 15 de Diciembre de 1805, las líneas que hemos transcrito, decía á su vez á Champagny, en una carta de 26 de Abril de 1086: «La subordinación civil no es ciega ni absoluta; admite la discusión y las observaciones, cualquiera que sea la categoría de las autoridades... Yo no exijo la obediencia ciega más que en el soldado. Los prefectos se inclinan demasiado hacia un gobierno duro, contrario á mis principios y á la vida administrativa.» «He pensado mucho, decía un día confidencialmente á su ministro de Policía, Fouché, he pensado y me he desvelado para llegar á reconstituir el orden social. Hoy estoy obligado á velar por el mantenimiento de las libertades públicas, pues no quiero esclavizar á los Franceses.» En todas las naciones en que intervino trató de establecer, si no el gobierno parlamentario en toda su pureza, el gobierno representativo. Lo intentó en Egipto é hizo lo propio en Italia, en España, en el gran ducado de Varsovia y en el reino de Westfalia. Con este motivo escribió á su hermano Jerónimo algunas cartas, que en muchos pasajes parecen hijas de la pluma de uno de aquellos ideólogos que tanto aborrecía.

Desgraciadamente, el carácter de Napoleón se exaltaba con suma frecuencia y le hacía olvidar los principios que sinceramente había expuesto.

El tono de las cartas citadas y los personajes á quienes van dirigidas parece demostrárnoslo, y aun prodrían citarse otros pasajes análogos. «En su concepción del gobierno,—dice Rapetti,—no divorciaba la autoridad de la libertad; pero en la práctica parecía entregarse exclusivamente á los arrebatos de una voluntad absoluta y desenfrenada. Todas las garantías esenciales de la libertad se consignaron ampliamente en la organización napoleónica, pero si el Emperador no fué un déspota, empleó los procedimientos del despotismo, y casi

nos inclinamos á creer que ésta fué la última palabra de la teoría gubernamental de Napoleón.»

En 1807 abolió el Tribunado, que le estorbaba todavía á pesar de sus escasas atribuciones, y se contentó con traspasar algunas de éstas al Cuerpo legislativo; constituía esto un verdadero golpe de Estado contra la Constitución del año XII. Suprimido el Tribunado, el Cuerpo legislativo pareció todavía á Napoleón demasiado poderoso, y si una



Napoleón visitando á las huérfanas de la Legion de honor. (Copia de una litografía de la época
Las niñas se precipitaron en torno suyo, se apoderaron de sus manos y en un instante las cubrieron de anillos, ofrenda inocente de su agradecimiento y amor. »

casualidad le concedió alguna importancia, pronto se apresuró á rebajarla, de un modo casi injurioso y violento.

Napoleón mandó al Cuerpo legislativo, en prenda de consideración, unas cuantas banderas enemigas, procedentes de la guerra que sostenía en España; y habiéndose presentado Fontanes con una comisión de esta asamblea, á dar las gracias á la Emperatriz, ésta al responderles, les manifestó la satisfacción que experimentaba al ver que el primer recuerdo del Emperador, en medio de sus triunfos, había sido para el organismo que *representaba á la Nación*. Estas palabras subrayadas motivaron una nota dirigida inmediatamente, desde

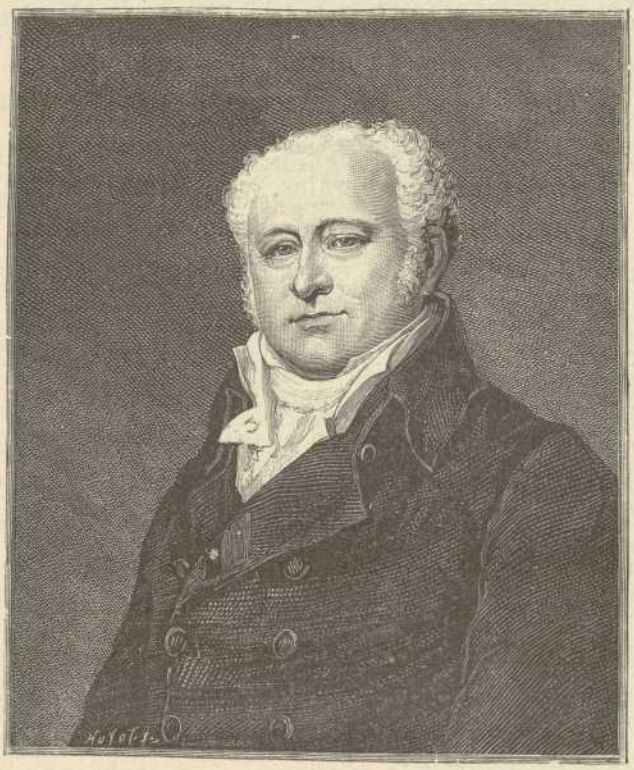
España, al *Monitor* (número de 15 de Diciembre de 1808), en la que desvirtuaba enérgicamente las frases que la Emperatriz había pronunciado. «S. M. la Emperatriz no ha dicho semejante cosa: conoce perfectamente nuestra Constitución y sabe muy bien que el representante de la Nación es el Emperador, pues que todo poder deriva de Dios y del pueblo... Según el orden establecido en nuestra Constitución, después del Emperador viene el Senado, después del Senado el Consejo de Estado, tras el Consejo de Estado el Cuerpo legislativo, y tras éste todos los tribunales y funcionarios públicos respectivamente, según su orden y sus atribuciones... El Cuerpo legislativo, impropiamente llamado así, debería llevar el nombre de Consejo legislativo, pues que no tiene la facultad de hacer las leyes y no puede proponerlas. El Consejo legislativo es, pues, la reunión de los mandatarios de los colegios electorales, y se les llama diputados de los departamentos porque éstos los nombran.»

La misma suspicacia demostró en las cuestiones religiosas, y prescindiendo de la tirantez de relaciones, siempre creciente, con la Santa Sede, llegó Napoleón, por un decreto del 4 de Abril de 1807, á ordenar la adopción de un Catecismo oficial para todas las parroquias del Imperio. Los obispos, en un principio, vacilaron en adoptarlo, pero siguiendo el ejemplo del arzobispo de París, obedecieron la orden. En este Catecismo burocrático se hablaba, no sólo de los deberes de obediencia absoluta para con el soberano, sino también de los deberes particulares para con Napoleón, «aquel á quien Dios hizo surgir en circunstancias difíciles para restablecer el culto público de la religión de nuestros padres, el ungido del Señor, el de profunda sabiduría, etc.» Pronto el pueblo español debía responder á este Catecismo político con otro del mismo género, pero inspirado en muy distintos sentimientos. En el año siguiente, Napoleón, en una carta dirigida al príncipe Eugenio (7 de Agosto), le invitaba á que adoptase este mismo catecismo en el reino de Italia.

Hemos de reconocer, sin embargo, que Napoleón no creyó nunca que el gobierno despótico debiese ser el régimen normal de Francia; varias veces hizo pública su opinión respecto á este punto: «No permitiré que este poder pase á mis sucesores, porque abusarían de él.»

No debe olvidarse tampoco, y esto constituye un claro testimonio

de que Napoleón no era el déspota convencido, como frecuentemente se ha dicho, que si hubiese querido, hubiera podido establecer en Francia la dictadura militar organizando el ejército con independencia de la nación, y por el contrario, procuró conservar las instituciones (quintas, voto del presupuesto de la guerra) que tendían á evitar el inmenso peligro de la existencia de una fuerza armada aislada del espíritu nacional. Esforzóse aún más en atender al elemento civil y



El barón Nicolás de Corvisart, primer médico del emperador Napoleón. (Cuadro de Gerard, Museo de Versalles)

hacerle preponderar sobre los otros, estableciendo una perfecta distinción entre él, el religioso y el militar. «Si el soldado gozaba de gran importancia y consideración, — dice Thibaudeau, — su autoridad estaba rigorosamente circunscrita á sus atribuciones naturales y castigadas severamente sus menores extralimitaciones. El primer Cónsul apoyaba á los tribunales y á los gobernadores contra los generales; el ciudadano sólo estaba sometido á la autoridad civil: afirmar lo contrario sería negar la evidencia.»

La creación de un profesorado, no en oposición, pero sí con separación del clero, era, en concepto de Napoleón, uno de los medios más conducentes á fortalecer el elemento civil. Encargó, pues, á Fourcroy, consejero de Estado, el plan de creación de una Universidad de Francia, cuyas bases aprobó el Cuerpo legislativo en 10 de Mayo de 1806, por un proyecto de ley sumamente breve, que fué completado con los decretos de 17 de Marzo de 1808 y de 15 de Noviembre de 1811. «El Estado no puede subsistir sin un cuerpo de doctrina política... No existirá un Estado político estable si no existe un centro docente con principios políticos fijos.» No creó un ministro de Instrucción pública, pero sí un «Rector de la Universidad,» que lo fué Fontanes. El Rector vigilaba los establecimientos de instrucción por medio de inspectores generales, y le asesoraba un consejo de profesores. Napoleón, contrario á la opinión de Fontanes, no permitió que se nombrasen en seguida estos inspectores ni que su número fuese muy grande.

«Al crearse una institución, decía, todas las opiniones difieren, pues cada cual aporta su teoría, pero no su experiencia; así el nombramiento de treinta consejeros en el primer momento sólo daría por resultado el desorden y la anarquía. La primera elección es como una lotería, en que se toman números. No es posible ser buen consejero sino después de haber cursado una carrera; vuestros inspectores generales deben ser, en primer lugar, vuestros colaboradores más solícitos, aportando al Consejo gran número de datos y experiencia; esto es lo esencial, pues la exactitud del juicio nace de repetidos análisis.» Napoleón se lamentaba ya en aquella época de que los programas fuesen demasiado extensos, y deseaba que la enseñanza fuese especial para cada carrera, llegando á encontrar abusivo que á los que cursaban la de medicina se les exigiesen determinados conocimientos matemáticos. Bien es verdad que Napoleón consideraba la medicina como una ciencia empírica y de observación. «He preferido M. Corvisart á M. Halle porque M. Halle pertenece al Instituto. M. Corvisart ignora lo qué son dos triángulos iguales.» «Exigir á un joven para ingresar en una carrera conocimientos tan distintos, es exponerse á privar al Estado de los grandes hombres que aquella carrera podría un día producir.» Tales frases pueden sorprender en boca

de Napoleón, cuyos conocimientos, aparte de su carrera militar, eran tan vastos, y á quien tal variedad no había ciertamente perjudicado. Se ha exagerado, sin embargo, su modo de pensar respecto á este punto; en efecto, por uno de los primeros decretos que promulgó el Imperio, fundóse en el centro más importante de los estudios científicos, la *Escuela Politécnica,* una cátedra de bellas letras, cuyo primer profesor titular fué Andrieux. «Las ciencias, decía Napoleón, constituyen una feliz aplicación del espíritu humano; las letras son el mismo espíritu.»

La Universidad era el centro donde convergía la enseñanza, dividida en tres ramas: superior, segunda y primaria. El Imperio se ocupó principalmente de la segunda enseñanza; la organización de los liceos (institutos) data de la época del Consulado: eran treinta, y había, además, escuelas secundarias ó colegios organizados bajo el mismo plan, en número de trescientos diez. Los establecimientos de enseñanza privada fueron respetados, pero hubieron de seguir el plan de cursos de los liceos, cuyo régimen era muy severo, y en los que se recibía también la enseñanza militar y la religiosa (1). Se ordenó la creación de una escuela de primera enseñanza en cada municipio, pero las desgracias que sobrevinieron habían de impedir en parte la organización de esta enseñanza primaria. La educación de la mujer preocupó particularmente á Napoleón, y aunque tal vez no nos sea posible participar de sus opiniones en esta materia, no cabe negar su solicitud por ella. La víspera de la batalla de Austerlitz redactó un reglamento para los asilos de la Legión de honor, cuya dirección confió á Madama Campán. En 1807, desde su campamento de Finkenstein, entre los helados pantanos de Polonia, escribía al gran

(1) Compayré: *Historia crítica del sistema de educación en Francia;* Greard: *Estudio sobre la educación de las niñas;* A. Duruy: *La instrucción pública y la Revolución;* Dupuy: *La escuela normal superior;* un antiguo alumno de Saint-Cyr: *Historia de la escuela de Saint-Cyr;* el abate Allain: *Trabajos escolares de la Revolución;* doctor Rochard: *Educación de las jóvenes (Revista de Ambos Mundos,* 1.° de Febrero de 1888). En la *Revista de segunda enseñanza* (1.° de Julio de 1887) se han publicado documentos sumamente interesantes que dan á conocer el modo de funcionar los liceos en la época del Imperio. De algunos de ellos se desprende que existían ciertos premios para la aplicación, cuyo merecedor era designado por elección, en dos ó tres grados, por parte de los profesores y de los alumnos reunidos. Uno de los alumnos se encargaba de pronunciar el elogio de su compañero laureado.

canciller de la orden una carta de las más interesantes sobre el mismo asunto. Napoleón ejercía análogo influjo en los países extranjeros unidos recientemente á Francia, particularmente en Italia, que fué en esto muy afortunada (1).

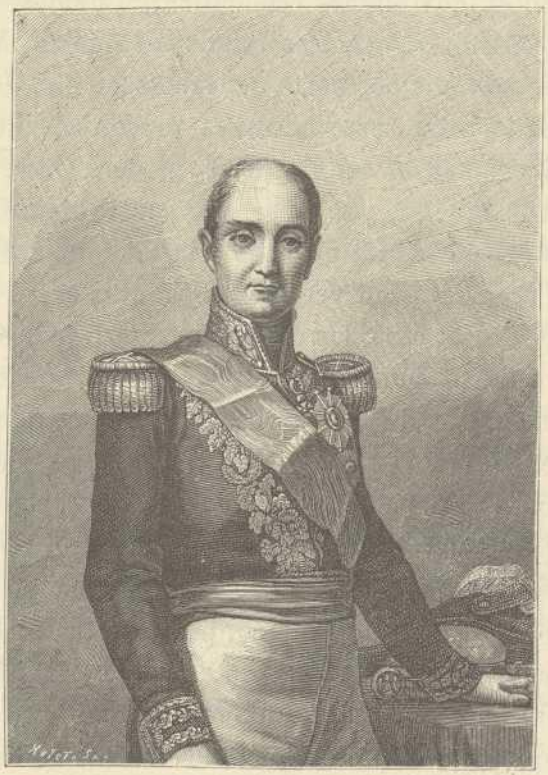
Napoleón no prosiguió la obra del Consulado en materias de instrucción pública únicamente. En 1806 promulgó el Código de enjuiciamiento civil, completado por un decreto de 16 de Febrero de 1807 en el que se fijaba el arancel de las costas judiciales; este reglamento, que desde entonces ha venido rigiendo sin discusión, no ha sido sancionado nunca por el poder legislativo. Tronchet, que había sido nombrado senador, tuvo gran intervención en estos trabajos legislativos. En el mismo año se publicó el Código de comercio, que había sido ya preparado por una comisión constituída en 1801, de la que formaban parte Bourcier, Coulomb, Gorneau, Legrás, Mourgue, Vital-Roux y Vignón, cuyo trabajo fué antes sometido al examen de los tribunales de justicia y de las cámaras de comercio; tomáronse por base las ordenanzas de Colbert, atendiendo á las costumbres nacionales y á las legislaciones extrajeras. Las condiciones del comercio francés han cambiado mucho desde 1807, lo cual ha sido causa de las numerosas modificaciones que nuestra legislación ha experimentado en esta materia. El Código de comercio de 1807 no deja de ser por esto una de las obras más notables de la legislación moderna. Debemos consignar igualmente los persistentes trabajos del Consejo de Estado, así en la época del Imperio como en la del Consulado, para asegurar la obra de destrucción del feudalismo (2).

El Código de enjuiciamiento criminal de 1808 ha sido muy criticado, á pesar de que se daban á los acusados las principales garantías, incluso la del jurado. El Código civil experimentó algunas modificaciones. Por una ley de 3 de Septiembre de 1807 se le dió el

(1) El libro de M. Dejob: *La Instruccion pública en Francia y en Italia en el siglo XIX*, contiene, entre otros, un estudio muy curioso sobre *Napoleón y los liceos de niñas en Italia*.

(2) Los decretos del 13 de Mesidor del año XIII (2 de Julio de 1805), de 7 de Marzo de 1808 y de 2 de Febrero de 1809, sobre clasificación de las rentas y censos, vinieron á confirmar el decreto de 17 de Julio de 1793. Véase E. Garsonnet: *Historia de los arrendamientos perpetuos y de los establecimientos á larga fecha*.

nombre de *Código Napoleón*, y se redactó en conformidad con la constitución imperial y el calendario gregoriano, restablecido oficialmente por un senado-consulto de 22 de Fructidor del año XIII (1805). Por una ley del mismo día se introdujo una modificación mucho más importante al abolir el artículo 1905 del Código civil, concluyendo con



El rey Jerónimo (Cuadro de Philippoteaux)

la libertad de contratación por lo que respecta al interés, fijando un máximum legal (5 % en lo civil, 6 % en lo comercial).

Motivó esta ley la indignación que la usura de los judíos había provocado en Alsacia, pues tomó tal carácter que pudo temerse se renovasen en esta comarca las odiosas escenas de la Edad media; ya en 30 de Mayo de 1806 habíase decretado el sobreseimiento de todas las causas falladas en favor de los Judíos con motivo de créditos pendientes contra *los labradores no negociantes* en muchos departamentos. Napoleón, que sólo conocía á los Judíos que negociaban con los ejércitos en

campaña, no les profesaba gran cariño, pero se propuso, sin embargo, alcanzar su rehabilitación. En 1808 convocó en París un gran sanhedrín, que adoptó un reglamento de policía aprobado por el Emperador, y de este modo los Judíos fueron puestos bajo la legislación común. Napoleón, además, demostró siempre cierta desconfianza respecto á los capitales mobiliarios, y en varias ocasiones trató de hacer intervenir al Estado en el movimiento económico. Si damos crédito al autor de las *Ideas napoleónicas*, esta desconfianza reconocía por causa un presentimiento del porvenir por parte de Napoleón. «La Revolución había dado libertad al terruño, pero la nueva propiedad industrial, al engrandecerse diariamente, tendía, á su modo de ver, á pasar por las mismas fases que aquélla, y á tener, por consiguiente, sus vasallos y sus siervos. Napoleón habría previsto esta tendencia, inherente á todo sistema cuyos progresos son verdaderas conquistas, y hubiera tratado de prevenirla.» En tal caso, las previsiones de Napoleón, por singular coincidencia, estaban conformes con las del revolucionario Fourier, quien precisamente en 1808 publicó su *Teoría de los cuatro movimientos*, primer programa de su sistema, y predijo que la libre concurrencia produciría la formación de un *feudalismo industrial*.

Para que el Estado pueda intervenir de una manera útil en el movimiento económico, precisa que la Hacienda pública esté bien administrada; con este objeto se creó, por decreto de 16 de Septiembre de 1807, el Tribunal de Cuentas. A la caída de Barbé-Marbois, ocasionada por su proceder poco hábil en sus relaciones con la compañía de comerciantes que bajo la protección del Gobierno se había creado para facilitar el descuento de los valores públicos, Mollien, que le sucedió en el ministerio del Tesoro, reconoció que en vez de sesenta y tres millones que Barbé-Marbois creía que únicamente adeudaban al Estado aquellos especuladores, que se habían comprometido á adelantar fondos al Tesoro á cambio de percibir el importe de las obligaciones de los recaudadores generales, el crédito del Estado ascendía en realidad á ciento cuarenta y dos millones. La integridad de Barbé-Marbois estaba á cubierto de toda sospecha, por lo que este error fué una prueba palpable de que el sistema de contabilidad empleado por el Tesoro público era defectuoso. Mollien pudo acallar las persistentes críticas de que había sido objeto y establecer en todas las oficinas públicas

de contabilidad el sistema que había ensayado con pleno éxito en la Caja de depósitos y consignaciones, de la que era director. Este sistema de contabilidad por partida doble, tomado de la contabilidad comercial, tan sencillo como ingenioso, fué imitado sucesivamente poco á poco por toda Europa, que si hoy no nos lo envidia es porque lo practica. Al venir á Francia Mr. Gladstone para estudiar su contabilidad, con objeto de aplicarla en Inglaterra si así convenía, hubo de admirar desde luego las garantías que ofrecía este sistema; pero como el orgullo británico necesitaba una revancha, dijo: «Cierto es que no se roba en Francia, pero bien caro os cuesta;» —á lo que replicó el consejero de Estado, M. de Lavenay, que le acompañaba: — «Verdad es también que se roba en Inglaterra, y no sabéis cuánto os cuesta.» En materia de impuestos, Napoleón, siguiendo el camino que había emprendido durante el Consulado, buscó nuevos recursos en las contribuciones indirectas, y particularmente en la territorial, que fué el arbitrio por excelencia en las épocas de apuro.

En todas partes la administración imperial llevaba á cabo con rara actividad toda clase de obras públicas verdaderamente útiles, tanto en territorio francés como en los países sometidos, como la Confederación del Rhin, Italia, Nápoles y Westfalia. Bien es verdad que esta administración, criticada con frecuencia, pareció entonces un inmenso beneficio á todos los pueblos á que la conquista la impuso, porque á la par que los principios de la Revolución, llevaba consigo una honradez y una regularidad superiores, en general, á la de los funcionarios que reemplazaba (1). Sus lemas eran la igualdad de todos los ciudadanos, la tolerancia religiosa, la emancipación de los trabajadores, tanto agrícolas como industriales, la protección de los acusados y la publicidad de la justicia. Aunque en la actualidad alemanas, las provincias del Rhin han conservado la legislación francesa, y algunos jurisconsultos alemanes, como Zaccaría, figuran entre los primeros comentaristas del Código civil francés. Francia llevaba á los países

(1) Véase Rambaud: *Los franceses en Alemania*. En 1890 el ayuntamiento de Maguncia votó por unanimidad, y sin discusión, la suma de trescientas pesetas para restaurar la sepultura del prefecto del departamento de Mont-Tonnerre, Juan Bon-Saint-André. Respecto á la participación de Napoleón en el desarrollo de las nacionalidades del Danubio inferior, véase la *Misión del comandante Meriage en Viddin*, publicada por Boppe.

extranjeros el principio de que el gobierno debe ser intervenido por la nación. Pocos días después de la anexión á Sajonia del gran ducado de Varsovia, Napoleón encargó á una comisión compuesta de polacos el estudio de una constitución para su patria, la que fué promulgada en 22 de Julio de 1807. El monarca, según ella, estaba asesorado por un consejo de ministros responsables y compartía el poder legislativo con un senado, compuesto de seis obispos, seis nobles palatinos y otros seis representantes de la nobleza rural, y una asamblea compuesta de sesenta diputados elegidos por los distritos de la nobleza y cuarenta por las ciudades. Esta asamblea votaba las contribuciones y formulaba las leyes. Napoleón «podía, pues, vanagloriarse de haber levantado una tribuna en medio de la atmósfera de silencio que reinaba en los gobiernos vecinos (1).»

Con fecha 7 de Julio de 1807, Napoleón escribió á su hermano Jerónimo participándole que iba á ser reconocido como rey de Westfalia, y le decía: «Tengo la intención de daros una constitución moderada, que ponga término á las vanas y ridículas diferencias que separan á las clases sociales de vuestro pueblo (2).»

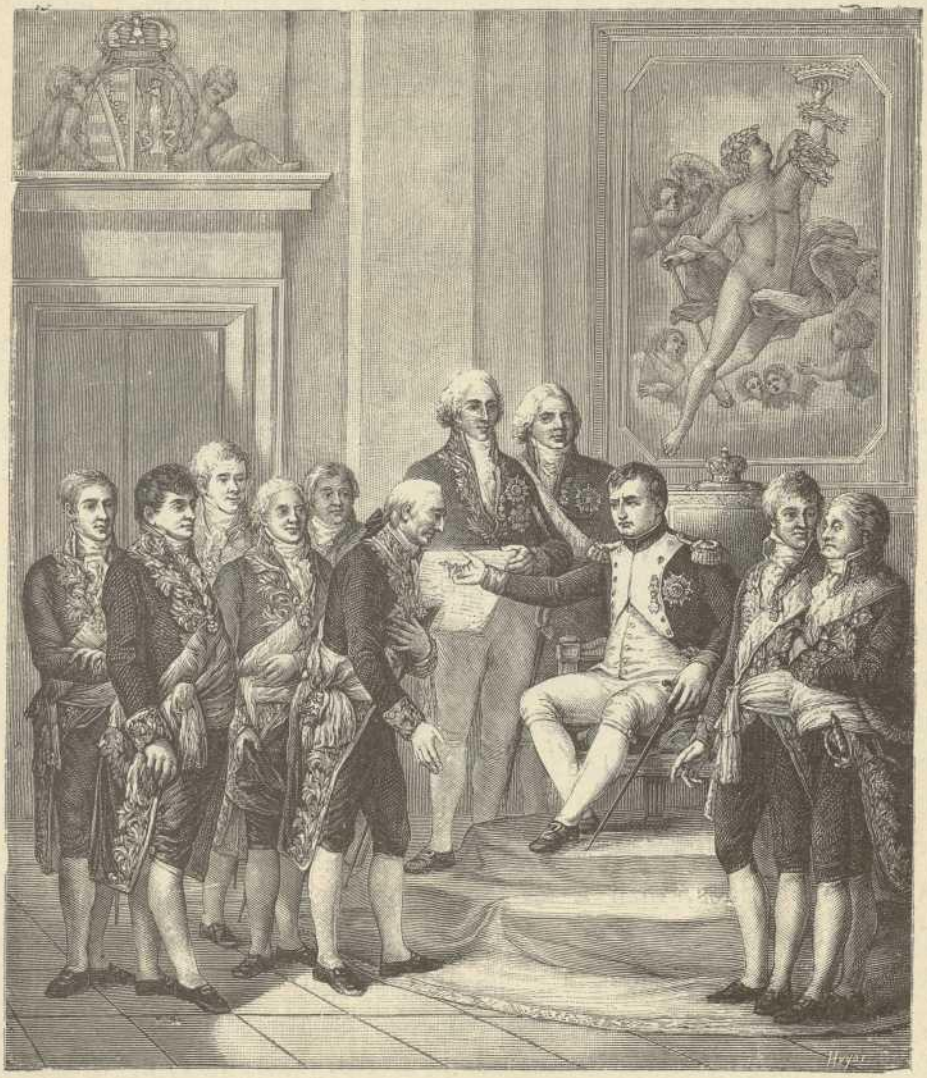
El rey de Prusia comprendió que su nación no podría de allí en adelante desempeñar importante papel y prepararse para la futura lucha sino adoptando las ideas francesas, reconociendo los derechos del pueblo y apoyando la noble política de Stein, por lo que, á pesar del disgusto del partido aristocrático, firmó el decreto de Memel, que vino á ser el 89 de Prusia. Este decreto abolía la servidumbre, autorizaba la venta y el fraccionamiento de toda clase de bienes, incluso los de la nobleza, y permitía que los habitantes de las ciudades de clase inferior pudiesen pasar á la de ciudadanos. Estas disposiciones, que tanto excitaron el odio de una gran parte de los privilegiados, fueron el origen de la regeneración de Prusia y de Alemania.

Napoleón consideraba, como se ha dicho, que toda guerra europea era una guerra civil, á propósito de lo cual decía en 10 de Febrero

(1) A. Rambaud, *Historia de Rusia*, pág. 565.

(2) Jerónimo, rey de Westfalia, estaba casado con Catalina de Wurtemberg (1807). Respecto á esta princesa, no menos digna de consideración que Augusta de Baviera, véase su *Correspondencia* y los fragmentos de sus *Memorias*, publicadas en la *Revista histórica*. Véase también el artículo de Gabriel Monod en la *Revista crítica* de 16 de Enero de 1888.

de 1805 al Cuerpo legislativo: «Aspiro á influir en cuanto pueda para lograr que el imperio de las ideas filantrópicas y generosas sea el carácter de este siglo. Me corresponde á mí, á quien tales senti-



Napoleón otorga en Dresde la Constitución del gran ducado de Varsovia (22 de Julio de 1807). (Cuadro de Marcelino Bacciarelli reproducción litografica hecha en Dresde en 1811)

A la derecha del Emperador encuéntranse los ministros príncipe de Talleyrand y el conde de Maret. Polonia está representada por su gobierno provisional, con el presidente Estanislao Malachowski, á la cabeza, y cuyos miembros son Gutskowski Potocki, Wybicki, Dzialynski Bielinski, Sobolewski y Luszczewski.

mientos no pueden achacarse á debilidad, y á nosotros, es decir, al pueblo más cariñoso, más ilustrado y más humano, hacer un llamamiento á las naciones civilizadas de Europa á fin de que formen una sola familia.»

Desgraciadamente le obsesionaba la idea de creer que esta familia debía estar bajo el dominio de una sola persona, á pesar de que después de la paz de Tilsit podía haberse convencido de lo difícil que le era ser á la par general de un ejército y jefe de un imperio, teniendo que preocuparse, no sólo de lograr un triunfo decisivo, sino también del efecto que tal ó cual maniobra militar debía producir en la opinión de París, en la de Francia y de Europa. Ya veremos que debía llegar un momento en que habría de sacrificar en cierto modo el general al monarca, preparando así su fracaso militar y su caída del trono. El estado de su ejército debería haberle servido también de saludable advertencia.

En nada aventajaba al ejército de 1801 á 1807; los refractarios á tomar las armas aumentaban de día en día; el servicio militar comenzaba á constituir un verdadero terror en todos los departamentos, y aun en las tropas en campaña se notaban síntomas de abatimiento.

Además, como dice Bugeaud, «desde 1807 á 1809, á causa de las necesidades siempre crecientes de la guerra, cuyo campo se ensanchaba sin cesar, se debilitó la composición del ejército y se alteró su organización, ya que tanto por las exigencias del Gobierno como por las apremiantes necesidades de la situación, se dió mayor preferencia á las condiciones de cantidad que á las de calidad. Hiciéronse grandes esfuerzos para retener bajo las banderas á los soldados veteranos, ya demasiado viejos, y para mutiplicar los jóvenes, que apenas instruídos, iban á formar parte del ejército activo. Produjéronse entonces graves desórdenes, que motivaron dolorosas decepciones en el día de la lucha. Un ejército de cien mil hombres, armado y dispuesto para entrar en combate, dejaba tras de sí un segundo ejército de veinte á venticinco mil hombres, compuesto de veteranos cansados é indisciplinados, y de quintos extenuados, que no volvían á reunirse y que vivían sobre los habitantes del país, constituyendo lo que llamábamos el ejército de la rapiña, mal crónico, inevitable é incurable, que se agravaba de día en día.» Este ejército era, sin embargo, admirable todavía, y sólo comparándolo con sí mismo se notaba su verdadera inferioridad.

Napoleón conservó íntegro su prestigio en el ánimo de sus solda-

dos, y para expresarnos gráficamente, diremos que más que un general, que un monarca, era un dios para ellos. Al verle pasar, y al correr por las filas estas palabras: «¡Ahí está!» se olvidaba todo y se hacía dulce la muerte más cruel. Coignet, oyendo á algunos oficiales criticar al Emperador, dice que *blasfeman*. Estos sentimientos estaban por encima de todas las penalidades y de todas las faltas del que los inspiraba. José de Maistre decía en 1813: «Nadie tal vez se



El ejército presta juramento de fidelidad al Emperador en el acto de la distribución de las águilas en el Campo de Marzo (Cuadro de David, en el museo de Versalles)

ha encontrado en mejores condiciones que yo para observar, directa é indirectamente, el carácter francés. Nunca he podido descubrir el menor síntoma de indisciplina contra Bonaparte.—Es demasiado ambicioso ó caprichoso, como decía un soldado; si quiere que nos batamos preciso es que nos dé de comer.—Esto es lo más fuerte que he oído, pero nunca ni una palabra ni un gesto contra su soberanía. No puede concebirse la impresión que su presencia ejercía en el ánimo; un prisionero piamontés, que asistió á la revista que tuvo lugar antes de salir de Moscou, me infundió miedo á mí mismo al decirme lo siguiente:—Al verle pasar por delante de mí, latía mi corazón como después de una larga y fatigosa carrera, y mi frente se bañaba en

sudor, aunque hacía mucho frío.» Napoleón, con semejantes soldados, lo creyó posible todo.

En el momento en que tantas razones se aunaban para infundirle moderación, quiso inmiscuirse en los asuntos de España, y entonces fué cuando su ambición estalló en toda su fuerza y cuando añadió á ella la perfidia y la violencia.

CAPITULO V

ASUNTOS DE ESPAÑA

FONTAINEBLEAU. — BAYONA. — BAILÉN. — ERFURT.
SOMOSIERRA. — MADRID. — LOS INGLESES EN LA PENÍNSULA. — LA CORUÑA.
ZARAGOZA. — PRINCIPIO DEL LEVANTAMIENTO DE LOS PUEBLOS



On la paz de Tilsit no cesaron las hotilidades en el continente. Mientras que el Czar se disponía á abandonar á sus aliados y estaba en tratos con Napoleón, el rey de Suecia rompió repentinamente el armisticio (3 de Julio de 1807).

Gustavo IV era, como se ha dicho, una caricatura de Carlos XII. «Influído por visiones propias de un iluminado y fascinado por el obispo de Lunden, tan insensato como él, dice M. Barante, organizó un cuerpo de emigrados franceses al mando de Aumont y llamó á Stralsund á Luis XVIII, que no podía continuar en Mittau después de firmar la paz entre Francia y Alejandro. Imaginóse que á la llegada de aquel príncipe el ejército francés, tocado del arrepentimiento y lleno de entusiasmo por su legítimo soberano, se apresuraría á abandonar á Napoleón; declaróle, pues, la guerra.» No fué ésta de larga duración: el general Brune sitió á Stralsund; las operaciones, iniciadas con gran energía y superior talento por Chasseloup-Laubat,

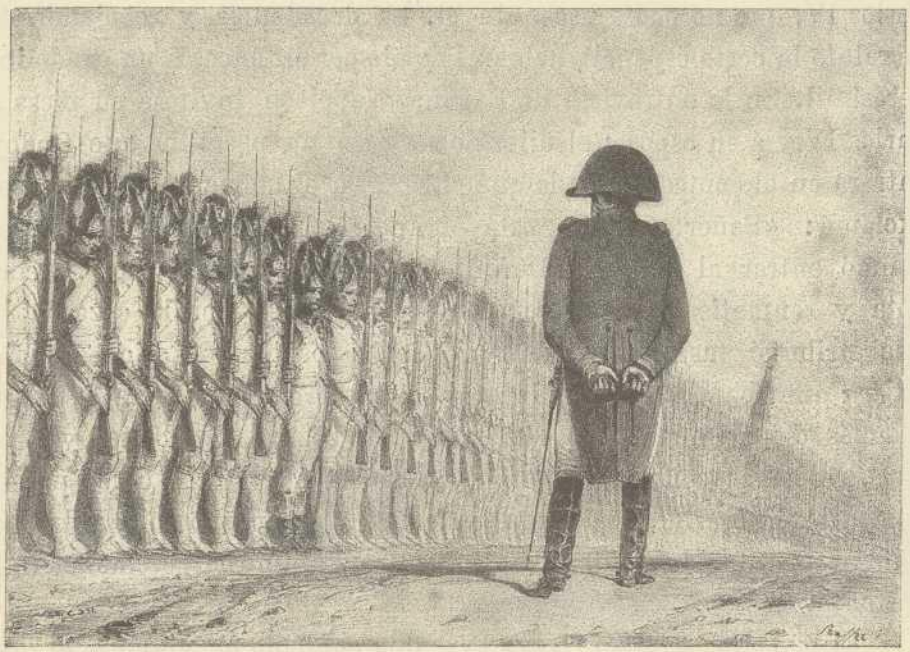
fueron un modelo de precisión, vigor y rapidez; la ciudad capituló en 21 de Agosto de 1807. Luis XVIII, que estuvo á punto de caer prisionero al dirigirse hacia Stralsund, donde los Franceses acababan de entrar, desembarcó en Carlscrona el mismo día que Gustavo IV. Los suecos perdieron toda la Pomerania y la isla de Rugen (1).

En estos momentos, Inglaterra compensaba el desastre de sus aliados con una victoria mucho más deshonrosa que una derrota. Dinamarca había mantenido siempre su neutralidad de una manera rigorosa; pero el gobierno inglés, pretextando que podría verse obligada á entrar en la liga marítima que Francia había organizado en su contra, envió al Báltico una escuadra al mando de lord Cathcart, con objeto de destruir ó apresar la armada danesa. El príncipe heredero Federico, que gobernaba en nombre de su padre Cristiano VII, incapacitado por su avanzada edad, rechazó las condiciones que se le imponían y resistió durante seis días un espantoso bombardeo. Una parte de la ciudad había sido presa de las llamas y habían muerto más de 20.000 hombres, niños y mujeres, cuando el general Peymann, creyendo llegado el caso de que «la voz de la humanidad se sobrepusiese á la del honor militar,» accedió á firmar la capitulación. Durante seis semanas trabajaron sin cesar los arsenales, que estaban en poder de los Ingleses, para reparar la escuadra danesa, á fin de llevarla á Inglaterra. Esta salvaje agresión concitó contra esta potencia la indignación de Rusia, Prusia y hasta de la misma Austria, todas las cuales mandaron cumplimentar el bloqueo continental y se adhirieron al decreto de Milán, con el cual Napoleón había contestado á las vejaciones cada día más violentas de Inglaterra.

Unicamente Portugal dejó de seguir su ejemplo, por lo que el Emperador le intimó á que se adhiriese al bloqueo. El príncipe regente de Portugal, cuyo título llevaba desde 1799, aunque se encargó del gobierno en 1793 por enajenación mental de su madre María I, y que desde 1816 reinó con el nombre de Juan VI, era muy adicto á la

(1) Pocos días después de ajustado el armisticio, el rey de Suecia había llamado al mariscal Brune para proponerle formalmente abandonar á Napoleón y reunir sus tropas con el ejército sueco en favor del rey legítimo, proponiéndole que Luis XVIII sabría recompensar debidamente semejante proceder.

política inglesa, por lo que, y sólo para ganar tiempo, se comprometió á cerrar sus puertos á la Gran Bretaña, mientras ratificaba su alianza con ella y se disponía á refugiarse en el Brasil. Napoleón, resuelto entonces á destronar la casa de Braganza, firmó con el gobierno español el tratado de Fontainebleau, en virtud del cual Francia se comprometía á enviar á Portugal 25.000 hombres y España 24.000, dividiéndose aquel reino en tres partes: la del Norte, que se entregaría al



La revista (litografía de Raffet

rey de Etruria, yerno de Carlos IV, en compensación de Toscana; la del Sur, que debía cederse á Godoy, y el centro, que quedaría en poder de Francia hasta la conclusión de la guerra. Junot partió para Portugal al frente de 25.000 quintos, casi sin instrucción militar; pero precedidos por la fama de los vencedores de Friedland, no encontraron en su marcha el menor obstáculo, llegando á Lisboa, extenuados por la fatiga, algunas horas después de la partida de la corte y de la nobleza portuguesa para el Brasil (Octubre-Noviembre de 1807). Junot organizó militarmente la región sometida, mientras que 24.000 Españoles entraban en los Algarbes.

A pesar de haber secundado el gobierno español los planes de

Napoleón sobre Portugal, éste no confiaba mucho en la corte de Madrid. El anciano Carlos IV, por su avanzada edad y falta de carácter, había abandonado el gobierno en manos de un aventurero llamado Godoy, á quien sucesivamente había nombrado primer ministro, generalísimo, gran almirante, y, por último, príncipe de la Paz, el cual, aun cuando no tuviese otros méritos que el de ser protegido por la reina, María Luisa de Parma, que le sacrificaba su país y su familia, gozaba de la omnímoda confianza y de la más estrecha amistad de Carlos IV, que no podía pasar sin él. La decadencia y rebajamiento moral de la corte española habían llegado por entonces á un grado inverosímil. En la entrevista de Bayona, Napoleón invitó á su mesa á Carlos IV y á su esposa; el ujier de servicio no permitió que Godoy entrara en el comedor, por lo que el rey, en el momento de sentarse, exclamó: «Señor, ¿dónde está Manuel?» Napoleón, sonriéndose, mandó entrar al favorito. Durante la comida, el rey, que padecía gota y reumatismo, habló mucho de su pasión por la caza, á la que atribuyó sus padecimientos. «Todos los días, — dijo, — cualquiera que sea el tiempo, tanto en invierno como en verano, salgo después de oir misa y de almorzar para cazar una horita, y después de haber comido, hasta el anochecer. Manuel se cuida por la noche de enterarme de lo que ocurre, y me acuesto para volver á comenzar al día siguiente, á no impedírmelo alguna ceremonia importante.»

El favorito, á quien Carlos IV había confiado en absoluto el gobierno, era odiado por todo el pueblo español y se le reprochaba el envilecimiento de España y de ser el ejecutor servil de los planes de Francia. Realmente, la alianza con Napoleón era sumamente onerosa y entre otras pérdidas, había consumado la ruina de la marina española, por lo que todo el mundo deseaba, cuando menos, una obsoluta neutralidad. Temeroso Godoy de los vuelos que tomaba la opinión contra él, y disgustado por los desastres que España había experimentado, entró en tratos secretos con la coalición, y al declararse la guerra de Prusia, había publicado una proclama llamando á las armas á los Españoles contra un enemigo que no nombraba (5 de Octubre de 1806). El triunfo de Napoleón le aterró y no le quedó más recurso que humillarse ante él, alcanzando sólo su gracia entregándole una

división de 14.000 hombres (1), que sirvió á las órdenes de Bernadotte en la campaña de Polonia. Esta intentona de Godoy, por desastrosa que hubiese sido, no dejaba de constituir un aviso para Napoleón.

Encontrábase éste, con respecto á España, en el mismo caso que los Borbones de Francia antes que uno de ellos se sentase en el trono de aquella nación. Luis XIV aseguró á Francia la frontera de los Piri-



Dibujo satírico alusivo á la época de la ocupación de Nuremberg por las tropas francesas. (Copia de un grabado alemán)

neos llevando á España á su nieto, con cuya alianza creía que sus sucesores podrían contar. Napoleón creía igualmente que la corona de España debía quedar en manos de un príncipe sometido á su influjo y completamente dispuesto á secundar sus miras. En un principio pensó dotar á este país de una constitución democrática y de instituciones políticas que le hubiesen afrancesado por completo, pero pronto hubo de comprender que no era posible contar con la raza degenerada de los Borbones para realizar semejantes cambios. Concibió enton-

(1) Esta división iba mandada por el marqués de la Romana, que tan célebre se hizo después.—*(N. del T.)*

ces Napoleón la idea, que maduró durante algún tiempo, de tomar á Carlos IV las provincias septentrionales de la Península, cediéndole en cambio Portugal. De este modo, aproximándose los Franceses al corazón de España, podrían fácil y lentamente dejar sentir su influencia en ella; pero ninguna de estas dos soluciones garantizaba el cumplimiento rigoroso del bloqueo continental. Por esto concibió un tercer plan, que le parecía más seguro: tal era despojar á los Borbones de sus Estados, ocupándolos el ejército francés.

Las disensiones que habían estallado en la familia real ofrecieron á Napoleón medio oportuno para intervenir en los asuntos de España. Fernando, primogénito de Carlos IV, estaba alejado del poder por Godoy y odiaba á los franceses. El pueblo le quería precisamente por su odio al favorito, por lo que, apoyándose en su popularidad, resolvió derribar á Godoy y apoderarse del Gobierno, para lo cual escribió á Napoleón solicitando su concurso; pero apercibido Carlos IV de sus proyectos, le mandó arrestar y escribió por su parte al Emperador pidiéndole permiso, en cierto modo, para desheredar á su hijo. Sin embargo, á ruegos de Godoy y ante la confesión plena que hizo Fernando del complot tramado, Carlos IV le devolvió la libertad. La mediación del Emperador, que solicitaban padre é hijo, la deseaba también una gran parte del pueblo español (1), que confiaba en recuperar su antiguo esplendor de manos de un hombre que había regenerado Holanda é Italia, pero sin creer en una intervención armada, por lo que pronto cambió de sentimientos al conocer los designios de Napoleón.

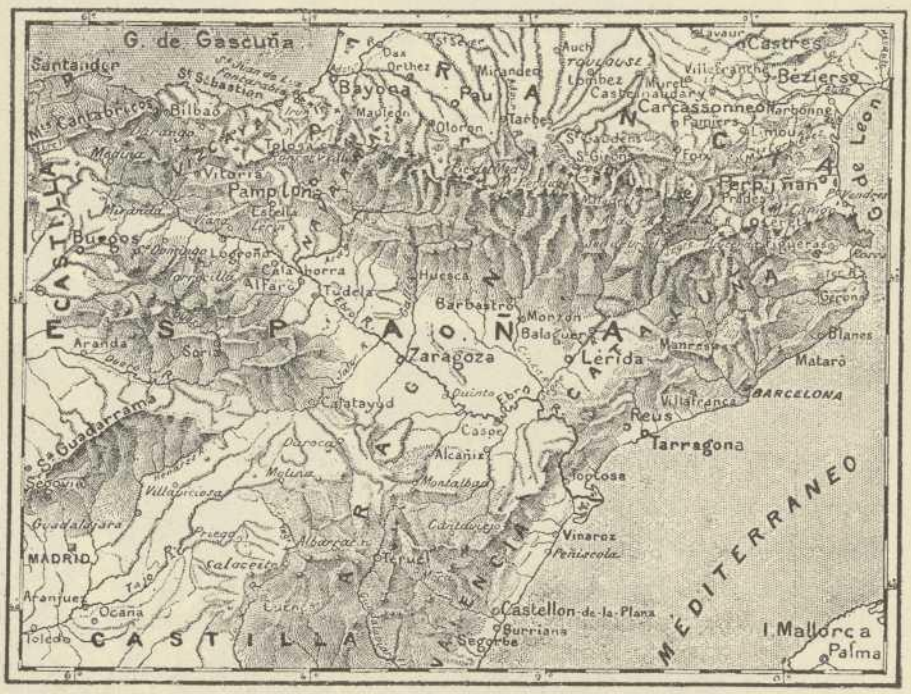
En efecto, so pretexto de apoyar á Junot en Portugal, hizo ocupar la cuenca del Duero y las Provincias Vascongadas por 60.000 hombres, sin que Godoy se atreviera á ordenar la resistencia á las tropas francesas, que, envalentonadas ante tal cobardía, ocuparon tambien Cataluña y Aragón, y se apoderaron de la mayoría de las

(1) Aunque no una gran parte del pueblo español, como afirma el autor, es cierto que algunas personas ilustradas, cediendo al influjo de las ideas francesas, que ya en el reinado de Carlos III habían dejado huellas en España, y otras ante el espectáculo glorioso de Napoleón, simpatizaban con Francia. El mismo heroico capitán D. Pedro Velarde «había sido uno de los más entusiastas admiradores de Napoleón,» dice de él el señor Chao.—*(N. del T.)*



Palacio real de Madrid

plazas fuertes (1) desde el Bidasoa al Tajo. Murat recibió el nombramiento de generalísimo de las tropas invasoras de la Península. Napoleón, que no se había decidido aún á destronar á los Borbones españoles, declaróles su propósito de anexionar á Francia las provincias del Ebro, ofreciéndoles en compensación Portugal, sin acordarse siquiera de la reina de Etruria, que había sido ya despojada de Toscana en virtud del tratado de Fontainebleau y lo iba á ser también



Mapa de la cuenca del Ebro

del principado que se le había prometido, en la cuenca del Duero, á cambio de su reino. Consternada la corte española, no respondió siquiera á tal propuesta, y se preparó para marchar á América, por indicaciones secretas, según se dice, del mismo Napoleón. Pero los partidarios de Fernando se opusieron á esta partida, atacaron el palacio de Aranjuez, donde el anciano monarca estaba haciendo sus preparativos de marcha, y obligáronle á destituir al favorito, cuya casa saquearon, siendo víctima de duros atropellos y encerrado en una

(1) Por traición en las principales, como Pamplona y Barcelona.—*(N. del T.)*

prisión. A fin de salvarle, Carlos IV abdicó en Fernando VII (18 de Marzo de 1808). Al tener noticia del motín de Aranjuez, Murat se dirigió hacia Madrid, donde entró en 23 de Marzo.

Creíase que Murat se decidiría abiertamente por Fernando, pero se limitó á guardar la más estricta neutralidad entre este príncipe,



Dragones españoles. (Dibujo de Raffet, litografía de Llanta)

que suplicaba al Emperador le reconociese como rey de España, y Carlos IV, que por su parte escribía á Napoleón protestando de su abdicación y pidiéndole para él, su esposa y su estimado favorito un refugio al otro lado de los Pirineos. Napoleón comprendió que era materialmente imposible imponer á España el gobierno de Carlos IV y de su favorito; por otra parte, conocía el odio que á Francia profesaban Fernando y su partido, de manera que, sancionando su eleva-

ción al trono, destruía anticipadamente sus propósitos de extender á la Península el bloqueo continental y de asegurar la frontera de los Pirineos. No quería, sin embargo, aparecer dispuesto á destronar á los Borbones por la violencia, y sin tener todavía un plan bien concreto, concibió la idea de obtener la abdicación del hijo y del padre. Esperando este resultado, recomendó á Murat que no dejase sospechar á



Carlos IV

los Españoles su actitud definitiva, «lo cual no será difícil, le decía, pues que yo mismo la ignoro.»

Entretanto, Napoleón marchó á Bayona, á donde Fernando, persuadido de que no podría reinar sin haber sido reconocido por el Emperador, acudió para anticiparse á su padre, que llevaba el mismo propósito. A su llegada á Bayona renovó el príncipe sus indicaciones á Napoleón, ofreciéndole firmar un pacto de estrecha amistad entre Francia y España, uniéndose para ello con una princesa de la familia Bonaparte. Así que el Emperador conoció personalmente al miserable

vástago de Luis XIV, perdió toda esperanza de regenerar á España por medio de los Borbones. Hizo pedir, pues, á Fernando su abdicación al trono de España mediante la concesión de Toscana. «Precisa que os decidáis antes de la llegada del rey vuestro padre, —le dijo,— pues estoy seguro de obtener de él cuanto pida.»

Ordenó á Murat que pusiese en libertad al ministro Godoy y le enviase al lado de Carlos IV, confiando que, con la influencia que sobre él ejercía, obtendría su renuncia. El anciano monarca llegó, en



Manuel Godoy

efecto, poco después, y encantado de la regia recepción que Napoleón le dispensó y de que Godoy hubiese recobrado su libertad, quiso obligar á su hijo á que abdicara. Quería Fernando que se consultase á las Cortes, cuando la indignación de los Españoles, ocasionada por la pérfida invasión del ejército francés y la marcha de la familia real al extranjero, hizo estallar una insurrección en Madrid, que Murat se vió obligado á reprimir con la ejecución de los conjurados más comprometidos (1) (2 de Mayo de 1808). La fecha del *Dos de Mayo*, ani-

(1) Todos los historiadores nacionales están contestes en afirmar que no hubo conspiración de ninguna clase para preparar el glorioso levantamiento del 2 de Mayo, ni aun siquiera atribuyéndolo á «un golpe de Estado, fríamente preparado y dispuesto por Murat,» como dice el insigne Lafuente. «Fué el sacudimiento espontáneo é impremedita-

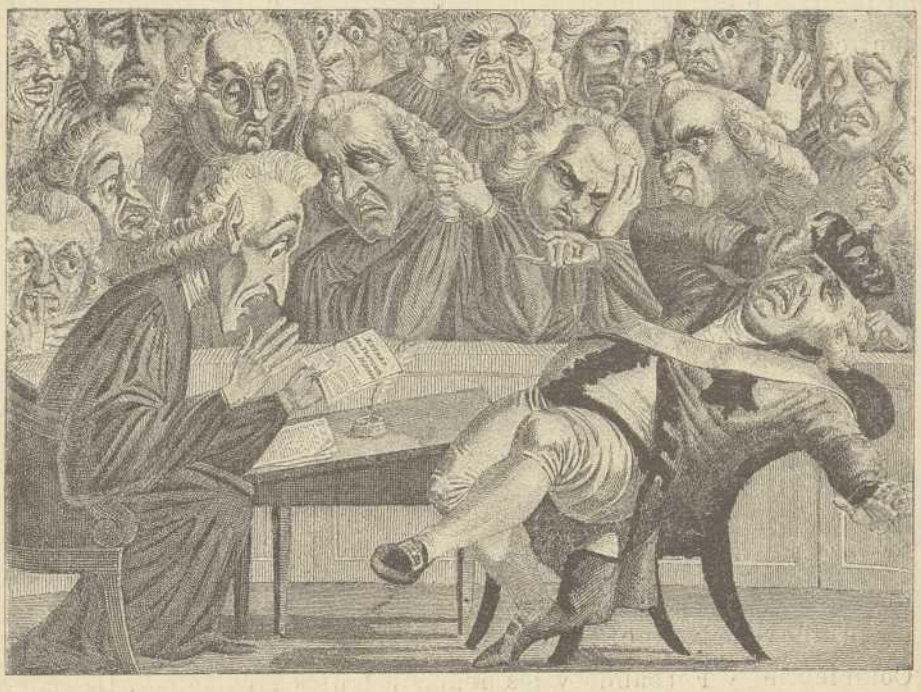
versario de la primera señal de resistencia al invasor, es simpática á todos los Españoles: es una fiesta nacional. Las grandes poblaciones secundaron el ejemplo de la capital y degollaron á los Franceses que en ellas se encontraban. Napoleón y Carlos IV atribuyeron al partido de Fernando esta sangrienta revolución, y el anciano monarca insistió en obligar al príncipe á que renunciara incondicionalmente sus derechos al trono de España. Napoleón asistió personalmente á una violenta escena de familia, en la que, arrebatados el rey y la reina, llegaron á levantar la mano contra su hijo.

«Ni una palabra perdimos en esta ocasión, —refiere un testigo oculto de esta escena (el duque de Rovigo).—El príncipe de la paz y yo escuchábamos detrás de la puerta, que era de abeto muy delgada. Carlos IV preguntó en tono muy serio al príncipe de Asturias:—¿Qué noticias tienes de Madrid?..—No pudimos oir la respuesta, pero el monarca repuso seguidamente:—Pues bien, yo te las voy á dar,— y le refirió lo que había pasado. —¿Pretenderás acaso, —añadió,— convencerme de que tú ó tus miserables consejeros no habéis tenido participación en tal atrocidad? ¿Acaso me has obligado á abdicar el trono con objeto de hacer degollar á mis súbditos? ¿Crees consolidar tu gobierno por tales medios? ¿Quién te ha aconsejado semejante monstruosidad? ¿Ha de ser tu única gloria la de un miserable asesino? Habla, pues.—El príncipe siguió callando, ó cuando menos no le pudimos oir, pero en cambio oímos perfectamente que la reina decía:—¡Ya te decía yo que ibas á perderte! ¡Ya ves dónde te metes y dónde nos has metido! ¿Es decir, que nos habrías hecho asesinar si hubiésemos estado en Madrid? ¿Cómo hubieras podido evitarlo?..— Seguramente el príncipe continuaba callado, porque oímos á la reina que le increpaba:—¿Responderás de una vez? Siempre te has conducido así en cada una de tus sandeces, ¡nunca sabes nada!

---

do, la explosión de la ira reprimida, de parte de un pueblo que se había visto invadido con engaños y perfidias, privado con alevosía de los objetos de su cariño y de su culto, de sus reyes y sus príncipes, y dominado por un extranjero hipócrita y altivo.» Algunos historiadores franceses llegan á la exageración de creer en unas nuevas *Vísperas sicilianas*. Las infelices víctimas inmoladas en aras del egoismo brutal y de la crueldad francesa fueron en su mayor parte inocentes é indefensos madrileños, á los que se ocuparon armas cortas, útiles de trabajo y hasta tijeras, figurando varias mujeres en el número de las arcabuceadas en el Prado ó en otros puntos.—*(N. del T.)*

»Horrible debía ser la situación de Fernando, á quien embarazaba atrozmente la presencia de Napoleón en esta escena. Por fin oímos al Emperador que en tono severo le dijo: —Hasta el presente, príncipe, no había tomado una determinación sobre los acontecimientos que aquí nos han reunido, pero la sangre derramada en Madrid fija claramente mi camino. Esta matanza no puede ser obra más que de un partido, al que no podéis desautorizar, y, por consiguiente, jamás



El primer ministro de Inglaterra leyendo al rey Jorge y á sus consejeros la noticia oficial de la entrada de los Franceses en Madrid. (Caricatura de la época)

reconoceré por rey de España al primero que ha roto el pacto de alianza que la unía desde tanto tiempo á Francia, ordenando la matanza de los soldados franceses mientras él mismo venía á pedirme que sancionase la acción impía por la cual quiso subir al trono. Ved el resultado que os han dado los perversos consejeros á quienes os habéis entregado. Contad, pues, con ellos; yo sólo estoy obligado á tratar con el rey vuestro padre, á él es á quien reconozco y estoy dispuesto á llevarle otra vez á Madrid si así lo desea. —Carlos IV replicó inmediatamente: —¿Yo? no, no lo quiero. ¿Que iría yo á hacer en un país donde mi hijo ha concitado contra mí todas las malas pasiones? Después de

haber sido bastante afortunado para resistir una revolución europea sin haber experimentado la menor pérdida, ¿iría á deshonrar mi ancianidad combatiendo á las provincias que he tenido la suerte de conservar? No, de ningún modo; él lo hará mejor que yo.» En fin, se obligó al príncipe á firmar su abdicación y adherirse al acta por la cual Carlos IV y toda su familia renunciaban á la corona de España en favor de Napoleón. Los Borbones publicaron acto seguido una proclama invitando al pueblo español á someterse voluntariamente á Napoleón, confiando su dicha á las sabias resoluciones y omnímodo poder



Bessieres, duque de Istria.

de su nuevo soberano. Hecho esto, se retiró Carlos IV con su esposa á Compiègne, y Fernando y los demás infantes á Valençay. De acuerdo con el voto de una junta reunida por el mismo Fernando antes de su marcha para Bayona, se proclamó rey de España á José Bonaparte (1).

Pero los Españoles no estaban dispuestos á ofrecer su concurso al Emperador para regenerarles al precio que les exigía; estaban en su perfecto derecho en desconfiar de un aliado que entraba arteramente en su territorio, y casi todos los que en un principio habían recono-

(1) Carlos IV encontró demasiado rigoroso el clima de Compiègne y se trasladó á Marsella (17 de Septiembre de 1808), y desde allí á Roma (1811). Muerta la reina en 1818, él murió de tristeza algunos meses después (1819); era, en verdad, un hombre bondadoso. En cuanto á Fernando, llevó su bajeza al punto de felicitar por carta á José Bonaparte por su advenimiento al trono de España y rogó á Napoleón se dignase transmitirla, ya que «una mediación tan digna de respeto le aseguraba que su carta sería recibida con toda la cordialidad que deseaban así él como sus hermanos y su tío.»



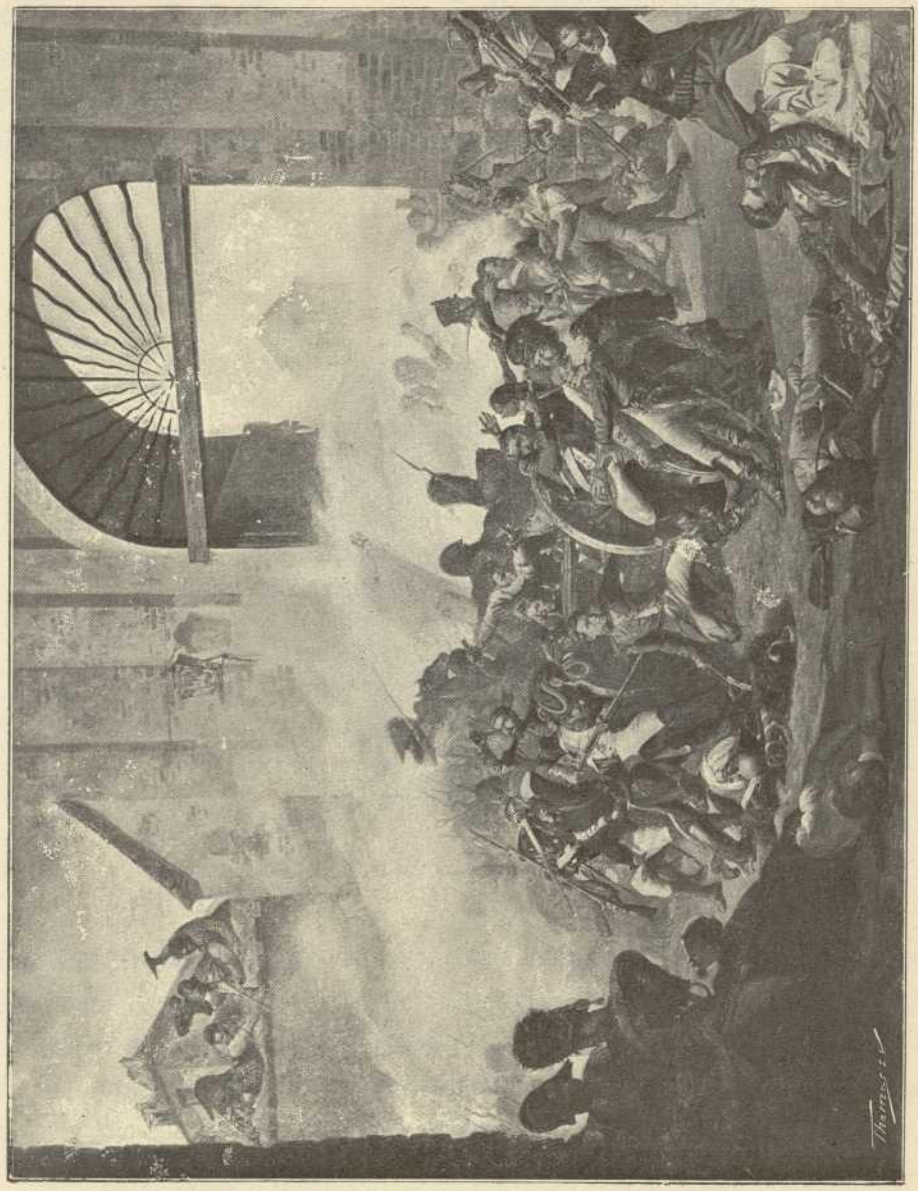
Carolina Murat, reina de Nápoles, y sus hijos. (Cuadro de Gérard, fotografía de Braun, Clément y C.ª, París)
1. Aquiles Murat.— 2, Leticia-Josefa, más tarde condesa Pépoli.— 3, Luciano Murat.— 4, Luisa-Julia, más tarde condesa Rasponi.

cido al nuevo monarca, se apresuraron á abandonarle al ver que, en realidad, no era más que un funcionario de Napoleón y que España iba á ser sólo una provincia francesa. Europa entera se indignó de la alevosía de Bayona, y Francia, por su parte, condenó desde el primer momento una política tan contraria á su dignidad como á sus intereses.

La renta francesa del 5 %, que desde la paz de Tilsit estaba á 93, bajó rápidamente á 70. Este síntoma de impopularidad sólo sirvió para enfurecer á Napoleón, quien ordenó hacer la guerra á los bajistas comprando papel con los fondos disponibles del Tesoro y obligando al Banco de Francia á que hiciese lo mismo. El papel subió, pues, y Napoleón dispuso que en adelante se procediese de la misma manera siempre que su cotización bajase á menos de 80.

Era necesario llevar á España las ideas francesas, no sus armas; fué un craso error pretender destruir la independencia de un pueblo y atraerse una guerra nacional, en vez de limitarse á sostener una lucha de carácter político y, por lo tanto, de menores proporciones. Así lo reconoció el mismo Napoleón cuando dijo, en Santa Elena: «Mi mayor falta consistió en dar importancia al destronamiento de la casa de Borbón. Carlos IV estaba gastado. Hubiera podido, pues, dar al pueblo Español una constitución liberal y encargar á Fernando de llevarla á la práctica. De hacerlo así de buena fe, España hubiera prosperado, poniéndose en armonía con nuestras nuevas costumbres; y si Fernando hubiese faltado á sus compromisos, los mismos Españoles le hubieran enviado á... La guerra de España fué un golpe fatal y la principal causa de las desdichas de Francia; fué mi ruina.»

Mientras sólo combatió con los reyes, Napoleón pudo vencer, pero ahora iba á luchar contra los mismos pueblos unidos estrechamente con sus gobiernos. Los Españoles, á pesar de su decadencia, no eran enemigos despreciables. «No se crea,—dice el mismo Napoleón,—que vamos á atacar á una nación inerme y que basta presentar un ejército para someter á España. Hay que combatir con un pueblo nuevo, que tiene y tendrá todo el valor que demuestran los hombres que no están gastados por las luchas políticas.» El clero español, cuyo ascendiente era omnímodo sobre el pueblo y que temía particularmente la propagación de las ideas francesas, excitó su fanatismo



El 2 de Mayo de 1808 en Madrid. (Cuadro de M. Castellano)

contra aquellos que habían saqueado las iglesias y perseguido la religión durante el período revolucionario; la guerra contra los franceses fué una guerra santa. Al mismo tiempo que una junta reunida en Madrid reconocía á José como rey de España y prestaba juramento á la constitución impuesta por el Emperador (9 de Julio de 1808), otra junta nacional, reunida en Sevilla, declaraba guerra á muerte á Francia hasta la restauración de los Borbones y la evacuación de Es-



El mariscal Moncey, duque de Conegliano. (Cuadro de Barbier Walbonne)

paña, organizando la resistencia y dando unidad á los levantamientos regionales. Inglaterra, que desde diez años atrás no intervenía en el continente de una manera directa, comprendió que había llegado el momento de cambiar de conducta. Apresuróse á pactar una alianza con la junta de Sevilla, á la que envió 200.000 fusiles, 200 cañones, 76 millones y varios oficiales, tomando la resolución de emplear todas sus fuerzas en esta lucha.

Napoleón tenía únicamente en España 8.000 quintos, demasiado jóvenes para resistir el rigor del clima y las dificultades del terreno, y poco acostumbrados á los horrores de la guerra para no asustarse ante la furia de los españoles. Murat cometió la torpeza de

diseminar estas fuerzas, mientras que el enemigo concentraba las suyas; sin embargo, logró triunfar por de pronto. El ejército español (35.000 hombres) que en virtud del tratado de Fontainebleau había pasado al Norte de Portugal, se declaró contra los franceses y avanzó sobre el Duero, amenazando cortar el camino de Madrid. Bessieres marchó contra los insurgentes (1), que mandaba Cuesta (2), esperóles en Medina de Ríoseco y les causó una pérdida de 12.000 hombres entre muertos y prisioneros; el resto se refugió en Galicia (14 de Julio). Esta victoria permitió á José entrar en Madrid, pero pronto se echó de ver que en esta guerra nada significaban las victorias de los ejércitos. Más de un mes de penosos esfuerzos (29 de Junio á 4 de Agosto) tuvieron que perder los generales Lefebvre-Desnouettes y Verdier para penetrar en Zaragoza, que no contaba con fortificaciones regulares; y aun una vez dentro de sus muros, al proponer á Palafox la capitulación, respondióles éste: «¡Guerra y cuchillo!» iniciándose entonces un espantoso combate en las calles de la ciudad. Los franceses sólo se habían apoderado de una parte de la población, después de diez días de incesante lucha, cuando los sucesos de otros puntos de la Península les decidieron á abandonar su empresa.

De Madrid habían salido dos cuerpos de ejército, uno en dirección á Valencia y el otro hacia Cádiz. El mariscal Moncey, que mandaba el primero, llegó sin dificultad hasta Valencia, pero fué rechazado ante los muros de esta ciudad y hubo de retirarse hacia la Mancha. Dupont, que acaudillaba el segundo, pasó el Guadalquivir en Andújar y se apoderó de Córdoba, que fué saqueada sin compasión, así por los paisanos de las cercanías (3) como por sus soldados, y en donde Dupont cometió también la torpeza de detenerse diez días (7 de Junio

(1) El autor llama insurrectos y *brigands* á los españoles alzados en armas.—*(N. del T.)*

(2) Al nombrar á los generales españoles se observa que únicamente lo hace por el apellido, sin precederle ningún tratamiento, mientras que al hablar de los franceses siempre les precede el título respectivo.—*(N. del T.)*

(3) El autor, sin duda para aminorar en parte los horribles excesos cometidos en Córdoba por las tropas de su nación, acusa, como se ve, á los habitantes de las cercanías. Bastará leer á Thiers, en su *Historia del Consulado y del Imperio*, libro XXXI, para convencerse de la inexactitud de semejante acusación, así como de la brutalidad de que dieran prueba los invasores de la infortunada ciudad.—*(N. del T.)*

de 1808). La Junta de Sevilla, aprovechándose de la indignación que produjo este saqueo, en el que no se respetaron ni las iglesias ni los vasos sagrados, tuvo tiempo suficiente para reunir 15.000 hombres de tropas regulares y 30.000 insurgentes, cuyo mando confió á Castaños. Dupont, á cuyo ejército se había incorporado la división Vedel y que había recibido la orden de mantener la línea del Guadalquivir, temió se le cortasen sus comunicaciones y se retiró en dirección á Madrid. Vedel, que iba de vanguardia á la descubierta, con objeto de ocupar á Bailén, habiendo observado que Reding, segundo de Castaños, acudía por la orilla derecha del río, creyó que trataba de apoderarse del desfiladero de Despeñaperros, por lo que se dirigió hacia este punto con la mayor rapidez. Reding tomó entonces posiciones y presentó cara á Dupont, que en este momento llegaba á Bailén únicamente con 10.000 hombres; los franceses se batieron durante ocho horas, y estaban ya postrados por el cansancio, el calor, la sed y el hambre, cuando fueron atacados á retaguardia por Castaños, que llegaba de Andújar. Dupont solicitó una suspensión de hostilidades y negoció una capitulación. Entretanto, Vedel, advertido por los cañonazos, había atacado y deshecho la primera línea de Reding, y al saber que el general en jefe había capitulado, trató de retirarse; pero Dupont, cediendo á las amenazas de los españoles, le obligó á rendirse con él. Las divisiones Vedel y Dufour, que debían ser conducidas á Francia, lo propio que la división Barbou, fueron á perecer en los pontones de Cádiz ó en la isla de Cabrera, faltando á lo estipulado en la capitulación. Sin embargo, un joven subteniente, que debía llegar más tarde á mariscal de Francia, Bugeaud, decidió á los oficiales de su regimiento, comprendido como los demás en la capitulación pero distante una media jornada del general Dupont, á separarse del resto del ejército. «Sostuvo que un cuerpo armado no está comprendido en una capitulación acordada por otros, salvo en el caso de que no tenga ningún recurso para librarse de ella. Dijo que por medio de una rápida marcha podían ganar la sierra y llegar á Madrid, y se ofreció á sostener la retaguardia con sus granaderos; sus entusiastas frases reanimaron los ánimos abatidos, tomaron por los senderos que les indicara un cazador experto, que conocía perfectamente el país, y reganaron afortunadamente las treinta leguas que tenían que recorrer

entre las fuerzas enemigas que pululaban por la comarca, salvándose el regimiento.»

La noticia de ese desastre indignó á Napoleón. «Hacía ya tres horas, dice Champagny, que conocía la fatal noticia, consumiendo á solas su desesperación. Me mandó llamar; exhaló involuntariamente varios quejidos.» Un individuo del Consejo de Estado refiere también que, después de este desgraciado suceso, el Emperador se presentó ante el Consejo llevando un proyecto de decreto en el que se establecía la forma de procesar á los generales. «Antes de su discusión, Napoleón habló del hecho y su corazón no pudo contener los sentimientos que le embargaban; era esta la primera vez que la victoria abandonaba sus banderas y que las águilas quedaban humilladas. El prestigio estaba roto. Entregóse de tal modo á su dolor, que las lágrimas asomaron á sus ojos, y después de enumerar los recursos que en la desesperación hubiera podido encontrar el general Dupont, exclamó: —¡Oh, cuánta razón tenía el viejo Horacio cuando, después de haber dicho: «¡Que muriese!...» añadió: «¡O que un arranque de noble »desesperación entonces le socorriese!» ¡Y qué mal conocen el corazón humano los que censuran á Corneille y le acusaban de haber debilitado sin necesidad por el segundo verso el efecto del «¡que muriese!»—Curioso es ver comentar así á Corneille por Napoleón.» Su indignación, por lo demás, era muy justa: esta capitulación tuvo, en efecto, consecuencias muy funestas. Desde la Revolución, era la primera vergüenza que sufrían las armas francesas. Europa comprendió por fin que no eran invencibles y que unas bandas desordenadas, incapaces de formar militarmente, habían sido las primeras que habían tenido la gloria de vencerlas. Europa recobró su valor y Austria trató entonces de formar contra Francia una nueva coalición. El triunfo exaltó el fanatismo de España entera; en Cádiz, los desdichados restos de la escuadra que había combatido en Trafalgar, se vieron obligados á rendirse. José tuvo que abandonar á Madrid y retirarse tras del Ebro; se evacuó también Zaragoza (1.° de Agosto de 1808), y finalmente, esta capitulación trajo consigo otra.

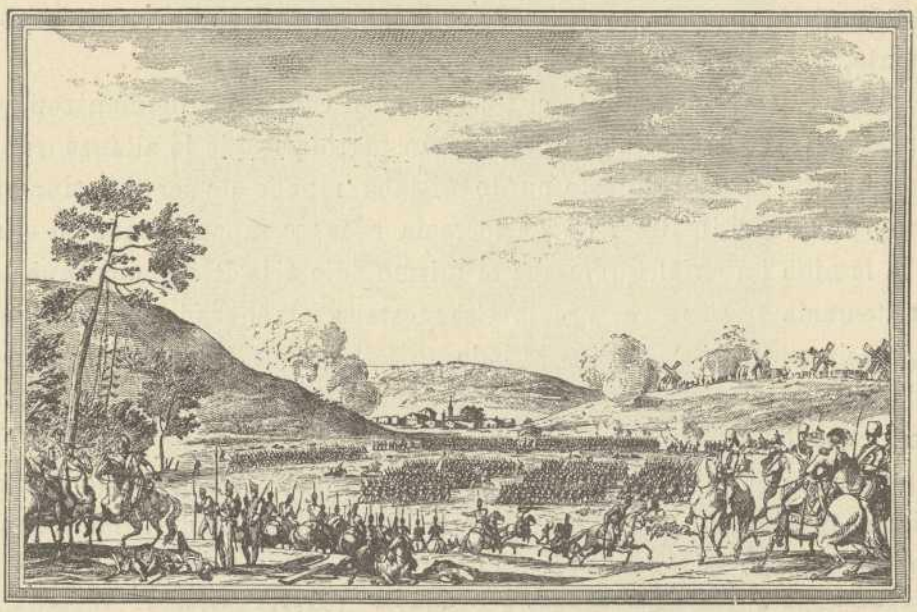
Castaños dijo á Dupont en Bailén: «Cuesta, Blake y yo no éramos partidarios de la insurrección, hemos cedido ante el movimiento nacional, y este movimiento es tan unánime, que adquiere apariencias



La capitulación de Bailén. (Cuadro de J. Casado del Alisal)

de salir triunfante. No se empeñe Napoleón en una conquista imposible, devuélvanos nuestro rey, mediante condiciones que le satisfagan, y las dos naciones quedarán amigas para siempre; que no nos obligue á echarnos en brazos de los Ingleses, á quienes odiamos y cuyo concurso hemos rechazado hasta ahora.»

Pero ya había desembarcado en Portugal un ejército inglés; acontecimiento extraordinario en la historia de Europa, y fértil en consecuencias fué esta expedición de tropas británicas al continente.



Combate de Roliza. (Dibujo y grabado de Dupressis-Bertaux)

Pronto llegó á Galicia un segundo ejército inglés, mandado por John Moore. El ejército de Portugal tenía por jefe á sir Arturo Wellesley, que se había distinguido en las Indias y que tan célebre debía hacerse con el nombre de Wéllington. Los 3.000 hombres de la división Delaborde, «maniobrando con un arte y una precisión verdaderamente extraordinarios,» sostuvieron durante cuatro horas la acometida de 15.000 Ingleses en el brillante combate de Roliza (17 de Agosto de 1808); pero Junot, derrotado en Vimeiro (21 de Agosto de 1808) y no pudiendo retirarse hacia España, se vió obligado á capitular. En virtud de la Convención de Cintra (30 de Agosto de 1808), sus tropas fueron conducidas á Francia en buques ingleses.

Entretanto el Emperador, considerando necesaria su presencia en España con el Grande-Ejército, hizo evacuar Prusia á las tropas francesas que la ocupaban desde 1806. Por el convenio de 8 de Septiembre de 1808 se fijó la contribución de guerra prusiana en ciento veinte millones, debiendo quedar en poder de Francia hasta su completo pago únicamente Stettin, Custrin y Glogau, comprometiéndose además Federico Guillermo á no tener durante diez años sobre las armas más que un ejército de 42.000 hombres. Para asegurar mejor la paz en la Europa central, mientras combatía al lado de acá de los Pirineos, Napoleón quiso ratificar de un modo solemne la alianza de Tilsit; realmente, no era inútil esta manifestación.

En Rusia, únicamente el Czar, con el canciller Roumantzoff y Spéranski, presidente del Consejo, eran partidarios de la alianza francesa, y aun el Czar en este punto distaba mucho de ser tan sincero como sus dos ministros. La aristocracia rusa, comprendiendo en ella á la familia imperial, profesaba el mismo odio á la Revolución que la aristocracia inglesa; el propio Czar estaba amenazado de muerte. «¿Creéis que no hay á vuestro lado un Pahlen, un Zubow ó un Benningsen?» preguntaba una carta, procedente de Alemania, que cayó en manos de la policía. Los últimos actos de Napoleón daban á la aristocracia rusa sobrados pretextos para combatir la política de Tilsit. Napoleón acababa de apoderarse de los Estados Pontificios, había despojado de sus reinos á los Borbones y á la casa de Braganza, había anexionado al imperio francés á Flesinga, Wessel, Parma, Piasencia y Toscana; el Mecklemburgo y Lubeck habían entrado á formar parte de la Confederación del Rhin, y la influencia francesa se dejaba sentir hasta en el Báltico. Olvidábase, sin embargo, que, gracias á la alianza con Francia, poseía Rusia la Finlandia, que le iba á ser cedida definitivamente en el siguiente año (1809) por el tratado de Frederiksham-

Alejandro ambicionaba más aún: hubiera deseado aprovecharse de las alteraciones que se sucedieron á la revolución que había destronado á Selim III, para apoderarse de Constantinopla. «Esta ciudad es la llave de mi casa,» decía á Caulaincourt, y con objeto de obtener carta blanca por este lado, se mostraba como uno de los más decididos partidarios de la política de Napoleón en todas partes, desaprobaba los aprestos de Austria y consentía en el destronamiento de los Borbones,

acordado en la reunión de Roma. «Si el Emperador y yo nos entendemos, no tendrán más remedio que entenderse los demás;» pero Napoleón, por grande que fuese su condescendencia para con Alejandro, no podía permitir que los Rusos se estableciesen en una ciudad de la que se ha dicho «que si el mundo debiese tener una capital, habría de ser ella.» Sin embargo, las relaciones de ambos soberanos



El mariscal Soult. (Cuadro de J. de Laval fotografía de Braun, Clément y Cª, París)

continuaban siendo sumamente cordiales. En 20 de Agosto de 1808 se expusieron en las Tullerías los magníficos regalos que el Emperador Alejandro había mandado á Napoleón por conducto de su embajador el conde de Tolstoi.

Así, cuando Napoleón ofreció al Czar celebar una entrevista, en la cual, decía, «se arreglasen los asuntos políticos de manera que pudiese estar tranquilo durante cuatro años, sin necesitar siquiera una explicación,» el Czar la aceptó gustosísimo, y durante ocho días los

dos emperadores, rodeados de príncipes y de reyes, pudieron á su antojo, en Erfurt, arreglar sus intereses particulares y disponer de los destinos de Europa. El rey de Prusia y el emperador de Austria no asistieron á la conferencia, haciéndose representar el primero por su hermano Guillermo y el segundo por el barón de Vincent, encargado de ofrecer en su nombre á ambos soberanos la seguridad de sus sentimientos pacíficos, misión realmente delicada para un embajador.

La conferencia de los dos poderosos monarcas europeos (27 de Septiembre á 14 de Octubre) fué motivo para celebrar espléndidas fiestas. Carlos Augusto, gran duque de Sajonia-Waimar, que tenía á Gœthe por primer ministro, había convertido su pequeña capital en la Atenas de Alemania y á ella acudieron ambos emperadores. En la noche del baile, Napoleón dejó la compañía de los príncipes para departir largamente, en un rincón de la sala, con Gœthe y Wieland, el primero de los cuales ha conservado aquella conversación célebre (1). Napoleón había mandado á Erfurt la compañía de la Comedia francesa y Talma representó «ante un público de reyes» las obras maestras de Corneille, de Racine y de Voltaire. Napoleón no permitió que se representase ninguna obra de Moliére. «No se le comprendería en Alemania,» dijo, y no había de pasar mucho tiempo sin que el célebre crítico Schlegel le diese la razón al preferir Scribe á Moliére. Representáronse, pues, tragedias; en el pasaje del *Edipo*, de Valtaire, en que el actor encargado del papel de Filoctetes recita este verso (acto primero, escena primera):

«La amistad de un gran hombre es una merced de los dioses,»

el Czar se levantó y apretó entre las suyas las manos de Napoleón, que estaba á su lado. No fué ésta, ciertamente, la única alusión á que dieron lugar los espectáculos de Erfurt. Napoleón, á pesar de las observaciones de Talma, se empeñó en que se representara *La muerte de César*. Confiado plenamente en su poder, parecía gozarse extraor-

(1) En sus *Annalen-oder Tag-und-Jahres-Hefte*, en el año 1808. Después de la entrevista en Erfurt, Gœthe y Wieland fueron condecorados con la cruz de la Legión de honor.

dinariamente ante la sorpresa y el embarazo de todos aquellos soberanos; pero este rasgo no agradó ni á los actores ni á los espectadores. Durante la representación, nadie se atrevia á mirar al que estaba á su lado, temeroso de que se creyese que le aludía con la mirada. «Nunca, —dice Talma, — ha habido una representación tan excepcional; los mismos actores estaban cohibidos en la escena, estábamos encogidos, no nos atreviamos á expansionarnos. Madama Talma, que se encontraba entre los espectadores, compartiendo nuestra inquietud, se sintió indispuesta á mitad de la representación.» El juego era, en efecto, peligroso; no estaba muy lejos el puñal de Staps.

Entre estas fiestas los príncipes y sus ministros discutían los asuntos políticos más importantes. Napoleón no se ilusionaba respecto á la actitud de Austria, sabiendo que sólo esperaba una ocasión oportuna para tomar el desquite. La guerra de Prusia había estallado demasiado pronto; Austria no se sentía aún bastante fuerte para intentarlo, pero, como hemos visto antes, ya en la campaña de Polonia se mantuvo dispuesta á todo. «Esta nación, — dice A. Lefebvre, — censuró el plan militar de los Rusos, extrañándose de que en vez de disputar palmo á palmo el territorio de la vieja Prusia, no prefiriesen arrojarnos al otro lado del Niemen, insinuando que sus ejércitos hubieran podido avanzar entonces por el espacio que nos separaba del Rhin, libertar á Prusia, sublevar los pueblos y cortarnos la retirada por completo.» Stadion, que, siendo embajador de Francisco II en San Petersburgo, había sido uno de los principales autores de la tercera coalición, había entrado á formar parte del ministerio austriaco, en 1806, y ascendido á canciller de Estado, informaba la política extranjera de su gobierno en el sentido más hostil para Francia. El golpe teatral de Tilsit detuvo los planes de Austria, pero no cambió en lo más mínimo sus ideas respecto á Francia. Merced á los auxilios pecuniarios de Inglaterra, había continuado sus armamentos, esperando una circunstancia favorable, y el desastre de Bailén le hizo suponer que este momento había llegado.

Napoleón no podía, pues, pasar á España sin que una potencia de primer orden le garantizase la tranquilidad de la Europa central. Quería asegurarse del Czar, haciéndole jugar el mismo papel que M. de Bismarck hizo jugar á su sucesor Alejandro II contra Austria

en 1870-71, cuando se temía que esta nación tratase de aprovecharse de la guerra franco-alemana para tomar su desquite de Sadowa, como en 1808 buscó el de Austerlitz. Napoleón creía fundadamete que le sería fácil obtener del czar Alejandro cuanto de él desease, es decir, una actitud franca y resueltamente amenazadora para con Austria; pero con gran sorpresa suya no lo logró, siendo una de las principales causas de este fracaso, que M. Vandal ha esclarecido completamente, las intrigas de Talleyrand (1).

Talleyrand no era ya ministro de Negocios extranjeros, pues encontraba demasiado fatigoso seguir á Napoleón á través de Europa. Este gran señor, que ante todo amaba sus comodidades, conservaba un mal recuerdo de su invernada en Polonia, habiéndole parecido sobre todo, y con razón, sumamente detestable su cocina. Le había sucedido en su antiguo cargo Campagny (1807), pero en compensación habíase hecho nombrar vice-gran-elector, con un sueldo anual de 500.000 francos. Aunque sin cartera, no por eso dejó de ser para Napoleón el consejero más influyente y más autorizado en los asuntos de política extranjera. Acompañó á Erfurt al Emperador y tuvo la habilidad de contrarrestar la política de su soberano, ante sus mismos ojos, para lograr que prevaliese su política personal de simpatía para con el Austria, aunque conocía los planes hostiles de ésta contra Francia; esto constituía, en definitiva, una traición. Para su éxito era preciso desde luego inspirar desconfianza al Czar respecto á su aliado de Tilsit. Talleyrand pudo persuadir á Napoleón de que era preferible que él viese primero al Czar, y, con el asentimiento del amo, á quien engañaba, celebró, en efecto, una primera conferencia con Alejandro, poco antes de avistarse ambos emperadores, de la que se aprovechó para decirle: «¿Qué venís á buscar aquí señor? Sois el único que puede hacer frente á Napoleón, y venís á entregaros á él. El pueblo francés es civilizado, no hay duda, pero su soberano no lo es; el monarca de Rusia es civilizado, pero su pueblo no. Al soberano de Rusia le conviene, pues, aliarse con Francia para salvar á esta

(1) *Napoleón y Alejandro*, tomo I. — Sobre la gran intriga de Erfurt véase también el testimonio de M. de Vitrolles (*Memorias*, tomo III, pág. 445), quien oyó decir muchas veces á Talleyrand: «En Erfurt salvé á Europa de una total conflagración.»

nación y salvar á Europa.» Austria era para Talleyrand, como se ha dicho, una cariñosa cliente.

Talleyrand tenía á Metternich al corriente de sus manejos. Por su parte Austria pidió con insistencia ser admitida en la conferencia de Erfurt, á la que envió á M. de Vincent. Talleyrand, para lograr su objeto, no sólo engañó á Napoleón, sino también al mismo Alejandro, persuadiéndole de que Austria no se atrevería nunca á tomar la ofensiva, y en su consecuencia era por lo menos inútil, ya que no peligroso para él, amenazarla con una acción común de Rusia y de Francia. Respecto á este punto, Talleyrand, tratando de engañar á Alejandro, se engañaba tal vez á sí mismo, pues la verdad era que los excesivos gastos militares que Austria se había impuesto no podían continuar por más tiempo sin llevarla á su ruina, y que la cuestión se encerraba en este dilema: el desarme ó la guerra. Napoleón estaba más en lo justo que Talleyrand al afirmar que el único medio de impedir que Austria se moviese era una brillante manifestación de la unión estrecha que existía entre Rusia y Francia, y una amenaza todavía más clara de Rusia, participándole que á la primera tentativa que hiciese contra Francia la declararía la guerra; pero prevenido y enredado el Czar por Talleyrand, se resistió á todas las instancias y seducciones de Napoleón.

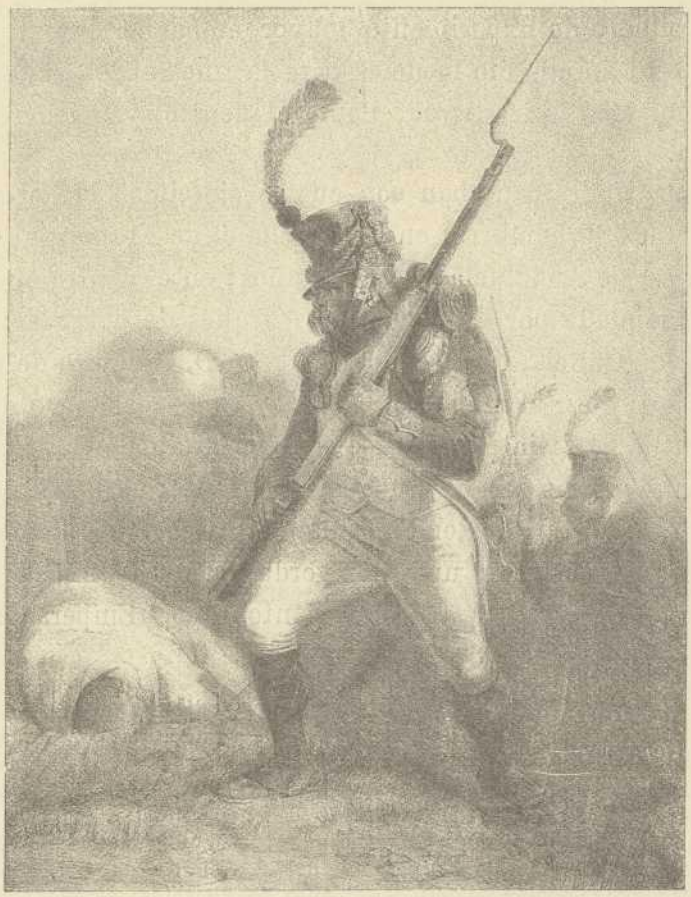
Alejandro, por otra parte, vacilaba en destruir por completo al Austria, único apoyo con el que podía contar en caso de romperse la paz de Tilsit, y tampoco creía mucho más que los otros soberanos en los deseos de Napoleón de dar la paz á Europa. Este propósito, en Erfurt era sin embargo sincero y hasta ardiente; pero estaban demasiado recientes los sucesos de España y el negocio de Bayona para que se pudiese creer en tal sinceridad. Napoleón marchó de Erfurt convencido de que la guerra era inevitable. Prusia pagó una vez más la negativa de Rusia, pues los Franceses continuaron ocupando las plazas del Oder, que Napoleón estaba dispuesto á evacuar si Alejandro hubiese accedido á sus deseos.

A pesar de todo, Champagny y Roumanzoff firmaron (12 de Octubre de 1808) el siguiente convenio, que debía permanecer secreto. Napoleón y el Czar renovaban su alianza, comprometiéndose á tener los mismos enemigos y aliados, y á comunicarse las proposi-

ciones diplomáticas que se les hiciesen aisladamente. Debían dirigir en común al rey de Inglaterra una carta pública invitándole á firmar la paz, sin tratar empero con él, á menos de que consintiese en reconocer la anexión á Rusia de Finlandia y de los principados danubianos, y á José Bonaparte como rey de España. El Czar quedaba autorizado para alcanzar de la Puerta, por medio de la guerra ó por la vía diplomática, la Moldavia y la Valaquia, y si Francia se viese obligada á apoyarle, debía hacerlo en forma que no empeciese á la amistad que la unía con Turquía. En caso de ruptura con Austria, ambos aliados debían hacer la guerra mancomunadamente. A petición del Czar, el Emperador condonaba á Prusia 20 millones de la contribución de guerra que se le había impuesto, y, por fin, Talleyrand abordó la cuestión de un matrimonio de Napoleón con una princesa rusa.

Grande era la ilusión que se hacía Napoleón si creía al Czar dispuesto á cumplir con sinceridad estos nuevos acuerdos. Al día sigiuente de esta conferencia el Czar participaba confidencialmente al rey de Inglaterra «la secreta satisfacción que había experimentado ante la habilidad desplegada por la Gran Bretaña anticipándose y previniendo los planes de Francia por medio del ataque á Copenhague;» é invitaba á los ministros ingleses á que se pusiesen en abierta relación con el Czar, como con un príncipe que, «aunque obligado á ceder ante las circunstancias, no por esto era menos adicto que antes á la causa de la independencia europea.» Poco después mandaba á la corte de Viena á su ayudante Pozzo di Borgo, miembro de una familia corsa, cuya antigua rivalidad con la de Bonaparte era bien notoria, para asegurar en secreto al EmperadorF rancisco que, si era afortunado en sus primeros esfuerzos contra Francia, él le secundaría para libertar á Europa. También influía el Czar en la corte de Persia para apartarla de la alianza francesa, induciéndola á la de Inglaterra. El general Gardane, enviado por Napoleón, había sido recibido por el Shah con verdadero afecto, é inmediatamente, de acuerdo con el coronel Fabvier, había organizado un ejército, abierto caminos y preparado una expedición á la India. Pero después de la paz de Tilsit, Napoleón modificó las instrucciones de su enviado en el sentido de procurar una aproximación entre Persia y Rusia. Desgraciadamente, fueron inútiles sus trabajos

desde el momento en que ninguna de las dos potencias renunciaba á sus pretensiones sobre la Georgia. El Shah se quejaba á Napoleón por no haberle comprendido en el tratado de Tilsit, y el Czar, por su parte, le daba á entender secretamente que la paz era sólo ficticia y que los aliados naturales de la Persia eran los Ingleses; y habiéndose



España en 1809. (Dibujo de Raffet, litografía de Llanta)

presentado una escuadra inglesa en el golfo Pérsico, el Shah consintió en recibir la embajada que en ella iba. El general Gardane, considerando fracasada su misión, regresó inmediatamente á Francia (Febrero de 1809).

Juzgando asegurada la tranquilidad en la Europa central, á lo menos por algún tiempo, Napoleón dejó sólo 80.000 hombres al otro lado del Rhin: 50.000 al mando de Davout, sobre el Oder, y 30.000 al

de Oudinot, sobre el Mein, y puesto al frente del resto del Grande-Ejército, entró en España, reuniéndose con José en Vitoria (18 de Noviembre de 1808), después de haber obtenido del Senado autorización para hacer nuevas levas de la quinta de 1810 y de las anteriores, comenzando inmediatamente las hostilidades. En la cuenca del Ebro, tierra nueva para él y en la que las operaciones combinadas parecían casi imposibles, no experimentó mayor embarazo que en la cuenca del Po, y aun en ella dió modelos para la guerra de grandes masas. Lannes mandaba la izquierda, Soult el centro, y Lefebvre y Víctor la derecha.

Los Españoles contaban con cuatro ejércitos (1), formando un total de 130.000 hombres: en la derecha el de Aragón, al mando de Palafox, y el de Andalucía al de Castaños; en el centro el de Extremadura, mandado por Galuzzo y el marqués de Belveder; en la izquierda el de Galicia, mandado por Blake y D. Gregorio de la Cuesta. Un ejército inglés, al mando de Moore, debía trasladarse desde Lisboa á Castilla la Vieja para unirse con el ejército de Galicia, que acababa de aumentarse con un nuevo contingente: el de las tropas españolas del marqués de la Romana, que Godoy se había visto obligado á mandar á Napoleón. Con un valor verdaderamente extraordinario se escaparon de los distintos acantonamientos que el Emperador les había

(1) El total de las fuerzas regulares que España podía oponer á Napoleón, al principio de la guerra, ascendía escasamente á unos 40.000 hombres, cuya organización era sumamente defectuosa; éralo aún más su instrucción, hasta el punto de que en la *Historia de la guerra de España contra Napoleón Bonaparte*, escrita por la tercera sección de la comisión de jefes y oficiales de todas armas, se dice: «En muchos regimientos subsistía aún la escuela del año 1768, en otros se maniobraba según la táctica del 96, en algunos se ejecutaban las evoluciones del reglamento del 98, y el desorden llegó á tal punto, que hubo paradas de guarnición en que los soldados de distintos regimientos cargaban el fusil de diferente modo.» «El oficial, dice el señor Chao, no tenía colegios ni campos militares, y tampoco libros: las escuelas del Puerto de Santa María y Ocaña habían desaparecido, de modo que, si alcanzaba á ser un regular comandante de filas, nunca á poseer la teoría del arte, que constituye los generales. Así los que teníamos no eran, por lo común, más que rutinarios envejecidos con su escasa instrucción.»

No es de extrañar que en Cataluña y casi en toda la Península llegase á ser un aforismo vulgar que las acciones que se perdían eran dirigidas por generales y las que se ganaban por guerrilleros. Nada agregaremos respecto á la administración militar, que aparte de ser ruinosísima, no daba muestras de su existencia. La caballería y artillería estaban en un estado lastimoso, y las fortificaciones de la mayoría de plazas tenían aún practicables las brechas abiertas en sus murallas en la guerra de Sucesión. Por estos datos puede juzgarse del valor que desde el punto de vista técnico-militar tenían los *cuatro ejércitos* que cita el autor.—*(N. del T.)*



Napoleón intima á los comisionados de Madrid la sumisión inmediata de la villa (4 de Diciembre de 1808). (Cuadro de Carlos Vernet, en el Museo de Versalles)
"Si dentro de una hora, en este reloj (el duque de Friul, Duroc, tenía el suyo en a mano), no me traéis la sumisión del pueblo, todos vosotros seréis fusilados.„

señalado en el mar Báltico, logrando ponerse al amparo de buques ingleses, que las desembarcaron en España (1), excitando su llegada el entusiasmo popular (2). Lefebvre empezó por rechazar á Blake en Durango (9 de Noviembre); Napoleón atravesó el desfiladero de Pancorbo y derrotó al ejército de Extremadura, que perdió á Burgos (10 de Noviembre). Lefebvre, continuando la serie de sus triunfos, batió todavía al ejército de Galicia en Espinosa y lo rechazó hacia el ejército de Soult, que cogiéndole por el flanco le ocasionó un completo desastre en Reinosa (11 de Noviembre). Al propio tiempo, Lannes derrotó en Tudela á las tropas de Castaños y Palafox (23 de Noviembre). Todavía trataron los españoles de defender el camino de Madrid, en el desfiladero de Somosierra (29 de Noviembre), pero fué en vano, pues Napoleón llegó á las puertas de Madrid en 1.° de Diciembre de 1808. En esta acción, los lanceros polacos dieron una carga célebre contra la infantería y artillería españolas, muriendo gran número de ellos. Filiberto de Segur quedó gravemente herido; al restablecerse de sus heridas, fué encargado de entregar solemnemente al Cuerpo legislativo las banderas cogidas al enemigo, y en la fachada del palacio que ocupaba se esculpió un bajorrelieve representando este acto, que fué destruído á fines de la Restauración. Madrid estaba en plena insurrección; el pueblo había desempedrado las calles, levantando barricadas, y las campanas tañían sin cesar. Napoleón se apoderó de las alturas del Retiro y amenazó á las autoridades con un bombardeo; á los dos días consintieron en firmar la capitulación (4 de Diciembre). El Emperador concedió una amnistía general (3); por medio de decretos abolió la Inquisición, los derechos feudales y las aduanas provincia-

(1) Mérimée compuso una obra dramática cuyo argumento es la evasión del marqués de la Romana.

(2) Solamente nueve mil, de los catorce mil que constituían la división del marqués de la Romana, pudieron salir de Dinamarca. Los cinco mil restantes, denunciados por un traidor, fueron desarmados y quedaron prisioneros de los Franceses. Hay detalles en este famoso hecho, como el juramento á las banderas de la patria, que pueden figurar al lado de los más famosos de la historia.—*(N. del T.)*

(3) Esta amnistía no se cumplió, pues por decreto del propio día (4 de Diciembre), después de destituir á los individuos del Consejo de Castilla, se dispuso que los presidentes y fiscales del Rey fueran arrestados y detenidos como rehenes; los demás consejeros quedaron detenidos en sus domicilios, so pena de ser perseguidos y tratados como traidores.—*(N. del T.)*

les; suprimió las dos terceras partes de los conventos, asegurando el sostenimiento del clero, y dispuso que las indemnizaciones las fijarían los franceses á medida que fuesen ocupando las provincias. Tales medidas, excelentes para muchos, no eran menos aborrecibles para la parte poco ilustrada, pero más numerosa, de la nación. No tuvieron mucho mejor éxito que las victorias militares para calmar la insurrección.

El segundo sitio de Zaragoza comenzó bajo el mando de Moncey y continuó bajo la dirección de Junot y después de Lannes. Palafox y sus 22.000 soldados estaban decididos á oponer una resistencia desesperada: cincuenta mil paisanos de las cercanías se habían refugiado en la ciudad, dispuestos á mostrar un valor y un desprecio de la vida casi sin ejemplo en la historia, pero preciso es reconocer que les era fácil resignarse á la ruina de Zaragoza, en la que las más sangrientas escenas se sucedieron, siendo víctimas de las sospechas de estos fanáticos algunos jefes militares de patriotismo y valor acreditados. A pesar de los esfuerzos de Palafox, la Junta que estaba al frente de la ciudad dominaba por el terror, sin que bastasen á salvar á los sospechosos ni la edad ni la categoría. «Una hora bastaba para la acusación, el juicio y el suplicio, y todas las mañanas las horcas, alineadas en el Coso, ostentaban nuevas víctimas.» No bastaba el fuego enemigo ni estas violencias interiores para ponerles á prueba, y pronto el hambre se dejó sentir, y el aire, viciado por la multitud de cadáveres insepultos, hizo muy fácil presa en los débiles defensores, y produjo una epidemia que ocasionó más víctimas que la misma guerra. En cuarenta días cayeron sobre la ciudad más de 40.000 bombas, pero no por esto decayó el ánimo de los sitiados. Las mujeres (1) y los religiosos iban á buscar á los heridos en medio de las balas, confundiéndose con los combatientes; un fraile se vanagloriaba de haber degollado en una acción á diez y siete franceses. Entre los más sanguinarios y valientes figuraba el carmelita Santiago Sas, que

(1) Las mujeres tomaron parte muy activa en la heroica defensa de Zaragoza, ya socorriendo á los heridos, llevándoles toda clase de auxilios, ya personalmente defendiendo algunos puntos de peligro. La condesa de Bureta, prima de Palafox, compartió con Casta Alvarez, y particularmente con Agustina Zaragoza, las glorias del primer sitio. En el segundo se distinguió Manuela Sancho.—*(N. del T.)*

ya en el primer sitio «se había mostrado tan valiente caudillo como fogoso predicador.» Nuevamente armado con un sable, con los brazos arremangados, descubierta la cabeza y pisando la sangre con sus pies descalzos, decía al pueblo: «Imitadme y no quedará uno.» Doña Burida (1), dama de tan nobles sentimientos como de viril heroísmo, llevaba por todas partes auxilios á los desgraciados y organizaba al propio tiempo compañías de mujeres para acudir al combate:



Monedas españolas del reinado de Carlos IV

mandaba una de estas compañías Agustina Sarcella, «la doncella de Zaragoza» (2). Los soldados franceses, que no habían visto nunca una guerra parecida, se preguntaban con tristeza cuándo acabarían con aquella maldita, aquella infernal Zaragoza. El 27 de Enero, tras un mortífero asalto, penetraron por fin en la ciudad.

Pero entonces comenzó una nueva pelea, más terrible aún que la primera: cada convento, cada casa ofrecía la misma resistencia que una ciudadela y exigía un sitio en toda regla. Muchas veces un piso

(1) Debe ser la Condesa de Bureta.—*(N. del T.)*
(2) Será Agustina Zaragoza, «la heroína de Zaragoza.»—*(N. del T.)*

quedaba en poder de los franceses mientras que el inmediato estaba todavía en poder de los españoles, y entonces se fusilaban mutuamente á través de las tablas del techo. Se disputaba palmo á palmo desde la bodega hasta el granero. Unicamente podía decirse que eran dueños los franceses de una casa cuando á bayonetazos habían sido muertos todos sus defensores ó arrojados por las ventanas.

Apenas vencedores, desde la casa inmediata caían sobre los invasores, por agujeros hechos *ad hoc*, granadas, bombas y un granizo de balas, viéndose obligados á fortificarse rápidamente, hasta que se tomaban las oportunas medidas para atacar aquella nueva fortaleza, á la que sólo podían acercarse á través de las paredes, pues pasar por la calle era imposible. Los habitantes, á su vez, sitiaban los edificios que ocupaban los franceses, y al no lograr su objeto pegaban fuego á sus casas, rociadas con resina, y trataban de detenerles con el incendio. «No bastaba combatir en las casas, se combatía también bajo tierra. Nuestros zapadores minaban uno de los edificios ocupados por el enemigo y cargaban la mina con una gran cantidad de pólvora: dada la señal, volaban los desgraciados por los aires ó quedaban sepultados bajo las ruinas, mientras que los supervivientes continuaban defendiéndose. La explosión obligó al enemigo, sin embargo, á evacuar las casas que creía amenazadas, y en las que penetraron inmediatamente los sitiadores. Los ingenieros españoles, que rivalizaban con los franceses en valor y conocimientos, respondían á sus minas con trabajos parecidos»; en esta extraña lucha se espiaban, se sacaba partido de los menores ruidos y se orientaban por medio de la brújula. Frecuentemente, sitiadores y sitiados desembocaban á la par en el mismo caño (1), y en medio de las tinieblas, que sus lámparas no bastaban á disipar, se lanzaban unos á otros con sus herramientas, cuchillos y sables, sin darse tiempo á coger otras armas. Los golpes que se dirigían, furiosamente, rompían ó derribaban en su rededor las enormes

(1) En Zaragoza se llaman *caños* unas grutas subterráneas que sirven para conservar el aceite y otros productos de la cosecha, y para depositar en grandes tinajas el agua, que á causa de no ser depurada hasta hace pocos años por filtros ni balsas depuradoras, llegaba á las fuentes sumamente turbia. En las casas modernas van desapareciendo estas excavaciones, que por otra parte imposibilitan grandemente la contrucción de una red de cloacas; tan indispensable en las grandes poblaciones.—*(N. del T.)*

tinajas de que los aragoneses se sirven para conservar el vino y el aceite. Los que caían heridos por el pico ó por el azadón expiraban en aquella gruta sumergidos en oleadas de vino, de aceite y de sangre.

«¡Qué de espantosas escenas y terribles espectáculos se presenciaron, particularmente en los combates que se verificaban en los conventos! Las vidrieras, rotas en parte, lanzaban sobre los combatientes, y la humareda que les envolvía, luces extrañas y fantásticas, rodeando estos grupos trágicos de una especie de nimbo. Otras veces se combatía en medio de ataúdes, los cuales, al romperse, dejaban escapar en su seno miembros y huesos deshechos. De uno de estos antiguos sarcófagos veíase salir el busto de un obispo, amortajado con sus vestiduras pontificales. Con sus brazos óseos y secos, dirigidos hacia nosotros,—dice Lejeune,—sus negras y vacías órbitas y su espantosa boca, se nos aparecía como un fantasma, semejante á la sombra de Samuel, gritándonos entre el fragor del combate: «¡Saúl, Saúl! ¿por qué vienes á turbar el reposo de mi tumba?» En el convento de las Hijas de Jerusalén encontramos gran número de rosarios, disciplinas con bolas de hierro y puntas aceradas, y también vestidos, todavía sin concluir, para los pobres. Al acercarnos,—dice el mismo Lejeune,—aquellas santas mujeres, cediendo sólo al sentimiento de la piedad, llevaban en sus manos crucifijos é imágenes del Niño Jesús. En esta ocasión, al tratar nuestros soldados de salvar la vida á una religiosa expuesta á las balas de los sitiados, así como á las nuestras, oyeron que les daba las gracias en francés: esta religiosa era hermana del célebre actor Grandménil.»

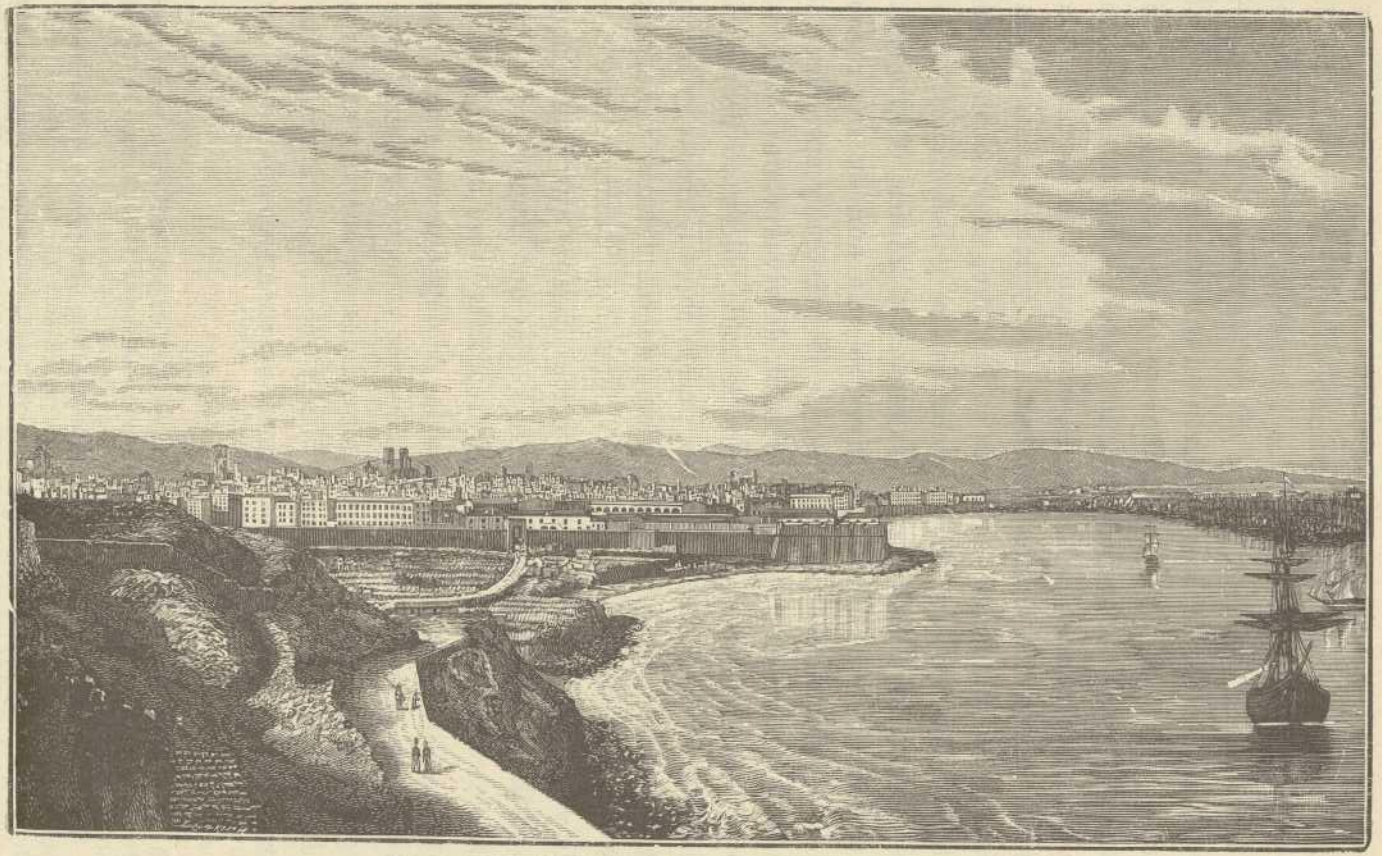


Moneda española del reinado de Carlos IV

Tras la voladura y toma por asalto del convento de San Francisco, los jardines y sitios próximos presentaban un horrible aspecto por la multitud de restos humanos de que estaban sembrados. No podía darse un paso sin tropezar con miembros destrozados y palpitantes:

fragmentos de brazos separados del tronco, gran número de manos, negras aún de la pólvora, amontonadas. Apartando un soldado con el pie estos restos, para no pisarlos, alargó la mano «para examinar una espesa caballera, notable por su lustre y longuitud.» Creía haber encontrado la caballera postiza de una mujer, pero aquellos hermosos cabellos de ébano estaban todavía adheridos á los restos del pálido y destrozado rostro de una joven. Mientras se recorrían las celdas y habitaciones del convento en busca de algún enemigo oculto en ellas, ó de heridos que socorrer, los canalones góticos del edificio echaban sobre los asaltantes oleadas de sangre humana. Para completar este cuadro, los tiradores escogidos, apostados en el campanario, contemplaban las calles erizadas de barricadas, para proseguir la defensa, y las horcas cargadas de cadáveres. Esta lucha fué proporcionalmente mucho más mortífera para los oficiales que para los soldados, pues el enemigo estaba al acecho y tiraba sobre seguro, escogiendo sus víctimas. Murió el general de ingenieros Lacoste, quien, á pesar de hacer pocos años que había terminado sus estudios, era ya ayudante de Napoleón; el coronel Rognat y el comandante Haxo quedaron heridos: el coronel Dode de la Brunerie, más adelante mariscal de Francia, hubo de encargarse apresuradamente, con el auxilio del comandante Valazé, de la dirección de los trabajos de sitio. Por fin, al cabo de tres semanas de esta espantosa lucha, Palafox, moribundo, se decidió á capitular. De los 100.000 habitantes que contaba la población al comenzar el sitio, habían muerto más de 50.000; de los 22.000 soldados de Palafox, quedaban apenas 10.000, extenuados por las enfermedades, la fatiga y el hambre. Los franceses experimentaron 3.000 bajas, entre muertos y heridos (1); de 40 oficiales de ingenieros resultaron 27 muertos ó heridos; pero nunca tuvieron más allá de 14.000 hombres ocupados directamente en el sitio, «y fué verdaderamente extraordinario que sin fanatismo, sin ferocidad, y

(1) Estos son los datos oficiales, pero el cálculo más prudente hace ascender el número de bajas de los Franceses á diez ó doce mil. «¿Cuándo se ha visto, dice un historiador, desproporción tan desmedida y extraordinaria en sitio de plaza alguna del Universo, aunque haya resistido, si es posible, con más obstinada tenacidad y firmeza, y que haya sido por triplicado tiempo que la de Zaragoza? A este respeto deberían corresponder á los tres mil hombres sólo ocho ó diez oficiales artilleros ó ingenieros y menos de cien de las otras armas.» —*(N. del T.)*



Vista general de la ciudad y puerto de Barcelona (copia de un dibujo de la época)

combatiendo sólo por el honor de la bandera,» hubiesen vencido á más de 40.000 enemigos, protegidos por murallas (1) y animados por los más exaltados sentimientos (20 de Febrero de 1809). La guarnición debia quedar prisionera, pero obtuvo los honores de la guerra. «Las tropas que la formaban salieron en columna de honor, con sus banderas y sus armas; tal vez nunca se ha presenciado espectáculo más triste y más conmovedor: trece mil hombres enfermos, llevando en su sangre el germen del contagio, convertidos en esqueletos, con las barbas sin afeitar, negras y descuidadas, y débiles hasta el punto de sostener con dificultad sus armas en la mano, marchaban al redoble de un tambor; sus trajes estaban sucios y destrozados, en una palabra, retratábase en ellos la más espantosa miseria. Cierto sentimiento de indefinible orgullo y altivez se veía aún en sus rostros, lívidos y ennegrecidos por el humo de la pólvora, y ensombrecidos por el odio y la tristeza. El traje español, de vivos colores, hacía destacar su cuerpo; el ancho sombrero redondo, adornado de algunas plumas negras de gallo ó de buitre, puesto sobre la frente, y la capa parda ó la manta, echada negligentemente sobre tanta variedad de trajes de Aragoneses, Catalanes y Valencianos, daban todavía cierta gracia y casi elegancia á los ennegrecidos harapos que vestían aquellos espectros vivientes. Sus mujeres é hijos que iban entre las filas con las lágrimas en los ojos, volvían repetidas veces su cabeza hacia la Virgen, á la que suplicaban todavía. Al depositar sus armas y entregarnos sus banderas, apoderóse de estos valientes violento dolor y desesperación. Brillaban sus ojos, encendidos por la ira, y sus feroces miradas parecían contar nuestras filas y reprocharse mutuamente el haberse rendido ante tan corto número de enemigos (2).»

(1) Llamar murallas á las tapias de barro de Zaragoza sólo puede ocurrírsele á quien no conozca la población y no haya visto los restos que aun subsisten en tales *murallas.—(N. del T.)*

(2) Esta cita, como la Mayoría de las que la preceden, está tomada de las *Memorias del general Lejeune*. Pocas narraciones hay tan dramáticas y tan llenas de vida como su capítulo sobre el sitio de Zaragoza. Siendo de todo punto imposible copiarlo todo, remitimos á nuetros lectores á lo que se refiere respecto á los contingentes extranjeros, y principalmente de los Polacos, sostenidos en tan terribles pruebas por un sentimiento de resignación cristiana y por su acendrada fe, que encontraba un consuelo en las imágenes y cuadros religiosos que aparecían á cada paso entre las ruinas. Citaremos también la muerte del marqués de Pignatelli, un *josefino* que estuvo á punto de ser ahorcado por

El mariscal Lefebvre derrotó al ejército de Extremadura en Almaraz, y Víctor al de Andalucía en Uclés (13 de Enero de 1809). En Cataluña, 70.000 hombres atacaron á Duhesme en Barcelona (1), librándose gracias á la llegada de Gouvión Saint-Cyr con 30.000 italianos, que realizó independientemente una campaña admirable (2). La victoria de Llinás (4 de Diciembre de 1808), sobre Valdés, aseguró la posesión de Barcelona (16 de Diciembre), y las de Molins de Rey y Valls rechazaron á los Españoles de Tarragona.

No fueron menos afortunadas las armas francesas en Galicia, á donde el ejército inglés de Moore sólo llegó para poder recoger los restos de los cuerpos ya vencidos. Propúsose el general inglés, al ver á Soult ocupado en apoderarse de Asturias con sólo 14.000 hombres, aislarle de Napoleón; éste, que no había querido entrar en Madrid, se había quedado en Chamartín, pueblecillo de las cercanías, de cuyo punto salió tan pronto como advirtió el movimiento de los Ingleses (22 de Diciembre), pasó el Guadarrama con toda rapidez, á pesar de la nieve, y atravesó después el Duero en Tordesillas, para cerrar á los Ingleses el paso á Galicia. Moore, al saber que los Franceses le perseguían, se apresuró á retirarse hacia la Coruña, yendo tras él el Emperador y Soult, que se habían reunido en Astorga (1.° de Enero de 1809). Para escapar mejor sacrificó sus heridos, sus enfermos, sus

---

el populacho y al que Palafox pudo salvar encerrándole en la cárcel. El desgraciado, que esperaba todos los días una muerte horrible, murió de alegría al ponerle en libertad los Franceses. Debemos también colocar en lugar preferente entre los defensores más útiles para Zaragoza al perro *Mira*, cuyo dueño, el contrabandista Juan Pérez, se servía de él para proporcionar noticias á Palafox. Le ponía en el cuello un collar de piel, cuyo pelo era del mismo color que el perro, y en este collar, perfectamente cosido, llevaba el aviso: «Llegan noticias, danos noticias.» Por la noche atravesaba el perro las líneas francesas y se iba á su casa, en Barbastro, donde vivía la mujer de Pérez. *Mira* tuvo la habilidad suficiente para no dejarse coger por los Franceses, que no se enteraron de sus maniobras hasta después de tomada la ciudad. Véanse también los fragmentos de la *Correspondencia* de Bugeaud, uno de los que concurrieron al sitio, en el tomo III de la obra de M. Ideville sobre el mismo mariscal. En el *Centro Mercantil Industrial y Agrícola* de la ciudad de Zaragoza hay una colección de cuadros representando *los hechos más notables de Zaragoza en la guerra de la Independencia.*

(1) El ejército que se formó á las órdenes de D. Juan Miguel Vives, constaba de veinte mil hombres escasamente. Como los datos del autor están tomados de las notas oficiales francesas, tiende siempre á aumentar el número de los enemigos y á disminuir el propio.—*(N. del T.)*

(2) En esta batalla, dice Thiers, los Españoles tenían *treinta y tantos mil* hombres. Toreno los reduce á once mil, y Lafuente dice que «por nuestros datos no podían pasar de catorce.»—*(N. del T.)*

bagajes y una parte de sus caballos, á los que hizo cortar los jarretes. Con objeto de reorganizar sus columnas hizo alto en Calcabelos (3 de Enero), en donde se trabó un furioso combate, que costó la vida al joven general Augusto Colbert, uno de los más brillantes oficiales del arma de caballería (1). «Su hermosa y marcial figura, ha dicho un inglés, el coronel Napier, su voz, su apostura, y principalmente su extraordinario valor, habían despertado la admiración de los ingleses, causando su muerte profundo sentimiento en el ejército (2).» Era este general el vigésimo séptimo descendiente del gran ministro de Luis XIV que había tomado la carrera militar y el décimocuarto que moría en el campo de batalla.

Moore llegó por fin á la Coruña después de haber perdido diez mil hombres, y no encontrando en ella la escuadra inglesa, presentó batalla ante la ciudad y fué vencido y muerto (16 de Enero). «Había deseado siempre morir de esta manera,— dijo Moore en sus últimos momentos.— Espero que el pueblo inglés quedará satisfecho.» Moore logró así dar tiempo suficiente para la llegada de la escuadra inglesa y salvar á su ejército. Sin embargo, Soult se apoderó de la Coruña y del Ferrol, teniendo que terminar solo esta campaña, pues desde el 6 de Enero Napoleón se vió obligado á volver á Valladolid para ocuparse de los preparativos militares de Austria y de la quinta coalición, que se estaba formando y que en pocos meses iba á ser derrotada. Pero mientras Europa temblaba al escuchar los nombres de Eckmühl, de Ratisbona y de Wagram, los Españoles aprendían el catecismo siguiente:

— Dime, hijo mío, ¿qué eres tú?—Español, por la gracia de Dios.

— ¿Quién es el enemigo de nuestra dicha? — El Emperador de los Franceses.

---

(1) Sus otros dos hermanos, Eduardo y Alfonso, que se alistaron el mismo día que él, en 1793, en el batallón de Guillermo Tell (sección de Bruto), llegaron también á generales, en 1809 el primero y en 1814 el segundo. Por un decreto imperial de 9 de Febrero de 1810, se dispuso que se colocara la estatua del general Colbert en el puente de la Concordia, con las de los generales, sus compañeros, muertos por el enemigo: Saint-Hilaire, Espagne, Lassalle, Lapisse, Cervoni, Lacour y Hervo. En el museo de Douai existe un cuadro pintado por Schnetz sobre la muerte de Colbert.

(2) Las frases que el Emperador le atribuyó en el *Boletín* del Grande-Ejército son apócrifas; pero Napoleón no quiso perder esta ocasión para excitar el patriotismo y el valor de sus soldados.

—¿Cuántas naturalezas tiene?—Dos: la humana y la diabólica.

—¿Cuántos emperadores hay en Francia?— Uno solo verdadero y tres personas.

—¿Cuáles son?—Napoleón, Murat y Godoy.

—¿Cuál de ellas es la peor?— Las tres son iguales.

—¿De dónde viene Napoleón?—Del pecado.

—¿Y Murat?—De Napoleón.

—¿Y Godoy?—De ambos.

—¿Cuál es el espíritu del primero?—El orgullo y el despotismo.

—¿Y el del segundo?—La rapiña y la crueldad.

—¿Y el del tercero?—La concupiscencia, traición é ignorancia.

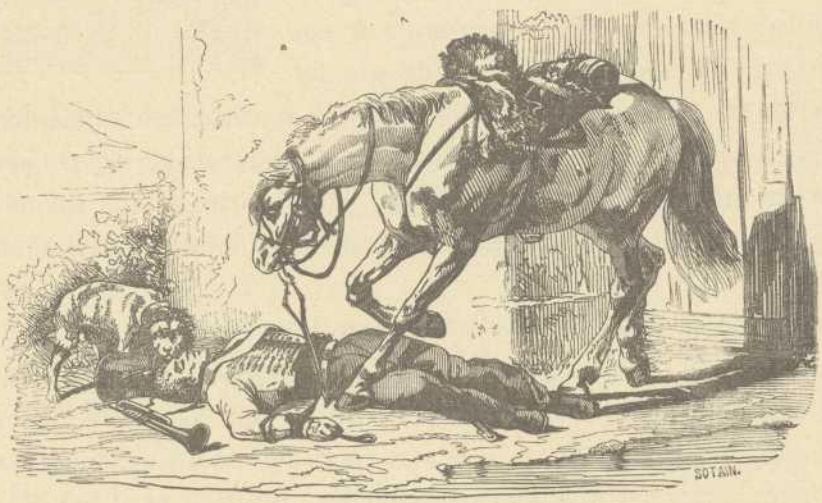
—¿Qué son los Franceses?— Antiguos cristianos que se han hecho herejes.

—¿Es pecado matar á un francés?—No, padre, antes bien se gana el cielo matando uno de estos herejes.

—¿Qué pena merece el español que falta á sus deberes?— La muerte infame de los traidores.

—¿Quién nos librará de nuestros enemigos?—Nuestra unión y las armas (1).

(1) *Catecismo civil y pequeño compendio de los deberes de todo español.* Se encuentra en las *Memorias sacadas de los papeles de un hombre de Estado,* tomo X, pág. 505.



El caballo del trompeta. (Dibujo de Horacio Vernet

CAPITULO VI

QUINTA COALICIÓN

EUROPA EN 1809.—RATISBONA.—ESSLING.—WAGRAM.—WALCHEREN.—TRATADO DE VIENA

Los triunfos de Napoleón habían ya arrojado de España á las tropas inglesas, y en un par de meses la nación entera iba á quedar sometida. Cerrados los últimos puertos de Europa al comercio británico, observándose el bloqueo continental desde San Petersburgo á Cádiz, sólo quedaba un recurso á los enemigos de Napoleón para detenerle: tal era encender nuevamente la guerra en las márgenes del Rhin ó del Danubio. De este modo, divididas sus fuerzas, se le obligaría á dejar España con una parte de su ejército, y entonces sus lugartenientes, debilitados y rivales entre sí, serían vencidos más fácilmente. El gobierno inglés encontró aún apoyo en Austria.

A pesar de las derrotas anteriores y del talento de Napoleón, la situación política de Europa y de Francia parecían favorables para tentar de nuevo la suerte de las armas. Las dificultades que había hecho surgir Napoleón con la guerra de España constituían una causa de debilidad para su poder, cada día más grave. «Todos han abierto los ojos,—decía José de Maistre en 1809,—ante la santa causa de la insu-

rrección española... Si España se mantiene firme, vamos á presenciar uno de los mayores y más singulares espectáculos que jamás se haya visto: tal es el de una gran nación acostumbrada á la monarquía, constituída en república por la fuerza de las circunstancias, aunque peleando siempre en nombre de un rey nominal, sin que sea fácil prever el término de semejante situación... Por otra parte, Bonaparte tendrá que hacer un nuevo juego, una guerra á sus expensas... Finalmente, hay una consideración que borra todas las demás, y es que la insurrección española suspende sobre la cabeza de Bonaparte una espada de Damocles, pudiéndose cortar á cada instante el cabello del cual pende.» Verdad es que Napoleón era aliado del Czar, pero Austria sabía el poco caso que debía hacer de semejante alianza. La erección del gran ducado de Varsovia y la constitución que Napoleón le había otorgado, eran un sentimiento, á la vez que una esperanza, para el resto de Polonia, y, por consiguiente, un motivo de inquietud para Rusia. El pueblo alemán, que hasta entonces había asistido á la lucha con cierta indiferencia, empezaba á ver en Francia un enemigo nacional, y en sus príncipes hereditarios, bajo cuya opresión habia estado, los representantes de la antigua Germania, cuya existencia estaba amenazada. El movimiento partía de las Universidades, desde las cuales se extendían por toda Alemania folletos, odas y principalmente cantos, que iban á despertar hasta en las cabañas el amor á la patria y el odio al extranjero. Un profesor y poeta, Mauricio Arndt, organizó en 1807 una sociedad secreta, á la que dió el nombre de *Tugend-Bund,* Asociación de la Virtud.

Estaban ya muy distantes los tiempos en los que, tanto los sobrevivientes de la antigua escuela literaria como los representantes de la moderna, literatos y filósofos, Kant, Fichte, Hegel Klopstock, Schelling, Gœthe y Schiller, saludaban el sacudimiento de 1789, destinado á organizar la sociedad «por medio de la razón»; y sin embargo, la Asociación de la Virtud se proponía, no sólo preparar á Alemania para su emancipación, sino obligar á los príncipes á que aceptasen reformas políticas y sociales que en el fondo eran idénticas á los principios de la Revolución francesa. El gobierno prusiano, por el decreto de Memel (1807), dió la señal de esta reforma. Aunque en general tales principios eran mal vistos por la aristocracia alemana,

el *Tugend-Bund* contó entre sus afiliados á la mayoría de los que, nobles ó plebeyos, debían contribuir unidos á la obra de rechazar al invasor. Contáronse entre ellos Stein, Blücher, los antiguos ministros Hardenberg y Scharnhorst, el duque de Brunswick-Œls y el mayor Schill. La Asociación de la Virtud no era por cierto la única que perseguía este fin, y una de estas sociedades se había fundado bajo la protección de la reina Luisa de Prusia, olvidando los Alemanes que ella era una de las principales causas de su postración, para recordar únicamente sus nobles sentimientos y su dolor patriótico, que debía llevarla á la tumba á la temprana edad de treinta y cuatro años (1810) y convertirla, como diría Kœrner, en el «ángel de la patria y de la venganza». Justo Grener, uno uno de los caudillos de este movimiento patriótico, fué nombrado director de policía en Berlín. Los soberanos comenzaban á comprender la fuerza de las ideas, que en un principio habían rechazado con temor y desprecio, y las reformas de Stein empezaban á dar ya sus naturales resultados. Preparáronse todos para los grandes acontecimientos por un trabajo de regeneración moral que la juventud de las Universidades buscó en la alta moral de Kant. En 1808, su discípulo Fichte dió á luz su *Discurso al pueblo alemán*. No era éste un llamamiento á las armas, pero en él decía: «Es en verdad necesario reformar el ejército y reorganizar la hacienda, pero ante todo precisa transformar al pueblo alemán... No es ni la fuerza bruta, ni la cualidad de las armas, sino el vigor del espíritu, lo que reportará la victoria. Si persistís en vuestra presunción y en vuestra molicie, os esperan todos los males de la servidumbre y terminaréis por aniquilar vuestra propia patria; pero si os proponéis ser hombres, veréis todavía florecer una generación que restaurará nuestra nacionalidad.» Antes que él, Gentz, en 1805, escribía en sus *Fragmentos de una historia del equilibrio político de Europa*: «Desunidos, estamos perdidos; unidos, nos levantaremos de nuestra postración; pero para que las energías políticas de Alemania marchen al unísono, precisa que exista una voluntad nacional. Vosotros, habitantes de Alemania, todos los que lleváis erguida vuestra cabeza, todos los que os halláis dispersos por la tierra, aunque unidos por la mancomunidad de tendencias, representantes legítimos de nuestra nación, abrid los ojos. Ante vosotros se abre un hermoso hori-

zonte; aunad vuestras fuerzas en pro de la patria. No busquéis un triunfo inmediato. Pensad que una sola palabra pronunciada á tiempo puede resucitar á los pueblos y despertar en razas enteras el fuego sagrado, oculto bajo la ceniza. Imposible es de todo punto que un pueblo como el nuestro no se rehaga de su vergonzosa ruina.»

Los aliados alemanes de Francia, vejados por las quintas y las contribuciones de guerra, eran más desgraciados aún que sus propios enemigos. El mayor Dornberg, jefe de la guardia de Jerónimo, rey de Westfalia, estaba afiliado al *Tugend-Bund* y había tramado un complot con el duque de Brunswick y el mayor Schill. En su virtud, á la primera señal, Dornberg sublevaría la guardia de Jerónimo, le haría prisionero y expulsaría las guarniciones francesas de la Confederación del Rhin. Por su parte, el mayor Schill debía sacar la guarnición de Berlín y marchar sobre Magdeburgo, mientras que el duque de Brunswick sublevaría Bohemia y Sajonia y organizaría las guerrillas germánicas. El conde Felipe Stadion, presidente perpetuo del ministerio austriaco, empleaba todo su talento y actividad en procurar enemigos á los franceses.

Los Tiroleses gemían bajo el yugo bávaro, indignándose ante las reformas administrativas y religiosas, contrarias á las costumbres del país. Este pequeño pueblo de montañeses y cazadores, valiente, enérgico, endurecido en el trabajo y acostumbrado desde pequeño al manejo de las armas, esperaba sólo una ocasión para levantarse en favor del emperador Francisco, su legítimo soberano, jefe de la casa de Hapsburgo, á la cual le unían los seculares lazos de una lealtad caballeresca. Hormayr representaba en Viena sus intereses. Un poeta austriaco, Collin, excitaba hasta el entusiasmo sus sentimientos con sus cantos patrióticos, que le hicieron rival de Arndt y de Kœrner. En la misma Italia empezaba á notarse agitación.

Austria, por otra parte, era militarmente más fuerte que en el año 1805. El archiduque Carlos, ministro de la guerra desde 10 de Febrero de 1801, había reorganizado el ejército, elevando su contingente á 300.000 hombres en activo, creando una *landwehr* (reserva que podía ascender á 200.000 y formando milicias nacionales. Se habían fundido un millar de cañones y construído un inmenso material de guerra, el cual permitía con razón al Austria considerarse

como la nación mejor armada de toda Europa. La fraternidad de las armas había contribuído á que naciesen, entre los distintos pueblos que constituían la monarquía austriaca, sentimientos comunes que tendían á estrechar su unidad.

La actitud de Rusia, las ideas de Alemania, la situación de España, los subsidios de Inglaterra y la propia confianza que Austria tenía en sus fuerzas, no eran los únicos móviles que la impulsaban á declarar la guerra. Algunos franceses, residentes en París, mandaron á Viena, San Petersburgo y Berlín, notas detalladas, que lograron escapar á las pesquisas de la policía, en las que se indicaba que los



M. de Champagny, duque de Cadore

restos del partido jacobino y del partido realista estaban dispuestos á unirse para destronar á Napoleón, aprovechando el más pequeño fracaso. No faltaban jefes audaces á estos conspiradores espectantes. Con una temeridad inconcebible, Andigné, Suzannet, Bourmont, Hugant de Saint-Mars, Carlos de Frotté, Auteroche, Girod y Michelet Moulin lograron evadirse del fuerte de Joux, en Enero de 1805. El general Malet perseguía la idea fija que debía realizar en 1812; otros más impacientes ó menos prudentes, como Arnaud de Chateaubriand, el conde de Goyon y el fiel criado Quintal, sorprendidos por la policía imperial, fueron fusilados en la llanura de Grenelle el Viernes Santo de 1809. La oposición legal se dejó sentir palpablemente en la discusión del Código de Enjuiciamiento criminal, en cuya votación resultaron cien votos en contra, en un total de doscientos ochenta votantes, en vez de doce ó quince que acostumbraban á resultar.

Finalmente, Talleyrand se había reconciliado con Fouché, y esto era un síntoma de mal agüero, pues pocos hombres había naturalmente menos dispuestos á coincidir, y hasta este momento había mediado entre ellos una verdadera enemiga. Como se ha dicho, Talleyrand despreciaba tanto la vulgaridad de Fouché como Fouché la frivolidad de Talleyrand; éste, que veía el mal sesgo que tomaban los asuntos de España, en los cuales más que otro alguno había contribuído á comprometer á Napoleón, á pesar de la oposición de otros personajes de su corte, como Cambaceres, no vacilaba en dejar entender que aborrecía y que siempre había abominado semejente político. Advertido Napoleón de sus intrigas por Savary, y enterado por Champagny de los preparativos bélicos de Austria, á su regreso de España tuvo una violenta escena con Talleyrand y le quitó el cargo de Gran Chambelán para dárselo á Montesquieu. Mandó llamar á Metternich, embajador de Austria en París desde 1806, y le preguntó iracundo sobre los preparativos militares de su gobierno. «¿Qué significa esto?—le dijo. —¿Os empeñáis aún en encender la guerra? ¿Cómo es que cuando estaba mi ejército en Alemania no creíais amenazada vuestra existencia, y ahora que le tengo en España la consideráis comprometida?» Metternich hizo protestas de amistad y negó descaradamente los preparativos de la corte de Viena.

Esta coalición produjo la más viva contrariedad en el ánimo de Napoleón. «Preciso es que existan planes que desconozco, pues es una verdadera locura hacerme la guerra. ¡Y después dirán que no puedo estar tranquilo, que soy ambicioso, cuando sólo sus simplezas me obligan á obrar así!» Las intrigas de Talleyrand le hicieron creer en un complot realista; queriendo tomar rehenes de algunas familias nobles, á fin de asegurarse de su fidelidad, incorporó al ejército gran número de jóvenes de la aristocracia francesa. Con esta medida recobró la tranquilidad, por lo que respecta al interior, y sin preocuparse de los manejos de los demás partidos, tomó en seguida el camino de Baviera, en donde Berthier, encargado de concentrar en Ratisbona las tropas francesas, había comprometido ya, por una falsa interpretación de las órdenes que se le habían dado, el principio de la campaña.

Napoleón había ordenado á Davout, que con 45.000 hombres vigilaba la líneas del Elba, que se dirigiese á Bamberg, y á Massena que

lo hiciese hacia Augsburgo, con 40.000 hombres y los contingentes de Hesse y de Baden; y por último, Lefebvre y Vandamme, al frente de los Bávaros y Wurtembergueses, debían defender la línea del Inn. Mientras llegaba el Emperador, Berthier tenía el encargo de concentrar estos cuerpos entre Augsburgo y Donauwerth, en caso de que los Austriacos atacasen de improviso. El archiduque Carlos, cuyo plan consistía en marchar sobre Strasburgo, remontando el Danubio, había



Napoleón arengando las tropas bávaras y wurtembergueses en Abensberg (20 de Abril de 1809). Cuadro de Debret

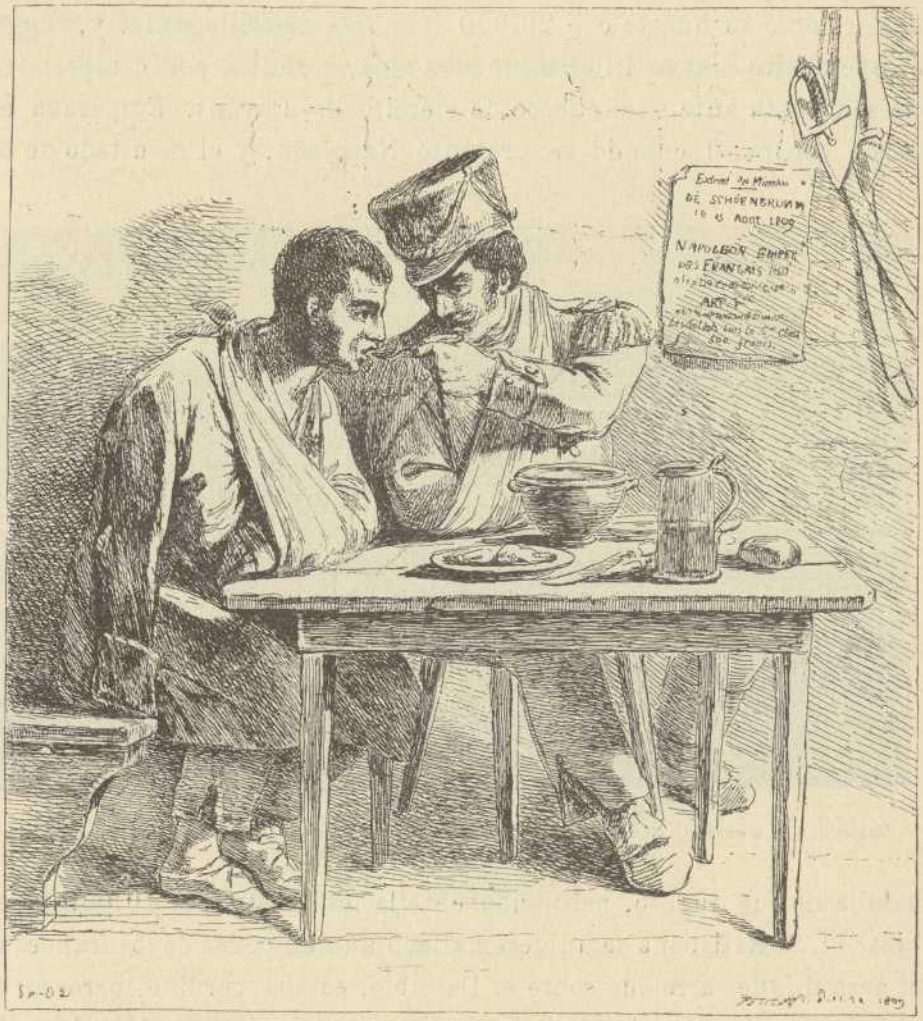
dividido su ejército, que constaba de 175.000 hombres, en tres cuerpos: 50.000, al mando de Bellegarde, debían pasar á Bohemia y enviar algunos destacamentos á Sajonia; 75.000, mandados por el propio archiduque, invadirían la Baviera por Scharding y Landau (sobre el Isar), y 50.000, con Hiller, marcharían hacia Braunau y Landshut. El archiduque había designado Ratisbona como punto de reunión de estos tres cuerpos de ejército, y en 16 de Abril los Austriacos habían pasado el Inn en Passau y el Isar en Landshut, continuando su marcha hacia Ratisbona, á donde había llegado Davout, mientras que Berthier había dejado dispersas las tropas francesas en

Baviera, estando Vandamme en Donauwerth, Massena en Augsburgo y Lefebvre sobre el Abens. Davout, aislado en Ratisbona del resto del ejército, iba á ser cogido entre Bellegarde, que llegaba por Cham y Pilsen, y el archiduque Carlos. Iban, pues, á reunirse las tres columnas austriacas, y, logrado esto, parecía que nada podría detenerlas hasta el Rhin. Ya había empezado Bellegarde el ataque de Ratisbona por el Norte cuando Napoleón llegó al campamento de Berthier.

Sus primeras palabras al bajar del carruaje, y al hallarse en su aposento ante el mapa que le presentaba Monthyon, fueron: «¿Dónde está el enemigo?» Se le respondió: «El archiduque ha pasado el Inn y el Isar, ha vuelto hacia la derecha y está en camino de Ratisbona.» Al oir esta respuesta se vió á Napoleón erguirse, con radiante mirada, y exclamó tendiendo su brazo en dirección de Ratisbona: «¿Qué decís? ¡Es imposible!» y ante una nueva afirmación, henchido de la alegría que revelaban su gesto, la entonación de la voz y su mirada, exclamó: «¡Ese ejercito está perdido! ¡Antes de un mes estaremos en Viena!» Había advertido inmediatamente el único defecto del plan del archiduque, el cual se había separado de su ala izquierda, hacia Landshut, sin haberse reunido antes con su derecha, de la que le separaba el Danubio. En vista de que no era prudente obstinarse en defender Ratisbona, plaza completamente abierta, con peligro de ser derrotado por las tropas del archiduque y de Bellegarde, Napoleón ordenó al punto á Davout que abandonase esta ciudad y marchara hacia Neustadt, lo cual había sido previsto por este general y había evacuado Ratisbona, en la que sólo dejó un regimiento, estando ya en marcha hacia el desfiladero de Abach. Ya era tiempo, pues la vanguardia de Hiller había llegado á Than ó Tengen. Davout la derrotó (19 de Abril) y se incorporó á Napoleón en Abensberg. Massena, atendiendo las órdenes del Emperador, se había trasladado desde Augsburgo á Pfaffenhofen.

Napoleón había concentrado, pues, en tres días 120.000 hombres en el espacio libre entre Hiller y el archiduque. Davout debía permanecer en Than, para contener al archiduque; Massena pasaría el Isar, desembocaría por la orilla derecha y rebasaría la vanguardia de Hiller, mientras que Napoleón la atacaría de frente. El Emperador se puso al frente de las tropas alemanas, sin llevar consigo ni una sola

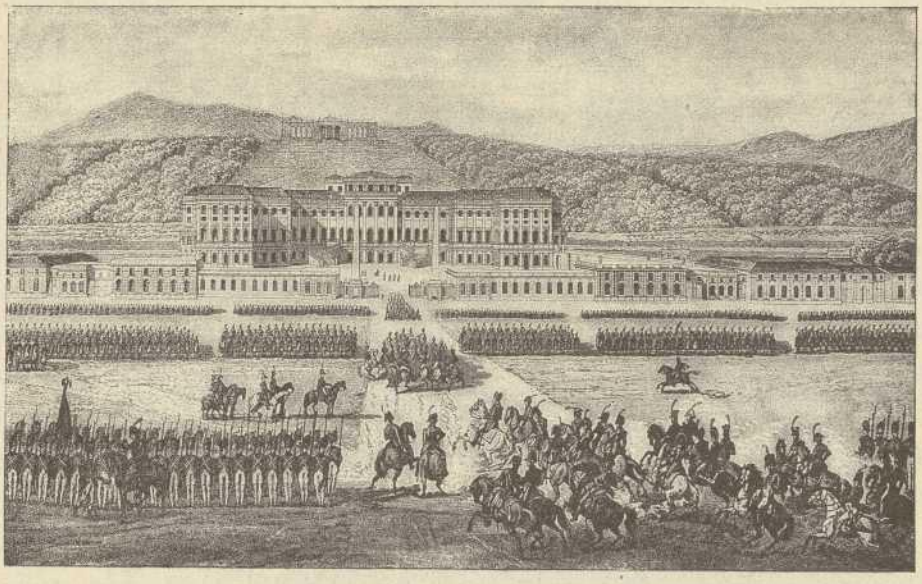
escolta francesa, y levantó su entusiasmo con una proclama en que les llamaba á defender una vez más la libertad de Alemania contra su implacable enemiga la casa de Austria. Hiller, quebrantado por la



Soldado herido dando la sopa á un compañero que no puede valerse de sus brazos.
(Dibujo de Vivant-Denon, hecho en Viena en 1809)

serie de combates que se conocen con el nombre de batallas de Abensberg, se replegó hacia Landshut con pérdida de 7.000 hombres; pero Massena corrióse por la derecha del Isar, y, para no ser copado, Hiller dejó en poder de los Franceses un gran número de prisioneros y todo el material de un puente, por el cual esperaban los Austriacos

pasar el Rhin, y huyó hacia el Inn (21 de Abril). Napoleón le hizo seguir por Bessières, al frente de tres divisiones, y unido con Massena volvió á reunirse con Davout en el camino de Eckmühl. El archiduque, después de haber obligado á capitular al 65.° de línea en Ratisbona, reforzó su hueste con 20.000 hombres de Bellegarde, y, luego de esperar dos días á Hiller sobre el Abens, terminó por comprender que sólo tenía ante sí el cuerpo de ejército de Davout. Empezaba el ataque contra él cuando se presentó Napoleón, y el resultado de la



Llegada de S. M. el emperador Napoleón al palacio de Schoenbrunn (1809). Dibujo de A. de Laborde, grabado por Aubertin.

batalla no fué dudoso, perdiendo en ella los Austriacos 10.000 hombres (1). Si Ratisbona se hubiese hallado aún en poder de los franceses, el archiduque, arrojado sobre el Danubio, estaba perdido; pero fortificóse como pudo en la ciudad, y en el momento en que Napoleón iba á forzar el paso, mandó volar los puentes y fué á reunirse con Belle-

(1) En esta batalla el general Cervoni, uno de los compañeros de armas más antiguos de Napoleón, fué muerto por una bala de cañón en el momento en que desdoblaba un mapa ante el Emperador, Lannes y Massena. «¡Pobre Cervoni! — exclamó aquél, — ¡hacía ya mucho tiempo que no había visto las balas de cañón, y no le han conocido!» Debemos consignar también el heroísmo de los húsares austriacos, que se atrevieron á cargar contra las coraceros franceses para proteger la retirada (*).

(*) El autor es francés. No deben extrañar, pues, estas últimas frases.—*(N. del T.)*

garde en la orilla izquierda (23 de Abril). En el ataque de Ratisbona recibió el Emperador una pequeña herida en el talón. Esta memorable batalla de cinco días hizo perder al archiduque 40.000 hombres y más de cien piezas de artillería, con su línea de operaciones, y dejó en descubierto á Viena.

Hiller hizo todo lo posible para retardar el avance de los Fran-



El general conde Molitor. (Cuadro de H. Vernet)

ceses por la orilla derecha, á fin de dar tiempo suficiente al archiduque, obligado á seguir la izquierda, para adelantarse hacia Viena. Intentó valerosamente una contramarcha para atacar á la vanguardia de Bessières; pero le detuvo en Neumarkt la resistencia de Molitor, y después de un nuevo y desesperado combate en el paso del Traun, en Ebersberg, se vió obligado á reunirse con el archiduque, pasando por el puente de Krems, que mandó volar tras él. Napoleón continuó sin obstáculo su marcha hacia Viena. El día 7 de Mayo llegó á Mœlk,

el 10 frente á Viena; el 11 se apoderó del Prater y el 13 de la ciudad, cuyos habitantes estaban dispuestos á defenderse, pero que mal fortificada, capituló después de algunas horas de bombardeo. De esta manera, en menos de un mes, el Emperador batió y arrojó ante él, hacia Viena, más de 150.000 hombres. Los restos de los ejércitos sucesivamente deshechos por él le esperaban al Norte del Danubio.



El mariscal Lannes, duque de Montebello. (Cuadro de Gerard)

No era muy fácil irles á buscar allí, pues los Austriacos, aprovechándose de la lección que recibieron en 1805, se dieron prisa á volar los puentes de Viena. Mientras Napoleón buscaba un sitio favorable para atravesar el Danubio, más arriba ó más abajo de la ciudad, pudo concentrar su atención en los demás teatros de la guerra. Esperaba sobre todo impacientemente noticias de Italia.

El archiduque Juan obligó al príncipe Eugenio á abandonar el Véneto, derrotándole en Sacila, sobre el Livenza. El general Macdo-

nald, que á pesar de sus relevantes condiciones había sido excluído hasta ahora de los mandos superiores á causa de sus opiniones republicanas (continuaba usando el uniforme de los generales de la Revolución), fué encargado por el Emperador de la dirección de la tan comprometida campaña de Italia. Siguiendo sus consejos, el príncipe Eugenio continuó retrocediendo ordenadamente hacia el Adigio, retirada tanto más necesaria en cuanto podía ser cogido entre las tropas del archiduque y los Tiroleses victoriosos, que se disponían á caer sobre Mantua por el valle del Adigio.



El Archiduque Carlos Luis de Austria copia de un dibujo de la Srta. Noireterre).

Al frente de los montañeses sublevados estaba Andrés Hœfer, posadero de Passeyer, que en 1796 había mandado los tiradores de su patria en la guerra contra los Franceses. Aunque tenía siete hijos, no vaciló en volver á empuñar las armas en esta lucha nacional y religiosa. Le secundaban enérgicamente Pedro Huber y Speckbancher, un labrador que había hecho las campañas de 1797, 1800 y 1805, demostrando notables aptitudes militares, y finalmente el capuchino Haspinger, quien, aunque no combatía, inflamaba el valor guerrero de su pueblo con su elocuencia. Secundados por las tropas regulares de Chasteller, antiguo emigrado francés, y de Jellachich, expulsaron de su patria á los Franceses y Bávaros. Una división de 3.000 hom-

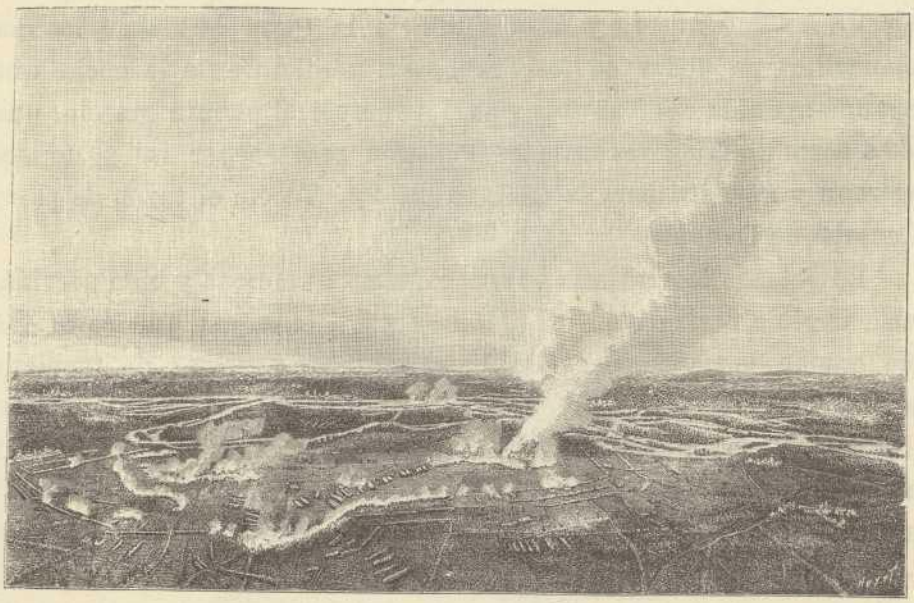
bres vióse obligada á capitular, y el general Baraguey de Hilliers, acampado en las cercanías de Rívoli, hubo de replegarse hacia Verona. Después de la batalla de Eckmühl fué preciso mandar al Tirol al mariscal Lefebvre, quien, en un principio, parecía haber sofocado la insurrección, pero esta tranquilidad no debía durar más allá de quince días.

El archiduque Fernando combatía en Galitzia contra los aliados de los Franceses, los Rusos, de Galitzin, y los Polacos, de Poniatowski, pero por pura comedia, pues en Oulanowka murieron dos rusos y hubo un herido, que, hecho prisionero por el jefe austriaco, fué devuelto al general ruso, dándole toda clase de excusas y diciendo que creía haber atacado á los Polacos. En cambio, los Rusos estuvieron más de una vez á punto de llegar á las manos con los Polacos, que peleaban á su lado.

Entretanto, Napoleón hizo una requisa de los barcos de Baviera, que cargados de vituallas marcharon á Viena, de donde muchos volvieron á partir llenos de enfermos y heridos, y los que quedaron fueron destinados á la construcción de puentes sobre el Danubio. Napoleón escogió el punto por donde debía verificarse el paso, más abajo de Viena, en cuyo sitio el río se divide en dos brazos, que forman la isla de Lobau, el de la izquierda con una anchura de unas sesenta toesas y el de la derecha de ciento cuarenta. La isla de Lobau tiene aproximadamente una legua de longitud por una y media de ancho; no era, pues, imposible acamparan en ella 150.000 hombres. Seis días después de la entrada de los Franceses en Viena estaba todo preparado, y el ejército empezó á ocupar la isla el día 19 de Mayo: unos 25.000 soldados atravesaron el estrecho brazo, protegidos por la artillería, y avanzaron hacia los pueblecillos de Essling y de Aspern; pero, desgraciadamente, no pudo pasar todo el ejército, por cuanto en la noche del 19 al 20 de Mayo el gran puente, que unía la isla de Lobau con la orilla derecha del Danubio, se rompió á consecuencia de una súbita crecida del río, que aprovecharon los ribereños para echar en la corriente maderos, troncos de árboles y hasta los molinos flotantes de las cercanías de Viena. Al propio tiempo, advertido el archiduque del paso de los Franceses, apareció en la mañana del 20 de Mayo, con 90.000 hombres, en la orilla izquierda

del río. Las tropas atrincheradas en Essling y en Aspern se encontraron, pues, comprometidas, y Napoleón dió la orden de evacuar las dos poblaciones. Molitor se oponía á abandonarlas, pero la vacilación de los generales no le permitió resistir con la unidad necesaria el ataque de los Austriacos, que lograron ocupar Aspern en la mañana del 21 de Mayo.

Hiller y Bellegarde, que habían alcanzado este triunfo, no pudieron mantenerse en la posición conquistada; habíase reconstruído



Batalla de Essling (copia de una acuarela existente en el Museo de Versalles)

el gran puente y el resto del ejército había comenzado á pasar á la isla de Lobau. Las órdenes de presentar batalla, dadas por el Emperador, confirmaron á Molitor en su resolución. Napoleón en persona pasó el puente pequeño y se adelantó tanto que una bala de cañón rompió la pierna de su caballo; todos exclamaron: «¡Alto el fuego si el Emperador no se retira inmediatamente!» Los granadoros de la guardia, que estaban á algunos centenares de metros detrás, tuvieron 300 bajas, ocasionadas por la artillería enemiga; iban vestidos de gala. Al pasar el puente grande se abrieron mutuamente los estuches que llevaban sobre la mochila, y en los que guardaban sus gorras de pelo, y arrojaron sus sombreros al Danubio «¡Así conclu-

yeron,—dice Coignet,—los sombreros de la guardia!» El Emperador comprendió perfectamente que como general en jefe se exponía demasiado; alejóse de aquel sitio, y, por medio de una escalera de cuerda, subióse á un alto abeto, desde donde observó todas las peripecias de la batalla.

El general Lasalle dió más de diez cargas á la caballería austriaca, mientras que Lannes, con la división Boudet, resistía heroicamente el ataque de la infantería. La llegada de los coraceros de Saint-Germain permitió por fin á Lasalle y á Bessières hacer mella en los escuadrones enemigos, y á la caída de la tarde quedaban los dos pueblecillos en poder de los Franceses; pero durante la noche una segunda avenida del Danubio volvió á romper el puente grande, que sólo á costa de fatigosos trabajos lograron recomponer los generales Bertrand y Pernetti para la mañana del 22. Tocóle el turno de pasar al cuerpo de Davout.

Entretanto la artillería austriaca, muy numerosa y bien servida, hacía terrible destrozo en las filas francesas, mientras que éstas tan sólo habían logrado poner en batería algunas piezas de mediano calibre. «Las balas de cañón,—dice Coignet,—caían en nuestras filas y se llevaban los hombres de tres en tres, las bombas hacían saltar las gorras de pelo á veinte pies de altura. Así que se rompía una fila se oía gritar:—¡Apoyar la derecha, estrechar las distancias! —Y aquellos valientes maniobraban sin pestañear y decían, al ver la llama de un cañonazo: —¡Ese es para mí!—Dos piezas quedaron sin artilleros, el general Dorsenne los reemplazó con doce granaderos: y les condecoró; pero todos aquellos valientes murieron al lado de sus cañones.» Una desgracia mucho mayor sufrieron los granaderos: la división de Lannes se batía en retirada, y una parte de ella, presa del espanto, cayó sobre ellos, cubriendo todo su frente. «Como los granaderos estaban formados en una sola fila, cogían por el cuello á los recién llegados y los ponían detrás de ellos diciéndoles:—¡Basta de miedo!—Afortunadamente, todos iban armados y municionados. El pueblo de Essling continuaba en nuestro poder, á pesar de haber sido tomado, vuelto á tomar é incendiado; la infantería lo ocupó toda la jornada. Restablecida un tanto la calma entre los soldados que se habían refugiado detrás de los granaderos, el mariscal Bessières se

encargó de ellos, y, haciéndoles formar, les dijo:—¡Vais á atacar en guerrilla y yo iré á pie con vosotros!—Marcharon todos con este valiente general, quien les colocó, formando una sola línea, á tiro de fusil de las cincuenta piezas de artillería, que vomitaban hierro sobre nosotros desde las once de la mañana; de este modo, una guerrilla vino á proteger el fuego de filas, que habíamos roto sobre la arti-



El mariscal Mouton, conde de Lobau. (Cuadro de Ary Scheffer)

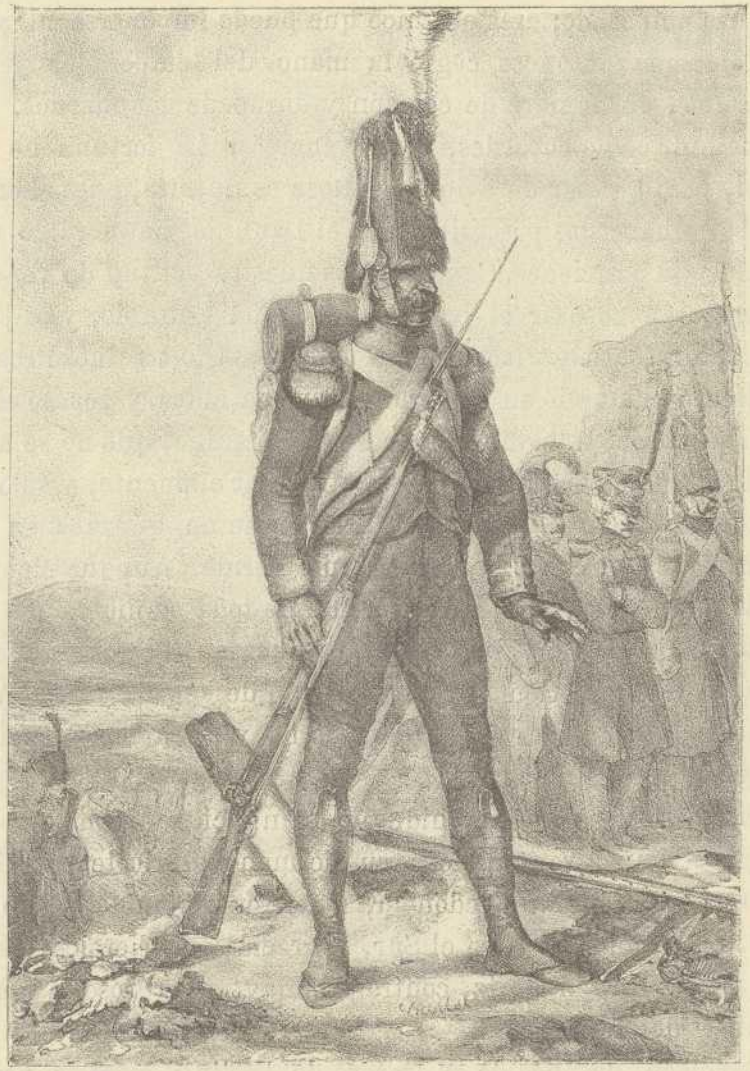
llería austriaca. El esforzado mariscal, con las manos cruzadas á la espalda, sin descansar de un punto á otro, logró al cabo acallar por un momento la furia del fuego enemigo, lo cual proporcionó algo de descanso á los granaderos; pero el tiempo es siempre sobrado largo cuando se espera la muerte sin poder defenderse, las horas se hacían siglos: una cuarta parte de nuestros veteranos perecieron sin haber podido morder un cartucho. Bessières permaneció detrás de sus soldados más de cuatro horas; el campo de batalla continuó en nuestro poder.»

Tanto valor iba pronto á triunfar de la tenacidad de los Austriacos, y ya el mariscal Lannes había logrado romper el centro enemigo entre Aspern y Essling, cuando Napoleón le participó que el gran puente se había vuelto á romper, y esta vez de tal manera que era imposible recomponerlo ni mandar socorros. Era preciso emprender la retirada, pues el enemigo, aunque muy quebrantado, se apercibió con verdadero asombro del suceso, se reanimó, y los dos pueblecillos volvieron á ser teatro de un sangriento combate. Batíanse cuerpo á cuerpo; los Franceses sólo empleaban la bayoneta, pues se les habían agotado las municiones y era imposible renovarlas, hasta que por fin, después de haber perdido y reconquistado seis veces las dos aldeas, quedaron en su poder. El general Mouton, con los fusileros de la guardia, contrarrestó los últimos conatos del enemigo, que, aniquilado, sólo contestaba de vez en cuando con algunos coñonazos.

«Pero en este instante una horrible desgracia vino á impresionar dolorosamente al ejército. Mientras Lannes galopaba de una parte á otra para sostener el valor de sus soldados, temeroso un oficial de verle correr tanto peligro, le suplicó que se apeara, para hallarse así menos expuesto al fuego. Aunque poco acostumbrado á cuidarse de la vida, como quien está persuadido de que nada puede librar á un hombre de su destino, siguió su consejo, y en el mismo instante una bala de cañón le rompió las dos piernas. El mariscal Bessières y el capitán de caballería César de Laville le recogieron, anegado en su propia sangre y casi desvanecido. Bessiéres, que el día antes había sido duramente tratado por él, estrechó su desfallecida mano, volviendo la cabeza por temor de ofenderle con su presencia. Extendido sobre el capote de un coracero fué transportado á una media legua de distancia, al pequeño puente, donde se había establecido una ambulancia. Esta noticia cundió rápidamente por todo el ejército, produciendo una profunda tristeza.» (THIERS).

Entretanto celebróse en la misma noche del 22 de Mayo un gran consejo de guerra, en el que los generales opinaron que era preciso evacuar inmediatamente la isla y repasar el río hacia su orilla derecha. Napoleón les hizo presente las consecuencias de esta retirada, siendo una de ellas el abandonar en poder del enemigo la artillería y heridos, demostrando haber sufrido una completa derrota al realizar

voluntariamente un movimiento de retroceso, que ni el mismo archiduque había tratado de imponerles. Esta prueba de abatimiento, que con tanta insistencia se pedía, influiría grandemente sobre



Infantería ligera francesa: granadero (copia de una litografía de Charlet)

la moral del enemigo, produciría la defección de Rusia y la insurrección de Alemania. De repasar el Danubio en seguida, nos veríamos obligados á retroceder hasta el Rhin. Por el contrario, conservando las posiciones conquistadas, nada se perdía y se podía intentar un nuevo ataque, que ya había estado á punto de tener buen éxito.

«Esperaremos al ejército de Italia,—exclamó Napoleón al terminar.— Hemos sufrido grandes pérdidas, pero vosotros, Bessières, Massena, habéis sobrevivido y estoy seguro de que os mostraréis dignos de lo que ya habéis hecho. Tú, Massena, tú concluirás lo que tan gloriosamente has empezado; eres el único que puede imponerse al archiduque.» Massena entonces cogió la mano del emperador y le dijo: «Sois, señor, un hombre de corazón y digno de mandarnos. No, no debemos huir como cobardes, como vencidos. La fortuna no nos ha sido fiel, pero á pesar de todo la victoria es nuestra, pues el enemigo, que debería habernos precipitado en el Danubio, ha mordido el polvo ante nuestras posiciones. Conservemos nuestra actitud de vencedores, limitémonos á repasar el brazo estrecho del Danubio, y os juro que echaré al agua al austriaco que pretenda pasarlo tras nosotros.»

Massena cumplió su palabra: evacuó la aldea y repasó el puente pequeño, conteniendo valerosamente al enemigo, que no se atrevió á seguirle de cerca; fué el último en atravesar el puente, y sólo lo hizo cuando estuvo completamente seguro de que no quedaba en la otra orilla ni un cañón, ni una caja, ni un herido. Aunque debida esta retirada á un accidente independiente de toda maniobra militar, no por esto dejaba de constituir un grave fracaso. El archiduque Carlos es conocido aún en Alemania con el título de «el héroe de Aspern,» y el mismo Napoleón decía: «Quien no ha visto á los Austriacos en Essling, no ha visto nada.»

En este intervalo el archiduque Juan recibió orden de abandonar Italia y de venir á reunirse con su hermano al Norte del Danubio. Siguiéronle Eugenio y Macdonald, le derrotaron en el Raab (14 de Junio), rechazándole hacia el Sur, y gracias á la heroica resistencia del 84.° de línea, en Gratz, contra Giaulay, aseguróse la reunión de Eugenio y de Marmont.

Napoleón, después de su fracaso de Essling, parecía proponerse desafiar á Europa. Mandó sacar de Roma al Papa, y por el decreto de Schoenbrunn, de 17 de Mayo, declaró anexionados al imperio francés los Estados pontificios; pero de lo que principalmente se ocupaba era de los preparativos para intentar de nuevo el paso del Danubio.

Para asegurar en absoluto sus comunicaciones con la orilla derecha, mandó construir el Emperador, al lado del nuevo puente de bar-

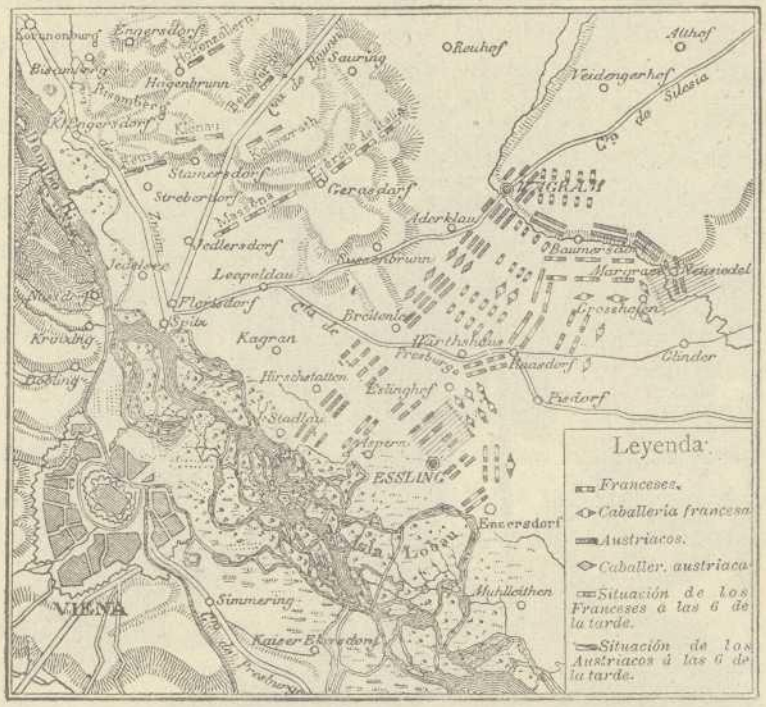
cas, un puente sobre estacas, y á fin de protegerlo del choque de los cuerpos flotantes, trató primeramente de utilizar una gigantesca cadena de hierro que los Turcos abandonaron en Viena en 1683; pero no



Infantería ligera francesa: cazador (copia de una litografía de Charlet)

había máquinas para tenderla, y entonces se recurrió á una estacada formada por una línea de gruesos troncos, profundamente clavados, que cortaban oblicuamente las aguas del río. En previsión de un desastre, hizo proteger estas obras con sólidas fortificaciones á la entra-

da del puente, en la isla de Lobau, que cubriría el paso con sus fuegos si por desgracia se veía obligado á batirse en retirada. Los Austriacos por su parte fortificaron las posiciones que ocupaban. El archiduque tenía su derecha en Aspern, su centro en Essling y la izquierda en Enzersdorf; detrás de estas posiciones, fortificó la meseta de Wagram con dos reductos, armados de 150 piezas de artillería. Napoleón le engañó sobre el punto por donde se proponía atravesar el río, haciéndole



Plano de la batalla de Wagram

creer que persistía en verificarlo por el Norte de la isla, para lo cual dejó dos puentes en Essling y Aspern. A principios de Julio se reunió casi todo el ejército, ya en la isla de Lobau, ya en la orilla derecha, enfrente de ella. Napoleón ideó tender un puente de una sola pieza, compuesto de barcas unidas de antemano por medio de unos gruesos tirantes de hierro, que debía atarse sólidamente á una orilla, y, abandonando el otro extremo á la corriente, dejar que ésta lo aproximase á la opuesta, echando después varias anclas en toda su longitud que le sirviesen de puntos de apoyo. Se procuró tenerlo escondido en uno

de los falsos brazos que el Danubio forma en la isla de Lobau, y para facilitar el transporte desde este sitio al río, se hicieron en el puente algunas articulaciones que le permitían adaptarse á las sinuosidades del canal.

Napoleón, en la noche del 4 al 5 de Julio, concentró sobre Enzersdorf cien piezas de artillería, y mientras el enemigo estaba dis-



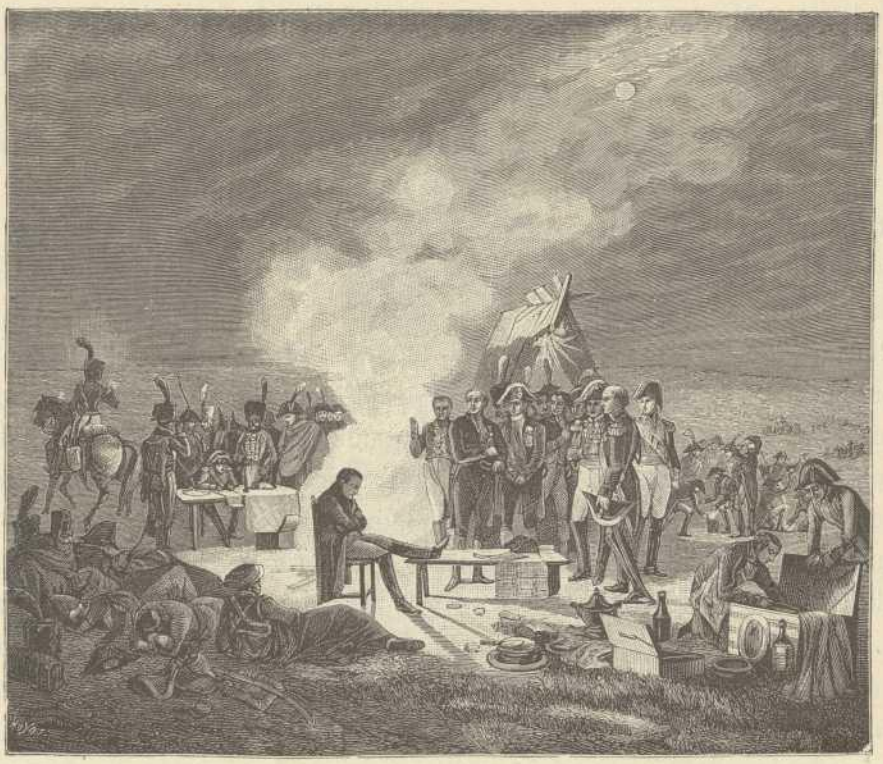
Batalla de Wagram. (Cuadro de Horacio Vernet en el Museo Versalles)

traído hacia este lado, mandó echar un puente al extremo Este de la isla. Diez minutos duró escasamente esta operación, é inmediatamente y con la misma prontitud se lanzaron al agua cuatro puentes más, pudiéndose creer que se asistía á una sencilla maniobra en el campo de ejercicio. El ejército emprendió el paso hacia la orilla izquierda en el momento de estallar una horrorosa tormenta, á cuyos truenos se mezclaban los cañonazos, y en la mañana del 5 de Julio se encontraba á la izquierda del ejército austriaco, habiendo envuelto sus posiciones é inutilizando sus reductos. El archiduque cambió su línea de batalla y tomó posiciones sobre el Russbach. Tras algunos reconocimientos, Napoleón aplazó la batalla para el día siguiente.

Esperaba descubrir los planes del archiduque por sus movimientos; éste había tomado la ofensiva, dirigiendo su derecha (Klenau) hacia el Danubio para copar las huestes francesas de la isla, mientras que su izquierda atacaba á la derecha francesa, mandada por Davout, en cuyo punto Napoleón se propuso dar el golpe decisivo. Davout recibió orden de atacar á Neusiedel y apoderarse de la meseta que domina á esta población. En el centro, Bellegarde se había apoderado de Aderklaa, que defendían Bernadotte y los Sajones. En la extrema izquierda francesa, la división Boudet fué rechazada hasta el puente tendido entre Essling y Wagram. Napoleón se decidió entonces á debilitar su centro, marchando Massena hacia la izquierda del ejército por el flanco enemigo, formado en batallones cerrados, lo cual, de pronto, parece una falta, ya que los proyectiles austriacos encontraban siempre blanco seguro en esta masa compacta; pero Massena hubo de hacerlo así porque no tenía bastante confianza en la firmeza de sus jóvenes soldados. El gran hueco hecho con este motivo en el centro, llenóse inmediatamente con toda la artillería de la guardia, mandada por Lauriston y Druot, con un total de cien bocas de fuego (1); los Austriacos sostuvieron este terrible cañoneo con admirable valor; mientras tanto, Napoleón no perdía de vista las alturas de Neusiedel. Massena le suplicó reforzase la izquierda, siempre amenazada: «La división Boudet se bate en retirada y se ha visto precisada á abandonar su artillería; los Austriacos van á apoderarse del puente.» El Emperador no se inquietó por tales noticias, y parecía no hacer caso de la zozobra del ayudante de Massena. Pronto se apercibió, á la claridad de los fogonazos de la artillería, que Davout había rebasado Neusiedel, y volviéndose entonces Napoleón hacia el emocionado ayudante, le dijo: «Si se ha perdido la artillería de Boudet es porque así debía ser. Id y decidle á Massena que hemos ganado la batalla.» En efecto, Davout, formando sus tropas en la meseta, en columnas de ataque se lanzó sobre el flanco de la división de Rosenberg y la arrojó sobre el centro. Formóse al propio tiempo una enorme columna

(1) Entre los oficiales que más se distinguieron en esta maniobra, célebre en los anales del arma de artillería, debe citarse al teniente coronel Marin-Dubuard, apellidado por sus soldados *el padre Metralla*.

con las tres divisiones del ejército de Italia, al mando del general Macdonald, que, ávidas de distinguirse ante el Gran-Ejército, arrollaron cuanto se les presentó y destruyeron el centro austriaco. «¡Es un valiente!» exclamó el Emperador al observar el comportamiento de Macdonald y de sus tropas. El archiduque, envuelto por todas partes, tuvo que retroceder. Massena volvió á entrar en Essling,



Vivac de Napoleón sobre el campo de batalla de Wagram. (Cuadro de Roehn, en el Museo de Versalles)

Davout ocupó Wagram y los Austriacos emprendieron en buen orden el camino de Bohemia.

Napoleón había combinado otro plan de batalla. Así que comprendió el propósito de los Austriacos de envolver á los Franceses, cortándoles el paso del Danubio, hubiese querido que realizasen este movimiento por completo para después atacarlos con su derecha y arrojarlos al río; hubiera así repetido la batalla de Austerlitz. Pero, á pesar de su poderoso genio y del prestigio que sabía ejercer sobre sus soldados, Napoleón era prudente en la ejecución de sus planes,

teniendo siempre en cuenta los elementos de que disponía para en su vista modificarlos. Temió, pues, que sus quintos careciesen de la suficiente sangre fría para dejarse envolver sin zozobra. «Nuestros soldados, — dice el mariscal Macdonald, á quien se reprochaba haber formado sus columnas en masas compactas de batallones, como si hubiese dudado del valor de sus tropas, — son siempre valientes, pero no tenían aún la suficiente unidad.» Tres generales, Macdonald, Oudinot y Marmont, ganaron en esta batalla el grado de mariscal de Francia, y á no morir Lasalle en lo último del combate, es seguro, que también lo habría obtenido.

El ejército francés alcanzó de nuevo á los Austriacos en Znaïm y ya había comenzado el combate cuando el archiduque propuso un armisticio (12 de Julio). Las negociaciones que inmediatamente se iniciaron dieron por resultado el tratado de Viena (14 de Octubre de 1809), cuyas principales condiciones son las siguientes: 1.ª, la frontera de Baviera se extendía hasta el Traun; 2.ª, por el lado de Bohemia, Austria cedía al rey de Sajonia algunas comarcas que poseía al Norte del desfiladero de Schandau; 3.ª, en Polonia, Austria abandonaba la parte de Galitzia comprendida entre el Pilica y el Bug, que había adquirido en 1793, y además el círculo de Zamosc, las minas de Wieliczka, anexionadas al gran ducado de Varsovia, y los distritos de Zolkiew y de Zlocszow, que pasaban á poder de Rusia; 4.ª, Goritz, Trieste, Villach, lo restante de Istria, la Carniola, el litoral húngaro y una parte de la Croacia se cedían á Francia para fomar las provincias ilirias; Austria perdía así su dominio en el Adriático; 5.ª, además debía pagar 85 millones para los gastos de guerra, y se comprometía á reducir el contingente de su ejército á 150.000 hombres.

Las tentativas de Schill y de Dornberg fueron fácilmente sofocadas (1) y el duque de Brunswick se vió obligado á refugiarse en Heligoland, después de perder la Sajonia y de quedar dispersos los 8.000 hombres que mandaba. Pero dos días antes de firmarse el tra-

(1) Schill se apoderó por sorpresa de Stralsund, pero no la pudo conservar en su poder y pereció en un combate contra una división de Daneses y Holandeses, después de haber matado por su propia mano á su general Carteret.

tado, un estudiante llamado Staps, de raza sajona, y, por lo tanto, súbdito de un monarca aliado de Napoleón, intentó dar la libertad á Alemania asesinando á su opresor. Introdújose en Schœnbrunn y, detenido poco después, se le encontró un puñal, y como no negase su propósito, fué conducido ante el Emperador, quien quiso interrogarle personalmente. Napoleón le preguntó con benevolencia: «¿Quién os



El general conde de Lasalle. (Dibujo de Leclerc, copia del cuadro de Gros.)

ha inducido á semejante crimen? — Nadie; la firme convicción que tengo de que, matándoos, prestaré el mayor de los servicios á mi patria y á Europa, que holláis continuamente.» Napoleón le hizo observar que para ser justo debía haber dirigido su arma contra el emperador de Austria, que sin motivo le había declarado la guerra, y añadió: «Si os perdono, ¿me lo agradeceréis? — No desistiré de mi empeño, á menos de que devolváis la paz á mi patria.»

Napoleón quedó profundamente emocionado ante este fanatismo patriótico y este odio, que no tanto se dirigía contra los principios de

la Revolución francesa como contra su persona; dijo, pues, á M. de Champagny: «Es preciso hacer la paz. Los puntos culminantes están aceptados; negociad y transigid.» Federico Staps fué fusilado el día 13 de Octubre; en el momento de su ejecución se oyeron unos cañonazos. «¿Qué es eso?—preguntó.—Son las salvas que anuncian que se ha firmado la paz.» Staps cayó de rodillas y dió gracias á Dios, considerando la paz como el premio de su sacrificio (1).

El acto de Staps tuvo por móviles el amor á la patria grande y á la libertad. Hœfer, con quien se le ha querido comparar, difícilmente hubiera comprendido los sentimientos del estudiante sajón: defendía sus montañas contra el soberano que se le quería imponer y combatía por su monarca tradicional y por su religión; su patriotismo era menos extenso, más sencillo, y nunca le hubiera llevado al crimen.

Al llegar las tropas del virrey de Italia comprendió que toda resistencia era imposible y volvióse á su posada de Passeyer, mientras Lefebvre entraba en Inspruck (19 de Mayo). De pronto se esparció la noticia del triunfo de los Austriacos en Aspern, y entonces volvió á ponerse al frente de sus compatriotas. En pocos días los Alpes, desde Laybach hasta Constanza, estaban en plena insurrección; los Tiroleses ocupaban los caminos de Alemania y de Italia, y amenazaban á Suiza, Francia y la Valtelina, ocupando en Italia á Bellune, Feltro y otras poblaciones. El mariscal Lefebvre puso á precio la cabeza de Hœfer; Speckbacher y Haspinger, lugartenientes del proscripto, ganaron la frontera; Hœfer se ocultó en las montañas, negándose á dejar su país natal. Cuando le decían que el sitio donde se ocultaba podría ser denunciado á los Franceses, respondía: «Quiero ver si habrá un solo traidor en el Tirol.» Finalmente, y al verse cercado por completo en su refugio, se entregó voluntariamente. El jefe de la ciudadela de Mantua, á donde fué conducido, trató de hacerle entrar al servicio

(1) El gran músico Haydin murió en Viena durante la ocupación francesa; era ya de edad muy avanzada, y la entrada de los Franceses en su patria le emocionó profundamente. Sintiendo que se aumentaba su debilidad, se hizo llevar ante su clavicordio y con su cascada voz entonó con fervor patriótico el himno nacional. «Dios salve á Francisco,» composición para coro, verdaderamente sublime, de la que había hecho una obra maestra. Después de esta plegaria se acomodó en un sillón, cayó en una especie de sopor y murió (28 de Mayo de 1809).— A. Lavoix: *Historia de la música.*

de Francia. «Seré siempre leal á mi emperador Francisco,» respondió el montañés. Los individuos que constituían el consejo de guerra que le juzgó, se conmovieron repetidas veces de piedad y de admiración ante una ingenuidad tan heroica; pero, á pesar de esto, fué condenado á muerte y fusilado en 20 de Febrero de 1810. Se le enterró en un jardín. En 1823, algunos oficiales tiroleses exhumaron sus restos, que fueron trasladados á Inspruck y reunidos con los de Speckbacher y Haspinguer en la iglesia de los franciscanos; el monumento que los encierra se eleva cerca del espléndido mausoleo de emperador Maximiliano, pero sin que esta maravilla del arte alemán



El mariscal Marmont, duque de Ragusa

haga sombra á la tumba del humilde campesino en quien el Tirol ve con razón su héroe nacional. El partido patriota de Alemania ha querido exagerar la gloria de Hœfer á trueque de comprometerla, pretendiendo convertir al posadero de Passeyer en uno de los héroes de la unidad germánica; esto es sencillamente echar la historia á barato, según una frase muy justa de M. Leger. Hœfer aborrecía á los Bávaros tanto ó más que á los Franceses, y respecto á los Prusianos heréticos, es muy probable que no los conociese siquiera. No es menos cierto que la vida y muerte de Hœfer debía contribuir al renacimiento nacional, y toda Alemania podía repetir la canción de Mosen, que pronto se hizo popular: «En Mantua está cautivo el leal Hœfer; á Mantua le llevan los enemigos para matarle.

El corazón de sus hermanos llora lágrimas de sangre, toda Alemania está embargada de sentimiento y de dolor, y con ella el Tirol.»

Para evitar un nuevo levantamiento, Napoleón incorporó una parte del Tirol italiano al reino de Italia, recibiendo Baviera en cambio á Ratisbona; y el Pusterthal, ó sea la región de los altos valles de Rienz, del Eisack y del Drave, con el paso ó puerto de Toblach, fué incorporado á Iliria.

Los Ingleses redoblaron su actividad para auxiliar á los Austriacos; prescindiendo de sus ventajas en las colonias, trataron de operar en el continente europeo, allí donde se les presentase ocasión favorable. En España, un nuevo ejército inglés, al mando de Sir Arturo Wellesley, neutralizó una segunda invasión francesa en Portugal, alcanzando sobre estas tropas la victoria de Talavera (28 de Julio). En el Mediterráneo, á fines de 1809, los Ingleses se apoderaron de las islas Jónicas, excepto Corfú y Santo-Mauro; en el Océano hicieron algunas tentativas sobre las costas de Francia. El almirante Tomás Cochrane recibió el encargo de sorprender la escuadra francesa de la isla de Aix, contra la cual arrojó una máquina infernal que contenía 1.500 barriles de pólvora, con cohetes á la Congréve, llamados así del nombre de su inventor; ésta fué la primera vez que se emplearon, incendiando seis navíos y dos fragatas. Pero los Ingleses confiaban principalmente en una expedición formidable destinada á destruir Amberes y á cerrar las bocas del Escalda (1). Creían que, á su aproximación, Holanda, exasperada por el bloqueo continental, se insurreccionaría; 70 buques de transporte, conduciendo 44.000 hombres, al mando de lord Chatam, hermano mayor de Guillermo Pitt, y escoltados por una numerosa escuadra, se dirigieron hacia la desembocadura del Escalda; pero ni siquiera pudieron lanzar una

(1) Tenían tanto más empeño en obtener un triunfo por esta parte en cuanto un enemigo bien imprevisto amenazaba entonces al comercio inglés en el extremo Oriente, los Wahabitas, secta religiosa y guerrera que se había formado en el centro de la Arabia á principios del siglo, y que, dueños de la Meca y de Medina, invadieron el Egipto en 1803; rechazados de las orillas del Nilo, se dirigieron hacia el Nordeste y se apoderaron de Damasco (1808), desde donde dificultaban el comercio inglés del golfo Pérsico y del valle del Eufrates. Este peligro debía ser de poca duración, pues en 1812, Ibrahim, hijo de Mehemet-Alí, los rechazó hacia la Arabia central, pero en 1809 se hallaban en el apogeo de su poder.

sola bomba sobre Amberes, que se había fortificado rápidamente; en cambio, tomaron la revancha en Flesinga, que quedó convertida en ruinas. Tan modesto desquite les costó muy caro, pues á causa de la permanencia de la escuadra inglesa en la isla pantanosa de Walcheren se desarrolló en sus tripulaciones una epidemia de fiebres que obligó á Chatam á retirarse vergonzosamente, después de haber perdido la mitad de sus tropas, sin obtener otro resultado que hacer patente en toda Europa la importancia de las defensas que Napoleón



La carga La retirada

Caricatura alusiva á la expedición inglesa de 1809

había ya preparado en Amberes, gracias á las cuales no le fué posible atacar á esta ciudad. En París, sin embargo, produjo esta tentativa una conmoción extraordinaria; Fouché y Bernadotte, á pesar de haber tomado con decisión todas las medidas necesarias para contrarrestar cualquiera intentona, no hicieron nada para calmar aquélla, y por el contrario, la dejaron aumentar, á fin de hacer ver la importancia y el valor de sus servicios. Napoleón, dejando á Berthier el cuidado de conducir el Gran-Ejército desde Alemania, se apresuró á regresar á las Tullerías, para vigilar más de cerca la guerra de España y calmar la inquietud producida en los ánimos por los últimos acontecimientos.



El Comercio La Victoria La Ciencia La Agricultura La Navegación

Figuras alegóricas colocadas en las columnas de la plaza del Ayuntamiento durante los festejos efectuados en París con motivo del casamiento de Napoleón y María Luisa. (Originales de Prud'hon)

CAPÍTULO SEPTIMO

EL IMPERIO EN 1810-1812

EL DIVORCIO.—ALIANZA AUSTRIACA.—ÚLTIMAS ADQUISICIONES DEL IMPERIO.—CUESTIONES RELIGIOSAS.—CONTINUACIÓN DE LA GUERRA DE ESPAÑA.—TORRES-VEDRAS

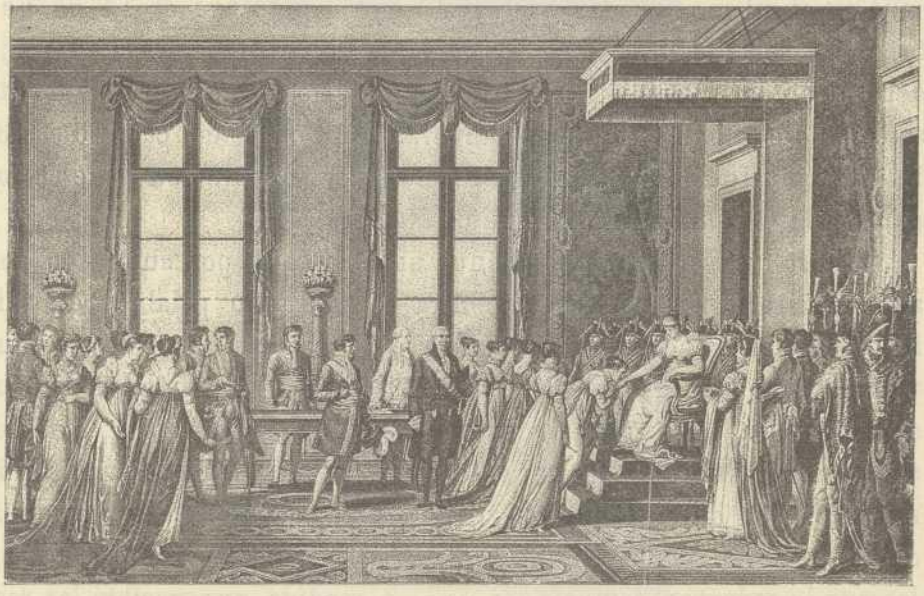
Napoleón, en el apogeo de su poder, en 1810, no sólo no veía contestada su supremacía política y militar por ninguno de los monarcas del Continente, sino que por un segundo matrimonio iba á colocarse entre ellos. Algunos meses después de firmar el tratado de Viena se casó con la archiduquesa María Luisa, hija de Francisco I, emperador de Austria, y descendiente de la más antigua y más orgullosa dinastía á la sazón reinante en Europa. Tiempo hacía ya que se trataba del divorcio de Napoleón con Josefina.

Al negociarse el tratado de Badajoz, Luciano Bonaparte, que entonces era embajador de España, habló del posible casamiento del Primer Cónsul con una infanta española. El proyecto no se realizó, pero Napoleón, no teniendo hijos de Josefina, se encontró allanado el camino al consignarse el principio de herencia en el texto de la Constitución. A principipios de 1805, Napoleón dijo un día á Josefina que

su familia, su consejo, sus ministros, en una palabra, *todo el mundo,* le manifestaba la necesidad de un matrimonio que le diese herederos, y, paseándose agitado, le repitió varias veces: «¿Qué opinas tú?... ¿no es así? ¿Qué dices?» Josefina, que había escuchado silenciosamente estas palabras y que conocía la hostilidad de la familia Bonaparte hacia ella y la familia Beauharnais, le respondió: «¿Qué quieres que te diga, si tus hermanos, tus ministros, *todo el mundo* están en contra mía y no tengo más que á tí para defenderme?—¿No tienes á nadie más que á mí para defenderte?—exclamó impetuosamente Napoleón,—pues bien, tú vencerás.»

Josefina tuvo perfecto derecho á creerse asegurada al publicarse el senado-consulto de 30 de Marzo de 1806, por el que se prohibía especialmente el divorcio á los miembros de la familia imperial. Pero ya en Erfurt cumplió Talleyrand el encargo que tenía de dirigir á Alejandro las primeras indicaciones sobre el matrimonio de Napoleón con una princesa de la casa Romanof. En 15 de Diciembre de 1809, Josefina se vió obligada á leer en un consejo de familia una declaración, en la cual se le hacía decir que se sacrificaba voluntariamente á las conveniencias dinásticas de su esposo, pero no tuvo suficiente valor para terminar la lectura del documento. El príncipe Eugenio se presentó al Senado el día siguiente, para declarar que se asociaba al sacrificio de su madre y consentía en la pérdida de sus derechos eventuales como hijo adoptivo del Emperador; en el mismo día (16 de Diciembre) un senado-consulto declaraba disuelto el matrimonio de Josefina y Napoleón. Arreglada la cuestión civil, quedaba la religiosa, en la que las dificultades eran mucho mayores, y cuesta trabajo comprender cómo la católica Austria pudo aceptar semejante situación. No podía recurrirse al pontífice, prisionero de Napoleón, y á quien había excomulgado; recurrióse á la Curia eclesiástica de París. Una comisión de la misma, de la cual formaba parte el abate Maury, elevado al cardenalato en Italia durante la Revolución, apoyándose en el defecto de publicidad y en el de consentimiento perfecto de Napoleón, declaró nulo el matrimonio religioso efectuado entre Napoleón y Josefina la víspera de la consagración imperial. Inmediatamente se reanudaron negociaciones con Rusia, y el Czar, cuidadoso de guardar «su independecia moral,» trató de obtener nuevas ventajas

de estas indicaciones. Pidió á Napoleón que declarase de un modo solemne que no restablecería nunca el reino de Polonia; y aun después de esta comprometida manifestación no hubiera obtenido el Emperador el menor resultado, pues Alejandro habría roto en el último momento las negociaciones matrimoniales, alegando, como antes lo había hecho, la oposición de su madre. Pero Napoleón no quiso, como dice en su hermosa carta de 1.° de Julio de 1810 al duque de Ca-



Ceremonia de la recepción de María Luisa en Braunau. Boceto de A. de Laborde, dibujo de Moreau

dore, «deshonrarse y mancillar su memoria sellando este acto de política maquiavélica, porque es mucho más grave que defender el reparto de Polonia declarar que jamás volverá á ser restablecida. No, no puedo contraer compromiso de pelear contra un pueblo que me ha sido tan leal, y que me ha demostrado una voluntad tan constante como su cariño. No puedo decir ni diré á los Franceses:—Id á derramar vuestra sangre para imponer á Polonia el yugo de Rusia.» Tratóse también de la hermana del rey de Sajonia, hasta que por fin, cansado Napoleón de los entorpecimientos de Rusia, se fijó en una archiduquesa de la casa de Austria (6 de Febrero); le constaba que la corte de Viena era favorable á este proyecto, y realmente le era mucho más propicia de lo que él creía.

El contrato se firmó en 7 de Febrero con Schwartzenberg, embajador de Austria en París. Se tomó por modelo para la redacción del acta del contrato de boda la de María-Antonieta; únicamente Napoleón se opuso á que se consignase dote á la princesa ni condiciones de ningún género para su entrega, y eligió á su ilustre adversario, el archiduque Carlos, para que se casara en su nombre en Viena con María Luisa; acordóse reproducir en todos sus detalles el ceremonial del matrimonio de Luis XVI. Arreglados estos pormenores salió en el mismo día para Viena un correo, que llegó el 14 de Febrero. La corte austriaca respondió con la mayor fruición al mensaje del Emperador. Berthier llegó á Viena el 5 de Marzo y el casamiento se efectuó el día 11; la nueva emperatriz se puso en camino el 13. En Braunau fue entregada á los Franceses y continuó su viaje acompañada de Carolina Murat, reina de Nápoles.

María Luisa, verdaderamente amedrentada por su unión con aquel terrible revolucionario, contra el cual sólo palabras de odio había oído pronunciar hasta entonces, se creyó, en un principio, una víctima inmolada en aras de la política; pero á medida que se iba aproximando, las cartas diarias que recibía de Napoleón, y á las cuales respondía inmediatamente, comenzaban á modificar sus sentimientos. Por otra parte, la actitud de Napoleón, á quien la noticia del casamiento había ya colmado de alegría y de orgullo, permitía á los que le rodeaban comprender que, á medida que recibía las respuestas de la emperatriz, escritas en francés y cada día más largas, se despertaba en su alma un sentimiento mucho más tierno. Se había convenido en que SS. MM. se encontrarían por vez primera en Compiegne, en una suntuosa tienda, en la que entrarían á la vez por dos puertas opuestas; que la emperatriz se inclinaría para arrodillarse y que el Emperador la levantaría y abrazaría.

La impaciencia de Napoleón simplificó extraordinariamente este ceremonial. «Se escapó furtivamente del palacio de Compiegne, y, acompañado tan sólo de Murat, salió del parque por una poterna y montó en un carruaje sin armas, guiado por un cochero sin librea. Napoleón pasó por Soissons y llegó á Courcelles en el momento en que los correos de gabinete de la Emperatriz disponían el relevo de los tiros para su carruaje, que estaba próximo á llegar; para res-

guardarse de la lluvia, que caía á torrentes, se refugió en el atrio de la iglesia con Murat: nadie hubiera podido creer que estos dos desconocidos fuesen el Emperador y el rey de Nápoles. Al llegar el carruaje de la Emperatriz, y en el momento de cambiar el tiro, Napoleón se precipitó hacia la portezuela; el caballerizo de servicio le reconoció y exclamó: «¡El Emperador!» Napoleón, que deseaba guardar el



La emperatriz María Luisa (Dibujo de Prud'hon, fotografía de Braun, Clément y C.ª, París

incógnito, le respondió algo contrariado: «¿No habéis visto que os hacía señas para que callaseis?» Pero este instante de mal humor pasó rápidamente y el Emperador abrazó á la Emperatriz, que llevaba en la mano el retrato de su esposo, á quien con amable sonrisa dijo: «¡Valéis más que vuestro retrato!»

El matrimonio civil se efectuó en Saint-Cloud en 1.° de Abril y el religioso en París al día siguiente, con pompa extraordinaria.

Notóse la ausencia en Nuestra Señora de los cardenales romanos detenidos en Francia á la sazón. Aunque la Curia eclesiástica de París hubiese declarado nulo el primer matrimonio de Napoleón (7 de Febrero de 1810), los cardenales romanos no quisieron que con su pre-

sencia pareciese que autorizaban un divorcio que el Jefe visible de la Iglesia no había ratificado; esta conducta mereció general aprobación. Josefina, por otra parte, hízose popular y se la compadecía, pues la alianza con Austria era todavía mal vista en Francia. Algunos meses después, en 1.° de Julio de 1810, estalló un incendio en el baile que daba la embajada de Austria en honor de la nueva soberana y en el que hubo varios muertos y heridos. Ni el Emperador ni la Emperatriz recibieron daño alguno, pero sucumbió la cuñada del embajador al buscar á su hija entre las llamas. El pueblo recordó las desgracias ocurridas en la boda de Luis XVI con otra archiduquesa, y Napoleón se impresionó mucho con este presagio (1). Pero el 20 de Marzo de 1811, entre nueve y diez de la mañana, una salva de 22 cañonazos de los Inválidos anunció á París que el inmenso imperio francés tenía un heredero. Napoleón parecía autorizado para decir: «El porvenir es mío» (2). La unión del Emperador con una archiduquesa de Austria, si no extinguía por completo el foco de los odios entre las dos naciones, debía contribuir cuando menos á aminorar su fuerza. Beugnot lo hace notar respecto al gran ducado de Berg, del que era administrador, ocurriendo lo propio en los restantes Estados de Alemania. «Notáronse á primera vista grandes cambios en la actitud del gran ducado. Las familias que tenían hijos al servicio de Austria los llamaron á Dusseldorf, para pasar en país amigo el tiempo de su licencia. Los jóvenes fraternizaban cordialmente con los oficiales franceses y alemanes de nuestro pequeño ejército; si se hablaba aún de guerra, era esperando que en adelante combatirían juntos. El ministro del Interior, en su nombre y en el de los antiguos partidarios de la casa

(1) Al terminarse la fiesta que la ciudad de París dió el 30 de Mayo de 1770, para celebrar el casamiento del Delfín, después Luis XVI, con la archiduquesa María Antonieta, con los fuegos artificiales que se quemaron en la plaza de Luis XV se produjo una horrible confusión, á consecuencia de la cual perecieron estrujadas más de trescientas personas, aparte de otras doscientas que murieron después á consecuencia de las contusiones ó heridas y del susto recibido.—*(N. del T.)*

(2) En 1811 dióse por tema para el premio de pintura en Roma: *Licurgo presentando á los Lacedemonios al heredero de sus reyes*, que obtuvo Abel de Pujol. Zingarelli, cuya música, así como la de Paissiello, merecía la preferencia de Napoleón, y que era maestro de capilla en Roma, recibió orden de componer un *Te Deum* para solemnizar el nacimiento del rey de Roma. Zingarelli respondió «que él no conocía más rey de Roma que Pío VII.» Por este motivo fué encerrado en la cárcel de Civitavecchia, pero Napoleón mandó luego ponerle en libertad, le envió una gruesa suma de dinero y le hizo ir á París.

de Austria, me declaró que en la actualidad la paz con Francia no estaba sólo en los labios, sino en el corazón; que había cesado de ser una necesidad para convertirse en un sentimiento. Todos los días me confirmaba tales propósitos el ver que se multiplicaban mis relaciones de confianza y de amistad, que sólo se demuestran á un gobierno cuya legitimidad se acepta voluntariamente.» Los mismos sentimien-



Llegada de María Luisa á Compiegne. (Cuadro de Mad. Auzou, Museo de Versalles)

tos se manifestaban en la parte de la nobleza francesa que aun no había reconocido á Napoleón.

El gobierno se mostraba verdaderamente espléndido en las obras públicas. En doce años se invirtieron en ellas mil millones, 138 millones en 1810 y 154 en 1812 (1). Razón tenía el Emperador en enorgullecerse «de que en medio de tantas guerras, de los dispendios que

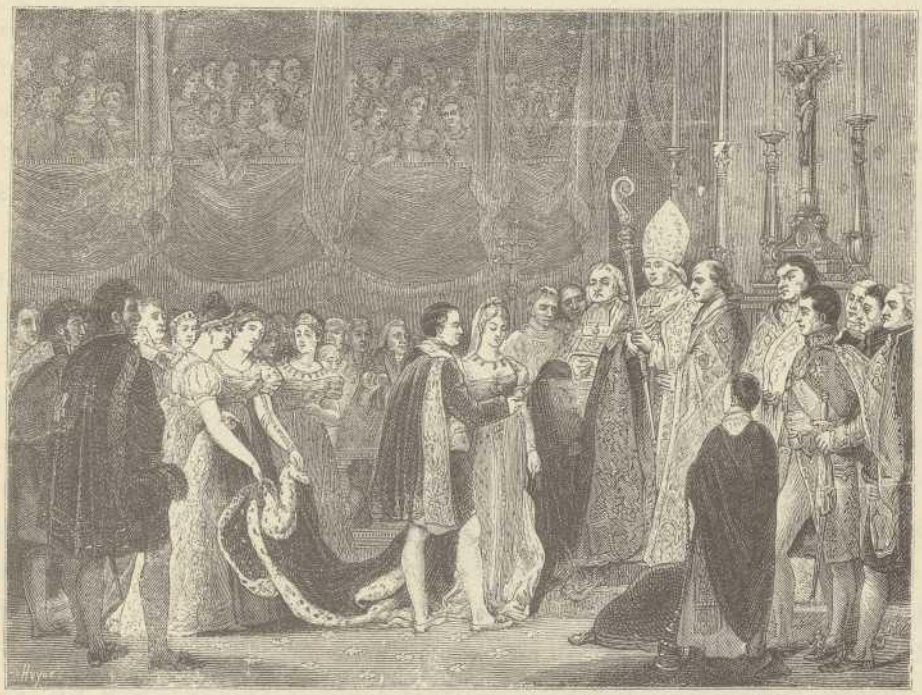
(1) Palacios imperiales, 62 millones; fortificaciones, 144; correos, 117; caminos, 227; puentes, 37; canales y desecación de pantanos, 123; obras de París, 1.102; edificios públicos de los departamentos, 149.

necesitaban tan grandes ejércitos, de la creación y organización de numerosas escuadras, la cantidad presupuestada para obras públicas era tal que sobrepujaba en un solo año á todo lo que la antigua monarquía había hecho en una generación.

Las obras comenzadas durante el Consulado prosiguieron con actividad. En París se construyeron graneros de reserva y numerosos mercados, entre ellos el de Saint-Germain. Por un decreto de 9 de Febrero de 1810 se ordenó la construcción de cinco mataderos públicos, que estaban casi terminados en 1815. El puente de Jena (1809-1813) unió el Campo de Marte á las colinas de Chaillot, en las que debía levantarse un magnífico palacio para el rey de Roma. Se construyeron ó reconstruyeron las calles de Orsay (1808-1809), de los Inválidos (1802-1814), de la Cité (1803-1813), Catinat (1809-1813), Montebello y Morland; la antigua de Chaillot, al ser reconstruída, recibió el nombre del general Debilly, muerto en Jena. En el estanque de la Villette se reunieron los canales de San Dionisio y de San Martín. La plaza del Carrousel se ensanchó, después de los destrozos ocasionados en el barrio por *la máquina infernal*. En 1808 se comenzó la galería del Norte, para unir las Tullerías con el Louvre; en 1814 llegaba hasta la calle de San Nicasio, suspendiéndose entonces los trabajos. Lo propio sucedió con el Arco de la Estrella, pero el recuerdo de las recientes victorias quedaba ya consagrado con la columna del Grande Ejército y el arco de triunfo del Carroussel. La Bolsa y el Templo de la Gloria (más adelante iglesia de la Magdalena) fueron continuados sin interrupción por los gobiernos que se sucedieron posteriormente. Numerosas fuentes, algunas de ellas monumentales, como el Château-d'Eau y la de la Palmera, se levantaron en los distintos barrios de París (1). Hiciéronse importantísimas obras en las cloacas y en las catacumbas. La misma actividad reinaba en todas las

(1) La más importante de estas fuentes debía levantarse en la plaza de la Bastilla. Un elefante de bronce, de 24 metros de altura, lanzando agua por la trompa, debía colocarse sobre una sólida bóveda construída sobre el canal de San Martín. Un decreto imperial concedió el metal necesario, procedente de los cañones cogidos en Friedland. Este monumento, que se comenzó en 1810, no llegó á terminarse nunca. En el sitio que debía ocupar este elefante de bronce, que no se fundió, se colocó un vaciado en yeso, que se conservó algunos años.

grandes ciudades del Imperio, ya estuviesen dentro de los límites de la antigua Francia, ya en los países conquistados recientemente. En el departamento del Isère, su prefecto, el célebre matemático Fourier, hizo desecar los pantanos de Bourgoin. En Lyon, bajo el gobierno del vizconde de Bondy, se repararon las ruinas de la Revolución y se reconstruyó la plaza Bellecour. En Milán, Venecia, Turín, Florencia,



Casamiento de Napoleón y de María Luisa en el salón cuadrado del Louvre. (Cuadro de Rouget, Museo de Versalles)

Roma, Nápoles, Amsterdam y Amberes recuerdan aún los servicios de la administración francesa varias construcciones de utilidad y muchos monumentos (1). Por otras partes se abrieron caminos, se

(1) En Venecia, el Jardín público, la Gran-vía, única que se construyó sobre un canal, por orden del príncipe Eugenio, y que ha cambiado su nombre de *Vía Eugenia* para tomar el de *Vía Garibaldi*, y finalmente las hermosas construcciones que completaron la plaza de San Marcos; en Roma, la restauración ó descubrimiento de restos antiguos, las obras del Quirinal, etc.; en Milán, las *arenas*, el arco del Simplón, y la continuación de la catedral. En el reino de Nápoles, las excavaciones de Pompeya, practicadas con verdadero empeño. «El Estado realizó la idea del ingeniero Francisco Vega y compró todos los terrenos que cubrían Pompeya. ¡Estos terrenos fueron revendidos por los Borbones! La reina Carolina tomó gusto á las excavaciones, acudiendo frecuentemente desde Nápoles para presenciarlas, á pesar de tener que recorrer seis leguas de polvo.»

construyeron puentes y se abrieron ó mejoraron canales. Gianella, de Milán, y Céard, de París, terminaron en 1807 el camino del Simplón. Prony reanudó los trabajos para el saneamiento metódico y completo de las lagunas Pontinas.

Entre las obras públicas que más llamaban la atención del Emperador figuran las que, con actividad sin igual, se realizaban en Amsterdam, Flesinga, Venecia, Ancona, en el Helder, en Texel, en Spezzia, en Génova y Dieppe, en donde quería construir un puerto con bastante fondo para buques de guerra, y principalmente en Cherburgo y en Amberes. En Cherburgo, desde 1802, se reanudaron las grandes obras iniciadas por Luis XVI y abandonadas poco después, bajo la dirección del ingeniero Cochin, sobre todo las del dique. Napoleón visitó á Cherburgo en 1811 y ordenó que se cambiase el sistema de construcción seguido hasta entonces. Este nuevo trabajo, cuya dirección se confió á Lamblardie, hijo, resistió todas la tempestades que ocurrieron desde 1813 hasta 1853, fecha en que se terminó el dique. Además abrióse en la roca viva, en menos de ocho años, un puerto para buques de guerra, que se inauguró en 1813. De todas las posesiones marítimas, Amberes era la que tenía en más estima Napoleón, pues, según él, «era una pistola cargada apuntando al corazón de Inglaterra.» Inglaterra no se hacía ilusiones, y ya hemos visto los esfuerzos que realizó en 1809 para apoderarse de las bocas del Escalda. ¡Cuántos planes para el porvenir, de los cuales muchas veces se valieron sus enemigos! Al constituir las *bocas del Weser* un departamento francés, Napoleón pensó en abrir un puerto militar en la bahía del Jahde, donde después de 1869-70 se abrió el gran puerto militar de Prusia, en el mar del Norte.

El material flotante preocupaba tanto á Napoleón como las construcciones marítimas. Para probarlo, consignaremos las siguientes cifras: en 1801, Francia tenía 35 navíos y 43 fragatas; desde 1801 á 1814 perdió 38 navíos y 63 fragatas, y en 1814 tenía una escuadra de 103 navíos y 53 fragatas, sin contar un gran número de buques de menor importancia. A pesar de todo (1), puede afirmarse que la

(1) Napoleón, por su parte, guardaba el más rigoroso silencio en cuanto á la marina se refería, pues únicamente por este lado le resultaban los fracasos.

época de Napoleón es para la marina francesa un período tan importante, sino como el de Colbert, á lo menos como el de Machault ó el de Choiseul. Vardad es que Napoleón cayó antes de poderse aprovechar de los preparativos que había hecho. Preocupábale asimismo el restablecimieuto del poder colonial de Francia, pero esto era una empresa factible sólo con el tiempo.

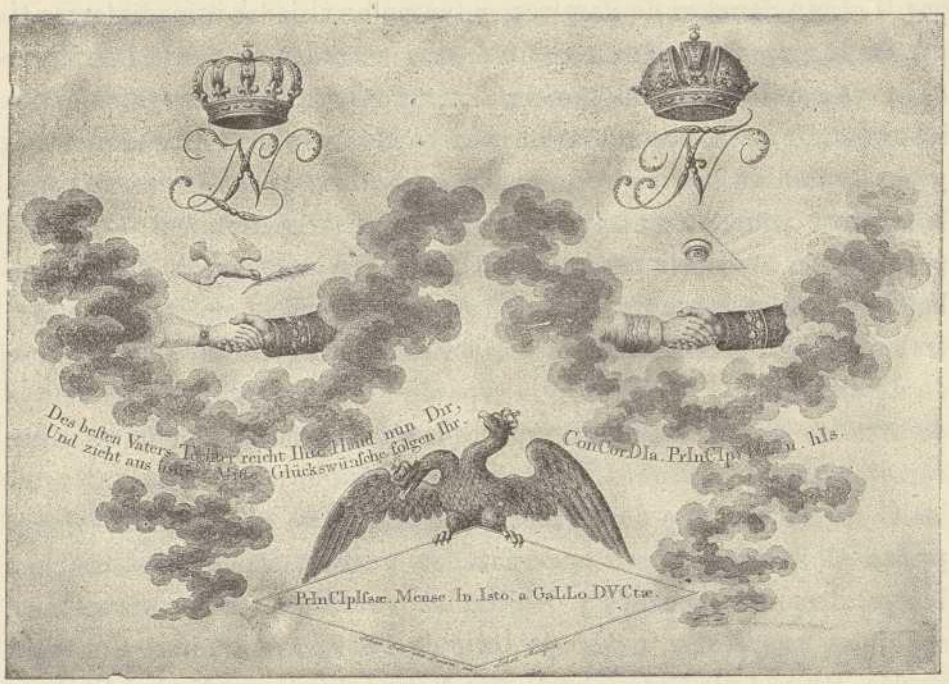


Incendio del palacio del príncipe de Schwartzenberg. (Copia de un grabado de la época)

No descuidó, sin embargo, el preparar este momento. Con tal objeto, y por lo que respecta a la India, se propuso seguir los planes que el francés Renato Madec, quien llegó á alcanzar la dignidad de *Nabab* en la India, había concebido á fines del reinado de Luis XVI, para establecer nuestro dominio en la cuenca inferior del Indo. Se encuentran, en efecto, estos planes, escrito por el general Decaen y Javier Rousseau, en las Memorias destinadas al Emperador y conservadas, las del primero en el Archivo nacional y las del segundo en el

Archivo de Negocios extranjeros. El gobierno de Napoleón pensó también reanudar sus relaciones con Cochinchina, cumpliendo el tratado de 28 de Noviembre de 1787, en virtud del cual el monarca de aquel país cedió á Luis XVI la bahía de Tourane. En el Archivo de las Colonias existe una *Memoria sobre la Cochinchina*, que lleva en su margen la siguiente nota autógrafa: *Remítase al ministro de Marina para que me informe sobre esta memoria.— París, 29 de Frimario del año X.— El Primer Cónsul:* BONAPARTE. Estos planes sobre el extremo Oriente pusieron en jaque á la Gran Bretaña, hasta el punto de que, en 1802 y en 1808, una parte de las fuerzas inglesas destinadas á proteger la Compañía de las Indias desembarcó en Macao, para defender en caso de necesidad este baluarte avanzado contra una intentona de los Franceses. Macao era colonia portuguesa, pero Inglaterra tenía derecho para auxiliar á su aliado Portugal, á la sazón en guerra con Francia. Los mandarines chinos de las provincias limítrofes, atemorizados por la presencia de los Ingleses en sus fronteras, intervinieron enérgicamente y obligaron á los Portugueses á despedir á estos defensores con razón tan sospechosos. Realmente es curioso ver á los Chinos convertidos así en aliados indirectos, pero útiles, del emperador Napoleón. No se movía menos Inglaterra en el Atlántico; aliada todavía España de Francia, Wellesley concibió la idea de poner á México, en donde empezaba á notarse agitación, bajo la dependencia (á lo menos desde el punto de vista económico) de la Gran Bretaña. En la América del Sud, Inglaterra intervino en Buenos Aires y apoyó los trabajos separatistas de Miranda en Venezuela. Las reformas liberales de Carlos III, por las que se estableció la libertad del comercio de Indias para los súbditos españoles, dieron tal incremento al comercio español, que desde 1708 á 1788 se había casi decuplicado. Tales progresos preocuparon tanto á Inglaterra, que desde los últimos años del siglo XVIII se la encuentra secretamente complicada en todas las agitaciones de la América española. La ruptura de España con Francia y su alianza íntima con Inglaterra obligaron al gabinete británico á ser más circunspecto. Sin embargo, la guerra de España contribuyó de otra manera á preparar la separación de la metrópoli y sus colonias. En efecto, al ser proclamado José Bonaparte rey de España, y al sublevarse las colonias, parecía que atacaban, no á su legítimo

soberano, sino al usurpador, tanto que los colonos americanos, que ya habían pensado levantarse contra los Borbones, se declararon ahora por Fernando VII y mandaron considerables subsidios á las Cortes para la guerra de la Independencia. Pero al saber que las Cortes, en 1810, sólo concedían veintiséis representantes á todas las colonias, ó aproximadamente uno por cada millón de habitantes, mientras que



Dibujo alegórico alusivo al matrimonio del Emperador de los Franceses con la Archiduquesa de Austria
(Copia de un grabado alemán)

en España cada circunscripción de cincuenta mil almas elegía un diputado, la fermentación que existía desde el golfo de México al Plata se tradujo en una insurrección y tomó un carácter francamente separatista.

La invasión de los Franceses en España influyó también en los asuntos de Santo Domingo. Si bien es cierto que desde el 4 de Diciembre de 1803 todo el territorio de la antigua posesión francesa había sido evacuado por sus tropas, quedaba la parte española de la isla en poder de Francia. Los colonos de Santo Domingo tuvieron á gran dicha ponerse bajo la protección del general Ferrand, cuya inteligencia,

actividad y amor al bien público había obtenido en pocos años admirables resultados: nuevas vías de comunicación, abolición de los diezmos y primicias eclesiásticas, rebaja en las contribuciones que pesaban sobre la agricultura, y orden y seguridad general. Una intentona de Dessalines hacia esta parte de la isla, fracasó por completo. Pero al saber lo ocurrido en España, algunos patriotas exaltados, unidos á otros elementos inquietos y ambiciosos, se sublevaron, capitaneados por D. Juan Sánchez de Ramírez, y fueron auxiliados inmediatamente por los Ingleses. Los Franceses viéronse cercados en Santo Domingo, de cuya capital salió el general Ferrand para combatir al ejército insurrecto, que se disponía á bloquearla. Se le suplicó que se quedase y enviara en su lugar otro jefe cuya vida fuese menos necesaria que la suya en aquellos momentos. «Otro sabrá tal vez vencer,—dijo,— pero tal vez no sabría perdonar.» Obligado á luchar con quinientos hombres contra cerca de tres mil, quedó su tropa completamente destrozada y reducida á cuarenta combatientes, y entonces, en un acceso de desesperación, se levantó la tapa de los sesos en el mismo campo de batalla. El general Barquier, que le sucedió en el mando, se portó como un verdadero héroe. Francia ha olvidado por completo á estos leales servidores, que de tal modo defendieron su honra en tan lejanos países. Después de librar once batallas y rechazar once asaltos, con fuerzas desproporcionadas y debilitadas por toda clase de privaciones, decidióse á capitular, en 15 de Julio de 1809. Admirado el almirante inglés, Hugo Lyle Carmichael, dijo á sus soldados: «No habéis vencido á la guarnición: si queréis ser dignos, debéis siempre imitar su ejemplo.» El general Barquier y sus tropas fueron trasladados á Francia con armas y bagajes.

Napoleón se empeñó verdaderamente en extender la dominación francesa á los Estados de Berbería. Sabía por experiencia propia que con tales gobiernos los tratados eran inútiles. Desde la destrucción de la escuadra franco-española en Trafalgar, los beyes de Túnez y de Argel renovaron sus correrías, con mayor osadía que nunca; esto era un peligro permanente para el comercio y una vergüenza para la civilización. Con tal motivo el Emperador, no queriendo limitarse por su parte á medidas de intimidación ó á represalias meramente, se decidió á destruir por completo estas guaridas de piratas. El capitán Bou-

tin recibió el encargo de explorar el litoral de Argel y escoger un punto de desembarco. «A fuerza de ingenio y de tenacidad, de valor y de habilidad,—dice M. Camilo Rousset,—Boutin, á pesar de los obstáculos de todo género que se le presentaron, logró todo aquello que aun los más osados hubieran creído imposible. «He recorrido, »escribía á Decrés, ministro de Marina, los barrios en que no se ven »sombreros, y en rededor de Argel me he adelantado tres ó cuatro »leguas más allá de los límites asignados á los Europeos.» Bien provisto de dibujos, de croquis y de notas de todo género, se embarcó para Tolón el 12 de Julio de 1808; pero el 28 del propio mes el brick que le conducía fué atacado por una fragata inglesa, y Boutin sólo tuvo tiempo para arrojar al mar sus dibujos y notas más importantes. Prisionero y conducido á Malta, escapóse un mes después, disfrazado de marinero, tomó pasaje para Constantinopla y regresó á Francia por tierra. Eran tal la claridad de sus recuerdos y su feliz memoria, que gracias á las notas que pudo salvar, logró formar diez y seis grandes dibujos y redactar una memoria cuyo valor no se comprendió bien hasta 1830.» En esta fecha fué de suma utilidad para el ejército francés, que desembarcó precisamente en la bahía de Sidi-Ferruch, indicada para el caso por el capitán Boutin.

Debemos consignar también otras obras importantes en todas las ramas de gobierno, tales como el Código penal (1810) y el término de la liquidación, que desde hacía veinte años se venía efectuando, de los créditos atrasados de la Revolución (1).

Napoleón parecía más poderoso que nunca, tanto en el interior como en el exterior, pero aun le quedaba combatir con Inglaterra, tenía siempre que recelar de Rusia, y había olvidado más que nunca la prudencia. El tratado de Viena había engrandecido el Imperio, pero este engrandecimiento no lo había robustecido. El Pontífice, apoyado en el carácter esencialmente pacífico de su misión, pretendía

(1) Ascendía el importe de estos créditos, cuyo número era de quinientos mil, á más de tres mil millones, aunque comprendiendo en ellos las deudas de Bélgica, del Piamonte y otros países anexionados. Sobre la historia de la Hacienda en tiempo del Imperio, véase sobre todo la obra: *Noticia histórica de la Hacienda francesa, desde el año VIII (1800) al 1.° de Abril de 1814*, por el duque de Gaeta, individuo de la Cámara de diputados; París, 1818.

quedar neutral ante los amigos y enemigos de Francia, y á pesar de haber consentido en cerrar sus puertos al comercio de determinadas procedencias, Roma fué ocupada desde 2 de Febrero de 1808 por el general Miollis. Por un decreto de 2 de Abril del mismo año, quedaron segregadas de los Estados Pontificios las provincias de Ancona, Urbino, Macerata y Camerino, anexionándolas al reino de Italia. El decreto de Schoenbrunn (17 de Mayo de 1809) anexionó, no ya al reino de Italia sino al imperio francés, Roma y lo que restaba de los Estados de la Iglesia. El Papa respondió lanzando una bula de excomunión contra Napoleón y sus consejeros por la expoliación de que era objeto la Santa Sede. El día 6 de Julio, ó sea el mismo día de la batalla de Wagram, Radet, coronel de gendarmes, forzó el Quirinal, donde se había refugiado el Pontífice desde la ocupación de Roma por las tropas francesas, y se apoderó de la persona de Pío VII y de los cardenales hostiles á Francia.

Rodeaba siempre al Pontífice un partido anti-francés, á cuyo frente estaba el cardenal Pacca. Este partido que, se caracterizaba por su extraordinaria actividad, reprochaba vivamente á Pío VII todas sus concesiones á Francia y á la Revolución, y llegaba á considerar el Concordato como uno de los actos más desdichados del Pontificado; la conducta de Napoleón favorecía sus manejos. No cabe negar que los que ejecutaron las órdenes de Napoleón se extralimitaron, sea con ánimo de comprometerle, sea que quisieran satisfacer así sus sentimientos hostiles al catolicismo; el Emperador escribió en 18 de Julio desde Schoenbrunn al ministro de Policía: «Me disgusta mucho que se haya arrestado al Pontífice; esto es una gran falta. Quien debía ser arrestado era el cardenal Pacca, dejando al Papa tranquilo en Roma; pero, en fin, ya no hay remedio, es un hecho. No me opongo, *si ha concluído su locura,* á que vuelva á Roma...» Pero esta *locura* no debía terminar. El Papa, después de atravesar los Alpes, pasó por Grenoble, Aviñón, Aix y Niza, y llegó á Savona. Un senado-consulto creó los dos nuevos departamentos del Trasimeno y de Roma (17 de Febrero de 1810). El heredero del Imperio recibió en 1811 el título de *Rey de Roma,* como para indicar que no se debía pensar más en le separación de la Ciudad eterna del Imperio. Pero, ¿cómo era posibla conceder la investidura á los obispos prescindiendo de la Santa Sede?

Reunióse con este objeto un Concilio nacional en París (1811) y no se perdonó ninguna clase de medios para obligar al Pontífice á que sancionase sus acuerdos. Pío VII llegó á perder el sueño y cayó en un estado mental que rayaba en la locura. Así pudo sorprenderse su firma en una declaración (1811) que se apresuró á desautorizar públicamente cuando llegó de nuevo á sus manos. Napoleón creyó obtener mejor resultado de su influjo directo y ordenó que el Pontífice fuese trasladado á Fontainebleau. El día 18 de Enero entró el Emperador en el salón donde se hallaba el Soberano Pontífice (1).



Maret, duque de Bassano

Después de resistirse cinco días, el Pontífice se adhirió al Concordato de Fontainebleau (1813), pero se retractó después por medio de una carta dirigida á Napoleón. El Papa quedó poco menos que secuestrado y numerosos sacerdotes fueron reducidos á prisión ó deportados á Córcega, incorporados al ejército los seminaristas y disuelto el beaterio de Gante.

De este modo destruía Napoleón una parte de su obra y reanimaba las pasiones religiosas, que había antes apaciguado. M. de Haussonville ha dicho con razón: «Contra el Vicario de Cristo, que

(1) A. de Vigny, en su hermosa escena de *Grandeza y servilismo militares*, nos ha legado una verdadera leyenda. Puede leerse el resumen histórico de este suceso célebre en Thiers, libro XVI, págs. 293 á 302. Napoleón, en compensación de Roma, ofreció al Papa la ciudad de Aviñón.

invocaba los sagrados deberes de su misión religiosa, el recurso de la fuerza bruta corría el peligro de convertirse en una medida tan inútil como peligrosa. Al perseguir á los desgraciados sacerdotes por su fe, daba á sus enemigos nuevas armas é inducía á reunirse, con mayor ó menor sinceridad, bajo un sentimiento más potente que la simpatía política, todos los enemigos del gobierno imperial. Se estableció entre Savona y Roma una correspondencia más activa que el telégrafo, cuya existencia conocía el gobierno, pero que no llegó nunca á interrumpir.»

Napoleón, á pesar de todo, estaba satisfecho de ver que Italia entera había sido cerrada al comercio inglés. Luis Bonaparte, rey de Holanda, á cuyos Estados arruinaba el bloqueo continental, se mostraba indulgente con las infracciones que en esta materia se cometían. Napoleón, en garantía de que el bloqueo se cumpliría en adelante, se hizo ceder el Brabante holandés y la Zelanda (16 de Marzo de 1810), y en seguida (27 de Abril y 15 de Mayo) los anexionó á Francia (1). Luis Bonaparte abdicó (3 de Julio), se escapó de su reino y protestó ante Europa del insoportable despotismo de su hermano. Holanda fué incorporada al Imperio (9 de Julio), quedando encargado de su gobierno el antiguo cónsul Lebrún. Jerónimo Bonaparte vió también desmembrarse su reino de Westfalia, siempre con la mira de asegurar la ejecución del bloqueo, perdiendo por el senado-consulto de 13 de Diciembre de 1811 todas sus provincias marítimas, que fueron incorporadas al Imperio con las costas desde el Ems hasta el Elba y las ciudades anseáticas, incluso Lübeck y la cuenca del Trave, con lo cual adquiríase una importante posición en el Báltico. Por el mismo senado-consulto quedaba anexionada la región del Valais, en razón á las grandes obras realizadas para los caminos de los Alpes. Finalmente, otra parte de Westfalia constituyó en 27 de Abril de 1810 el departamento de Lippe, con Munster por capital. Podía darse por aplicado el bloqueo continental definitivamente al

(1) Napoleón buscó en la anexión de Holanda un motivo para entrar en tratos con Inglaterra, proponiéndose no realizarla si esta potencia consentía en entrar en negociaciones. M. Labouchère, el primer banquero de Holanda, yerno y socio de M. Baring, que lo era de Inglaterra, consintió y se encargó de intentarlo, pero sin ningún resultado. Hasta el 13 de Diciembre de 1810 no se organizó en departamentos.

Báltico, pues la misma Suecia se había identificado con el gobierno imperial. Gustavo IV se propuso continuar solo la guerra contra Napoleón y contra Alejandro. Agregó Dinamarca á estos enemigos con un ataque á Noruega, donde el general Armfeldt tuvo que combatir contra Bernadotte, que Napoleón mandó en auxilio de su aliado al frente de 30.000 hombres. Otros dos ejércitos suecos operaban en Scania y en Finlandia; los Suecos eran sin duda tan valientes como siempre, pero tenían que habérselas con fuerzas muy superiores; el sueco Klingspor, á pesar de su valor heroico y de dos victorias que



Bernadotte

alcanzó sobre Buxhovden, vióse obligado á abandonar Finlandia, realizando á través de Bothnia una gloriosa retirada; pero durante el invierno los Rusos, fortificados en las islas de Aland, de que se habían apoderado, se dividieron en tres cuerpos, Kulner, Bagratión, Barclay de Tolly, pasaron el golfo de Bothnia, sobre el hielo, y llevaron la guerra á la misma Suecia.

Por la revolución de 13 de Marzo de 1809, cuya señal dió Jorge Adlesparre, nombre que se ha hecho justamente popular en Suecia, las cámaras, el ejército y el pueblo, de común acuerdo para salvar al país de la ruina á que le arrastraba la política de alianza con Inglaterra, tan desastrosa para Suecia, destronaron á Gustavo IV y le reemplazaron por su tío el duque de Sudermania, proclamado rey por la Dieta con el nombre de Carlos XIII (5 de Junio). Pero á pesar de

la prodigiosa actividad que el anciano monarca desplegó, hubo de subscribir Suecia el tratado de Frederiksham (17 de Septiembre de 1809), que dejaba en poder de Rusia las islas de Aland, la Bothnia oriental hasta la Tornea y Finlandia. Suecia se comprometió á mantener el bloqueo continental (6 de Enero de 1810) y Napoleón le devolvió Pomerania.

Carlos XIII, de acuerdo con los Estados, designó para sucederle en el trono al príncipe Carlos Agusto de Holstein-Augustenburgo, pero este príncipe falleció en 10 de Junio de 1810. Formóse entonces un partido nacional en Suecia, como había acontecido en España á fines del reinado de Carlos II, para regenerar el país bajo la protección de Francia. El rey debía designar por heredero presunto del trono á uno de aquellos generales franceses cuya fama había llenado Europa y que eran perfectamente dignos de fundar una dinastía. Una casualidad singular motivó que Bernadotte fuese ya conocido por los Suecos; verdad es que había sido combatiéndolos, pero se recordaba el buen trato que había dado á los prisioneros y se pensó en él. Bernadotte tuvo la suficiente habilidad para hacer creer á los Suecos que Napoleón, en su interior, deseaba que se eligiese de entre sus mariscales á aquel que le estaba unido por lazos de familia y que el Emperador guardaba silencio sólo por un justo sentimiento de dignidad. Advertido Napoleón de estas intrigas, quiso manifestar sus ideas, pero era ya demasiado tarde, pues Bernadotte, á propuesta del monarca, fué proclamado príncipe real por los Estados de Œrebro, que se felicitaron de haber interpretado fielmente los deseos de Napoleón (21 de Agosto). Carlos XIII adoptó por hijo á Bernadotte, quien abrazó el protestantismo y prestó juramento á la constitución sueca (1.° de Noviembre). En 17 del mismo mes, Suecia declaró la guerra á Inglaterra.

Los Ingleses tomaban en las colonias francesas la revancha de la extensión del bloqueo continental y de las sorpresas de los corsarios, entre los cuales Surcouf se hizo un nombre casi legendario. Se apoderaron del Senegal (14 de Julio de 1809), de la Guadalupe, única Antilla que habían conservado (6 de Febrero de 1810), y de la isla de la Reunión (mes de Julio). En la isla de Francia, Decaen resistió hasta el día 2 de Diciembre de 1810, con 4.000 hombres

contra 10.000, viéndose obligado á salir de la isla, pero con todos los honores militares, armas, bagajes y hasta varios corsarios, que fueron devueltos á Francia, como buques del Estado, á costa del gobierno inglés. Decaen obtuvo además la concesión de que los Ingleses respetarían en la colonia las leyes francesas, cuyo conjunto recibió, por agradecimiento del país, el nombre de *Código Decaen*. Como Dupleix,



El ejército anglo-español atraviesa el río Duero (11 de Mayo de 1809). (Dibujo y grabado de Couché hijo)

á quien puede compararse, Decaen murió pobre (1832), aun cuando en la India hubiera podido crearse una rápida fortuna, elogio que en verdad desearían para sí muchos gobernadores ingleses. Silvano Roux, á quien Decaen puso al frente de las posesiones de Madagascar con el título de agente comunal, capituló en Tamatave (1) al año siguiente (18 de Febrero de 1811).

(1) A pesar de que la Revolución dió por resultado la pérdida de la mayoría de las colonias, en esta época, sin embargo, realizó Francia la tercera tentativa para establecerse en la gran isla del Océano índico. En 1792 se mandó á ella por la Asamblea legislativa un comisario de marina, llamado Lescallier, que regresó en 1796 sin haber obtenido ningún resultado positivo, pero sin que por esto continuase con menos empeño, principalmente en el Instituto, al cual pertenecía, una campaña dirigida á disipar la atmósfera creada contra la adquisición de la isla, cuyo territorio se tenía por insalubre. En 1802,

En Europa fueron derrotados los Ingleses en una segunda intentona contra el reino de Nápoles, en Santa Eufemia, pero este descalabro era insignificante para ellos, que confiaban principalmente en España. En 1809, aunque el grueso del ejército francés se hallase en Alemania, la campaña fué en difinitiva bastante favorable para las armas francesas. Soult, que estaba en Galicia, invadió el Norte de Portugal, mientras que el ejército del rey José se preparaba á penetrar por el valle del Tajo; entró en Oporto, después de una batalla ante esta ciudad (27-29 de Marzo), en tanto que Sebastiani derrotaba al ejército de la Mancha en Ciudad-Real (27 de Marzo) y Víctor, con 12.000 hombres contra 36.000, alcanzaba sobre Cuesta y el éjército de Extremadura la brillante victoria de Medellín, que costó á los Españoles una pérdida de 10.000 hombres entre muertos y heridos y 4.000 prisioneros (28 de Marzo) (1).

Pero estos ejércitos derrotados se reorganizaban como por encanto, y Víctor no se atrevió á aventurarse en Portugal para cooperar al plan de campaña de Soult. Wellington remontó el Tajo, ocupó cerca de Talavera de la Reina una excelente posición, y aprovechándose de las vacilaciones del rey José y de su jefe de Estado mayor, el mariscal Jourdán, que inutilizaron la energía de Víctor y de sus tropas, no sólo resistió darante dos días (27 y 28 de Julio) todos los esfuerzos de sus contrarios, sino que los arrojó detrás del Alberche (2). Sin desvanecerse por este triunfo, abandonó voluntariamente la línea del

---

el gobernador de la isla de Francia encargó á Bory de Saint-Vincent la exploración de aquella comarca. Decaen, en 1801, gobernador general de las colonias en el mar de las Indias, conceptuó los establecimientos de Madagascar bastante importantes para constituir en ellos un sub-gobierno, que confió á Silvano Roux.

(1) Lafuente calcula nuestras pérdidas, en la batalla de Medellín, en unos 12.000 hombres; respecto á los prisioneros, sólo «fueron entregados 1.850 al comandante Bagneris, en Talavera.» —*(N. del T.)*

(2) Esta batalla, «la mayor que hasta entonces se había dado,» fué causa de nuevas y profundas discordias entre los generales franceses y de disgustos entre José y Napoleón, que prueban, como muy acertadamente dice el citado historiador, «la importancia que ellos dieron á este hecho de armas y el dolor que les causó no haber triunfado en él.» Las pérdidas de los Franceses, según los datos de sus propios historiadores, consistieron en 944 muertos, 6.294 heridos y 156 prisioneros, más 16 cañones; entre los muertos se contó el bravo general Lépine. Las bajas de los Ingleses ascendieron á unos 6.000 hombres y las nuestras á 1.200. Wellington recibió de la Junta Central el nombramiento de capitán general y el gobierno británico le dió el título de vizconde de Wellington, nombre con que se hizo tan célebre posteriormente. —*(N. del T.)*

Alberche, al saber que Soult llegaba del Norte por Plasencia y amenazaba cortarle la retirada. Logró, pues, regresar á Portugal, y Soult, á pesar de toda su actividad, sólo pudo alcanzar la retaguardia, que derrotó en Puente del Arzobispo, sobre el Tajo. En Cataluña, Gouvión Saint-Cyr se apoderó de Gerona, defendida por Alvares de Castro, después de haber resistido seis meses con las trincheras abiertas (1) y



El general español don Joaquín Blake

de haber perdido las dos terceras partes de su población (11 de Diciembre). Suchet continuó demostrando sus talentos de administrador y de

(1) Durante este sitio, que, según un historiador francés enemigo de nuestra gloria, «dejó en la historia un recuerdo inmortal,» lanzaron los Franceses 60.000 balas rasas y 20.000 bombas y granadas sobre la población, que sólo capituló cuando hubo perdido sus fuertes exteriores y vió reducidos sus defensores á 1.100 hombres escasos, sin víveres de ninguna clase, con la epidemia que diezmaba á los supervivientes y, por último, enfermo gravemente el mismo Alvarez de Castro, alma de tan gloriosa defensa.

«La guarnición saldrá con los honores de la guerra, y entrará en Francia como prisionera de guerra. — Todos los habitantes serán respetados. — La religión católica continuará siendo observada, y será protegida. — Mañana, 11 de Diciembre, la guarnición saldrá de la plaza y desfilará por la puerta del Areny...—Fecho en Gerona, á las siete de la noche, á 10 de Diciembre de 1809.» Estas fueron las bases de tan honrosa capitulación,

general de primer orden en Aragón; derrotó á Blake en María y en Belchite, obligándole á refugiarse en Tortosa (mes de Noviembre). En resumen, á pesar de las victorias alcanzadas por las armas del Imperio, la campaña estuvo muy lejos de ser difinitiva; por esta razón, ni Inglaterra ni España desmayaban. Contaban con la ambición y las rencillas de los generales (1), con la escasa autoridad del rey José, con la falta de unidad en el mando del éjercito, y principalmente con la energía de los Españoles y aun con la topografía del país, que tantos obstáculos creaba á los aprovisionamientos y á los transportes y que tanto se prestaba para la guerra de guerrilla.

Era ésta, aun fuera del campo de batalla, una lucha perenne de hombre á hombre. Un ejército invisible se extendía por casi toda España como una red de la que no podía escapar ningún soldado francés que se separase un momento de su columna ó de su guarnición. Sin uniforme y sin armas, á lo menos en la apariencia, los guerrilleros despistaban fácilmente á las columnas que les perseguían, y con frecuencia las tropas que iban en su busca pasaban por en medio de ellos sin concebir la menor sospecha. Los campesinos, ocupados en sus faenas agrícolas, cogían el fusil al apercibir un francés rezagado, y, en cambio, para el destacamento que pasaba cerca del campo que cultivaban, eran sólo pacíficos labradores. Para las gentes del pueblo de las grandes poblaciones constituía una distracción colocarse tras de las rocas, ó entre los árboles, en los arrabales, y disparar sobre nuestros

---

en cuya virtud «el día 11 entraron en la plaza los Franceses, asombrados aquellos veteranos, que habían hecho las grandes campañas de Napoleón, al contemplar tantos escombros, tantos cadáveres, tantas muestras de heroísmo, tantas y tan aterradoras señales de una maravillosa resistencia.»

Para mal de nuestros enemigos, Alvarez de Castro, el heroico defensor de la inmortal ciudad, desde Francia, á donde fué trasladado en los primeros momentos, fué traído al castillo de Figueras y murió en uno de sus calabozos, según todos los indicios de muerte violenta. Las Cortes de Cádiz decretaron honores para este esclarecido patricio y su nombre figura entre los de los mártires de la independencia patria. El vencedor de Bailén, Castaños, mandó colocar en el calabozo donde murió una lápida que recuerda las inmarcesibles glorias de aquel nombre. —*(N. del T.)*

(1) Según las *Memorias* del general Bigarre, ayudante de José, y en este punto concuerda con Marbot, Soult trató de hacerse proclamar rey de Portugal y mandó distribuir dinero al pueblo para que á su paso gritase: «¡Viva el rey Nicolás!» Napoleón, conocedor de estas intrigas, sin autorizarlas, no se opuso á ellas. Era tal el disgusto que un oficial, llamado Argentón, llegó hasta á entrar en tratos con los Ingleses para proponerles conferenciar con gran número de coroneles y generales del ejército francés.

centinelas, fumándose al propio tiempo un cigarrillo. A menudo, en ciertas comarcas accidentadas y casi sin caminos, los soldados no podían avanzar más que ayudándose con las manos y sirviéndose de sus armas para apoyarse, pues el menor paso en falso les hacía rodar á profundos abismos. Desorganizábase la columna en estos casos, y desgraciada de ella si era sorprendida en tal estado por el airado enemigo, emboscado en el paso de un desfiladero; apostado de ante-



Batalla de Ocaña (19 de Noviembre de 1809). (Cuadro de Roehn)

mano y seguro de no errar el tiro, el español designaba en alta voz, con refinamiento de crueldad, la víctima que había escogido: «¡Al oficial! ¡Al sargento!» y el oficial y el sargento caían heridos de muerte. Los prisioneros eran muchas veces ahorcados y aun quemados vivos (1). A tales peligros y fatigas había que agregar comúnmente las privaciones de todo género, siendo la más cruel la falta de agua: tras varias horas de marcha, con un calor abrasador, señalaban

(1) Como puede verse, el cuadro que pinta el autor está bastante recargado. Sin desconocer que se cometieron crueldades por parte de los guerrilleros españoles, justificadas por las mil atrocidades que en Madrid, Burgos Mataró, Córdoba, etc., cometieron los ejércitos invasores, no es posible aceptar estas últimas afirmaciones de M. Roger Peyre, quien no debe olvidar que en uno de los capítulos de esta obra se lamenta de que los prisioneros rusos hechos por los Franceses en Eylau les creyesen *antropófagos.—(N. del T.)*

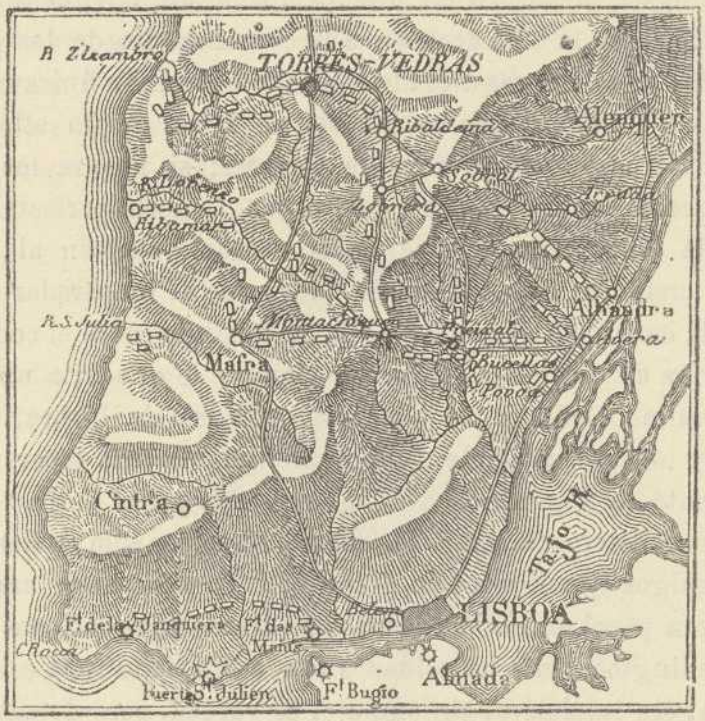
los guías de la columna una fuente, pero á una distancia grande todavía; algunos soldados, cansados, al ver que no llegaban, se detenían, sintiendo desfallecer sus fuerzas, y á la vista de sus compañeros perecían de calor, de cansancio y de sed. Las mujeres, los ancianos y hasta los mismos niños tomaban parte, á su manera, en esta guerra sin cuartel. «Ví, dice M. de Rocca, cerca de Ronda, á un chicuelo de ocho años que se llegó á jugar entre las patas de nuestros caballos y se ofreció á servirnos de guía. Condujo una pequeña sección de nuestros húsares á una emboscada y se salvó saltando rápidamente por entre las peñas, tirando su gorra al aire y gritando: ¡Viva nuestro rey Fernando VII!» (1).

Este valor degeneraba muchas veces en espantosas crueldades. No hay en la historia nada más odioso que la manera cómo los Españoles trataban á los prisioneros franceses (2) en los pontones de Cádiz ó en el islote de Cabrera. Constituye esto una mancha que todo el patriotismo desplegado por España es impotente para lavar. «En el espacio de tres semanas, dice un testigo ocular, vimos morir treinta ó cuarenta personas en cada uno de los pontones sin el menor auxilio y hasta el agua faltaba casi siempre.» Algunos eran arrojados al agua todavía vivos, pudiendo sentir aún los graznidos de las aves de rapiña que acudían á devorarles. «Algunas mujeres, parece imposible creerlo, algunas mujeres de la clase más distinguida de Cádiz, acudían en elegantes embarcaciones á pasearse por entre los cadáveres que llenaban la bahía y alrededor de nuestros pontones, para gosarze

(1) Conocida es la frase española: «Quien entra débil (en España) es derrotado, el fuerte perece de hambre.» Crecían las dificultades de los convoyes por el estridente chirrido de las ruedas sin engrasar, que señalaban su paso á gran distancia. Sobre la guerrilla española véanse Miot de Melito, *Memorias;* E. Lapene, *Historia de la conquista de Andalucía;* la obra de M. Rocca, segundo marido de Madama de Stael, sobre la guerra de España, y las *Cartas* de Roederer, citadas por Sainte-Beuve.

(2) Todos los historiadores españoles, sin excepción, se han dolido de los malos tratos dados á los prisioneros franceses hechos en la batalla de Bailén, ya en los pueblos del tránsito, ya en los pontones; pero hay que tener en cuenta la excitación de los Españoles por el proceder inhumano de los Franceses y por sus exacciones, y al propio tiempo, la falta de un gobierno firme y bien organizado, que hubiese podido refrenar los instintos de venganza más ó menos legítima que se desarrollaron. Aunque no seamos partidarios de justificar crímenes con crímenes análagos, es preciso tener en cuenta las circunstancias excepcionales por que España atravesaba en aquellos momentos.—*(N. del T.)*

en el espectáculo de nuestra miseria y anunciarnos con demostraciones de la más feroz alegría que en breve seríamos todos degollados. Como el sinnúmero de cadáveres que flotaban bajo los muelles de Cádiz podía alterar la salud de sus habitantes, se nos ordenó, en nombre de la Junta, bajo la pena de ser diezmados, que se guar-



☐ Líneas de defensa de Torres-Vedras

	Trincheras	Cañones	Hombres	Extensión
1.ª línea.	70	319	18.683	46.000 m.
2.ª línea.	69	215	15.444	38 000
3.ª línea con reducto. . .	13	94	»	2.700
	152	628	34.127	86.700 m.

dasen los muertos á bordo hasta que una barca pasara á recogerlos. Transcurrían á veces cuatro ó cinco días sin que viniesen á buscarlos y yo llegué á ver en el castillo de proa de nuestro pontón noventa y ocho, sin contar una veintena á lo menos en el de popa (1).»

A los Franceses no les era posible, suponiendo que alguna vez lo sea en tierra extranjera, dividirse en pequeñas columnas para res-

(1) *Memorias de un quinto de 1808*, recogidas y publicadas por M. Felipe Gille. Compárense, en lo referente á la suerte de los prisioneros franceses, tan desgraciados también á bordo de los pontones ingleses, las memorias tituladas: *Mis pontones*, de Luis Garneray.

ponder á la guerrilla con la contraguerrilla, pues tenían que combatir además con ejércitos regulares y sobre todo contra las tropas inglesas, mandadas por sir Arturo Wellesley, que después de la batalla de Talavera recibió los títulos de barón del Duero y vizconde de Wellington.

Wellington demostró en esta campaña un talento militar de primer orden que le hizo acreedor á la consideración de los hombres competentes, que con seguridad no hubiera obtenido únicamente por la batalla de Waterloo, que ha labrado su fama. A un alto sentido práctico unía una rara firmeza de carácter; si no era fecundo en ideas, concebía las más justas y adecuadas. Conocía perfectamente el cúmulo de dificultades que se había creado Napoleón al atacar á España y creía que era posible, sin duda, que el Emperador completase con la conquista de la Península su dominio sobre el continente; pero aunque así sucediese, sabía que siempre le quedaría un refugio como Gibraltar, Cádiz, ó las mantañas del Norte de Lisboa, á donde retirarse y hacerse fuerte de modo inexpugnable para esperar el desquiciamiento del gigantesco edificio levantado por el Emperador; después volvería á tomar la ofensiva, cuando Napoleón sólo pudiese oponer á sus enemigos ejércitos medio deshechos. Para esperar, era preciso dar un gran papel en las operaciones militares á las defensas de campaña. Wellington tenía los soldados más á propósito para este genero de guerra, sin iniciativa, sin empuje, es verdad, pero dotados de una imperturbable sangre fría y excelentes tiradores. En 1810 pudo, por fin, hacer la guerra tal como él la comprendía: retirado á Portugal, se ocupó en fortificar de un modo formidable las líneas de Torres-Vedras, en la sierra de Cinta (véase el mapa).

La Junta española, aunque abandonada por Wellington, reorganizó un ejército que debía marchar sobre Madrid, el cual fué completamente derrotado por Sebastiani, segundo de Massena, en Ocaña (19 de Noviembre). Completóse esta victoria por la brillante acción de Kellermann en Alba de Tormes, pero el objetivo más importante y que en primer término perseguían los franceses consistía en arrojar de España las huestes inglesas. Napoleón resolvió verificar una tercera invasión en Portugal: Soult debía penetrar en esta nación por el camino de Badajoz, mientras que otro ejército, acaudillado por Mas-

sena, entraría por el valle del Duero y el camino de Ciudad-Rodrigo; desgraciadamente, Soult se preocupó tan sólo en conquistar Andalucía, José entró triunfalmente en Sevilla (31 de Enero), pero la Junta se retiró á Cádiz, y al llegar las tropas francesas á la isla de León se encontraron cortado el puente de Suazo. Wéllington permaneció firme en sus líneas, y Massena, á causa del retraso de Soult, no comenzó seriamente sus operaciones hasta el mes de Julio.

Después de la toma de Ciudad-Rodrigo por Ney, Massena se dirigió sobre Almeida, á la que obligó á capitular. Wéllington, que se había negado á auxiliar estas dos plazas, se adelantó, sin embar-



El mariscal Gouvión Saint-Cyr

go, hasta la meseta de Busaco (27 de Septiembre de 1810), donde tomó posiciones para detener el avance del enemigo. Rechazó, en efecto, un ataque de frente, en que los Franceses perdieron 4.000 hombres, pero luego, por medio de una hábil maniobra, envolvieron sus posiciones, que abandonó precipitadamente, dejando descubierta á Coimbra y guareciéndose tras sus líneas. Allí recobró todas sus ventajas, á pesar de que su situación no estaba exenta de dificultades y de graves recelos. El ejército inglés, acampado sin el suficiente abrigo en tiendas expuestas continuamente á los vientos del Océano y á las frecuentes lluvias de aquella región y condenado á una inacción que le molestaba, empezaba á murmurar. Otra clase de inquietudes preocupaban también á Wéllington, que temía que un acuerdo del Parlamento británico, sumamente dividido en la cuestión de

Portugal, le obligase á dejar el mando é inutilizase su perseverancia. Temía sobre todo que los Franceses, reuniendo todas sus fuerzas, atacasen directamente á Lisboa; y finalmente, tenía que contar con el descontento de los Portugueses, sumamente disgustados de que este general inglés arruinase y talase su territorio, incendiando sus mieses, cortando sus olivos con el pretexto de llevar el hambre á los Franceses y evitar combatir con ellos. En medio de estas diversas preocupaciones supo Wéllington conservar toda la lucidez de su espíritu y toda su sangre fría, y persistiendo en el plan que con razón creía mejor, dejó que el ejército francés se consumiese ante sus trincheras durante cinco meses: sabía perfectamente que si sus soldados sufrían, no sufrían menos sus enemigos. Los Franceses se veían obligados á enviar expediciones á una distancia de cincuenta leguas para buscar provisiones. Fué realmente ésta una de las situaciones más curiosas de la historia militar: á veces reuníanse merodeadores franceses é ingleses que desertaban de sus ejércitos respectivos, formando cuadrillas (casi siempre mandadas por franceses) para vivir libre y holgadamente saqueando el país. El capitán de una de ellas llegó á hacerse en cierto modo popular con el apodo de *general Caldero*, sobrenombre que no da lugar á comentarios. Por terrible é inexorable que fuese esta lucha, los soldados de ambos ejércitos comenzaron á apreciarse y hasta á simpatizar mutuamente, y aun sin entenderse se daban las manos en los momentos de tregua, y en particular los heridos. Separados por el Duero, Ingleses y Franceses se bañaban en él y fraternizaban en medio de su corriente. «Ellos nos daban ron, — dice un oficial que mandaba una de estas secciones,—y nosotros galleta, y en medio del río cambiábamos nuestros obsequios (1).» En cambio los ingleses tenían poco aprecio á los guerrilleros, en quienes sólo veían bandidos (2) que mataban y robaban

(1) Este detalle está tomado de las Memorias manuscritas del marqués de Rabar: *Recuerdos del regimiento número 101*. Véanse la relación de Thiers, las memorias de Marbot y, principalmente, el resumen hecho por Arsenio Barine de la autobiografía de un soldado raso del ejército inglés que fué uno de los modestos actores de esta campaña *(Revue des Deux-Mondes*, 1.° de Septiembre de 1889).

(2) Nada de particular tiene que los Ingleses tuviesen en tal concepto á nuestros guerrilleros. En todas épocas, y particularmente en aquélla, en la que tan necesarios eran para España los auxilios de Inglaterra, se ha reconocido por los Españoles las

con preferencia á los Franceses. Entretanto, las enfermedades y las deserciones iban reduciendo de día en día el ejército de Massena. Por otra parte, Soult, sin preocuparse de lo que ocurría en Portugal, se apoderó de Olivenza y derrotó en el Gebora una columna que iba en auxilio de Badajoz, que no se rindió hasta el 10 de Mayo de 1811. En cuanto á Víctor, se limitó á bloquear á Cádiz; en este sitio murió el general Senarmont, «el Condé y el Bayardo del arma de artillería.» Massena, falto de víveres y desconfiando de ser socorrido en tiempo oportuno, se decidió á levantar ocultamente su campo, to-



El mariscal Suchet, duque de la Albufera

mando el camino de Coimbra (4 de Marzo). Entonces Wéllington salió de sus líneas y emprendió la persecución de un ejército que, compuesto de 60.000 hombres al principiarse la campaña, había quedado reducido, casi sin combatir, á 28.000 hombres escasamente. Alcanzó la retaguardia en Pombal y en Redinha (11 y 12 de Marzo), en cuya ocasión Ney, olvidando su disgusto por haber sido puesto á

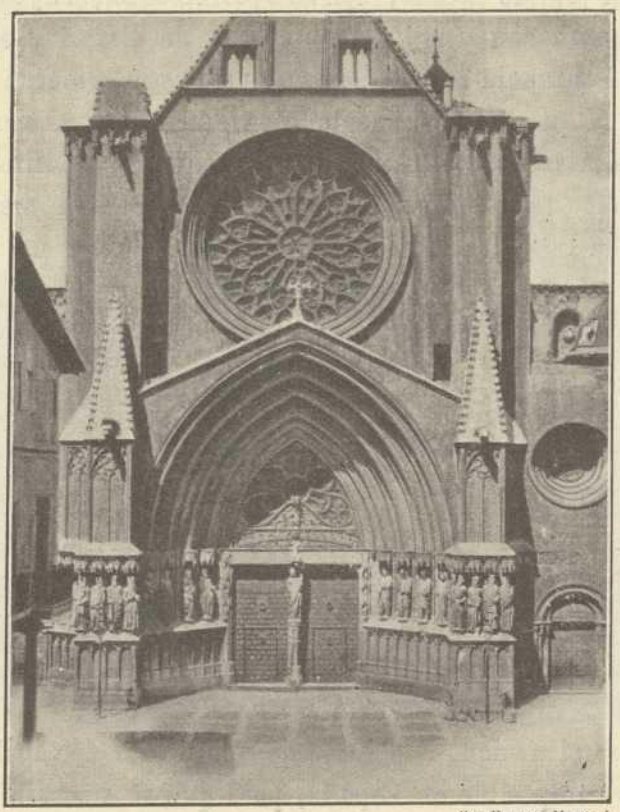
condiciones de los Ingleses, tanto que las Juntas de España rehuyeron por mucho tiempo recibir tropas de aquella nación, que al hallarse aquí trataron á las comarcas donde operaban como país conquistado, talando y saqueando, so pretexto de privar de recursos al enemigo, y destruyendo nuestras industrias (la fábrica de porcelana del Retiro, en Madrid, alegando la necesidad de establecer una batería en aquel punto) y hasta nuestras defensas. Por grande que fuese el daño que Francia haya podido ocasionar á España, nunca llegará á los perjuicios que Inglaterra, enemiga ó amiga, nos ha causado.—*(N. del T.)*

las órdenes de Massena, mostróse en esta lucha á la defensiva digno de lo que había sido anteriormente en Polonia. Massena no se detuvo hasta Ciudad-Rodrigo, dejando á los Ingleses que atacasen en Almeida, y una vez reforzado su ejército volvió á tomar la ofensiva, encontrándose en 5 de Mayo de 1811 enfrente de Wéllington, que ocupaba una fuerte posición en la meseta de Fuentes de Oñoro. Dióse aquí una batalla parecida á la de Talavera ó de Busaco, que hubiera podido convertirse en una brillante victoria para los Franceses si Massena, cuyas disposiciones generales habían sido las propias de un gran militar, no hubiese tenido que chocar con las vacilaciones y la mala voluntad de sus lugartenientes, y particularmente de Bessières; se vió, pues, obligado Massena á proseguir su retirada y abandonar á su suerte Almeida, cuyo gobernador, Bernier, voló sus fortificaciones durante la noche y aprovechándose de la confusión que se produjo por hecho tan extraordinario, logró atravesar con la guarnición las líneas inglesas é incorporarse al grueso del ejército.

Wéllington, tranquilo por esta parte, acudió en auxilio de Beresford, que al frente de 30.000 portugueses se dirigía hacia Andalucía en el momento en que el ejército de Massena había emprendido su retirada, y reconquistó Badajoz (20 de Enero de 1812), á pesar de la tenaz y bien dirigida resistencia de Filippón.

Unicamente Suchet había sostenido por completo el brillo de las armas francesas. Concluyó, en primer término, la sumisión de la cuenca del Ebro con la toma de Lérida, de Mequinenza, de Morella (Mayo-Junio de 1810), después de Tortosa (2 de Enero de 1812) y de Tarragona (28 de Junio). El sitio de esta ciudad fué en realidad un combate no interrumpido durante cincuenta y cuatro días; en él hubo tres sitios, pues fué preciso conquistar sucesivamente el fuerte del Olivo y los dos recintos de la ciudad. En los asedios de las poblaciones españolas desplegaron los Franceses, tanto soldados como oficiales y jefes, tal paciencia y valor y tales resortes de actividad é inteligencia, que hicieron del ataque y defensa de las plazas de la Península la parte más gloriosa para ellos de aquella larga guerra y una de las páginas más dignas de llamar la atención de su historia militar. Pues si con razón se siente uno extraordinariamente admirado ante los defensores de Gerona, de Zaragoza y de Tarragona, ¿qué

cabe pensar de los que las conquistaron (1)? Suchet, dueño de Tarragona, se apoderó de Montserrat (2), y una vez Macdonald hubo ocupado Figueras, pasó al Sud de la cuenca del Ebro, derrotó á Blake en las ruinas de Sagunto (30 de Octubre) y le arrojó sobre Valencia, en donde le obligó á capitular con su ejército después de doce



Fot. Hauser y Menet

Fachada de la Catedral de Tarragona (según fotografía)

días de sitio (26 de Diciembre). Suchet, ascendido á mariscal de Francia después de la toma de Tarragona, recibió ahora el título de

(1) Sin negar la parte de gloria que pueda caber á los soldados franceses, debemos consignar que en casi todos estos sitios la anublaron con los actos vandálicos que llevaron á cabo. Después del de Zaragoza hicieron prisioneros á sus defensores, faltando á la capitulación, llevándolos á Francia, incluso á Palafox, víctima de sus malos tratos, y haciéndoles sufrir toda clase de penalidades, llegando á fusilar á aquellos que por su debilidad, cansancio ó heridas no podían seguir. En Tarragona, «el saqueo, la muerte de inermes habitantes, la destrucción, el incendio, la violación, todos los horrores, en fin, de las pasiones humanas en su mayor frenesí, se desplegaron y extendieron en la ciudad vencida como furias desatadas. Completaron aquellas horas de vandalismo el número de cuatro mil víctimas que tuvo el vecindario.»—*(N. del T.)*

(2) Esta conquista resultó más ruidosa que importante. Ni Montserrat ha sido

duque de la Albufera, pero las condiciones militares que acababa de demostrar no eran los menores títulos que tenía para el reconocimiento de Francia. Por su firmeza, justicia y humanidad (1), por la disciplina y la probidad que exigía á todos y por la incesante actividad de su espíritu, que bastaban para cumplir con los múltiples deberes de un jefe de Estado, convirtióse Aragón, cuyos habitantes pasaban sin embargo por los más tercos de España, en la única región de la Península en que se estableció regularmente el gobierno francés y en la que fué casi aceptado en definitiva. Al verse obligado á dejar aquella comarca, los habitantes de varios puntos dieron al mariscal público testimonio de su sentimiento por su marcha, y en Castellón de la Plana se indicó la esperanza de que no tardaría en volver (2); pero esto era una rara excepción en España.

En todas partes, por lo demás, las diversas clases sociales de la nación española estaban unidas íntimamente contra Napoleón. La parte liberal é ilustrada odiaba en él al déspota; los nobles, el clero y el pueblo, al representante de la revolución; todos, absolutamente todos odiaban al invasor. A principios de 1812 las Cortes de Cádiz promulgaron una Constitución parecida á la francesa de 1791, en la que se establecía hasta la libertad de imprenta, excepto en materias religiosas.

Massena, durante su permanencia frente á las líneas de Torres-Vedras, mandó á París al general Foy para exponer al Emperador su embarazosa situación. Foy hubo de manifestar á Napoleón que el triunfo no era imposible en España, pero que se necesitaba *la maza*

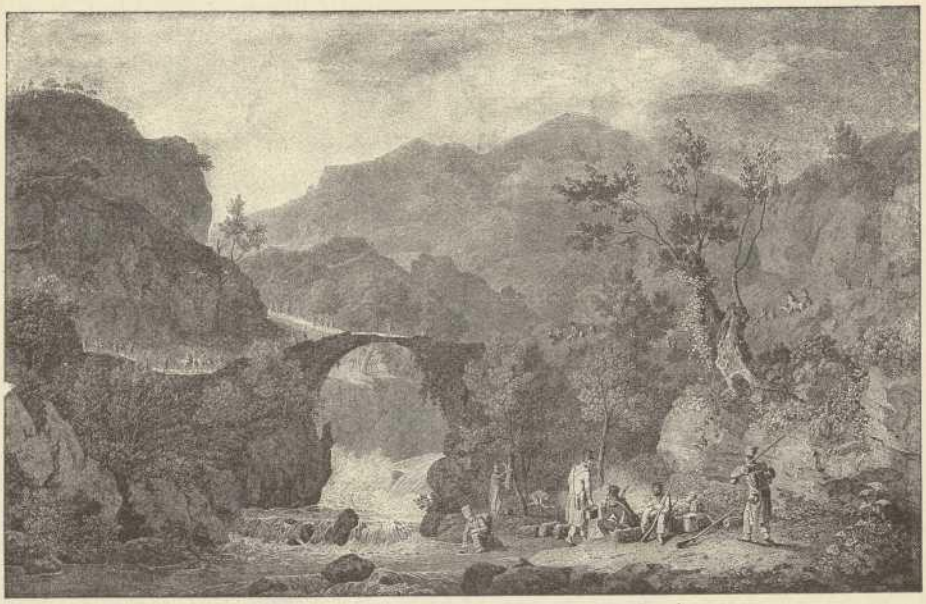
---

nunca plaza fuerte ni militarmente tiene gran importancia el celebrado monasterio. En todo caso, su conquista venía á ser una herida más á las arraigadas creencias religiosas de nuestros abuelos y un nuevo incentivo para continuar la lucha.—*(N. del T.)*

(1) No será esta humanidad la que desplegó en Tarragona, como hemos visto, ni tampoco el cúmulo de crueldades que cometió contra los infelices soldados prisioneros después de aquel hecho, contando domeñar por medio del terror el ánimo heroico de los catalanes.—*(N. del T.)*

(2) No todos los ánimos tienen igual temple, y no son de extrañar estas frases del autor ni los términos de la alocución que una comisión de personas principales, según el historiador valenciano Boix, dirigió á Suchet al entrar triunfalmente en Valencia, y en la que se decía: «General conquistador, bien venido; la ciudad más rica y opulenta de España, dolorida, quebrantada y moribunda, estaba esperando este feliz y afortunado día. Entrad en ella, excelso conde, y dadle vida,» etc. Por lo demás, el autor está más en lo cierto en los párrafos siguientes.—*(N. del T.)*

de Hércules para obtenerlo, y precisamente en aquellos momentos comenzaban á tomar cuerpo las diferencias entre Francia y Rusia, que debían arrastrar á Napoleón á aquella desastrosa campaña en la que iba á perecer el Gran Ejército, único que podía haber subyugado España. En medio de la general alegría que alrededor de Napoleón se manifestó por su matrimonio con María Luisa, Cambaceres, que no era por cierto un cortesano adocenado, parecía meditabundo.



Retirada de las tropas francesas hacia la frontera española. (Copia de un grabado inglés de la época)

En el consejo que se celebró con motivo del matrimonio imperial, había abogado decididamente en favor de una alianza con Rusia, pero no lo logró.

«Cuando sólo hay una razón para alegar y no es posible manifestarla,—dijo Cambaceres á un amigo suyo,—es fácil quedar derrotado. Comprenderéis todo su valor con una sola frase: tengo la convicción moral de que antes de dos años estaremos en guerra con aquella de las dos naciones con quien el Emperador no ha contratado su matrimonio. Una guerra con Austria no me inquieta en lo más mínimo, pero tiemblo ante una guerra con Rusia, cuyas consecuencias serán irreparables.»

Antes de entrar en la exposición de los hechos que debían producir la caída de Napoleón, creemos llegado el momento de lanzar una ojeada sobre el estado intelectual de Francia en un período en que la guerra ha tenido tanta y tanta importancia, pero que llama también la atención por el esplendor de las letras, las artes y las ciencias.

CAPITULO VIII

LAS LETRAS EN TIEMPO DE NAPOLEÓN

ERUDICIÓN. — ARQUEOLOGÍA. — HISTORIA.
FILOSOFÍA. — ECONOMÍA SOCIAL. — JURISPRUDENCIA. — CRÍTICA. — POESÍA. — TEATRO.
NOVELA. — EL ROMANTICISMO EN EL CONSULADO Y EL IMPERIO.

Ojeada sobre el estado intelectual en la época de Napoleón



L período comprendido entre 1789 y 1815 parece dedicado por completo á los excesos de los partidos políticos y á las cruentas luchas de la guerra civil ó extranjera, *ferrea jura, insanumque forum*. Y, sin embargo, es uno de los períodos que con más razón merecen ocupar un lugar preferente en la historia del progreso intelectual. En el orden científico, aparecieron la mayoría de los inventos y de las teorías generales que en lo restante del siglo se han desarrollado aplicándolas en la práctica, sin agregar apenas ningún principio nuevo: la geometría descriptiva de Monge, la mecánica analítica de Lagrange, la mecánica celeste de Laplace, la nueva geometría de Poinsot y Carnot; los trabajos de Cuvier, Jussieu, Geoffroy Saint-Hilaire y Lamarck en historia natural; en física, la pila de Volta, la locomotora, el gas del alumbrado, los buques de vapor, las

primeras tentativas de la telegrafía eléctrica, el descubrimiento de la polarización por Malus, el de las interferencias por Tomás Young; en química, la invención de la soda artificial por Leblanc, los trabajos de Bercelius, Davy y Berthollet. La historia del arte presenta también hechos importantísimos: entonces se presenta con Carstens y sus discípulos la segunda escuela alemana, que dió á la patria de Alberto Durero, de Lucas Kranach y de Holbein una gloria que no había alcanzado desde la Reforma. Las escuelas de Dresde, Munich, Dusseldorf y Berlín empiezan á despuntar con los pintores Cornelius y Begas y los arquitectos Leon de Klenze y Schinckel. Pocos nombres célebres podía presentar hasta entonces Alemania en escultura, pero ahora este arte, que parecía privilegio exclusivo de la raza latina, adquiere un desarrollo imprevisto con Dannecker, Schadow, Tiech, Rauch, Thordvaldsen y otros que no tardaron en hacerse célebres.

La pintura inglesa en esta época, siguiendo las tradiciones de Reynolds y de Gainsborough, justifica sus pretensiones de escuela independiente con West, Lawrence, Opie, Wilkie, Romney, y principalmente con sus paisagistas Crome, Constable, Turner, etc. No contenta con esto, influye á su vez en el continente esparciendo el sentimiento de la naturaleza, estimada en toda su sencillez y por su propio valer. También presenta un gran escultor cuya fama se ha hecho europea: Flaxmann. Italia adoptó las teorías artísticas de Francia; al morir Pompeyo Battoni, legó su paleta al joven David. Camuccini y Appiani siguieron las huellas de aquel á quien Battoni designó como maestro del arte, pero Italia sobresale principalmente por sus escultores Canova y Bartolini, Tenerani tenía sólo treinta años en 1815. España, á pesar de su decadencia, puede enorgullecerse del pintor Goya y del escultor Álvarez.

Francia, sin embargo, ocupa sin disputa el lugar preferente con David y su escuela; pero el arte francés no es tan exclusivista como parece indicarlo la preponderancia de David, preponderancia menos imperiosa por cierto que la de Lebrún en tiempo de Luis XIV. Basta recordar el colosal éxito alcanzado por Gros y Prudhon; la pintura de género, de animales, de paisaje y flores ocupa también sitio distinguido en esta escuela; además, antes de 1815 empieza á despuntar en las artes una escuela nueva, que si bien puede producir

obras de mayor tamaño, no dará nada superior al *Húsar acuchillando* de Gericault.

Respecto á la música, si bien Mozart murió en el momento en que Bonaparte empezaba á figurar, Haydn prosiguió su gloriosa ancianidad, y Beethoven produjo, antes de caer Bonaparte, las obras que le dieron el primer lugar entre los músicos y que él mismo no



Monumento de la reina Luisa de Prusia, en Berlín. (Obra escultórica de Rauch)

llegó ya á sobrepujar (1); á su alrededor se agrupa una generación digna de tales modelos: Kozeluch, Wranitsky, Weigl, Neukomm, predilecto discípulo de Haydn, el abate Vogler y sus discípulos: Weber, Pedro de Winter, Meyerbeer (2) y Steibelt, etc. No bastaron estos genios superiores ni todos estos artistas distinguidos para arrebatar á

(1) *Sinfonías heroicas* (1805) y *en do menor* (1808), *pastoral* (1809), *Leonora* (1803), convertida en *Fidelio* (1814). Ditters de Didersdorf murió en 1716 y Naumann en 1801.

(2) Meyerbeer (1794-1864), nombrado á la edad de diez y siete años maestro compositor de la corte de Hesse-Darmstadt, había compuesto ya mucha música religiosa, y un oratorio titulado *Dios y la Naturaleza*, cuando se dedicó al teatro con *La hija de Jefté* (1812) y *Abimelech* (1813).

Italia su hegemonía musical, pues en ella florecían á la sazón Cimarosa (muerto en 1805), Paisiello (en 1816) y Salieri (en 1825), sin contar á Zingarelli, Guglielmi (murió en 1804), etc. Cherubini y Spontini se hallaban en el apogeo de su gloria; Rossini, á la edad de veintiún años, hizo representar en 1813 su décima ópera *Tancredo*, que afirma las nuevas tendencias y marca de una manera clara el primer estilo de este genio prodigiosamente flexible, que pasando por el *Otelo*, la *Semíramis* y el *Moisés*, debía llegar al *Guillermo Tell*. Cherubini y Spontini, como Rossini, son dos glorias casi francesas. Los músicos franceses de esta época, demasiado olvidados, ó por mejor decir, olvidados principalmente por sus compatriotas, seguramente nada tienen que llame la atención.

En la literatura propiamente dicha, Francia, que cuenta con un Chateaubriand, un J. de Maistre y una Stael, no puede competir con Alemania é Inglaterra. Fijándonos únicamente en los rasgos más culminantes de la última, vemos que la oratoria política llega en ella á su apogeo con Fox, Shéridan, Pitt y Burke; la poesía, por otra parte, siguiendo el camino que le acababa de abrir Cowper ó emprendiendo de nuevo en parte la tradición shakespeariana, renace con Wordsworht, Crabbe, Southey y, principalmente, Byron, cuya *Peregrinación de Childe-Harold* (1811) le coloca ya á la cabeza de los poetas de su época. Nunca había brillado la literatura en Alemania con tanto esplendor, pudiéndose decir que el principio del siglo décimonono es para ella su período clásico. Klopstock y algunos otros sobrevivientes á las primeras luchas que dieron vida á la nueva literatura alemana, presencian los incontestables triunfos de la generación que les siguió, en la que sobresalen los nombres de dos rivales de gloria, no por esto amigos menos fieles: Gœthe y Schiller.

Alemania alcanza á la sazón la hegemonía en la filosofía. Kant, el nuevo Descartes, levanta de nuevo el estandarte de la metafísica y del espiritualismo, que no había sido abatido por completo aun en la misma Francia en el siglo XVIII, aunque parecía haber cedido ante otras doctrinas más deslumbradoras, y pudo morir con la seguridad de haber resucitado la antigua y veneranda tradición filosófica. Schelling, Hégel, Fichte, eran ya célebres en las universidades y muy pronto sus doctrinas iban á extenderse por toda Europa, obscure-

ciendo casi por completo los trabajos dignos de loa, pero un tanto vulgares, de la escuela psicológica de los filósofos escoceses, cuya omisión, en una reseña del movimiento filosófico de la época, por sucinta que sea, resultaría injusta. En erudición, Alemania y Francia se disputan aún la supremacía, que más adelante alcanzó la primera, aunque sin dejar muy rezagada á su rival. El gobierno francés protegía el talento donde quiera que se manifestaba: Napoleón condecoró con la Legión de Honor á Gœthe y á Wieland, encargó su estatua á



Las artes. El estudio La música. El honor. La industria.

Estatuas alegóricas que coronaban las columnas erigidas en la plaza del Ayuntamiento con motivo de las fiestas del matrimonio de Napoleón y María Luisa (obra de Prud'hon)

Canova, su busto á Thorwaldsen, así como el famoso friso del *Triunfo de Alejandro*, hoy en la quinta Sommaviva, en el lago de Como, y confió diversos trabajos á todos los artistas italianos de alguna nombradía. El rey Jerónimo trató en Cassel con suma distinción á Juan de Muller y trabajó para atraer á Beethoven á su partido. En Florencia, la princesa Elisa protegió, entre otros, al historiador Micali. Bilderdyk, el literato holandés más distinguido de aquella época, gozó de gran favor con Luis Bonaparte.

Tras esta rápida ojeada sobre el estado intelectual de Europa durante el período napoleónico, vamos á limitarnos ya á Francia.

Napoleón y las letras. Premios decenales

Nunca, en verdad, el público parecía haber tomado mayor afición á las instituciones científicas y literarias, y sería muy larga la lista de los establecimientos que, con el nombre de Liceos, Ateneos, etc., ofrecían al público, mediante una retribución variable, cursos, conferencias ó conciertos.

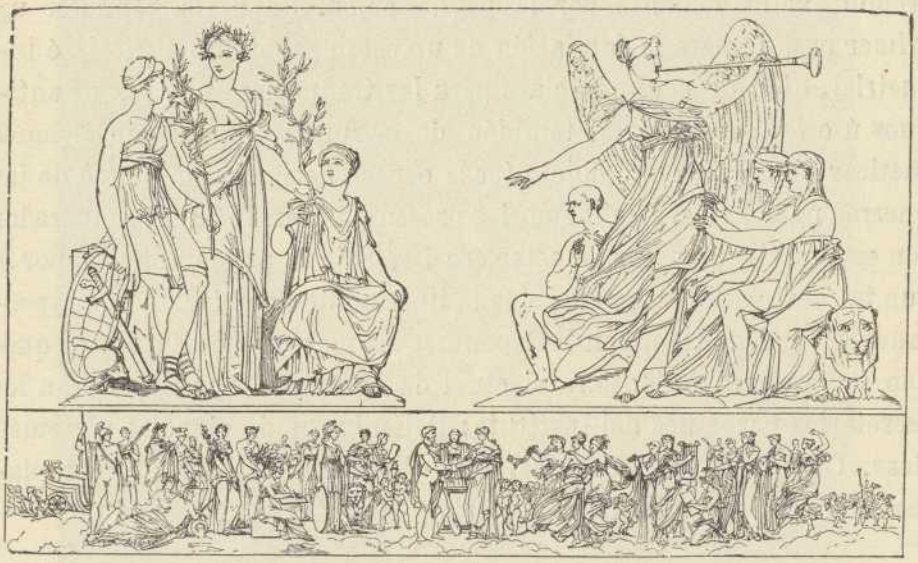
Napoleón, que gustaba de la grandeza en todos sus aspectos, sabía el brillo que da la gloria científica, literaria y artística á un imperio, por muy glorioso que resulte desde el punto de vista militar; era, por lo demás, aficionado á las letras y las artes por natural condición, y en cuanto á las ciencias, las había cultivado, como hombre que necesitaba su concurso; á esto debía su ingreso en el Instituto. En Santa Elena trataba de distraerse resolviendo problemas de matemáticas superiores. Anhelaba no sólo proteger sino llevar la dirección en las letras, las artes y las ciencias, inclinándose á menudo á considerarlas como una de las ramas de la administración. La suspicaz censura que prohibió la publicación de *La Alemania,* de Mad. de Stael, aunque hubiese ésta suprimido ó modificado los puntos que se le habían señalado, parecía creada para descorazonar á los buenos escritores, que generalmente tienen tanta más independencia cuanto mayor es su talento.

Sin embargo, Napoleón, que pensionó y socorrió en varias ocasiones á los sabios, á los artistas y á los escritores, hízolo también muchas veces á los que sabía le eran hostiles; pero éstos no tenían la autoridad de Mad. de Stael, y si la prohibición de *La Alemania* fué una injusticia, no fué ciertamente una inconsecuencia.

José Chenier, que había escrito violentas diatribas contra el Emperador, haciéndolas circular manuscritas, se dirigió á él al caer en la indigencia por medio de una carta en la que le exponía su situación. Napoleón le señaló una pensión de 8.000 francos, y más adelante, al saber que Chenier estaba enfermo y carecía de los cuidados que su estado reclamaba, le mandó 6.000 francos de su bolsillo particular. Mad. de Stael era una enemiga mucho más temible que José Chenier.

El aprecio que Napoleón profesaba al mérito literario le hacía á

veces dominar ciertas antipatías. Al aparecer *Los Mártires* (1809), Chateaubriand era ya adversario decidido del Imperio; sólo venciendo grandes dificultades pudo pasar la obra íntegra, siendo necesaria para obtener el competente permiso toda la benevolencia personal del ministro de Policía, Fouché, quien estaba muy bien dispuesto gracias á Mad. de Custine, amiga entusiasta de *René*. De este modo, y por singular coincidencia, se encontró Fouché convertido en protector de Chateaubriand, quien llegó á llamarle en sus cartas «el gran amigo.»



Asuntos decorativos (de la misma procedencia que la fig. anterior)

El gobierno, para desvirtuar por un lado lo que por otro había concedido, impuso á los periódicos, sometidos todos á su autoridad, la obligación de criticar severamente, y hasta de ridiculizar en caso necesario, la nueva obra. Sin embargo, á raíz del triunfo del *Itinerario de París á Jerusalén* (1811), obra que, por otra parte, más sencilla y menos novelesca, era más del gusto de Napoleón, dijo éste, paseándose por las galerías del Louvre: «¿Cómo es que Chateaubriand no pertenece al Instituto?» En aquel mismo año fué nombrado en reemplazo de Chenier; en esta ocasión Chateaubriand quiso, valiéndose de palabras cubiertas, pero con energía, atacar en público, en su discurso de recepción, al gobierno francés y al hombre que estaba á su frente,

aunque á él le debía en parte su elección. Napoleón prohibió su lectura y no se verificó la recepción.

Por un decreto de 24 de Fructidor del año XII, uno de los primeros meses del gobierno imperial, se instituyeron los *premios decenales:* nueve premios de diez mil francos y once de cinco mil, que debían repartirse cada diez años en el aniversario del 18 de Brumario; este número se aumentó en 1809, al celebrarse el primer concurso. Concedíanse estos premios á las ciencias, á las artes y á la literatura en todas sus ramas, historia, erudición, filosofía, poesía, existiendo un premio exclusivamente por la poesía épica. Se fijaba también un primer premio para la fundación de un establecimiento agrícola é industrial, diez de segunda clase para las traducciones de textos antiguos ú orientales, y tres, también de segunda, para composiciones poéticas sencillas, cuyo objeto fuese cantar hechos ó anécdotas de las guerras nacionales. Las memorias presentadas en 1808, al Emperador con este motivo, á pesar de estar escritas bajo la presión oficial, por lo que tal vez resulte algo cohibida la libertad de apreciación y la espontaneidad de las ideas, son los documentos más preciosos que nos quedan sobre el movimiento intelectual de la época. Las redactaron los secretarios perpetuos del Instituto: Delambre la de ciencias matemáticas, Cuvier la de naturales, José Chenier la de literatura propiamente dicha, y Dacier la de historia y literatura antigua (1).

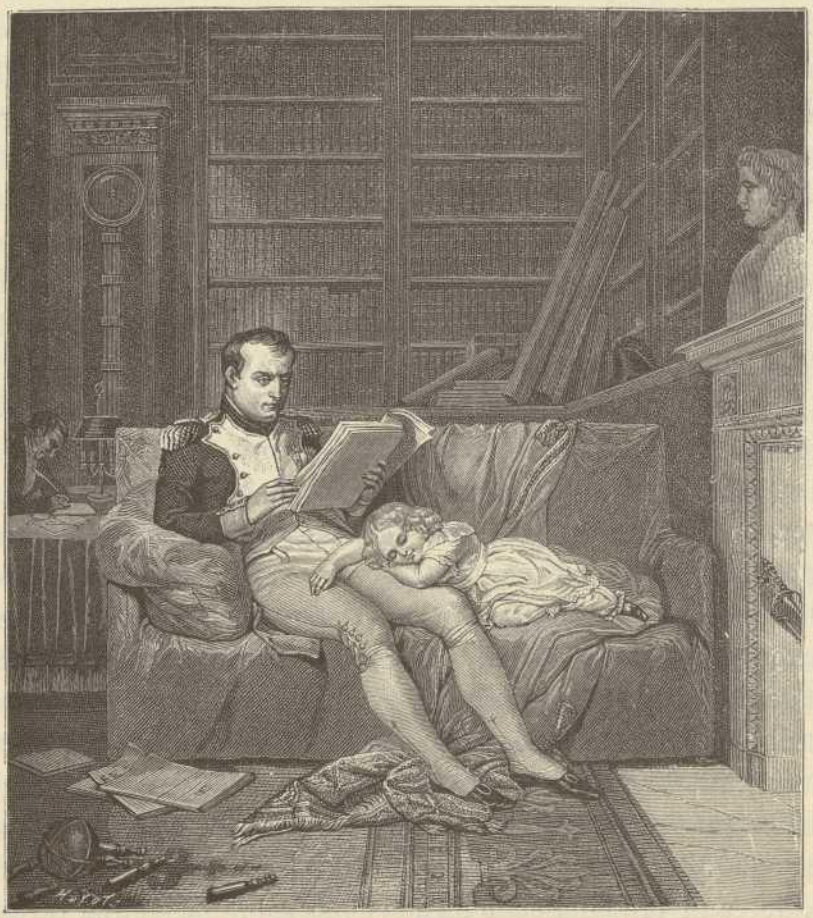
Erudición. — Investigaciones. — Arqueología y filología egipcias, orientales, griegas y latinas

La memoria de Dacier abarca las diversas materias de que se ocupa la Academia de Inscripciones y de Buenas Letras.

El estudio del Egipto antiguo es el que ocupa en ella, si no la mayor parte, á lo menos el puesto de preferencia, aunque no es de gran importancia, pues hacía muy poco tiempo que tal estudio se había comenzado para que produjese grandes resultados, ocupando sólo algunas páginas. Sin embargo, la expedición de Bonaparte marca una

(1) Napoleón III, con motivo de la Exposición de 1867, mandó redactar unas memorias de índole análoga.

fecha importante en el estudio de la ciencia; gracias á ella, se creó la egiptología, rama de la ilustración completamente francesa en su origen y cuyo carácter conserva aún en nuestros días. El gobierno imperial publicó una obra sobre la expedición á Egipto, una de las más



Napoleón y su hijo (cuadro de Steuben).

hermosas que salieron de las prensas de la Imprenta imperial, pero que desgraciadamente quedó incompleta por haber desaparecido, por una negligencia realmente inexplicable, gran número de documentos que debían acompañarla. Entretanto, CHAMPOLLION, nombrado profesor del Liceo de Grenoble á la edad de diez y nueve años (1809), en sus conversaciones con Fourier, antiguo miembro del Instituto y prefecto del departamento del Isere, tomaba afición á las antigüedades egipcias.

Había concebido ya el proyecto, que parecía quimérico á pesar de los recientes trabajos de Zoega, de descifrar los jeroglíficos, y en 1814 preludió sus inmortales descubrimientos con su obra: *Egipto bajo los Faraones, ó investigaciones sobre la geografía, la religión, la lengua y la escritura del Egipto antes de la invasión de Cambises.*

El estudio del sanscrito, aunque también muy reciente, estaba más adelantado ya, gracias á la *Sociedad Asiática*, fundada en Calcuta en 1784 por W. JONES. La lengua sanscrita, estudiada por algunos europeos en la India, había sido señalada, en 1784, á la academia de Inscripciones por el jesuíta CŒURDOUX, que había llamado principalmente la atención sobre las numerosas é imprevistas analogías que presentaba con el griego, el latín y demás lenguas que de ésta última derivan. Sin embargo, su estudio no se introdujo en Francia hasta principios del siglo XIX, principalmente por A. L. de CHEZY (1773-1832). Debe citarse entre los que se ocuparon de la india antigua al célebre convencional Lanjuinais, que ingresó en 1808 en la Academia de Inscripciones. ANQUETIL-DUPERRON (1751-1801) había dado ya á conocer, en parte, las primitivas doctrinas religiosas de la India por su traducción latina de una versión persa compendiada de los Vedas. Por sus estudios sobre los antiguos textos persas, cuéntase Anquetil-Duperron entre los primeros filólogos de su época y fué el precursor de Eugenio Burnouf, que reconstituyó la lengua zend. El estudio de las antigüedades y de las lenguas fenicias inicióse por el abate Barthelemy, muerto en 1795. También continuó activamente el de las demás lenguas semíticas: árabe, caldeo, siriaco y hebreo. SILVESTRE DE SACY (1758-1838) publicó varios trabajos sobre todas estas lenguas, que aun prescindiendo de sus obras sobre la lengua turca y la literatura persa, le hubieran hecho célebre; poseía veinte lenguas (1). Nadie, pues, mejor que él podía ocuparse de gramática general; en 1799 publicó sus *Principios de gramática universal*, una de las obras más notables que hasta entonces habían aparecido sobre tal materia. El gran número de idiomas estudiados por los sabios y eruditos debía

(1) Era ya su rival su discípulo ESTEBAN QUATREMERE (1782-1857), quien, en 1815 á la edad de treinta años, formaba parte de la Academia de Inscripciones.

producir el desarrollo de una ciencia á la sazón en mantillas: la Filología comparada.

La gramática, en todas las naciones europeas, había sido hasta entonces esencialmente filosófica, estudiando el sentido interno de las palabras (1). Los gramáticos indios nos enseñaron la gramática etimológica, que trata de la composición de las palabras y de su análisis fonético. El erudito Freret y el gran ministro Turgot, en su artículo *Etimología* (en la *Enciclopedia*), habían demostrado ya la importancia de esta clase de estudios. Pero la moderna filología comparada se remonta en realidad al alemán Bopp, quien en 1816 publicó su *Comparación de la conjugación en las lenguas indo-europeas*, en la época en que Raynouard preparaba su gramática comparada de las lenguas romances. La *Imprenta imperial* era el único establecimiento europeo que poseía caracteres orientales. Fourmont y De Guignes, padre (1721-1800), hicieron grabar ya 118.000 caracteres chinos; De Guignes, hijo (1759-1845), completó los trabajos de su padre, y la Imprenta imperial no tardó más de cuatro años (1809-1813) en terminar el *Diccionario chino latino-francés* (2). En los estudios célticos se distinguieron, entre otros, Cambón († 1807), uno de los fundadores de la Academia céltica, y La Tour d'Auvergne, *el primer granadero francés*.

Los nuevos horizontes que se abrían ante los filólogos no empecieron en lo más mínimo á la antigua filología clásica, pues el estudio de las antigüedades griegas y romanas rayaba entonces á gran altura. El mismo ejército estaba rodeado de recuerdos de Atenas, de Esparta y de Roma; baste recordar la fiesta celebrada en Mantua en honor de Virgilio (26 Vendimiario del año VI, 15 de Octubre de 1797). Allí donde llegaba la dominación francesa, se reparaban los *monumentos antiguos* y se hacían excavaciones y descubrimientos. El general Miollis restauró en Tívoli el famoso *Templo de la Sibila* y abrió el paseo que conducía desde el templo hasta el torrente. En Roma se empezó á descubrir el *Forum* de Trajano, lo propio que el Campo-Vaccino (foro

(1) A esta escuela corresponden todavía los *Elementos de gramática general* del abate Sicard, profesor de sordo-mudos, obra que le valió el ingreso en la Academia Francesa.

(2) Sabido es que los Chinos no tienen letras, siendo la lengua china monosilábica y su escritura cuenta tantos caracteres como palabras.

antiguo). Las excavaciones de Pompeya, que bajo el gobierno francés tomaron gran incremento, habrían bastado para llamar la atención de las personas cultas acerca de la civilización greco-romana, de la que procede la nuestra (1). En ellas se inspiraron las elocuentes páginas de *Corina*, de Mad. de Staël, y Mazois (1783-1827) comenzó, en 1813, la publicación de las *Ruinas de Pompeya*, (4 vol. en folio). Esta magnífica obra, lo mismo que la todavía superior *Expedición á Egipto*, salieron de los talleres de Pedro y Fermín Didot. Los Didot, que con razón pueden llamarse «los *Estienne* del siglo XIX» y cuyo nombre figura con justicia entre los de los grandes impresores del Renacimiento francés sobre los muros del *Círculo de la Librería*, figuran lo mismo en el movimiento científico y artístico de su tiempo que en el literario; ya volveremos á ocuparnos de ellos. Fermín Didot cultivó las letras, dando en 1806 una traducción en verso de las *Bucólicas* de Virgilio. Ch. Petit-Radel (1756-1836) estudió los monumentos pelásgicos de Grecia y de Italia, y comenzó su preciosa colección de modelos representando los principales (2). D'Ansse de Villoison (1750-1805) publicó, en 1788, sacándola de un manuscrito que descubrió en Venecia (1785), una edición de *La Ilíada*, que vino á restaurar los estudios homéricos. Las glosas del manuscrito de Venecia, publicadas é interpretadas por Villoison, proporcionaron á Federico Augusto Wolf (1759-1824) preciosas armas para sostener sus teorías sobre los poemas homéricos, en las que, siguiendo sin vacilar las profundas observaciones iniciadas por Vico en su *Sciencia nuova*, suscitó una apasionada controversia, que aun dura en la actualidad. Wolf había publicado sus *Prolegómenos sobre Homero* en 1795. Villoison, asustado ante esta crítica revolucionaria, parangonando en su indignación los

(1) En Roma se hicieron estos trabajos en 1812 y 1813; se derribaron las construcciones que cubrían el centro del Foro de Trajano. En Pompeya, el gobierno de José Bonaparte, á quien sucedió Murat, no siguió el sistema de los Borbones. Carlos III y su sucesor se preocupaban tan sólo de buscar estatuas y objetos de adorno, dejando que cayesen los restos de edificios antiguos y hasta enterrando otros descubrimientos que ya se habían hecho. El gobierno francés comprendió que lo que interesaba descubrir y conservar era la ciudad misma de Pompeya. Desde Parma trasladóse á París la famosa *mesa de bronce de Velleia*. Respecto á los quinientos manuscritos entregados á Francia en virtud del tratado de Tolentino, véase Leopoldo Delisle: *El gabinete de los manuscritos*, tomo II, pág. 34.

(2) Esta colección se encuentra en la Biblioteca de Mazarino, á la cual la legó.

ataques de Wolf á la personalidad de Homero á los ataques de los terroristas contra los principios fundamentales de la sociedad, deploró en los últimos años de su vida el hallazgo del manuscrito de Venecia, que tanta fama le había dado, pero que había motivado el que se pudieran sustentar razones tan especiosas y blasfemias tan flagrantes.



El rey de Roma. (Cuadro de Lawrence, fotografía de Braun, Clement y Compañía)

Al morir Villoison, en 1805, con la fama del helenista francés más notable de su época, no podía realmente imaginarse que entre aquellos que podían pretender ser sus sucesores se encontrase el hijo de un pobre tejedor de Harville, que había hecho sus estudios en una plaza pensionada del colegio de Harcourt y que á causa de su pobreza se vió obligado á desempeñar una plaza de escribiente en casa de un mercader: hablamos de Luis BURNOUF (1775-1844), autor del *Método para estudiar la lengua griega*, obra que dejó muy atrás á todas sus

análogas publicadas hasta entonces (1). Esta obra apareció en París en 1813. En este mismo año ingresaba en la Academia de Inscripciones Boissonade (1774-1857), quien desde 1809 venía demostrando en su curso de literatura griega de la Facultad una profunda erudición, acompañada de una gran claridad, elegancia y buen gusto. Gosselin (1751-1830) y Walckenaer (1771-1852) publicaron notables trabajos sobre la Geografía antigua. Sainte-Croix (1746-1809) reprodujo, en 1804, su *Examen crítico de los historiadores de Alejandro;* pero Estrasburgo aventajaba entonces á París en filología griega y latina con Jaime Oberlin (1735-1806) (2), Brunck (1729-1803), Juan Schweighœuser (1742-1830), su hijo Geoffroy (1776-1844) y Schœll (1766-1833), cuyas concienzudas historias de la literatura griega y de la literatura latina se pueden aún consultar con provecho. Un alemán, Augusto de Schlegel (1767-1845), célebre ya en su patria, vino á formar entre los escritores franceses publicando en esta lengua una comparación de la *Fedra* de Eurípides y de la *Fedra* de Racine, en la qne se sacrificaba el autor francés ante el modelo griego. Su *Curso de literatura dramática* (1809-1811) fué traducido al francés en 1814, y las discusiones que provocó este libro contribuyeron á dar vivo impulso á la crítica literaria en Francia y principalmente á la crítica de la antigüedad.

Historia.—El Gobierno dispuso se continuasen las grandes colecciones de documentos cuya publicación se había interrumpido á causa de la anarquía producida por la Revolución: *Colección de historiadores de Francia, Colección de las Ordenanzas de los reyes de Francia* é *Historia literaria de Francia.* También se emprendieron algunas otras colecciones importantes sin contar con el apoyo oficial, por ejemplo la *Biografía Universal,* escrita por los escritores de más nota de la época, bajo la dirección de Michaud, que contaba ya diez y ocho volúmenes en 1814. Napoleón daba gran importancia á que imperase en la enseñanza de la historia cierto sentido gubernamental. Sainte-Beuve, en su estudio sobre Fontanes, cita una curiosa nota dictada

(1) La *Gramática* de Matthiæ apareció en 1825-27.

(2) Era hermano de Federico Oberlin (1740-1826), que siendo pastor protestante de Ban-de-la-Roche (cuenca superior del Schirmek), civilizó su parroquia y fué el bienhechor de aquella comarca.

por el Emperador en Burdeos, el día 12 de Abril de 1808, dirigida al ministro del Interior, á propósito de la petición de M. Halma, bibliotecario de la Emperatriz, de ser nombrado continuador de Velly, Villaret y Garnier, y del presidente Henault, para el *Compendio de Cronología*. El ministro Cretet creyó que no debía dar curso á esta petición por la sencilla razón de que el gobierno no debía intervenir en tal asunto, pero el Emperador no se conformó con esta opinión. «No apruebo,—dijo,—los principios sustentados por el ministro del Interior. *Es importantísimo* asegurarse del criterio con que escribirán los continuadores. La juventud sólo apreciará los hechos según la manera cómo se le presenten. Engañarla al pintar caprichosamente recuerdos de otro tiempo, es prepararla para yerros en el porvenir. He encargado, pues, al ministro de Policía que vigile la continuación de Millot, y deseo que se pongan de acuerdo ambos ministros para que se continúen los trabajos de Velly y del presidente Henault.» Sigue á esta nota un extenso cuadro indicando la forma en que deben presentarse las diversas épocas de la historia de Francia hasta el año VIII, en que terminaba la obra. «Es preciso, dice, hacer resaltar en cada línea la influencia del Pontificado (1). Con el mismo pincel deben pintarse las matanzas de Septiembre y los horrores de la Revolución que la Inquisición y las matanzas de *los Diez y seis*. Debe evitarse, sin embargo, con gran cuidado el sentido reaccionario al hablar de la Revolución, á la que nadie podía oponerse... Debe hacerse notar el desorden perpetuo de la hacienda, el caos de las asambleas provinciales, las pretensiones de los Parlamentos y la falta de sistema y de medios de gobierno... de modo que se respire con satisfacción al llegar á la época en que se ha gozado de los beneficios debidos á la unidad de las leyes, de la administración y del territorio. Publicada esta obra, bien escrita y con buen sentido, nadie se atreverá á escribir otra, *principalmente cuando en vez de estar protegida por el gobierno, éste la desautorice.*»

«A largas meditaciones,—añade Sainte-Beuve,—se prestaría lo verdadero y lo erróneo que encierra esta frase.» Napoleón, que de

(1) Se conoce perfectamente que era la época de la lucha de Napoleón y la Santa Sede.

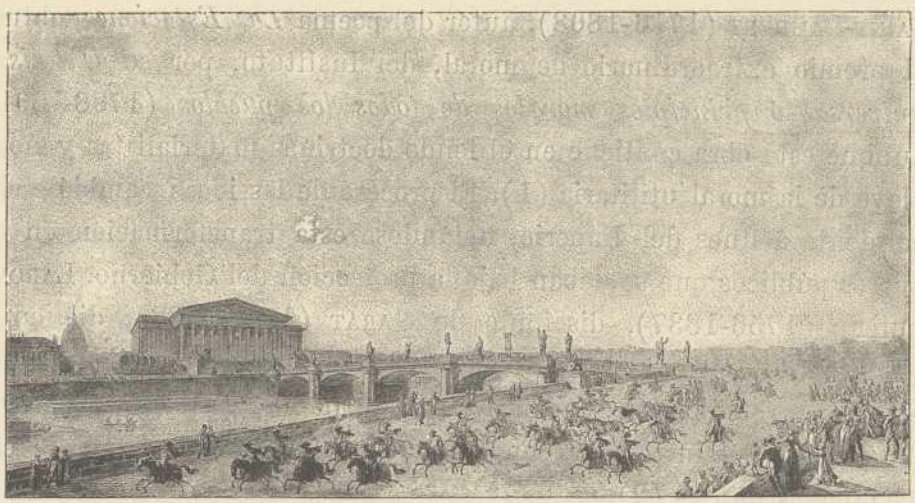
este modo imponía el sentido que debía darse á la historia, decía á su vez, algunos meses después, en Saint-Cloud (19 de Septiembre de 1809), dirigiéndose á Fontanes: «¿Sabéis lo que más me admira en este mundo? La impotencia de la fuerza para formar y sostener un organismo. Sólo existen dos poderes: el sable y el talento. A éste se deben las instituciones políticas y religiosas. A la larga el talento vence siempre al sable.»

No faltaban realmente hombres de talento para desarrollar los planes históricos de Napoleón, pero por la misma razón que tenían talento les hubiera sido sumamente difícil doblegarse ante las exigencias del poder. De Montlosier, que había regresado de la emigración, emprendió, á ruegos del Emperador, un importante trabajo sobre la *Monarquía francesa desde su fundación hasta nuestros días*, cuya publicación fué prohibida por la censura imperial á causa de sus tendencias feudales y de su orgullo nobiliario. Gaillard, que tenía setenta y cuatro años, añadía á sus numerosas obras una *Historia de la rivalidad de Francia é Inglaterra*, cuya publicación (1801-1807) no quedó terminada hasta un año después de su muerte. Anquetil (1723-1806), no mucho más joven, publicó en 1805 su *Historia de Francia*. Daunou (1761-1840) se consolaba de sus decepciones en la vida política con sus Lecciones en el Colegio de Francia, publicadas después de su muerte con el título de *Curso de estudios históricos*, obra de verdadera importancia y útil todavía (20 volúmenes en 8.°, 1842-1849) (1). A. de Beauchamp publicó, en 1806, una interesante é imparcial *Historia de la Vendée*. Simonde de Sismondi (1773-1842) comenzó, en 1807, la publicación de su *Historia de las Repúblicas italianas*, su mejor obra, y en 1813, su *Historia de las literaturas del mediodía de Europa*, obras ambas que pregonan dignamente el renacimiento de los estudios históricos y críticos, que deben constituir una de las glorias de nuestro siglo (2). Carlos Lacretelle

(1) Napoleón le encargó, en 1807, es decir, en el momento en que podía considerarse casi posible la reconstitución de la nacionalidad polaca, la publicación de la *Historia de la anarquía en Polonia*, obra de Rulhière, fallecido en 1791, que fué el principal título de gloria para su autor.

(2) Entonces comenzaban á darse á conocer también algunos de los hombres que debían ilustrar el período siguiente en los estudios históricos y disputar á Sismondi el

(1766–1855) continuó además la tradición histórica de Voltaire en su *Compendio histórico de la Revolución francesa* y en su *Historia de Francia durante el siglo XVIII;* MICHAUD (1767–1839) publicó en 1811 los primeros tomos de su *Historia de las Cruzadas.* Al lado de estos tres nombres que han conservado, particularmente el primero, una merecida fama, debe colocarse el de KOCH (1737–1813), que prestó á la historia grandes servicios, que han caído en olvido, con su *Historia de los tratados de paz entre las potencias de Europa desde la*



El Emperador en coche, acompañado de una numerosa escolta, pasa por el malecón de las Tullerías, frente al puente de la Concordia, decorado de estatuas. Dibujo al lavado. (Colección Hennin)

paz de Westfalia, y principalmente su *Cuadro de las revoluciones europeas.* Koch era profesor de Estrasburgo, cuya Univercidad venía á ser el lazo de unión de la civilización francesa y alemana.

FILOSOFÍA.—Desde dicha ciudad principalmente se espercieron por Francia las nuevas ideas filosóficas de Alemania. Sorprende en verdad ver tan perfectamente conocido y juzgado á Kant, en 1807, en la memoria de Dacier, á pesar de la escasa influencia que ejercía

lugar preferente que aun ocupaba. BARANTE (1782-1866), que publicó en 1809 su *Cuadro de la literatura francesa en el siglo XVIII;* AGUSTÍN THIERRY (1794-1856), que á los diez y ocho años escasos de edad se asoció á los trabajos de Saint-Simon, quien le consideraba como su hijo adoptivo; GUIZOT (1787-1874), que como Barante anunció con algunas obras de crítica *(Diccionario de sinónimos franceses,* 1808; *Estado de las Bellas artes en Francia,* 1810; *Vida de los poetas franceses del siglo XIV)* sus grandes obras históricas.

entonces en la escuela filosófica francesa, que se arrastraba penosamente tras de Locke y de Condillac. Napoleón se mostraba cada vez más desconfiado de las ideas filosóficas, que conducían, en su sentir, á las ideas revolucionarias; aunque nada tiene de particular, estando, como estaba, fácilmente dispuesto á considerar como revolucionaria toda tentativa de oposición liberal. Un *pensador* era siempre en su concepto, si no un enemigo, un hombre á quien se debía vigilar.

Sin embargo, durante el Consulado y el Imperio se preparó la transformación de la filosofía francesa. Bajo el Consulado, el anciano SAINT-LAMBERT (1716-1803), autor del poema *Las Estaciones*, obtuvo el premio extraordinario de moral, del Instituto, por su *Catecismo universal ó principios morales de todos los pueblos* (1798-1801), aunque esta obra contiene en el fondo doctrinas materialistas y no se eleva de la moral utilitaria (1). El proceso de las ideas cambió radicalmente á fines del Imperio, notándose esta transformación en los cursos públicos que se daban bajo la protección del Gobierno. LAROMIGUIÈRE (1756-1837), discípulo de GARAT (1749-1833), dió en la Facultad de Letras, desde 1811 á 1813, un curso concurridísimo, en el que el profesor, con gran facilidad de palabra, claridad y elegancia de exposición, sin romper con la escuela oficial, se separaba de ella en muchos puntos (2).

En aquel mismo tiempo debutó en la cátedra de historia de la filosofía un antiguo proscrito de Fructidor: ROYER-COLLARD (1763-1845); su enseñanza era diametralmente opuesta á la de Laromiguière: sus lecciones eran claras, su estilo seco, conciso, pero por la severidad de su forma y su belleza recordaba los escritores del siglo XVII. Exponía ideas que, habiendo permanecido largo tiempo en el olvido, parecían nuevas. En 1811, ante unos cincuenta oyentes, comenzó un curso, que sólo duró dos años y medio, pero que dejó huellas indelebles y duraderas. Royer-Collard no adelantó, sin embargo, gran

(1) Por el mismo tiempo, LUIS-CLAUDIO DE SAINT-MARTIN, «el filósofo incógnito», completó la exposición de sus doctrinas místicas, ó *espiritualismo puro*, con su *Ojeada filosófica sobre la naturaleza de los seres* (1800) y en su *Misión del alma humana* (1802). Pero estas obras estaban sólo dedicadas á un corto número de prosélitos.

(2) Véase F. Picavet: *Los Ideólogos*, París, 1890, en 8.° La antigua escuela contaba todavía con partidarios obstinados y fieles, como DESTUTT DE TRACY (1754-1836), que fué primeramente militar como Saint-Lambert, mariscal de campo en 1792 y senador en 1799.

cosa á la escuela escocesa. Francia poseía entonces un filósofo á la vez original y profundo, MAINE DE BIRAN (1766-1824), también proscrito de Fructidor como Royer-Collard. En 1802 ganó el premio del Instituto por una memoria sobre la *Influencia de la costumbre sobre la facultad de pensar*, triunfo que alcanzó inspirándose en la escuela de Condillac, aunque era fácil descubrir en ella otras fuentes de inspiración. En 1805, en su *Análisis del pensamiento*, antró en una nueva vía y demostró las lagunas del sensualismo. Esta tendencia se confirmó en su estudio sobre la *Percepción interna inmediata*, que obtuvo un accésit en la Academia de Berlín (1807), y principalmente en sus *Relaciones entre lo físico y lo moral*, premiados, en 1811, por la Sociedad real de Copenhague. Sobresalía en esta obra por la manera de comprender y de tratar los asuntos filosóficos, que la lengua francesa no recordaba desde los *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, de Leibnitz. Esta obra viene á ser la antítesis de doce memorias que el célebre médico CABANIS (1757-1808) reunió con el mismo título (1); él (Cabanis) y Biran son los sabios que presentan mayor originalidad en las ideas filosóficas. Los nombres de CUVIER, GEOFFROY SAINT-HILAIRE y principalmente LAMARCK, por su *Filosofía de las ciencias naturales*, y hasta el del doctor GALL, inventor de frenología, deben ocupar un sitio preferente en la historia de la filosofía.

TEORÍAS POLÍTICAS. —ECONOMÍA SOCIAL. —Muy difícil era, á pesar de los recelos del poder imperial y de su vigilancia, que la filosofía no influyese en la política tras un siglo en que los filósofos, en Francia, se habían limitado casi á desempeñar el papel de reformadores. Pero entonces llamaron la atención principalmente algunos adversarios de la escuela filosófica propiamente dicha. El visconde de BONALD (1754-1840), emigrado en 1790 y repatriado en 1806, publicó en el extranjero su *Teoría del poder político y religioso* (1796) y su *Legislación primitiva*, en la que, fiel á sus ideas religiosas y monárquicas,

(1) El abate ÉMERY, que obtuvo del primer Cónsul la fundación del seminario de San Sulpicio, reimprimió en 1803 su *Espíritu de Leibnitz*, bajo el título: *Pensamientos de Leibnitz sobre religión y moral*, en la que, como en sus *Pensamientos de Descartes* (1811), basa la religión en la filosofía.

á veces con estrechez de miras y atribuyendo á la revelación primitiva el origen del lenguaje y de nuestros conocimientos, asimila el poder social á la autoridad del padre de familia. Su severo estilo, sus casi siempre trabajosas deducciones, su desprecio hacia los hechos y las ideas de su época, la falta absoluta del deseo de agradar, su repugnancia hacia la imaginación, en la que cree ver «algo de satánico», eran condiciones poco favorables para popularizarse fuera de su partido. Antitético era José de Maistre (1753-1821), que defendía análogas ideas con tal brillo y elocuencia, que obligaban á sus adversarios á salir de su indiferencia excitando su curiosidad á la par que su odio. Caía de intento en la paradoja y en lo extraordinario, procurando principalmente presentar de la manera más agresiva las ideas que él sabía debían chocar con la opinión general. Al aconsejarle sus amigos que suavizase ciertas frases á fin de no levantar inútilmente protestas: «¡Bah!—les decía,—¡démosles ese hueso á roer!» No llevaba el convencimiento á los espíritus, pero demostraba que el catolicismo constituía una gran fuerza, que era dable combatir, mas no podía despreciarse. Hizo casi imposible un nuevo Voltaire; desde este punto de vista fué sumamente útil á la causa religiosa. Sus *Consideraciones sobre Francia* son del 1799; *El Papa* se publicó en 1809. Las cartas que escribió desde San Petersburgo, donde representaba al rey de Cerdeña desde 1803, y que constituyen uno de sus más brillantes triunfos literarios, no se publicaron hasta mucho después.

Al lado de estos profetas del pasado, Madama Staël, con igual elevación, pero con mayor amplitud, defendía los principios del gobierno parlamentario y representaba el espíritu de Francia, las ideas del 1789, más tal vez en sus tendencias liberales que en su susceptibilidad democrática (1). Cara pagó Madama de Staël su oposición al Gobierno imperial, y sin embargo, los ataques verdaderamente graves que Saint-Simon y Fourier dirigieron por aquel mismo tiempo á las bases fundamentales de la sociedad, tal como se constituyera desde 1789-1800, no provocaron la menor persecución. Verdad es que los

(1) Sobre Madama de Staël, véase: *Madama de Staël y su tiempo*, por la condesa de Leyden (Lady Blennerhasselt), traducida del alemán por A. Dietrich; París, 3 vol. en 8.°, 1890; Dejob, *Madama de Staël y la Italia*.

primeros escritos de estos reformadores pasaron casi desapercibidos; y, por otra parte, ambos apelaban á la protección del Estado para la aplicación de sus teorías. Los cambios realizados en algunos años por la Revolución, y por el mismo Napoleón, les autorizaban para creer que



Chateaubriand. (Copia de un retrato pintado por Girodet, fotografía de Braun, Clément y Compañía)

no era imposible un cambio más. Natural era que tras el movimiento revolucionario, que había elevado al primer puesto á los reformadores improvisados, que muchas veces no tenían más títulos para ello que la violencia y la grosería, apareciesen otros reformadores científicos, hijos de la reflexión, pero no por esto menos absolutos y quiméricos. El marqués de SAINT-SIMON (1760-1825), descendiente de la familia del autor de las *Memorias,* que se había distinguido en la guerra de

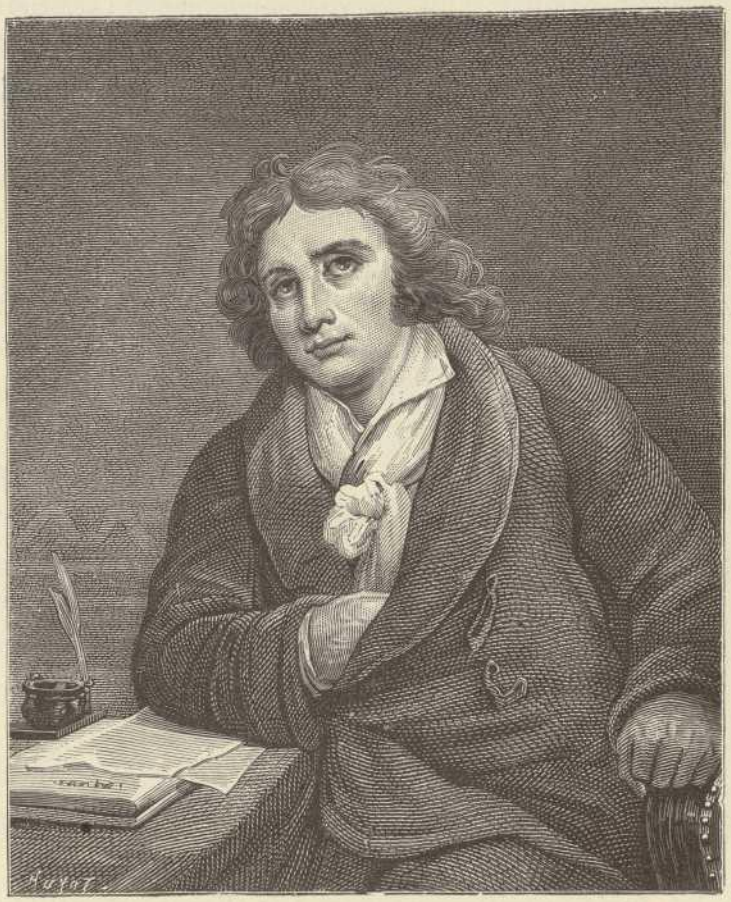
América, al lado de Lafayette, publicó en 1802 su primer escrito: *Cartas de un habitante de Ginebra á sus contemporáneos,* que, en germen, contienen ya las ideas desarrolladas en su *Introducción á los trabajos científicos del siglo* XIX (1808) y en su obra más importante titulada: *Reorganización de la sociedad europea,* que apareció en 1814.

El socialismo, completamente autoritario en Saint-Simon, aparece más liberal en CARLOS FOURIER (1772-1837). En el mismo año en que Saint-Simon publicó su primera obra de importancia, Fourier dió á luz su *Teoría de los cuatro movimientos* (1808), que contiene el programa completo de su doctrina. El título íntegro de esta obra es: *Teoría de los cuatro movimientos y del destino en general; prospecto y anuncio del descubrimiento,* Leipzig, 1808. La obra, en realidad, se imprimió en Lyon; un solo periódico, *La Gaceta de Francia,* dió cuenta de ella en los números del 1.°, 4, 9 y 14 de Diciembre de 1808. Fourier apeló, para alcanzar la armonía universal, fundada sobre las ruinas de la barbarie y de la civilización (1), al nuevo Hércules cuyo nombre resonaba de polo á polo: la humanidad, acostumbrada al espectáculo de sus milagrosas hazañas, espera de él algún prodigio que debe cambiar la faz del mundo. «Pueblos,—dice,—vuestros presentimientos se van á realizar, la misión más brillante de la historia está reservada al mayor de los héroes.»

Entre la multitud de utopías que recuerdan la *República* de Platón y la *Utopía* de Tomás Moro, con la agravante circunstancia de considerar su realización como posible, y como posible inmediatamente, se encuentran muchas ideas originales y hasta prácticas para la organización del trabajo y la armonía social. Nadie ha sabido demostrar mejor el poder de la asociación, cosa particularmente útil en Francia, sobre todo después de las transformaciones de 1789. Entre otras dió la fórmula de que «en una asociación, los beneficios deben ser distribuídos en razón directa del capital, del trabajo y del talento.» L. Reybaud, que no figura por cierto entre los partidarios

(1) La palabra *civilización* no la aceptan los fourieristas. La civilización es el tipo social de los *economistas,* basado en la libre concurrencia. Los partidarios del falansterio le oponen la *armonía,* viendo únicamente en la civilización una segunda fase de la barbarie.

de Fourier, ha dicho con este motivo: «Aunque no se debiese á C. Fourier más que esta sencilla y precisa definición, le cabría la gloria de haber pronunciado la fórmula sacramental para la organización del trabajo industrial, pues el porvenir, así es á lo menos de



José Chénier. (Copia del retrato hecho por H. Vernet)

esperar, pertenece á la asociación.» Pero, como dice M. Fouillée, «la verdadera asociación es la de las libertades que se unen para cumplir con sus deberes y proteger sus derechos, y nunca la de las pasiones que se aproximan para lograr su goce mancomunadamente.» De todos modos, sus doctrinas no ejercieron influencia sobre la sociedad francesa hasta pasado el año 1830 (1). Los trabajss de los

(1) A la par de estos reformadores ensoberbecidos, que querían reconstruir la socie-

economistas, que á diferencia de los sansimonianos y de los fourieristas ó falansterianos, tratan sobre todo de sacar triunfantes los principios de la libre concurrencia; las doctrinas de Adán Smith, más comprensivas que las de los neofisiócratas, se esparcieron entre el vulgo, gracias á J. B. Say (1767–1832), jefe de la escuela económica moderna en Francia, quien perfeccionó y aclaró muchos puntos del sistema de su ilustre antecesor (*Tratado de economía política*, 1803); pero los principios que sustentaba no podían aplicarse en la época del bloqueo continental (1).

Jurisconsultos.—Los hombres de esta época que mejor representaron la filosofía aplicada son también los legisladores, consejeros de Estado ó tribunos que prepararon y discutieron los códigos franceses: Tronchet, Bigot de Préameneu, Portalis, Benjamín Constant, etc., y sus primeros comentaristas: Pigeau (*Curso de procedimiento civil*); Delvincourt (*Instituciones del derecho francés*, 1807); Toullier (*Derecho civil francés según orden del Código*, 1811-1820); J. Berryat Saint-Prix (*Curso de legislación*, 1803-4; *Curso de procedimientos*, 1808-10); Merlin (de Douai), quien á pesar del triste papel que jugó en la Revolución, mereció, por la extraordinaria perspicacia que demostró en el estudio del derecho, ser llamado «el nuevo Papiniano», etc. Quedaría incompleto un cuadro del movimiento intelectual de esta época si no comprendiésemos en él á los jurisconsultos. No cabe duda sobre esto, pero bueno es hacer notar que algunos deben figurar también en la historia de la literatura. Toullier unía á la claridad de Pothier, á quien parece tomó por modelo, un estilo preciso, elegante, variado, entusiasta en ocasiones, que le pone al nivel de los jurisconsultos romanos. Los discursos preliminares de Portalis al Código civil y los que pronunció con motivo del Concor-

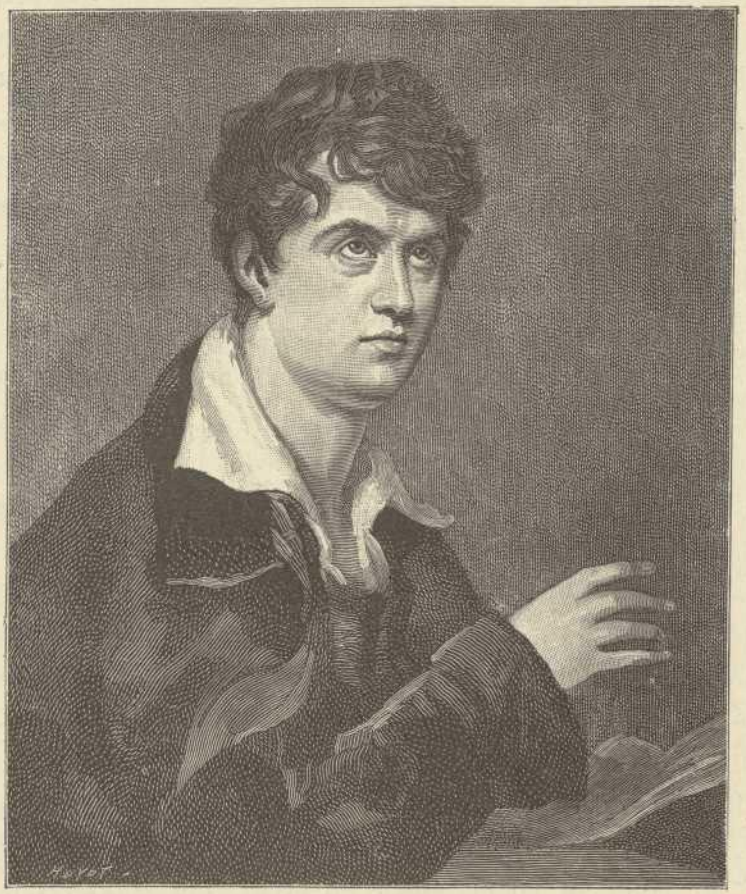
---

dad y crear una especie de mundo nuevo, otros reformadores más modestos y más útiles, aunque cayendo algunas veces en la utopía, se ocupan de la educación de la infancia y de la juventud. La popularidad que acompaña á los nombres del alemán Campe (1746-1818), del suizo Pestalozzi (1746-1827), de los franceses Jacotot (1770-1840) y J. B. Girard (1765-1850), demuestra el favor de que gozaba la Pedagogía desde que el *Emilio* de Rousseau puso estas cuestiones sobre el tapete.

(1) Francisco Veron de Forbonnais publicó en 1800, año de su muerte, su *Análisis de los principios de la circulación de los productos y la influencia del numerario en esta circulación*.

dato, nos parece deben colocarse entre las obras más importantes del siglo, aun considerándoles tan sólo desde el punto de vista literario.

LITERATURA.—Si cohibida se hallaba la filosofía en su desarollo por un poder receloso, más duro era aún el yugo que pesaba sobre la



Talma. (Copia del retrato hecho por Gérard)

literatura. Sin embargo, no se debe exagerar, pues en definitiva se trata sólo de un período de quince años, y pudieran muy bien entresacarse de los siglos más brillantes de la literatura francesa, aun del XVII, otros períodos de igual duración en los que no ha aparecido nada de notable (1). En cambio, en el período de que tratamos vemos

(1) Napoleón, no obstante, se interesaba por los trabajos de la Academia francesa; quería que se terminase el *Liccionario*, que el abate Morellet, en la época de la Revolución, había salvado llevándose á su casa los archivos, los títulos y el manuscrito, que guardó hasta 1803.

un gran movimiento en el campo de las ideas, se preparan grandes novedades, y al lado de muchos hombres ilustres, Francia puede enorgullecerse de contar dos nombres que bastarían para ilustrar una generación: Chateaubriand y Madama de Staël. Verdad es que ambos eran enemigos de Napoleón, y parecen hallarse en abierta oposición con el gusto y el sistema de los literatos sus contemporáneos, pues fueron los precursores y jefes de una nueva literatura. Esta novedad agradaba, sin embargo, al público, hastiado de ver pasar ante él indefinidamente las pálidas copias de un clásico falso, y su triunfo, tan rápido como decisivo, prueba que no se hallaban tan distanciados como se ha dicho del espíritu de la época.

Al publicar CHATEAUBRIAND su novela *Atala*, en 1801, produjo esta obra universal admiración. El triunfo del *René* fué mayor todavía (1802); esta corta novela zahería con talento la enfermedad moral que comenzaba á hacerse la enfermedad de la época, aquella melancolía más ó menos justificada, que afloja todos los resortes del espíritu buscando el placer en la concentración sobre sí mismo. *René* no hubiera llamado tanto la atención si el *Werther*, de Goethe, hubiese sido más conocido en Francia, pues que en suma no es más que una repetición debilitada y en algunos puntos pretenciosa de esta última obra. La publicación del *Genio del Cristianismo*, del que *Atala* y *René* no eran á juicio del autor más que dos episodios sueltos, constituyó un verdadero acontecimiento. Ante tal éxito, Chateaubriand, deseando poner en práctica, de un modo más completo que en *Atala* y *René*, las teorías literarias expuestas en el *Genio del Cristianismo*, publicó en 1809 su poema épico, en prosa, *Los Mártires*, que amén de sus grandes bellezas y del talento con que su autor se compenetraba con el erpíritu do los hombres de aquella época, sumamente habituados á no salir de su estado normal, ejerció una influencia de las más decisivas y de las más favorables en la literatura y en el arte. No nos toca seguir más allá 1814 la carrera literaria y política de aquel hombre que debía morir en 1848, á los ochenta años de edad, asistiendo ya en vida, sin apercibirse, al ocaso de su propia gloria (1).

(1) Véase en los *Recuerdos* de Máximo Ducamp (*Revista de Ambos mundos*, 1.º de Noviembre de 1881) una interesante y sumamente novelesca anécdota sobre las relaciones entre Napoleón y Chateaubriand.

Madama de Stael (1766-1817), escritora menos original, en cuanto á la forma, que Chateaubriand, con un estilo menos brillante y rico, pero menos severo, debía ejercer una influencia más duradera. En las obras de imaginación, á pesar de *Delfina*, y hasta de *Corina*, fué tal vez inferior al autor de *René;* pero en sus obras expuso y provocó mayor número de ideas, y en este punto es la mujer que ha demostrado mayor potencia intelectual. Si quisiéramos señalar la cualidad predominante de aquel genio, que tantos y tan diversos asuntos trató, deberíamos fijarnos en la elocuencia, que es la que la destingue principalmente hasta en sus novelas. A esta elocuencia, unida á una generosa sensibilidad, que se conmueve ante todo lo grande como ante todo lo que excita la piedad, debió aquel entusiasmo que comunicaba y anima tantas y tan hermosas páginas suyas. Con su *Corina* dió á conocer Italia; su obra *La Alemania* abrió á la literatura francesa una nueva fuente de inspiración, lo cual bastaría para su gloria, aunque no eran estos para ella sus únicos títulos. Se han podido descubrir errores de detalle en su obra titulada: *De la literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales,* pero lo cierto es que hasta entonces no existía ninguna obra de tanta importancia sobre crítica literaria. En ella demuestra una libertad intelectual capaz de analizar y de juzgar los hechos contemporáneos tal como lo pudiera hacer la posteridad. Palpita en casi toda ella el sentimiento de no poder, á causa de su sexo, influir más directamente en los acontecimientos de su época; pero si le está vedada la tribuna política, le queda la pluma. Prescindiendo de un gran número de opúsculos de circunstancias, sus *Consideraciones sobre la Revolución francesa,* á pesar de su parcialidad, constituyen una de las obras políticas más profundas y más severamente escritas respecto á este período de la historia de Francia.

Chateaubriand y Mme. de Staël, aunque opuestos en bastantes puntos, presentan, como se ha hecho notar, dos caracteres comunes, que explican el por qué la posteridad los ha reunido en su admiración para colocar á ambos al frente de un nuevo período de su literatura: por una parte, el sentimiento religioso y la convicción de su influjo regenerador sobre los espíritus, y por otra, su independencia literaria.

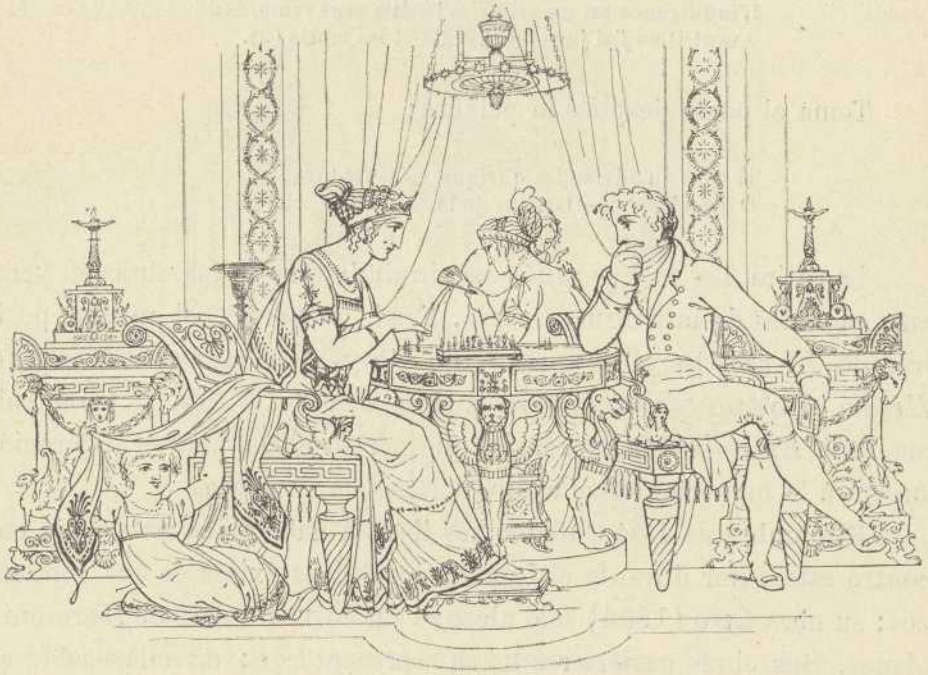
Dirigiremos una pápida ojeada sobre sus contemporáneos. Los más dignos de nota habían dado ya antes de 1800 la medida de su talento. Bernardino de Saint-Pierre vivió hasta 1814, pero sin publicar nada. Delille (1738-1813) acrecentó poco su efímera gloria como traductor de *Las Geórgicas,* con sus poemas *La Piedad, La Imaginación, La Inmortalidad del alma* (1802), *Los tres reinos de la Naturaleza* (1809), *La Conversación* (1812) y sus traducciones de *La Eneida* y de *El paraíso perdido.* Conservó, sin embargo, hasta el fin de su vida aquella facilidad de versificación y fluidez de estilo que tanto ilusionaron á sus contemporáneos y que tan poco se aprecian actualmente. Al morir, en 1813, á pesar de hallarse Francia en bien apurado trance, y aunque este escritor, fiel á sus convicciones monárquicas, se habia mostrado sumamente reservado ante el poder imperial, que le había concedido, sin embargo, la cátedra de Poesia latina en el Colegio de Francia, se le hicieron funerales nacionales. El *Diario del Imperio* le llamó «el hombre más inspirado, el mejor poeta y uno de los caracteres más notables del siglo.» Su cadáver permaneció expuesto tres días en la cámara ardiente con la cabeza ceñida por una corona de laurel (1). Ecouchard Lebrun (1729-1807), que aunque se ponía en ridículo comparándose á Píndaro, tenía, sin embargo, su fuerza y su brillantez (2), después de haber cantado la monarquía y la república, tuvo aún tiempo, antes de su muerte, de recibir una pensión de 6.000 francos del emperador Napoleón. Si sus odas han caído en olvido, no sucede lo mismo con sus epigramas, muchos de los cuales son verdaderas obras maestras en su género. Este consorcio entre el genio y las pretensiones líricas con la precisión de un estilo mordaz no es raro, y el rival de Lebrun en el epigrama, José Chénier (1764-1811), demostró también su talento en la oda y en la elegía. Pocos contemporáneos suyos se libraron de su sátira: ante ella se ven pasar, aunque bajo distinto aspecto, la mayoría de aquellos que el mismo Chénier tratara con rara imparcialidad en su *Cuadro de la literatura.* Cebóse, como Lebrun, en el desgraciado Baour-Lormian (1770-1854), que daba gran pábulo á sus

(1) F. Brunetière, *Evolución de la poesía lírica en el siglo XIX,* tomo I, pág. 97.

(2) Su homónimo, Pedro Lebrun (1785-1873), se dió á conocer antes de 1814 por algunas composiciones de actualidad, como una *Oda al Grande Ejército* (1805).

enemigos con sus ridiculeces, pero que con frecuencia demostró tanto talento como los que le atacaban, y supo á veces devolver golpe por golpe (1).

Organe du public, la censure inflexible,
Exerçant á loisir le pouvoir d'un bon mot,
Punira Lormian du malheur d'être un sot.
Un défaut naturel veut quelque tolérance;
Il sait ennuyer, soit: on sait bâiller en France (2).



La partida de ajedrez
(Este grabado y los siguientes han sido reproducidos del álbum titulado: *Dessins de costume moderne*, publicado en Londres por Enrique Moses).

No perdonaba Chénier ni á los veteranos de la literatura; al hablar del viejo abate Morellet, muerto en 1819, dice:

(1) Por ejemplo, Lebrun le dijo:

Sottise entretient la santé;
Baour s'est toujours bien porté (*).

La respuesta no se hizo esperar:

Lebrun de gloire se nourrit;
Aussi voyez comme il maigrit (**).

(2) «La censura inflexible, órgano del público, — al aplicar á su gusto una frase, — castigará á Lormian su desgraciada necedad. — Un defecto natural pide cierta tolerancia; — él sabe enojarse, enhorabuena; — también saben bostezar en Francia.»

(*) La imbecilidad conserva la salud; — Baour siempre está bueno.

(**) Lebrun se alimenta de gloria; — ved cuán flaco está.

Morellet, dont l'esprit trop souvent se repose,
Enfant de soixante ans qui promet quelque chose (1).

Pero contra quien se desató su vena fué principalmente contra LAHARPE, muerto en 1803. En la sátira *Los nuevos santos,* pone en su boca estos versos:

Pour mes contemporains sans user d' artifice
J'ai dit du mal de tous, car j'aime la justice.
L'indulgence est un crime et je suis sans remords;
Avant Dieu j'ai jugé les vivants et les morts (2).

Toma el poeta después la palabra:

Il vous en adviendra quelque mésaventure,
O grand Perrin-Dandin, de la littérature, etc. (3).

La sátira *Los nuevos santos* es sin duda una de las obras en verso más picantes de la lengua fracesa. Y, sin embargo, el mismo poeta tradujo *El cementerio campestre,* de Gray, y compuso *El despido, Himno al Ser Supremo, Elegía á la muerte de Hoche,* y principalmente la *Epístola á la calumnia,* que por su elocuencia é inspiración supera á la mayoría de las composiciones de su época.

El nombre de José Chénier nos lleva á hablar del teatro. No encontró este autor durante el Imperio los felices éxitos de sus comienzos; su obra *Ciro* (1804) sólo alcanzó un corto número de representaciones. Sus obras posteriores no se representaron; en ellas sobresale la loable tendencia de trasladar á la literatura francesa las bellezas de los teatros extranjeros, y desde este punto de vista, José Chénier, defensor del clasicismo y adversario que despreciaba á Chateaubriand, se aproxima á la nueva escuela. Después de Alfieri compuso un *Felipe II,* escribió un *Edipo en Colona* y un *Edipo rey,* en los que conservó el coro, é imitó al *Nathán el prudente,* de Lessing. Su obra maestra es *Tiberio,* tragedia severa y fría, poco á propósito para sos-

(1) «Morellet, cuyo genio dormita con frecuencia, —niño de sesenta años que promete algo.»

(2) «Respecto á mis contemporáneos, sin andar con ambages —he hablado mal de todos, porque soy amante de la justicia.—La indulgencia es un crimen y yo estoy libre de remordimientos; —ante Dios he juzgado á los vivos y á los muertos.»

(3) «Sufriréis alguna desgracia, —¡oh gran Perrin-Dandin, de la literatura!, etc.»

tenerse en el teatro, pero que merece pasar á la posteridad por su elocuente y enérgico estilo.

Sin embargo, Chénier no ocupa el primer puesto entre los poetas trágicos de su tiempo; éste pertenece á Ducis,

Qui de l' Eschyle anglais *evoquait* la grande ombre
Et sut tremper de pleurs son vers tragique et sombre (1).



Un palco en el teatro

Ducis (1733-1816) trajo al teatro francés algunas imitaciones de Shakespeare, sobrado tímidas á nuestro parecer, pero que eran muy atrevidas para sus contemporáneos. Entre 1800 y 1815 no hizo representar ninguna obra dramática nueva, pero publicó en 1814 epístolas y poesías varias. Se negó á entrar en el Senado y continúo llevando una vida retirada y modesta, haciéndose estimar de todos por

L'accord d'un beau talent et d'un beau caractère (2).

Vése uno precisado á compartir los sentimientos de sus contemporáneos al leer sus cartas, publicadas después de su muerte por Cam-

(1) «Quien del Esquilo inglés evocó la gran sombra —y supo empapar en llanto su verso trágico y sombrío.»

(2) «La armonía de un gran talento y de un bello carácter.»

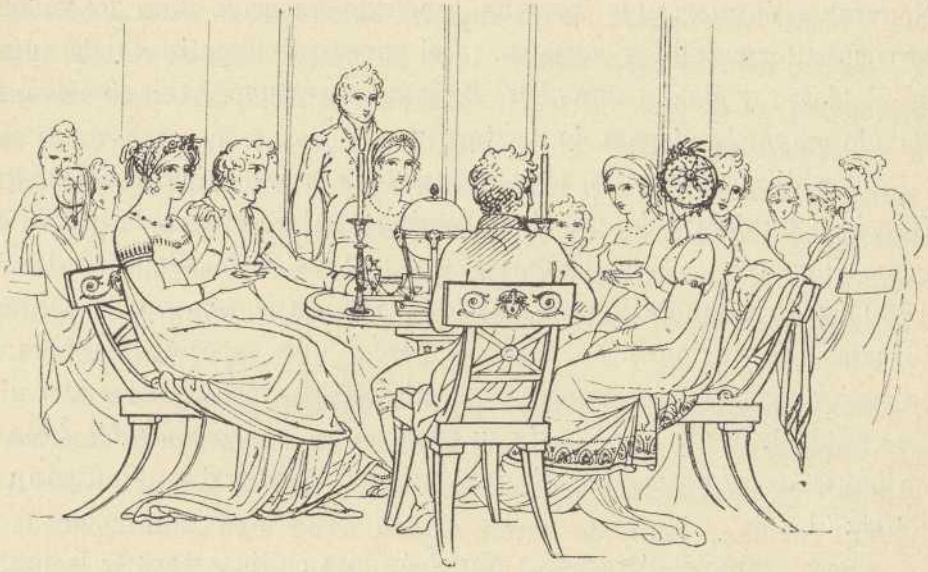
penon, aunque este poco avisado amigo creyese desgraciadamente que debía suavizar algunos pasajes que le parecieron demasiado ingenuos ó descuidados. «La soledad,—se lee en ellas,—es para mi alma lo que los cabellos de Sansón eran para su fuerza corporal. Sí, amigo, me desposo con el desierto como el Dux de Venecia se desposaba con el Adriático; he arrojado mi anillo en medio de los bosques.» Dice en otra parte: «Mi padre era un hombre algo raro y digno de haber vivido en tiempo de los patriarcas. Su sangre y su ejemplo han transmitido á mi alma sus principales rasgos y sus pristinas formas. Así, doy gracias á Dios por haberme dado tal padre. No pasa día que yo no piense en él, y cuando estoy descontento de mí mismo, se me ocurre preguntarme:—¿Estás contento, padre?—Paréceme entonces que me responde con un signo de su venerable cabeza y me recompensa.» Semejantes frases ¿acaso no valen tanto como los versos más hermosos del autor de *Abufar?*

Tras Ducis y Chénier podemos citar á Nepomuceno Lemercier (1771–1840) por su *Agamenón* (1797); Arnault (1766–1834), por su *Blanca y Montcassin ó los Venecianos* (1795). El *Tippo-Sahib*, de Jouy (1769–1846), merece ser citado, á lo menos por el título. Pero la supremacía de la tragedia en este tiempo corresponde á Raynouard (1761-1836) por *Los Templarios* (1805) (1).

Napoleón deseaba que durante su reinado se hubiesen compuesto tragedias notables. «La alta tragedia,—decía un día en Saint-Cloud,—es la escuela de los grandes hombres. Los monarcas tienen el deber de alentarla y de divulgarla. La tragedia enardece el espíritu, ensancha el corazón, puede y debe crear héroes. Desde este punto de vista, Francia debe tal vez á Corneille una parte de sus grandes hechos. Así, señores, si hubiese vivido en mi tiempo le habría hecho príncipe.» Pero el genio no surge por decretos. No sólo en la triste inacción de Santa Elena, sino en su reinado, le gustaba hablar del teatro, discutir la obra, su estilo y el papel de los actores. En la conversación que tuvo con Goethe en Weimar, le dijo: «Me admira que á

(1) La última escena de *Los Templarios* sirvió de modelo á Scribe en el último acto de *Los Hugonotes*, del que Meyerbeer hizo una de sus creaciones más dramáticas. Debe consignarse que en la misma ópera se imitó la célebre escena de la bendición de los puñales del *Carlos IX*, de Chénier.

un hombre como vos le gusten los géneros compuestos.» No obstante, confesaba encontrar un gran vacío en la tragedia francesa. «Realmente,—decía,—la tragedia en nuestro teatro se ha conservado griega ó romana. ¿De qué nace esto? De la carencia completa de una idea superior á la acción dramática, ó, si os parece mejor, de un oculto resorte que todo lo mueve. Los antiguos tenían la fatalidad; entre nosotros, por el contrario, existe una separación completa entre la religión y el teatro. Es preciso, pues, buscarlo en otra parte: á falta



El te

de la religión hay que recurrir á la política. Sí, en el drama moderno la política debe reemplazar á la fatalidad.»

Aplicaba de un modo sumamente curioso esta estética teatral á las obras que criticaba. Su juicio sobre *Los Templarios* es un ejemplo característico que vamos á resumir. «Esta obra,—decía,—me ha parecido sumamente fría, porque nada sale en ella del corazón ni va á él. Olvidando el autor que el verdadero objeto de la tragedia es conmover, se ha preocupado demasiado de emitir una opinión sobre un hecho que siempre quedará envuelto en las tinieblas. Tanto la inocencia como la culpabilidad absolutas de los Templarios son igualmente increíbles. El carácter de Felipe *el Hermoso,* príncipe inso-

lente, de arrebatadas pasiones, absoluto en sus mandatos, implacable en sus resentimientos y celoso hasta lo imposible de su autoridad, podía realmente ser teatral y estar conforme con la historia. M. Raynouard, autor de gran talento, en vez de esto nos le presenta como un hombre frío, impasible, amante de la justicia, que no tiene motivo alguno para apreciar ni odiar á los Templarios y que tiembla ante un inquisidor.» Después, al examinar los demás personajes de la obra, añade: «La historia proporcionaba al autor colores bastante marcados para dar una fisonomía enérgica y pronunciada á dos ministros como Nogaret y Enguerrando, pero ha preferido hacer de ellos dos miembros subalternos de los consejos.» Del papel que la política debe jugar en el teatro y de la obra *Los Templarios*, estuvo hablando con su Estado mayor la víspera de Austerlitz.

Por discutibles que sean algunos de estos juicios, se ve que Napoleón hubiera sido un rival temible de los críticos de profesión, como Hoffmann (1760-1828), Suard (1732-1817), Féletz (1767-1850) y el mismo Geoffroy (1743-1814), que á pesar de algunas injustas prevenciones, no dejó de ejercer una especie de soberanía sobre los autores y los actores de su tiempo por medio de los artículos que publicó, desde 1799 hasta su muerte, en el *Journal des Débats*, entonces *del Imperio*, en el que también colaboraban Hoffmann y Féletz (1).

Pero ¿cómo podía esperar Napoleón que pudiese florecer la tragedia política bajo su mando, cuando cualquier pasaje daba pábulo á una alusión, en la que el mismo autor no pensaba siquiera, y esto bastaba para prohibir la obra? Un hecho demostrará hasta qué extremo, no ya la policía imperial, sino Napoleón en persona, llevaba su suscep-

(1) Ya hemos citado antes las dos obras de Madama Staël: *La literatura en sus relaciones con las instituciones sociales*, y *La Alemania*, dos monumentos de la historia de la crítica moderna. Madama Staël comprendía en la crítica, la historia, la filosofía moral y social, las pasiones y el entusiasmo. En otra clase de obras menos elocuentes, pero más concretas, sobresale la *Historia de la literatura italiana*, de Ginguené (1748-1816), que goza aún de autoridad y que no tenía precedencia en su idioma. A la par de la crítica literaria puede estudiarse la elocuencia académica. Victoriano Fabre (1748-1831) obtuvo, por sus elogios de Boileau, Corneille, La Bruyère y Montaigne, ruidosos éxitos que la posteridad no ha confirmado. Un profesor de 22 años, cuya fama debía ser imperecedera, Villemain, inauguró en 1812 sus triunfos académicos al obtener el premio de la Academia Francesa por su elogio de Montaigne.

tibilidad en este punto. Después de haber mandado representar en el teatro de palacio la tragedia *Los Estados de Blois*, de Raynouard, que le había parecido inofensiva al leerla, prohibió su representación en París, doliéndose, al par que de los elogios prodigados a los Borbones, de las diatribas contra los revolucionarios. «Raynouard se ha propuesto hacer del jefe de los Diez y seis el capuchino Chabot de la Convención. Hay materia en esta obra para todos los partidos y para todas las pasiones; si la dejase representar en París, sería fácil que me anunciasen que se habían degollado cincuenta personas en la platea. Además, el autor ha hecho de Enrique IV un verdadero Filinto y del duque de Guisa un Fígaro, lo cual resulta algo chocante desde el punto de vista histórico. El duque de Guisa era uno de los personajes más ilustres de su época, con cualidades y talento relevantes, y á quien sólo faltó atrevimiento para comenzar con él la cuarta dinastía. Además, es *un pariente de la Emperatriz*, un príncipe de la casa de Austria, de la que somos amigos, y cuyo embajador asistía á la representación. El autor, cosa rara, ha olvidado con frecuencia todas las conveniencias» (1).

Mientras que la tragedia clásica, á pesar de la protección oficial, se sostenía con trabajo, la comedia lacrimosa de La Chaussée y la tragedia burguesa de Diderot se convirtieron en el drama, y después en el melodrama, bajo cuya última forma obtenían cada día mayor éxito en el público. Gilberto de Pixérecourt (1773-1844) desplegó en sus trescientas obras un poder y una fecundidad de imaginación, y tal habilidad escénica, que bastarían para dar fama á un autor extranjero (2). Pero esto es más difícil en Francia, y tales cualidades no han logrado se le perdone su falta de gusto, la débil pintura de los caracteres, la declamación muchas veces vulgar y la incorrección de su estilo. No mereció siquiera el apodo de *Corneille* ó *Shakespeare*

(1) Sabido es que la casa de Guisa era una rama segunda de la casa de Lorena, cuya rama primogénita había alcanzado la soberanía en los Estados de Austria por el matrimonio de Francisco de Lorena con María Teresa, en 1736. El escrúpulo estaba algo cogido por los cabellos y es muy dudoso que el embajador de Austria hubiese sido también tan susceptible.

(2) Los mismos títulos son sugestivos: *Celina ó el hijo del misterio* (1800); *El peregrino blanco* (1801), *Las ruinas de Polonia* (1802), *Tekeli* (1803), *Las ruinas de Babilonia* (1810), *El perro de la Montaña* (1814).

de los bulevares. No fué tampoco el único que cultivó este género, y entre las manifestaciones más brillantes del mismo tiempo deben citarse, en 1805, *El abate de la espada* y *Fanchón la gaitera*, de Bouilly (1763-1842), y en 1815, *La Urraca ladrona*, de Caignez (1762-1842).

La zarzuela compartía con el drama el favor del público, que acudía presuroso á oír las ligeras obras de Moreau, Rochelle, Rougemont, Brazier (1783-1838), Désaugiers (1772-1827), sobre todo las de este último, cuyos cuentos de hadas, titulados *Las pequeñas danaidas* y *La Gata maravillosa*, alcanzaron respectivamente seiscientas y cuatrocientas representaciones. Aparte de estas obras de espectáculo, Désaugiers, solo ó en colaboración, compuso más de cien piezas cortas, como las tituladas: *El señor Buitre*, *La comida de Madelón*, etc., en las que pudo prodigar el animado verso y la graciosa vena que hacían de él uno de los mejores cancioneros. Pero ya á fines del Imperio, y bajo la generosa protección del mismo Désaugiers, empezaba á darse á conocer el poeta cuya reputación debía eclipsar pronto la de todos los demás cancioneros, incluso su protector.

Béranger (1780-1857) compuso, en 1813, *El rey de Yvetot*. Singular es, por cierto, que este cantor oficial de las glorias imperiales, aquel que más que todos contribuyó á crear y á mantener viva en el espíritu público la leyenda napoleónica, debutase con una sátira contra el régimen político que estaba llamado á glorificar. Este ataque era, sin duda, sumamente disimulado, y en realidad preciso es que fuese tan delicado y tan sutil para que la censura lo dejase pasar, pero las alusiones por medio del contraste no escapan á nadie. No es posible negar que era un soberano muy diferente de Napoleón aquel monarca bonachón,

Qui n'agrandit pas ses états,
Fut un *voisin commode* (1),

y que hallándose Francia doblegada bajo los impuestos,

Sur chaque muid levait un pot
D'impôt (2).

(1) «Que no engrandeció sus estados,—fué *un vecino cómodo*.»
(2) «De cada barril sacaba una botella—por impuesto.»

Así se comprende que Luis XVIII, á quien por otra parte gustaban las composiciones ligeras, no fuese muy severo con Béranger, á pesar de sus ataques contra el gobierno de la Restauración, y que respondiese á sus ministros que le incitaban á perseguirle: «Hay que perdonar mucho al autor de *El rey de Yvetot.*» Béranger hubo de contentarse con la gloria de cancionero (1).

Pero esta gloria no satisfacía á Désaugiers, que además de sus zarzuelas quiso abordar el género más noble de la comedia, en el que no fué tan afortunado.



La vista del médico

La comedia de su época, que por lo demás se había sostenido siempre desde Molière, dejó obras más interesantes y de más vida

(1) Sería un trabajo sumamente curioso estudiar las canciones populares de la época, y principalmente las militares, y seguir paso á paso la transformación de estas ingenuas manifestaciones y pequeñas epopeyas, que á medida que se extienden terminan por convertirse, perdiendo no obstante su sencillez y hasta su sinceridad cuando se las quiere hacer armas de un partido, en verdaderas obras de arte. Fácil es reconocer el origen de *El cabo veterano*, de Béranger, en la *complanta* (querella):

Là-bas, dans les prés verts,
J'ai tué mon capitaine (*).

(*) «Allá en el verde prado—maté á mi capitán.»

que la tragedia. PICARD (1769-1828) presenta una franca y natural alegría, conocimiento de la escena, cierta bonhomía intelectual y un gran talento de observación de las costumbres de la clase media, que hacen se le cuente entre los primeros autores de segundo orden. Nos quedan de él unas ochenta obras de desigual valor, comedias, zarzuelas, óperas cómicas, sobresaliendo entre ellas: *La aldea* (1801), *Los cargantes* (1807), *Los dos Filibertos* (1816). ALEJANDRO DUVAL (1767-1842), tan fecundo como el anterior, fué uno de los creadores del drama y de la comedia histórica con su *Eduardo de Escocia, Guillermo el Conquistador, El Carpintero de Livonia, Los Husitas, La Princesa de los Ursinos*, aunque es más conocido por sus comedias *El tirano doméstico, El caballero de industria*. A su lado figuran: CARLOS DUPATY (1775-1851), hermano del escultor, por su *Cárcel militar* (1803) y su zarzuela *Ninón en casa de Madama Sévigné;* HOFFMANN, por su *Novela de una hora* (1803); ETIENNE (1778-1845), quien después de haber representado, en 1803, *Los maridos de suerte*, y, en 1807, *Brueys y Palaprat,* se creció en *Los dos yernos,* comedia en cinco actos y en verso que apareció en 1810. *La intriganta* (1813) fué prohibida por la censura. El público acogía siempre favorablemente las obras de COLLIN DE HARLEVILLE, *El inconstante, El optimista* y *El solterón*, representado por primera vez en 1792; pero desde esta fecha hasta su muerte, 1806, fué siempre en decadencia. ANDRIEUX (1759-1833) no halló en *El nuevo mentiroso* (1803), *El viejo impertinente* (1810), y hasta en *La soirée de Auteuil* (1804), la aceptación que tuvo en *Los indiscretos* (1787). Pero en cambio publicó cuentos, en verso, y epigramas que nunca se olvidarán, pues que si bien presentan el carácter del pueblo francés sólo bajo un aspecto, lo hacen maravillosamente. Populares son su *Molinero confiado, Glauco y Sócrates, Cecilio y Terencio,* su fábula *El ratón de la ciudad y el ratón del campo*, imitada de Horacio.

Estas composiciones cortas tienen más valor para nosotros que las extensas obras épicas ó descriptivas que únicamente recomiendan á los curiosos los nombre de LUCIO DE LANCIVAL, *Aquiles en Scyra;* ESMÉNARD, *La Navegación;* PARSEVAL DE GRANDMAISON, *Felipe Augusto,* etc. Más dignas de recordar son *Las plantas,* de CASTEL (1758-1832), que obtuvo uno de los premios decenales; *El ingenio humano,* de CHENEDOLLÉ (1769-1833), en donde se nota cierta eleva-

ción de espíritu que volverá á aparecer en Lamartine, y *La tabla redonda*, de CREUZÉ DE LESSER (1771-1839), obra que preludia la edad media del romanticismo y de la que volveremos á ocuparnos más adelante. Algunos cortos poemas han bastado para salvar del olvido á PARNY (1753-1814), el rival de Bertin; LEGOUVÉ (1764-1812), *Lo que valen las mujeres;* MICHAUD (1767-1839), *La primavera de un proscrito* (1); SOUMET (1788-1845), *La cenicienta*, laureada por la Academia en 1814; FONTANES (1757-1821), *El pecador* y *El busto de Venus*, y principalmente MILLEVOYE (1782-1816), cuya *Caída de las hojas* pareció la elegía más perfecta que hasta entonces había producido la literatura francesa; juicio que realmente admira al recordar las elegías de ANDRÉS CHÉNIER. Este distinguido escritor, que marca una época en la historia de la poesía francesa y que contribuyó más que ningún otro á la transformación de la forma y de los asuntos, no era conocido entonces más que por su vida política, pudiéndose presentar el cuadro completo de la historia del movimiento literario de principios del siglo sin tener que citar siquiera su nombre. A excepción de dos composiciones de actualidad, sus poesías no se publicaron, y aun de una manera sumamente incompleta, hasta 1819. Prefirióse buscar nuevas inspiraciones en los nebulosos poemas de Ossián, que la predilección de Bonaparte hacia ellos puso de moda. Se tradujo Ossián en prosa y en verso, se sacaron de él argumentos para el teatro, como el *Oscar*, de Arnault, óperas como el *Uthal*, de Méhul, y *Los Bardos*, de Lesueur; motivos de composición pictórica y de dibujo, como el *Ossián* de Ingres, de Gérard y de Belloc, y el *Fingal* de Girodet. Se mezclaron las nieblas de Escocia con las inspiraciones melancólicas de la joven Alemania. Pocos grabados han alcanzado tanta circulación como *Carlota en la tumba de Werther con un ejemplar de Ossián en sus manos*, y este motivo lo fué también de una novela de Andrieux (2).

(1) José Francisco Michaud es más conocido como historiador, ya citado anteriormente. Su hermano Luis Gabriel, llamado MICHAUD EL JOVEN (1772-1858), comenzó en 1812 la publicación de la *Biografía Universal*.

(2) Respecto á la impresión que de momento produjeron en Francia *Las desgracias del joven Werther*, véase el juicio de Laharpe en la continuación de su curso de literatura. —Casimiro Delavigne, después de haberse dado á conocer con una oda al nacimiento del rey de Roma, se distinguió ya antes de 1815 en algunos concursos académicos, y Lamartine había escrito ya su *Despedida al colegio de Belley*.

Las obras de imaginación, en prosa, no ofrecen nada de notable, á excepción de las de Chateaubriand y Madama de Staël. Y no es, sin embargo, por falta de obras, que son bastante numerosas, desde la alegre novela hasta el grosero sainete de PIGAULT-LEBRUN (1753–1835) y de sus imitadores, entre los cuales deben citarse el ilustre general Laselle, y hasta las obras sentimentales de MADAMA DE GENLIS (1746-1830) (*La duquesa de la Vallière, La señorita Clermont,* etc.) y de MADAMA COTTIN (1770-1807), cuyas narraciones, bañadas en llanto, popularizaron los nombres de *Amelia de Mansfeld, Isabel* (en sus *Desterrados de Siberia*) y, principalmente, la tierna y virtuosa *Matilde,* infortunada amante del valiente y generoso Malek-Adel. El género terrorífico, iniciado en Inglarerra por Ana Radclie, compartía con Pigault-Lebrun el favor del público; no se cansaba de leer las obras de DUCRAY-DUMINIL (1761-1819) y de sus émulos, cuyos títulos son tan llamativos como: *Victor ó el niño de la selva, Celina ó el hijo del misterio, La peña del diablo,* etc. Sin embargo, todas estas largas y complicadas historias han caído justamente en olvido. La posteridad se ha mostrado más benévola para con otras obras más delicadas y más cortas. *Eugenio de Rothelin* (1808), de MADAMA DE FLAHAUT, después baronesa de SOUZA (1761-1836); *La dote de Suzette,* de FIEVÉE (1767-1839); *Valeria,* obra en que MADAMA DE KRUDENER (1766-1824) refirió su propia vida. Debemos reservar un sitio aparte á dos autores, de los que el uno, erudito á la par que poeta, gramático y publicista, bibliófilo, novelista y hasta escritor científico, puede considerarse como el tipo acabado del hombre de letras, mientras que el otro sólo dedicó á la literatura los momentos libres que le dejaban sus funciones de oficial del ejército ruso. Nos referimos á Carlos Nodier y Javier de Maistre (1).

JAVIER DE MAISTRE (1764-1852) publicó en 1811, más de quince años después de su *Viaje alrededor de mi cuarto,* una segunda novela, *Los leprosos de Aosta,* que demostró su variado talento. Bastaron las cortas páginas de esta obra para hacer de Maistre el novelista más leído de principios del siglo.

(1) Javier de Maistre llegó hasta el grado de general, fué también distinguido paisajista y alcanzó justa fama por sus estudios químicos, especialmente sobre la oxidación del oro.

Carlos Nodier (1781-1844), que empezaba entonces, publicó, en 1802, su primera novela, *Stella ó los Proscriptos*. Al año siguiente su *Pintor de Salzburgo, diario de las emociones de un corazón doliente*, que rivalizaba con *Renato*. La melancolía y el pesimismo no habían esperado los brillantes triunfos de Chateaubriand para apoderarse de los espíritus y producir obras literarias. En 1799, Senancour (1770-1846) publicó sus *Meditaciones sobre la naturaleza humana*, y su no-



La ocupación de la tarde

vela *Obermann*, editada en 1804, estaba ya terminada al aparecer *Renato*. Tampoco pudo Chateaubriand ejercer acción sensible sobre Grainville, autor de una de las obras más desesperadas de la primera mitad del siglo xix, que, sin embargo, ha inspirado numerosas obras de este género; tal es el poema en prosa *El último hombre*, que no llegó á terminarse por el suicidio de su autor en 1805, en cuyo mismo año se publicó. Un pesimismo más tranquilo y más engañoso, tal vez á despecho de las apariencias, se encuentra hasta en las novelas de Madama Charriere (1746-1806).

Carlos Nodier fué contado más adelante entre los románticos, y en gran parte, á causa de sus obras anteriores á 1815. En efecto, en

este período napoleónico, en el que el clásico más estrecho parece dominar, es precisamente el momento en que el romanticismo se forma en realidad, no sólo por Madama Staël y Chateaubriand, que fueron los iniciadores oficiales, si así cabe decirlo, sino por gran número de autores, muchos de los cuales pertenecían al campo opuesto. Entonces fué cuando los escritores comenzaron á beber con regularidad é insistencia en las fuentes que debían regenerar la poesía y la prosa francesa, y entonces comenzaron también á despertar sentimientos que el romanticismo explotó preferentemente, exaltándolos con este motivo (1). Existe la vulgar creencia de que la vida de un monumento arranca del día de su inauguración y el honor de haberlo construído se concede al que sólo levantó ó decoró la fachada. Los escritores de esta época habrían podido, en verdad, sacar mejor partido de los elementos de que disponían, y no es nuestro ánimo rehabilitar aquí su talento. Los románticos tuvieron á gala criticar el estilo vago y diluído, que huye de las palabras justas para ir en pos de falsas elegancias y de vagas declamaciones, pero no hicieron con frecuencia más que resolver los asuntos de sus predecesores tan criticados.

La violencia de las agitaciones políticas, los peligros y los sufrimientos de la guerra extranjera, mezclándose con la civil, la gloria y los hechos heroicos, la esperanza unida á las grandes catástrofes, removieron los espíritus hasta el fondo y les dieron algo de aquella tormentosa agitación que torturara muchas veces en vano á la generación menos sanguínea y más nerviosa de los *hijos del siglo* (2). Todo esto tiende á dar á la literatura mayor vida y acción, haciéndola partícipe de las emociones contemporáneas. De la elocuencia fogosa al lirismo no hay más que un paso. ¿Hemos de recordar la profunda influencia que ya había ejercido no tan sólo en Francia, sino en la misma Alemania, Juan Jacobo Rousseau? ¿Necesitamos ver en él al precursor de

(1) Buena prueba de que una gran parte del público era adicta á los novatores, es la rapidez verdaderamente asombrosa del triunfo de Chateaubriand. Desde el primer momento pasó á la categoría de maestro en el sentido literario. En las *Lecciones de Literatura*, de Noël y Laplace, colección oficial de trozos escogidos, hecha por dos elevados funcionarios de la Universidad imperial (edición de 1811), Chateaubriand, aunque enemigo declarado del gobierno de entonces, ocupa el mismo número de páginas que Bossuet.

(2) Véase el principio de la *Confesión de un hijo del siglo*, de A. de Musset.

Chateaubriand por haber dado entrada en la literatura á la naturaleza al lado del hombre y por haberla asociado á todos los movimientos de nuestra alma? Pues Rousseau está aún representado en la literatura de los primeros años del siglo XIX por Bernardino de Saint-Pierre, su discípulo más directo.

¿Delille, en el fondo, hizo otra cosa que dar carta de ciudadanía en la poesía á *los tres reinos de la naturaleza?* La berza y el nabo podrán quejarse de haber sido olvidados, pero, en cambio, ¡cuántas otras modestas criaturas pueden estar reconocidas al poeta por la imprevista honra que les dispensó! Gracias á su perseverancia en hacer intervenir en sus poesías una multitud de objetos y de seres variadísima, Delille ejerció una influencia que nos parece verdadera, y que tal vez ha sido importante, aunque velada, sobre el romanticismo. Delille se limita á la descripción superficial, por detalles que se suceden con verdadero ingenio, pero de una manera fría y falto de vida, sin penetrar en el fondo de las cosas, tratando únicamente de pintar con medias tintas; hizo lo que pudo, en una palabra. Vendrá Víctor Hugo y sabrá evocar imágenes ante nosotros y asociarlas á las emociones del espíritu. Pero de la descripción á la imagen media una gran diferencia de ingenio. La imagen es también una descripción, pero una descripción condensada y luminosa: el romanticismo tendrá su Delille en Teófilo Gauthier, cuyas obras demostrarán palpablemente lo que el romanticismo haya podido deber á la poesía de Delille y en qué se diferencia de ella (1).

El mismo Víctor Hugo ha seguido en más de una ocasión las huellas de Delille, como cuando, refiriéndose á un reloj que toca las horas por la noche, nos presenta á París

> *Laissant,* sans les compter, passer les heures noires
> Qui, douze fois semant les rêves illusoires,
> S'envolent des clochers par groupes inégaux (*).

(1) No es de este sitio tratar á fondo la cuestión sobre la influencia de Delille en el romanticismo, cuestión perfectamente tratada por M. F. Brunetière (*La evolución de la poesía lírica en Francia,* tomo I, pág. 98), con la autoridad que reviste todo cuanto escribe.

(*) «Dejando, sin contarlas, pasar las negras horas,—que sembrando doce veces los sueños engañosos,—salen del campanario en grupos desiguales.»

No pretendemos afirmar que Delille haya sido completamente incapaz para escribir versos parecidos (1). Pero no se nos podrá tachar de maliciosos al hacer constar, con M. Brunetière, que Víctor Hugo, en su juventud, tenía en mucho aprecio á Delille, y que en *El conservador literario* no le reprobó más que ser demasiado aficionado á la antítesis. Así Víctor Hugo criticó á Delille por este vicio, que era en el que más incurrían todos los románticos y especialmente el autor de *Las Orientales*.

Delille, en sus composiciones, pasea á sus lectores por diversos países, que en su mayoría no había visitado. Pero las guerras de la Revolución y del Imperio iban á dar á conocer á Francia innumerables regiones, respecto de las cuales no se había preocupado hasta entonces. Muchos las vieron y todos oyeron á algún pariente ó amigo hablar de ellas y referir los hechos que él ó sus compañeros realizaron. La expedición á Egipto, particularmente, impresionó los ánimos y contribuyó casi tanto como las descripciones de América, por Chateaubriand, á extender en la literatura francesa el gusto á lo exótico, al color y á la luz (2).

(1) Podrían citarse, á propósito de estos versos de Víctor Hugo, muchos otros de distintos poetas que se han ocupado también del vulgar asunto del reloj. Por ejemplo, Andrés Chenier:

Peut-être avant que l'heure en cercle promenée
Ait posé sur l'émail brillant,
Dans les soixante pas où sa course est bornée,
Son pied sonore et vigilant,
Le sommeil du tombeau fermera ma paupière (*).

Esta imagen parece á su vez que inspiró á Alfredo de Vigny en *Dolorida*.

Mais ses yeux sont ouverts et bien du temps a fui
Depuis que sur l'émail dans ses douze demeures
Ils suivent le compas qui tourne avec les heures (**).

(2) Delille cantó la luz en unos versos que se cuentan entre los mejores que compuso. La luz, dijo:

Inonde incessamment des régions sans nombre
Et, traversant d'un trait le royaume de l'ombre,
Du trône ardent du jour prend un essor pareil
Au coup d'œil de ce Dieu qui crea le soleil (***).

(*) «Tal vez antes que la hora, al pasearse por el círculo, — haya puesto sobre la brillante esfera, — en los sesenta pasos de su limitada carrera, su sonoro y vigilante pie, — el sueño de la tumba cerrará mis párpados.»

(**) «Pero sus ojos permanecen abiertos, y mucho tiempo ha pasado — desde que sobre la esfera, en sus doce viviendas, — siguen su compás girando al par de las horas.»

(***) «Inunda sin cesar innumerables regiones — y atravesando de golpe el reino de la sombra, — del ardiente solio del día toma un brillo parecido — á la mirada del Dios que creó el sol.»

Marchó de acuerdo este sentimiento con la tendencia cada día más marcada de los escritores franceses hacia el estudio de las literaturas extranjeras. Las imitaciones de Shakespeare por Ducis, el éxito de las novelas de Richardson, Fielding y Sterne, que no sólo se tradujeron, sino que se adaptaron al teatro nacional, prueban que Inglaterra había tomado carta de naturaleza en Francia. Alemania comenzó á su vez á llamar la atención de todos; la obra de madama de Staël indujo á muchos á su estudio, y el mismo José Chénier, el implacable censor de *Atala*, el clásico endurecido, imitó el *Nathán el prudente*, de Lessing, y el *Werther* se tradujo al francés, como hemos



La mesa de trabajo

visto ya. Hasta madama Cottin no se buscaron las heroínas de las novelas «en las heladas llanuras de Siberia» ó «en las abrasadoras arenas del desierto de Siria.» Estudiemos ahora lo que podríamos llamar elementos históricos del romanticismo.

A primera vista parece que lo principal en este punto, si no el todo, el romanticismo consistió en substituir la Edad antigua por la Edad media, como fuente de inspiración artística ó literaria. Precisamente en el período napoleónico la Edad media, por tanto tiempo olvidada ó despreciada, empezó á inspirar simpatías y hasta ponerse de moda en varios círculos literarios y en las reuniones de sociedad (1). En verdad es notable que, particularmente en las artes del dibujo, los maestros continuaran aferrados al clasicismo, en el sentido más estre-

(1) Respecto á este punto deberíamos remontarnos hasta Voltaire y recordar *Zaida*, *Tancredo*, *Adelaida* y *Duguesclín*.

cho del mismo, que llevaba á los arquitectos á seguir considerando todos los monumentos de la Edad media, incluso las catedrales góticas, como obras bárbaras. A esto se debe el que la Edad media por su arquitectura reconquistase y conservase la admiración que merecía (1). Pero lo que con preferencia se cantaba entonces, en los salones de París y de provincias, eran romanzas sueltas ó arias sacadas de óperas cuyos verdaderos títulos no tienen nada de mitológico ni de popular, *Ariodant, Sargines, Rolando,* llenas todas de caballerías, penachos y escudos, violas y laúdes. Conócense aún, á lo menos por sus primeras frases: *En marcha para Siria, Un joven trovador que canta y pelea, ¡Ay, está á tu lado, oh mi tan cara amiga! Mujer sensible, Río Tajo.* Las escenas á que se refieren estas canciones, ú otras análogas, se convirtieron en motivos decorativos de los relojes, señal incontestable de popularidad, disputando de día en día el puesto, en tan honrosa industria, á las alegorías mitológicas. Es esto una Edad media desleída é insulsa, conforme con la tradición que se conservó, á través de las generaciones, por los relatos de la *Biblioteca azul* (2). Pero la Edad media que se presenta en 1830, ¿es siempre verdadera? Por otra parte, los poemas de Ossián, que ya hemos citado en más de una ocasión, ¿no presentaron á la admiración del público escenas tan artísticamente salvajes como las más terribles composiciones de *La leyenda de los siglos* ó de los *Poemas bárbaros?* Verdad es que ninguna heroína de Víctor Hugo ha sido tan popular como Malvina. Sin embargo, aunque los cascos con que Ingres calzó á sus guerreros en el *Sueño de Ossián* sean bastante raros para dejar satisfechos á los fanáticos de *Hernani,* se ha de reconocer que los románticos se preocupaban mucho más por el colorido local. ¿Pero de quién lo habían tomado? De los clásicos de la escuela del Imperio, que en la pintura y

(1) Sin embargo, aun en el arte, renació el estudio serio y digno de elogio de la Edad media, como lo prueban las obras de Seroux de Agincourt en varias partes, y principalmente Emerico David (véase más adelante capítulo X). Debemos agregar que Napoleón tenía el proyecto de fundar una *Escuela de Manuscritos,* destinada al estudio de los monumentos de la historia nacional.

(2) No nos es posible prescindir de indicar aquí el discreto papel, más importante de lo que á primera vista parece, de esta publicación, que conserva siempre bastante popularidad y gracias á la cual el público acogió con mener sorpresa las novedades literarias de la restauración.

en el teatro trataron de reproducir hasta los más nimios detalles de la antigüedad greco-romana (1). Los románticos llevaron únicamente su preocupación á determinadas épocas.

Las obras literarias, particularmente las destinadas al teatro, desde Voltaire, tomaron muchos asuntos de la historia nacional. El género literario en el cual la nueva escuela demostró más pretensiones de novedad, el drama romántico, no salió del drama popular de Gilberto de Pixerecourt y de sus discípulos. Tampoco, mientras la tragedia dominó oficialmente en el teatro nacional, aparecieron en otros teatros, ya con argumento histórico, ya de la vida usual, otras obras dramáticas desconocidas en la literatura francesa. No hablamos ahora del valor de las obras, pero en definitiva estos dramaturgos olvidados esbozaron el cuadro que Víctor Hugo y Alejandro Dumas llenaron después de un modo insuficiente.

Si prescindiendo del aspecto exterior de las cosas penetramos en su interior, si vamos hasta el mundo de las pasiones y de las ideas verdaderamente humanas que constituyeron el fondo y la fuerza durable del romanticismo, no es realmente entonces, cuando, por medio de Chateaubriand, el sentimiento religioso y la inspiración cristiana informaron las obras de imaginación y la crítica, y supieron defender su derecho al lado de las formas mitológicas. No es tampoco entonces cuando la melancolía, llevada hasta la desesperación ó hasta el pesimismo, comenzó á invadir la literatura francesa (2). No es entonces cuando el amor se transformó, y entre las pruebas que le obligan á juzgarse y á conocerse, cesó de ser la unión de dos fantasías exaltadas ó la prueba de los cambios sociales para convertirse en un sentimiento serio, que pone en juego todas las potencias del ser. Bertin y Parny no hubieran obtenido en 1810 los triunfos que obtuvieron con sus obras á fines del siglo anterior; triunfaron J. J. Rous-

(1) La reforma de Talma no encontró opositores y la aplicó igualmente á las obras de asunto moderno. Véase el retrato del gran trágico, en el papel de Bayardo, en el *foyer* de los artistas del teatro Francés.

(2) El mismo Delille había ya dicho:

Loin du monde léger, venez donc, à nos pleurs,
Venez associer les bois, les eaux, les fleurs (*).

(*) «Lejos del vano mundo, venid, pues, á mi llanto, — venid á asociaros, bosques aguas y flores.»

seau y la *Nueva Eloisa*. Durante el Directorio, Bonaparte, en sus cartas á Josefina, expuso ya una pasión violenta y delicada á la par, que penetraba profundamente en el alma, y que no dejó de sorprender bastante á la apreciable criolla, á quien su primer marido no había acostumbrado á semejante lenguaje; Bonaparte le pareció *singular*. Lo que sorprendió á Josefina, cesó muy pronto de parecer extraño. La correspondencia privada del Consulado y del Imperio nos permite apreciar, dice, con razón, M. Bertin *(La sociedad en el Consulado y en el Imperio)*, acentos que el siglo XVIII no había conocido, y agrega: «El espíritu escéptico, ligero y sensual de la edad anterior, no en vano ha atravesado las crisis que han trastornado el mundo antiguo. Madama Beaumont y madama Custine viven y mueren de un amor que habría causado sorpresa y tal vez risa á sus abuelos.»

En fin, consignemos que la misma personalidad de Napoleón que tan vivamente obró sobre las imaginaciones y en la que se resumen las glorias y las desgracias de la patria, fué uno de los fautores principales del romanticismo (1).

---

(1) Puédese insistir particularmente sobre Nepomuceno Lemercier y Creuzé de Lesser. El primero preparó á fines del Imperio su singular *Panhypocrisiade*, poema histórico y fantástico, trágico y burlesco, sobre la época de Francisco I; obra que por el carácter del asunto, por sus defectos y bellezas, y particularmente por sus defectos, anuncia la *Leyenda de los siglos*. La *Panhypocrisiade* se publicó en 1819, año en que se expuso el cuadro de Gericault, *Le radeau de la Méduse*, y en el que apareció la primera edición de las poesías de Andrés Chénier. En la época del Consulado y del Imperio, Creuzé de Lesser celebró la *Tabla redonda*, con Tristán é Isolda, Lancelote del Lago, el Santo Graal, etc. La forma nada tiene de original: su verso corto, fácil y juguetón, se parece más al de Ariosto ó al de los cuentos de Voltaire que al de las canciones de gesta, con poca grandiosidad y efecto. Pero Creuzé de Lesser demuestra su firme intención de rehabilitar la Edad media, y no es realmente un sencillo capricho de poeta el que le indujo á consagrarse á tal asunto. Con un estilo más pretencioso, exponiendo las ideas de un modo más agresivo y más pesado, con juicios formulados con un tono más decidido y desdeñoso, su prefacio de la edición de 1811 constituiría un verdadero manifiesto. «Las tradiciones populares, dice, son el tesoro de los poetas.» Reconoce que la mitología griega tiene, como sus dioses, una eterna juventud, que siempre prestará á la poesía sus más ricos colores. «Pero, añade, me parece que la caballería, con el atractivo que la rodea, y principalmente con la religión que la embellece, es algo de la mitología, y tan variada como la de los antiguos, no es menos seductora: aquellos caballeros desfacedores de entuertos, aquellas damas recatadas, aquellos retirados asilos de la desgracia, y algunas veces del placer; aquellos nobles á los pies de un ermitaño, la mezcla de religión y de ternura, de razón y de locura, aquellos milagros del heroísmo con las debilidades de la humanidad, todo, en fin, en este orden de ideas, satisface al espíritu, sonríe á la imaginación; y como la época caballeresca, á pesar de sus desórdenes, valía en verdad mucho más que los tiempos heroicos, su pintura ofrece casi siempre sentimientos más nobles y delicados.» Demuestra después la inferioridad del amor antiguo comparado con el amor tal como lo

Toujours lui, lui partout, ou brûlante ou glacée,
Son image sans sesse ébranle ma pensée (1).

En resumen, la literatura francesa atravesaba un período de nansición. Hay, empero, un género en el cual adquirió un brillo que no había tenido nunca y que ninguna nación se ha atrevido á disputarle la palma; es éste la elocuencia militar.

«Napoleón, dice Cormenin *(El libro de los Oradores,* publicado bajo el pseudónimo de Timón), ha sido el primer orador militar de los iempos modernos, como ha sido también el primer capitán del siglo. En sus *proclamas, boletines* y *órdenes del día* se encuentra el espíritu militar, el arte del orador y el sentido profundo y sutil del político. No es sólo un general el que habla, no es únicamente un monarca, no es tampoco un hombre de Estado, es todo á la vez.» Napoleón en su destierro debía referir una parte de sus campañas, así como las de los grandes capitanes que le habían precedido, César, Turena y Federico, y sus obras hitóricas bastarían para hacerle célebre. Pero aun durante su poder ocupó un lugar en la literatura de su tiempo y en ella también este lugar fué el primero.

concebía la Edad media. «Desde este respecto, la caballería, obra maestra de la Edad media, es el punto de partida de una época mejor para el género humano.» Sin duda un verdadero romántico podrá criticar á Creuzé de Lesser la concesión que hace á la mitología, pero puede perdonársele en gracia á la manera que tiene de apreciar y de exponer estas antítesis del sentimiento de los tiempos medioevales, en las que Víctor Hugo inspirara su sistema teatral.

(1) «Siempre él, él en todas partes, y ardiente ó helada,—su imagen conmueve continuamente mi pensamiento.»

CAPITULO IX

LAS CIENCIAS

CLASE DE CIENCIAS DEL INSTITUTO.—MATEMÁTICAS: ASTRONOMÍA, GEOMETRÍA, ANÁLISIS, MECÁNICA.—INGENIERÍA CIVIL, NAVAL Y MILITAR.—FÍSICA: ÓPTICA, ELECTRICIDAD.—QUÍMICA.—ZOOLOGÍA.—BOTÁNICA.—MINERALOGÍA.—GEOLOGÍA.—MEDICINA Y CIRUGÍA.—APLICACIÓN DE LAS CIENCIAS Á LAS ARTES (1).



L reorganizar Napoleón el Instituto, en 1805, dió la preferencia á la sección de ciencias sobre la de letras, antigua Academia francesa, que hasta entonces había ocupado el primer lugar. Era tanto lo que se estudiaban las ciencias con preferencia á las letras, que esta decisión pareció perfectamente justificada. Con dificultad se encontrará una época histórica que presentase una reunión de sabios como los que constituían la primera clase del Instituto de Francia.

---

(1) *Memorias* de Delambre y Cuvier.— *Historia de la astronomía, de la zoología, de la química*, etc., por Hoefer.—*Biografía universal* y *Nueva biografía general*.— *Diccionario filosófico* de Franck.— *Miscelánea científica y literaria; Ensayo sobre la historia de las ciencias desde la Revolución francesa*, Biot (1803).—*Elogios* de Cuvier, Arago, Delambre, Flourens, Bertrand, Dumas.— C. Sainte-Claire Deville, *Estudio histórico de la Geología*.—De Lapparent, *Tratado de la Geología*, tomo I, págs. 12 y siguientes.—Faye, *Teorías cosmogónicas de los antiguos y de los modernos*.— Ernesto Maindron, *La Academia de ciencias*.—Julio Gay, *Lecturas científicas*.—Rambaud, *Historia de la civilización contemporánea en Francia*, c. XII.

He aquí una lista bastante completa, tomada del *Almanaque imperial* de 1811:

PRIMERA CLASE

CIENCIAS MATEMÁTICAS Y FÍSICAS

S. M. EL EMPERADOR

MATEMÁTICAS.—1.ª SECCIÓN. *Geometría:* conde Lagrange, conde Laplace, Bossut, Legendre, Lacroix, Biot.—2.ª SECCIÓN. *Mecánica:* conde de Pelusa (Monge), de Prony, Perier, Carnot, Sané.—3.ª SECCIÓN. *Astronomía:* Messier, Cassini, Lalande, Bouvard, Burkhardt, Arago. — 4.ª SECCIÓN. *Geografía y Navegación:* conde de Bougainville, Buache, Beautemps-Baupré. — 5.ª SECCIÓN. *Física general:* Charles, Rochon, Lefèvre-Gineau, Léveque, Gay-Lussac, Malus.

CIENCIAS FÍSICAS.— 6.ª SECCIÓN. *Química:* conde Berthollet, Guyton-Morveau, Vauquelin, Deyeux, conde Chaptal, Thénard.— 7.ª SECCIÓN. *Mineralogía:* Haüy, Desmarest, Duhamel, Leliévre, Sage, Ramond. — 8.ª SECCIÓN. *Botánica:* Lamarck, Desfontaines, Jussieu, Labillardière, Palisot-Bauvois, de Mirbel. — 9.ª SECCIÓN. *Economía rural y arte de Veterinaria:* Thouin, Tessier, Parmentier, Huzard, Silvestre, Bosc. — 10.ª SECCIÓN. *Anatomía, Zoología:* conde Lacépéde, Tenon, Richard, Olivier, Pinel, caballero Geoffroy Saint-Hilaire. — 11.ª SECCIÓN. *Medicina y Cirugía:* Des Essarts, Sabatier, caballero Portal, caballero Hallé, Pelletán, baron Percy.

Secretarios perpetuos: Delambre, Cuvier.

Socios extranjeros: Banks, Maskelyne, Herschell, Rumford, Pallas, Volta, Klaproth, Alejandro de Humboldt que sucedió á Cavendish.

La lista de socios extranjeros, por restringida que sea, basta para demostrar que el resto de Europa era digno de Francia, y, sin embargo, sin el menor esfuerso puédense recordar otros sabios de primer orden como Berzelius, Davy, Scarpa, Œrsted, Bessel y Gauss.

El decano de los astrónomos franceses á principios del siglo era LALANDE (1732-1807), que comprometía su fama europea buscando fuera de la ciencia toda clase de medios para que se hablase de él; comía, según se dice, gusanos y se vanagloriaba de ser ateo. Esta profesión pública de ateísmo, por parte de un hombre á quien sus conocimientos y posición científica revestían de cierta autoridad, disgustaba mucho á Napoleón, que en 13 de Diciembre de 1805, algunos días después de la batalla de Austerlitz, escribió á París á fin de que se indicase á Lalande que desistiese de su actitud. Esta indica-

ción no tuvo por otra parte ningún resultado, como Napoleón mismo, sonriéndose, confesaba al año siguiente. El ilustre compañero de Lalande, Laplace, era más circunspecto. Hablándole Napoleón en el Consejo de Estado de sus estudios, que debían todos demostrar la existencia de Dios y hacer sentir su poder, Laplace respondió: «Dios, señor, es una hipótesis que nunca he necesitado para mis cálculos (1).» En este punto difería de la opinión de Copérnico, de Kepler, de Galileo y de Newton.

Laplace (1749-1827), hijo de un modesto labrador de Beaumont-



El piano

en-Auge, alcanzó á fines del siglo pasado tal autoridad, que, después del 18 de Brumario, el primer Cónsul le nombró ministro del Interior; pero, como decía Napoleón en Santa Elena: «Laplace, geómetra de primer orden, tardó poco en mostrar que era sólo un mediano administrador; en su primer trabajo reconocimos que nos habíamos equivocado.» Laplace no veía ningún asunto desde su verdadero punto de vista; buscaba en todo sutilezas de detalle, tenía únicamente

(1) Según otra versión, respondió sencillamente: «Hermosa hipótesis, señor, que lo explica todo.»

ideas utópicas y llevaba por fin hasta la administración su aptitud para lo infinitamente pequeño. No por esto Laplace deja de tener la gloria de haber completado y perfeccionado el sistema de Newton, volviendo á resucitar, sin conocerlas, algunas teorías de Descartes, ya olvidadas y que casi habían caído en ridículo.

Demostró palpablemente que la ley de la gravitación universal era la ley de todos los fenómenos cósmicos. «Escoged, —decía, —los métodos generales, tratad de presentarlos de la manera más sencilla y veréis en seguida que son al propio tiempo los más fáciles.» Su *Tratado de la mecánica celeste* (1799-1825), en el que desarrolla su *Exposición del sistema solar*, publicada en 1796, se dirige únicamente á aquellos que están familiarizados con las teorías de las matemáticas superiores. No así su *Ensayo filosófico sobre las probabilidades* (1814), que viene á ser una especie de resumen de su *Teoría analítica de las probabilidades,* en la que prescinde de todo análisis matemático. Las obras de Laplace, aparte de su mérito científico, se distinguen por la precisión y elegancia de su estilo. Puede juzgarse de él por el párrafo siguiente:

«Casi todos nuestros conocimientos sólo son probables, y aun en las mismas ciencias matemáticas, los principales medios de que se valen para llegar al descubrimiento de la verdad, la inducción y la analogía, se fundan en probabilidades. Es verdaderamente consolador ver que en el orden moral los principales hechos están regulados por la práctica de los eternos principios de la razón y de la conciencia; y que, por lo tanto, presenta grandes ventajas seguir tales principios y graves inconvenientes el apartarse de ellos. Sus resultados, como aquellos que son favorables en la lotería, terminan siempre por conducir al centro de las oscilaciones de lo desconocido y de eso que se llama casualidad.»

La misma harmonía entre los conocimientos científicos y las galas literarias, que parecen ser tradicionales en Francia, se demuestra en LAGRANGE (1736-1816). Nació en Turín, de padres franceses, y en esta ciudad fundó, á la edad de veintidós años, una sociedad científica que se convirtió, en 1784, en *Real Academia de Ciencias*. Durante veintiún años (1766-1787), fué presidente de la Academia de ciencias de Berlín. Luis XVI le hizo ir á Francia. Napoleón decía

de él que era la alta pirámide de las ciencias matemáticas y le nombró, como á Laplace, senador, gran oficial de la Legión de Honor y conde del Imperio; realmente, no podían concederse honores más merecidos. Limitándonos exclusivamente á sus principales descubrimientos, perfeccionó el cálculo diferencial por su teoría de las variaciones y aplicó esta nueva teoría á su obra capital, *La Mecánica analítica*, con la que creó una ciencia nueva. La primera edición de esta obra es de 1787, la segunda de 1811 á 1815. Son dignas de



La recepción

admiración sus investigaciones sobre las cuerdas vibrantes y su demostración de la variación periódica de los ejes del sistema solar, que le valió un puesto eminente entre los astrónomos.

Al lado de Laplace y de Lagrange debemos citar á DELAMBRE (1744-1805), MÉCHAIN (1749-1822) y Jaime Domingo CASSINI (1747-1845). Cassini terminó el gran mapa de Francia, comenzando por su padre, y cuya primera hoja fué presentada á la Asamblea Constituyente en 1789. Delambre y Méchain recibieron el encargo de medir un arco del meridiano, el primero de Dunkerque á Rosas y el segundo de Rosas á Barcelona. Delambre terminó su trabajo en 1798; Méchain murió víctima de la fiebre amarilla, en 1805, en Castellón de la

Plana (1). Su muerte no desanimó á los sabios. Biot (1774-1862) y Francisco Arago (1786-1853), prosiguieron su trabajo hasta las Baleares, pero se vieron interrumpidos por la guerra de la independencia española y pasaron grandes apuros para librarse de la ira de los Españoles, que atacaban indistintamente á todos los franceses. Arago, al huir de España, fué hecho cautivo por los Berberiscos y obligado á servir de intérprete en un barco pirata, no pudiendo regresar á Francia hasta 1809, en cuyo mismo año fué nombrado miembro del Instituto á la edad de veintitrés años. Por la misma época, Méchain y Cassini, á quienes se había agregado el geómetra Legendre, realizaban un importante trabajo astronómico con el enlace trigonométrico de los observatorios de París y de Greenwich (1805) (2).

Legendre (1752-1833), conocido principalmente por sus *Elementos de geometría*, que se han hecho célebres, penetraba en las más profundas teorías de esta ciencia y de la aritmética. Fué el primero que fijó la mayor parte de las propiedades de las funciones elípticas y publicó en el año VI su *Ensayo sobre la teoría de los números*, que precedió de tres años á las *Disquisitiones arithmeticæ* del alemán Gauss.

La geometría pura había sido menos estudiada por los matemáticos después de la maravillosa invención de la geometría analítica de Descartes, que condujo á Newton y á Leibnitz al descubrimiento del cálculo diferencial é integral; pero renació á principios del siglo la afición á su estudio. Entonces se constituyó esta ciencia, que renovando la tradición de los grandes matemáticos de la antigüedad y marchando tras las huellas de Desargues y de Pascal, debía alcanzar nuevo vuelo en nuestros días gracias á los trabajos de Poncelet y de Chasles y recibir el nombre de geometría moderna. Esta geometría contiene en general la geometría analítica sin los cálculos algebraicos

(1) Entre los colaboradores de Delambre y de Laplace sería injusto olvidar á Sédillot (1777-1832), quien al salir de la Escuela politécnica se entregó con gran fruto al estudio de las lenguas de Oriente, y fué á la vez profesor de la Escuela de lenguas orientales y astrónomo de la oficina central de longitudes. Prestó grandes servicios á la erudición y á las ciencias matemáticas con sus traducciones de las obras de varios astrónomos árabes.

(2) Por su parte, Eugenio de Beauharnais encargó á Oriani (1752-1832), la medición del arco de meridiano comprendido entre Rímini y Roma.

propiamente dichos, aunque emplee ventajosamente las relaciones métricas de las figuras, así como sus relaciones descriptivas ó de situación (1).

A este aspecto de la geometría se refieren los trabajos de Monge y de Carnot. MONGE (1746-1818) tenía apenas veinte años, y era ya *repetiteur* de la Escuela de ingenieros de Mezières, cuando concibió la idea de coordinar bajo un sistema científico los procedimientos más ó menos empíricos que los picapedreros y los carpinteros se transmitían tradicionalmente desde tiempo inmemorial. De este modo creó la nueva ciencia que se llama geometría descriptiva. Pero las autoridades de la Escuela de Mezières le prohibieron exponer su descubrimiento, á fin de que los extranjeros no pudiesen aprovecharse de él. Hasta quince años después, al enseñar en la Escuela normal, no pudo divulgar su secreto. El primer *Tratado de Geometría descriptiva* no se publicó hasta el año VII. La gratitud nacional gusta ver sólo en CARNOT (1754-1823) el infatigable patriota y gran estratégico que rechazó la coalición del suelo patrio; pero sus obras matemáticas: *Ensayo sobre las máquinas* (1787), *Reflexiones metafísicas sobre el cálculo infinitesimal* (1797), *Geometría de posición* (1803) y *Ensayo sobre las diagonales*, le aseguran un lugar eminente en la historia de las ciencias. Uno de los teoremas de mecánica lleva su nombre.

La mecánica, que con la astronomía son las aplicaciones más importantes de la geometría y del análisis, tuvo su teórico general en Lagrange. Pero su sucesor en el Instituto, POINSOT (1777-1859), puede colocarse á su nivel. En efecto, puede darse el calificativo de hombre de talento á aquel que en 1804, en sus *Elementos de Estática*, expuso la primera teoría de las fuerzas dobles, y ponía en claro también, por un método de suma é imprevista sencillez, los problemas hasta entonces más obscuros de la aplicación de las fuerzas en su *Teoría general del equilibrio y del movimiento de los sistemas* (1806). Poinsot no se hizo más que justicia al decir, en su prefacio de la segunda edición

(1) » El general Poncelet (1788-1867), á la sazón alférez de ingenieros, fué hecho prisionero en 1812 y enviado á Saratoga, sobre el Volga, donde empleó los días de su cautiverio estudiando, sin libros, y haciendo investigaciones de geometría que le sirvieron de base para sus descubrimientos.

de su *Estática:* «Podrá comprenderse que la consideración de las *dobles* no es un caso aislado, sino un elemento esencial que faltaba á la mecánica.» También la posteridad le coloca sobre POISSON (1782-1840), á quien su *Tratado de Mecánica* (1811) hizo, sin embargo, entrar en el Instituto á la edad de veintidós años, en 1812.

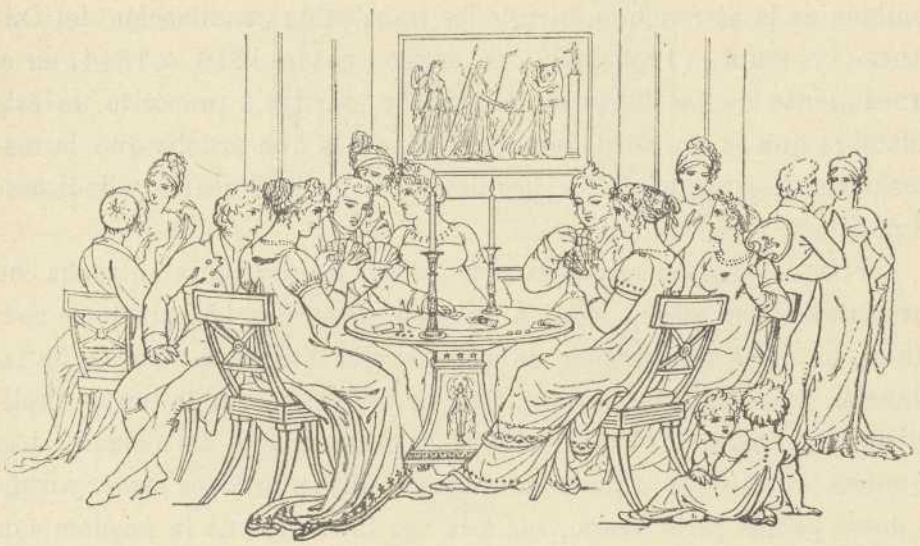
CONSTRUCCIONES NAVALES.—Los grandes progresos que acabamos de indicar en las ciencias matemáticas, tuvieron una bienhechora influencia en las diversas ramas del arte de los ingenieros. SANÉ, *el Vaubán de la marina* (1740-1831), continuó construyendo los distintos tipos de buques de guerra franceses, superiores á todos los anteriores tanto en velocidad como en la facilidad de las maniobras. Los extranjeros reconocieron esta superioridad adoptando los modelos de Sané, que llegaron á prevalecer en todas partes hasta la substitución de los buques de vela por los de vapor. Ya empezaba entonces HUBERT (1781-1845) á emularle, comenzando la serie de sus numerosas invenciones para perfeccionar y simplificar el trabajo en los talleres (1).

INGENIEROS MILITARES.—A fines del siglo XVIII, el marqués Marcos Renato de MONTALEMBERT (1714-1800) consagró casi toda su fortuna á la impresión y grabado de su obra: *La fortificación perpendicular ó el arte defensivo superior al ofensivo* (1776-96, once volúmenes en cuarto). En esta obra proponía nuevos trazados muy distintos de Vaubán. Carnot le llamó á su lado durante la Revolución, lo mismo que al caballero de Arçon (1733-1800), para ilustrarse con sus conocimientos. Al componer el mismo Carnot, á invitación del Emperador, un *Tratado de defensa de plazas fortificadas* (1809, 3.ª edición 1812), tomó muchas de las ideas de Montalembert; sosteniendo como él que la defensa tiene recursos superiores á lo que hasta entonces se había creído, concede gran importancia al empleo de fuegos verticales acasamatados para destrozar al enemigo sin peligro, al presentarse en masa, ó á sorpresas audaces para rechazarle cuando carece de fuerza suficiente (2). El sistema poligonal y acasamatado de Montalembert,

(1) Los dos hermanos Ozanne, ambos ingenieros y dibujantes de marina, sumamente distinguidos, muertos uno en 1811 y el otro en 1813, pertenecen casi por completo al reinado de Luis XVI.

(2) Las obras de Cormontaigne (1695-1752) no se publicaron hasta 1806 (tres volúmenes en dozavo).

modificado con varias ideas de Carnot, se aplicó inmediatamente por los ingenieros alemanes, principalmente á la ciudadela de Coblenza. Esparcióse después por toda Europa, que aunque no lo haya aplicado en todas sus partes, lo ha tenido muy en cuenta. Otro francés, que emigró después del 10 de Agosto y que llegó á ser el ingeniero más distinguido del ejército prusiano, BOUSMARD, murió en la defensa de Dantzig; publicó desde 1797 á 1803 un notable *Tratado de fortificación*, en el que se inspiraron los ingenieros más célebres de su tiempo, ROGNIAT (1777-1840), HAXO (1774-1838) y principalmente CHAS-



El juego

SELOUP-LAUBAT (1754-1833), cuyas *fortificaciones de Alejandría*, admiración de toda Europa, fueron destruídas, en 1815, á petición de Austria. Se critica el sistema de Bousmard por su complicación y extraordinario coste. No se crea por esto que tales novedades rebajasen en lo más mínimo la gloria de Vaubán, pues eran sólo aplicaciones de los principios que dejó sentados á las diferentes condiciones de la guerra.

INGENIEROS CIVILES.—CACHIN y después LAMBLARDIE (hijo) continuaron, en Cherburgo, los trabajos de CESSART. BRÉMONTIER (1738-1809), nombrado inspector general de puentes y caminos, prosiguió hasta su muerte, aunque no sin oposición, las admirables plantaciones

destinadas á contener las dunas en la desembocadura del Gironda. Habiéndose incendiado en 1802 la cubierta de madera del mercado de trigo construído por Roubo, BELLANGER propuso reemplazarla por otra de hierro y llevó á cabo su construcción en 1812, que pareció, lo propio que la que había sido destruída, una obra maestra de habilidad técnica y atrevimiento. Simón GIRARD, que ha dejado mucho escrito de su profesión, se encargó en 1802 de las obras del canal del Ourcq. En el mismo año, MATHIEU propuso al primer Cónsul un proyecto de túnel bajo el canal de la Mancha. BOURDON DE VATRY tiene en Génova una estatua por las obras que en ella dirigió. BERNARD, que se ilustró también en la astronomía, dirigió los trabajos de canalización del Durance (1). PRONY (1755-1839) se ocupó, desde 1810 á 1814, en el saneamiento de las lagunas Pontinas y escribió á propósito de esto una obra que es un verdadero modelo, en la que prueba que la mayor parte de estos pantanos pestilenciales podía sanearse y dedicarse al cultivo.

FÍSICA.—Estaba entonces la física tan íntimamente enlazada con las matemáticas que la sección de física general del Instituto se continuó, no en la subdivisión de las ciencias físicas, sino en la de las ciencias matemáticas. Los fenómenos del calor y de la luz se explicaban principalmente por medio de la geometría y del cálculo. José FOURIER (1768-1830), que como Laplace, Biot y muchos otros, y como hubiera podido serlo Arago, fué á la vez individuo de la Academia de Ciencias y de la Academia francesa, tuvo aún tiempo, en medio de sus funciones de consejero y después prefecto del departamento del Isere, cuyo cargo desempeñó con ilustrado celo, de componer dos memorias (1807), que sirvieron de base á su *Teoría analítica del calor* (1822). RUMFORD (1753-1814), oriundo de los Estados Unidos, pero naturalizado en Francia desde 1802, donde se casó con la viuda de Lavoisier en 1805, demostró por medio de irrefutables experimentos que la

(1) Recordaremos como una curiosidad el proyecto, indicado al establecerse el campamento de Boloña, de un canal á través del istmo de Panamá por el río San Juan y el lago Nicaragua, cuyo proyecto, que entonces no era más que una vana quimera, lo presentó al público Martín de la Bastida en forma de un abanico, en el que resumía lo que ya había escrito en 1791, al publicar el compendio de la historia del mar del Sur, de Laborde. (Véase A. Bouchot, *La historia según los abanicos populares.*)

teoría que considera el calor como una forma del movimiento (teoría entrevista ya por Mariotte y claramente expuesta por Lavoisier) era la verdadera. Demostró antes que Fresnel que el calor no era una materia imponderable, como entonces se decía, sino un movimiento vibratorio excitado en las partículas que forman los cuerpos (1). Respecto á la teoría del lumínico, el ingeniero MALUS (1775–1812) publicó un *Tratado de óptica analítica* y su *Teoría de la doble difracción* (1808), inmortalizándose por su descubrimiento de la polarización de



La madre

la luz. Sus trabajos prepararon los de Fresnel (1788-1827), que publicó su primera memoria en 1815.

Pero el gran acontecimiento del siglo fué el descubrimiento de la electricidad dinámica, que tantas maravillas ha producido y producirá en adelante. En los primeros días de Enero de 1800, fecha eternamente memorable en la historia de las ciencias y aun en la historia de la humanidad, VOLTA (1745-1827) construyó definitivamente su pila (recibió este nombre á causa de su forma), aparato que permitía acumular la electricidad y crear á capricho corrientes eléctricas.

Según Volta, la electricidad no se desarrolla más que por con-

(1) Dumas, *Journal des savants* (1881-82).

tacto, sin tener en cuenta las alteraciones de los diversos elementos de su aparato. Dedicó su descubrimiento á José Banks, presidente de la Academia de Londres, y en el mismo año Nicholson, Carlisle y Humphry Davy aplicaron el nuevo invento á la descomposición química de los cuerpos. Volta fué á París, donde se le recibió con la mayor consideración por el primer Cónsul, quien le tributó el testimonio de su más alto aprecio. El Instituto dedicó dos sesiones para examinar el aparato. Napoleón, que asistió á la segunda de estas sesiones con sus compañeros, quedó admirado, indicó algunos experimentos nuevos y propuso, en calidad de miembro del Instituto, que la sección de ciencias concediese al ilustre físico una medalla de oro. Esta medalla llevaba la inscripción: «A Volta. Sesión del 11 de Frimario del año IX.» El mismo día, Volta recibió seis mil francos por gastos de viaje.

El profesor de Pavía, nos dice Arago, vino á ser para Napoleón el prototipo del sabio. Así se le vió condecorado dos veces seguidas con la cruz de la Legión de honor y de la Corona de hierro, nombrado miembro del Consejo áulico de Italia, elevado á la categoría de conde y de senador del reino lombardo. Al presentarse el Instituto italiano en palacio, si por casualidad no se hallaba Volta en las primeras filas, las bruscas preguntas: «¿Dónde está Volta? ¿Está enfermo? ¿Por qué no ha venido?» mostraban, con demasiada evidencia tal vez, que á los ojos del monarca los demás miembros, á pesar de todo su saber, no eran sino simples satélites del inventor de la pila. «No podría permitir el retiro de Volta,—decía Napoleón en 1804.—Si el profesorado le fatiga, que disminuya sus lecciones. Que no dé si quiere más que una sola lección al año, pero la Universidad de Pavía recibiría una herida mortal el día en que yo permitiese que un sabio así desapareciese de la lista de sus profesores; además, añadía, un buen general debe morir en el campo del honor (1).»

Después de retirarse Volta, hizo renovar los experimentos de descomposición química que acababan de hacerse en Inglaterra. Entusiasmado al ver el transporte de los elementos de las sales á los dos polos de la pila, dijo á su médico, Corvisart, tras un momento de

(1) Arago, *Noticias biográficas*, tomo I, pág. 234.

reflexión: «Doctor, ahí tenéis la imagen de la vida: la columna vertebral es la pila; el hígado el polo negativo, la vena el polo positivo.»

Napoleón pareció haber previsto desde el primer momento la diversidad y la importancia de las aplicaciones de este descubrimiento. Obsesionado por esta idea, en medio de sus campañas de Italia, escribió desde Marengo al ministro Chaptal ordenándole instituyese dos premios: uno de tres mil francos, «para el mejor experimento que se hiciese en cada año sobre el flúido galvánico,» y un premio extraordinario de sesenta mil francos «para el que, en electricidad ó galvanismo, hiciese dar un paso parecido al que Franklin ó Volta habían dado.» Todos los extranjeros eran admitidos al concurso. El premio de tres mil francos no se concedió por primera vez hasta 1807, y á pesar de la encarnizada lucha que separaba á Francia de Inglaterra, se concedió al ilustre Humphry Davy. La Real Sociedad de Londres no se quiso quedar rezagada en punto á generosidad, y concedió á Malus, en 1811, su gran medalla de oro. En este momento estaba concentrada la atención de los sabios ingleses en las cuestiones relativas á la luz, promovidas por los trabajos de su compatriota Tomás Young, quien descubrió las interferencias al propio tiempo que se dedicaba á descifrar los jeroglíficos.

Química.—La pila eléctrica proporcionó á la química un poderoso medio de investigación. Los químicos franceses se mostraban dignos continuadores de Lavoisier.

Berthollet (1748-1822), el más ilustre, sin duda, entre todos, fijó las leyes de la descomposición de las sales en su *Estática química* (1802) é imprimía en el *Diario de la Escuela Politécnica* su *Curso de química de materias animales*, que empezó á sentar las bases de la química orgánica. Sus trabajos sobre la tintura y el blanqueo de los tejidos (*Elementos del arte de tintorería*, 1791-1804) transformaron la industria europea en esta materia (1). Fourcroy (1755-1809) debió su gran fama, más que á sus descubrimientos (los más importantes

(1) Uno de los primeros que emplearon estos procedimientos fué Juan Miguel Haussmann, fabricante de indianas en Logelbach, tío del prefecto del Sena, G. Haussmann. Fué el primero en tratar el lino, el algodón y la lana con el prusiato de hierro, produciendo sin índigo todos los matices del azul.

fueron los relativos á los compuestos de detonantes por percusión y el análisis de las aguas sulfurosas), á su incomparable talento para exponer la doctrina científica, que reunía en torno de su cátedra un auditorio admirado del entusiasmo que en él despertaban materias tan abstractas como serias. «Habríais visto,—dice Cuvier,—centenares de oyentes, de todas clases y de todas las naciones, pasar horas enteras apretados unos á otros, temiendo casi respirar, fija su vista en la suya y suspendidos de sus labios. Su mirada centelleante recorría esta muchedumbre; distinguía, aun en la última fila, el espíritu que vacilaba todavía por tenacidad ó por dificultad de comprensión; redoblaba entonces sus argumentos y sus imágenes, variaba sus expresiones, hasta que encontraba aquéllas que podían hacer mella en ellos; parecía que la lengua multiplicaba para él su riqueza. No dejaba una materia hasta que veía á todo su numeroso auditorio satisfecho por completo.» Algunas de estas superiores condiciones, aunque en menor escala y con menos facilidad de palabra, se encuentran en su discípulo THÉNARD (1777-1857), cuyo *Tratado elemental de química teórica y práctica* alcanzó seis ediciones y fué traducido á todas las lenguas (1). La química aplicada le es acreedora al método perfeccionado de depurar los aceites. En 1811 publicó en sus *Investigaciones físico-químicas* el resultado de los trabajos que había hecho en unión de GAY-LUSSAC (1778-1850); éste, que debe el lugar que ocupa en la química, menos á su genio científico que á su habilidad como experimentador, ha dejado, sin embargo, su nombre á las leyes de la composición y volumen de los gases. En 1804 hizo dos ascensiones aerostáticas á una altura de siete mil metros, una con Biot y la otra solo, para estudiar el magnetismo, la electricidad y la composición del aire en las altas regiones de la atmósfera.

Sería tarea demasiado larga indicar los trabajos de todos los químicos que merecen, no obstante, ser mencionados, aunque no fuese

(1) Por medio de una traducción holandesa del *Tratado de química*, de Thénard, que fué á parar á la isla de Kiou-Siou, y de un diccionario holandés-francés, un Japonés, que había concebido una viva simpatía hacia nuestro país, llegó entre sus compatriotas á conocer algo de nuestra lengua, cuya gramática reconstituyó en parte (*Anales de la Sociedad Francesa*).

más que por reconocimiento, por las aplicaciones y utilidad de sus descubrimientos, GUYTON DE MORVEAU (1737-1816), JUAN DARCET (1725-1801) y JOSÉ DARCET (hijo) (1777-1844), VAUQUELIN (1763-1829), DULONG (1785-1838), CURAUDEAU (1765-1813), etc. Más adelante, al tratar de la industria, hablaremos de los más ilustres, Chaptal y Leblanc, pero no podemos menos de continuar aquí el nombre de CHEVREUL, que nació en 31 de Agosto de 1786 y murió en 9 de



Jorge Cuvier

Abril de 1889, habiéndose dado ya á conocer en el mundo científico antes de 1815 por su descubrimiento de los ácidos esteárico y oleico, descubrimiento que debía producir más adelante, entre otras aplicaciones, la invención de la bujía esteárica.

CIENCIAS NATURALES.—ZOOLOGÍA.—Por grande que fuese el brillo que alcanzaron en esta época las ciencias matemáticas y física, no fué menor el de las ciencias naturales: bastará citar para probarlo los nombres de Cuvier, Geoffroy Saint-Hilaire, Jussieu y Haüy.

Jorge Cuvier, nacido en 1769 en Montbeliard, que á la sazón pertenecía á Wurtemberg, murió en 1832, en París, donde residía desde 1794. Sentó las bases de la clasificación zoológica, fundada en la ley de la subordinación de los órganos (1795).

Hizo avanzar un gigantesco paso á la anatomía comparada, pudiéndose casi decir que operó una revolución en esta ciencia al fijar la ley de la relación de las formas, que permite con un solo fragmento reconstituir el ser en su completo estado. Aplicóla de un modo maravilloso á la Paleontología, creó una especie de mundo nuevo, devolviendo, por decirlo así, la existencia á los vegetales y á los animales desaparecidos, y transformó el estudio de la geología, permitiendo determinar la antigüedad sucesiva de las capas de la corteza terrestre por medio del examen de los restos fósiles que en ellas se encuentran. Sus *Lecciones de anatomía comparada* fueron redactadas y publicadas desde 1800 á 1805 por Dumeril (1774-1860) y por Duvernoy (1777-1855), conocidos ya por algunos trabajos propios sumamente notables. Entre sus colaboradores debe citarse á su hermano Federico Cuvier (1773-1838); pero únicamente podía considerarse como rival suyo á Esteban Geoffroy Saint-Hilaire (1772-1844), profesor del Museo ya en 1793, quien contribuyó á llamar al mismo á Cuvier dos años antes, que entonces era profesor en provincias. Siguió á Bonaparte á Egipto en 1798, y después de la pérdida de esta conquista, conservó para Francia, gracias á su energía, las colecciones científicas de que los Ingleses se querían apoderar. «Aspiráis con ello á la celebridad,—dijo á Hamilton; —pues bien, contad con el recuerdo de la historia, porque así habréis quemado otra biblioteca en Alejandría.» Enviado á Portugal en 1807, para explorar, en provecho de Francia, las ricas colecciones de aquella nación, enriqueció, por medio de prudentes cambios, ambos países á la vez, alcanzando el reconocimiento de los Portugueses. En 1815 trabajaba aún con Cuvier, pero ya se dejaban entrever por varias de sus *Memorias* las ideas que debía desarrollar más adelante y que debían producir una completa ruptura científica entre ambos naturalistas. Mientras Cuvier, sin negar la unidad del origen de los seres, buscaba principalmente, para basar su clasificación, las diferencias que los separan, Geoffroy Saint-Hilaire, ante la idea de la unidad de composición de la Naturaleza, se apoyaba en las

analogías que presentan los animales y estudiaba los tipos de transición de una á otra clase (1).

Otras ideas igualmente atrevidas expuso por la misma época LAMARCK (1774-1829) en la *Filosofía zoológica* (1809), una de las obras más originales y más profundas de este siglo, pero cuya importancia no se comprendió hasta más adelante. Lamarck abordaba en ella, de frente y con raro talento, pero con una imaginación quimérica á veces, todos los problemas generales de la ciencia. Llevando más allá que Geoffroy Saint-Hilaire las nociones de unidad y de coordinación de los



Chaptal

seres, expuso ya muchas de las ideas que han hecho célebre á Darwin. Lamarck se había distinguido ya entre los botánicos por su *Flora francesa* cuando se encargó, en 1793, al reorganizarse el Museo, de la cátedra de gusanos é insectos, especialidad que le era completamente desconocida. Pero algunos años después llegó á ser un zoólogo eminente y su *Sistema de animales invertebrados* (1801), primer ensayo de su *Historia natural de los animales invertebrados* (1805-1808), y sus *Investigaciones sobre la organización de los cuerpos vivos* (1802), le hicieron pronto célebre. Lamarck, que tenía débil la vista desde 1796, se quedó completamente ciego en los últimos años de su vida, desgracia que no interrumpió sus trabajos científicos, pero que

(1) El Museo del Louvre se enriqueció también con gran número de ejemplares arrebatados á Holanda, que el médico Bergmans se encargó de reclamar en 1815.

le impidió intervenir en la organización de las colecciones del Museo, trabajo que fué para Geoffroy Saint-Hilaire y Cuvier tan honroso y tan digno de encomio como sus descubrimientos.

Tras estos grandes nombres deben citarse algunos otros que no merecen, por cierto, ser condenados al olvido. DUTROCHET (1776-1847) comenzaba á darse á conocer, aunque no publicó hasta después de 1815 sus descubrimientos más ingeniosos sobre lo que llamó *endósmosis*. LEVAILLANT (1753-1824) continuó sus publicaciones sobre los pájaros de Africa y de América. LATREILLE (1762-1833), con su exagerada modestia, consagró gran parte de su vida á servir de colaborador á Cuvier, Lamarck y Alejandro de Humboldt, aunque se elevó al primer puesto gracias á sus trabajos sobre la historia natural de los insectos. No es ciertamente la modestia la cualidad distintiva de LACEPEDE (1756-1825), cuyo estilo declamatorio, hasta en las descripciones anatómicas de los animales secundarios, lo prueba palpablemente; gozó durante su vida una fama superior á su mérito, pero que ha disminuído mucho después. Se había dado á conocer como músico y novelista al propio tiempo que seguía sus estudios de naturalista, y en sus últimos años escribió una *Historia general de Europa*. No son de extrañar aptitudes tan variadas entre los que se dedican al estudio de la naturaleza. Carlos NODIER debutó en el mundo literario, á la edad de diez y ocho años, con la publicación de una *Biblioteca entomológica* y de una *Memoria sobre el uso de las antenas y del oído en los insectos*. WALCKENAER (1771-1852), antiguo alumno de la Escuela politécnica, ingresó en 1813 en la Academia de Inscripciones por sus eruditos estudios sobre la geografía de la Galia y se hizo célebre más adelante como crítico por sus monografías literarias. En 1802 publicó una *Fauna parisién* ó *Resumen histórico de los insectos de los alrededores de París*, y más adelante, en 1805, un *Cuadro de los arácnidos*, que forma época en la historia de la ciencia, descansando de estos trabajos científicos con la publicación de dos novelas.

BOTÁNICA.— En botánica, ADANSON, que vivió hasta 1806, preparó con sus trabajos una nueva clasificación botánica, la cual no llegó á realizarse hasta Antonio Lorenzo de JUSSIEU (1748-1836), ilustre sabio que vino aún á acrecentar la gloria de esta distinguida

familia, en la que puede resumirse la historia de la botánica durante un siglo. En su obra, titulada: *Genera plantarum secundum ordines naturales disposita,* A. de Jussieu, aplicando las ideas y completando los trabajos de su tío Bernardo de Jussieu, fijó el *método natural*, que puso fin al sistema de Linneo, basando la clasificación de las plantas en el conjunto de sus caracteres. Bernardo y Lorenzo de Jussieu hicieron en botánica lo que Lavoisier en química (1). Después de Lorenzo Jussieu citaremos á De Candolle (1776-1854), que completó sus trabajos; De Mirbel (1778-1841), por su *Historia natural de las plantas;* Teodoro de Saussure (1767-1845), por sus *Investigaciones químicas sobre la vegetación,* obra original y llena de ideas nuevas; y por fin, los botánicos y viajeros, Palissot de Beauvais (1752-1820), Labillardiere (1775-1834) y Bonpland (1773-1858), que tuvieron muchas veces que desplegar no menos energía y valor que talento y conocimientos científicos para estudiar sobre el terreno los vegetales de los países más lejanos, Australia, América y Africa equinoccial.

Mineralogía y Geología.—Francia tenía en esta época el primer mineralogista de Europa, como tenía también el primer botánico, el abate Renato Justo Haüy. Justo Hauy (1743-1822), hermano de Valentín Haüy, profesor de niños ciegos, fué el creador de la cristalografía; su *Tratado de Mineralogía* (1808) ha servido largo tiempo para la enseñanza. Napoleón, que le profesaba gran estimación, le

(1) Al lado de los botánicos teóricos debemos citar los agrónomos y horticultores, Thouin, Tessier, Parmentier, Silvestre, Felipe de Vilmorin (1746-1804) y su hijo (1776-1862), Gavard, Adam, que prestó grandes servicios á la industria vinícola y murió en la miseria; Bosc, profesor de cultivos en el Jardín de Plantas, y que se aprovechó de su cargo de cónsul en los Estados Unidos para traer colecciones de insectos, reptiles y conchas, que expuso generosamente al estudio de los doctos, lo que no fué óbice para que él mismo escribiese algunas apreciables obras sobre diversas materias de zoología. El plantel de la Cartuja, dispersado por la Revolución, fué reconstituído en 1809, según las indicaciones de Chaptal, por Cristóbal Hervy, hijo (1776-1829); Guichenot importó á Francia el eucaliptus en 1804. El castaño de flor encarnada fué importado de la América del Norte en 1812 (v. C. Baltet, *La horticultura francesa, sus progresos, sus conquistas desde 1789*, conferencia dada en la Exposición de 1889). Nos reprocharíamos igualmente olvidar al pintor Redouté, el Rafael de las flores, que fué nombrado profesor de iconografía vegetal en el Museo y que en sus admirables colecciones, las *Liliáceas* (8 vol. en folio, 486 planchas) y las *Rosas* (228 planchas), además de su atractivo y condiciones artísticas, reune la precisión científica.

nombró canónigo honorario de Nuestra Señora al restablecerse el culto católico. La reputación de Haüy era universal; en 1814 le visitaron los soberanos extranjeros, y algunos príncipes de la familia imperial rusa y uno de Dinamarca asistieron á su curso, que daba con una claridad y elegancia verdaderamente notables. La mineralogía como la paleontología prepararon los progresos tan rápidos que debía realizar la geología después de 1815. Los principales sistemas geológicos, vulcanismo ó plutonismo, el primero que atribuye todas las formaciones terrestres á la acción del fuego y el segundo á la del agua, fueron inventados respectivamente por HUTTON (1726-1797) y WERNER (1775-1817); la reconciliación de ambos sistemas corresponde á la ciencia moderna. Los estudios de RAMOND (1755-1827), sobre los Pirineos, y de DOLOMIEU (1750-1801), sobre los Alpes, debían contribuir á este resultado.



La Victoria y la Fama
Cuadro de F. Gérard. Museo del Louvre.

GEOGRAFÍA.— La obra más importante de esta ciencia es la *Geografía matemática, física y política de todas las regiones del mundo,* que MALTE-BRUN (1775-1826), danés refugiado en Francia, compuso con su maestro MENTELLE (1803-1805), 16 volúmenes en 8.° y atlas. RAMOND era menos popular, pero escribió obras más originales y dió verdaderos modelos en sus *Estudios sobre los Pirineos,* que á la par de observaciones científicas, contienen descripciones que han merecido los elogios de Michelet. VOLNEY

(1757-1820) publicó, en el año 1803, su *Cuadro del clima y del suelo de los Estados-Unidos.*

No fueron muy numerosas las exploraciones lejanas, sobre todo por parte de los franceses, en los quince primeros años del siglo, como se concibe fácilmente. Citaremos, no obstante, los viajes de JAUBERT á Persia y de Nicolás BAUDIN (1750-1803) á Oceanía (1800-1803), y principalmente los trabajos del Instituto en Egipto. Puédese considerar como francés, aunque hubiese nacido en Berlín, al ilustre A. DE HUMBOLDT (1769-1859), que al aplicar á las exploraciones geográficas sus conocimientos universales y la gran comprensión de su inteligencia, marca una época en la historia de la geografía. Era íntimo amigo de Dexais desde que, en calidad de secretario, acompañó á Hardenberg al campamento de Moreau. Trató de formar parte de la expedición á Egipto, y no habiéndolo logrado, pensó entonces en ir á América; el francés BONPLAND comparte con Humboldt la gloria de este célebre viaje; ambos hicieron juntos la ascensión al Chimborazo, en la que llegaron (23 de Junio de 1802) á una altura aproximadamente de 5.300 metros, y juntos regresaron á Francia. Bonpland trajo consigo seis mil plantas, desconocidas en Europa, que donó al Museo. Napoleón le recompensó con una pensión de seis mil francos, y poco después con la plaza de subintendente de cultivos de la Mal-



La Historia y la Poesía
Cuadro de F. Gérard. Museo del Louvre.

maison. Humboldt fijó su residencia en París en 1805, viviendo en esta capital hasta 1827, salvo cortas ausencias, á pesar de las guerras que Francia tuvo con su patria. Los hombres más ilustres del Imperio le sirvieron de colaboradores en sus vastas y brillantes publicaciones. Por grande que sea la gloria de Humboldt, lo cierto es que la geografía de exploración se estacionó á principios del siglo XIX; pero en cambio una de las ramas de la geografía, la geografía militar, alcanzó su mayor desarrollo. Ningún general, en efecto, ha sacado más partido del mapa que Napoleón: uno de sus primeros cuidados, al ocupar una comarca, consistía en levantar su plano con la mayor exactitud posible; por esto existen en los Inválidos los planos en relieve de la mayoría de las plazas fuertes de Europa. El cuerpo de ingenieros topógrafos, que más adelante debía pasar al Estado Mayor, tomó una importancia creciente. JACOTIN (1763-1827), jefe de la sección topográfica en el ministerio de la Guerra, dirigió la ejecución del atlas de Egipto y de Siria, del mapa de Córcega, etc. El oficial de artillería BACLER DE ALBA (1762-1824), de quien volveremos á hablar al tratar de la pintura (pues no olvidó nunca su primera vocación), dibujó, después del tratado de Campo-Formio, el teatro de la campaña. Ascendido á general y nombrado director del Depósito de la guerra, en 1813, prestó grandes servicios, creando artistas geógrafos y salvando las planchas del mapa de Cassini, de que los aliados se querían apoderar. El coronel BORY DE SAINT-VINCENT (1780-1846) se distinguió, no sólo entre los geógrafos militares, sino entre los naturalistas y los eruditos, por algunas valiosas memorias que le proporcionaron el ingreso en la Academia de Ciencias. Perfeccionóse notablemente la ejecución de cartas marinas. BEAUTEMPS-BEAUPRÉ (1766-1854), mientras trabajó hasta 1807 en el mapa del viaje de Entrecasteaux, formó un hermoso mapa del Escalda, otro de las costas de Istria y de Dalmacia, y más adelante, en 1811, el de las de la Alemania septentrional. Biot y Arago fueron comisionados, en 1806, para terminar la medición, de acuerdo con los comisionados españoles Chaix y Rodríguez, del arco de meridiano de Dunkerque á Barcelona. Los hermosos trabajos del coronel PUISSANT (1769-1843) (*Tratado de Geodesia*, 1805; *Tratado de Topografía*, 1807) constituyeron, en verdad, la geodesia moderna, haciendo prevalecer el sistema de curvas de nivel.

MEDICINA Y CIRUGÍA (1). — La Medicina y la Cirugía trataron de aprovecharse de los descubrimientos científicos contemporáneos. BARTHEZ (1734-1806) era aún el digno representante de la escuela del siglo XVIII. BROUSSAIS (1772-1838) publicó en 1808 su *Tratado de las flegmasías crónicas*, obra importantísima, pero á la que no se concedió hasta más adelante todo su valor, cuando el autor se hizo célebre, no sólo por la publicación de otras obras, sino por su sistema terapéutico, que tantas desgracias debía producir y hasta comprometer la salud de varias generaciones.

Quedó en definitiva muy por debajo de BICHAT (1771-1802), discípulo de Antonio Petit y de Corvisart, y uno de los hombres más ilustres de Francia. Su obra más importante es la *Anatomía general*. Bordeu afirmaba que las propiedades vitales se especializan en nuestros órganos y adquieren una vida particular al lado de su vida general; Bichat determinó por medio de experimentos las diferencias que presentan las propiedades vitales en los diversos tejidos, en relación con su naturaleza, su forma y su intensidad. En armonía con sus funciones, constituyen la fuente de sus actos fisiológicos, de sus simpatías, de sus lesiones patológicas, y de los síntomas por los cuales éstas se manifiestan. Fué su continuador su primo BUISSON (1776-1805), que sólo le sobrevivió tres años, muriendo aún más joven que él. Bichat fué el verdadero creador de la anatomía y fisiología de los tejidos, y á pesar de haber muerto á la edad de treinta y tres años, tuvo aún suficiente tiempo para figurar dignamente en la historia de la medicina.

CORVISART (1755-1821), clínico de primer orden, vulgarizó y perfeccionó el método de la percusión torácica, que un modesto práctico alemán, llamado Avenbruger, había indicado ya con precisión en una obra escrita en latín, que tradujo Corvisart. Cultivó con gran

(1) *Historia de la Medicina é Historia de la Cirugía*, por Boyer, en el *Diccionario enciclopédico de ciencias médicas*, publicado bajo la dirección de los doctores Dechambre y Lereboullet (Asselin y Houzeau, editores); artículo *Anatomía*, por Dechambre y Lereboullet, en el mismo Diccionario. Estos tres artículos merecerían ser ampliados para constituir otras tantas obras. Guardia, *Historia de la Medicina*. — Son dignos de verse los retratos de los médicos más célebres que vamos á citar en la hermosa pintura monumental ejecutada recientemente por M. U. Bourgeois en el anfiteatro de la Escuela de Medicina, de París.

éxito la anatomía patológica, pero decía con razón: «El fin apetecible y hasta exclusivo de la medicina práctica debe consistir, no en buscar por vana curiosidad lo que los cadáveres pueden ofrecer de particular, sino en esforzarse en reconocer las enfermedades por signos positivos y síntomas constantes.» *(Ensayo sobre las enfermedades del corazón).* Se olvida tal vez hoy con demasiada facilidad que en un médico no es el todo la ciencia, pues necesita principalmente el golpe de vista y la experiencia. El médico ante el lecho de un enfermo es como un general ante el enemigo. Se puede ser un matemático de primera fuerza y á la vez un hombre inepto para componer un trozo de música.

Laennec (1781-1826) llevó casi á la perfección el método de la auscultación, publicando en 1819, sobre esta materia, un trabajo en el que coordina sus lecciones y estudios anteriores; obra que formó época en la ciencia médica tanto por la novedad y la importancia de su fondo como por el valor literario de la composición y de la forma. Sucedió en el Colegio de Francia al célebre Juan Noel Hallé (1754-1822), hijo del pintor Noel Hallé y nieto del pintor Claudio Guido Hallé. Médico de gran competencia y de un carácter agradable y cariñoso, Hallé fué profesor de Higiene en la Facultad desde 1794 y propagó eficazmente la vacuna (1). Gueneau de Mussy fué uno de sus discípulos; excluído de la Escuela Politécnica por haberse negado á jurar odio á la monarquía, continuó la tradición de una familia conocida ya en la medicina desde los tiempos de Luis XIV, y que en la actualidad conserva todavía su reputación. Portal (1742-1832) poseía un gran talento y no menos ciencia, como lo prueba su *Curso de Anatomía médica;* pero en su juventud cometió la falta de buscar fama por medios más dignos de un charlatán que de un médico, y de querer, como se dice gráficamente, «poner alas á la Fortuna.» Magendie (1783-1855), uno de los fisiólogos más célebres del siglo, adversario de Broussais, publicó en 1809 y en 1811 varias memorias relativas á la transpiración pulmonar y á la acción de algunos venenos vegetales sobre la médula espinal, en los cuales aparece como el

(1) Su correspondencia con la princesa de Lucca (Elisa Bonaparte) se ha conservado en la familia Hallé, en la que la afición á las letras y á las ciencias parece hereditaria.

precursor de Claudio Bernard. Entre los prácticos más célebres de la época citaremos á Fodere (1764-1835), que fué uno de los profesores más distinguidos de la facultad de Estrasburgo; Chaussier (1746-1828), uno de los primeros anatómicos del siglo; el audaz Recamier (1774-1852), Fouquier (1776-1850) y Tenon (1724-1816), que dió su nombre á uno de los hospitales de París.

En 1807 fué á establecerse en París Francisco José Gall (1758-1828), médico alemán que había sido perseguido en su patria á causa de sus doctrinas, el cual atrajo pronto gran concurrencia á sus conferencias en el Ateneo, en las que expuso su sistema de Frenología (1). Sin entrar en la crítica de su doctrina, no cabe negar que Gall impulsó notablemente el progreso de la anatomía y fisiología cerebrales, contribuyendo también á ello las discusiones que promovieron sus propios trabajos. Su obra fundamental tiene por título: *Anatomía y fisiología del sistema nervioso en general y del cerebro en particular, con observaciones sobre la posibilidad de reconocer las inclinaciones intelectuales y morales por la configuración del cráneo,* 1820, cuatro volúmenes en cuarto y un atlas en folio.

La medicina francesa continuaba las nobles tradiciones filantrópicas que la distinguieron durante el siglo XVIII. Pinel (1745-1826) vió desarrollarse de día en día los principios que había expuesto para el tratamiento de los locos, gracias á los cuales los desgraciados alienados eran tratados, no como criminales, sino como enfermos. El estudio de las enfermedades mentales atrajo desde entonces la atención tanto de los médicos como de los filósofos. Atanasio Royer-Collard (1768-1825), hermano del filósofo; Esquirol (1772-1840), que en 1811 sucedió á Pinel en la Salpétriere, y Vigne (1771-1842), jefe del hospital de Rouen, fueron los que principalmente se ocuparon de esta materia.

El ministro Chaptal encontró decidido apoyo tanto en los médicos como en los cirujanos para la reorganización de los hospitales, encargando de la asistencia de los enfermos á las hermanas de la Caridad.

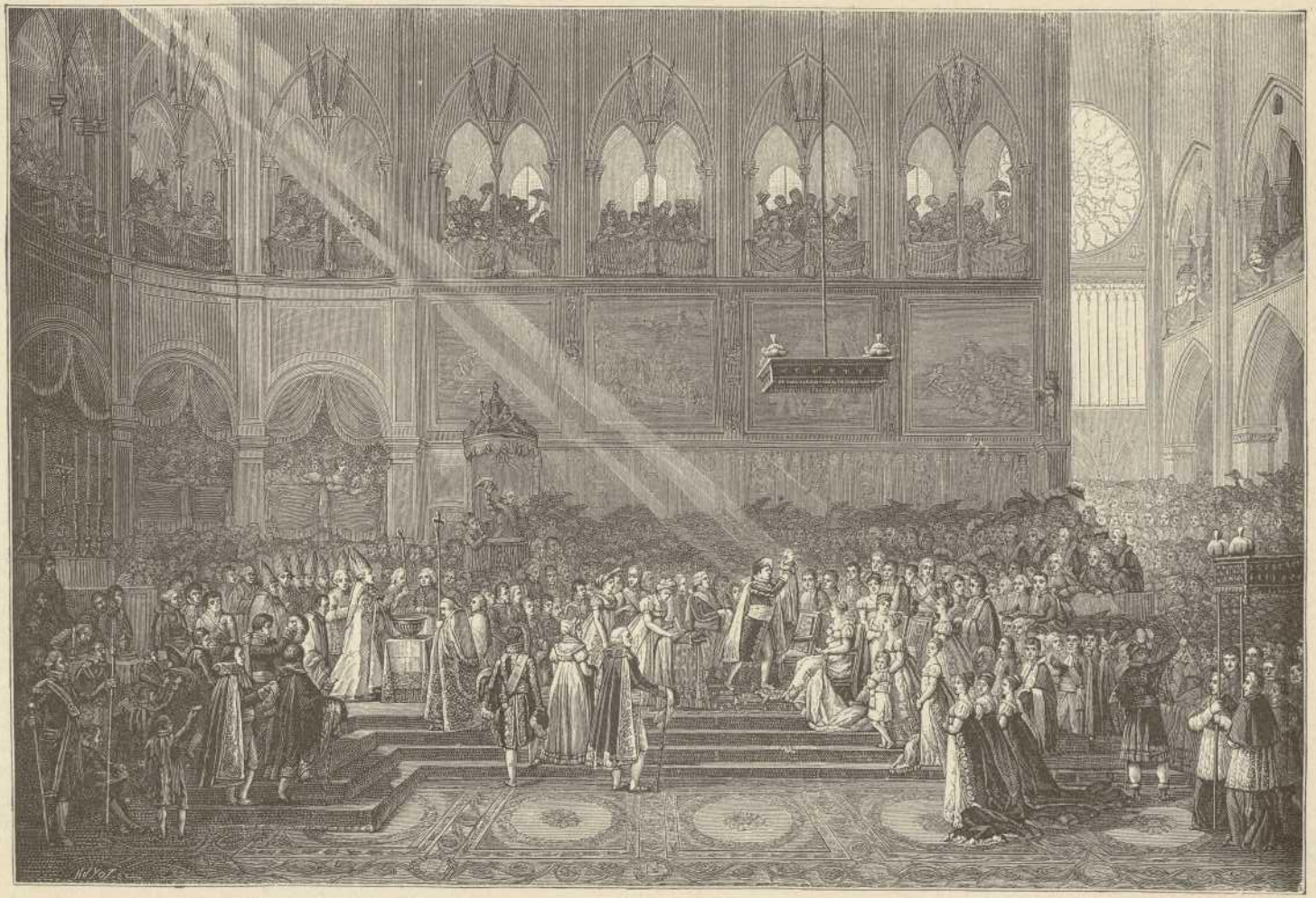
(1) Por el mismo tiempo, su compatriota Hahnemann (1755-1845) fundó la homeopatía.

La Cirugía, que los médicos desdeñaban considerar como una ciencia, á principios del siglo XVIII, se puso entonces á nivel de la medicina, en opinión de los mismos médicos, que seguían aún los propios cursos en su carrera. DESAULT (1744-1795) había creado con sus obras la anatomía quirúrgica y fundado en el Hôtel-Dieu la primera escuela de clínica quirúrgica que ha tenido Francia. En la teoría el dinamismo se sobreponía al mecanismo, que había dominado en el siglo anterior. Desde entonces se mostró sumo cuidado en las afecciones quirúrgicas, no sólo de las formas mecánicas (compresión, obstrucción, etc.), sino de las causas inherentes al individuo (edad, sexo, constitución y temperamento), como asimismo de las circunstancias externas (clima y topografía). La escuela de Montpellier es la que realizó la mayoría de estos adelantos.

Las grandes guerras de aquella época proporcionaron desgraciadamente un vasto campo de experimentación á los cirujanos. La cirugía militar estuvo sin duda á la altura de su misión con DESGENETTES (1762-1837), PERCY (1754-1825), HEURTELOUP (1750-1812) y LARREY (1766-1842). Larrey inventó, renovó y popularizó muchos procedimientos quirúrgicos, por ejemplo, el uso de compresas fijas para las heridas, método conocido por los árabes, pero olvidado en Europa hasta Moscati. La fama militar y heroica de Larrey ha oscurecido demasiado sus méritos científicos. Desde 1793 hizo experimentos para la aplicación de la electricidad á la medicina; á falta de la pila, que no se inventó hasta seis años después, logró, merced á un arco metálico compuesto de dos metales distintos, provocar contracciones musculares en una pierna amputada recientemente. Con el mismo aparato, Bichat, en 1798, galvanizó algunos cadáveres de ajusticiados. Muchos de los cirujanos que se distinguieron en primera fila en la enseñanza ó en la práctica de su arte salieron del ejército, como LISFRANC (1772-1832) (1), J. M. DELPECH (1790-1847), ROUX (1780-1854), que á pesar de su juventud, terminó la *Anatomía descriptiva* de su maestro Bichat y le sucedió en su cátedra (1802) (2). Muerto Desault, la ciru-

(1) El mausoleo de Lisfranc, en el cementerio de Montparnasse, es uno de los más hermosos de París.

(2) Lo mismo aconteció con los médicos, como lo demuestra la carrera de Laennec,



Bautizo del rey de Roma en la catedral de París (iglesia de Nuestra Señora) el 10 de Junio de 1811. (Copia de un dibujo de J. Goubau, en el Museo de Versalles)

Asistieron á esta ceremonia el padrino, el gran duque de Wurtzburgo; la madrina, madama Leticia, madre del Emperador; los reyes de España y de Westfalia; el príncipe Borghese; el príncipe Eugenio, virrey de Italia el duque de Parma y el príncipe archicanciller del Imperio.

gia francesa, aparte de los nombres que hemos citado, se honró con RICHERAND (1779-1840), SABATIER (1731-1811), Antonio DUBOIS (1756-1837), que formó parte de la expedición á Egipto, y BOUCHET (1785-1839), quien, por no ausentarse de Lyón, su ciudad natal, no quiso aceptar el cargo de médico de Napoleón. LUCAS, antiguo médico del ejército de las Indias, introdujo en Europa, en 1800, las operaciones plásticas, que hacía largo tiempo se empleaban en Oriente; de este modo rehizo una nariz con piel arrancada de la frente. CHOPART hizo nuevas aplicaciones de este procedimiento; BOYER (1757-1833), primer cirujano de Napoleón, y PELLETÁN (1747-1829), los cuales demostraron con sus obras ser tan buenos teóricos como hábiles prácticos. Pero á fines del Imperio encontraron un rival en DUPUYTREN (1777-1835), que á la edad de diez y ocho años fué nombrado director de la Escuela de Sanidad, y en 1801, director de trabajos anatómicos en la facultad de medicina. La veterinaria estuvo representada por Filiberto CHABERT (1737-1814), director de la escuela de Alfort, y por HUZARD (1755-1839), miembro del Instituto desde 1795.

La farmacia se aprovechó de los progresos de la química con DEYEUX (1744-1837) y con PARMENTIER (1737-1813), ambos miembros del Instituto; con CADET DE GASSICOURT (1769-1821), igualmente del Instituto, y su hermano CADET DE VAUX (1753-1828), hijo de Luis Claudio Cadet de Gassicourt (1731-1799), quien se había hecho ya famoso en la ciencia; con LABARRAQUE (1777-1850), Juan Pedro BOUDET (1748-1828) y su sobrino (1778-1849), que llevó el mismo nombre, y con ASTIER (1771-1836). El descubrimiento del protóxido de ázoe y de sus propiedades anestésicas por Humphry Davy iba á proporcionar á la cirugía medio para realizar nuevos progresos (1).

INVENTOS.—APLICACIONES DE LAS CIENCIAS A LAS ARTES.—En esta revista sumamente rápida del movimiento científico de Francia du-

---

Foderé, Récamier, Piorry y Broussais. Este último no dejó nunca la carrera militar y fué nombrado en 1832 inspector general de sanidad del ejército. Dutrochet fué también en su juventud médico militar.

(1) En 11 de Abril de 1799, Humphry Davy comprobó la acción particular de este gas sobre la sensibilidad. En el mismo año hizo públicos los resultados de estos experimentos en su obra: *Investigaciones químicas sobre el óxido nitroso y efectos de su respiración.*

rante un período de quince años, hemos tenido que prescindir de muchos hombres que hubieran llamado la atención en otra época menos fecunda. Réstanos registrar ahora inventos y perfeccionamientos industriales de los que aun nos aprovechamos.

El francés Lebón, que murió asesinado (1800), no alcanzó á ver el perfeccionamiento y la adopción en Francia de su descubrimiento del gas del alumbrado. Ya en 1798, Murdoch iluminó con gas la fábrica de James Watt y del extranjero conoció Francia este procedimiento (1).

Inventáronse también los buques de vapor, ideados primeramente por dos franceses, PAPIN y JOUFFROY, gracias á los cuales Fulton verificó en Francia sus primeros experimentos (en 9 de Agosto de 1803). En el mismo año en que el americano Fulton verificaba la prueba de su buque de vapor, con ruedas de palas, un ingeniero francés, Carlos DALLERY (1754-1835), muerto en la miseria y en el olvido en este último año, obtenía un privilegio de la Academia de Ciencias por un *motor perfeccionado, aplicable á los transportes por tierra y por mar*. Este motor era la hélice, y Dallery juzgaba con razón que la hélice sería para los buques de vapor un medio de propulsión muy superior á las ruedas de palas. Propuso, además, aunque sin éxito, el empleo de mástiles articulados y de calderas tubulares y verticales, en comunicación con la máquina de vapor. Perfeccionó también los procedimientos de la joyería y de la relojería (2).

Dallery se ocupó en un principio en la construcción de instrumentos de música y trabajó en la casa Erard. Sebastián ERARD, nacido en Estrasburgo en 1752, muerto en París en 1831, secundado por su hermano Juan Bautista y por su sobrino Pedro, abrió una vía importante al comercio francés con la fabricación de pianos, inventados recientemente, y que hasta entonces habían tenido que importarse de Alemania ó de Inglaterra. Los perfeccionamientos que introdujo en su construcción produjeron el abandono definitivo del clavicordio. Sebastián Erard inventó también el órgano de voces. A fines del Im-

(1) El antiguo alumbrado por aceite fué sumamente perfeccionado por CARCEL.

(2) Carlos Dallery murió en Jouy-en-Josas, en la misma casa en donde se fundó después un hospicio.

perio, Ignacio PLEYEL (1757-1831) vino á establecerse en París desde Viena (Austria), agregando á su comercio de música una fábrica de pianos. Francia contó así con los principales factores de esta industria europea.

Ocupaba también el primer lugar en la fabricación de instrumentos de precisión y de aparatos científicos con ROCHON (1741-1817), LENOIR (1744-1832), Vicente y Augusto CHEVALIER (1770-1840, 1778 1848) y principalmente BREGUET (1747-1823). Bréguet, entre otros inventos, introdujo ingeniosas modificaciones en el telégrafo de Claudio Chappe, cuya invención se quiso apropiar, á consecuencia de lo cual Claudio CHAPPE, al ver que se discutía su descubrimiento, se suicidó en 1805. Bréguet ha sido el nombre más célebre de la relojería francesa, á pesar de que ésta había llegado á su perfección con BERTHOUD y la familia LEPAUTE (1). Para la fabricación de los relojes comunes, la fábrica de Beaucour, fundada en 1780 por Federico JAPY, modesto obrero, hijo de un albéitar y herrador de una aldea, había tomado ya antes de su muerte gran importancia, que continuaba en aumento bajo la dirección de su hijo Federico Guillermo (desde 1806), alcanzando tal desarrollo que hacía prever que Francia no tardaría en sobrepujar, tanto por la importancia de la fabricación como por la perfección de los productos, á la misma Suiza. Pocos nombres son tan acreedores al reconocimiento de la industria francesa, sobre todo si se tiene en cuenta que desde hace más de cien años la familia Japy continúa sus tradiciones de actividad y de filantropía. Sin embargo, si tuviésemos que establecer preeminencia, el puesto más distinguido correspondería á CONTÉ (1755-1805), del cual ya hablamos anteriormente. Agregaremos tan sólo á lo que de él dijimos que, encargado de dirigir la publicación de la importante obra: *La expedición de Egipto,* inventó una máquina de grabar que simplificaba en gran manera la ejecución de los fondos de cielo y del cuerpo de los monumentos, facilitando así el trabajo que había emprendido la imprenta de Didot.

(1) Esta familia estaba representada entonces por J. B. Lepaute, muerto en 1802, y Pedro Basilio Lepaute, muerto en 1845. Fernando Berthoud, oriundo de Neufchâtel como Bréguet, murió en 1807 y su sobrino Luis en 1813.

La imprenta de Didot era ya una de las primeras imprentas particulares de Europa á fines del siglo XVIII. Con ella competía tan sólo la imprenta de BODONI, de Parma (1740-1813), pero durante el período imperial no tuvo competencia. Los DIDOT eran á la vez impresores, editores y fabricantes de papel. A fines del siglo XVIII el jefe de la casa era Francisco Ambrosio (1730-1804); su hermano, Pedro Francisco Didot (1732-1793), poseía una fábrica de papel en Essonne, en la cual uno de sus tres hijos (distinguidos todos en la historia de la librería), Didot Saint-Leger, ideó la fabricación mecánica del papel continuo. Mientras que el hijo mayor de Francisco Ambrosio, Pedro Didot (1761-1853), se dedicaba principalmente á la imprenta propiamente dicha, Fermín Didot (1764-1836), su hermano menor, alcanzaba el primer puesto entre los grabadores y fundidores de caracteres y perfeccionaba la estereotipia hasta convertirla en un procedimiento usual de la tipografía, que á causa de sus mismos progresos volvía á su primitivo punto de partida, á la impresión por medio de planchas (1).

Preocupóse principalmente en perfeccionar y abaratar el grabado de los caracteres tipográficos y de los mapas geográficos; inventó el medio de fundir los caracteres sin soluciones de continuidad entre sí al combinarlos para formar palabras. Comenzó en 1797, por el procedimiento de la estereotipia, la publicación de sus ediciones económicas de los clásicos, que tan rápidamente se popularizaron, y de sus

(1) HERHAN (1768-1854) perfeccionó también la estereotipia por otros procedimientos (1802). La doble preocupación de alcanzar la belleza artística y satisfacer el interés popular se demuestra con noble sencillez en la carta que Fermín Didot dirigió á su hijo Ambrosio Fermín Didot (1790-1876), que á la sazón viajaba por la Troade y la Grecia: «Espero tu vuelta con verdadera impaciencia; quiero que tomes parte en un trabajo que facilitará la instrucción de la juventud por resultar muy económico, pues no debemos limitar nuestros esfuerzos al perfeccionamiento del arte para el lujo, sino que conviene principalmente ponerlo al servicio de la utilidad general. Por mi parte he fundido y grabado con sumo cuidado los caracteres de las ediciones de Virgilio; pero creo que he favorecido más al público al dar á luz la colección de tablas de logaritmos, que desde este momento presentan y presentarán siempre un extraordinario número de ejemplares sin falta alguna, así como al idear el procedimiento de las ediciones estereotípicas, para conservar y propagar el gusto á los buenos estudios en todas las clases sociales, y al ejecutar los modelos de manuscrito, que gracias á su pequeño coste han de ir á parar á manos de los niños pobres.» Continúa la carta diciendo á su hijo que le espera para comenzar á reproducir los mapas geográficos por un procedimiento nuevo y económico.

Tablas de Callet, que gracias á este nuevo procedimiento se pudieron imprimir desde entonces con una corrección absoluta y permanente. Aparte de esto, ninguna otra imprenta particular había publicado nunca obras tan magníficas y tan perfectas como la *Iconografía,* de Visconti, *Las ruinas de Pompeya,* de Mazzois, la edición en cuarto de Camoéns, y, sobre todo, las ediciones llamadas del Louvre, porque Pedro Didot fué autorizado para instalar sus prensas en este palacio como recompensa nacional; son éstas el *Virgilio*, *Horacio* y *Racine,* en folio, para las cuales trabajaron los dibujantes más distinguidos de la época. El *Racine* particularmente mereció que un jurado lo proclamase «el monumento tipográfico más hermoso de todas las naciones y de todos los tiempos.» Semejantes obras pertenecen tal vez menos a la historia de la industria que á la historia de las bellas artes, de que nos vamos á ocupar en el capítulo siguiente.

CAPITULO X

BELLAS ARTES

MUSEOS. — ESCUELAS. — PREMIOS DECENALES. — PINTURA. — ESCULTURA. — GRABADO. ARQUITECTURA. — ARTE INDUSTRIAL. — MÚSICA. — ARTE DRAMÁTICO (1)



OS MUSEOS.—Nunca ciudad alguna del mundo alcanzó un esplendor artístico comparable al de París en la época del Imperio. Continuaron las remesas de obras artísticas, iniciadas por el general Bonaparte. Cada una de sus conquistas, marca un aumento en nuestros museos. En 18 de Pluvioso del año VI (6 de Febrero de 1798) se decoró el gran salón del Louvre con los cuadros de Parma, Plasencia, Milán, Cremona, Módena, Cento, patria del *Guercino,* y de Bolonia, cedidos á Francia por los armisticios de Parma y de Bolonia y por el tratado de Tolentino. Al año siguiente (18 de Bru-

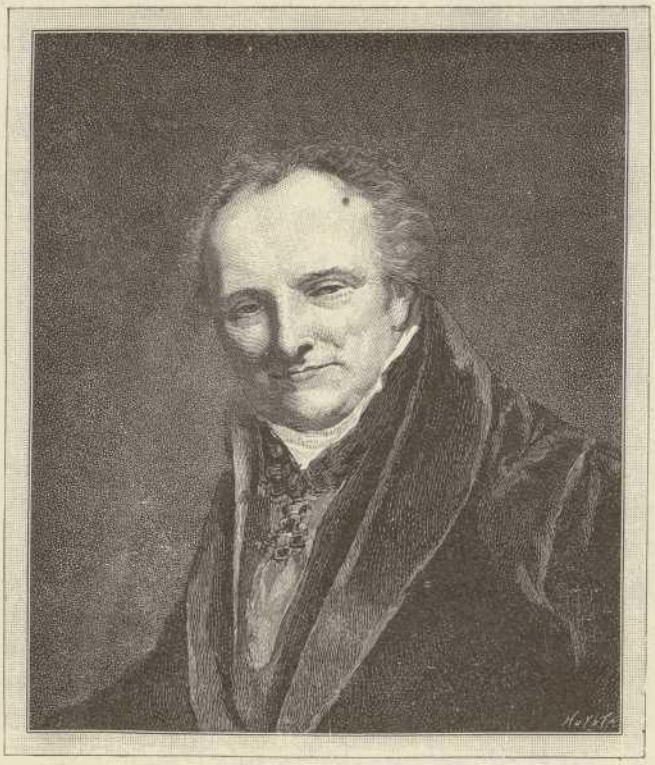
(1) Catálogos del Louvre desde 1798 á 1810. — Jal, *Diccionario crítico de biografía y de historia.* — Carlos Blanc, *Historia de los pintores.* — Siret, *Diccionario de los pintores.* — Bellier de la Chavignerie y L. Auvray, *Diccionario de los artistas franceses.* — Delescluze, *David y su tiempo.* — Introducción al *Catálogo del Louvre* (1858), de Federico Villot. — Obras de Emerico David. — Catálogos de las Exposiciones (Salones) de 1800 á 1819. — Obras y artículos de Delestre y de Delacroix sobre Gros, de Delacroix sobre Prudhon, etc. — H. Delaborde, *La Academia de Bellas-Artes desde la organización del Instituto (Revue des Deux-Mondes,* 1889-1890). — E. Chesneau, *Los maestros y el movimiento pictórico moderno.* — A. Michel, *De David á Delacroix.* - Bouchot, *El tocado en tiempo de Napoleón.*

mario del año VIII) fueron reemplazados por los cuadros procedentes de Venecia, Verona, Mantua, Péssaro, Perusa, Fano, Loreto y Roma. El 28 de Ventoso del año VIII (19 de Marzo de 1800) se aumentó la colección italiana con las obras procedentes de Florencia y de Turín. Faltaban aún, sin embargo, obras de arte que correspondiesen á las que Francia poseía antes de 1789, aunque los trabajos de adorno del Louvre se llevaban á cabo con grande actividad. Hasta el 15 de Messidor del año IX (14 de Julio de 1801), aniversario de la toma de la Bastilla, no se abrió al público la segunda parte de la gran galería.

Las conquistas de 1806 y 1807 proporcionaron nuevas obras maestras, que se instalaron solemnemente en el Louvre en 14 de Julio de 1807, primer aniversario de la batalla de Jena: 50 estatuas, 80 bustos, 193 bronces y gran número de cuadros de maestros que estaban representados ya en la galería, así como pinturas de cuarenta artistas nuevos en su mayoría, flamencos, alemanes y holandeses, desconocidos en Francia. El Museo, recientemente abierto, llegó al apogeo de su gloria, y el catálogo de 1810 nos demuestra que no existían ya obras maestras que tuviese que envidiar á Europa. Por orden de Napoleón, la galería se abrió por vez primera al público en todo su conjunto, dividida en nueve secciones; las escuelas estaban clasificadas separadamente. El Gran Salón, poco tiempo después (1814-1815), recibió los cuadros de los primeros maestros alemanes é italianos: indicaremos las principales de estas obras, que las victoriosas armas francesas dieron á su patria, y que, unidas á las que los reyes de Francia habían ya juntado, hacían del Museo una colección de tal mérito como no se volverá á ver probablemente en ningún tiempo ni en ningún país.

Obras procedentes del palacio Pitti.—Van Dyck: *Retrato de Bentivoglio.*—Tiziano: *Martirio de San Pedro; retrato de Hipólito de Médicis* y otros *retratos.*—Perugino: *Virgen de la Piedad.*—Rafael: *Retrato de Julio II, el cardenal Inghirami, retrato de León X, retrato de Bibbiena; La Virgen en la Silla* y *Visión de Ezequiel.*—Miguel Angel: *Las Parcas.* —Julio Romano: tres cuadros, entre ellos el *Coro de las Musas* y *La Sagrada Familia.*— Bartolomeo: *San Marcos.*— Andrés del Sarto: *Descensión de la Cruz,* dos cuadros de la *Historia de José* y el *retrato del artista.*— Allori: *Judith* y *San Julián hospitalario.*

—Giorgione: *La lección de canto.*—Bordone: *Retrato de mujer.*—Cigoli: *Ecce-Homo.*—Guercino: *El Salvador.*—Carlos Dolci: *El sueño del niño San Juan* y *Cristo en el huerto de los olivos.*—Moroni: *Dos retratos.*—El Parmesano: *La Virgen de los Ángeles.*—Sebastián del Piombo: *El martirio de Santa Agata.*



Retrato de Vivant-Denon. (Dibujo de Prudhon, en el Museo del Louvre)

Procedentes de Roma.—Rafael: *La Transfiguración* (1).—Domenico: *Comunión de San Jerómino.*—Caravaggio: *Cristo en el Sepulcro* y *Jesús muerto en el regazo de la Virgen.*—Garófalo: *La Virgen y Santa Catalina.*—Guercino: *La incredulidad de Santo Tomás;*

(1) *La Transfiguración* debió originariamente pertenecer á Francia, pues fué encargada á Rafael para la catedral de Narbona, de donde Médicis era arzobispo; pero habiendo muerto Rafael al acabar el cuadro, el Papa se opuso á que esta obra maestra saliese de Roma.

Santa Petronila, del Museo del Capitolio.—Guido: *Crucifixión de San Pedro* y *La Fortuna*.—Sacchi: *Milagro de San Romualdo*.

Procedentes de Venecia.—Bassano: *La resurrección de Lázaro*.—Veronés: *Las bodas de Canaán, Cena en casa de Simón, Cena en casa de Leví, Cena de los Titanes* (plafón del palacio ducal) y *Una alegoría de Venecia*.—Pordenone: *San Lorenzo Justiniano y otros santos*.—Tintoretto: *San Marcos* y *Santa Inés*.—Bordone: *El anillo de San Marcos*.—Tiziano: *La Asunción, Martirio de San Pedro de Verona* y *Martirio de San Lorenzo*.

Procedentes de Verona.—Pablo Veronés: *Martirio de San Jorge*.

Procedentes de Turín.—Sabattini: *Virgen y niño*.—Diez y ocho cuadros holandeses, de los que tres son de Holbein, entre ellos un *Erasmo*.

Procedentes de Milán.—Cartón de la *Escuela de Atenas*, de la Biblioteca Ambrosiana.

Procedentes de Perusa.—Rafael: *Una Asunción*.—Perugino: *Isaías* y *Jeremías*.—Barocci: *Descendimiento de la Cruz*.

Procedentes de Bolonia.—Augusto Carracci: *Comunión de San Jerónimo*.—Rafael: *Santa Cecilia*.—Domenico: *La Virgen del Rosario* y el *Martirio de Santa Inés*.

Procedentes de Módena.—El Guercino: *Desposorio de Santa Catalina* y *Herodías*.

Procedentes de Loreto.—Aníbal Carracci: *Nacimiento de la Virgen*.

Procedentes de Péssaro.—Barocci: *Vocación de San Pedro y de San Andrés; Santa Micaela*.—Cuadros de Guido.

Procedentes de Fano.—Guido: *Jesucristo entregando las llaves á San Pedro*.

Procedentes de Parma.—Correggio: *La Virgen y San Jerónimo; Descendimiento de la Cruz; Martirio de San Plácido y de Santa Flavia*, y el *Descanso en Egipto*.

Fuera de Italia, las colecciones del Stathouder, los museos ó los monumentos de Alemania, principalmente la célebre galería de Cassel, fueron despojados de sus más preciosas obras. Cassel perdió sus Rembrandt y sus Ruysdaël más bellos: *El torrente*, de Ruysdaël, dos *Paisajes*, el *retrato* de Saskia, el *retrato* de Coppenol, y *Jacob bendiciendo á los hijos de José*, de Rembrandt. Los Museos de Holanda

dieron la *Presentación en el Templo, La familia del Leñador, retrato de un joven,* de Rembrandt; *La posada* y *El toro,* de Pablo Potter; *La enfermedad de Antíoco,* de Gerardo de Lairesse; *La burla,* de Kalft; un *Interior,* de González Coqués, etc., etc. Se buscaron aun en los países del Norte cuadros de la escuela italiana, tales como *El*



Combate entre Minerva y Marte. (Cuadro de David que obtuvo el segundo premio en Roma, en 1771, existente en el Museo del Louvre.)

Sacrificio de Abrahán, de Andrés del Sarto (de la Haya). En 1809 Viena envió á Francia dos retratos de Carlos IX: el uno, de pequeñas dimensiones, existe todavía en el Louvre; el otro, de tamaño natural y quizás la única obra de Francisco Clouet que está firmada, fué devuelto en 1815. Bélgica, aunque formaba parte de Francia, fué despojada también. Amberes tuvo que enviar á París el *Descenso de la Cruz* y la *Elevación de la Cruz,* de Rubens, de quien se veían igualmente, en el museo de Napoleón, *San Roque, La Asunción* y la *Venus y Adonis* de la galería del Stathouder. Se arrebató de una

pequeña población de los Países-Bajos, Saventhem, el *San Martin* de Van-Dyck. Por último, hasta el monumento más precioso de la primitiva escuela flamenca, la *Adoración del Cordero,* de los hermanos Van-Eyck, se quitó á una de las iglesias de Gante. Madrid perdió el *Spasimo* (1) y *La Virgen del Pez,* de Rafael, cuadros que fueron devueltos, el primero en 1819 y el segundo en 1822.

El 18 de Brumario del año IX fué abierto el museo de Antigüedades, teniendo colocado encima de la puerta un busto colosal de Bonaparte y encontrándose también allí trofeos gloriosos. Entre otras obras maestras, Florencia envió la *Venus de Médicis;* Roma, toda la colección de la Villa Borghese (2); *Melpómene,* el *Tíber,* el *Galo herido,* conocido con el nombre de *Gladiador moribundo,* el *Menandro* del Capitolio, el *Laocoonte,* y por encima de todos el *Apolo de Belvedere,* que se considera desde Winckelmann como la mejor obra de arte. Los romanos colocaron en el Vaticano, sobre el desnudo pedestal, una estatua de Canova, *Perseo,* que ellos llamaron *la Consoladora. Los caballos de bronce,* de Venecia, fueron colocados sobre el arco de triunfo del Carrousel. *El león alado de San Marcos* adornó una de las fuentes de París.

No obstante estas adquisiciones, debidas á las victorias del ejército francés, el gobierno enriqueció el Louvre con otras muy interesantes, tales como los dos *Interiores,* de Pedro de Hooghe; *El ban-*

---

(1) Este cuadro de Rafael se titula realmente *Jesucristo llevando la cruz á cuestas.* Representa al Redentor en el momento en que, subiendo al Calvario y viendo á su madre llorosa, con las demás santas mujeres, díjolas: «No lloréis por mí, os digo, sino por Jerusalén y por sus hijos.» Pintóle para una iglesia de Palermo, titulada Santa María *dello Spasimo,* y aunque la figura de la Virgen no es la principal, su actitud dolorosa llamó mucho la atención, y en varios sitios fué conocida la obra con el nombre de *Spasimo.* El buque que conducía el cuadro naufragó, y la caja en que iba embalado fué arrojada á las costas de Génova, negándose los genoveses á su restitución. Felipe IV de España lo adquirió, indemnizando al convento que había de poseerlo con una renta de mil escudos anuales.—*(N. del T.)*

(2) Camilo Borghese, esposo de Paulina Bonaparte, cedió á su cuñado Napoleón por ocho millones (precio de evaluación) los tesoros de la Villa Borghese, en Roma. Parte de esta suma se pagó en dominios en el Piamonte; pero estos dominios fueron reivindicados por el rey de Cerdeña después de la caída del Imperio. Luis XVIII accedió á una transacción, en virtud de la cual Francia conservó 196 obras de escultura, entre las que había el *Gladiador luchando, Marsyas, Fauno cimbalisia,* el *Centauro domado por un Genio, Cupido ensayando su arco, Sileno con el niño Baco,* y el famoso vaso Borghese, hallado junto con el *Sileno* en el sitio que ocuparon los jardines de Salustio.

quero y su mujer, de Quintín Matzys; *retrato de Cornelio Tromp* (almirante holandés), por Metzu; *Mercado de pescado*, de Adriano van Ostade; *Pilatos lavándose las manos*, de Honthorst; obras de David de Heem, de Ommeganck, de Weenix, etc. Se establecieron también cambios: el museo Brera, de Milán, recibió en 1812 cinco cuadros de la escuela flamenca, y envió en su lugar á París los dos



Leónidas en el paso de las Termópilas. (Copia de un dibujo de David, existente en el Museo del Louvre.)

Bonvicino, el Carpaccio y el Beltraffio que se ven aún en el museo del Louvre.

No serán nunca bastante alabados, por su sentimiento artístico, libertad de espíritu é inteligencia, los hombres que administraban los museos en este tiempo, como igualmente los comisionados para escoger en las colecciones extranjeras las obras que debían ser entregadas á Francia. En una época en que dominaban las ideas neo-clásicas, era difícil encontrar el gusto amplio y correcto entre aquellos artistas y aficionados, que consideraban obras bárbaras todas las anteriores al siglo XVI y cuya admiración no pasaba de Rafael, no obstante fijarse

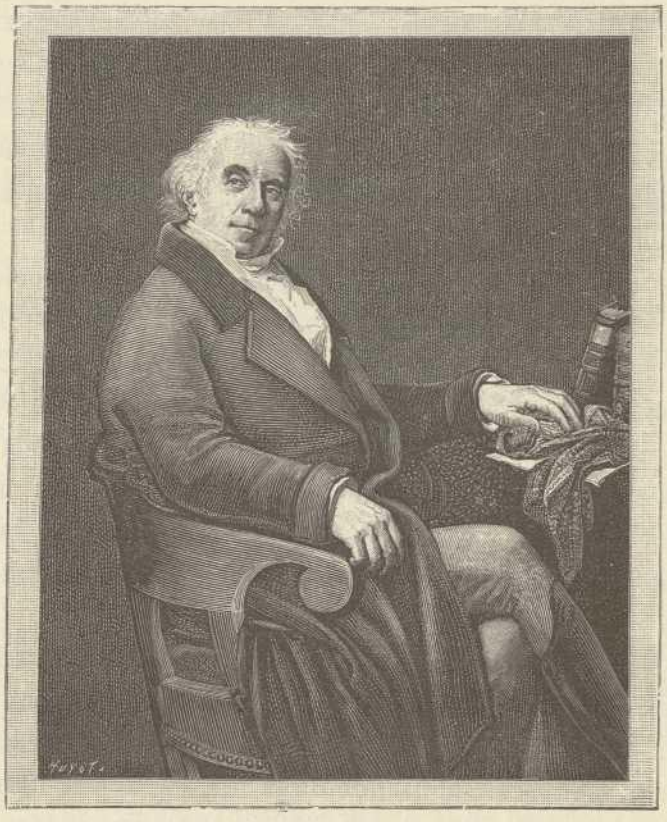
mucho en los Carracci (1). Gracias á esta ausencia de prejuicios, existen hoy en el Louvre un número bastante crecido de antiguos autores italianos, de inapreciable valor; gracias á aquella ilustración, enriquecióse también con numerosos cuadros holandeses, tenidos entonces en poca estima por la generalidad. Pero estos administradores tenían el gran mérito de no vacilar ante la modicidad del precio, y sabían adquirir una bellísima obra aun cuando no costase cara; así tenemos que el mejor cuadro de Pedro de Hooghe, del Louvre, que con seguridad valdrá hoy más de cien mil francos, costó solamente 1.350.

«París no era la sola ciudad que se aprovechó de nuestras conquistas artísticas. Desde el 6 de Frimario del año VII, Heurtant de Laneuville, en una sesión del Consejo de los Quinientos, había pedido, en nombre de las comisiones de Instrucción pública, la creación en las provincias de escuelas de pintura, escultura y arquitectura, así como el establecimiento de colecciones de objetos de arte cerca de estas escuelas. Este proyecto fué aplazado, reservándose el hacer la repartición á aquel que dotó á Francia de tantas riquezas. Durante los últimos años del Consulado, se fundaron veintidós museos departamentales, recibiendo, desde 1803 á 1805, numerosos lienzos, procedentes del antiguo despacho del rey, de las iglesias de París y de las conquistas. Más tarde, un decreto del Emperador, de 15 de Febrero de 1811, seguido de un acuerdo del ministro del Interior de 21 de Marzo siguiente, ordenó otra entrega de cuadros á seis ciudades del Imperio. He aquí la razón por qué salieron del Louvre novecientos cincuenta cuadros.» (VILLOT). La ciudad de Lyón recibió una de las más célebres *Vírgenes* del Perugino (2), y Caen, el *Desposorio de la*

(1) Con efecto, parece que David y sus contemporáneos, y aún sus sucesores hasta que Ingres deja sentir su influencia, habían más bien admirado que verdaderamente comprendido á Rafael y los grandes artistas de su tiempo. En el fondo, la mayoría les tienen por poco académicos, y prefieren de entre ellos á los Boloneses del siglo diez y siete. El viejo Hersent decía poco antes de su muerte á un admirador de sus amigos: «¡En confianza... Rafael... se hace pagar muy caro!» El mismo Schelling, que publicó en 1807 su *Discurso sobre las relaciones del arte con la Naturaleza*, no está muy lejos de considerar á Guido como el más grande de los pintores. Más tarde, los Carracci y su escuela han sido, y son todavía, objeto de una oposición muy injusta.

(2) La parte superior de este cuadro se encuentra, no se sabe por qué, en la iglesia de San Gervasio de París.

Virgen, del mismo autor; Rouen, una *Virgen rodeada de devotos*, obra del flamenco Gerardo David, que es uno de los más bellos cuadros de su museo. Los modernos departamentos originados por la conquista, no fueron olvidados, como lo demuestra el envío al museo de



Retrato de M. de Nanteuil-Lanorville. (Cuadro de Pagnest existente en el Museo del Louvre)

Maguncia, que todavía lo posee, de un *Descendimiento de la Cruz*, atribuído á Juan Cousin.

Las ciudades saqueadas podían lamentarse justamente de que se les tomase lo que constituía su honra para depositarlo en tierra extraña; pero hay que tener en cuenta que la mayoría de las obras maestras deben su conservación á haber sido trasladadas á Francia, porque era, por regla general, muy grande el descuido de los propietarios de estas preciosidades; particularmente se había dejado destruir por la polilla la *Virgen de Foligno*, de Rafael, y el *Martirio de San*

Pedro de Verona, del Tiziano (1). Estos tableros apenas contenían la pintura, pronta á descostrarse, cuando á fuerza de cuidado y de habilidad se consiguió transportarles sobre tela y asegurarles nueva vida; y no fueron los únicos salvados de este modo. El empleo de nuevo forro por Picault, que acababa de ser perfeccionado por Hacquin, procedimiento desconocido hasta entonces, fué generosamente dado al público y descrito hasta en sus menores detalles en la relación del 18 ventoso, año X (9 de Marzo de 1802) (2). A Denon (1747-1825), administrador de los museos, corresponde gran parte de la gloria de las medidas adoptadas, y que hemos indicado, revelando además que era un artista de talento.

Todas estas adquisiciones artísticas fueron reconocidas por el tratado de París, que arrebató á Francia tantos territorios. Ellas vinieron á ser testimonio permanente de sus hazañas, y Luis XVIII pudo decir, en el primer discurso que pronunció, en la memorable sesión de 4 de Junio de 1814, en la que fué promulgada la Carta: «La gloria del ejército francés no ha recibido ningún golpe; los monumentos de su valor subsisten, y las obras maestras en las artes nos pertenecerán en lo sucesivo por derecho más estable y más sagrado que el de la victoria.»

Otra suerte sufrieron pasados los Cien Días. El tratado de 1815, que garantizaba á Francia todas sus propiedades, públicas y privadas, aseguró la completa posesión de sus colecciones artísticas; pero cada nación quiso recuperar, abusando de la fuerza, lo que le había pertenecido. El rey, invocando la solemnidad de los tratados, rehusó entregar ningún objeto artístico que dependiese de su lista civil; M. de Richelieu formuló las más enérgicas protestas. Denon, director del Museo, amenazado con ser enviado á una fortaleza prusiana, resistió con no menor energía, haciendo constar en cada página de las actas extendidas ante los comisarios ó jueces extranjeros, que no cedía

(1) El *Martirio de San Pedro* ha desaparecido: pasaba por el cuadro más bello de su autor, y se quemó en Venecia, en la noche del 15 de Agosto de 1867, en el incendio de la capilla del Rosario, contigua á la iglesia de San Zanípolo (Giovanni y Paolo).

(2) La protección de Francia á las obras de arte se extendía á las de los pueblos anexionados. Los estudios de Rafael, abandonados y hasta entonces expuestos al aire y á la intemperie, fueron cerrados con vidrios en 1813.

más que á la violencia. Entre estos comisionados se encontraba el escultor Canova. Quejoso de la forma en que hablaba Denon, le dijo: «No es así como se trata á un embajador.—¡Embajador! entendámonos, habéis querido decir, sin duda, embalador (1).» El descuido que presidió en la exportación de obras tan preciosas, demuestra que los que las reivindicaban no eran siempre dignos de volverlas á poseer. ¿Se creerá, por ejemplo, que las palomillas ó virolas del cuadro del *Cordero,* de Van-Eyck, la obra monumental de la primera escuela flamenca, pudieron desaparecer antes de volver á Gante, y fueron más tarde vendidas al museo de Berlín, donde están actualmente?

Todo les fué arrebatado por entonces; el número de cuadros sería mucho mayor, ya que las colecciones actuales se deben al período de la Revolución y del Imperio. Algunas obras se salvaron por su alejamiento, tales como el *Desposorio de la Virgen,* del Perugino, en Caen, y los dos plafones del palacio ducal de Venecia, de Pablo Veronés, que se hallaban en Versalles, y que están hoy en el Louvre. Las *Bodas de Canaán* quedaron en Francia, á causa de las dificultades del transporte, y á cambio de una pintura de Lebrún representando la *Cena en casa de Simón el Fariseo;* de manera que, después de Venecia, en París es donde se puede juzgar mejor á este incomparable colorista. El cuadro del Perugino que existe en Lyón, fué cedido á su museo por el papa Pío VII al abandonar á Francia en 1814, como prueba de reconocimiento por la generosa acogida que tuvo en la ciudad. *La mujer hidrópica,* de Gérard Dow, de la galería de Turín, que el ayudante general (después mariscal de campo) Clausel había recibido del rey de Cerdeña como recuerdo de la delicadeza y de la lealtad que había demostrado en sus relaciones con él, lo regaló á la nación. Consérvanse también 68 cuadros de la antigua colección del Stathouder; algunos Guercino arrebatados á las iglesias de Cento; *Cristo entre los ladrones* y *La Virgen de la Victoria,* de Mantegna; la *Aparición de la Virgen á Santa Catalina y á San Lucas* (procedente de la catedral de Reggio); *Jesús muerto en el regazo de la Virgen,* de Aníbal Carracci.

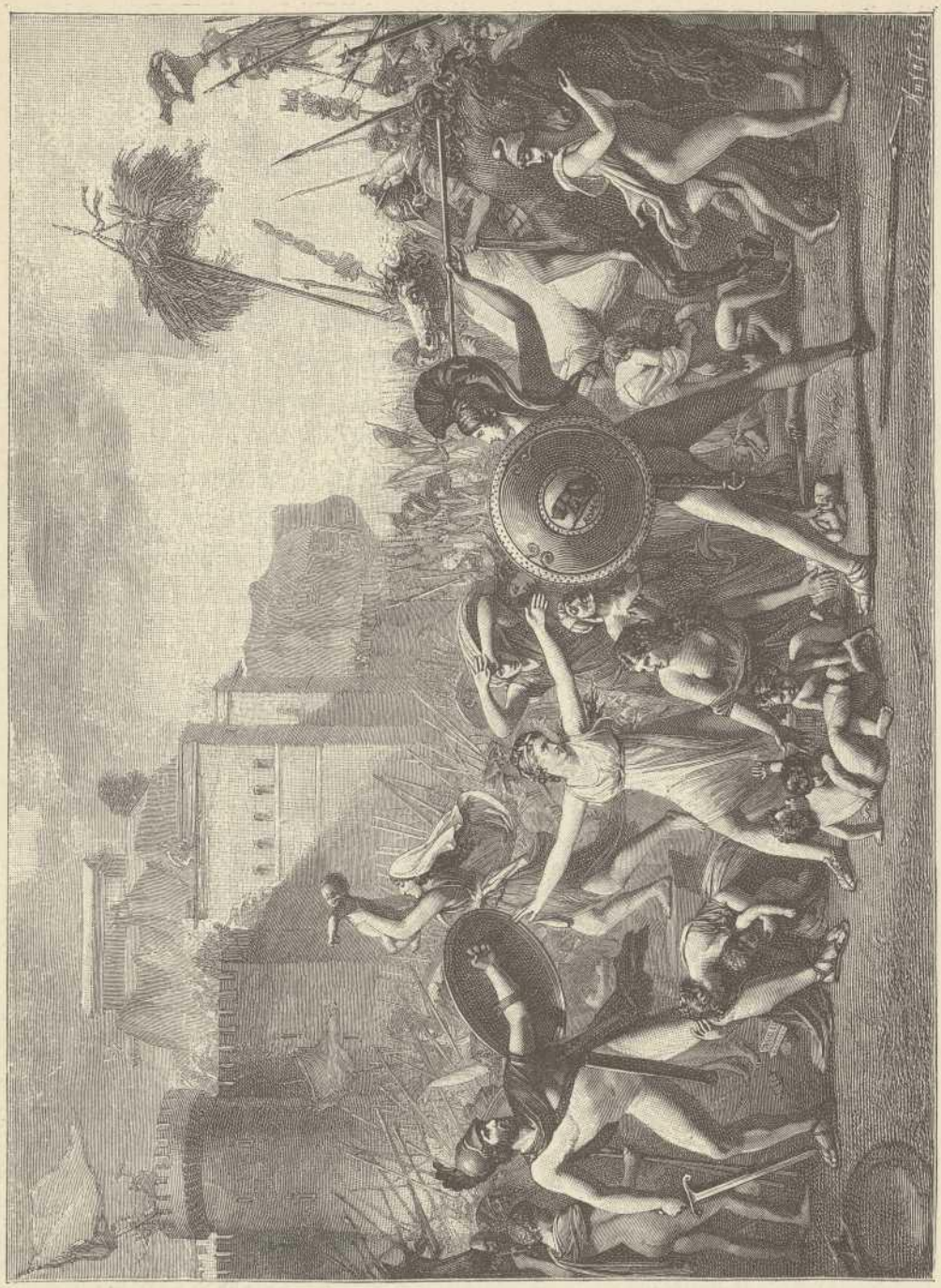
(1) Es curiosa la comparación de la *Messenienne*, de C. Delavigne, sobre el despojo del Museo, con la *Épître à Vien*, de Ducis.

La energía é inteligencia de M. Lavallée, secretario general de los museos, decidió á los comisionados del gran duque de Toscana á no reclamar veinte cuadros preciosos del siglo XV y de épocas anteriores. Haciendo justicia M. Lavallée á la lealtad de los florentinos, hizo notar que la ciudad de Florencia poseía ya cuadros de antiguos pintores, superiores, ó por lo menos iguales, en mérito á los que se reclamaban (1).

PINTURA. — LAS ESCUELAS; LAS EXPOSICIONES, LOS PREMIOS DECENALES; LOS PRINCIPALES ARTISTAS. — Los artistas franceses eran dignos de tener semejantes modelos, y pocas épocas de la historia del arte cuentan con tan gran número de hombres de talento. Los pintores de la antigua escuela, los dos LAGRENNÈE, FRANCISCO (1724-1805) (2) y su hermano JUAN SANTIAGO (1740-1827), FRAGONARD (1732-1806), GREUZE (1725-1805), asistieron al debut del Imperio; pero habían perdido la brújula. Los preceptos más severos que VIEN (1716-1809) procuró que prevaleciesen, triunfaron con David, su discípulo predilecto, y su fama se reflejó en su viejo maestro, pasando á ser miembro del Senado desde 1799, más tarde comendador de la Legión de honor y conde del Imperio. La escuela de David reinó entonces en todo su explendor; su rival, la escuela de Regnault, se inspiró en las

(1) Las principales obras conservadas de este modo son: Cimabue, *La Virgen y los Angeles*; Giotto, *San Francisco de Asís;* Tadeo Gaddi, *El Calvario;* Giovanni da Fiesole, *Coronación de la Virgen;* Gentile da Fabriano, *La presentación en el Templo;* Filippo Lippi, *La Natividad de N.-S.-J.-C.* y *La Virgen y el niño Jesús adorados por dos santos sacerdotes;* Benozzo Gozzoli, *El triunfo de Santo Tomás de Aquino;* Pesellino, *San Francisco de Asís* con *San Cosme y San Damián;* Cosimo Roselli, *Virgen gloriosa,* que M. Gruyer atribuye más bien á la escuela de Verrochio; Sandro Botticelli, *El Magníficat* (cántico religioso); Lorenzo di Credi, *La Virgen y el niño Jesús adorados por San Julián y San Nicolás;* Mariotto Albertinelli, *San Jerónimo y San Zenobio adorando al niño Jesús en los brazos de la Virgen;* Rafaellino del Garbo, *La coronación de la Virgen;* Domenico Ghirlandajo, *La visitación;* Rodolfo Ghirlandajo, *La coronación de la Virgen;* Benedetto Ghirlandajo, *Jesús camino del Calvario.* Basta esta lista para mostrarnos el reconocimiento debido á M. Lavallée (véanse las *Notas* de M. Eudoxe Marcille sobre Lavallée y el Salón de los cuadros de M. Gruyer). Los apuntes de Leonardo de Vinci, traídos muchos de ellos de Milán, 1796, fueron sólo devueltos en parte en 1815. El manuscrito del proceso de Galileo no se devolvió á la Santa-Sede, á pesar de sus varias reclamaciones, hasta que fué ministro Guizot en 1846 ó 1847, con ocasión de las dificultades que se presentaron por causa de los Jesuitas.

(2) F. Lagrennée, llamado el Albani francés, fué caballero de la Legión de honor en 1804.



El rapto de las sabinas. (Cuadro de David, existente en el Museo del Louvre.)

mismas doctrinas. El gusto público se inclinó de este lado; fué ésta una supremacia, voluntariamente aceptada, y que no tenía nada de tiránica. Por otra parte, en el momento mismo en que Boucher triunfaba, la permanencia de la Escuela francesa en Roma mantenía siempre en cierto modo el gusto de la pintura formal.

Sea cualquiera el juicio que merezca la obra de JACOBO LUIS DAVID (1748-1825), tuvo el mérito de devolver á la pintura francesa tres cualidades que parecía haber perdido: el sentimiento del estilo elevado, la seguridad en la ejecución y el estudio acabado de las formas. Si, por odio á esto mismo, cae poco después en la sequedad; si la investigación, alguna vez artificial, de la sublimidad le conduce á descuidar los asuntos modernos y hace con frecuencia de sus cuadros bajos relieves y de sus personajes estatuas pintadas, no deja por eso de prestar servicios á su escuela, desconocidos en parte actualmente (1).

---

(1) Santiago Luis David nació en París el 31 de Agosto de 1748 y murió en Bruselas el 29 de Diciembre de 1825. Habiendo dado felices pruebas de sus disposiciones para la pintura, su madre se decidió á llevarle á casa de Boucher, que era pariente lejano, el cual, siendo ya viejo, no quiso encargarse de su educación pictórica, y le aconsejó que tomase por maestro á Vien. Dos años después de su admisión en el taller de éste, en 1771, concurrió al premio de Roma. El asunto era el «Combate de Minerva contra Marte y Venus.» La Academia le concedió el primer premio; pero Vien, picado de que su discípulo hubiera llegado á tanta altura sin él advertirlo, hizo reformar el fallo, y no tuvo más que el segundo premio. En 1772 concurrió por segunda vez, siendo el asunto «Los hijos de Niobe asaetados por Diana y Apolo.» No habiendo logrado más que una mención honorífica, se abatió de tal modo, que, según se dice, sin la intervención amistosa de Sedaine y de Doyen, se hubiese dejado morir de hambre. En 1773 tomó parte en otro concurso, cuyo asunto era «La muerte de Séneca,» sufriendo otra decepción. Por fin, al año siguiente, concurrió de nuevo, presentando los «Amores de Antíoco y Stratónice,» y obteniendo el apetecido premio, objeto de tantos trabajos y desvelos.

En 1775, á los 27 años de edad, partió para Roma con su maestro Vien, que había sido nombrado director de aquella Escuela. El estudio de la antigüedad le absorbió por completo, y hasta su salida de Italia en 1780 dibujó mucho más que pintó; habiéndole dado gran reputación los pocos cuadros que en esta época produjo, siendo el principal *La peste de San Roque*, expuesto en Roma en 1779.

De regreso á París, fué agregado á la Academia Real con motivo de su cuadro *Belisario pidiendo limosna*, y fué recibido Académico en 23 de Agosto de 1783 por su lienzo *La muerte de Héctor*. Al estallar la revolución mezclóse en su movimiento, abandonando el arte que tan felizmente cultivaba; ingresó en el partido de Robespierre, tomando parte activa en la política, y siendo encarcelado en el Luxemburgo el 15 de Thermidor (2 de Agosto), donde permaneció cuatro meses. El 9 Pradial del año III (28 de Mayo) fué detenido de nuevo y llevado al Luxemburgo, estando allí tres meses. Puesto en libertad el 4 de Brumario, año IV (26 de Octubre de 1795), renunció á la política y volvió á coger los pinceles para no dejarlos ya. El Directorio, al crear el Instituto, nombró de cada clase dos miembros encargados de elegir los cuatro restantes. David y van Spendonck, designados por la sección de Bellas Artes, fueron los encargados de cumplir esta delicada

Las mejores obras de Géricault y del mismo Delacroix serían de difícil comprensión, saliéndose de Boucher, si la pintura francesa no hubiera seguido los severos preceptos de David. Tengamos en cuenta que Pablo Veronés pasó parte de su juventud copiando láminas de Alberto Durero y de Lucas de Leyde, y no olvidemos, por otra parte, que no delante de lo antiguo, sino ante la gracia soberana del Correggio, en Parma, fué donde David, como iluminado, comprendió todo lo que tenían de falso las amaneradas gracias de Boucher, y resolvió someter al arte á un método más severo y más digno de su importancia. David decía á menudo: «Seamos verídicos antes que todo, después bellos.» Esto es, en síntesis, el maestro que se ha querido presentar, á continuación de vulgares imitadores, como el corifeo de la convención académica; él es quien ha conducido á los pintores de su país al estudio de la Naturaleza y á la simplicidad. No se atrevió á «separar una pierna con gracia,» limitándose á «lo antiguo á secas,» sin acompañarlo de «salsa» (1).

El vivo sentimiento de la Naturaleza se halla casi siempre en los cuadros de David, cuando, no teniendo que preocuparse del asunto, se concretaba á copiar é interpretar un modelo, siendo uno de los mejores retratistas.

Sin examinar detenidamente lo que perdió y lo que ganó la pintura francesa con la reforma de David, se puede asegurar que en muchos puntos el movimiento «clásico,» que se personifica sobre todo en el autor de las *Sabinas,* se parece al movimiento romántico que más tarde le combatió con tanta animosidad: David quiso introducir en la pintura más pasión, más carácter individual, más expresión, más energía en el gesto. No se ocupó tanto como sus predecesores del equilibrio de las actitudes y de los grupos, ó, por lo menos, hizo por

misión. Por esta época conoció al general Bonaparte, que vino á ser su colega en el Instituto. Durante la Restauración, y con motivo de la ley del 16 de Enero de 1816, tuvo que dejar á Francia, y no autorizándosele para establecerse en Roma, fijó su residencia en Bruselas.—*(N. del T.)*

(1) Decía Boucher á su sobrino David, cuando obtuvo el premio de la Academia: «Tú vas á Roma á estudiar los modelos de la antigüedad; pero á tu regreso te enseñaré á separar una pierna con gracia.» David refiere que en los estudios de su época, cuando se copiaba con tanta exactitud un modelo antiguo, no se consideraba el trabajo acabado, pues faltaba hacer resaltar sus músculos, marcar las cejas, etc.; en una palabra, darle *expresión.*

ellos menos sacrificios. Al lado de las obras de Fragonard y de Greuze, los cuadros de la nueva escuela forman un contraste análogo al que nos produce la comparación de un cuadro de Guérin ó de Girodet con un lienzo de Delacroix, si bien podríamos decir que en cierto



Oficial de cazadores de la guardia imperial atacando al enemigo (Cuadro de Géricault, en el Museo del Louvre).

modo este contraste es más visible. En la reforma de David, como en el movimiento romántico, existen tendencias que nada tienen que ver con la pintura, entre ellas la preocupación literaria y la erudición. Los contemporáneos de David intentan hacer la pintura *elocuente*, como los románticos procuraron hacerla *lírica:* unos se dirigen á la antigüedad, los otros á la Edad media; pero unos y otros conceden demasiado valor, en su respectiva esfera, al color local.

Por otra parte, se pueden justificar, en la escuela de comienzos del siglo, reminiscencias de los principios de la antigua academia ó pintura al desnudo, no obstante la poderosa influencia de David. Sin embargo, no se puede negar que se verificó una revolución en el arte, cualesquiera que sean las transiciones que unen á la escuela imperial con el pasado ó con el porvenir.

Para hacerse cargo de la transformación que sufrió durante algunos años la escuela francesa, bastará comparar el cuadro que valió á David el segundo premio de pintura en el concurso de la Academia con los premios de Roma, otorgados á sus discípulos ó contemporáneos, á partir de los doce últimos años del siglo diez y ocho (1).

Constituído el imperio, Napoleón, que había nombrado senador al pintor Vien, maestro de David, queriendo llevarse á Egipto á este último, nombró al autor de *El rapto de las Sabinas* pintor de cámara y le ofreció los cargos de senador y consejero de Estado, que rehusó el artista. Encargó á David cuatro grandes cuadros: la *Coronación* y la *Distribución de las águilas*, que están en Versalles, y la *Entrada de Napoleón en las Casas Consistoriales* y su *Consagración en la iglesia de Nôtre Dame*, que no llegaron á ejecutarse.

No era la primera vez que Bonaparte había sido retratado por David; á su vuelta de la primera campaña de Italia, comiendo un día con el citado artista, entablóse el siguiente diálogo: «Os pintaré espada en mano sobre el campo de batalla, dijo David.—No, contestó Napoleón, no es la espada la que decide las batallas; pintadme sereno sobre un caballo fogoso.» Este cuadro, en realidad alegórico, fué ejecutado más tarde, y con escaso acierto llamado *Bonaparte en el monte San Bernardo*. Fué una de sus más populares obras, pero no de las mejores.

La *Coronación* es una de sus obras maestras. Napoleón fué á ver el cuadro, seguido de numeroso cortejo; lo examinó algún tiempo en silencio, y dijo: «¡Qué bello, qué grande! La Emperatriz está muy bien, su actitud es á la vez sencilla y llena de nobleza; esto revela la

(1) Véanse Müntz, *Gazette des Beaux-Arts*, Marzo de 1892.—E. Guillaume, *Un Directeur de l'Académie de France á Rome: Jean Alaux (Revue des Deux-Mondes*, 15 de Septiembre de 1890).

grandeza de momento tan solemne.» Después, dando dos pasos atrás: «Señor David, añadió descubriéndose, os saludo. — Soberano señor, — respondió David, visiblemente conmovido, — acepto, en nombre de los artistas franceses, el tributo de admiración que habéis rendido á las artes en mi persona.» La Emperatriz Josefina tenía motivos para



Coracero herido retirándose del combate (Cuadro de Géricault, en el Museo del Louvre).

felicitarse del modo como David la había representado. Al reprochársele, y con razón, al artista de haberla pintado muy joven: «Id y decídselo á ella,» contestó. La figura que llama en primer término la atención es la que representa á Bonaparte, ostentando una reposada majestad; pero la que merece más admiración, siendo una de las más bellas inspiraciones de la escuela francesa, es la del Papa, que asiste al acto como simple espectador. No obstante, David se vió obligado, ante una observación del Emperador, á modificar de una manera des-

dichada la primitiva figura. En el boceto, como Napoleón, que acababa de coronarse á sí mismo, coronaba á Josefina, había pensado David que la actitud que convenía mejor á Pío VII, que nada tenía que hacer en la ceremonia, era tener las manos sobre sus rodillas. «¿A qué, pues, habrá venido?» dijo Napoleón con cierta sorna. En la ejecución definitiva, el Papa levanta el brazo en actitud de bendecir, habiendo tenido cuidado David en dar á su ademán la menor importancia posible. Durante su estancia en París, el papa Pío VII quiso visitar el estudio del pintor para ser retratado. Contó más tarde, con una ingenuidad encantadora, que al principio de esta entrevista con el antiguo regicida no estuvo muy tranquilo. «Me encerró bajo llave con él; tuve miedo: había matado á su rey. ¿Qué habría hecho de un pobre monje de papel mascado *(di canavaccio)* como yo?»

La última obra que David ejecutó en Francia fué el rey *Leónidas,* que recordaba sin afectación los heroicos é inútiles esfuerzos de la campaña en 1814. David consideraba la cabeza de Leónidas como una de sus más felices inspiraciones. Después de 1815, en su destierro de Bruselas, contribuyó al despertar de la escuela belga, aunque esta escuela marchó bien pronto por senda muy distinta de la que le señalaba el pintor francés. Que la influencia de David haya sido buena ó mala, siempre quedará un jefe de escuela, y sus discípulos bastarán para salvar su nombre del olvido: Girodet, Fabre (1766-1837), Paillot de Montabert (1771-1841), Wicar (1762-1834), Jerôme, Martín Langlois (1788-1854), Gros, Gérard, Isabey, Ingres, Hennequin, Leopoldo Robert, Granet, Rouget (1784-1869), Schnetz, Delescluze (1781-1863), Miguel Drolling (1786-1851), Dubois, Dubufe (1785-1864) y el lyonés Revoil (1776-1842), sin hablar de Germán Drouais (1763 1788), Cochereau (1793-1817) y Pagnest (1790-1819), fallecidos en edad demasiado temprana para haber podido dar la medida de su talento.

La escuela de Regnault, no obstante los esfuerzos de sus discípulos Guérin, Roberto Lefevre, Boisselier (1776-1811) y Blondel (1781-1853), y todavía menos la de Vincent (1746-1816), á pesar de Thevenin, Meynier (1768-1832) y Picot, no podían ser rivales serias de la de David. Pero al principio del Imperio, un discípulo de Regnault, Guérin, inauguró un taller del que había de salir la ma-

yoría de los pintores célebres de la siguiente generación. En 1799, y á una edad en que apenas se comienza á pintar, obtuvo un éxito extraordinario su cuadro *Regreso de Marcus Sextus*, en el cual no fué ajena la política (1). A su taller, floreciente ya en 1808, concurrían GÉRICAULT, León COGNIET, CHAMPMARTÍN, Eugenio DELACROIX, DEDREUX, DORCY, el paisajista Pablo HUET, Enrique DUPONT, ARY SCHEFFER (1795-1858) y su hermano Enrique SCHEFFER. Los talleres de GROS, con Pablo DELAROCHE, y los de Antonio Carlos Horacio VERNET, llamado Carlos (1758-1836), con Horacio VERNET (1789-1863), su hijo, estaban igualmente concurridos.

Por aquel tiempo, VALENCIENNES (1750-1819), con C. BOURGEOIS, introducía en la pintura de paisaje una reforma análoga á la de David, pero con menos acierto. Mientras engrandecía este género de pintura, que el gusto dominante del clasicismo hubiese hecho abandonar, formó muchos alumnos, entre ellos Francisco Víctor BERTIN (1775-1842). Del taller de éste último salieron MICHALLON (1796-1822), COROT, y gran plantel de artistas que renovaron la pintura de paisaje en Francia, de modo distinto al de Valenciennes y aun del mismo Bertin. Así, no sólo tuvo Francia artistas eminentes, sino que prometía otros tan dignos para el porvenir.

Podrían considerarse como las tres grandes épocas del período de la historia de las bellas artes que estudiamos, la Exposición de 1785, en que apareció *El juramento de los Horacios*, de David; la de 1808, en que el arte imperial brilló con todo su esplendor, y la de 1819 con *La balsa de La Medusa* (fragata que naufragó), de Géricault, que indica un arte nuevo; pero no pudiendo ocuparnos aquí de este asunto con la extensión que requiere, bastará la enumeración de las principales obras de la Exposición de 1808 para dar una alta idea de la escuela francesa á principios del siglo.

(1) Representa un proscrito, de nombre imaginario, escapado de las proscripciones de Sila, «que encuentra á su vuelta á su hija llorando cerca de su esposa muerta.» Vióse en esto una alusión al regreso de los emigrados. Al proclamarse la amnistía, Guérin obtuvo la cruz de la Legión de honor, siendo aún alumno y en una época en que esta distinción se otorgaba muy poco á los artistas. Este cuadro debía representar en un principio la vuelta de Belisario, porque la novela de Marmontel puso de moda al general de Justiniano y las desgracias de Belisario llegaron á ser verdadero motivo para las artes.

Descuellan: David, *Coronación de Napoleón; El rapto de las Sabinas.*—Gros: *Campo de batalla de Eylau; retrato del general Lasalle* y *del pianista Zimmermann; retrato ecuestre del Rey de Westphalia.* —Prud'hon: *La Justicia y la Venganza divinas persiguiendo al Crimen; Psiquis arrebatada por los Céfiros;* un *retrato.* —Guérin: *Napoleón perdonando á los sublevados del Cairo; Amyntas.* —Gérard: *Austerlitz; Las tres Edades;* once *retratos; La Emperatriz; La reina de Holanda; La reina de Nápoles y sus cuatro hijos; La condesa Zamoïsca y sus hijos; El príncipe de Benevento; El conde Regnault de Saint-Jean d'Angely; El príncipe Guillermo de Prusia; El general Sebastiani; Corvisart; Ducis; Canova.* —Meynier: *Los soldados del regimiento 76.° recuperando sus banderas en Inspruck.* —Gautherot: *Napoleón arengando á los soldados.* —Debret: *Napoleón saludando á los heridos enemigos.* —Peyron: *Muerte del general Walhubert.* —Ingres: *Edipo y la Esfinge.* —Carlos Vernet: *Napoleón dando órdenes antes de la batalla de Austerlitz; dos escenas de caza; una carrera* (de caballos). —Delescluze: *La muerte de Astyanax* (hijo de Héctor y de Andrómaca). —Paillot de Montabert: *Genoveva de Brabante.*— Roberto Lefevre: quince *retratos.* —Kinson: varios *retratos* oficiales. —Lejeune: *Una guardia nocturna antes de la batalla de Austerlitz.* —Taunay (el mayor): *Entrada de los franceses en Munich; Cimabue y Giotto,* etc.—Obras diversas de Schnetz, Swebach y Callet. —Cuadros de género de Martín Drolling. —Boilly: *Lectura del Boletín del Gran-Ejército; Partida de billar,* etc.—*Flores,* de Van Daël y de Van Spaendonck. —Moreau (el joven) envió *sesenta y ocho dibujos para el Molière, Gresset, Ovidio, el Werther de Gœthe,* etc. —Bertin obtuvo medalla de oro por sus *Paisajes,* que no valían lo que los nueve *Paisajes* y *animales* que había expuesto Demarne. —Granet remitió tres vistas de Roma. Sobresale también una *Santa María egipciaca,* del *difunto* Greuze. La mayoría de las obras importantes de la Exposición de 1808, en la que fueron condecorados Gros y Prud'hon, fueron admitidas al concurso decenal.

Dióse exclusivamente el nombre de *cuadros de historia* á los asuntos tomados de la antigüedad, sagrada ó profana; tanta era entonces la preocupación de lo antiguo. Dignáronse también admitir los asuntos modernos, pero se les hacía concurrir aparte, reuniéndolos

con este título: *Cuadros que representan un asunto honroso por su carácter nacional.* Los hechos tomados de la historia de Francia se aceptaban solamente como si fuese necesario que el sentimiento patriótico viniera á realzar una clase de pintura inferior por sí misma. En cuanto al género y al paisaje, no se hablaba de ellos. Felizmente los hechos contemporáneos no dejaban de ofrecer bellos asuntos á los



Soldado de cazadores. (Cuadro de Géricault existente en el Museo del Louvre)

artistas, y Napoleón tuvo en las artes de su tiempo una influencia superior sólo por las inspiraciones que les infundía. La misma influencia tuvo sobre la literatura, pero más tarde, cuando ya no existía para tiranizarla. He aquí la lista de los cuadros que concurrieron al premio decenal:

CUADROS DE HISTORIA: *El rapto de las Sabinas*, de David.—*La familia de Príamo*, de Garnier. — *Las tres Edades*, de Gérard. — *El Diluvio* y *Atala*, de Girodet. — *Marcus Sextus* y *Fedra é Hipólito*, de Guérin. — *Los remordimientos de Orestes*, de Hennequin. — *Telémaco en la isla de Calipso*, de Meynier.—*La*

Justicia y la Venganza divinas persiguiendo al Crimen, de Prud'hon. — *Dos plafones alegóricos en el Louvre*, por Barthelemy.

CUADROS QUE REPRESENTABAN UN ASUNTO HONROSO POR SU CARÁCTER NACIONAL: *Coronación de Napoleón*, de David.—*El Emperador saludando á los heridos enemigos*, de Debret.—*Alocución del Emperador á sus tropas* (12 de Octubre de 1805), de Gautherot.—*El Emperador recibiendo las llaves de Viena*, de Girodet.—*Jaffa, Eylau, Abukir*, de Gros.—*Los soldados del regimiento 76.° recuperando sus banderas en Inspruck*, de Meynier.—*Sublevación del Cairo*, de Guérin.—*Paso del monte de San Bernardo*, de Thévenin.—*La mañana de la batalla de Austerlitz*, de Carlos Vernet.

En la primera sección el premio se concedió á Girodet y á David mención honorífica; en la segunda se otorgó el premio á David.

Dos años después de este concurso, en que triunfó lo clásico, la muchedumbre se detenía, en el Salón de 1812, con más asombro que admiración, ante el cuadro *Oficial de guías atacando* (á caballo), que era la primera manifestación del talento de un pintor de veinte años, Teodoro GÉRICAULT (1791-1824) (1). — «¿De dónde sale eso? — dijo David. — No conozco ese toque.» — Tenía razón en no conocerlo. No es de creer, sin embargo, que el talento de Géricault hubiese sido tan desconocido como han supuesto algunos críticos. David, Gros y Gérard apreciaron todo el valor de este lienzo, y si la obra fué objeto, por parte de otros artistas, de muchas objeciones, el jurado de la Exposición, compuesto entonces de maestros de la Escuela oficial, más inteligente y justo que el público, le concedió medalla de oro (2).

(1) Nació en Rouen en 1791 y pasó á París en 1806, entrando en 1808 en el estudio de Carlos Vernet, donde estuvo poco tiempo, pasando al de Guérin. Allí contó entre sus condiscípulos á *Cogniet*, *Champmartin*, *Delacroix*, *Henriquel-Dupont* y *Scheffer*. Su maestro, lejos de animarle, le aconsejaba que dejase la pintura, como lo hizo, ingresando en el cuerpo de mosqueteros, saliendo después con sus compañeros de armas que fueron licenciados. En 1817 visitó Roma y Florencia; á su regreso en Francia pintó una escena del naufragio de la fragata *Medusa*, ya citada, y tuvo poco éxito, siendo más comprendido en Inglaterra, á donde fué, perfeccionándose en el estudio de los caballos, al que tenía mucha afición. Concurrió á las Exposiciones de 1812, 1814, 1819 y 1824. El cuadro arriba indicado fué expuesto en la primera con el siguiente título: *Retrato ecuestre de M. Dieudonné, teniente de guías del Emperador*. Lo hizo en doce días y obtuvo gran éxito, ganando medalla de oro, y volviendo á presentarlo en la de 1814, en donde lo adquirió el duque de Orleáns. Más tarde fué comprado por el Museo, en 1851, por 23.400 francos. —*(N. del T.)*

(2) En el mismo Salón ó Exposición de 1812 apareció por vez primera ARY SCHEFFER *(Abel y Thirza cantando las alabanzas del Señor)*; STEUBEN (1791-1854) presentó su *Pedro*

Dos años después exponía su *Coracero herido alejándose del combate,* admirable compañero *(pendant)* del anterior, pero de una expresión bien distinta de la del brillante *Oficial de guías* de 1812. Por entonces pintó también la expresiva figura del *Soldado de cazadores,* como se ve en nuestro grabado. Géricault no figuró, sin embargo, entre los maestros de la escuela francesa hasta después de la caída de Napo-



Primer proyecto del cuadro "La Justicia y la Venganza divinas persiguiendo al Crimen,
(Dibujo de Prud'hon, en el Museo del Louvre

león. Los tres grandes nombres de la pintura en Francia eran entonces David, Gros y Prud'hon (1).

---

el Grande en el lago Ladoga; Heim (1787-1865), que tuvo un éxito cuando el premio de Roma (1807), su *Llegada de Jacob á la Mesopotamia;* Paillot de Montabert (1783-1862), retratos pintados en cera; Caminade, seis retratos; y Horacio Vernet, ya conocido desde 1810 por su *Toma del campo atrincherado de Glatz,* ganó medalla de primera clase por su retrato ecuestre de Jerónimo Bonaparte y otros cuadros. Dedreux-Dorcy (1789-1873), *Bayaceto y el Pastor* (Museo de Burdeos). Sobresalen, en primer término, *Bruto condenando á sus hijos,* de Lethiere, cuyo esbozo figuró en la Exposición de 1808, y las primeras obras del notable paisajista Aquiles Etna Michallon, que obtuvo medalla de oro de segunda clase.

(1) Salvo raras excepciones, sólo citaremos las obras ejecutadas desde 1799 á 1814.

Gros (1771-1835) ha sido el Homero de la epopeya imperial (1). Eugenio Delacroix le compara con el poeta griego, por sus cuadros de la vida, tan admirables en su crudeza y sencillez; vense en la *Batalla de Eylau* el fusil torcido del que penden carámbanos ensangrentados, las piernas del caballo del Emperador, humedecidas por la derretida nieve; en *Los apestados de Jaffa*, detalles extraordinariamente trágicos; en la *Carga de caballería en la batalla de Abukir*, al

(1) Antonio Juan, barón de Gros, nació en París el 16 de Marzo de 1771 y falleció el 26 de Junio de 1835. Era hijo del miniaturista del mismo nombre y demostró desde su infancia grandes disposiciones para el dibujo. En 1785 ingresó en el estudio de David y en 1792 concurrió al premio de Roma, siendo preferido á Landon. Muerto su padre al principio de la Revolución sin dejarle fortuna, vióse precisado á interrumpir sus estudios dedicándose á dar lecciones y á hacer retratos. En 1793 resolvió visitar Italia, y contando con la protección de David y de Regnault consiguió un pasaporte, recorrió Génova y Florencia, volviendo á Génova, donde pudo admirar los cuadros de Rubens, Van-Dyck, Puget, y donde conoció en 1796 á la esposa de Bonaparte, que le llevó consigo á Milán, presentándole á su marido el general en jefe de aquel cuerpo de ejército. No había hecho hasta entonces más que retratos al oleo y pinturas sin importancia, cuando la batalla de Arcola, ganada en 15 de Noviembre de 1796, le proporcionó el asunto que, tratado con la perfección que lo hizo, dió idea de lo que sería más adelante. Este cuadro le procuró la amistad del general, quien hizo grabar el lienzo por el milanés Longhi y regaló la plancha al joven artista, nombrándole también inspector de revistas, cargo que le unía al cuartel general. En Nivoso del año V (1797) fué designado para formar parte de la comisión encargada de la adquisición de objetos de arte que debían enriquecer la galería del Louvre, yendo para ello á Perusa, Módena y Bolonia, desempeñando á conciencia su misión; llegó á Roma el 5 de Germinal del año V (25 de Marzo de 1797), después de varias vicisitudes en que estuvo á punto de perecer. En 1801, después de nueve años de ausencia, volvió á París, á los treinta años de edad. El Consulado promulgó un decreto por el que se ordenaba la ejecución de un cuadro que representase el combate de Nazareth, en el que Junot con 500 hombres luchó con un ejército de 6.000 turcos y árabes, proporcionándole ocasión de tratar uno de esos asuntos de historia contemporánea, en los que demostró siempre gran superioridad; en el concurso de 1801 se llevó el premio su diseño, pero el cuadro, que había de medir 47 pies, no llegó á realizarse; en 1804 ejecutó *Los apestados de Jaffa;* en 1806, la *Carga de la caballería de Murat en la batalla de Abukir;* en 1808, la *Batalla de Eylau;* en 1810, la *Batalla de las Pirámides;* en 1812, *Francisco I y Carlos V visitando los sepulcros de la iglesia de San Dionisio,* y algunos retratos. M. de Montalibet, ministro de Napoleón, le encargó entonces la ejecución de las pinturas de la cúpula de la iglesia de Santa Genoveva, obra que no pudo terminarse hasta 1824 por varios acontecimientos que la interrumpieron, valiéndole el título de barón. A consecuencia del destierro de David, quedó encargado de su escuela; en 1816 fué nombrado sucesivamente miembro del Instituto, consejero honorario de los Museos reales y profesor de la Escuela de Bellas Artes; en 1819 recibió el cordón de caballero de la orden de San Miguel, y en 1828, la cruz de oficial de la Legión de honor. Sin embargo, no había de concluir sus días con tranquilidad: el retrato de Carlos X, expuesto en 1827, y los plafones del Museo fundado por este monarca, expuestos en 1835, especialmente Hércules y Diomedes, fueron criticados tan acerbamente, que, considerándose deshonrado para el resto de sus días, fué á buscar la muerte en un pequeño brazo del Sena, al pie de la colina de Meudón. Pocas escuelas se han visto tan concurridas como la de Gros; desde 1816 á 1835 formó más de cuatrocientos discípulos.—*(N. del T.)*

incomparable caballo de Murat, que reune todas las perfecciones de la pintura. En Gros, el sentimiento más vivo de la realidad no perjudica la grandeza del cuadro. No tiene necesidad del prestigio de la alegoría, como Rubens en la galería de Médicis. «Veía siempre á sus héroes á través de su entusiasmo; la grandeza de su acción los engrandece suficientemente, y de estos hombres ha hecho semi-



Dos amorcillos (Prud'hon)

dioses.» El nombre de Gros es inseparable del de Napoleón: aquél nos muestra al joven general vencedor en Arcola, viva imagen del heroísmo; al conquistador de Egipto, representado entre los apestados de Jaffa, pareciendo llevar ya en la frente el sello del poderío que había de tener más tarde; y al Emperador, que, á pesar del Estado Mayor que le acompañaba, atrae hacia sí todas las miradas en el campo de batalla de Eylau (1), en que los muertos y heridos están

(1) El cuadro de la batalla de Eylau fué encargado á Gros á consecuencia de un concurso cuyo programa fué redactado por Denon y en el que tomaron parte veinticinco pintores. Meynier obtuvo el primer accésit y Thévenin el segundo. El Emperador envió á Gros, para reproducirlos, el capote y el sombrero que llevaba el día de la batalla.

medio cubiertos por la nieve. Gros debía pintar también su apoteosis, colocándole en la inmensa composición con que debía decorar la cúpula del Panteón. Apenas comenzado el trabajo, cayó el Imperio y la composición fué modificada, con gran detrimento de la obra, y la figura de Luis XVIII reemplazó á la de Napoleón.

PRUD'HON (1758-1823), tan diferente del anterior, merece ocupar en esta escuela un lugar no menos elevado (1). Tiene, ante todo, una

(1) Pedro Prud'hon nació en Cluny, lugar enclavado en el departamento del Saona y Loira, que comprende la parte meridional de Borgoña, teniendo por capital á Macón, el 4 de Abril de 1758 y falleció en París el 16 de Febrero de 1823.— Muchos biógrafos dan á Prud'hon equivocadamente como fecha de nacimiento el año 1760, siendo así que la partida de nacimiento le señala el de 1758. Tuvo doce hermanos, siendo el menor de todos, y quedando huérfano poco tiempo después de su nacimiento, fué educado por los monjes de la abadía, que se compadecieron de su desgracia; demostró desde su infancia gran aptitud para el dibujo, afición que le dispertó la contemplación de los cuadros del monasterio y le valió la protección de M. Moreau, obispo de Macón. Este prelado le envió á M. Desvosgues, director de la escuela de pintura de Dijón, cuando apenas contaba diez y seis años de edad; hizo grandes progresos, y probablemente su vida hubiese transcurrido feliz si á la edad de diez y nueve años no hubiese contraído una unión que fué, durante el resto de sus días, origen de numerosos disgustos. Después de casado continuó sus estudios, y fué á París en 1780, recomendado á M. Wille, grabador, por M. de Joursanvault, que había comprendido lo mucho que valía. Tres años después concurrió al premio trisanual fundado por los Estados de Borgoña, y conmovido por las lamentaciones de uno de los opositores, que no pudo terminar su cuadro, concluyó el trabajo de su rival, que alcanzó el premio; el favorecido, admirado de su desinterés, dijo á quién debía su triunfo y rectificó el fallo en favor de Prud'hon, que partió para Roma en 1783. Las obras de Rafael, de Andrés del Sarto, de Vinci y del Corregio principalmente, fueron objeto de estudios profundos; copió *El triunfo de la Gloria*, plafón de Pedro de Cortona, que adornaba el palacio de Barberini, regalando esta copia á la ciudad de Dijón. De vuelta en París, en 1789, pobre é ignorado, tuvo que hacer viñetas, retratos, etc. El conde de Harlai le encargó algunos dibujos, que grabados hicieron su reputación. En 1794 fué al Franco-Condado, estuvo dos años en Rigny, cerca de Gray, é hizo gran número de retratos al oleo y al pastel; para el hermano mayor de los Didot compuso las ilustraciones de Dafnis y Cloe y de Gentil-Bernard y conoció á M. Frochot, más tarde prefecto del Sena, que fué su protector y amigo. Regresó á París y continuó sus trabajos para la casa Didot. Ganó un premio de estímulo por su dibujo: *La Verdad descendiendo de los cielos conducida por la Sabiduría*, que obtuvo un puesto en el Louvre, y se le encargó la ejecución de esta composición, que expuesta en 1799, estuvo mucho tiempo en el techo del salón de guardias de Saint-Cloud y sufrió después mucho á consecuencia de un incendio acaecido durante el casamiento de Napoleón I, por lo que fué transportada al Louvre. M. de Landy le encargó que decorase su palacio de la calle de Cérutti, en el que representó, por figuras alegóricas, *la Riqueza rodeada de todos los goces;* el palacio pasó después á ser propiedad de Rothschild. En 1803, cediendo á instancias de un amigo suyo, accedió á dar lecciones á la señorita Mayer, después su discípula, y cuya abnegación fué como un bálsamo que alivió sus disgustos de familia. El plafón de la Sala de Antigüedades del Museo, donde volvió á trazar á Diana implorando á Júpiter, fué su creación más importante después del plafón de Saint-Cloud, teniendo cuarenta y cinco años cuando lo pintó. Algún tiempo después M. Frochot, prefecto del Sena, le encargó *El Crimen perseguido por la Justicia y la Venganza*, cuadro destinado á la Sala de lo Criminal del Palacio de Justicia, que fué expuesto en 1808, á la vez que *El rapto de Psiquis por los Céfiros*. Estos dos

cualidad de que carecen la mayoría de sus contemporáneos: la naturalidad de la inspiración, y acaso sea de todos los pintores el que mejor recuerda, sin que le empequeñezca esta formidable comparación, al gran Corregio. Era una originalidad muy grande en un tiempo en que muchos artistas afectaban el pedantismo del contorno, la repugnancia de los medios pictóricos, substituyendo el gusto del



"El rio de la vida". (Cuadro de la Srta. Constancia Mayer)

arcaísmo al de lo antiguo. Y era tal su sinceridad en la ejecución, que fué considerado como merecía por sus contemporáneos. Fué condecorado antes que el mismo Gros. El verdadero genio de Prud'hon, su fuerte, su dominio, es la alegoría; puede decirse que en ella es incom-

lienzos eminentes valieron al artista la cruz de la Legión de honor, y desde entonces, conocido su mérito, recibió numerosos encargos de retratos y cuadros. Dió lecciones de pintura á la emperatriz María Luisa é ingresó en el Instituto en 1816. Apreciado de todos, protegido por amigos poderosos, nada parecía faltar á su dicha cuando el fin trágico de su discípula la señorita Mayer, acaecido el 26 de Mayo de 1821, le impresionó grandemente, y desde entonces su vida transcurría en el dolor, no obstante sus esfuerzos para olvidar las penas con el trabajo; su salud, profundamente minada, no pudo resistir mucho tiempo esta última desgracia y murió dos años después que su discípula. —*(N. del T.)*

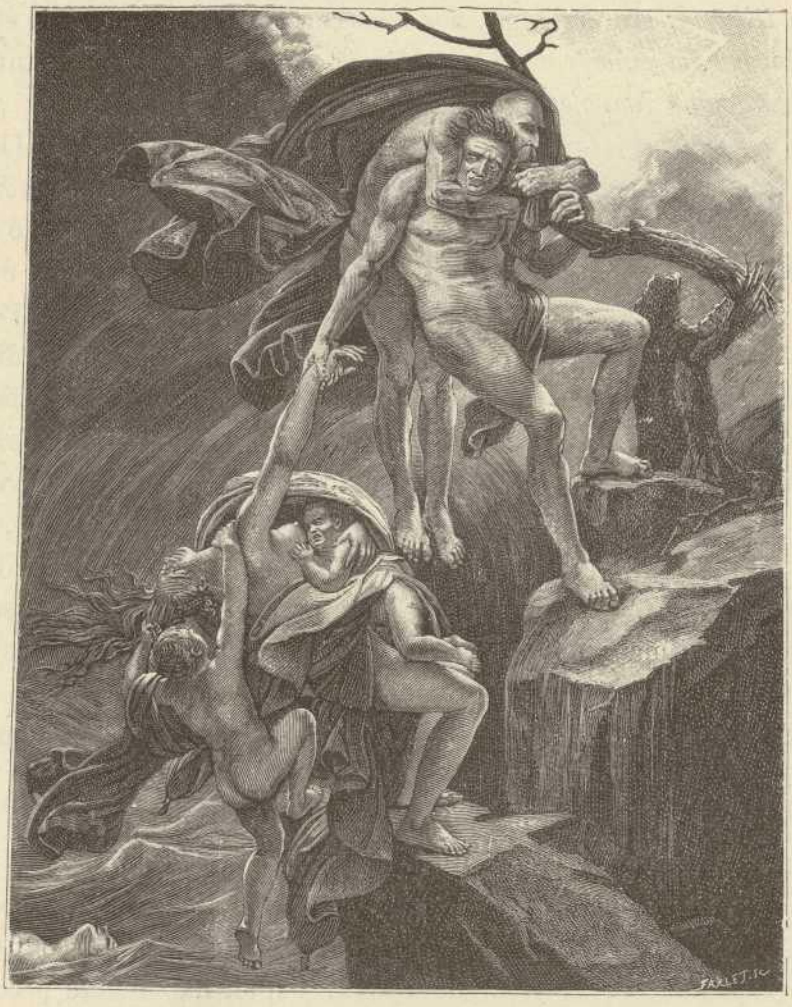
parable. Una vida desgraciada avivó la natural sensibilidad de su alma, y cuando quiso, supo conmover del mismo modo que encantaba: bastaba su última obra, *Cristo en la cruz,* que dejó sin concluir, para tener idea de ello. El poder de conmover y el talento para la alegoría se reunen en su obra maestra, *La Justicia y la Venganza divinas persiguiendo al Crimen.* La primera idea del pintor nos ha quedado en un dibujo del Louvre. Por bella que sea la composición ejecutada, es de sentir quizás que esta primera inspiración, en que el ángel de la Venganza arrastra al Crimen asustado ante la Justicia, que conserva su serena gravedad, no hubiese prevalecido. M. Bonnat pareció inspirarse en este diseño para su techo del Palacio de Justicia (1). Además, Prud'hon ha tratado toda clase de asuntos: retratos *(la emperatriz Josefina, el rey de Roma, Madama Jarre);* cuadros de género *(La familia desgraciada);* asuntos mitológicos *(Psiquis arrebatada por los Céfiros, Céfiro columpiándose en un bosque, Venus y Adonis),* y también escenas militares *(Entrevista de Napoleón con el emperador de Austria después de la batalla de Austerlitz).* En lo esencial, los contemporáneos de Pericles y de Alejandro Magno reconocerían más pronto á uno de los suyos en Prud'hon que en David. Tuvo Prud'hon por imitadores á un anciano caballero de Malta, Boisfremont (fallecido en 1838), y, sobre todo, á la señorita Constancia Mayer (1778-1821), que es con respecto á Prod'hon lo que Bernardino Luini relativamente á Leonardo de Vinci. Se identificó tanto con el estilo de su maestro, que algunos cuadros, entre ellos *El río de la vida,* pueden atribuírseles indistintamente; tan digna fué de Prud'hon.

Después de David, Gros y Prud'hon, indicaremos sólo los nombres y obras principales de los artistas más célebres de su tiempo.

Regnault (1754-1829), desde el justo éxito que obtuvo con *La educación de Aquiles* y *El descendimiento de la Cruz,* no aumentó su fama, pero supo conservarla por el mérito de sus retratos, el de la reina Hortensia uno de ellos, y por el de sus cuadros de historia, tomados la mayor parte de la mitología. Gustaba de la alegoría: en la época de la Revolución pintó *La libertad ó la muerte,* y durante

(1) Prud'hon se sirvió por tercera vez de esta alegoría, bajo forma completamente distinta y no menos expresiva, en un admirable diseño que se conserva en Chantilly.

el Imperio comenzó un cuadro que representaba *La marcha triunfal de Napoleón hacia el templo de la Inmortalidad.* Llegó el año 1814, y el artista, queriendo aprovechar lo que ya tenía hecho, cambió la



El Diluvio (Cuadro de Girodet-Trioson, en el Museo del Louvre

figura principal, y el cuadro pasó á ser *La Francia marchando hacia el templo de la Paz.*

Pedro Guérin (1771–1835) demostró la variedad de su talento y la feliz unión de un dibujo correcto y de un color harmonioso en sus cuadros: *Bonaparte perdonando á los sublevados del Cairo* y *Andrómaca á los pies de Pirro.* Sabía ser, cuando convenía, altamente

dramático, como lo prueba la figura de Fedra en su cuadro *Fedra é Hipólito*.

Girodet (1767-1824), de talento elevado, poético, concienzudo, pero con frecuencia apenado y enfermo, ganó el gran premio decenal por su *Diluvio;* sin embargo, nos hace sentir más, aun cuando es más sencillo, en *La muerte de Atala*. Trató también algunos asuntos de su época, como *Napoleón recibiendo las llaves de Viena* y *La sublevación del Cairo*. *Atala* inspiró más felizmente á Gautherot (1769-1825) que los asuntos militares *(Entrevista de Tilsit, Napoleón herido en Ratisbona, La jura de banderas)*. *La muerte de Atala* sirvió también de modelo á Hersent (1777-1860), más conocido por su cuadro *Paso del puente de Landshut* y por su *Abdicación de Gustavo Wasa*.

Lethiere (1760-1832), que pintó el *Bonaparte en Leobén*, distinguióse por la impresión trágica que desenvolvió en sus vastos lienzos: *La muerte de Virginia* y *Bruto condenando á muerte á sus hijos*, que honran no menos su talento que su desinterés artístico. Tuvo por rival en este género de composición á Hennequin (1763-1833), cuyo lienzo *Los remordimientos de Orestes*, logró un resonante éxito. Si bien se le puede juzgar por su cuadro *Quiberón*, en el museo de Tolosa, es lástima que el *Orestes* haya sido relegado á los desvanes del Louvre en lugar de estar expuesto al público. Hennequin comprometió su vida en Lyón por su jacobinismo exaltado, lo mismo que Chéry (1759-1838), condiscípulo de David en el taller de Vien, siendo como él miembro de la Convención nacional y formando parte del primer Comité de salud pública.

Garnier (1759-1849) demostró verdadero talento de composición en su gran lienzo *La familia de Príamo*. Peyron (1744-1820), que hubiera podido ser el rival de David, y que, habiéndole precedido algunos años, decía que él «le había abierto los ojos,» quiso, como aquél, volver á lo antiguo, pero por la tradición misma de la antigua escuela francesa. No era entonces una idea común tomar por modelo á Poussin; solamente que, cuando Peyron expuso en 1785 su *Alcestes sacrificándose por Admeto*, *El juramento de los Horacios*, de David, le quitó todo su éxito; y su esbozo de *La muerte de Sócrates*, en 1787, apareció á la vez que el cuadro del mismo título de David, en el que el pintor se excedió á sí mismo, inspirándose mucho en Poussin. La

Revolución acabó de desalentarle, pero la posteridad hubiera podido tenerle en justicia más miramiento que sus contemporáneos. Encuéntrase también algún recuerdo de Poussin en las obras de LEMONNIER (1743-1824), que fué director de la Fábrica Real de alfombras y tapices de los Gobelinos (París).



La capilla Sixtina. (Cuadro de Ingres, en el Museo del Louvre)

Un pintor que debía ser con el tiempo una de las glorias nacionales, J. INGRES (1780-1867), no había logrado todavía vencer completamente la indiferencia del público (1). No obstante, su premio de

(1) Véase á Enrique Delaborde, *Ingres*, y la *Colección de las obras de J. Ingres*, grabadas por Réveil, con notas de M. Magimel.

Roma (1800) mereció de Flaxmann tales elogios que excitó los celos de David. Ejecutó admirables retratos, como *Bartolini, Mme. de Vançay,* sin contar aquí los asuntos antiguos, *Edipo y la Esfinge* (1808), *Júpiter y Thetis* (1811). Se apartó de la escuela dominante entonces y, sin rechazar todos sus principios, buscó directamente una inspiración más bella y más pura en Rafael y en los grandes artistas griegos contemporáneos de Fidias. No hay que olvidar que Ingres fué un reformador, y así fué considerado por sus condiscípulos de la escuela de David. Lo primero que en él se apreció, cosa digna de notarse, fué el esmero ó corrección en el color local, como lo demuestran sus cuadros *Rafael y la Fornarina, D. Pedro de Toledo, El duque de Alba* y *Virgilio.* El lienzo que logró más éxito fué *La capilla Sixtina,* en el que sobre todo es muy elogiado el colorido. Por esta época, estando necesitado, hacía retratos al lápiz-plomo, que le producían algunos escudos para su manutención, y cuyos retratos no son menos dignos del autor de la *Apoteosis de Homero.* Tuvo más suerte con los poderosos que con el público; Carolina Murat, reina de Nápoles, le protegió. Encargáronsele pinturas para el Quirinal, en donde Napoleón pensaba ir á pasar unos días; hizo *Rómulo vencedor de Acrón* (1) y *Osián.* Logró poderse llevar los dos cuadros á Francia cuando disfrutaba de toda su gloria artística. *El sueño de Osián,* que quiso retocar, quedó por concluir; lienzo perdido, de cuya importancia puede juzgarse por el dibujo en color que existe en el Louvre. El *Rómulo* se colocó en la sala del hemiciclo de la Escuela de Bellas Artes; fué pintado á la aguada, procedimiento por el cual Ingres manifestó entonces gran entusiasmo, aunque después no lo volvió á emplear (2). Se le había encargado por entonces un *retrato del primer Cónsul* para la ciudad de Lieja, y otro representando á *Napoleón en traje imperial* para el palacio de los Inválidos. En sus últimos tiempos pintó aún al gran Emperador, representando la *Apoteosis de Napoleón* para un techo de las Casas Consistoriales, que fué destruído en 1871.

(1) Acrón, rey de los Cecinios, muerto por Rómulo en la guerra que sostuvo para vengar el rapto de las Sabinas.—*(N. del T.)*

(2) Por este tiempo, Paillot de Montabert, discípulo de David, restableció el procedimiento encáustico.

GÉRARD (1770-1837) era en aquella época el rey de los retratistas franceses, no teniendo más rival en Europa que el inglés Lawrence. Ocupaba un puesto distinguido entre los pintores de historia por su *Belisario*, *Osián*, *Las tres Edades* y *Austerlitz*. Este grandioso cuadro, que se conserva en Versalles, fué colocado en el techo de la sala del Consejo de Estado, acompañado de cuatro bellas figuras alegóricas, que se ven en el Louvre. Por notables que sean sus retratos, no



Escena de familia en 1806. (Dibujo de Ingres en el Museo del Louvre)

igualan quizás á los de Gros, David y Prud'hon. Algunos de sus cuadros son á la vez composiciones y retratos: así lo vemos en *Corina en el cabo de Mesina* (1), en el que se reconoce á Chateaubriand en el personaje Oswaldo y á Mme. Staël en la poetisa. Con Gérard figuraron otros retratistas, entre ellos Roberto LEFEVRE (1756-1830) y RIESENER (1767-1828), que conservaron algún tiempo su reputación, y KINSON, justamente olvidado. Las mujeres se distinguieron en este género de pintura: además de la ya citada Mlle. MAYER, Mme. LE-

(1) Ejecutó este cuadro en 1819 para el príncipe Augusto de Prusia.—*(N. del T.)*

BRUN (1755-1842), que, al regresar de la emigración, volvió á estar en boga, y fué por su talento rival de Gérard; y aunque de menor mérito, Mme. BENOIST (1768-1826), Mme. VINCENT (1749-1803), madame AUZOU y Mme. de HERSENT (1784-1862). Se debe reservar una plaza por separado á PAGNEST (1), quien, fallecido á los veintinueve años y apasionado por la perfección, no pudo producir mucho, si bien su retrato de *M. de Nanteuil-Lanorville* es uno de los mejores del siglo.

DUBOST, oficial de ingenieros, supo conquistarse un lugar distinguido en la pintura, caracterizándose por su colorido firme y brillante, poco común entonces. En el museo de Périgueux (departamento del Dordogne) estuvo durante algún tiempo su cuadro *Diana y Venus*, ignorándose ahora su paradero. Tenía predilección por la pintura de los caballos.

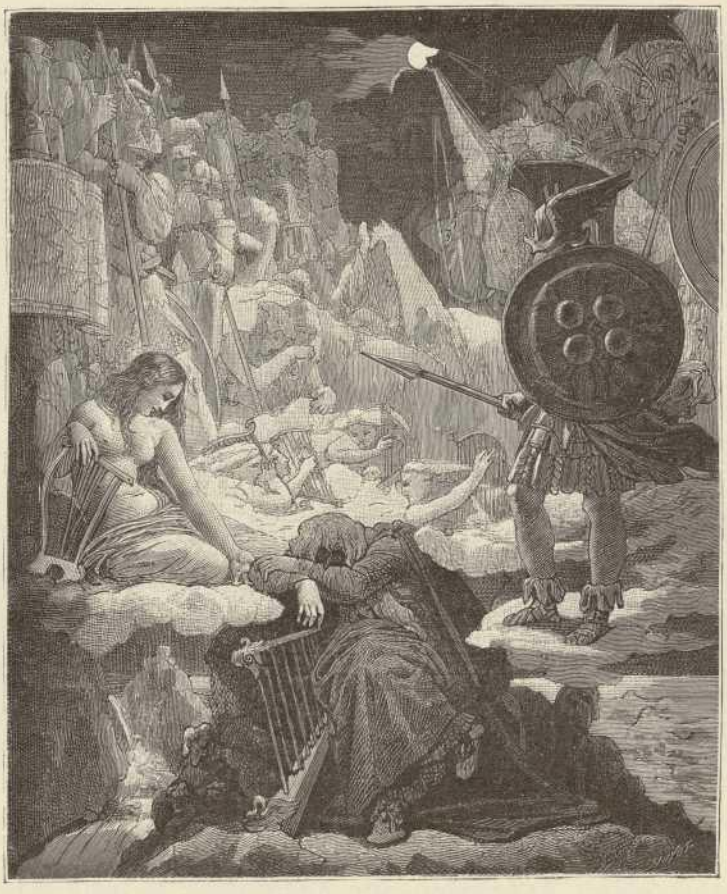
No era Dubost el único militar amante de las bellas artes; los generales BACLER D'ALBE (1762-1824) y LEJEUNE (1775-1832) (2) se dedicaron también á la pintura, aunque únicamente trataron asuntos militares. Casi todos los artistas de aquel tiempo también se ocuparon en ellos, y algunos, como SWEBACH (1769-1823), Antonio TAUNAY, THÉVENIN y Carlos VERNET, y sus émulos más jóvenes, Hipólito LECOMTE, Adolfo ROHEN y Horacio VERNET, se dedicaron más especialmente. Carlos VERNET pintó *La batalla de Marengo* y *Napoleón ante Madrid*, revelando en sus diversos cuadros de batallas una habilidad poco común para reunir el gusto artístico y la exactitud histórica, de lo cual podemos asegurarnos por los numerosos dibujos que ilustran esta obra (3); pero es más estimado por sus cuadros de caza y por sus dibujos y lienzos en que representa los Prodigios y los Increíbles, las escenas de la sociedad mundana. Tanto en estos asuntos como en las batallas tuvo ocasión de afirmar su gusto por los caballos, contribu-

(1) Luis Claudio Pagnest nació en 1790 y falleció en 1819. Fué discípulo de David y sólo dejó tres ó cuatro retratos y algunos bocetos. —*(N. del T.)*

(2) Gouvión Saint-Cyr fué pintor, y el general Francisco Delonne, escultor.

(3) Puede contarse entre los pintores de asuntos militares arriba citados al holandés LANGENDIK (1748-1805), que representó numerosas escenas de la conquista de Holanda por los franceses, y Alberto ADAM, que tomó parte en las campañas de 1809 y 1812, por lo que los cuadros y dibujos que tratan de estos sucesos tienen gran importancia histórica.

yendo más que ningún otro á desterrar, en la representación de «la más noble conquista que el hombre ha hecho,» esas formas toscas y convencionales que el talento de Rafael había autorizado y que todavía se hallan en Van der Meulen; por este motivo su nombre debe unirse á los de Gros y Géricault.



"El sueño de Osián.„ (Dibujo en colores hecho por Ingres, reproduciendo su pintura mural existente en el Quirinal. Museo del Louvre)

Boilly (1761-1845) es ante todo el pintor de la pequeña burguesía y del pueblo. Los demás pintores de género más notables de este tiempo son: Martín Drolling (1752-1817), Debucourt (1752-1817), Mlle. Margarita Gérard (el mejor discípulo de Fragonard), madame Hersent, Mme. Auzou, Mme. Haudebourg-Lescot (1784-1845), que se distingue por el vigor del colorido, Lemonnier y Cochereau, fallecido

á los veinticuatro años y de quien hay en el Louvre un interesante cuadro representando el taller de David (1).

Taunay (1755-1830) coloca en general sus figuras en plena luz y merece ser contado entre los buenos paisajistas como entre los pintores de género y de asuntos militares. Entre los paisajistas de profesión, hemos hablado ya de Valenciennes y de Bertin; en un estilo más sencillo, Bidault (1758-1846), que fué miembro del Instituto; el mismo Watelet (1780-1866), que no pasa de ser una medianía aunque sus paisajes montañosos y sus chalets atestiguan solidez; y Michallon, que á la edad de diez y siete años obtenía una medalla de oro, en la Exposición de 1812, por obras que, por la firmeza del dibujo y el vigor del colorido, anunciaban una nueva escuela; pero murió á los veintiséis años, sin haber podido dar muestras de lo que valía. Huet (1745-1811) y De Marne (1744-1829) sobresalieron en la pintura de animales, no aventajándoles nadie en su época en la de paisaje. Desgraciadamente les faltó haber nacido en Holanda ó en Flandes para que sus obras hubiesen obtenido todo el éxito que merecían.

Huberto Robert (1733-1808) y sus ruinas merecen lugar aparte, pues manifiestan la facilidad de ejecución como de imaginación de que estaba dotado; y aunque abusó de esta facilidad, sobre todo al final de su carrera, ocupa el primer puesto entre los pintores de arquitectura. Es muy superior á Bouton, á Cicéri, á Juan Alaux, que se distinguieron en la escenografía y rebuscaban los grandes efectos de perspectiva y los juegos más ó menos fantásticos de luz. Forbin (1777-1841), distinguido oficial que abandonó el servicio por segunda vez en 1809, para poderse dedicar mejor á las artes, se distinguió también en la pintura de arquitectura. Fué amigo de Granet (1775-1849), protector de los principiantes, y que pintó las figuras de sus cuadros. Granet, potente colorista, aunque muy sombrío, vió crecer su fama con el gusto romántico. La pintura de flores estaba brillantemente representada por Van Dael (1764-1840) y Van Spaendonck

(1) En este cuadro se ven, entre los discípulos de David, á Schnetz, Dubois y Pagnest, ocupados en dibujar ó pintar á un modelo llamado Polonais, célebre en los talleres de entonces.

(1756-1839), quien tuvo por sucesor, en calidad de profesor de iconografía vegetal, en el jardín de Plantas, á REDOUTÉ (1759-1840).

Van Daël y Spaendonck, además de sus cuadros, pintaron un gran número de tapas de cajitas y de tabaqueras con un arte exquisito. La miniatura estaba entonces en todo su apogeo. Cuando las personas que se amaban se hallaban constantemente separadas, ante el temor



Interior del taller de David, (Cuadro de Cochereau, en el Museo del Louvre

de no verse más, se comprende que procurasen guardar junto á sí la imagen de seres que les eran tan queridos. Se ve más de una vez, en las memorias de aquel tiempo, oficiales heridos mortalmente hacer un último esfuerzo para confiar á un compañero de armas una de esas preciosas miniaturas que habían fielmente llevado siempre sobre su pecho. Los miniaturistas eran confidentes, y aquellos que adquirían reputación lograban rápida fortuna. ISABEY (1767-1855), el mejor de todos, maestro de dibujo de María Luisa, pintor de cámara de Napoleón, maestro de ceremonias de la Corte, era algo más que un minia-

turista. Sus dibujos, imitando el grabado á la *manière noire, La barca de Isabey, El general Bonaparte en la Malmaison, Revista del primer Cónsul en el Carrousel* (1802), *Napoleón visitando la fábrica de los hermanos Sévenne, en Rouen, Napoleón visitando la fábrica de Oberkampf, El congreso de Viena,* interesan tanto por el gusto de la composición como por la delicadeza y el primor de la ejecución. Considérase como su obra maestra la acuarela de *la escalera del Louvre,* la cual fué concluída en 1802. Su talento ha intervenido en muchos acontecimientos: él dibujó las condecoraciones de los distintos grados de la Legión de honor; hizo treinta y dos dibujos para la consagración de Napoleón, dando el modelo de los ornamentos de esta ceremonia y del vestido imperial que sirvió en Milán. A su lado, AUGUSTIN (1759-1832), SAINT-LEGUAY, Mlle. Sofía DELACAZETTE, SICARDI, AUBRI, DUMONT y DUCHESNE (1770-1856), disputábanse el favor del público y ya eran dignos de la rivalidad de Mme. de MIRBEL. Es verdaderamente singular que aquel cuyas obras eran las más bellas en este género, J. GUÉRIN (1760-1836), tuviese menos éxito entre sus contemporáneos que la mayoría de los pintores que acabamos de citar. La miniatura no tenía entonces ni logró después el mérito que se nota en los retratos de Kléber y de Bonaparte, de quienes damos el grabado. Parece, en estas obras, elevarse por encima de sí misma y alcanzar el valor de expresión y de estilo de los retratos al óleo (1).

Otros géneros secundarios estaban igualmente representados: el pastel, por Mme. VINCENT (1749-1803), por BOZE y por CALLET (1742-1823) (2); la acuarela por C. CICÉRI, *Ataque de Viena en 1805,* que está en Versalles, y BAGETTI (1764-1831), de quien se conservan igualmente en Versalles numerosas acuarelas militares; la aguada por VA-

(1) La exposición organizada por la Sociedad de estudios sobre la revolución en 1889 en las Tullerías, contenía una notable colección de hermosas miniaturas de Juan Guérin, dejadas por su descendiente M. Guérin. Una de las colecciones más curiosas de este tiempo es la de las miniaturas del castillo de Valençay, formada por Talleyrand, que contenía los retratos de todos los soberanos con quienes el célebre diplomático había negociado. Allí se ve la figura del sultán Selim, quien, á pesar de las prescripciones del islamismo, se hizo retratar en secreto para ofrecer un excepcional testimonio de amistad al ministro francés.

(2) Callet, conocido también por sus pinturas al óleo, expuso en 1812 cuatro grandes pasteles históricos, que constituyeron una novedad: *La toma de Ulma, Entrada de Napoleón en Varsovia, La familia de Coriolano* y *Aquiles en casa de Nicomedes.*

LENCIENNES y por PRÉVOST (1764-1823), más conocido éste por un género muy distinto, del que puede ser considerado, con FULTON, como el inventor; tanto lo perfeccionó: el panorama. No puede olvidarse á Prévost en la historia militar de Francia, por ser ésta la materia escogida para este género de pintura. Sobre lienzos de 120 metros de desarrollo circular pintó el *campo de Bolonia,* la *entrevista de Tilsit* y



Paisaje. (Cuadro de Demarne en el Museo del Louvre)

la *batalla de Wagram*. Comprendió que el panorama se prestaba mejor á la representación de ciudades y paisajes. Las vistas de París, Roma, Nápoles, Amsterdam, Amberes, Londres, Jerusalén y Atenas, llevaron casi de la primera vez el panorama á su perfección. David decía á sus discípulos, visitando los primeros panoramas de Prévost: «Aquí, señores, es donde hay necesidad de acudir para estudiar la naturaleza (1).» La pintura de decoración teatral no degeneró desde Ser-

(1) Antes que Prévost, Fontaine y Constant Bourgeois, para el primer gran panora-

vandoni. Carlos CICERI (1782-1868) fué nombrado á los veintiocho años primer pintor y decorador del teatro de la Ópera; hizo, entre otras, durante el Imperio, las decoraciones de las óperas *La Vestal, Armida* y *Aquiles en Scyros*. Émulos suyos fueron BOUTON (1781-1853), DAGUERRE (1757-1851) y Juan ALLEUX (fallecido en 1853).

DIBUJANTES Y GRABADORES. — El panorama y la pintura teatral, tan concienzudamente comprendidos, debían naturalmente extender el gusto artístico; lo propio que ocurría con los libros de figuras y con las estampas, cuyo despacho iba en aumento; razón por la que los dibujantes eran numerosos. Los pintores más célebres conquistaban los primeros puestos, y se tendría una idea incompleta del talento de PRUD'HON si desconociésemos sus dibujos alegóricos y mitológicos; no podría apreciarse la delicadeza y sentimiento de imaginación, alguna vez muy literaria, que domina en la pintura de GIRODET, si no se hubiesen visto sus numerosas composiciones inspiradas en Anacreonte (cincuenta), Virgilio (doscientas cincuenta), Racine, Esquilo, Sófocles, Safo, etc. ISABEY, BOILLY, SWEBACH, Carlos VERNET son tan conocidos como dibujantes que como pintores. MOREAU (1791-1814), SAINT-AUBIN (1736-1807), BOISSIEU (1736-1810) y DUPLESSIS-BERTAUX (fallecido en 1815), continúan la tradición del siglo XVIII, modificándola hábilmente según el gusto del día, conservando toda la actividad de su lápiz y de su buril, y manteniendo dignamente su lugar, tanto entre los dibujantes como entre los grabadores. DEBUCOURT prosiguió ejecutando grabados en colores, que tanta aceptación han tenido en nuestro tiempo (1).

Se ha observado que, casi siempre, una gran escuela de pintura ocasiona la formación de una escuela de grabadores: Rafael, Poussin, Rubens. Puede decirse lo mismo, en cierto modo, de la escuela de

---

ma de París, que fué construído en el boulevard Montmartre, pintaron una vista de esta capital, de la que los modelos habían sido expuestos en el Salón de pintura de 1801. En 1810, Napoleón, viendo la *entrevista de Tilsit*, quedó tan agradablemente sorprendido, que ordenó al arquitecto Cellerier construir otras siete rotondas parecidas, destinadas á contener asuntos propios para glorificar su reinado. Estos cuadros debían enviarse en seguida á las principales ciudades del imperio, pero el proyecto no llegó á realizarse.

(1) Véanse: Enrique Delaborde, *El grabado;* Gerspach, *Los procedimientos del grabado;* Duplessis, *Historia del grabado*, y H. Bouchot, *La litografía*.

David. El grabado francés, que había sostenido su superioridad durante el siglo XVIII, debía sujetarse más á la reforma de David, más por el asunto que por el procedimiento, conservando su originalidad. La influencia de David, sin exageración, fué realmente buena y tendió á mantener entre los grabadores de su país el gusto por las cua-



Trajano. Reproducción de un grabado de P. Bouil on para el *Museo de Antigüedades*)

lidades serias, en un tiempo en que el éxito de la escuela inglesa, que capitaneaba Woollet, podía arrastrarles á la indagación de los efectos pictóricos y del detalle. MASSARD, padre (1740-1822), que grabó la *Muerte de Sócrates*, de David, conservó, sin embargo, sus altas cualidades de grabador colorista, que habían formado su reputación con sus planchas sacadas de Van Dick y Greuze. BOUCHER-DESNOYERS (1779-1857) continuó con poco entusiasmo las nobles tradiciones de

los grandes artistas franceses del siglo XVII, y su grabado *La bella Jardinera* (1804) fué base de su fama. Abrahán GIRARDET (1764-1823) y RICHOMME (1785-1849) pueden parangonarse también con éxito con Rafael. El mismo esmero en el estilo, unido á más originalidad, caracterizaba á Tardieu y Bervic. Encuéntrase en las planchas de TARDIEU (1757-1822) una seguridad en el buril hereditaria en esta familia y que la hizo célebre en tiempos de Luis XIV. BERVIC (1756-1822) llevó quizá demasiado lejos su admirable habilidad; no obstante, *La educación de Aquiles,* copia de un cuadro de Regnault, y *El rapto de Deyanira,* tomado de Guido Reni, se cuentan entre los más bellos grabados de la escuela francesa, y con razón se le otorgó el segundo premio decenal. Tardieu y Bervic participaron del movimiento general de las artes, del que David era jefe; pero podía considerárseles como sus condiscípulos más bien que como sus discípulos. Se conquistaron, sin que hoy nadie pueda disputársela, á pesar de la preocupación que hubo durante algún tiempo á favor del procedimiento inglés, una estima que no han logrado por completo los que siguieron al autor de las *Sabinas*, tales como MASSARD, hijo, RICHOMME, MOREL y BLOT (1). El pintor Prud'hon hizo un solo grabado, *Frosina y Melidor,* para una edición del *Arte de amar,* de Gentil Bernard; pero es una obra que envidiaban los grabadores de profesión, y en la que se muestra superior á la mayor parte de ellos por la originalidad y la ejecución. Los grabadores franceses de este tiempo son los primeros de Europa. Ya se formaba el talento que había de mantener la supremacía del grabado francés, de la cual goza aún en la actualidad; ENRIQUEL-DUPONT hacía entonces sus estudios en el taller de Guérin (2).

(1) Además de *Aquiles* y *El rapto de Deyanira*, las más célebres planchas de Bervic son el *Laocoonte* y *Luis XIV*, tomadas de Callet. Son notables, entre las obras de Tardieu, *El Amor y Psiquis*, de Gérard; *Ruth y Booz*, y sobre todo *La abdicación de Gustavo Wasa*, de un cuadro de Hersen, que recuerda á Edelink y á Nanteuil. Massard, hijo, grabó las *Sabinas*, de David, la *Atala* y el *Hipócrates*, de Girodet. Richomme tomó principalmente por modelo á Rafael *(La Virgen de Loreto, La Sagrada Familia*, etc.); sin embargo, una de sus mejores obras es la *Andrómaca*, de Guérin. Los grabados que se mencionan en las Memorias del Instituto con respecto á los premios decenales, son: Bervic, *Rapto de Deyanira*, que obtuvo el premio; Blot, *Marcus Sextus*, copia de Guérin; Desnoyers, el *Belisario*, de Gérard, y *La bella Jardinera;* Morel, el *Belisario*, de David, y *El juramento de los Horacios*, del mismo; Tardieu, *San Miguel*, copia de Rafael.

(2) DIEN obtuvo el premio de Roma en 1809; Forster, en 1814.

Los grabadores franceses son superiores hasta á sus comtemporáneos italianos más célebres que ellos, VOLPATO (1733-1802) y su discípulo Rafael MORGHEN (1758-1833), que llevan aún más lejos la habilidad manual y el primor en la ejecución, pero también la imperturbable vulgaridad de su maestro. Los mismos italianos parecen comprenderlo así, como se ve en *Bonaparte en Arcola,* copia de Gros, por LONGHI (fallecido en 1831); el *Descendimiento de la cruz,* del cuadro de Daniel de Volterra, por TOSCHI (1788-1854); la *Herodías*, copia de Luini, por GARAVAGLIA (1790-1835), y *Susana en el baño,* de San-



Tres medallones de David de Angers

terre, por PORPORATI (1741-1816). Pueden igualmente considerarse de la escuela francesa el alemán Juan GODARD MULLER (1749-1830) y su hijo Carlos Luis Juan MULLER (1782-1816). El primero abandonó el trabajo, inconsolable por la muerte de su hijo, que se suicidó en 1816, desesperado porque su cuadro *La Virgen de san Sixto,* en cuya composición invirtió tres años, concluyéndolo en 1815, no había obtenido el éxito que mereció justamente algunos meses después.

Mientras tanto no faltaba trabajo á los grabadores. Muller trabajó para el *Museo francés,* importante publicación, en la que Laurent y Robillard había reunido, reproducidas al buril, las principales obras que se hallaban en las colecciones francesas. BOUILLON (1777-1831) dejó la pintura, después de haber obtenido el premio de Roma, para dedicarse á dibujar y grabar las estatuas y otros monumentos antiguos del Louvre, tal como era entonces. MASQUELIER (1741-1811) y su hijo dirigían la publicación de la *Galería de Florencia.* Podemos

mencionar también las interesantes colecciones de FILHOL *(Museo Napoleón)* y de LANDON (1760-1826), cuyas obras *(Anales del Museo, Vidas y obras de pintores célebres,* etc.), formando más de cien volúmenes y comprendiendo un gran número de grabados al trazo, son, á pesar de su pobre crítica, como los archivos del arte de todos los tiempos y de todos los países (1). Landon era un pintor recomendable, como lo revela en su *Leda,* del Louvre; pero sería injusto juzga de la crítica artística de su tiempo por las obras citadas anteriormente. Mejor representada estuvo por GUIZOT (*Salón de* 1810), el pintor TAILLASSON (1746-1809) *(Observaciones sobre algunos grandes pintores),* QUATREMÈRE DE QUINCY *(La Arquitectura egipcia comparada con la Arquitectura griega, Júpiter olímpico, Diccionario de arquitectura,* etc.) y Emerico DAVID, que colaboró en el *Museo francés* de Laurent y Robillard y en la *Biografía universal,* y trató con verdadera competencia diversidad de asuntos relacionados casi con todos los períodos de la historia del arte *(Investigaciones sobre el arte de la estatuaria, Elogio de Poussin,* etc.). En el *Tratado de la pintura,* de PAILLOT DE MONTABERT, monumental obra en que invirtió su autor treinta años de trabajo, se consagra una parte importante á la crítica de las obras maestras.

Al finalizar el Imperio comenzó Francia á ocuparse de la LITOGRAFÍA, invención reciente del alemán Senefelder, que había hecho sus primeros ensayos en Munich (1793-1800). Carlos de LASTEYRIE (1759-1849), cuya inteligencia, actividad y filantropía prestó tantos servicios á la industria y agricultura de su patria, fué en 1812 á estudiar el procedimiento al lado del mismo Senefelder, y estableció el primer taller de litografía en París. En 1802, un francés llamado ANDRÉ adquirió una patente de invención para un procedimiento análogo al de Senefelder, ignorándose si tenía conocimiento de los traba-

(1) En París, á donde fué por primera vez como representante de la República romana, Francisco PIRANESI, continuando con igual talento los trabajos de su padre Juan Bautista, publicó la mayor parte de sus representaciones de ruinas y de antigüedades romanas (1748-1810). No obstante su acostumbrada exactitud, las planchas de los Piranesi transportan la imaginación á un mundo fantástico. Nunca el grabado tuvo más originalidad y efecto más poderoso. El nombre de los Piranesi se ha hecho proverbial. Sus láminas fueron todas reunidas y publicadas por Didot, en 1836.

jos del inventor alemán. Una de las primeras litografías que salieron de Francia fué una *Sagrada Familia*, en 1808, por BERGERET, pero solamente á partir de 1815 produjo este nuevo arte obras importantes. Pero el público se aficionó bastante á este nuevo procedimiento, é intentando su aplicación á las placas metálicas fué como Nicéforo NIEPCE (1765-1833) discurrió el que la misma luz desempeñase el papel de dibujante y de grabador. Los primeros experimentos en este sentido, que debían conducir á la maravillosa invención de la fotografía, datan de 1813.



Dibujo de la pieza de cinco francos con la figura de Hércules, por Dupré

ESCULTURA.—La escultura francesa ocupaba el primer puesto en Europa, no obstante el mérito de Canova, Thordwaldsen, Rauch y sus émulos, por la variedad, originalidad y fecundidad de obras que conservan siempre el sello del estilo hasta en los modelos más acabados. La reacción clásica fué allí menos brusca, porque, por su misma naturaleza y por la fuerza de las tradiciones de la escuela francesa, la escultura, en el mismo tiempo de Boucher, no podía sentir por completo la influencia de los pintores de *boudoir*. Los gloriosos sobrevivientes de la escuela de fines del siglo XVIII, JULIEN (1737-1804), PAJOU (1780-1809), HOUDON (1741-1828) y ROLAND (1746-1816), y en segundo término CLODION (1738-1814), DEJOUX

(1732-1816), Foucou, Delaistre (1746-1832), Boizot (1743-1800), Bridan (1730-1805), Masson (1745-1807), figuran como maestros de la nueva escuela. Houdon, el más ilustre quizás, después de haber representado á Voltaire, J. J. Rousseau y Washington, logró también reproducir las facciones de Napoleón. No se quedó atrás la generación que les siguió, y Cartellier (1757-1831), Moitte (1747-1810), Deseine (1759-1822), Bosio (1768-1845), Dupaty (1771-1825), Lemot (1773-1827), Stouf (fallecido en 1819), Chaudet (1763-1810), Ramey (1754-1817), Espercieux (1758-1840), y en segundo orden Gois (1731-1823), Lemire, Milhomme (fallecido en 1822), Callamard (fallecido en 1821), Beauvallet (1749-1828), Chmacht (1761-1834), Jacques-Edmé Dumont (1761-1844), Augusto Taunay (1769-1824), hermano del pintor, Michallon (1751-1799), padre del paisajista, J. B. Giraud (1752-1830) y Antonio Romagnesi (1776-1832), trataron de seguir sus huellas. Cortot obtuvo el premio de Roma en 1809. David (de Angers) en 1811, Rude en 1812, Padrier en 1813, Petitot en 1814 y Ramey, hijo, en 1815.

La columna Vendôme, los bajo-relieves del patio del Louvre, que adornan el piso que fué agregado al ala que mira al Oeste (pabellón del Reloj), y las esculturas del Panteón (lugar donde se encerraban en París los restos de los hombres célebres de Francia, hoy iglesia de Santa Genoveva), fueron las principales obras de esta época. Moitte y Roland hicieron los bajo-relieves del patio del Louvre, que no desmerecen, y es bastante decir, de los del mismo patio hechos por Juan Goujon. Moitte es también el autor del antiguo frontis del Panteón, que representa á *La patria coronando á las virtudes cívicas y guerreras,* obra monumental, una de las más importantes de la escuela francesa. Estas esculturas fueron quitadas por la Restauración del monumento que adornaban, sin que admita disculpa el descuido con que las trataron. La *Sociedad de Amigos de los monumentos parisienses* ha llamado recientemente la atención sobre los restros que aun existen de la obra de Moitte. Éste mismo hizo los bajo-relieves de la columna de Bolonia y el mausoleo de Desaix, en el monte de San Bernardo. No habia artistas que brillasen por encima de Moitte, en 1810, y pocos podian rivalizar con él; solamente Roland, autor de *Catón de Útica,* con su *Sansón* y, sobre todo, con su *Homero,* y Carl

tellier, con su estatua de *El Pudor* y sus bajo-relieves para el arco del Carrousel y el Louvre.

Difícil es elegir entre las esculturas de dicha época, pues hay muchas bellísimas, y la mayor parte recomendables. Nos contentaremos con dar aquí la lista de las obras laudatoriamente mencionadas por el Instituto, con motivo de los premios decenales, y de las que tuvieron más éxito en el Salón de 1812. — CHAUDET, *Napoleón y Ciparisso* (1), bajo-relieve de uno de los frontis del patio del Louvre;



Toma de Alejandría (escultura de Chaponnière, bajo-relieve del arco de triunfo de la Estrella)

ROLAND, *Napoleón* (para el Instituto); CARTELLIER, *Aristides* y *Vergniaud* (para el Senado); JULIEN, *Poussin* (para el Instituto); CARTELLIER, *El Pudor*, *La Gloria distribuyendo coronas*, bajo-relieve del Louvre, junto á la columnata, y *Capitulación de Ulma*, bajo-relieve del arco de triunfo del Carrousel; LEMOT, *Las Musas prestando homenaje á Luis XIV*, tímpano del gran frontis de la columnata del Louvre; MOITTE, *El monumento de Desaix* y *La Patria llamando á sus hijos en su defensa*, bajo-relieve en el Senado; BOIZOT, los bajo-relieves de la fuente del Châtelet; DEJOUX, *Desaix*. El Salón de 1812 fué principalmente notable por la escultura. HOUDON expuso en él las estatuas *del general Joubert* y de *Voltaire;* ROLAND, las estatuas de

(1) Cyparisus, el ciprés, árbol en que fué convertido Cipariso, hermoso joven de la isla de Cea, ó de Creta, amado del dios Apolo.—*(N. del T.)*.

Homero y de *Tronchet;* DUPATY, *Ayax injuriando á los dioses* y *Venus;* Antonio ROMAGNESI, *Minerva protegiendo al hijo de Napoleón;* BOSIO, *Aristeo* (1).

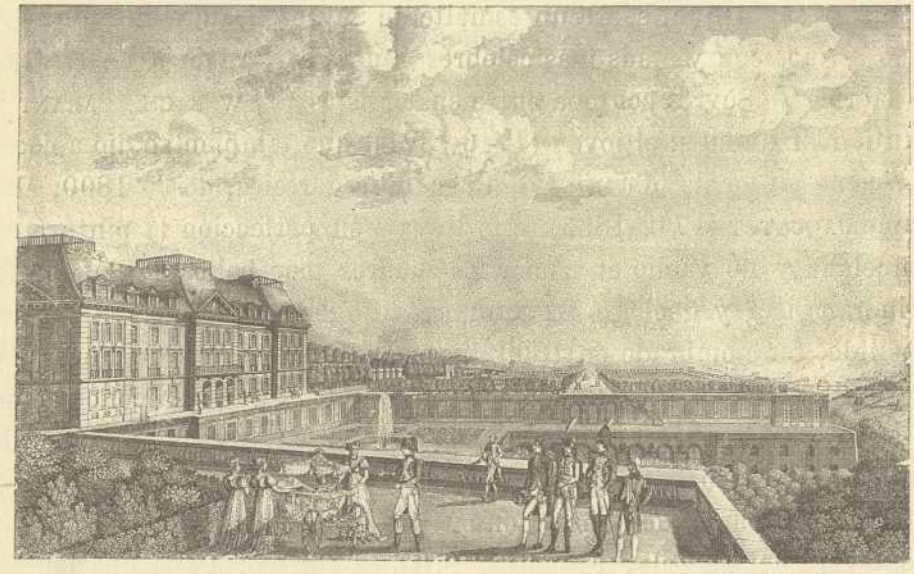
GRABADOS EN MEDALLAS Y PIEDRAS FINAS.—El arte del grabado en medallas estaba lejos de permanecer á la altura que tuvo en el reinado de Luis XIII. El más notable de los grabadores de aquel tiempo es GALLE (1761-1844), quien había sido obrero de una fábrica de botones. Pueden citarse después de él á ANDRIEUX, BRENET, DROZ, RAMBERT-DUMAREST y GATTEAUX (1751-1832). P. J. Thiolier, que reemplazó en 1803 á Agustín DUPRÉ como grabador general de monedas de Francia, estaba lejos de valer lo que éste. Dupré es el autor de la moneda (de cinco francos) llamada *el Hércules*, la más bella quizás que se vió en Francia desde el siglo XVII. Los dos SIMON y sobre todo JEUFFROY (1746-1826), fueron distinguidos grabadores en piedras finas. A Jeuffroy se le encargó la dirección de la Escuela que el Gobierno había fundado para favorecer esta rama del arte, en la que se empleaban jóvenes sordo-mudos. Esta fábrica, establecida al principio en la calle de la Universidad, número 296, fué trasladada en 1805, año XIII de la República, al antiguo convento de Franciscanos.

MOSAICO (2).—Se le añadió bien pronto una fábrica de mosaico, arte preferido del imperio romano y que debía estar entonces de moda en Francia. Ya en 1785, los arquitectos Molinos y Legrand presentaron al director de Hacienda una solicitud para obtener su protección con objeto de establecer en Francia una fábrica de mosaico análoga á la de Roma. No pedían más que una subvención anual de dos mil

(1) Añadamos el *Molière*, el *Racine*, el *Voltaire*, de Epercieux, el *sepulcro de Vauban* en los Inválidos, por Masson, el *Phocion* de Delaistre, 1813 (museo de Burdeos). Por último, las esculturas de la fachada del edificio del Cuerpo legislativo, las estátuas de *Minerva* por Roland, *Themis* por Houdon, *Sully* de Beauvallet, uno de los mejores discípulos de Pajou, *Colbert* por Santiago Dumont, *d'Aguesseau* por Foucou. Los bajo-relieves representan: *Napoleón legislador; Napoleón aliando la religión con la victoria; el Emperador distribuyendo recompensas á las ciencias y á las artes; batalla de Austerlitz; el Emperador ante la tumba de Federico el Grande.* El antiguo frontis, dos veces desde entonces cambiado, representa *al Emperador enviando á los diputados las banderas de Austerlitz*, ejecutado por Chaudet.

(2) Véase Gerspach, *El Mosaico* (en la *Biblioteca de la enseñanza de las Bellas Artes*)

libras, pero no se dió curso á esta demanda. Poco después, un obrero de la fábrica pontificia, llamado BELLONI, fué á establecerse á París, logrando buen resultado, y en 1801 el arte del mosaico recibió en Francia la investidura oficial. De los talleres del gobierno salieron, entre otros, el mosaico colocado ante la colosal estátua de Melpómene (en el museo de Antigüedades del Louvre) y el de la Rotonda de la galería de Apolo. Estas obras, deslustradas y frías, hacen confundir las condiciones propias del mosaico con las de la pintura (1).



Paseo del rey de Roma. Vista del castillo de Meudon tomada del lado de la entrada principal. (Grabado por Dubois

TAPICERÍAS. — Es también deficiente el método seguido entonces en la confección de las tapicerías de los Gobelinos; y no es que la habilidad de los artistas tapiceros hubiera disminuído, pues basta mencionar la obra *Bonaparte perdonando á los sublevados del Cairo*, que revela una rara habilidad de ejecución, sino que desde fines del siglo XVIII se preocuparon solamente de imitar con los hilos todas las delicadezas de un cuadro. La fabrica de los Gobelinos debió entonces mucho á la época napoleónica, pues estuvo en decadencia durante la

(1) La fábrica de Belloni dejó de pertenecer al Estado en 1834, desapareciendo poco después.

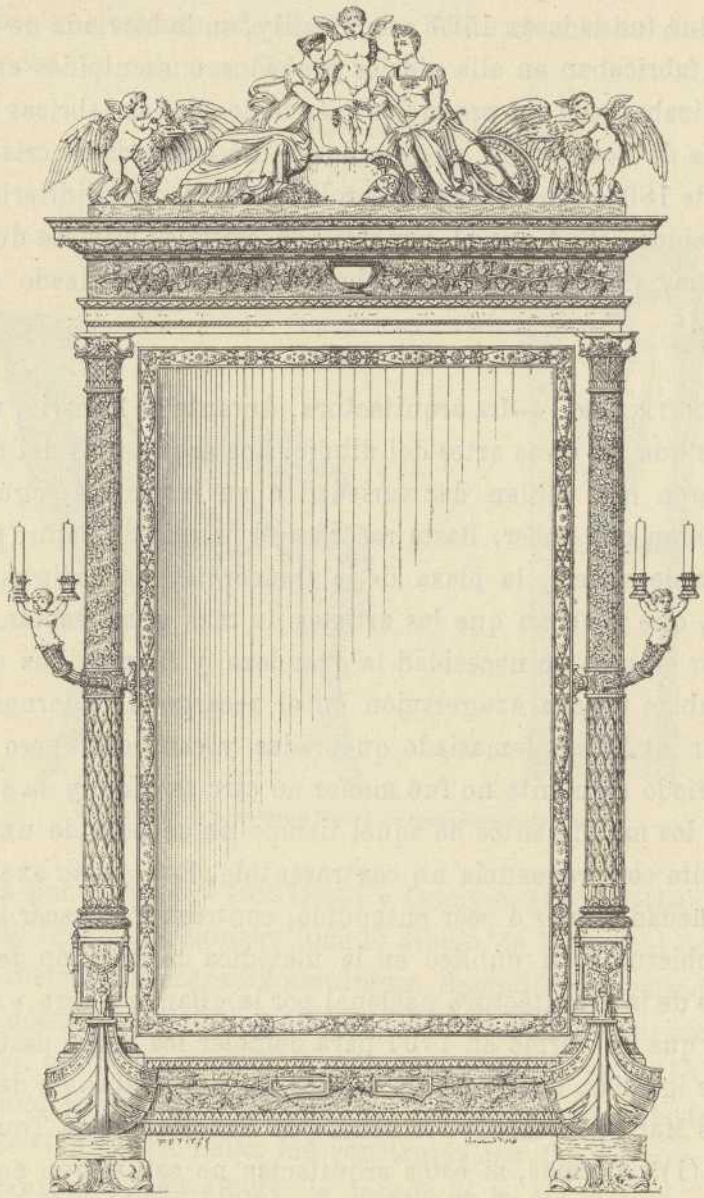
Revolución, y su presupuesto estaba reducido á sus pobres recursos cuando Chaptal la levantó de aquella postración.

CERÁMICA. — La fábrica de Sèvres, que en los últimos días del Directorio llegaba á su fin, se levantó también á partir del Consulado, alcanzando una situación muy floreciente (1). Entre las piezas más notables ejecutadas entonces, citaremos el vaso en que está representada la fiesta que se celebró en París para la recepción de las obras de arte procedentes de Italia, y sobre todo la *Mesa de los mariscales,* en la que, sobre un esmalte de Sèvres, ISABEY ha representado á Napoleón y á sus más célebres generales. Además de Isabey, la fábrica de Sèvres contaba entre sus artistas á SWEBACH, PARANT y Santiago LAGRENÉE el joven (1740-1821), que también se dió á conocer como pintor de historia (2). Puede agregárseles, desde 1800, Madame JAQUOTOT (1772-1855), que lleva á su perfección la pintura en porcelana y no vaciló en copiar los cuadros más bellos de Rafael. El mineralogista y geólogo BRONGNIART, hijo del arquitecto del mismo apellido, fué nombrado en 1800 director de la fábrica de Sèvres, y creó allí, en 1806, el primer museo cerámico que se ha conocido en Europa. Las dos fábricas particulares entonces más notables por la perfección de sus productos eran la que había fundado Olivier, en 1805, en el barrio de San Antonio, y la de Dihl, establecida en el boulevard del Temple. Francisco Piranesi abrió en París una fábrica

(1) Véase un artículo de M. Eduardo Garnier en la *Gaceta de Bellas Artes*, del 1.° de Octubre de 1887.

(2) Lagrenée dedicóse también á pintar sobre vidrio é inventó un procedimiento para ejecutar en incrustaciones en mármol toda clase de dibujos. Se cita de él como más admirable la mesa representando á Napoleón coronado por la victoria. Parant expuso en 1812 otra mesa en porcelana, hecha «por orden de S. M.». Estaba dedicada á *Alejandro* y á doce héroes de la antigüedad: veíase en el centro la figura del conquistador macedonio; los frisos que la rodean representan: *la derrota de Darío, Alejandro en el templo de Júpiter Ammón, triunfo de Alejandro, Milciades en Maratón, Temístocles haciendo embarcar á los Atenienses antes de la batalla de Salamina, Aníbal franqueando los Alpes, Mitrídates tomando bajo su protección á un oficial del ejército romano, César apartando la vista de la cabeza de Pompeyo; Trajano coronando á Parthamasiris, rey de los Parthos; Constantino explicando á su ejército la visión de la cruz, Séptimo Severo sometiendo á los Bretones, Augusto cerrando el templo de Jano; Pompeyo levantando al rey Tigranes, arrodillado á sus pies, y devolviéndole su corona; continencia de Escipión; Pericles dando órdenes para la edificación de Atenas.* No hay necesidad de señalar la alusión que presentan los motivos escogidos para este encargo del Gobierno.

de vasos pintados, candelabros y trípodes, de tierra cocida á imitación de las vajillas etruscas y griegas.



Espejo móvil de la emperatriz María Luisa. (Obra de Odiot y Thomire, según el dibujo de Prud'hon)

CRISTALERÍA.— La cristalería francesa comenzó á desarrollarse desde el Directorio. La fábrica de Baccarat, fundada en 1765 por monseñor de Montmorency-Laval, obispo de Metz, y Antonio Renault,

abogado del parlamento, consejero del rey, administrador de los bosques y dominios de Nancy, tuvo por director á este último hasta 1806. Pero la fábrica que por su arte en la fabricación del vidrio era más célebre, fué fundada en 1797 por O'Reilly, en la barriada de los Inválidos. Se fabricaban en ella vidrios grabados ó esculpidos en relieve, que rivalizaban con los productos más bellos de las fábricas inglesas. La fábrica de Tourlaville, en Cherburgo, no confeccionó cristales sino á partir de 1806, contentándose con la producción de vidriería común. No era debido esto á que el comercio de cristales hubiese disminuído en Francia, sino á que Saint-Gobain había monopolizado toda esta industria.

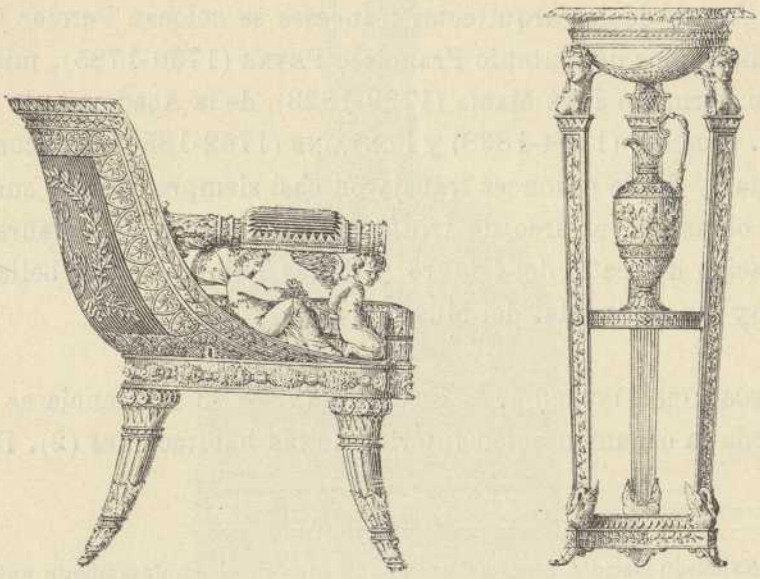
ARQUITECTURA.—La arquitectura, durante el Imperio, no sobresalió más que las otras artes del dibujo. Los arquitectos del siglo XVIII demostraron que sabían dar variedad á su inventiva según la obra que tuvieran que hacer. Basta recordar el palacio de Salm (palacio de la Legión de honor), la plaza de la Concordia, las antiguas puertas de París, que prueban que los artistas de más gusto sabían buscar y encontrar en caso de necesidad la grandeza y la sencillez de líneas. Había habido mucha exageración en el recargo de adornos y en el gusto por las líneas demasiado quebradas y confusas; pero el abuso en el período siguiente no fué menor en otro sentido, y da á la mayor parte de los monumentos de aquel tiempo un aspecto de uniformidad que resulta con frecuencia un contrasentido. Este gusto exclusivo por la antigüedad, mejor ó peor entendido, contribuyó á hacer indiferentes al Gobierno y al público en la metódica destrucción de las obras maestras de la arquitectura nacional por la «Banda negra,» asociación bárbara que se formó en 1797 para demoler los viejos castillos y las antiguas iglesias, con el fin de vender sus materiales. Se destruyeron entonces Marly, Chantilly, la abadía de San Martín de Tours (1802) y otras (1). Además, si estos arquitectos no estuvieron equivocados

(1) Sin embargo, más de un monumento antiguo fué entonces restaurado, siguiendo con el mayor cuidado el estilo de la época; ejemplo de ello los sepulcros de María de Borgoña y de Carlos el Temerario, en Brujas. Napoleón ordenó su restauración cuando fué á los Países Bajos con María Luisa, en 1810. Un cuadro que figuró en la Exposición Universal de 1855, del pintor belga Wallays, recuerda ese hecho.

al inspirarse en lo antiguo, imitaron con demasiado exclusivismo el arte romano, que ya es en gran parte un arte de imitación, en lugar de remontarse al puro manantial del arte griego.

Hubo, no obstante, algunas obras bellas ejecutadas ó emprendidas entonces. La columna Vendôme,

Monumento dos veces imperecedero,
Mezcla de gloria y de bronce,



Sillón y lavabo de la emperatriz María Luisa (según dibujo de Prud'hon)

fué erigida por LEPÉRE (1762-1844) y GONDOIN (1737-1818), bajo la dirección de Denon; BERGERET hizo el dibujo de la espiral entera, el trabajo fué distribuído entre 32 escultores. Reproduce 76 episodios, que miden un desarrollo de 180 metros, divididos en 206 fragmentos de 1'50 metros, que debían estar terminados y unidos en 1810. Según una tradición, Rude pudo trabajar en los trofeos del pedestal como discípulo de Gaulle. La Bolsa fué construída por BRONGNIART (1739-1813) y LABARRE (1764-1833); la iglesia de la Magdalena, por VIGNON (1739-1811) y HUVÉ (1783-1853) (1); el Arco de la Estrella fué

(1) La primera piedra de la iglesia de la Magdalena se colocó en 1764, pero la revolución interrumpió su construcción. Por un decreto fechado en Posen, el 2 de Diciembre

empezado por CHALGRIN (fallecido en 1828), que había hecho en 1803 la hermosa escalera del Luxemburgo; los trabajos del Panteón fueron dirigidos por RONDELET (1734-1829) á la muerte de Soufflot. POYET (1742-1824) levantó en 1808 la fachada del lado del río Sena del Palacio-Borbón, convertido después en palacio del Cuerpo legislativo; BONNARD (1765-1818) construyó el palacio del ministerio de Negocios extranjeros; VAUDOYER reformó apropiadamente á su nuevo destino el Colegio de las Cuatro Naciones, convertido en palacio del Instituto.

Al frente de los arquitectos franceses se colocan Percier y Fontaine, discípulos de Antonio Francisco PEYRE (1730-1785), miembro, como su hermano JOSÉ MARÍA (1739-1823), de la Academia de Arquitectura. PERCIER (1764-1838) y FONTAINE (1762-1853) se encontraron en Roma, y desde entonces trabajaron casi siempre juntos; sus principales obras son el arco de triunfo del Carrousel, la restauración y terminación del patio del Louvre y de las Tullerías, y la bella escalera, hoy día destruída, del Museo (1).

DECORACIÓN INTERIOR. — EBANISTERÍA. — Su influencia se extendió á toda la ornamentación interior de las habitaciones (2). Dirigie-

---

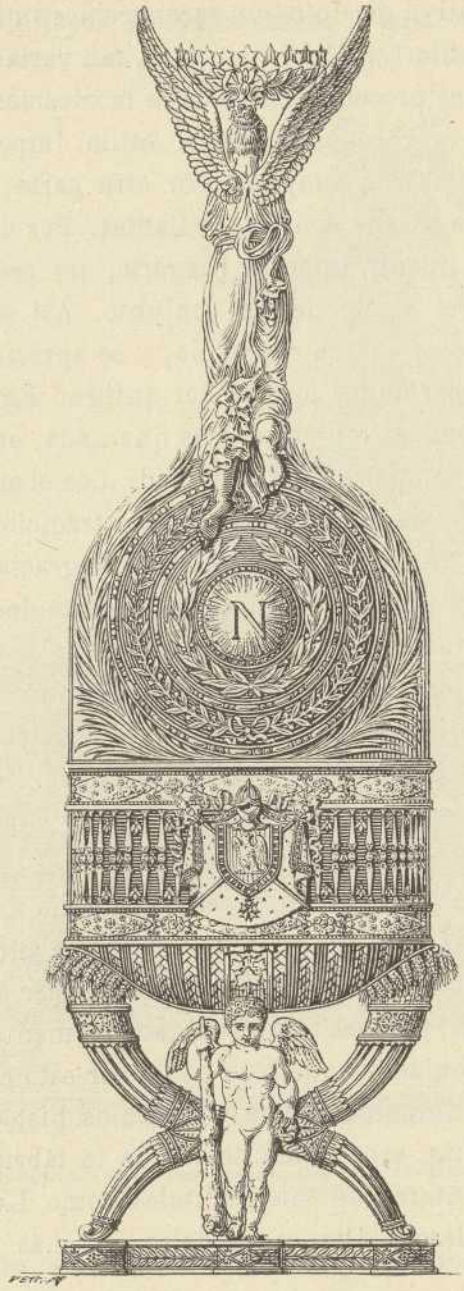
de 1806, Napoleón decidió levantar un monumento en el emplazamiento anterior, en cuyo frontis se leyese: «El emperador Napoleón á los soldados del Gran-Ejército.» En el concurso convocado tomaron parte 127 artistas; el tribunal lo componía la cuarta sección del Instituto, y obtuvo el premio Claudio Beaumont. Pero Napoleón prefirió el proyecto de Vignon, exponiendo sus razones en una curiosa carta dirigida á Champagny, fechada en Frukenstein en 30 de Mayo de 1807. Este proyecto tiene el mérito de armonizarse con las construcciones vecinas; se relaciona con la fachada del Cuerpo legislativo y no afea las Tullerías. «Supongo, añadió, que todas las esculturas que adornen el interior serán de mármol, y que no se admitirán esculturas propias de los salones y comedores de las mujeres de los banqueros de París.»

Gracias á la familia de Bonaparte, la iglesia de la Magdalena posee las reliquias de la santa á quien está consagrada. Las reliquias de San Maximino fueron salvadas en 1793 por Luciano Bonaparte, que desempeñaba entonces un modesto empleo en la ciudad. Todo lo que resta de las de la Sainte-Baume proviene de un donativo hecho por Luis XVI al duque de Parma, y fué trasladado á Francia cuando Parma vino á formar parte del imperio. Véase sobre esto á Lacordaire, *Vida de Santa Magdalena*, y á Gruyer, *Historia y descripción de la iglesia de la Magdalena*, en el *Inventario de las riquezas artísticas de Francia*.

(1) A Napoleón le agradaba lo grande, no sólo en las construcciones, sino en los jardines. No le gustaban los jardines ingleses, que continuaban siendo de moda. «Los pequeños lagos, la mayor parte del tiempo secos, las peñas en miniatura, los arroyuelos inmóviles, todas estas pequeñeces son caprichos de banquero. Mi jardín inglés es el bosque de Fontainebleau, y no quiero otros.»

(2) Véase á Percier, *Colección de decoraciones interiores*.

ron la decoración, no solamente de los palacios nacionales, de la gran



Cuna del Rey de Roma (construída según dibujo de Prud'hon)

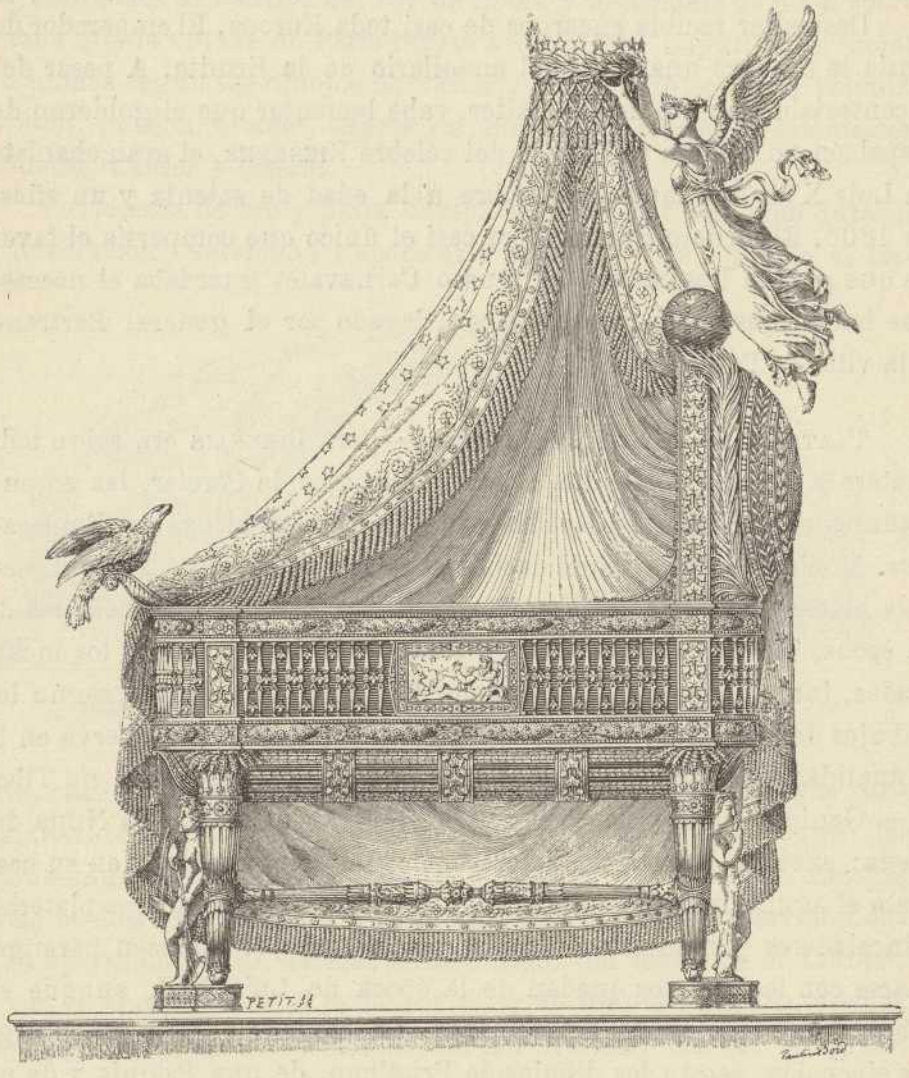
galería del Louvre y de los aposentos imperiales de las Tullerías; no sólo del salón de los Mariscales, sino de numerosas habitaciones parti-

culares, entre ellas el palacio de Mme. Récamier. Los plateros y los ebanistas trabajaban con arreglo á sus dibujos. Se ha hablado muy mal del arte decorativo del Imperio; reconocemos su inferioridad comparándole con el estilo Luis XVI, tan puro, tan variado y tan elegante á la vez; los mismos procedimientos de la fabricación estaban en decadencia. Preciso es reconocer que el estilo Imperio apenas tuvo tiempo de constituirse por completo. Por otra parte, al igual que el teatro clásico, no se aviene con las medianías. Por último, como formado de grandes líneas, importa juzgarlo, no respecto á un solo mueble, sino por el efecto de un conjunto. Así se reconocerá que tenía noble sencillez y severa elegancia, y se apreciará la feliz imitación que supo hacer de las formas del antiguo Egipto y de la antigua Roma; pudiéndose reprochar más que nada, en el arte del mobiliario de aquel tiempo, la uniformidad. Los ebanistas y tapiceros franceses no han olvidado completamente la tradición de sus antecesores, y saben dar variedad, con detalles de gracia é ingenio, á la excesiva tirantez de las líneas generales. El arte decorativo, como el del ebanista, ha producido en su género obras perfectas. Se puede juzgar de ello por los fragmentos que se conservan de la decoración del salón de las Tullerías, y por los muebles construídos con arreglo á los dibujos de PRUD'HON, cuyos grabados damos. De todos modos, los muebles de verdadero estilo Imperio son muy superiores á los del período siguiente.

Un reciente invento, el del papel pintado, ha venido á proporcionar á las medianas fortunas el medio de cubrir agradablemente sus paredes. Verdaderos artistas no desdeñaban hacer dibujos para estas modernas tapicerías, para las que se buscaban á menudo grandes asuntos. Los tapices dibujados no habían caído por esto en el olvido, como lo demuestran las numerosas telas con dibujos históricos, que tenían entonces gran éxito, especialmente las de la fábrica de Jouy, en la que trabajaban pintores de talento, tales como LAGRENÉE, hijo, y para las cuales dieron algunos modelos los más célebres artistas de aquel tiempo.

El taller de ebanistería más notable entonces era la casa de Jacobo DESMALTER, en la calle de Meslée, más tarde calle de Vinaigriers, que era ya conocido en el reinado de Luis XVI. En él se construye-

ron los muebles del palacio de las Tullerías, y anteriormente los destinados á la Convención. Los mejores objetos salidos de dicho taller son el armario de joyas de María Luisa, la gran vitrina del Salón de



Cuna del Rey de Roma, labrada en plata dorada, concha y nácar por Odiot y Thomire, con arreglo á los dibujos de Prud'hon y Cavelier

Antigüedades de la Biblioteca nacional y el banco de la Junta de Obra de la iglesia de San Nicolás de los Campos. La obra más original ejecutada por Jacobo Desmalter fué el mobiliario para Denon, según sus propios dibujos, del más rico estilo egipcio. «La pieza más importante era un lecho sostenido por cuatro patas de león, en tres caras

del cual estaba incrustado un bajo-relieve de plata que representaba, á la izquierda, la figura de Isis, colocada sobre un hemiciclo festoneado; en la delantera, trece figuras arrodilladas; en el tercer lado y en los ángulos cabezas de Ureus de caoba con incrustaciones de plata (1).

Desmalter recibía encargos de casi toda Europa. El emperador de Rusia le encargó una parte del mobiliario de la Ermita. A pesar del incontestable talento de Desmalter, cabe lamentar que el gobierno de Napoleón no supiese utilizar el del célebre RIESENER, el gran ebanista de Luis XVI, que murió casi pobre á la edad de setenta y un años, en 1806. El tornero BIENNAIS era casi el único que compartía el favor de que gozaba Desmalter; el museo Carnavalet guardaba el neceser que había construído para Napoleón, legado por el general Bertrand á la villa de París.

PLATERÍA. — JOYERÍA. — MODAS. — Pero BIENNAIS era sobre todo platero y fué el que ejecutó, según los dibujos de Percier, las empuñaduras de los sables y espadas rectas destinadas al uso del Emperador. Muchas veces es difícil decidir si tales ó cuales objetos pertenecen á la platería ó al arte del ebanista. Los dos plateros más célebres de la época, THOMIRE (1751-1843) y ODIOT (1763-1850), fueron los encargados, juntamente con el modelador RADIGUET, de ejecutar, según los dibujos de Prud'hon, la cuna del rey de Roma, que se conserva en la actualidad en el tesoro imperial de Viena. Figura en ella el río Tíber y el Genio del comercio entregando el joven príncipe á la Ninfa del Sena; encima, la Victoria tiende sus brazos coronándole, y en su base vela el águila imperial. Thomire y Odiot fueron verdaderos plateros, cinceladores y broncistas. Sus hermosos trabajos merecen parangonarse con los que nos quedan de la época de Luis XIV, aunque su obra maestra no existe actualmente. La ciudad de París les encargó la ejecución, según los dibujos de Prud'hon, de una Psiquis y de un tocador de plata dorada, que ofreció á María Luisa á su entrada en la capital. Estas obras maestras fueron llevadas á Parma en 1815 y fun-

(1) A. de Champeaux, *Le Meuble*. En esta época se puso en moda la caoba, cuyo empleo en Europa data solamente del siglo XVIII, madera sólida, de hermoso color, cuyo solo defecto consiste en haberse vulgarizado demasiado.

didas con motivo de una epidemia, conociéndose únicamente por los dibujos originales conservados por Eudosio Marcille. Entre otros hermosos trabajos de platería de aquella época, merecen citarse los objetos destinados al bautizo del rey de Roma y la bandeja de plata sobre dorada que la ciudad de París regaló á Napoleón, cuyas obras fueron ejecutadas según los dibujos de Percier. Aunque inferiores á Thomire y Odiot, pueden citarse, aparte de Biennais, Ravrio, Delafontaine, Damerat, Cahier y Chéret.

La joyería de oro y plata desapareció casi por completo durante la Revolución, volviendo á aparecer á partir de 1797 y bajo el Im-



Detalle de la bóveda del comedor del palacio de las Tullerías (dibujo de Percier y de Fontaine)

perio, cuando, siguiendo el ejemplo de la corte, los guarda-joyas particulares atesoraron grandes riquezas (1). Al poner coto al saqueo del guarda-muebles, que se verificó tranquilamente, en 1792, durante varias noches seguidas, sin que los ladrones se viesen interrumpidos en su operación, y al hacerse el inventario del tesoro de la Corona, en vez de encontrar en él joyas por valor de treinta millones, apenas quedaban unos doscientos cincuenta mil francos. En las pesquisas que se practicaron con este motivo, sorprendióse cierto día debajo de uno de los puentes á varios pilletes que se repartían los diamantes á puñados. Más adelante se descubrió *el Regente* en una taberna, y volvió á aparecer por vez primera, en una ceremonia pública, en el puño

(1) Aumentó también extraordinariamente el lujo de los carruajes, cuyo uso se había suprimido por la Revolución.

de la espada del primer Cónsul; no obstante, no se logró recobrar todo lo perdido. Napoleón se propuso reconstituir al antiguo tesoro de la Corona en su primitivo esplendor, para lo cual promulgó, en 1811, un decreto por el que se consignaban seis millones para la adquisición de piedras preciosas para dicho tesoro, no comprendiéndose en esta cantidad las joyas que él adquirió de su bolsillo particular. Al partir María Luisa para Blois, en 1814, se llevó consigo las joyas de propiedad particular del Emperador, cuyo valor ascendía á unos seiscientos mil francos. Francisco I, emperador de Austria, las devolvió más adelante, no á Napoleón, á pesar de ser propiedad suya, sino á Luis XVIII.

Los objetos de adorno de la época del Imperio tomaron principalmente como modelos los descubiertos en las excavaciones de Pompeya, manifestándose cierta tendencia á imitar también los de los Etruscos y Egipcios. Las modas, menos excéntricas y más recatadas que las del Directorio, conservaron las mismas líneas generales y trataron de aproximarse á los modelos de la antigüedad, pareciendo lo más ridículo en esta materia las mismas modas de la víspera. Pero tras los muchos años que nos separan de los talles cortos, de las túnicas largas y de los peinados á lo Tito, nos parece que tales trajes valen tanto como otros, á lo menos por lo que respecta á los de casa y á los de gran ceremonia. No defenderemos las extravagancias de las *maravillosas*, ni siquiera los turbantes de Mme. Staël, pero basta contemplar los retratos de Gérard para convencerse de que las modas que siguieron á éstas harían mal en burlarse de los trajes del Imperio, pues en general fueron mucho más complicadas sin ser tan elegantes. Llaman la atención principalmente los uniformes civiles y militares, la mayoría de cuyos modelos fueron dibujados por David. Tanto los joyeros como los plateros trabajaron casi siempre sobre los dibujos de Percier y Fontaine, arquitectos que dirigieron también el decorado de la Ópera.

Música (1). — Arte dramático. — Napoleón se propuso restaurar la ópera, casi olvidada durante la Revolución. Le gustaba la música

(1) Fétis, continuado por Pougin, *Diccionario biográfico de los músicos.*—Enrique Lavoix, *Historia de la música; Historia de la música francesa.*—Chouquet, *Historia de la música dramática en Francia.*

como á los italianos, y preferentemente la música seria y dramática. Ejerció una influencia poderosa sobre la música de su época, lo cual ha pasado desapercibido, y en más de una ocasión obligó á la empresa de la Ópera á que pusiese en escena obras que entonces representaban la música del porvenir. De acuerdo con los filósofos antiguos, así como con las asambleas de la Revolución, concedía á la música una gran influencia moral, creyendo que el Gobierno debía ocuparse de ella. Ya hemos visto la carta que durante su campaña de Italia dirigió á los inspectores del Conservatorio.

Veinte años después, hallándose en Santa Elena, expuso la misma idea casi con las mismas palabras. Mme. Montansier organizó en París una compañía de cantores italianos, á invitación de Bonaparte, quien concedió al nuevo teatro una subvención de sesenta mil francos, la que percibió hasta el año 1815. Pero la música italiana brilló principalmente en el teatro de la corte. PAER tomó la dirección del mismo en 1807, haciendo representar, entre otras óperas, *Agnese* (1811), y gracias á la intervención de Napoleón conoció el público el *Osián* ó *Los Bardos,* obra maestra de LESUEUR.

Esta obra había sido entregada hacía ocho años al teatro de la Opera, que se resistía á ponerla en escena, siendo necesaria una orden expresa del Emperador para vencer la malevolencia de la empresa. La primera representación se efectuó en Julio de 1804; ya se habían representado tres actos, siempre con creciente éxito, cuando Napoleón dijo: «Llamad á Lesueur, decidle que quiero verle.» Buscaron á Lesueur, que extenuado de cansancio, tras dos días y dos noches sin dormir, vestía un traje impropio para presentarse al Emperador, por lo cual se excusó. Pero Napoleón exclamó: «Ya sé lo qué es un día de batalla; no miraré á su traje más de lo que miro á mis generales en día semejante. Que venga inmediatamente, quiero verle.» No tuvo más remedio que obedecer. Entró, pues, en el palco imperial, y al verle, Napoleón se levantó. «Señor Lesueur, tengo el gusto de saludaros; venid á presenciar vuestro triunfo: vuestros dos primeros actos son notables, pero el tercero es incomparable.» Lesueur se hallaba demasiado emocionado para poder contestar, mientras que el público se deshacía en aplausos, oyéndose por todas partes los gritos de: «¡Viva el Emperador! ¡Viva Lesueur!» Confundido Lesueur, quiso retirarse.

«De ningún modo,—exclamó el Emperador,—no permito que os marchéis; quiero que gocéis de vuestro triunfo,» y le llevó á la delantera del palco, obligándole á sentarse en su propio asiento, al lado de la Emperatriz, haciéndole permanecer allí por espacio de más de un cuarto de hora, ante el público que aplaudía frenéticamente. Al día siguiente se presentó el general Duroc en casa de Lesueur y le entregó, de parte del Emperador, las insignias de la Legión de Honor, el nombramiento de director de la Capilla imperial y una petaca de oro, que tenía grabadas en la tapa estas palabras: «El emperador Napoleón al autor de *Los Bardos*.» Napoleón, que sabía que Lesueur no era rico, le incluyó en la petaca veinte mil francos en billetes de Banco. La admiración que Napoleón sentía por *Los Bardos* no era exagerada, y es de admirar que un músico de la altura de Lesueur no haya gozado de mayor popularidad.

Napoleón también, por recomendación de Josefina, obligó á la empresa de la Opera á poner en escena *La Vestal*, de SPONTINI (1807), única obra representada en aquel teatro que pueda compararse á *Los Bardos*. Los actores se negaron á cantar una música que llamaban imposible. En las soirées de la orquesta de Berlioz puede verse fácilmente cómo, vencidas las primeras dificultades, cedió poco á poco la oposición, que se convirtió en entusiasmo. El público se puso de parte del Emperador y la nueva música obtuvo un éxito brillante, concediéndosele uno de los premios decenales. *Hernán Cortés*, cuya letra era también de Jouy, obtuvo igualmente dos años más tarde el mismo éxito (1809). Después de *Los Bardos*, de *La Vestal* y *Hernán Cortés*, las óperas más notables de esta época fueron: *Anacreonte* (1803), *Los Abencerrajes* (1813), de CHÉRUBINI; *Astyanax*, *Aristipo* y *La muerte de Abel*, del violinista Rodolfo KREUTZER. La *Adriana*, de MÉHUL (1799), y *El triunfo de Trajano*, de PERSUIS, fueron dos óperas alusivas y de circunstancias, lo mismo que el *Bayardo en Mézières*, de CHÉRUBINI (1813). Napoleón deseaba traer al primer teatro lírico francés las obras de actualidad que alcanzaban fama en el extranjero. *Los misterios de Isis* y *La flauta mágica*, de Mozart, se representaron en 1802; *Don Juan*, en 1805, si bien es verdad que estas dos obras sufrieron varias alteraciones en su arreglo al francés. A pesar de todo, la Opera se sostenía con dificultad, lo cual preocupó á Napoleón hasta durante la

campaña de Rusia; de tal modo que, al tener noticia en Moscow del ruidoso fracaso sufrido por dos obras que se habían representado en dicho teatro, escribió al ministro del Interior: «¿Queréis acaso que la



Transparente colocado en la fachada del Palacio del Senado en la fiesta de recepción de la emperatriz María Luisa (según dibujo de Laffite)

posteridad diga que en mi reinado decayeron las artes? A vuestro cuidado se hallan las bellas artes; á vos os toca, pues, evitar que esto suceda. ¿Cómo se ha permitido la representación de esas dos obras? No debíais haber tolerado que se presentasen ante la Academia imperial de música más que obras dignas de nuestro primer teatro lírico.»

La *ópera cómica* da una idea mucho más completa de la música francesa que la *seria*, ya que, como indica su nombre, presenta todas las formas y expresa todas las pasiones, todos los sentimientos y tiene los más variados caracteres.

Se encuentra en ella la juguetona zarzuela al lado de la amplia y potente composición orquestal de un Cherubini y de un Lesueur, fantasías ligeras y burlescas al lado de obras brillantes, apasionadas y profundamente dramáticas; hállase asimismo en ella la inspiración religiosa más elevada, pues que el *José*, de MÉHUL, es más un oratorio que una ópera cómica. A excepción de SPONTINI, que sin embargo había debutado con la ópera cómica *Milton*, en la que abundan hermosos pasajes, y LESUEUR, que no volvió á presentarse en la ópera cómica desde su *Pablo y Virginia* (1794), las obras más populares de los grandes músicos franceses fueron representadas en el teatro Feydeau. MONSIGNY (1729-1817) y GRÉTRY (1748-1813), creadores de la ópera cómica, vivían todavía (1). CATEL (1773-1830) compuso en estilo correcto y espiritual, pero algo frío, *La hostería de Bagnères* (1807); Méhul compuso un capricho, *Los dos Ciegos de Toledo* (1802), y *Uthal*, cuya rara instrumentación perjudicó á su éxito (2), y crecióse en el *José* (1807), alcanzando el puesto de jefe de la escuela francesa. CHÉRUBINI, célebre ya por su *Lodoïska* (3), compuso *Las dos Jornadas* (1802). Méhul y Cherubini, á causa de su extraordinario talento, no fueron los músicos más populares, cono-

(1) Napoleón no simpatizaba con Grétry. En una de las recepciones del Instituto, Napoleón le preguntó su nombre. «Grétry, señor.» Al volver á pasar Napoleón por delante de él, le volvió á preguntar: «¿Cómo os llamáis?—Grétry, señor.» Fuese descuido ú olvido, Napoleón volvió á preguntárselo por tercera vez. «*Siempre* Grétry,» le respondió el músico. Napoleón no olvidó este incidente y, sin embargo, le condecoró en 1805. Grétry no murió hasta 1813, el mismo año que el poeta Jacobo Delille.

(2) Méhul reemplazó todos los violines por violas para hacer resaltar mejor el carácter sombrío y profundo de la obra, lo que movió á Grétry á decir: «Daría un luis por comprender una sola cantata.» Méhul compuso la música del himno ejecutado al terminar el banquete que se celebró con motivo del casamiento de Napoleón con María Luisa. Paer fué el autor de la música de la ceremonia religiosa. Napoleón había conocido á Paer en Dresde, en 1806, y entusiasmado con su *Aquiles* le llevó consigo, nombrándole director de su música particular. GHERARDESCA (1730-1808) compuso una notable misa de requiem con motivo de la muerte de Luis de Borbón, rey de Etruria.

(3) El argumento de *Lodoïska*, puesto en moda por las obras de Louvet, lo mismo que el de *Pablo y Virginia*, fueron obra de Rodolfo Kreutzer. Nacido éste en Versalles, no debe ser confundido con el balense Conradino Kreutzer, autor también de varias óperas.

ciéndose tanto como á ellos, por lo menos, á GAVEAUX (1765-1825), á quien cabe llamar el Mozart de las canciones, por *El Cantor y el Sastre*, y *M. Deschalumeaux* (1808). DALAYRAC (1753-1809), en la ópera cómica semi-seria, tal como era en su origen, demostró aún toda la gracia de su genio en su *Casa en venta* (1800); *Pícaros y Diego* (1803); *Una hora de matrimonio* (1804); *Gulistán* (1805). Al mismo tiempo que él y con análogos méritos se distinguen, sin apartarse de este género moderado, espiritual y tierno, pero elevándole á una altura no conocida hasta entonces, DEVIENNE (1759-1803), DELLA MARÍA (1764-1800) y Mme. GAIL (1776-1819) (*Los dos celosos*, 1813; *La Serenata*, 1814). Berton, Nicolás Isouard y Boïeldieu llevaron á la perfección la antigua ópera cómica francesa. BERTON (1765-1844), que se inspiró en las obras de Mozart, compuso *Montano y Estefanía* (1799), *El Delirio* (1799) y *Alina, reina de Golconda* (1803). Nicolás ISOUARD (1775-1818) tiene menos empuje, pero compuso páginas de un sentimiento exquisito, como se ve en *Joconda* (1803), en *Jeannot y Colin* (1814) y en *La Cenicienta* (1810), aparte de las filigranas y de la extraordinaria facilidad que, en grado superior, ostenta en su *Billete de lotería* (1812) y en su *Cita casera* (1807). BOÏELDIEU (1775-1834), rival de N. Isouard en sus primeras obras, continuó manifestando su inspiración, aumentando la fuerza de su ingenio y afirmando su originalidad. *El Califa de Bagdad* (1799), *Bienowsky, Mi tía Aurora* (1802), *Juan de París* (1812) y *El nuevo amo de la aldea* (1813) preludian *La Dama blanca*.

Los compositores que debían continuar los triunfos de la ópera cómica francesa habían entrado ya en escena (1). HÉROLD obtuvo el premio de Roma en 1812, y AUBER debutó en 1813 en el teatro Feydeau con su *Parada militar* (2).

---

(1) El napolitano CARAFA DE COLOBRANO, que más adelante debía ir á París y formar parte de la Academia de Bellas Artes, era entonces distinguido oficial de caballería á las órdenes de Murat, cuya caída le llevó de nuevo á sus antiguas aficiones artísticas, dando al público en 1814, en Nápoles, *Il Vascello l'Occidente*.

(2) Dentro de la ópera cómica podemos estudiar la música de salón; la romanza, cuyo éxito había sido tan grande en Francia desde la época de GARAT (1764-1823) y MARTIN, continuaba siempre de moda, no desdeñándose de cultivar este género muchos de los músicos que se habían distinguido en el teatro, como GAVEAUX, Mme. GAIL, PLANTADE (1767-1839), SOLIÉ (1755-1812), y algunos debieron exclusivamente su fama á

AUBER se había dedicado ya á la MÚSICA RELIGIOSA, bajo la dirección de Chérubini, llegando á su mayor grado de inspiración en el *Agnus Dei* de la misa á cuatro voces, que fué su primera obra importante. Este *Agnus Dei* se convirtió en el coro de la plegaria de *La Mutta:* «Santo bienaventurado, cuya divina imagen...» La música religiosa francesa producía entonces verdaderas obras maestras, comparables, si no superiores, á las más bellas que Alemania é Italia habían producido; ésta es, aunque poco conocida, la manifestación más notable de la música francesa á principios del siglo XIX. GOSSEC (1733-1829), LESUEUR y CHÉRUBINI merecen la fama, más que por sus óperas, por sus misas, motetes y te-deums, que con suma frecuencia se cantaban entonces en Nuestra Señora. Aunque inferiores á éstos, puede citarse á LEBRUN (1764-1829), autor del *Te-Deum* con que se celebró la victoria de Wagram. Napoleón, firmado el Concordato, se ocupó en la organización de una capilla consular de música sacra, la cual empezó á funcionar en 20 de Julio de 1802 y cuya dirección confió al anciano Paisiello, á quien hizo venir de Nápoles, concediéndole un elevado sueldo. Más adelante esta capilla se convirtió en capilla imperial y tuvo por director á Salieri, consignándose para su sostenimiento 550.000 francos en 1812.

Todas estas obras demuestran el adelanto en que se encontraba la ENSEÑANZA MUSICAL en Francia. El Conservatorio de París, fundado en 1795, se colocó antes de veinte años á mayor altura que los demás establecimientos de su género: GOSSEC enseñó en él composición hasta 1815, teniendo por compañeros á CATEL, cuyo tratado de armonía se ha hecho célebre; REICHA (1772-1836), el abate ROZE (1745-1819), PERNE (1772-1832) y principalmente CHÉRUBINI (1), compositor de gran talento y de un conocimiento del arte demasiado olvidado en la actualidad, pero á quien Haydn y Beethoven calificaban de primer

---

este género, como ROMAGNESI (1781-1850), LAMBERT, DALVIMARE (1772-1839), PRADHER, CARBONNEL, CHORON, cuyo *Centinela* obtuvo un éxito europeo; sin contar los italianos MENGOZZY, FERRARI, BLANGINI y Mme. BARILLI. Rivalizaban con éstos las damas de la aristocracia, bastando que recordemos á Hortensia de BEAUHARNAIS. Las romanzas amorosas y guerreras de Dalvimare, *Bayardo, El Cid, Francisco I*, corrieron toda Europa en boca de los jóvenes oficiales de Francia.

(1) Chérubini, lo mismo que Spontini, á pesar de haber nacido en Italia, pertenecen á la escuela francesa.

músico de su época. La enseñanza práctica corría parejas con la teórica; París era entonces, como se ve, uno de los grandes centros musicales de Europa, tal vez el superior, no sólo por el talento de los compositores franceses, sino por el número de compositores extranjeros que habían fijado allí su residencia.

París era, por otra parte, superior también por una numerosa



El Rey de Roma. (Dibujo de Prud'hon, copia fotográfica de Braun, Clément y C.ª)

colonia de cantores é instrumentistas de primera línea, en su mayoría franceses, con los cuales acudían á competir todas las celebridades de Europa. Respecto á los instrumentistas, la escuela francesa de violín, que á fines del siglo anterior tuvo un gran artista en GAVINIES (1728-1800), se aprovechó afortunadamente del ejemplo del italiano Viotti y del bohemio Stamitz. Se colocó de pronto en lugar preferente en Europa con RODE (1774-1830), BAILLOT (1771-1842) y KREUTZER, eminentes músicos que vienen á constituir el triunvirato del arco, y contaron un gran número de adeptos distinguidos, como LAFOND (1781-1831) y madama LADURNER. Los artistas franceses se fijaban

principalmente en la pureza del sonido, en la expresión y en la entonación, sin buscar las dificultades cuando verdaderamente resultaban inútiles, mostrándose, sin embargo, tan aptos como los italianos para ejecutarlas. Los conciertos de esta época eran numerosos y notables. Además de los violinistas que acabamos de mencionar, se distinguieron los pianistas Luis ADAM (1760-1848), KALCKBRENNER (1784-1849), PLEYEL (1757-1832), STEIBELT (1765-1823) y REICHA; los arpistas MOLINOS y ROUSSEAU; los fiscornos PUNTO y DUVERNOY, el bajo DEVIENNE, autor de la ópera cómica *Las visitas*, etc. No se distinguían menos los cantores, bastando citar como concertistas á GARAT y á madama BARBIER; en la ópera, DUFRESNE, LAYS, ROLAND, DERIVIS, CHÉRON, NOURRIT, padre, madamas MAILLARD y BRANCHU; en el teatro Italiano, Manuel GARCÍA y madamas BARILLI y GRASSINI. La compañía de la Opera cómica se distinguía con ELLEVIOU, MARTIN, SOLIÉ, GAVEAUX, CHENARD, GAVAUDAN, HUET y madamas SAINT-AUBIN, GONTHIER, DUGAZON y BOULANGER (1).

Pero por muy brillante que fuese la ejecución musical de aquella época, los actores dramáticos aventajaban extraordinariamente á los líricos. El Teatro francés no tuvo rival en la tragedia. TALMA (1770-1826), completando la obra de Lekain, realizó una verdadera revolución en la tragedia, procurando llevar á ella la verdad histórica por medio del traje, la *mise* en escena y la presentación del personaje. Secundáronle dignamente el actor LAFON (1775-1846) y las actrices señorita DUCHESNOIS (1777-1835) y su rival la señorita GEORGES (1786-1867), que dividieron al público en dos partidos sumamente entusiastas. No floreció menos la comedia con FLEURY (1778-1822), GOURGAULT, llamado DUGAZON (1743-1809), MONVEL (1770-1817), que perteneció al Instituto y compuso varias obras para el teatro, NAUDET (1743-1830) (padre del literato), las señoritas Luisa CONTAT (1760-1813), su hermana Emilia (que murió en 1846), DEVIENNE (1763-1841) y principalmente MARS (1779-1847), que con Talma son los

(1) El baile se conservó á la altura á que lo había elevado primeramente VESTRIS, por su hijo (1760-1842), que no salió de la Opera hasta 1818; por DUPONT-GOSSELIN y por madamas GARDEL (1770-1830), CHEVIGNY y BIGOTTINI, que ejecutaban las composiciones coreográficas de MILON y de Pedro Gabriel GARDEL (1754-1846).

dos nombres más famosos del arte dramático. En los géneros secundarios, los actores POTIER (1774-1838), MIRA, conocido con el sobrenombre de BRUNET (1766-1853), y ODRY (1781-1853), hicieron el teatro de Variedades, abierto en 1807, el más concurrido de París. Nunca había brillado tanto el teatro como en esta época (1).

Aunque Napoleón limitó mucho el número de los teatros, sin indemnizar los que suprimió, no era su deseo restringir demasiado dicho número y creía un deber de gobierno proteger todos aquellos que tenían carácter serio. Hallándose en Moscow redactó el decreto que sirve aún de base para el funcionamiento del primer teatro nacional. «El teatro Francés, decía el año anterior ante el Consejo de Estado, constituye una parte de nuestra gloria nacional.» La Opera se convirtió, como era natural, en el teatro de las clases pudientes, pero el Emperador deseaba facilitar la asistencia del pueblo al teatro Francés. «El teatro Francés, decía también al Consejo de Estado, debe reducir los domingos el precio de los asientos de patio á veinte sueldos, á fin de que el pueblo pueda asistir á las representaciones;» y agregaba con este motivo: «No deben seguirse siempre las mismas reglas antiguas, como si fuese imposible poder hacerlo mejor.»

(1) Su historia sería sumamente interesante, pero nos apartaría demasiado de nuestro objeto. Véanse Maune, *Galería histórica de la compañía de Talma;* los artículos de V. Fournel, en *Le Correspondant,* sobre el teatro durante la época de la Revolución; V. Du Bled, *Los actores durante la época de la Revolución y del Imperio.*

CAPÍTULO XI

EL BLOQUEO CONTINENTAL Y LA INDUSTRIA FRANCESA

PRINCIPIOS DE LA LIGA DE LOS NEUTRALES.—TIRANÍA MARÍTIMA DE INGLATERRA.—POLÍTICA ECONÓMICA Y ADUANERA DE NAPOLEÓN.—DECRETO DE BERLÍN.—DECRETO DE MILÁN. INDUSTRIAS QUÍMIMICAS Y MANUFACTURERAS.



L bloqueo continental fué, por decirlo así, el hecho culminante de la política de Napoleón á partir del año 1806. Después del fracaso de la intentona de Bolonia y del desastre de Trafalgar, viendo Napoleón que no podía en mucho tiempo herir directamente á su «enemigo hereditario,» Inglaterra, se propuso atacarla por medio de una guerra de nuevo género. Francia se convirtió en defensora de la libertad de los mares y de los derechos de los neutrales, que el gobierno inglés se negaba á reconocer. Aguardóse pacientemente el momento en que las violencias cometidas por Inglaterra llegasen por fin á conjurar contra ella á todas las naciones del continente. La convención marítima de San Petersburgo (16 de Diciembre de 1800), entre Rusia, Suecia y Dinamarca, á las que luego se agregó Prusia (16 de Febrero de 1801), afirmó nuevamente, como base del derecho internacional marítimo, los principios de la decla-

ración de neutralidad de 1781, principios que, para honra de Francia, habían sido tomados de un antiguo reglamento francés de 1778:

1.° Los buques neutrales podrán navegar libremente en las costas de las naciones que se hallen en guerra.—2.° Los efectos y mercancías pertenecientes lá los súbditos de las naciones que estuviesen en guerra serán libres en los buques neutrales, exceptuándose aquellas mercancías que constituyesen contrabando de guerra. Lo cual se resume en la fórmula: «El pabellón cubre la mercancía.»—3.° El contrabando de guerra comprende únicamente las armas y municiones. Preciso se hizo explicar este punto de un modo sumamente claro, pues Inglaterra, simulando aceptar estos principios, se arreglaba de modo que hacía completamente inaplicable tal disposición, entendiendo por contrabando de guerra todo aquello que pudiese ser útil, aunque fuese de un modo indirecto, á los beligerantes, como, por ejemplo, los granos destinados á provisionar las plazas sitiadas, la madera, el cáñamo ó el hierro, que podrían servir para la construcción de buques, etc.—4.° No podrá ser visitado ningún buque convoyado por otro de guerra.—5.° No se considerará bloqueado un puerto sino cuando los buques que lo ataquen se hallen á una distancia tan próxima del mismo que constituyan un peligro evidente para entrar ó salir de él. Este principio se expresa más concretamente con la siguiente frase: «El bloqueo, para ser obligatorio, ha de ser efectivo.» Principio contra el cual Inglaterra mantenía principalmente sus pretensiones, llegando hasta á exigir que prevaleciese la teoría de que, para que un bloqueo fuese obligatorio para las naciones neutrales, bastaba que hubiese sido declarado por un acto del Almirantazgo.

El bonbardeo de Copenhague (Abril de 1801) y el abandono en que quedó Dinamarca por parte de sus aliados de la liga, demostraron que los neutrales no tenían ni suficiente fuerza ni se hallaban resueltamente unidos para defender sus derechos, por cuya razón, desde la ruptura de la paz de Amiens, Napoleón buscó el triunfo de su causa prescindiendo de ellos y muy pronto á pesar de ellos. No se preocupó por esto ni de sus derechos ni de sus bienes, ni siquiera de su independencia, dando por única excusa de tal conducta la defensa de la libertad marítima.

Sería curioso seguir la marcha de las ideas de Napoleón sobre el comercio, y sus exageraciones cada día mayores, que se manifestaban ya en sus declaraciones públicas, ya en sus expansiones íntimas, así como en las ordenanzas preparatorias del decreto de Berlín y después



Una gran parada durante el Imperio (1810). (Cuadro de H. Bellangé, pintada la parte de arquitectura por Dauzáts, existente en el Museo de Versalles)

del de Milán, que lo amplió, y últimamente por la guerra que declaró á todas las naciones europeas para el cumplimiento de ambos decretos.

Antes de que apareciese ninguna ley de carácter general sobre esta materia, Napoleón trató de abrir nuevos mercados á los productos franceses influyendo en la moda. En más de una ocasión se lamentó de la carencia de espíritu nacional en las mujeres, ya que si lo tuviesen habrían renunciado al empleo de blondas de Suiza y de Inglaterra, y no usarían otros trajes más que los confeccionados con sedas de Lyón ó de hilo de Cambray, á cuyo propósito recordaba lo graciosas que estaban con estos trajes las jóvenes que había conocido cuando era subteniente. En la época del Consulado dispuso que no se permitiese la entrada en las Tullerías á las señoras que no fuesen vestidas con tejidos franceses; y madama Bonaparte, que poseía gran cantidad de telas de la India, recamadas de oro y plata, las regaló á la señorita Duchesnois, célebre trágica á quien protegía. Napoleón, á la par de estos dos célebres y rigurosos decretos, no se desdeñaba de recurrir á todos los pequeños recursos, que en realidad no carecían de eficacia. Cuéntase que hallándose cierto día en Saint-Cloud, en la época del mayor apogeo del Imperio, recibió la visita del alcalde de Lyón, por cuyo motivo se celebró una gran fiesta en el parque, á la que asistieron todas las señoras vestidas de etiqueta. Al regresar á palacio comenzó á llover. «Señor alcalde,—le dijo al oído el Emperador,—voy á trabajar en favor de vuestros productos.» Al llegar á la puerta se colocó en su dintel, continuando la conversación que había comenzado en el parque, deteniéndoles á todos, pues nadie se atrevió á adelantarse. Permaneció en esta actitud sólo algunos momentos, pero los suficientes para que se mojasen los trajes de seda y tuvieran que ser reemplazados por otros. Preferible hubiera sido que Napoleón no hubiese tenido que recurrir nunca á medios tiránicos para proteger la industria nacional.

Las medidas coercitivas adoptadas por Napoleón reconocían como causas el deseo de hacer progresar la industria francesa y el odio que abrigaba contra Inglaterra, dominando sin embargo este último sentimiento. Las ideas de Napoleón respecto á este punto, ideas que llevaba hasta la exageración, no eran ciertamente nuevas entre los hombres de la Revolución. En el discurso que Francisco, de Neufchâ-

teau, pronunciara en 1798, al verificarse la apertura de la primera Exposición de productos industriales que se ha celebrado en Europa, ensalzó, como una de las conquistas de la Revolución, la libertad comercial y la institución que inauguraba, debida á sus iniciativas, como uno de los medios de esa misma libertad comercial. «La libertad, dice, despierta á las artes útiles, encendiendo la antorcha de la emulación, desconocida en las épocas del despotismo, y nos proporciona así los medios de sobresalir sobre nuestros rivales y de vencer á nuestros enemigos.» Con motivo llama la atención en este discurso la frase «vencer á nuestros enemigos.» ¡Cuánto se diferenciaba esta Exposición de las que se han celebrado después con el nombre de internacionales!; la Exposición de 1798 se consideraba en sí misma como un arma de guerra. La extrema medida del bloqueo continental fué sólo un acto de represalias. Inglaterra la provocó con sus pretensiones contrarias á la libertad de los mares, pretensiones que se remontaban al siglo XVIII y hasta al XVII *(Acta de navegación)*, y también á disposiciones de época mucho más reciente. Un estatuto de Jorge III, de 1794, declaraba que incurrían en delito de alta traición los que comerciaban con Francia. En 21 de Octubre de 1806 el gobierno británico, confirmando y ampliando los decretos de 1803, 1804 y 1805, prohibió á las potencias neutrales toda clase de comercio con Francia, desde Brest hasta las Bocas del Elba, declarando de este modo el bloqueo de las costas de Francia, bloqueo puramente ficticio, pues que ni Inglaterra ni ninguna otra nación poseían suficiente número de buques para vigilar semejante extensión; bloqueo tan fácil de decretar sobre el papel como difícil de hacer cumplir.

Napoleón se hallaba en Berlín al recibir la noticia de la publicación de este decreto. En medio de su poder y de su gloria no se olvidaba, sin embargo, de que el enemigo á quien perseguía era Inglaterra, y había dicho al principio de la campaña: «Me propongo reconquistar nuestras colonias por tierra; si los Ingleses se proponen cerrar el Océano, yo les cerraré el mar por la misma tierra.» Después de la batalla de Jena creyó llegado el momento oportuno de realizar su idea (dominar el mar por tierra) y de organizar «el bloqueo continental,» cuya idea abrigaba ya en toda su extensión desde la época del Consulado; y volviendo contra Inglaterra, como dijo ya entonces

ante el Consejo de Estado, el *Acta de navegación* de Cromwell, promulgó en Berlín el célebre decreto de 21 de Noviembre de 1806:

«Considerando que Inglaterra se niega á admitir el derecho de gentes, aceptado generalmente por todos los pueblos civilizados...; que declara el bloqueo de los puertos ante los cuales no tiene un solo buque de guerra, aunque un puerto no se considere bloqueado más que en el caso en que realmente sea atacado de manera que resulte un verdadero peligro el intentar aproximarse á él; que declara asimismo bloqueadas regiones y costas que todas sus fuerzas marítimas reunidas serían insuficientes para conseguirlo prácticamente, como son todas las costas de una nación; que este monstruoso abuso del derecho de gentes no reconoce otro móvil que el de cortar las comunicaciones entre las naciones europeas y levantar el comercio y la industria inglesa sobre las ruinas de la industria y el comercio del continente; que siendo tan evidente el deseo de Inglaterra, cualquiera que en el continente comercie con ella favorece desde luego sus propósitos y se hace su cómplice; que tal conducta de Inglaterra, digna de las primitivas épocas de barbarie, favorece decididamente á esta potencia en detrimento de todas las demás, siendo un principio de derecho natural oponer al enemigo las mismas armas que él emplea y combatirle con el mismo sistema con que él combate, desde el momento en que menosprecia todos los principios de justicia y toda clase de sentimientos liberales, nacidos de la civilización humana;

»Hemos resuelto aplicar á Inglaterra los procedimientos consagrados en su legislación marítima...

»En su consecuencia, hemos decretado y decretamos lo siguiente:

»Artículo primero. Se declaran bloqueadas las islas Británicas.

»Art. 2.° Se prohibe toda clase de comercio y de correspondencia con las Islas Británicas.

»En su consecuencia, no se dará curso en el correo y serán decomisadas todas las cartas y paquetes dirigidos á Inglaterra ó á súbditos ingleses.

»Art. 3.° Se considerará prisionero de guerra todo súbdito inglés, cualquiera que sea su estado y condición, que se encuentre en los países ocupados por nuestras tropas ó por las de nuestros aliados.

»Art. 4.° Se declara buena presa los almacenes, mercancías y propiedades de toda clase, pertenecientes á súbditos ingleses ó procedentes de las fábricas de esta nación.

Art. 5.° Se prohibe el comercio de productos ingleses y se declara buena presa las mercancías pertenecientes á Inglaterra ó procedentes de sus fábricas y de sus colonias...

»Art 7.° No se permitirá la entrada en ningún puerto á los buques procedentes directamente de Inglaterra ó de las colonias inglesas, en las cuales hayan permanecido después de la publicación de este decreto.

Art. 8.° Será apresado todo buque que mediante declaraciones falsas contravenga la disposición anterior, y confiscado con su cargamento, considerándosele como de propiedad inglesa.

Si Napoleón no toleraba la existencia de potencias neutrales en su empeñada lucha contra Inglaterra, ésta á su vez se mostraba tan intransigente como él en este punto: Europa entera, la misma Amé-



Muerte de Nelson en el combate de Trafalgar. (Pinturas decorativas de Mac-Lise en el Parlamento inglés)

rica y la Iglesia, con el Sumo Pontífice á la cabeza, todos debían escoger un partido, ó por mejor decir, un tirano. Inglaterra castigó cruelmente á Dinamarca por su neutralidad, y el segundo bombardeo de Copenhague y la destrucción de la flota danesa demostraron al mundo lo que costaba, particularmente á los pequeños Estados, su empeño en conservar la independencia política (Septiembre de 1807). Semejante conducta hizo decir á los enemigos de Francia que Inglaterra era tan tiránica en el mar como Napoleón por tierra, que ella era tan pérfida como él violento, y que entre ambos no había seguridad ni reposo posible para ninguna nación. «Tal era el lenguaje de nuestros enemigos, tal era la opinión de Berlín y de Viena. Pero nuestros ami-

gos y los hombres imparciales reconocían que Francia tenía sobrada razón en aunar el empuje de todos los pueblos contra un despotismo marítimo intolerable, que, una vez establecido, sería imposible destruir y no admitiría más pabellón que el pabellón inglés ni toleraría el comercio de otros productos que los ingleses, terminando por fijar á su capricho los precios del mercado.» (THIERS).

Inglaterra, á pesar de sus victorias, sólo conservaba el dominio



Muerte de Nelson en el combate de Trafalgar. (Pinturas decorativas de Mac-Lise en el Parlamento inglés)

de sus radas y de las islas de Heligoland, Cerdeña, Sicilia y Malta. Mortier ocupó las ciudades hanseáticas, cuyos comerciantes continuaban dedicados al contrabando. Inglaterra se vió obligada á cambiar de política, pues el mantenimiento del bloqueo absoluto de los puertos franceses equivalía á reforzar por su parte la barrera que Francia había levantado contra ella, por cuyo motivo suspendió el *Acta de navegación*, permitiendo «á todas las naciones amigas ó aliadas suyas la importación en Inglaterra de los productos del suelo y de las mercancías de los países beligerantes.» Las ordenanzas del consejo del almirantazgo inglés (11 de Noviembre de 1807) declararon bloqueados todos los puertos del continente en los que no se admitiese el

pabellón inglés y sometidos todos los buques á la vista de los cruceros ingleses, quedando obligados á tocar en algún puerto inglés y á satisfacer un impuesto, lo que si no era la prohibición del comercio, era la intervención del mismo y una contribución onerosa para los buques, quedando en su virtud Inglaterra árbitra del comercio y obteniendo para su tesoro extraordinarios beneficios.

Los buques del Mediterráneo debían tocar en Malta y los del Océano en Londres. Napoleón respondió á este nuevo menosprecio del derecho de gentes con otro acto de violencia, el decreto de Milán (17 de Diciembre de 1807), cuyos principales artículos reproducimos á continuación:

«Artículo primero. Todo buque, sea cual fuere su procedencia, que haya sido visitado por un crucero inglés ó se haya visto obligado á tocar en Inglaterra, ó haya pagado cualquier impuesto al gobierno inglés, pierde desde luego su nacionalidad y la garantía de su bandera, quedando convertido en propiedad inglesa.

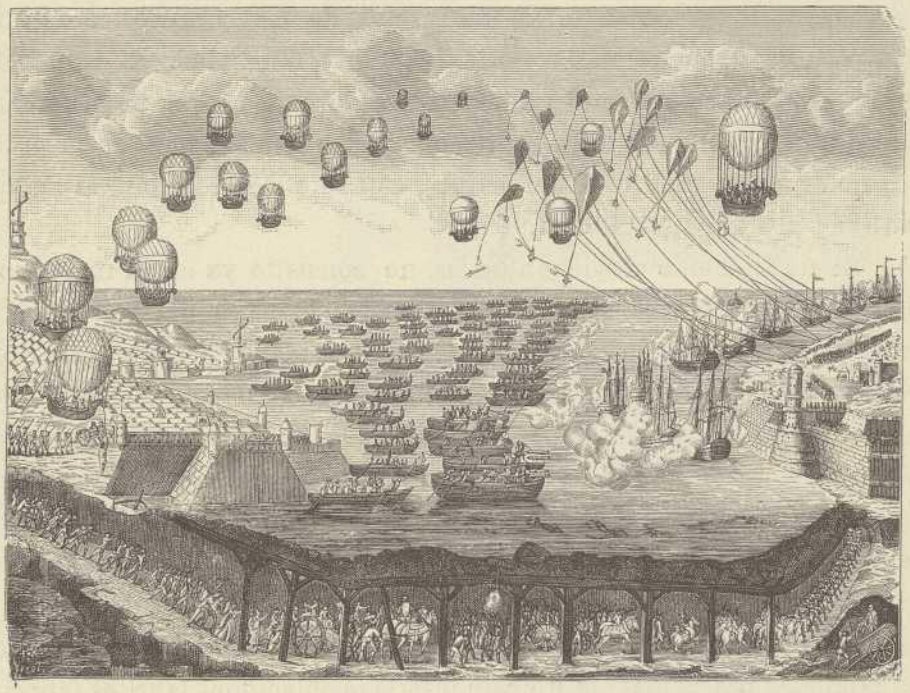
»Art. 2.° Se declaran buena presa todos los buques que hayan perdido su nacionalidad por las arbitrarias medidas del gobierno inglés y entren en nuestros puertos ó en los de nuestros aliados, ó sean apresados por nuestros buques de guerra ó por nuestros corsarios.

»Art. 3.° Se declaran bloqueadas, así por mar como por tierra, las islas Británicas.»

Constituía esto una verdadera lucha de un nuevo género, que Napoleón sostuvo contra Inglaterra durante todo su reinado con infatigable ardor. Esta guerra llevó consigo grandes violencias, y las violencias en el mar acostumbran á dar vida al contrabando, contrabando contra el cual Napoleón se dispuso á luchar; pero el vencedor de Austria y de Prusia fué puesto en jaque por los contrabandistas, y á pesar de tantos y tan rigorosos decretos prohibitivos, el mercado de Europa estaba inundado de productos ingleses.

El principal centro de este contrabando era Heligoland. Esta isla granítica está dividida en dos partes: una baja, en la cual pueden atracar los buques, y otra elevadísima, con la cual únicamente podía comunicarse merced á una escalera de madera de doscientos peldaños, sumamente fácil de cortar en breves instantes. Seiscientos ingleses, protegidos por una numerosa artillería, defendían esta parte

alta, lo propio que los vastos almacenes que habían construído y que contenían mercancías de todas clases, con un valor aproximado de trescientos ó cuatrocientos millones. Una escuadrilla inglesa cruzaba sin cesar por las aguas de la isla, defendiendo la parte baja é impidiendo aproximarse á ella. A este punto acudían los contrabandistas á surtirse de los efectos que llevaban después al continente. Los labradores de las tierras próximas á las costas eran los primeros depositarios de esta clase de mercancías; tomábanlas de ellos duante la noche para transportarlas á diversos puntos, y este contabando se verificaba, no sólo en las ciudades hanseáticas, sino también en todas las costas de Holanda, cuya población secundaba con ardo á los contrabandistas, uniéndose á ellos para atacar á los aduaneros, desarmándoles y asesinándoles. (THIERS).



Diferentes proyectos concebidos para la invasión de Inglaterra. (Grabado anónimo de la colección Hennin)

Sucediéronse repetidos decretos para crear nuevos obstáculos, que el contrabando lograba siempre vencer. Napoleón, no pudiendo lograr que se cerrase el paso en Francia á los productos de las colonias, por decreto de 5 de Agosto de 1810 los gravó con un impuesto sumamente oneroso de un 50 por 100, creyendo que de esta manera obtendría un triple objeto: mantener en baja los precios del mercado de

Londres, á causa de la dificultad que tenían los productos ingleses para penetrar en Francia; conservar altos estos mismos precios en el interior, protegiendo de esta manera la industria nacional, y llevar al tesoro los beneficios del contrabando. Este decreto parecía anular en la práctica el bloqueo continental, si bien en teoría se salvaba este principio por la distinción algo sútil que se establecía entre los productos *de procedencia no permitida* y los *de procedencia permitida*, es decir, procedentes de las presas de los corsarios, ó de buques autorizados ó de países verdaderamente neutrales. El impuesto del 50 por 100 sólo afectaba á los efectos de esta última procedencia, continuando prohibida la introducción de los demás; pero en la práctica no se hacía gran caso del origen, con objeto de recaudar la mayor cantidad posible de derechos.

El contrabando desde entonces no consistió ya en la introducción de los productos, sino en substraerlos al pago del impuesto, á pesar de lo cual continuó con la misma actividad. El decreto de 8 de Octubre de 1810 creó también *Tribunales prevostales*, para entender en los delitos de contrabando, y además los *Tribunales ordinarios de aduanas*, para entender en los delitos sobre fraude en materias no prohibidas. Ordenóse se quemaran todos los efectos que hubiesen sido decomisados legalmente, y que hasta entonces se habían vendido en pública subasta. Estas violentas disposiciones produjeron un disgusto casi general, estallando las quejas de los banqueros y comerciantes de las ciudades marítimas, y únicamente las poblaciones fabriles felicitaron al Emperador. Las siguientes líneas, escritas por un inglés, darán una idea aproximada de la actividad, recursos y medios de todo género de que se valía el contrabando: «Durante el mando de Bonaparte salían continuamente de Londres buques con cargamento de azúcar, café, tabaco y algodón hilado, destinados á Salónica, desde donde se trasladaban estas mercancías en caballerías, á traves de Servia y Hungría, á toda la Alemania y hasta la misma Francia; de manera que uno de estos productos que se consumiese en Calais, llegaba desde Inglaterra, que dista sólo siete leguas, después de haber dado una vuelta que equivalía en cuanto á los gastos á un doble viaje alrededor del mundo.»

Si la lucha contra los contrabandistas provocó la publicación de



El Emperador y la emperatriz Josefina visitando las fábricas de Oberkampf, en Jouy (20 de Junio de 1806). Copia de un dibujo á la aguada de Isabey, existente en el Museo de Versalles.

decretos y la ejecución de embargos, la lucha contra las naciones fué motivo de guerras y de injusticias.

Las grandes potencias podían todavía oponer alguna resistencia, pero las pequeñas tenían que sucumbir; así Portugal fué invadido en 1807 por haberse negado á romper sus relaciones mercantiles con Inglaterra. Con respecto á España, aliada de los Franceses desde antiguo, Napoleón le echaba en cara, no lo que ella hacía ó permitía hacer, sino aquello que dejaba de hacer, es decir, su incuria, que le hacía perder todos aquellos recursos marítimos cuyo concurso le hubiera sido tan precioso en la guerra contra los Ingleses; y por lo que respecta á la Santa Sede, el Papa, según la dura frase de Mollien, «iba á cesar de reinar en Roma por haber permitido que algunos buques ingleses recalasen en Civitavecchia.»

La calidad de padre común de todos los fieles, invocada por el Sumo Pontífice, no le libró de los rigores de Napoleón, así como tampoco salvó al rey de Holanda el título de hermano que invocaba. La preocupación de extender y de ejecutar el bloqueo continental fué la principal causa que impulsó á Napoleón para cometer las faltas que debían producir su ruina. «Al destronar en 1808 la dinastía española ahondó de este modo con sus propias manos el abismo donde debían hundirse sus veteranas tropas, invencibles hasta entonces; al afrontar en 1812 los peligros sin cuento de la gigantesca campaña de Rusia, y al negar al Austria en 1813 la libertad de las ciudades hanseáticas, no le guiaba ciertamente el deseo de destruir el comercio inglés.»

Tales fueron las consecuencias políticas del bloqueo continental, y de igual importancia fueron también sus consecuencias económicas.

La industria francesa, á pesar de sus progresos, necesitaba todavía el auxilio de la industria de los demás pueblos; necesitaba aún ciertos productos de que los pueblos civilizados no pueden prescindir y que, á pesar de todo su adelanto, no pueden sacar de su suelo; y finalmente, necesitaba también exportar algunos de sus productos. Por esto Napoleón permitió la libre navegación de los buques que llevasen á Inglaterra madera, cáñamo y trigo, con la única condición de que una parte de su cargamento consistiese en sederías, tejidos, vinos, aguardientes ó quesos, y que á su regreso sólo embarcasen mercancías de las que Francia necesitase, como el índigo, la cochini-

lla, aceites de pescado, maderas de las islas y cueros. En cambio, los buques franceses estaban obligados á exportar productos franceses de un valor igual al de su cargamento de regreso. Semejante medida era verdaderamente absurda, pues los productos franceses no se consumían en Inglaterra. «Los negociantes, que habían de perder por completo el valor de los géneros franceses que exportaban, vendían en cambio el azúcar y café que traían de Inglaterra, y el consumidor francés pagaba el importe de los productos que no había consumido.» Los consumidores del continente se veían á pesar de esto obligados á proveerse en Inglaterra, por la rebaja de los precios y los perjuicios del cambio. Improvisáronse grandes fortunas, gracias al privilegio que Napoleón concedía en provecho del fisco y con la intención de aprovecharse de una parte del monopolio que Inglaterra ejercía á expensas del continente. «En el año 1813, Napoleón, renunciando á esperar más la paz por parte de la astuta Inglaterra y confiando tan sólo alcanzarla gracias á las batallas que iban á librarse en Alemania; deseando devolver en parte su actividad comercial á las ciudades de Burdeos, Nantes, Havre y Marsella, les concedió tal número de licencias, que podía considerarse como restablecido casi por completo el comercio con Inglaterra, creyéndose en el caso de calcular en cien millones el ingreso ordinario de aduanas. Cambiáronse de este modo los papeles, pues mientras que Napoleón, dos años antes, torturaba á Europa para impedirle sus relaciones con Inglaterra, ahora era Inglaterra la que, conociendo las inmensas ventajas que tales permisos proporcionaban á su enemigo, puso todo su empeño en impedirlas.»

El bloqueo, sin embargo, ejerció por de pronto una influencia favorable para la industria. La Asamblea Constituyente había adoptado, por su parte, dos acuerdos que debían dar un nuevo impulso al talento de los inventores: abolió los gremios, jurados y maestros, y creó las patentes de invención. Así, pues, durante el bloqueo alcanzó gran actividad la industria francesa en primer término, extendiéndose esta actividad á todo el continente. Entonces fué cuando alcanzaron un rápido desenvolvimiento las manufacturas de algodón y lana en Sajonia, principalmente en Chemnitz, convirtiéndose este país en uno de los principales centros de la industria de tejidos. Respecto á Francia, el bloqueo no produjo otro resaltado que el de colo-

carla en las mismas condiciones en que se había encontrado durante la época de la Revolución, cuando todas las naciones se habían coaligado en su contra, y se vió obligada á vivir con sus propios recursos. Para subvenir á tales dificultades, las industrias químicas realizaron verdaderos prodigios.



Dibujo satírico referente á los cuatro hermanos de Napoleón. "El juego de las cuatro esquinas ó los cinco hermanos.„ (Grabado de la colección Hennin.)

Entre todos estos descubrimientos, inspirados tanto en el patriotismo como en el interés industrial, sobresale en primer término la invención de la sosa artificial, que permitió desde luego prescindir de la sosa de Alicante, de Málaga y de Cartagena. Este procedimiento había sido descubierto antes de la Revolución, pero únicamente entonces fué cuando alcanzó todo su desarrollo. Dicha invención transformó la industria francesa, y más adelante la del mundo entero, sin que proporcionase á su autor, no sólo riquezas, sino ni siquiera la gloria que merecía, pareciendo que la desgracia le perseguía hasta más allá de la tumba, pues casi únicamente los químicos conocían el nombre de Nicolás LEBLANC (1753-1806). Juan Bautista

Dumas dijo, en el acto de la inauguración de un monumento que muy tardíamente se le levantó en Issoudun, su patria:

« Muchos se extrañarán al saber que las dos novedades màs importantes del siglo son la máquina de vapor (perfeccionada) y la sosa artificial, y los dos inventores más útiles, Jaime Watt y Nicolás Leblanc. Pero mientras que los inventos del primero se mueven con gran ruido en todos los talleres ó arrastran á largas distancias los trenes de viajeros y de mercancías sobre las vías férreas que surcan todos los continentes, y sostienen sobre las olas buques mercantes y de guerra, en cambio, en medio del mayor silencio se infiltran en nuestros talleres, como elementos indispensables ó como agentes auxiliares del trabajo, los productos derivados de la sosa artificial; y en medio también del mayor silencio, penetran en todas nuestras casas como objetos directos ó indirectos de consumo. Si se abriese un concurso para averiguar cuál de los dos inventores, J. Watt ó N. Leblanc, ha ejercido mayor influencia en el bienestar de la humanidad, perfectamente cabría dudar entre ambos. Todos los perfeccionamientos de las artes mecánicas proceden, en verdad, del empleo de la máquina de vapor; pero todos los progresos que se relacionan con las industrias químicas arrancan de la fabricación de la sosa, extraída de las sales del mar. El carbonato de sosa, que resulta de esta operación, representa en el día, según el consumo de ambos mundos, una cantidad que se eleva á setecientos ú ochocientos millones de kilogramos; de tal manera, que la cantidad de esta sal consumida por cada uno de nosotros de un modo imperceptible, inconsciente, alcanza á la mitad, por lo menos, y hasta se iguala con frecuencia á la totalidad del peso de la sal marina que necesitamos.»

Leblanc obtuvo en 1797 una patente de invención para garantir la propiedad de su procedimiento, pero al pedir el comité de Salvación pública el sacrificio de toda clase de secretos que pudiesen redundar en beneficio de la patria, renunció generosamente sus derechos y autorizó el libre uso de su descubrimiento, por cuyo motivo quedó arruinado; tras vanos esfuerzos para librarse de la miseria, presa de la desesperación, se suicidó en 1806, al ver en torno suyo numerosas fortunas creadas gracias á su desinterés, sin que la trágica muerte de este gran inventor, noble víctima del patriotismo, llamase gran cosa la atención del público de aquella época.

El nombre más célebre de la industria francesa de aquel tiempo era el de Cristóbal Felipe Oberkampf (1738-1815), que introdujo en Francia la industria de tejidos pintados y fundó la primera fábrica de

hilados de algodón. A fines del reinado de Luis XV comenzó sus primeros ensayos, sin auxilio de ningún obrero, en una pequeña cabaña de Jouy-en-Josas, con un capital de seiscientos francos, haciendo él solo el dibujo, el grabado, el tinte y la impresión de los tejidos, hasta que al cabo de largos años de esfuerzos y de privaciones de todo gé-



Caricatura de la época contra Inglaterra — El Pasado.

nero comenzó su empresa á prosperar. Pronto se pusieron de moda sus tejidos en París y fueron solicitados hasta en Inglaterra. Envió entonces operarios á la India, con objeto de ver si podían sorprender sobre el terreno, en los talleres del país, el secreto de la aplicación de los colores. Napoleón tenía razón al decir en una ocasión á Oberkampf: «Vos y yo hacemos la guerra á Inglaterra, vos por medio de vuestra industria y yo por medio de las armas; pero la vuestra es mejor que la mía.» Luis XVI concedió á Oberkampf un título nobiliario y visitó

la fábrica de Jouy. Napoleón le visitó también dos veces, de la misma manera que había visitado ya las fábricas de Ternaux, en Reims, y la de los hermanos Sévenne, en Rouen. La primera visita la verificó el día 20 de Junio de 1806, acompañado de Josefina, condecorando á Oberkampf con la cruz de la Legión de honor. El Emperador, en su segunda visita (1810), manifestó el deseo de recibir en Saint-Cloud á aquel á quien ya se llamaba el patriarca y el señor de Jouy. Napoleón le hizo diferentes preguntas sobre su industria, sobre la política comercial de Francia en general y sobre su familia. «¿Tenéis algún hijo? Continuará vuestro trabajo ó se comerá tranquilamente vuestra fortuna, como acostumbra á suceder...—He dado, por mi parte, tres millones para plantaciones de algodón en la campiña de Roma; esto será mejor que un Papa.» Acontecía esto en el período más álgido de las cuestiones con la Santa Sede. En este mismo año, Oberkampf obtuvo el gran premio decenal concedido á la industria; renunció la dignidad de senador, y los sabios más ilustres se honraban con su amistad: Gay-Lussac dió un curso de química en la fábrica de Jouy, que Chaptal visitaba con frecuencia para comprobar sus experimentos.

Chaptal (1756-1831) había nacido químico; fundó una fábrica de productos químicos y en 1793 dirigía la fábrica de pólvora de Grenelle. En 1800, bajo el Consulado, llegó á ministro, dedicando los tres años que desempeñó el cargo á la organización de los recursos para la guerra; fué nombrado senador en 1805. No es éste lugar indicado para hablar de todos los servicios que prestó á Francia, pero debemos consignar que sus afortunadas aplicaciones de la ciencia á la industria y á la agricultura tuvieron por resultado un gran adelanto, dando en esta ocasión, como anteriormente, brillante muestra de su prodigiosa actividad, de su rectitud de juicio y de su amor al bien público. Prosiguió Chaptal la obra de Daubenton, que había muerto poco tiempo después de su entrada en el Senado, el 31 de Diciembre de 1799, continuando la naturalización en el suelo francés de los ganados españoles y la mejora de las lanas francesas por medio de los merinos (1); introdujo las máquinas para el hilado y el tejido de lanas

(1) Secundóle en esta empresa el conde de Lasteyrie, cuyo nombre va unido á la mayoría de las mejoras introducidas en la industria ó en la beneficencia en este período,

y dió á conocer ingeniosos procedimientos para la elaboración de los vinos. Su *Arte de elaborar los vinos* (1801 y 1819) y el *Tratado teórico y práctico del cultivo de la vid* (1801 y 1811) produjeron en este arte una verdadera revolución. Su *Tratado de química aplicada á las artes* se ha traducido á todos los idiomas; sus obras, prescindiendo de sus numerosos artículos, publicados en las *Memorias del Instituto*, en los *Anales de la Química* y en el *Nuevo Diccionario de Agricultura*, forman diez y siete volúmenes. Chaptal restauró también la fábrica de tapices de los Gobelinos, que había decaído mucho en la época de la Revolución.

El bloqueo continental vino á dar una importancia verdaderamente imprevista al invento de un químico prusiano, MARGAFF, que hacia el año 1747 realizó algunos experimentos para la extracción del azúcar de la remolacha; y otro químico prusiano, ACHARD, en 1787 dió gran impulso á esta industria, fundando luego en Silesia, á principios del siglo XIX, una fábrica que, en 1811, producía trescientas libras de azúcar diarias. Francia debe á Benjamín DELESSERT y á CRESPEL-DELISLE la introducción de esta industria, que en la actualidad es una de las más importantes de la nación. Tras muchos esfuerzos logró el primero establecer en Passy, 1810 y 1811, y el segundo en Lille, en 1812, la fabricación en gran escala del azúcar del país, desarrollándose al propio tiempo en Francia el cultivo de la remolacha.

La industria de los tejidos halló también en el bloqueo un poderoso estimulante. TERNAUX (1765-1833) desarrolló y perfeccionó la hilatura de tejidos de lana y lienzos, fundando veintidós establecimientos fabriles. Desde 1801 volvió á encontrarse en su mayor auge la fabricación de lienzos de Sedán, de Reims y de Vervins, entonces ciudad francesa; y algunos años después, en una visita que hizo Napoleón á las poblaciones del Oeste y del Norte, quedó agradablemente sorprendido al encontrar por todas partes fábricas fundadas por Ternaux, por lo que hubo de exclamar: «Pero, señor Ternaux, ¡os encuentro en todas partes con vuestro trabajo!» y nombróle entonces caballero de la Legión de honor. El nombre de Ternaux está ligado al de una industria nueva en Europa, tal es la fabricación de *chales de cachemir*. A fines del siglo XVIII apenas se conocían, ó cuando menos se apreciaban muy poco estas maravillas del arte indio. «Las mujeres de nues-

tros embajadores y de nuestros cónsules en Oriente, que las recibían como regalo, las consideraban tan sólo como objetos de mera curiosidad, pero la expedición de Egipto puso de moda los chales de la India. Ternaux trató entonces de fabricar en Francia un producto tan solicitado, no pudiendo alcanzar este resultado sino tras largas y costosas averiguaciones sobre la materia desconocida que se empleaba para fabricar tejidos tan preciosos; pronto las tentativas de Ternaux obtuvieron tal éxito que logró sobrepujar á las fábricas de la India, tanto por la calidad del tejido como por su dibujo. Estos nuevos productos recibieron el nombre de cachemires franceses ó chales de Ternaux.» Pero á pesar de todos sus esfuerzos, los chales franceses no pudieron competir con los tejidos indios en la variedad y brillo de los colores, así como por su efecto decorativo, sin que se llegasen á conocer los procedimientos exactos de la fabricación ni tan siquiera de un modo seguro las materias en ella empleadas. Ternaux ensayó también aclimatar en Francia las cabras del Thibet, y como este ensayo no fuese del todo satisfactorio, hubo de importar directamente de Rusia la lana de estas cabras.

Richard y Lenoir continuaron y desarrollaron la obra de Oberkampf, haciendo con respecto á los tejidos de algodón lo que Ternaux, Daubenton y Lasteyrie habían hecho en los tejidos de lana. Lenoir murió en 1806 y su socio le sucedió hasta 1839, continuando la casa con el nombre de Richard-Lenoir, bajo el cual era generalmente conocida. Richard-Lenoir se propuso libertar á Francia del tributo que pagaba á Inglaterra, desarrollando en su patria la industria de hilados y tejidos de algodón, en cuya empresa debía naturalmente encontrar apoyo en Napoleón Bonaparte. Richard y Lenoir, que en un principio habían sido comerciantes, se propusieron ser también fabricantes, fundando sus primeros talleres de tejidos en una pequeña tienda de la calle de Bellefonds y más adelante una fábrica de hilados en una casa de la calle de Thorigny. Su éxito fué tan rápido, que faltos muy pronto de espacio suficiente para sus trabajos y cansados de la lentitud de sus negociaciones con el municipio de París para la cesión del antiguo convento del Buen-Socorro, abandonado entonces, en la calle de Charonne, invadieron casi á la fuerza el edificio que tanto se les hacía esperar é instalaron en él á sus obreros, hecho que produjo gran ruido.

El primer Cónsul se presentó inmediatamente en la calle de Charonne, pero admirado de la actividad que reinaba en aquellos talleres, aprobó lo hecho y concedió á los dos socios el antiguo convento de Trenelle, que estaba enfrente del Buen-Socorro.

Richard-Lenoir alcanzó tal perfección en sus productos que se



Caricatura de la época contra Inglaterra. – El Presente

tomaban como procedentes de la industria inglesa; aun hizo más: ensayó el cultivo del algodón en el reino de Nápoles, obteniendo como resultado de estas plantaciones, en 1806, veinticinco mil kilogramos; pero, desgraciadamente, la extraordinaria elevación de los derechos impuestos á la importación de los algodones, incluso á los procedentes de Nápoles, dió un fatal golpe á su industria, por lo que Richard transformó sus hilaturas de algodón en hilaturas de lana. Napoleón adelantóle 1.500.000 francos por cuenta del tesoro y condecoró con la

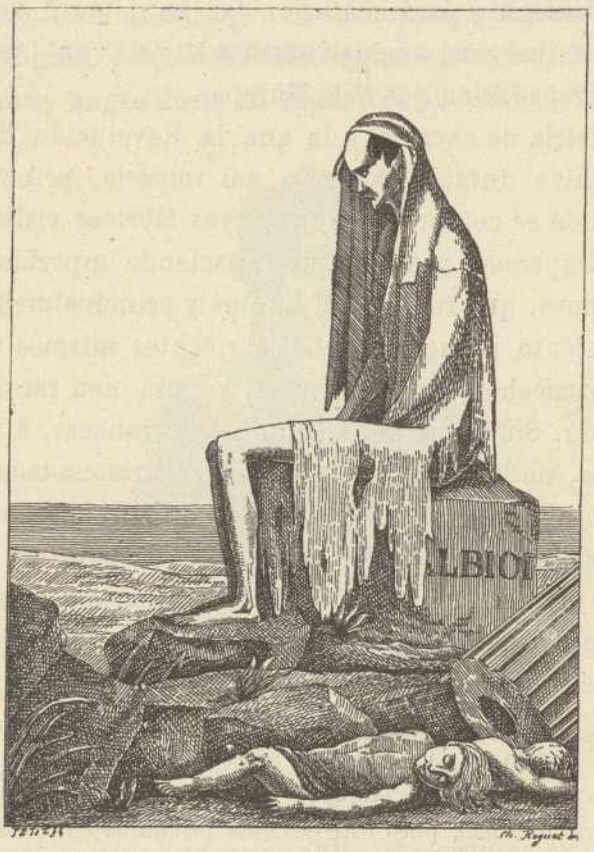
Cruz de la Legión de honor al ilustre fundador de cuarenta fábricas de hilados y de un número todavía mayor de fábricas de tejidos.

MOLLIEN, que al ser destituído del cargo de administrador de los bienes del Real patrimonio, en 1792, entró en el comercio, tomó bastante interés por la industria de los tejidos de algodón y fué uno de los primeros que introdujo en Francia los telares mecánicos, que se conocían en Inglaterra hacía unos cuarenta años. Pero una de las industrias que Napoleón deseaba crear preferentemente en Francia era la de hilados mecánicos de lino. El algodón era un producto cuya aclimatación no podía esperarse en Francia, y el cual, á causa de la guerra con Inglaterra, ofrecía cada día mayores dificultades para su importación por los puertos franceses. El lino, por el contrario, era un producto del suelo, cuyo cultivo se propuso proteger con empeño Napoleón, creyendo que esta industria no debía, sin embargo, hacer la competencia á la del algodón hasta que se encontrase como aquélla en el mismo grado de adelanto mecánico, pues nunca se había logrado hilar el lino por procedimientos mecánicos. ¡Qué triunfo sobre Inglaterra si llegase el continente á realizar tal descubrimiento!

Napoleón creó un premio de un millón de francos para el inventor, cualquiera que fuese su nacionalidad, de la mejor máquina para hilar el lino. Un ingeniero conocido ya por otros inventos, Felipe de GIRARD (1775-1845), resolvió este problema en 1810; pero, como la mayoría de los grandes inventores, carecía de espíritu comercial: así es que las fábricas que estableció (en la calle de Vendôme y en la de Charenton), en las que aplicó su invento á la industria, fracasaron completamente. Inglaterra fué la que se aprovechó en primer término de este invento, que se pretendiera dirigir contra ella. Los dos socios de Girard cometieron la traición de vender su invento á un comerciante inglés, Hall, quien quiso hasta robar su gloria al inventor, haciéndose extender una patente á su nombre; de manera que los obreros franceses tuvieron que ir á estudiar en Leeds, en la misma Inglaterra, en 1833, las máquinas francesas de Felipe de Girard, á quien por fin se ha levantado una estatua en Francia. Polonia, en cambio, había dado ya el nombre de Zyrardowska á la primera población de aquel reino en que se estableció la industria inventada por Girard.

También durante el período napoleónico se transformó la antigua

fabricación de la seda en Francia por el célebre telar Jacquard; como suele acontecer en la historia de la industria, la máquina á la cual el hijo del pobre obrero de Lyón dió, por otra parte, con justicia, su nombre, no fué obra exclusiva de un solo hombre. En 23 de Diciembre de 1801, José M.ª JACQUARD (1752-1834) obtuvo una patente de



Caricatura de la época contra Inglaterra. — El Porvenir.

invención; pero este nuevo mecanismo no era en realidad más que una sencilla modificación de otros mecanismos anteriores. Habiendo llegado á París, en 1803, para presentar al gobierno una máquina de hilar, vió en el conservatorio de artes y oficios, completamente olvidado, un artefacto para tejidos labrados, concepción ingeniosa de Vaucanson, que no se había aplicado nunca á la industria. A su regreso á Lyón concibió la feliz idea de reunir en un mismo aparato el telar de Vaucanson y el sistema de los cartones agujereados y colgan-

tes, inventado por Falcon á principios del siglo XVIII. Este invento se perfeccionó extraordinariamente en sus detalles, entre los años 1805 y 1816, por el mecánico BRETON, cuyo nombre ha quedado casi en el olvido. De esta manera se construyó una de las máquinas más ingeniosas que han salido de las manos del hombre. A pesar de la oposición de los trabajadores, que destruyeron sus primeros telares y le llegaron á perseguir para matarle, Jacquard logró ver al cabo de pocos años dominar casi exclusivamente su telar en Lyón, y á partir de 1812 su propagación por toda Europa.

La industria de encajes, á la que la Revolución diera un fatal golpe, se rehizo durante la época del imperio, principalmente en Alenzón, donde se conservaba aún, cuyas fábricas visitaron en Mayo de 1811 el Emperador y María Luisa, haciendo importantes encargos.

Se ve, pues, que reinaba en Europa y principalmente en Francia gran movimiento industrial. Los fabricantes mismos tenían motivo para estar satisfechos de sus negocios, y, cosa bien rara, no ocultaban su satisfacción. Sin embargo, á la industria francesa, á pesar de todos sus adelantos, no le fué dable aclimatar en Francia todas las primeras materias que necesitaba; si logró aclimatar algunas, fué sólo á expensas casi siempre de costosos ensayos, á lo menos en un principio, y las demás materias sufrieron un extraordinario aumento de precio á consecuencia del bloqueo, lo cual motivó una carestía que arruinó varias de sus industrias.

« La prohibición de la entrada de productos extranjeros, — decía Chaptal, en 1800, — no producía, á pesar de la creencia general, ninguna ventaja para nuestra industria nacional, pues este sistema prohibitivo presenta tres inconvenientes mucho mayores:

» El primero, en privar al Estado de un ingreso importante en aduanas;

» El segundo, en favorecer el contrabando;

» Y el tercero, en quitar el estímulo de la emulación á los fabricantes. »

¿Qué resultados daba, por otra parte, el bloqueo continental á la Gran Bretaña?

No cabe dudar que su comercio se hallaba cohibido y que los géneros que tenía que ir á buscar á sus colonias se acumulaban en los almacenes, ofreciendo el singular espectáculo de la miseria en

medio de la abundancia. « Inglaterra, como se ha dicho, tenía mayor necesidad de vender que el continente de comprar; » así es que atravesó también una terrible crisis, sufriendo una gran depreciación todos sus valores, subiendo el cambio inglés al 30 por 100. Tales eran los resultados que se manifestaban públicamente, pero había otros que, sin ser tan visibles, no eran por cierto menos importantes. El bloqueo continental no logró en un principio destruir por completo el comercio inglés, perjudicándole únicamente y haciéndole atravesar un período muy angustioso. La industria no sufrió tanto como puede



El duque Dionisio Decrés, ministro de Marina y de las colonias. (Dibujo de Mme. Le Suire.)

parecer, pues dueña Inglaterra del mar, proporcionaba á los precios más bajos las primeras materias á sus fabricantes, que ganaban así lo que perdían por la falta de exportación, mientras que los productos franceses perdían por el excesivo coste de las primeras materias lo que ganaban con la protección. Finalmente, el bloqueo continental contribuyó á acrecentar el imperio colonial de la Gran Bretaña, pues al cerrarle Europa, se le abría Asia, Africa y América, procurando principalmente abrirse caminos y ocupando todos los estrechos y todos los mares, como en tiempos antiguos hizo Atenas en el Mediterráneo oriental; de manera que acaparaba todos los pasos.

Los resultados políticos y económicos del bloqueo distaron mucho de ser todos favorables, por cuyo motivo ha sido objeto de las más diversas apreciaciones.

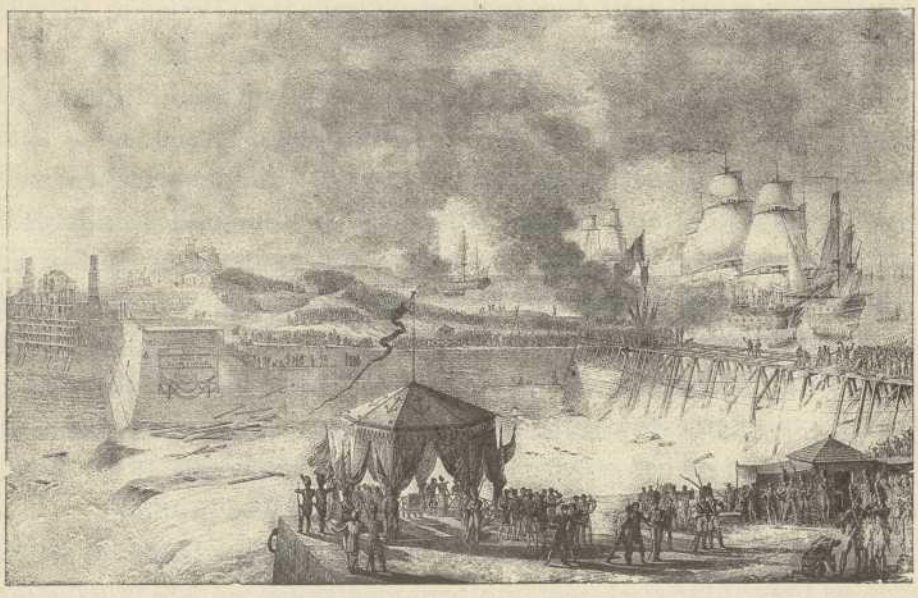
Para ser justos, hemos de hacer constar que el bloqueo no tuvo siempre el mismo carácter. En un principio fué sólo un acto de violencia, provocado y por esta misma razón autorizado por Inglaterra y encaminado á obligarla á reconocer las reglas del derecho de gentes. «La gigantesca idea del bloqueo continental,—dice la misma Mme. de Staël en sus *Consideraciones sobre la Revolución francesa*,—se parece á una especie de cruzada europea, cuyo emblema de unión era el cetro de Bonaparte.» Más adelante, el Emperador tuvo la desdichada idea de convertir el bloqueo en un sistema, ó por mejor decir, en un arma asestada no tanto contra Inglaterra como contra el continente, y en un pretexto para intervenir en los asuntos de todos los pueblos para someterlos á su yugo. Debía haber pensado, en efecto, que al prohibir el acceso de Inglaterra al continente, se arriesgaba á proporcionar á la misma tantos aliados secretos como cooperadores obligados al bloqueo, y á hacerse insoportable á sus mismos aliados más que á enemistarles con Inglaterra. Y, por último, el Emperador se valió del bloqueo como de un manantial de recursos y como medio de subvenir á los inmensos gastos de sus guerras con las aprehensiones y confiscaciones, y principalmente con el sistema, cada día más extendido, de la concesión de patentes. De esta manera la idea del bloqueo continental, que ocupó la mente de Napoleón una gran parte de su vida, pasó por tres distintas fases: medio de represalias, pretexto de conquistas y fuente de recursos; la primera de las cuales parece excusable, por estar de acuerdo con el derecho de la guerra, la segunda es de difícil defensa y la tercera es sencillamente odiosa.

Ningún acto de Napoleón contribuyó en mayor grado á hacerle impopular, pues ninguno produjo mayor alteración en el modo de ser de todas las clases sociales ni ninguno hizo sentir en mayor grado el despotismo en la vida íntima, ni ninguno llevó consigo tantas vejaciones. «He visto, — dice Mme. de Staël, — he visto en la plaza pública de Ginebra á gran número de pobres mujeres arrodilladas ante la hoguera en que se quemaban los géneros aprehendidos, suplicando que se les permitiese sacar de entre las llamas algunos trozos de tela para vestir á sus hijos, que se hallaban en la mayor miseria.» Madama de Staël agrega, con razón, que semejantes escenas se repetían en todas partes.



Triunfo de María Luisa (Cuadro de Gros, existente en la galería de M. Moreau-Gusalon, fotografía de Braun)

Los sufrimientos que naturalmente traía consigo el bloqueo continental se agravaban muchas veces por el rigor y la ineptitud con que se aplicaba. Beugnot refiere en sus *Memorias* que cierto día vió llegar al gran ducado de Berg, de cuyo gobierno estaba encargado, á un tal M. Turc, enviado de París por el gobierno para practicar una inspección de los productos ingleses. «Consideraba éste un auto de fe de estos infames géneros, desde luego, como una medida sumamente



Apertura oficial del nuevo puerto de Cherburgo. (Dibujo de Isabey)

gloriosa por sí misma y además sumamente sabia dentro de la economía política. Llevado de su exaltado celo, cayó cierta mañana sobre un considerable número de balas de algodón, que había en el gran ducado, y las mandó aprehender como mercancías inglesas. El subastador más perverso, que con un golpe de su vara hubiese paralizado de improviso los brazos de diez mil obreros, no hubiera obrado de un modo más brutal. Tan pronto como yo tuve noticia de ello corrí en seguida tras de aquel Turc, á quien puse de manifiesto la atrocidad que acababa de cometer, y sin emocionarse en lo más mínimo me exhibió no sé qué carta del ministro de Comercio francés, M. Colin de Sussy, en donde se decía que debían llegar de Cuxhaven géneros ingleses al gran ducado, de los cuales debía apoderarse sin vacilar en

dondequiera que los encontrase. Me esforcé en repetirle que todo el género que había aprehendido era realmente de procedencia inglesa, pero vendido públicamente en Francfort en nombre del Emperador, que había pagado el correspondiente impuesto y cuya identidad resultaba del acta extendida de su venta, en la que se consignaba el número de cada bala, el peso de la misma, su forma y el nombre del comprador; y finalmente, que todas aquellas balas que aun no habían sido abiertas llevaban el marchamo de la aduana francesa, al salir de Francfort, y el del gran ducado á su entrada en el mismo, en todos cuyos extremos convenía el Turc, pero insistiendo en que no les libraba de su origen inglés. Y á todo lo que yo decía, indignado por este exceso de injusticia y barbarie, se limitaba á responder mi hombre: «No digo lo contrario, pero esto no le libra de su procedencia inglesa;» y al preguntarle qué iban á hacer todos aquellos millares de obreros sin trabajo, me contestó que esto no era incumbencia suya.»

Estos hechos, y otros muchos semejantes, ponen de manifiesto la absurda tiranía é injusticia á que podía llevar la aplicación del bloqueo continental. Así se explica que la ciudad de Burdeos, por ejemplo, tan floreciente en el siglo XVIII, al encontrarse arruinada por el bloqueo, acogió con verdadera satisfacción el regreso de los Borbones y favoreció en 1814 el paso del ejército de Wellington.

Pero aunque las faltas de los unos no disculpen las de los demás, justo es preguntar si el gobierno británico se preocupaba mucho más por la justicia y la libertad. En el terreno de los hechos, los dos bombardeos de Copenhague responden paladinamente á esta pregunta, sin que la política de Napoleón presente ningún acto de monstruosidad semejante realizado con tal frialdad; y, con respecto á su objetivo final, ¿qué se proponía Inglaterra? «A fuerza de visitas, de vejaciones y de obstáculos de todo género, arruinar el comercio europeo; de manera que la guerra, que para los pueblos mercantiles es un estado precario, fué para sus negociantes una época de monopolio y de prosperidad extraordinaria.» (THIERS).

El bloqueo continental atenuó, sin embargo, de un modo extraordinario la realización de tales esperanzas, é Inglaterra, á su vez, sufrió muy seriamente; por otra parte, hubo de apreciar los odios que la tiranía comercial y económica puede producir, y se vió obligada á

suspender, con beneplácito general, el *Acta de navegación*, pues comprendió los peligros á que se exponía pretendiendo ejercer indefinidamente una tiranía análoga á la que Napoleón había impuesto. Finalmente, cuarenta años después de esta terrible lucha cedió en su actitud, reconociendo, por el tratado de París de 1856, hecho bajo los auspicios de otro Napoleón, el principio de la neutralidad armada, proclamado en 1781 por Francia y defendido por ella desde entonces, principio que por medio del bloqueo continental se quiso imponer á la Gran Bretaña, volviendo contra ella sus propias armas. Napoleón fué sin duda culpable, pero la aristocracia inglesa le aventajó en este punto, pues mientras que, con completo menosprecio del derecho, perseguía el fin de la servidumbre marítima del mundo entero en provecho exclusivo suyo, Napoleón se presentó como defensor, por medios cuya exageración hemos visto, de los principios generales de la justicia y de la igualdad. Vése en esto perfectamente el lado abstracto y clásico del espíritu francés, que se había manifestado también de una manera firme en los actos de la Asamblea nacional de 1789. Respecto á las teorías en que se apoyaba el bloqueo continental, no hemos de entablar aquí ninguna discusión, pero sí consignar que es injusticia singular oponer continuamente las «ideas mezquinas» de Francia, en materia económica, al pseudo-liberalismo de una nación que ha mantenido los principios del *Acta de navegación* hasta mediados del siglo XIX.

De todos modos, persiguiendo la quimérica pretensión de conseguir en absoluto el bloqueo continental, Napoleón fué á comprometerse en la expedición á Rusia, que debía ser la causa de su ruina.



Dibujo alegórico de la libertad de los mares. Grabado de la época)

CAPITULO XII

CAMPAÑA DE RUSIA

ORIGEN DE LA GUERRA. — ALIADOS DEL CZAR Y ALIADOS DE NAPOLEÓN. — ASUNTOS DE TURQUÍA. — TRATADO DE BUCAREST. — PASO DEL NIEMEN. — BATALLA DE LA MOSCOWA. INCENDIO DE MOSCOW. — LA RETIRADA. — PASO DEL BERESINA. — FIN DEL GRANDE EJÉRCITO (1).

DISGUSTÓ profundamente al Czar el casamiento de Napoleón, con cuyo consentimiento se había celebrado, pues que, en efecto, una alianza franco-austriaca constituía una amenaza para las pretensiones de Rusia sobre el imperio turco. Talleyrand, hallándose en desgracia, en 1809, volvió á acariciar su plan de 1805, y tras haber subordinado en Erfurt la política francesa á los intereses de Austria, valiéndose de Rusia, trataba ahora de sacrificar de nuevo la Rusia misma á su amiga de siempre. «Duroc, en el propio año, presentó á Napoleón otra memoria en la que demostraba que la alianza rusa era contraria á nuestra política tradicional; que las posesiones

---

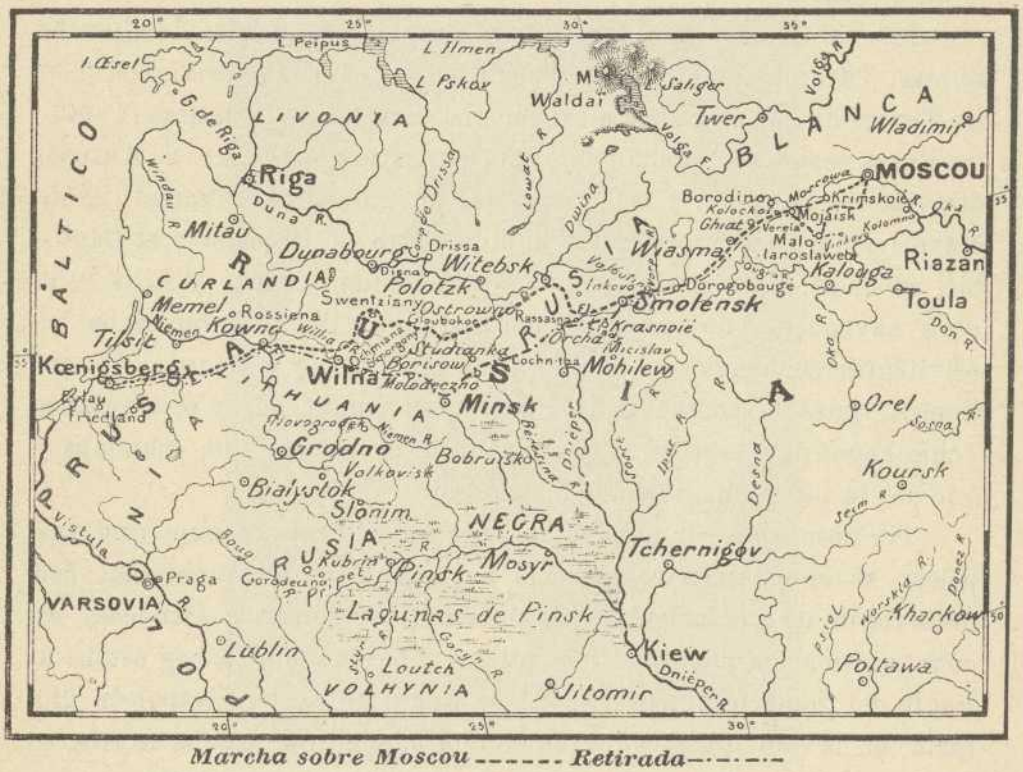
(1) Ségur, *Historia de Napoleón y del grande ejército durante el año 1812*, tomos IV y V de *Historias y Memorias*.—Rambaud, *Historia de Rusia*.—Tolstoi, *Guerra y Paz*. — *Diarios y Memorias* de Pelleport, Fezensac, Fain, Pion des Loches, Labaume, Godart, R. Wilson, etc. Debe citarse especialmente el *Diario ilustrado de la campaña de 1812* por un oficial wurtembergués, C. de Faber de Faur, publicado por A. Dayot. — Véase también *La campaña de 1812 según testigos oculares*, publicada por Jorge Bertin.

francesas de Italia y Dalmacia estaban amenazadas por las ingerencias de Rusia en Servia y en Grecia; que Rusia defendía únicamente á Prusia porque, en el momento oportuno, podía contar con su ejército; que si favoreció la guerra de España fué sólo con la esperanza de que pereciesen en ella 200.000 franceses; que los intereses de la dinastía napoleónica reclamaban que Rusia fuese rechazada lo más lejos posible hacia el Este; que la desmembración de Polonia había sido la vergüenza de la antigua dinastía y que la reconstitución de este reino era necesaria para la grandeza de Francia y la tranquilidad de Europa. Como el príncipe Kourakine supo procurarse una copia de esta memoria, que remitió al emperador Alejandro (Marzo de 1809), haciéndole observar los peligros que entrañaba para Rusia permitir la ruina de Austria, Alejandro estuvo sobre aviso respecto á este punto en la campaña de 1809.» (RAMBAUD).

El tratado de Viena otorgó á Rusia una parte del territorio polaco de Galitzia (aproximadamente 400.000 almas), pero concediéndose muchas más (1.500.000) al gran ducado de Varsovia, lo cual aumentó la intranquilidad de Rusia respecto á la posible reconstitución del reino de Polonia. Napoleón sin duda asentía á no restablecer de hecho este reino, pero negándose á hacer niguna declaración oficial respecto á este punto. Poniatowski había tomado ya el título de «comandante en jefe del ejército polaco,» y se respondió á las reclamaciones de Alejandro «que el Emperador de los Franceses era completamente libre para dar á los cuerpos de su ejército los nombres que tuviese por conveniente.»

Las anexiones territoriales de 1810 amenazaban la supremacía de Rusia en el mar Báltico. El gran duque de Oldenburgo, despojado de sus estados por el senado-consulto de 13 de Diciembre, era cuñado del Czar, y no aceptó Erfurt, que Napoleón le ofrecía en compensación de su ducado. A fines de este mismo mes, Alejandro publicó un ukase permitiendo la introducción en sus estados de los géneros coloniales bajo pabellón neutral y prohibiendo la importación de los objetos de lujo, cualquiera que fuese su procedencia, entre otros la porcelana, los bronces, las sederías, las cintas y los tejidos bordados, y recargó considerablemente los derechos sobre los vinos. Esta medida, destinada oficialmente á impedir la salida de metálico, iba en realidad

dirigida contra el comercio francés. «Preferiría haber recibido una bofetada,» exclamó Napoleón al tener conocimiento de este ukase. Durante el año 1811 los gabinetes de ambas naciones se limitaron á cambiar frecuentes notas y reclamaciones, principalmente sobre el bloqueo y la cuestión de Oldenburgo. Hacíanse también preparativos militares por ambas partes: Alejandro reunía las tropas del Danubio



Mapa de la campaña de Rusia

mientras que Napoleón recogía parte de las de España, y al propio tiempo hacía publicar en los periódicos artículos demostrando que «Europa se veía forzosamente obligada á convertirse en presa de Rusia.» Hablábase también en ellos «de invasiones que era preciso rechazar, de una dominación universal que era necesario destruir.» Lesur publicó su obra titulada: *Progresos del poderío ruso,* en la que vió por primera vez la luz pública en su totalidad el «Testamento de Pedro el Grande. «Napoleón tenía á Caulaincourt por demasiado rusófilo y lo reemplazó en San Petersburgo por Lauriston. En todas partes

se preveía la ruptura; en Nápoles, Durand de Mareuil, enviado francés, se batió con el embajador ruso Dolgorouki. En San Petersburgo, Speranski, llamado el amigo de Francia, cayó en desgracia, mientras que Stein, proscrito por Napoleón de la Confederación del Rhin, fué llamado á Rusia. Karamsine fué quien dió el golpe de gracia á Speranski, enviando desde Moscou al Czar su memoria *La antigua y la nueva Rusia*.

Pero el peligro más grave para Francia era la falta de alianzas sólidas. Turquía se hallaba en guerra continua con Rusia, y si bien los Turcos habían llegado á alcanzar una victoria en Tartaritza (1809), los Rusos repararon rápidamente este contratiempo. En 1812, Kutusof atravesó el Danubio, y la Puerta, por el tratado de Bukarest (28 de Mayo), cedió el territorio comprendido entre el Dniester y el Danubio, es decir, la Besarabia, con Khotin, Bender, Ismail y Kilia, y la libre navegación de las bocas del Danubio; Rusia garantizaba los privilegios concedidos á la Servia, la Moldavia y Valaquia. Ya era tiempo, pues la campaña de Rusia había comenzado y el almirante Tchitchagof pudo volver contra Napoleón el ejército que mandaba y que por la paz había quedado disponible.

Perdióse, pues, la alianza de Turquía, al propio tiempo que Napoleón se enemistaba con Suecia apoderándose de Pomerania, con pretexto de las luchas entre esta nación y los corsarios franceses, en cuya ocasión Bernadotte, que aunque no era todavía rey estaba al frente del gobierno, dirigió en 27 de Enero de 1812 á Napoleón una carta, en la que, á través del noble lenguaje en que estaba escrita, se descubría perfectamente la envidia, la ambición y el propósito de tener muy poco en cuenta su condición de francés. En 24 de Marzo del año 1812, Bernadotte concluyó un tratado de alianza con Rusia, que le prometía la posesión de Noruega; y al estallar la lucha entre el Czar y Napoleón no vaciló en compremeter á Suecia, por el tratado de Œrebro, en una alianza militar con Inglaterra y Rusia (18 de Julio). Dos días después (20 de Julio), firmaba el Czar en Wiliki-Luki un tratado de alianza con la Junta de Cádiz y los Españoles.

G. Geffroy ha demostrado que el francés Bernadotte volvió sus armas contra Francia á pesar del pueblo sueco, en oposición con sus deseos, públicamente manifestados, y casi á escondidas del mismo.

Napoleón iba, pues, á emprender esta lejana expedición privado de estos dos apoyos, que hubieran podido asegurar las alas extremas de su ejército.

Napoleón conducía contra Rusia no sólo á Francia y los pueblos anexionados, Bélgica, Holanda, la orilla izquierda del Rhin é Italia, sino también los contingentes de la Confederación del Rhin, de Sajo-



Murat. (Retrato hecho por Francisco Gérard, fotografía de Braun, Clément y C.ª)

nia, de Baviera, Wurtemberg, gran ducado de Baden, reino de Westfalia y Suiza, la que había renovado con Francia los antiguos pactos de alianza. Prusia le dió 20.000 hombres y Austria un ejército de 30.000, mandado por Schwartzenberg; 60.000 polacos llenos de entusiasmo formaban parte de distintos cuerpos del ejército francés, como asimismo algunos contingentes de españoles y portugueses.

Napoleón dudaba, sin embargo; Prusia y la misma Austria eran aliados sobrado inseguros para que un primer contratiempo pudiera levantar contra él á todos su esforzados amigos; comprendía además

perfectamente la imprudencia de atacar á Rusia cuando tenía que sostener todavía un poderoso ejército en España. Se hallaba, pues, pensativo y agitado, y resumía continuamente las fuerzas y la situación de las potencias europeas, haciendo redactar acerca de ellas un resumen exacto, que después de leído y releído le hizo exclamar: «No, en realidad no hay nadie preparado, ni aun yo mismo, para una guerra tan lejana; debo retardarla tres años.» Napoleón interrogaba con frecuencia á los viajeros procedentes de Moscou respecto al clima y enfermedades del país y se hacía dar toda clase de noticias.

A veces parecía resignarse á la paz, aunque aprestándose para la guerra, y se mostraba dispuesto á aplazar hasta el último instante esta empresa, cuya magnitud le espantaba. Continuó, pues, las negociaciones con el Czar y hasta las renovó con Inglaterra, pero Castlereagh respondió á Bassano que Francia debía reconocer desde luego á Fernando VII por rey de España. Entonces Napoleón vuelve sobre sí, fascinado por la idea de la conquista de Rusia; «su destino ha de cumplirse.» Le parece que falta á su vida este desenlace; el quinto acto debe desarrollarse en Moscou; «después se descansará,» la civilización occidental quedará asegurada. «¡Qué hombre! — decía Narbonne, después de una conferencia con Napoleón; — ¡qué hombre! Está entre Bedlam (Bedlam es el manicomio principal de Londres) y el Panteón.» El duque de Vicenzo, que había sido embajador en Rusia desde 1807 á 1811, trató hasta el último instante, con más autoridad que Narbonne, de hacer desistir á Napoleón de su fatal proyecto, y en 5 de Junio hizo una última tentativa, hablando al Emperador, con valor muy raro á la sazón, un lenguaje verdaderamente profético (1).

Napoleón salió de París en dirección de Alemania en 9 de Mayo de 1812, saliendo á recibirle en Dresde el emperador de Austria y los

(1) Para esta guerra inexorable el Emperador no retrocedió ante el odioso medio que Inglaterra había empleado contra Francia en la época de la Revolución, y á ejemplo de Pitt, que había mandado imprimir en Londres *asignados* falsos, mandó acuñar en París una gran cantidad de rublos falsos para hacerlos circular en Rusia. Napoleón había tratado ya en otra ocasión de seguir el mismo procedimiento con Austria, habiéndose impreso por su orden trescientos millones de billetes de banco austriacos, que no se utilizaron, pues fueron destruídos en 1810 al terminar las negociaciones, cuyos detalles pueden verse en las memorias de Metternich.

soberanos de la Confederación del Rhin. Napoleón esperaba que con esta asamblea demostraría que la guerra de Rusia era una guerra europea, contrastando según creía con el aislamiento de Alejandro, que se asustaría del abandono en que iba á encontrarse. Todos aquellos soberanos le rodeaban cual vasallos, confundidos entre las filas del estado mayor francés.

Napoleón mandó á Narbonne ante el Czar para hacer una última tentativa, invitándole á la conferencia de Dresde. Narbonne encontró á los Rusos tranquilos, pero sin jactancia, y de todo lo que Alejandro le respondió resultaba que éste prefería la guerra á una paz vergonzosa, que se guardaría muy bien de presentar batalla á un adversario demasiado temible, y, finalmente, que se resignaría á toda clase de sacrificios para prolongar la lucha indefinidamente y rechazar á Napoleón. Alejandro le dijo: «No me hago ilusiones; sé lo que vale el emperador Napoleón como general, pero tengo en cambio á mi favor el suelo y el tiempo. No hay rincón escondido de este territorio, hostil para vosotros, que yo no ocupe, ni punto lejano que no defienda antes de consentir en una paz vergonzosa. No atacaré, pero no depondré las armas mientras haya en Rusia un soldado extranjero.» Napoleón respondió á Narbonne: «Ya veremos si sabrá ser constante ante los acontecimientos; engañado por los consejos de Inglaterra, quiere la guerra: la tendrá pues (1).»

En el mes de Junio, el ejército destinado á la invasión de Rusia contaba, incluyendo 60.000 enfermos y 155.000 hombres rezagados, aproximadamente unos 680.000 soldados, de los que 355.000 eran franceses y 325.000 extranjeros. Las reservas hacían ascender este número hasta cerca de un millón (2).

En la extrema derecha, el príncipe Schwartzenberg mandaba 34.000 austriacos; á su izquierda, el rey de Westfalia, con 79.200 westfalianos, sajones y polacos, se extendía desde Varsovia á Grodno. El virrey de Italia reunió sobre Marienpol y Pilony 79.500 bávaros,

(1) Inglaterra estaba representada en el cuartel general de Alejandro I por Roberto Wilson, á quien se debieron en gran parte las resoluciones más enérgicas tomadas por el estado mayor ruso.

(2) Los estados oficiales asignan al ejército de invasión, en el mes de Junio, quinientos quince mil hombres en las filas.

italianos y franceses; el Emperador formaba el centro, con 220.000 hombres mandados por el rey de Nápoles, el príncipe de Eckmuhl, los duques de Dantzig, de Istria, de Reggio y de Elchingen, que procedentes de Thorn, Marienburgo y Elbing, se reunieron en un solo cuerpo el 23 de Junio, cerca de Kowno. En fin, á la izquierda, frente á Tilsit, Macdonald y York con 32.500 prusianos, bávaros y polacos. El ejército contaba con 1.372 cañones, material para seis puentes y el de sitio correspondiente.

Los Rusos se hallaban formados paralelamente al ejército francés, formando frente á él un semicírculo cóncavo. En el centro se hallaban Alejandro y el general Barclay de Tolly, con 60.000 hombres; á su derecha Wittgenstein, con 26.000 hombres; á su izquierda, hacia el Sur, Bagratión con 65.000 ocupaba Wolkowisk. Tormasof estaba al frente de una reserva de 40.000 hombres en Lutsk, en Volinia; finalmente, el almirante Tchitchagof traía consigo 50.000 hombres desde las orillas del Danubio. En los dos extremos de esta línea se formaron además otros dos cuerpos, uno en Mosyr, sobre el Pripet, y otro sobre el Dwina, en Dunaburgo y Riga, para cerrar el camino de San Petersburgo. Este último cuerpo de ejército debía apoyarse en un campo atrincherado, en Drissa, que había hecho construir Pfühl, desterrado alemán que esperaba convertirlo en un Torres-Vedras y convertirse él mismo en un Wéllington deteniendo al invasor.

Pero Napoleón, que se había propuesto atacar á Moscou, formó el plan de penetrar en Rusia por el valle que forma el Dnieper, es decir, por el embudo de quince leguas que se extiende entre el Duna y el Dnieper, que corren entonces paralelos hasta que tuercen su curso, hacia el Norte el uno y hacia el Sur el otro, oponiendo al invasor un obstáculo casi insuperable. Para llegar á Moscou era preciso cortar la extensa línea del ejército ruso, por lo que Macdonald por la izquierda debía rechazar á Wittgenstein, amenazando á San Petersburgo por Riga y Revel; mientras que, por la derecha, Schwartzenberg debía contener á Tormasof, atrayendo á Bagratión hacia al Sur. Al propio tiempo, Napoleón con el grueso del ejército atacaría á Vilna rechazando á Barclay de Tolly hacia el Norte sobre el Drissa y el Dwina, y sus lugartenientes harían lo propio con Bagratión hacia los pantanos del Beresina ó del Pripet.

Entre ambas alas marchaba el centro hacia el Niemen, formando tres grandes cuerpos. Jerónimo, con 80.000 hombres, debía llegar á Grodno; el príncipe Eugenio, con 75.000, á Pilony, y Napoleón, con 220.000, á Nogaraiski, tres leguas más allá de Kowno. El 23 de Junio por la mañana, al salir el cuerpo mandado por Napoleón del bosque de Pilwisky, se dividió en tres columnas, bajando de las colinas que forman la cuenca del Niemen hasta el lecho del río. La invasión se consumó; la suerte estaba echada, y la fatal expedición de Rusia había comenzado, viniéndose á sumar á la falta política de que era consecuencia esta guerra, desde un principio, la falta militar, más grave tal vez aún, de comenzar la campaña á fines de Junio, cuando sólo quedaban tres meses para llegar á la estación de los fríos, que en este año precisamente debía ser sumamente rigorosa.

El día 25 se fraccionaron las columnas y atravesaron lentamente los tres puentes, perdiéndose en lontananza. No aparecía un solo enemigo, únicamente tan sólo un vasto desierto, limitado á lo lejos por sombríos bosques; el día era espléndido (1). La alegría dominaba á las tropas y Napoleón pasó el río sumamente contento, mirando avanzar su ejército con un justo sentimiento de orgullo: estaba allí todo el Occidente armado. Había recobrado su buen humor, jugueteaba con su bastón y se le oía tararear el aria de «Mambrú se fué á la guerra,» frases que, como dice un testigo, hicieron por algún tiempo nuestro regocijo, pero que no tuvieron más justificación que una tremenda catástrofe. Napoleón, impaciente por no divisar al enemigo, galopaba al frente de su ejército, se adelantaba por los bosques y volvía á retroceder.

El Emperador esperaba una batalla decisiva en las puertas de Vilna, pero el enemigo huía decididamente de todo encuentro y sólo se trabó un pequeño combate; los Rusos huyeron, en efecto, hacia Drissa, quemando los puentes y los almacenes. Así que llegó á Vilna

(1) Algunos testigos presenciales, personas de gran autoridad, dicen que el paso del Niemen se verificó en el preciso momento en que se desencadenaba una terrible tempestad. Desencadenóse, en efecto, una tempestad violenta, pero sumamente corta, y como el paso se verificaba por otra parte en una larga extensión, como se concibe fácilmente, y la tempestad pudo ser en determinados puntos más duradera y más intensa que en otros, de aquí han nacido los testimonios opuestos, aunque todos igualmente verdaderos.

(16 de Julio), Napoleón ordenó toda su correspondencia política, administrativa y militar, que se había acumulado durante los primeros días de marcha, y se ocupó en organizar la prosecución de la campaña. Contaba con el apoyo de los Lituanos para combatir á los Rusos, pero temía que si los declaraba emancipados disgustaría al Austria, y no quería, por otra parte, privarse de la posibilidad de tratar con Rusia. Por el mismo motivo se negaba á restaurar francamente el reino de Polonia. En vano la dieta del gran ducado de Varsovia se convirtió en dieta general y declaró restablecido el reino de Polonia, enviando una comisión de su seno á Napoleón para decirle textualmente: «Pronuncie Napoleón el Grande las palabras: *El reino de Polonia existe,* y existirá.» El Emperador se negó á comprometerse. «Si Napoleón, en vez de internarse en Rusia, se hubiese limitado á organizar y defender el antiguo principado de Lituania, nadie hubiera podido impedir el restablecimiento del estado polaco de Lituania con sus antiguos límites. La suerte de Francia y de Europa habría cambiado (1).» Pronto se dejó sentir el hambre en el ejército, siendo entonces imposible evitar los atropellos de las tropas, que exasperaron en breve á las poblaciones, incluso las de la antigua Polonia, las cuales en un principio sentían por ellas vivísima simpatía.

Los Rusos destruían todo lo que caía al paso de la columna imperial. Algunos soldados que formaban parte de la guardia joven (cuerpo distinguido) murieron de hambre; otros, en medio del camino, apoyaban la frente sobre el cañón del fusil y se saltaban la tapa de los sesos; los rezagados formaban ya un verdadero ejército y casi puede decirse que no había empezado la campaña. Sin embargo, para preparar la marcha del Emperador y del príncipe Eugenio hacia Vitepsk, Murat, Oudinot y Ney detenían á Barclay (10 de Julio), mientras que Jerónimo rechazaba lentamente á Bagratión hacia los desfiladeros de la meseta de Lituania, y Davout, que tenía sus reales entre el Vilia y el Beresina, le obligaba á penetrar nuevamente en las lagunas con 40.000 hombres. Napoleón creyó perdidos á los Rusos. «¡Ya son míos» exclamó; pero disgustado el rey Jerónimo por haber

(1) Rambaud, *Historia de Rusia;* véase también Villemain, *Recuerdos contemporáneos,* tomo I.

sido puesto á las órdenes de Davout, no ejecutó el movimiento que este general le indicó é hizo fallar el plan de Napoleón, y, como consecuencia, malogróse el triunfo que Davout había alcanzado en Mohilev (23 de Julio), no pudiendo impedir que Bagratión se retirase por el camino de Smolensko. Jerónimo abandonó el ejército y se retiró á Westfalia.

Napoleón permaneció en Vilna diez y ocho días, haciéndola fortificar, ordenó una leva de once regimientos lituanos y puso al duque de Bassano al frente de Lituania. La retirada de los Rusos pareció desvanecerle, y á lo menos le produjo gran alegría, de manera que le dijo ya á Narbonne: « Vamos, ¿qué os parece ahora la energía del emperador Alejandro? ¿Creéis que es de buen político y de buen militar dejarnos avanzar tanto sin oponernos la menor dificultad? — Señor, respondióle Narbonne, ésta es la guerra de tiempo y de espacio que nos había prometido; el Emperador puede juzgar por la detención forzosa á que se ha visto obligado en Vilna, sin haber librado una sola batalla y con el exclusivo objeto de reorganizar sus tropas.» Pero lo que molestaba más á Napoleón era cierta debilidad prematura que se le había presentado; su espíritu, siempre inquieto, se hallaba cohibido por un abatimiento físico. Aumentaba su obesidad y sufría extraordinariamente por la retención de orina, procurando sin embargo disimular cuanto le era posible el estado de su salud, para no desanimar á su ejército ni dar esperanzas á sus enemigos.

Por fin, el 16 de Julio partió para Swentziani y Kluboke (18), desde donde respondió tomando el nombre de un granadero francés á una carta que los Rusos habían hecho circular en las filas del ejército invasor. Entonces supo que Barclay de Tolly había dejado el Duna y abandonado el campamento de Drissa, y que tenía á su espalda el río con sólo cuatro puentes para efectuar la retirada, por cuya razón hizo muy bien Barclay en salir de él dirigiéndose hacia Vitepsk. El ejército ruso se declaró entonces contra Pfühl y los alemanes, y los verdaderos rusos, Araktcheef y Balachef, hicieron comprender al Czar que su presencia sería mucho más útil en Smolensko ó en cualquier otra ciudad que en el centro de su ejército, por lo que Alejandro se retiró.

Después del brillante combate de Ostrowno, librado por Murat (25 de Julio), que secundado por el príncipe Eugenio se apoderó de

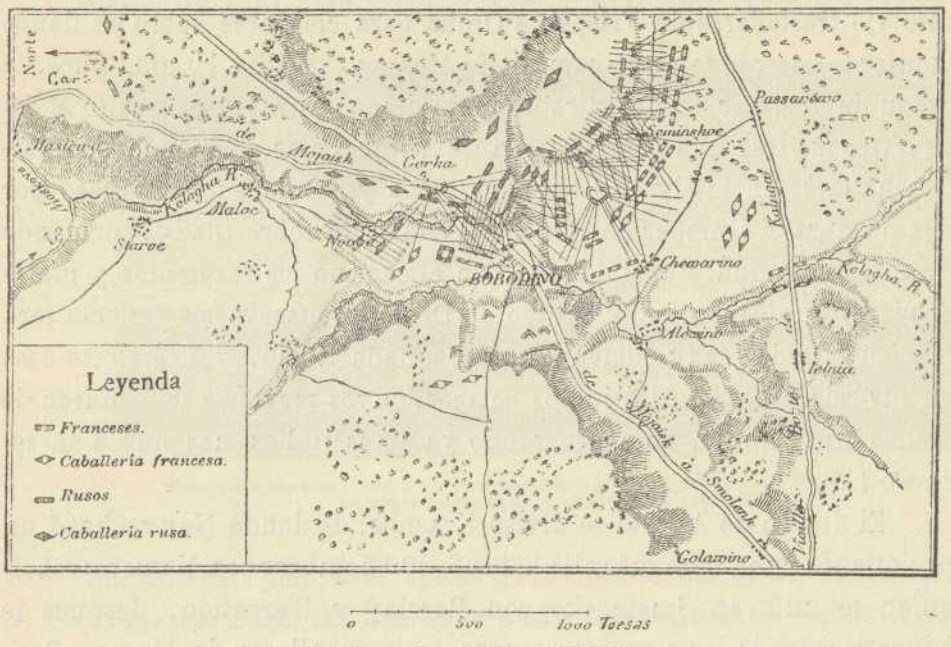
un bosque de dos leguas de extensión (26 de Julio), el ejército desembocó en la llanura de Vitepsk, en la que le había precedido el general Barclay, que el 27 ocupaba una altura frente á la ciudad, en la orilla izquierda del Duna, protegida en su frente por el Loutchesa. Murat lanzó contra la caballería rusa doscientos soldados parisienses del 9.° de línea y el regimiento 16.° de cazadores de caballería, que fueron destrozados en breve y hubieran quedado aniquilados si no hubiese sido por la intervención personal de Murat. Rechazados los lanceros rusos en una de sus cargas, se revolvieron contra los doscientos soldados parisienses, los cuales, aislados completamente entre los dos ejércitos, se retiraron combatiendo por un terreno sumamente cortado por matorrales y hendiduras, logrando con sus certeros disparos poner en fuga á los lanceros. Napoleón, que presenciaba el combate, dijo á Narbonne: « Allí están los hijos de París; id y decidles que les he visto y que se han hecho acreedores todos á la cruz de la Legión de honor. »

El príncipe Eugenio, Murat y Lobau atacaron con energía la vanguardia rusa, que se replegó detrás del Loutchesa. Napoleón, creyendo segura la batalla para el día siguiente, mandó suspender el ataque. Barclay combatió únicamente para dar á Bagration tiempo suficiente para unírsele; pero al saber el 27 por la tarde su retirada hacia Smolensko, levantó su campo durante la noche sin dejar el menor vestigio que pudiese dar á conocer la dirección que había tomado: al entrar el ejército francés en Vitepsk no encontró más que algunos judíos, á los cuales preguntaron inútilmente; se recorrieron en vano todos los caminos, hasta que cansado, Napoleón hubo de detenerse. En esta situación celebró un consejo, en el que todos los generales opinaron unánimemente que no debían avanzar más. « Pues bien, dijo Napoleón, nos detendremos aquí; reconoceré y reorganizaré mi ejército y organizaré el reino de Polonia. La campaña de 1812 ha concluído, el 1813 nos verá en Moscou y el 1814 en San Patersburgo. La guerra de Rusia debe durar tres años, será una guerra de emancipación en vez de una invasión; proclamaremos la independencia de Lituania y de una parte de Polonia, y sublevaremos las provincias del Sur para atraernos á los cosacos. Los pueblos emancipados sostendrán al ejército francés. » Tan convencido estaba el Emperador de pasar el



La infantería de París delante de Witepsk. 200 cazadores del 9.° regimiento sostienen las cargas de los cosacos de la guardia en el paso del Dwina (27 Julio de 1812). (Cuadro de Horacio Vernet, copia de un grabado de Jazet)

resto del año en Vitepsk, que trató de mandar á buscar á París actores para el invierno, y escribió á un empresario: «Cuidad de nuestra vida, no pensamos renovar la locura de Carlos XII.» Napoleón esperaba que Alejandro le haría nuevas proposiciones de paz, pero ante el silencio del Czar le dominó de nuevo la impaciencia, olvidando sus resoluciones. Le obsesionaba el nombre de Moscou y se entusiasmaba ante la idea de una marcha sobre esta ciudad; inclinado sobre sus



Plano de la batalla de Borodino ó de la Moskowa

mapas, examinaba los caminos, se levantaba, andaba agitado por sus habitaciones, pasaba de un objeto á otro sin fijarse en ninguno. Por fin tomó su decisión, á pesar de la oposición que á su proyecto hacían Bertbier, Lobau y Caulaincourt. Duroc le hizo también observaciones claras y atinadas respecto á las dificultades de la empresa, y Daru, fiero é impasible, recordó al Emperador que esta guerra no era nacional y que nadie comprendía su objeto ni su necesidad. Napoleón no ignoraba que desde el Niemen hasta Mohilev el ejército había perdido 150.000 hombres, y que obligado a alimentarse con centeno cocido, se veía diezmado por la disentería, quejándose de los excesivos cuidados que se tenían para con la guardia; que los Rusos estaban deci-

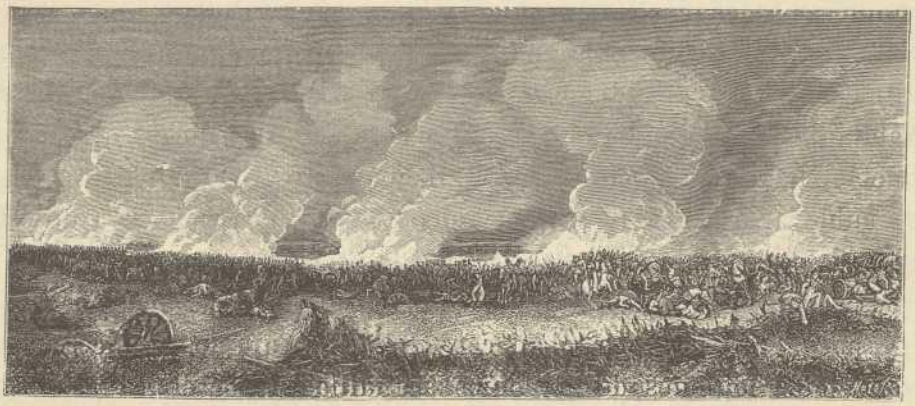
didos á todo para aniquilar al invasor, incendiando sus propias aldeas sin vacilar en quemar con ellas á sus heridos. Finalmente, Duroc le dió á conocer el tratado de Bukarest. Napoleón escuchó con benevolencia todas estas objeciones, persistiendo imperturbable en su idea; «iba á realizar la locura de Carlos XII. »

Al ver Napoleón que Sebastiani se había visto obligado á retroceder hacia Inkowo (7 de Agosto), ante las superiores fuerzas del enemigo, creyó que los Rusos se dirigían sobre su centro, por lo que resolvió trasladarse de Vitepsk á Orcha para colocarse sobre su flanco izquierdo, cerrándoles el camino de Moscou. El día 10 dió, pues, la orden de ejecutar este admirable movimiento estratégico y salió el 13 de Vitepsk, tras una permanencia de quince días, debiendo su ejército hallarse en Liady el 14, entre Orcha y Smolensko. Atravesó por vez primera el Dnieper en Rassasna y marchó sobre Liady, formando una sola columna y abandonando en el camino los rezagados y merodeadores; únicamente el cuerpo de Davout conservó su perfecta formación. Desde Liady comenzaba la pequeña Rusia, y el ejército cesó en sus relaciones con los judíos polacos, cuyos servicios se echaron de menos muy pronto, no encontrando ya á los judíos más que á su regreso (1).

El día 15 de Agosto se divisó Krasnoe, de donde Ney rechazó un regimiento ruso, pero más allá había 6.000 hombres con Newerowskoi, quien se unió en Smolensko con Barclay y Bagration, después de haber rechazado las repetidas cargas de la caballería de Murat. Barclay quería continuar retrocediendo siempre y hacer el vacío ante el ejército francés; tal era su plan, formado desde 1807. Bagration, discípulo de Souwarow, era partidario de tomar la ofensiva, y el ejército participaba de esta opinión, llegando casi á insultar á Barclay, sospechoso por ser alemán de las provincias del Báltico. Turbado este general por semejantes ataques, vaciló en llevar adelante su plan y dejó que se trabase el combate de Krasnoe. La retirada de Newerowskoi obligó al ejército ruso á acudir sin demora en defensa de Smolensko.

(1) Respecto al papel que desempeñaron los judíos en la campaña de Rusia, nada es tan á propósito para conocerlo como los dibujos de Faber de Faur, en su *Diario ilustrado de la campaña de Rusia.*

Al llegar Napoleón frente á dicha ciudad, el día 16, divisó en la orilla derecha del Dnieper un ejército compuesto de 120.000 hombres, á las órdenes de Barclay y Bagratión. «¡Por fin ya son míos!» exclamó el Emperador, é inmediatamente dispuso sus tropas para la futura batalla. Pero Barclay mandó á Bagratión al otro lado de Smolensko, para deshacerse de él y poder entonces proseguir libremente su primitivo plan. En efecto, al día siguiente, 17, Belliard en un reconocimiento encontró á los rusos en completa retirada; buscóse inútilmente un vado para copar la columna rusa que se había quedado en



Batalla de la Moscowa. Cuadro de Langlois Juan Carlos, llamado *el Coronel*), en el Museo de Versalles, que sirvió también para uno de los panoramas de este artista

Smolensko, pero ésta opuso gran resistencia y no dejó entrar á los Franceses hasta las tres de la mañana, después de haber incendiado una parte de la población. En 19 de Agosto, en Valoutina, la inacción de Junot fué causa una vez más de que Napoleón perdiese la ocasión de librar una gran batalla, que se redujo á una serie de combates secundarios cuyo resultado, aunque favorable, hubo de ser comprado á costa de la vida del valiente general Gudin.

Apenas había principiado la campaña y ya el estado del ejército podía inspirar la más viva preocupación; el calor era sofocante, los enfermos y los heridos carecían de víveres, de camas y hasta de paja y de medicamentos. Muchos de ellos, ya fuese con mala intención, ya por casualidad, morían quemados en los pueblos en donde se les había dejado, y los sobrevivientes quedaban expuestos, al aire libre, á las inclemencias del tiempo. Muy pronto se hubo de echar mano,

en vez de lienzo, del papel de los documentos encontrados en los archivos, quedando un hospital que contenía cien heridos, durante tres días, sin víveres ni socorros de ninguna clase. La moral de los soldados en filas estaba profundamente quebrantada. «Atormentados por una vaga inquietud, marchaban á través de la monótona uniformidad de aquellas extensas llanuras, de aquellos vastos y silenciosos bosques de negros abetos, asustados de su insignificancia en medio de tal inmensidad. Formábanse entonces en su mente siniestras y fantásticas ideas sobre la geografía de estas regiones desconocidas, y sobrecogidos de un secreto horror vacilaban en avanzar por aquellas inmensas soledades.» (Segur). Lo que principalmente conmovió á Napoleón fué el incendio de Smolensko, resultado de una fría determinación, y el abandono de la ciudad por la casi totalidad de sus habitantes, comprendiendo entonces que esto significaba que todo el pueblo ruso retrocedía ante él. Hallándose en Vitepsk, había pensado ya sublevar á los campesinos, pero no tardó en reconocer que estas tentativas no darían el menor resultado. Barclay esparcía la voz de que Napoleón había dado orden de incendiar los almacenes y las iglesias, y los siervos estaban convencidos de que los Franceses eran verdaderas legiones de demonios acaudilladas por el Anticristo, no atreviéndose siquiera á usar los utensilios que ellos hubiesen tocado. Por otra parte, Napoleón vacilaba en provocar una guerra social, y aun hallándose en Moscou rehusó los ofrecimientos que se le hicieron con este objeto.

Desde Smolensko podía Napoleón dirigirse hacia San Petersburgo, hacia Moscou ó hacia Kiew, mostrándose vacilante entre los tres caminos. En Kiew podría envolver á Tchitchagof, destruyendo el flanco derecho del ejército ruso y asegurando la posesión de las provincias más populosas y ricas de Rusia. En San Petersburgo podía apoderarse de todos los recursos del gobierno, de los arsenales de mar y tierra, y quitar á Alejandro el único punto de comunicación con Inglaterra. Pero en Moscou atacaba á la nación rusa en su corazón, faltando sólo quince días de marcha para llegar á esta ciudad, mientras que San Petersburgo se hallaba á una distancia de veintinueve días. El nombre de Carlos XII acudía con frecuencia á su mente, esforzándose en buscar mil diferencias entre la expedición sueca y la suya. Sus lugar-

tenientes habían quedado victoriosos en las dos alas extremas del ejército. Schwartzenberg y Reynier, que habían ya rechazado á Tormasof hasta Gorodeczna, en donde le derrotaron (12 de Agosto), alcanzaron un nuevo triunfo en Kobryn (16 de Agosto). Mientras que Macdonald se apoderaba de Dunaburgo y atacaba á Riga, Oudinot, auxiliado por el cuerpo de ejército bávaro, mandado por Gouvión Saint-Cyr, se apoderaba de Wittgenstein, sobre el Drissa, tras varios combates afortunados (29 de Julio, 1 y 2 de Agosto). Retiróse, sin embargo, hacia Polotsk para concentrar sus fuerzas y trabó un nuevo combate (17 de Agosto), hasta que á causa de una herida grave hubo de entregar el mando á Gouvión Saint-Cyr; al día siguiente el nuevo general en jefe alcanzó la brillante victoria de Polotsk, que le valió el bastón de mariscal, que hacía ya mucho tiempo tenía merecido. Tranquilo siempre, aun en medio de los mayores peligros, dotado de sencilla gravedad, de costumbres irreprochables y de una probidad ejemplar, había adquirido gran ascendiente sobre sus tropas, á las cuales por otra parte atendía poco, fuera del campo de batalla; por su genio filosófico y meditabundo se inclinaba principalmente á sacar partido del modo de ser y condiciones de sus enemigos y de sus subordinados. Tan excelentes condiciones hacían que se le perdonase su carácter díscolo y raro, dejando entrever al antiguo dibujante por la facilidad con que se hacía cargo del terreno al primer golpe de vista y por su habilidad en servirse del mapa.

El día 20 de Agosto salió el grande ejército de Smolensko, dirigiéndose Napoleón sobre Moscou con 155.000 hombres, apoyado por otros 280.000 que había dejado en Lituania y Polonia. Disputábanse el mando de la vanguardia Davout y Murat, cuya mala inteligencia malogró la oportunidad de librar una batalla en Dorogobouje el 23 de Agosto. En el campo ruso se pronunciaron todos contra Barclay, que había permitido al enemigo sacar partido del terreno en vez de aprovecharlo contra él, llegando Bagratión á suponer una traición. Todo el ejército reclamó á Kutusof, en cuyo favor militaba el recuerdo de Amstetten, de Krems, de Dirnstein y de sus recientes triunfos sobre los Turcos. El Czar cedió al final, confiándole el mando del ejército, y Barclay pidió noblemente servir á sus órdenes. Esta designación produjo general entusiasmo, á pesar de que Kutusof no podía ni debía

hacer otra cosa que proseguir la ejecución del plan de Barclay, continuando en su retroceso é incendiando sus propias ciudades á medida que las iba evacuando. Pero no era posible dejar á Moscou, la ciudad santa, sin intentar su salvación por medio de una batalla campal, para lo que Kutusof se detuvo en Borodino, en la confluencia del Moskowa y del Kolotch ó Kolocza. Cubierto el terreno de reductos y fortificaciones, se le unió allí Miloradowitz, con 10.000 reclutas y una multitud de campesinos que tremolaban á su frente la cruz al grito de «¡Dios lo quiere!» Kutusof contaba entonces 72.000 infantes, 18.000 hombres de caballería regular, 7.000 cosacos, 10.000 hombres de milicias y 640 piezas de artillería, servidas por 14.000 artilleros, mientras que Napoleón sólo había podido reunir 86.000 infantes, 28.000 hombres de caballería y 587 cañones, servidos por diez y seis mil zapadores ó artilleros; pero su ejército, aunque extenuado por esta marcha de 800 leguas, era aún superior al de los Rusos, aunque se hallasen éstos, dice Segur, «en aquel estado en que los pueblos conservan todavía sus antiguas virtudes además de las nuevamente adquiridas.» El grande ejército de 1812 presentaba mayor unidad que el de 1809.

Napoleón llegó en 5 de Septiembre al monasterio de Kolotskoi, desde donde reconoció que la derecha rusa estaba perfectamente defendida por la elevada cortadura que presentaba la orilla izquierda del Kolocza, por lo que era preferible atacarla por el punto que se había fortificado; con objeto de poder desplegar sus fuerzas con más libertad, ordenó en aquel mismo día la toma del reducto de Schwardino, situado á la derecha del campo de batalla, para lo cual fué necesario un espantoso combate entre las tropas de Eugenio, Compans, Murat y Poniatowski y el ejército de Bagration, tras el cual el reducto quedó en poder de los Franceses. Napoleón, al pasar revista á las tropas al día siguiente, preguntó estaba dónde el regimiento 61.° de línea, que había tenido la gloria de apoderarse de la posición, respondiéndole su coronel: «¡En el reducto, señor!»

El 6, al alborear el día, Napoleón montó á caballo y seguido de sus generales examinó con el mayor cuidado el terreno en que debía medir sus fuerzas con las del contrario. «Después de este examen, Napoleón cambió de propósito, determinándose á dejar en la izquierda

del Kolocza un corto número de tropas, atacando con energía el centro, hacia Borodino, pero dirigiendo todos sus esfuerzos hacia la derecha del Kolocza, tanto sobre el primer cerro, coronado por un gran reducto, como sobre el segundo, defendido por tres trincheras que en forma de estrella se extendían por delante de la aldea de Semenofskoi. Al propio tiempo, el cuerpo de Poniatowski marcharía, á través de los bosques de Outitza, por el antiguo camino de Moscou para moles-



Toma del reducto central, en la Moscowa. Muerte del general Juan Gabriel, conde de Caulaincourt, hermano menor del duque de Vicenzo. (Según un dibujo de Albrecht Adam, pintor de cámara de S. A. I. el príncipe Eugenio)

tar á los Rusos por esta parte, pudiendo también, si el ataque no fuese favorable por este lado, apoyarle con fuerzas aun más considerables. — Eugenio será el eje, — dijo Napoleón. — La derecha empezará la batalla, y cuando, protegida por los bosques, haya logrado apoderarse del gran reducto que tiene á su frente, hará un movimiento de flanco hacia la izquierda, sobre los Rusos, destrozando y rechazando todo su ejército sobre la derecha y sobre el Kolocza (1). »

(1) Davout, realmente tan gran militar que sobre un punto determinado podía caber la duda entre él y Napoleón, propuso otro plan, que parecía ofrecer aún resultados más decisivos; pero el Emperador se creyó en el caso de rechazarlo por las razones que expone Thiers, tomo XIV, pág. 310.

El día 6 transcurrió tranquilamente, preparándose para la batalla. En el campamento ruso reinaba el más profundo silencio; Kutusof, rodeado de popes y archimandritas, mostraba á sus soldados la imagen de la Virgen de Smolensko, que se había librado milagrosamente, según se decía, de manos de los Franceses, y les exhortaba á la defensa de su religión y de su patria. En el campamento francés, Napoleón enseñaba á sus oficiales y á los soldados de la vieja guardia el retrato del Rey de Roma, hecho por Gerard, que acababa de recibir. Los Rusos pasaron la noche confesándose y comulgando, y por la mañana, vestidos de blanco como para una boda y de rodillas, fueron bendecidos y rociados con agua bendita por los popes.

Napoleón, extenuado, sufrió en la noche del 6 un violento acceso de fiebre; le devoraba la sed y no tenía un instante de reposo, viniendo á agravar tales sufrimientos un nuevo ataque de disuria; pero se reanimó á las cinco de la madrugada, al saber que los Rusos se aprestaban al combate y que Ney solicitaba la orden de ataque. «¡Por fin son nuestros! — exclamó. — ¡Marchemos, vamos á abrir las puertas de Moscou!» Levantóse y marchó al campo de batalla. «Eugenio tomó posiciones frente á Borodino, sobre el Kolocza; Davout y Ney formaban el centro, teniendo en segunda línea á Murat y Junot, y como reserva la guardia; Poniatowski formaba la derecha. Davout y Ney comenzaron el ataque sobre los reductos de Semenofskoi, lanzándose impetuosamente en los espacios libres de fortificaciones, envolviéndolos por completo y entrando los soldados de ambos cuerpos revueltos en los reductos, sin dar siquiera tiempo á los Rusos para retirar sus cañones.» Bagratión acudió con nuevos refuerzos, pero sus desesperados ataques no dieron ningún resultado y él mismo cayó mortalmente herido.

Kutusof, mientras tanto, lanzaba el grueso de sus tropas contra Eugenio, que después de haberse apoderado de Borodino, había tomado también el gran reducto, logrando arrojarle de él y mandando entonces sus reservas en socorro de su izquierda. Renovóse el combate con furor, pero el encarnizamiento de los Rusos se estrelló ante la fría intrepidez de los batallones franceses, quedando las trincheras en poder de éstos. Kutusof entonces recogió y concentró todas sus tropas para intentar un último esfuerzo, pero se previno su ataque dirigiendo nuevas

fuerzas sobre la izquierda del reducto, penetrando en él por la brecha los coraceros de Caulaincourt y la infantería de Lanabere, escalando la muralla; ambos generales murieron, pero el reducto fué tomado. Ya era tiempo, pues las masas rusas se lanzaban por tercera vez sobre Semenofskoi. «El choque fué espantoso; todo se revolvió, alteró y destruyó en medio de las detonaciones de 800 piezas de artillería; por



Incendio de Moscou. (Reproducción litográfica de un dibujo de Bacler d'Albe)

fin, Davout y Ney destruyeron por completo la izquierda de los Rusos, que se retiraron hacia el Moskowa.» (LAVALLÉE).

Eran las tres y media de la tarde. Durante toda la jornada, Napoleón, autor de tan hermoso plan, había permanecido silencioso y abatido á causa de sus sufrimientos físicos, que no podía ya ocultar; respondía lánguidamente á las preguntas que se le hacían, contestando con gestos de resignación al tener noticia de la muerte de sus mejores generales. Esta indecisión fué causa de que la batalla no se ganase por completo á las once de la mañana, y aun á las dos de la tarde, pues si la guardia hubiese entrado entonces en acción, como Belliard, Murat y Ney le suplicaban con gran insistencia diese la

orden, y como la pedía todo el ejército, los Rusos estaban perdidos y se conseguía un nuevo Austerlitz. Pero Napoleón, con una timidez impropia de su carácter, respondía: «Si hemos de librar una segunda batalla, ¿con qué tropas la daré?» Sin embargo, el único medio de no tener que luchar más contra el ejército de Kutusof era destruirlo. Murat y Ney estaban desesperados, y este último, con su fogosidad habitual, exclamó: « Ya que el Emperador se queda en la retaguardia, que no ejerce de general y quiere ejercer siempre de Emperador, que se vuelva á las Tullerías y nos deje ser generales en su lugar.»

Después de las tres y media de la tarde no se oyó más que una continua y espantosa detonación. «Ya que lo quieren, que se lo den,» dijo Napoleón. A las diez de la noche, Murat, que había estado combatiendo durante quince horas seguidas, quería cargar todavía; pero Napoleón se contentó con mandar ocupar por la guardia el campo de batalla, cubierto con los cadáveres y los heridos en número de unos 60.000 rusos y 30.000 franceses; sólo se hicieron 800 prisioneros. Alrededor del reducto había una capa de seis á ocho muertos, amontonados unos sobre otros. Los Franceses tuvieron cuarenta y nueve generales y treinta y siete coroneles muertos ó heridos y los Rusos otros tantos aproximadamente (1).

Napoleón podía, sin duda alguna, concentrar todavía cien mil hombres y Kutusof únicamente 50.000; pero á esta distancia, Napoleón no podía reponer sus pérdidas. Como ha dicho Tolstoi, « la fiera estaba herida de muerte.» El día 9 de Septiembre entró en Mojaisk, incendiada por las bombas rusas en el momento de evacuarla.

La batalla del Moscowa no se había perdido todavía por los Rusos cuando comenzó á despoblarse Moscou. Rostopchine, gobernador general de esta ciudad, trató de tranquilizar al pueblo por medio de sus proclamas, escritas en estilo bíblico y en prosa rimada. Un artífice

(1) Los generales franceses que murieron en esta batalla fueron: Montbrun, Juan Gabriel de Gaulaincourt, Plauzonne, Huard, Marcion, Lanabere, Compere, Bessieres, Dumas, Canouville y Chastel. Entre los heridos se contaban Davout, Morand, Friant, Compans, Rapp, Belliard, Nansouty, Grouchy, Saint-Germain, Bruyere, Pajol, Dufrance, Bonamy, Teste, Guilleminot, Dessaix, Lahoussaye y Latour-Maubourg. Entre los generales rusos muertos ó gravemente heridos citaremos al ilustre Bagratión, los dos hermanos Touazkof (el tercero, también general, había caído prisionero en Valoutina) y el príncipe Carlos de Meklenburgo.

alemán construía, con permiso de Alejandro, un globo monstruoso destinado á aplastar á Napoleón bajo una lluvia de hierro y de fuego, pero fracasaron los ensayos. Rostopchine mandó preparar cohetes y materias combustibles para incendiar la ciudad en cuanto el pueblo y la nobleza la hubieron evacuado (1). Desde el día 3 de Septiembre empezó á salir el pueblo en masa por los caminos de Kasán, Wladi-



Explosion del Kremlin. (Copia de un dibujo de Martinet)

mir y Jaroslaw; después de la batalla de la Moscowa, Rostopchine mandó deportar á Kasán cuarenta franceses ó extranjeros, y trasladar á Wladimir los archivos y los tesoros de las iglesias y de los palacios;

(1) El emperador Alejandro fué quien dió esta orden, como lo demuestra M. Ernouf en su obra sobre Maret, duque de Bassano, alejándose de Moscou únicamente para evitar la reponsabilidad de un hecho semejante. Rostopchine dijo también por escrito que había sido extraño á este suceso, pero los testimonios franceses y rusos están de acuerdo en que, si tal vez él no concibió el primero la idea de esta determinación salvaje, él fué quien la apoyó y la puso en práctica. Se ha dicho que Atila, aconsejado por Maquiavelo, no lo hubiera hecho mejor, elogio que Rostopchine había aceptado gustoso, pero en cambio no habría quedado muy satisfecho de ver su nombre mezclado en la historia de la Commune con el de aquellos que se enorgullecían de *rostopchinar* á París.

Kutusof llegó el 13 de Septiembre á Fily, sobre una de las colinas que dominan Moscou, con 91.000 hombres. Alejandro decretó el llamamiento de la milicia *(opoltchenié)* en diez y seis provincias; se fabricaban mensualmente siete mil fusiles de nuevo modelo. Kutusof celebró un consejo de guerra para saber si se debía dar una batalla frente á Moscou. Barclay declaró que, «tratándose de Rusia y de Europa, Moscou era una ciudad como otra cualquiera.» Pero Benningsen, Ermolow, Ostermann y otros querían volver á combatir. Kutusof escuchó todas las opiniones y luego dijo: «Veo que, respecto á este punto, mi pensamiento, bueno ó malo, debe ser completamente mío;» y mandó tocar retirada, yendo á colocarse en el camino de Riazán, á fin de cortar á los Franceses el paso á las provincias más fértiles. Rostopchine, antes de salir de Moscou, mandó decapitar á Verechtchaghine, acusado de haber hecho circular proclamas de Napoleón; abrió las cárceles, repartió al pueblo los fusiles del arsenal y dió orden de incendiar los almacenes de aguardiente y barcas cargadas de alcohol, habiéndose cuidado anteriormente de ocultar las bombas y de apostar los presos en las casas y plazas para preparar el incendio.

El día 14 de Septiembre la vanguardia francesa llegó á la cima del monte de la Salud, desde donde se descubría la ciudad santa; sus 295 iglesias, con sus tejados, sus cúpulas, sus campanarios, rematados por flechas y globos de oro, sus techos de hierro bruñido y encarnado, y principalmente el Kremlín, que brillaba con el sol, deslumbraban los ojos. El ejército aceleró su marcha, y corriendo y alegre gritaba: «¡Moscou, Moscou!» del mismo modo que los Diez mil, al llegar al monte Teches, exclamaron: «¡El mar, el mar!» Napoleón no pudo contener una exclamación de alegría. «¡Vedla por fin, la ciudad famosa, ahí la tenéis!» y agregó: «¡Ya era tiempo!» Miloradowitz le mandó decir que incendiaría la ciudad si no se le concedía tiempo para evacuarla; se accedió á todo y los dos ejércitos se confundieron. Murat se adelantó y penetró en ella por los barrios extremos, rodeándole los cosacos, que al reconocerle le tributaban muestras de admiración. Murat les regaló los relojes de sus oficiales y uno de ellos llegó á llamarle su hetmán.

Napoleón se resistía á creer en la evacuación de Moscou y mandó á Daru para que se le presentasen los boyardos; pero por la noche

no tuvo ya ninguna clase de duda, contentándose con decir: «¡Ah!, los Rusos no saben el efecto que producirá entre ellos la toma de su capital.» El ejército invadió la ciudad al canto de *la Marsellesa* y en su confianza dejó escapar algunos miles de enemigos, que iban á reunirse con Kutusof; el Emperador entró de noche en Moscou, cuyo gobierno confió á Mortier, y envió al Czar proposiciones de paz por medio de un oficial ruso que encontró en un hospital.

Algunos franceses y un ruso denunciaron los preparativos de incendio, cuando de pronto, á las dos de la mañana, estalló el fuego en el barrio comercial. Al rayar el día Mortier se encargó del mando y Napoleón entró en el Kremlín; pero á media noche del 15 al 16, al aviso de un cohete, empezó á arder el edificio de la Bolsa y pronto se extendió sobre la ciudad una claridad extraordinaria: la parte oeste y norte de Moscou ardía, y los palacios, iluminados por reflejos siniestros, se hundían con estrépito; se hubiera podido creer que en el firmamento aparecía una aurora boreal (1).

Las llamas, impulsadas por el viento, llegaban hasta los tejados del Kremlín; tres veces seguidas las llamaradas, que convergían hacia la ciudadela, fueron rechazadas por el viento, que soplaba del Oeste, y llevadas otras tantas por el viento Norte. Napoleón corrió verdadero peligro, pues había en el Kremlín un gran depósito de pólvora y un inmenso parque de artillería. La guardia se puso sobre las armas y Napoleón se levantó á la luz del día y de las llamas, cuando ya quemaban los vidrios de las ventanas de su habitación, oyéndosele exclamar: «¡Qué espectáculo tan espantoso! ¡Lástima de palacios! ¡Qué resolución tan salvaje! ¡Qué hombres, son escitas!» «En vano soldados, apostados en los tejados, barrían los trozos encendidos que llovían sobre ellos; el incendio continuaba creciendo. Murat, el príncipe Eugenio y Berthier suplicaban al Emperador que saliese de allí, pero él se negaba. De pronto se oyó un grito terrible: «¡El Kremlín arde!» Entonces el Emperador se retiró por fin, con su guardia, por una poterna que daba sobre el Moscowa, viéndose obligado á pasar por una callejuela estrecha y tortuosa, entre el chisporroteo de las made-

(1) Así lo creyó en los primeros momentos Enrique Beyle, empleado en las oficinas de administración militar, que acompañó á Rusia al conde Daru.

ras en combustión y el ruido que producían los techos al desplomarse, las vigas encendidas y las columnas de hierro enrojecido que se derrumbaban á su alrededor, caminando sobre un pavimento que ardía y bajo un cielo de sangre, cual si pasase entre dos murallas de fuego» (Segur). Para no perder un convoy de pólvora, fué preciso atravesar con él por en medio de las llamas, llegando por fin al castillo de Petrowski; al siguiente día, al ver Napoleón que el incendio continuaba con toda su violencia, exclamó: «¡Este incendio es presagio de grandes desgracias!»

Precisaba tomar una determinación: una vez extinguido el incendio, no quedaban en pie en Moscou más que las iglesias y una quinta parte de los edificios particulares. Berthier y Bessieres demostraron fácilmente á Napoleón la imposibilidad de marchar á San Petersburgo. En un principio tuvo la idea de retirarse á Lituania, apoderándose á su paso de Kalouga y Toula, granero y arsenal de Rusia, pero después determinó quedarse en Moscou. Una vez instalado de nuevo en el Kremlín (20 de Septiembre), esperó allí la respuesta del Czar, no pudiendo su orgullo resignarse á la idea de una retirada, á pesar de que con ella se hubiese podido evitar el desastre y hasta alcanzar alguna victoria; esta detención era mucho más funesta todavía que la de Vilna al principio de la campaña.

Sin embargo, la deseada respuesta no llegó, y Napoleón trató de disimular su intranquilidad publicando numerosos decretos y formulando grandes planes para el porvenir. Al regresar de una revista á su ejército, que conservaba todavía su aspecto marcial y severo continente, gracias á verdaderos prodigios de cuidado y de habilidad, firmó un decreto, que constaba de cien artículos, reglamentando el personal y la entrada del mismo en el teatro Francés. Este decreto, de puro lujo, precedía en el *Boletín de las leyes* á otro que aplicaba las leyes penales del reclutamiento militar á los padres que favorecían la deserción de sus hijos. Napoleón soñaba en ser nombrado rey de Polonia, restableciendo el principado de Smolensko, desmembrando la Rusia occidental, decretando la libertad de los siervos y sublevando á los Tártaros del Volga. Para ellos estudió los documentos relativos á la intentona de 1730, con objeto de ver si era posible atraerse á los nobles con la promesa de una constitución; pero carecía de medios

para ello. Tras una conferencia con sus generales, en la que unánimemente optaron por la retirada, dió á Lauristón una carta para Alejandro, en la que le decía: «Quiero la paz, la necesito; la quiero en absoluto; poned á salvo vuestro honor;» pero Kutusof no permitió el paso al emisario de Napoleón.

Sin embargo, los Rusos firmaron un armisticio con objeto de ganar tiempo, recibir refuerzos y adiestrar á los reclutas. Engañaron



Campaña de Rusia. (Dibujo de Charlet)

á Murat, halagando su vanidad, y éste exageró la significación de las muestras de simpatía ó tal vez de admiración que los cosacos, seducidos por su impetuoso ardimiento y su marcial continente, le habían dado ya y continuaban dándole, imaginándose que, á quererlo, le sería sumamente fácil hacerse elegir rey por ellos. A pesar de todo esto, las guerrillas comenzaban á molestar casi con la misma energía y ferocidad que las de España, y si bien no contaban en este país con el auxilio de los desfiladeros y de las montañas, tenían, sin embargo, bosques inmensos, tierras pantanosas, y aun la misma llanura facilitaba á la caballería cosaca el hacerlo con resultado. Los campesinos atacaban á los merodeadores y á los forrajeadores, matándoles con sus horquillas de trillar, los ahorcaban, los ahogaban y hasta los enterraban vivos. Dorokhow, con 2.500 mougiks y cosacos, se apoderó de

Vereia el día 10 de Otubre y pasó á cuchillo la guarnición. El campesino Gerásimo Kourine reunió 5.800 hombres á sus órdenes, para «combatir por la patria y el santo templo de la Virgen contra un enemigo que amenazaba con el incendio de todas las poblaciones y con arrancar el pellejo á todos los habitantes.» Las mismas mujeres, como la campesina Basilisa y la señorita Nadijda Dourowa, tomaban parte en estas expediciones.

«Los Rusos se mostraban admirados al ver nuestra tranquilidad ante la proximidad del invierno, llegando hasta á compadecernos. En quince días, nos decían, se os caerán las uñas y se escaparán las armas de vuestras manos, hinchadas y casi yertas.» Napoleón continuaba esperando, y mientras tanto la temperatura continuaba descendiendo. En un célebre poema oriental, *Ibn Arabihah,* el genio del invierno se aparece á Timur sobre la helada estepa en el momento en que invade la Moscovia, y le apostrofa en estos términos: «Detén tu rápida carrera, detente, loco tirano! Si tú eres un demonio del infierno, también lo soy yo. Tú te enorgulleces con tus ejércitos, pero los días de mi invierno, Dios mediante, son tan mortíferos como ellos; mi venganza te aplastará.» Napoleón, lleno de ansiedad, pasaba las noches discutiendo con Daru. «La retirada sería confesarse vencido, y el primer paso que diésemos en este sentido sería acaso el origen de una espantosa serie de guerras horribles. Cuando uno se equivoca, decía, hay que perseverar en la equivocación, lo cual siempre inspira respeto.» Daru le propuso convertir Moscou en un campo atrincherado y pasar en él el invierno, pero Napoleón se negó á seguir este «consejo de león (1).»

A las primeras nevadas procuró ya salir de Moscou, para lo cual mandó evacuar los hospitales, poniendo en marcha los primeros convoyes y ordenando la adquisición de 20.000 caballos y de forrajes para dos meses. Los alrededores eran suficientes para atender al sustento del ejército siquiera un solo día, y él mismo, por otra parte no se mostraba dispuesto á emprender la retirada, hasta que por fin, roto el armisticio por los Rusos, comenzó á idear varios planes para

(1) Napoleón decía que Daru «tenía el valor del león y la constancia del buey.»

realizarla. El día 18 de Octubre, Murat fué atacado en Winkowo por Kutusof, perdiendo en el combate 3 ó 4.000 hombres, 12 cañones y 30 furgones, quedando destruída su vanguardia. Napoleón, ante esta noticia, recobró el vigor de su juventud é inmediatamente dió sus órdenes, saliendo de Moscou, desde el día 8 al día 23, 90.000 hombres con 600 cañones, 2.000 cajas de municiones y 50.000 inútiles; el día 19 salió de la ciudad, que se había propuesto evacuar ya el día 16. «¡Marchemos sobre Kalouga, dijo, y desgraciados los que se opongan á nuestro paso!» Habiendo entrado en Moscou con 90.000 combatientes y 20.000 enfermos y heridos, salía ahora con 100.000 combatientes, dejando sólo 1.200 enfermos; tenía aún 550 cañones y 2.000 furgones de artillería. Seguían tras este ejército una multitud de carros cargados de trofeos, entre los cuales figuraba la gigantesca cruz de plata del gran Iván, y gran número de carri-coches, cargados de botín y arrastrados por merodeadores (1).

Engañando á Kutusof, pudo pasar el ejército desde el antiguo camino de Moscou al nuevo (23 de Octubre); se hubiese podido llegar á Malo-Jaroslawetz en cuatro días, pero se emplearon seis. Una brillante acción, en la que 18.000 franco-italianos, mandados por el príncipe Eugenio, rechazaron á 50.000 rusos, proporcionó la posesión de esta ciudad y de su llanura, pero á costa de 4.000 hombres, entre ellos siete generales; Kutusof acampó en una meseta á la entrada de los bosques, con 126.000 hombres y 700 piezas de artillería, cerrando los caminos del Oeste y del Sudoeste hacia Medyn y Kalouga. En Malo-Jaroslawetz celebró Napoleón consejo de guerra, en el que Murat, según su costumbre, propuso atacar; pero Bessieres disuadió de hacerlo al Emperador, el cual se decidió por fin á la retirada. Aceptada ésta, Davout propuso pasar por Medyn y Smolensko, «camino el más corto á través de un terreno fértil, todavía virgen, apto para aprovisionar al ejército por sus riquezas y por sus poblaciones aun florecientes.» Pero ante la noticia de un pequeño encuentro con los cosacos y ante la opinión casi unánime de sus generales, Napoleón

(1) El número de los no combatientes que seguían al ejército puede calcularse en unos 50.000 hombres.

se decidió por el camino de Mojaisk, ó sea el camino del Norte, decisión que le costó tanto que se desmayó al dar la orden, pues comprendía los peligros que entrañaba el volver á atravesar comarcas agotadas ya por el primer paso del ejército, pero había perdido la confianza en sí mismo.

En tanto los Franceses emprendían la retirada, Kutusof marchaba precisamente hacia el Sur, á pesar del inglés Wilson, que le incitaba á presentar batalla. Kutusof, juzgando que valía más seguir el consejo de «á enemigo que huye, puente de plata,» abandonar el campo que comprometer el ejército y el imperio, le decía: «¿Acaso no huye Napoleón? ¿por qué, pues, detenerle y obligarle á vencer? Basta el clima contra él; de todos los aliados con que cuenta Rusia, el invierno es el más seguro; debemos confiar en su auxilio.» Sus tropas se adelantaron, pues, á fin de interceptar el paso; Napoleón hubiera podido destruirlas, pero su única preocupación era regresar á Francia. El 26 de Octubre comenzó efectivamente la retirada.

En Vereia se reunió Mortier, procedente de Moscou, con Napoleón, de cuya ciudad salió en el último momento, después de haber ordenado la voladura del Kremlín. Al reunirse con el Emperador, Mortier le presentó Wintzingerode, al cual había hecho prisionero y que después fué libertado por los cosacos en Lituania. Napoleón se vió obligado á proteger su retirada valiéndose de los mismos medios empleados por los Rusos para combatir la invasión, por lo cual incendió las poblaciones que dejaba á su paso. En 28 de Octubre llegó á Mojaisk, por donde pasó de largo, viéndose en el caso de abandonar una parte de sus enfermos, y al saber que los Rusos se dirigían hacia Viazma para cortarle el camino de Francia, apresuró su marcha; atravesó luego el campo de batalla del Moscowa, cuyo suelo conservaba todavía las huellas del combate, y estaba completamente devastado y cubierto de restos de armamentos, uniformes y banderas, y de unos 30.000 cadáveres, encontrando en él á un francés que vivía aún. Napoleón, al llegar á Kolotskoi, mandó recoger los heridos menos graves, encargando uno á cada carruaje, pero los vivanderos los arrojaron pronto á las cunetas del camino. Las fuerzas hispano-portuguesas fusilaban durante la marcha á los prisioneros rusos; Napoleón lo supo, pero como en aquellos momentos no podían ni canjearlos ni soltarlos, hubie-

ron de morir de hambre, como morían también por otra parte tantos franceses. En dos jornadas pasó el Emperador desde Giatz á Viazma, en donde esperó treinta y seis horas al príncipe Eugenio y á Davout, á quienes reemplazó en la retaguardia por Ney con el sexto cuerpo.

El día 6 de Noviembre apareció nublado, comenzando en seguida una copiosa nevada, que lo cubrió todo completamente. «Los soldados, dice Segur, sin víveres y sin fuego, se arrastraban gimiendo; caían y



Salida de Moscou del ejército francés en 1812. (Grabado alemán de la época, copia de un cuadro del pintor alemán Klein)

en seguida quedaban cubiertos de nieve, distinguiéndose tan sólo sus cuerpos por ligeras ondulaciones de aquel blanco sudario, de las cuales estaba sembrado todo el camino, formando un vasto cementerio; los más animosos ó más indiferentes, sentíanse afectados ante este espectáculo, apartando la vista y alejándose de él con rapidez; pero ante ellos y á su alrededor todo era nieve, perdiéndose la mirada en aquella inmensa uniformidad.»

Après la plaine blanche, une autre plaine blanche.

Las armas caían de las manos de los soldados, cuyos dedos dejaban completamente helados; así caminaban todos á la ventura, des-

armados y sin mochilas, como si fuesen prisioneros, dándose por muy felices de no caer en manos de los cosacos, que los desnudaban y les dejaban morir sobre la nieve (1). «Cada uno marchaba como le parecía, dice Coignet; nada de ese sentimiento de humanidad que sentimos los unos por los otros, nadie hubiera dado la mano á su propio padre. Parecía haberse extinguido completamente todo sentimiento, y ni siquiera se murmuraba contra la adversidad.» Muchos de los que tenían sus manos yertas por el frío y no podían recoger su parte de leña para el fuego del vivac, eran excluídos de él inhumanamente. Estos mismos desgraciados sin manos y aquellos que no tenían sable ni cuchillo se arrodillaban ó tendían en el suelo para comer á bocados la carne de los caballos muertos, tendidos en el camino, sucediendo con frecuencia que ya no encontraban de ellos más que algunos residuos sangrientos, pegados á la osamenta, que otros compañeros más felices habían despreciado. Cuando á su paso hallaban una casa la incendiaban en seguida, y meditabundos y silenciosos formaban entonces un vasto círculo á su alrededor. «El camino,—dice Labaume, —estaba cubierto de soldados que parecían espectros, que el enemigo no se tomaba siquiera la molestia de hacer prisioneros. Los unos se habían quedado sordos, otros habían perdido el habla, y muchos, á causa del frío y del hambre, habían quedado reducidos á tal estado de estupidez y de locura que asaban los cadáveres humanos para comérselos ó se comían sus propias manos y brazos.» Veíanse algunos que «con risa convulsiva se arrojaban á las hogueras y morían lanzando espantosos gritos y en medio de horribles contorsiones,» mientras que los otros les miraban, imitándoles después y sufriendo la misma muerte (2). Durante la noche la nieve extinguía el fuego de los vivaques, que sólo se reconocían al día siguiente por los cadáveres de los soldados y de los caballos. Percibíase sin cesar el ruido especial, cuya

(1) Para hacer más rápida la persecución, los cosacos empleaban con frecuencia ligeros trineos.

(2) Hubo, sin embargo, en honor de la humanidad, numerosos ejemplos de cariño y de abnegación aun en medio de tan espantosas angustias. La habilidad de algunos se demostró también en esta ocasión. Un general tuvo siempre comida asegurada, sin haberse de proveer nunca de víveres, gracias á haber conservado una marmita que llevaba siempre consigo, por lo que era muy buscado en todos los vivaques, donde se le entregaba con mucho gusto la mejor tajada á cambio del préstamo de su utensilio.

causa no tardó mucho en conocerse, que hacían las ruedas de los furgones al aplastar los cadáveres sepultados bajo la nieve. En Sembwo se arrojaron á un lago los objetos recogidos en Moscou: cañones, armaduras góticas y la cruz de plata macisa de Iván el Grande.

Al formar Ney la retaguardia, comprendió que debía sacrificarse para salvar al ejército. La marcha desde Viazma fué un combate continuo de diez días; un furioso ataque del 4.° regimiento contuvo á los Rusos y permitió la llegada á Smolensko en el momento en que el



Retirada del grande ejército francés. (Copia de un grabado alemán de la época)

enemigo iba á penetrar en ella. Hasta entonces, una última esperanza había sostenido el ánimo de los restos del ejército: «En Smolensko, decían, encontraremos en abundancia todo lo necesario.» Napoleón mismo contaba hallar allí vestidos, armas, calzado, grandes cantidades de forraje y víveres para quince días para un ejército de cien mil hombres; pero no se encontró más que aguardiente, arroz y harina en pequeña cantidad, pues el ejército de Víctor, los enfermos y los rezagados habían agotado los almacenes, por lo que era imposible detenerse más en aquel punto.

En el Norte, frente á Polotsk, Gouvión Saint-Cyr, reducido á 17.000 hombres, muertos de fatiga y de hambre, ante los 52.000 que mandaba Wittgenstein, rechazó siete veces seguidas los ataques del enemigo y logró retirarse, cubriendo el camino de Orcha á Borizow.

El día 31 de Octubre se unió Víctor á su compañero, cometiendo la torpeza de dejar que se escapase Wittgenstein, que ignoraba esta reunión y que, libre de este peligro, ocupó á Vitepsk. Al propio tiempo, Schwartzenberg participaba al Emperador que estaba defendiendo á Varsovia, ó lo que es lo mismo, que dejaba en descubierto al grande ejército, permitiendo así á Tchitchagof que se dirigiese hacia el Norte al encuentro de Wittgenstein, ya para coger á Napoleón entre dos fuegos, ya para reunirse frente al ejército francés, á fin de cerrarle el camino, mientras que Kutusof, que se había apoderado del camino de Elnia, apresuraba la persecución. Todo aconsejaba á Napoleón que abandonase á Smolensko, y sin embargo, continuaba en ella, sin que nadie supiese explicarse esta locura, recordándose las palabras que él mismo pronunció en Austerlitz: «Ordener está gastado. En la guerra hay que aprovechar el tiempo; yo estaré en disposición de hacerla durante seis años, después de los cuales tendré que retirarme.» El ejército perdió en veinticinco días 64.000 hombres de los 100.000 con que contaba. Poniatowski tenía sólo á sus órdenes 800 hombres; Junot, 700; Latour-Maubourg, 1.500. Por fin, Napoleón salió de Smolensko el día 14 de Noviembre con Mortier, debiendo partir sucesivamente Eugenio, Davout y Ney.

Dos leguas antes de llegar á Krasnoe un cuerpo de cosacos tomó posiciones ante la columna imperial, cerrándole el paso; turbado Junot permaneció inmóvil, y fué preciso que uno de sus oficiales, llamado Exelmans, tomase el mando, dispersando al enemigo tras algunos disparos de fusil; pero Miloradowitz, sin atreverse á atacar los restos del grande ejército, barrió el camino á cañonazos, pasando Napoleón en medio del fuego con los granaderos de la vieja guardia, que se apretaban á su alrededor, y como la música tocase el aria: «¿Dónde se está mejor que en el seno de la familia?,» Napoleón exclamó: «¡No, vale más que toquéis *Velemos por el Imperio!*» (1).

Al llegar la guardia á Krasnoe, Miloradowitz bajó de sus posi-

(1) La primera de estas piezas pertenece á la ópera cómica de Marmontel y Gretry, titulada *Lucila*, estrenada el 5 de Enero de 1769. La pieza «Velemos por el Imperio» es el «Himno de la Libertad,» con letra de Dupré, cuya música fué tomada por Dalayrac de su ópera *Renaud d'Ast* (1787). La palabra *imperio* representa sencillamente la nación.

ciones hacia el camino para separar á Napoleón de sus lugartenientes, de los cuales Eugenio logró atravesar la línea rusa y reunirse con el Emperador el 17 de Noviembre; pero quedaban Davout y Ney, por lo que Napoleón volvió sobre sus pasos para libertar al vencedor de Auerstaedt, y poniéndose al frente de la guardia, reducida á solos 10.000 hombres, logró triunfar de los Rusos; mas al saber que éstos, que le rodeaban por todas partes, se proponían cerrarle el camino del



Combate de Krasnoe (13 de Noviembre de 1812). (Copia de una acuarela de Simeón Fort ,en el Museo de Versalles).

Norte dirigiéndose hacia Liady, Napoleón, presa del más vivo dolor, se decidió á salir de Krasnoe sin esperar al héroe de Elchingen y de la Moskowa, y emprendió el camino de Orcha, pero marchando con verdadera vacilación, hasta el punto de que los rezagados se colocaron á la vanguardia. «Todos se adelantaron al Emperador,—dice Segur,—viéndole marchar á pie, apoyado fatigosamente en un bastón, demostrando su repugnancia en avanzar y deteniéndose á cada cuarto de hora,» como si no pudiera decidirse á abandonar á su desgraciado compañero de armas. En Orcha, á donde llegó el 21 de Noviembre, hizo un recuento de sus fuerzas: Davout contaba sólo con 4.000 hombres, resto de 70.000; Eugenio con 1.800, de 42.000. La guardia

contaba únicamente con 6.000 hombres en vez de 35.000, pero había conservado su unidad. «En la guardia,—dice Coignet,—sólo se dejaban el fusil y la mochila con la vida.» También los Rusos sufrieron mucho, y el ejército de Kutusof, de 100.000 hombres, quedó reducido á 50.000.

Entretanto, Ney salió de Smolensko el 17 de Noviembre con doce cañones, 6.000 hombres armados, 300 caballos y 7.000 rezagados, y como al llegar á Katova, el 18, encontrara ante él, en una meseta que cerraba el camino, 80.000 Rusos con 28 cañones, puesto en la dura precisión de rendirse, les atacó dos veces seguidas; rechazado en ambas, hubo de permanecer inmóvil hasta la caída de la noche y entonces manda emprender la marcha hacia Smolensko, volviendo la espalda á Francia. Pero examinando bien el terreno, descubrió el lecho de un río oculto bajo la nieve, cuya corriente siguió, y al pasar por una pequeña población encendió varias hogueras para engañar al enemigo, continuando su marcha hasta el Dnieper, donde esperó tres horas para reunir todas sus tropas, viéndose obligado á abandonar cañones y bagajes. El río estaba helado únicamente en la superficie, y en algunos puntos el hielo, aunque bastante profundo, crujía y aun llegaba á romperse. Uno á uno pasaron saltando los soldados por encima de las quebradas y hendiduras, y como algunos carruajes que conducían heridos tratasen de pasar también, fueron arrastrados por la corriente. Por fin, en la mañana del 19 se atravesó el río, internándose en los bosques, por en medio de los cosacos, que se dispersaron á los primeros tiros. En la noche del 20 al 21, Ney se reunió con el Emperador, quien al saber su llegada exclamó: «¡Hubiera dado trescientos millones de mi tesoro por salvar á semejante hombre!» Más adelante, al leer la duquesa de Angulema, en la obra de Segur, la narración de estas heroicas empresas, decía con lágrimas en los ojos: «¡Ah! ¡Si yo hubiese sabido todo esto, no hubiera consentido nunca en su fusilamiento!»

Era necesario atravesar el Beresina cuanto antes, pero el Emperador, contando con los puentes de Borisof, había quemado en Orcha todo el material de puentes que llevaba consigo, á pesar de las observaciones del general Eblé, que, sin embargo, obtuvo permiso para conservar un puente de caballetes. Napoleón esperaba que Oudinot se



Retirada de Rusia. El mariscal Ney sostiene la retaguardia del Grande Ejército. (Cuadro de Yvon, en el Museo de Versalles)

apoderaría de Borisof el día 25, pero se le adelantó Tchitchagof, quien llegó á esta población el 21. Al conocer esta desastrosa noticia, Napoleón exclamó, mirando al cielo: « ¡ Estará escrito allá arriba que no hemos de hacer más que cometer continuas faltas ! » Oudinot derrotó el día 23 á la vanguardia de Tchitchagof, cuyos restos se dirigieron entonces á destruir el puente de Borisof, de largo trescientas toesas,



La bandera. (Copia de un dibujo y grabado de Deboucourt)

(Al alejarse del Beresina, los soldados, extenuados por calamidades inauditas, enterraban sus banderas en la tierra para librarlas del enemigo)

haciendo imposible su reconstrucción. Al saber Napoleón esta nueva desgracia buscó en sus mapas otros pasos, oyéndosele murmurar: « ¡ He aquí las consecuencias de cometer falta sobre falta ! » ¿Mas para qué forjar nuevos planes? ya que, acosado como se veía por Kutusof y Wittgenstein, quedaba reducido únicamente á pasar el Beresina, á pesar del ejército de Tchitchagof que lo defendía. El día 23, Napoleón, que ya había quemado en Orcha todos sus papeles y correspondencia militar, quemó también sus águilas, la mitad de sus furgones y todos los carruajes que no eran indispensables, para dar los caballos á la artillería. Del ejército que salió de Moscou no quedaban más de 50.000 hombres, de ellos únicamente 10.000 armados; 500 ca-

ñones habían sido cogidos por el enemigo ó abandonados. Napoleón reunió todos los oficiales de caballería que poseían aún su montura, los cuales ascendían á unos 500, formando con ellos *el escuadrón sagrado*, en el que los generales servían con el empleo de capitán, y cuyo mando dió á Grouchy y Sebastiani, emprendiendo de nuevo su marcha por los bosques. El día 24 se le reunieron Víctor, Dombrowski y Oudinot, quienes le esperaban cerca del Beresina llevándole otras fuerzas, que, aunque reducidas sin duda en número, conservaban su organización.

No por esto era menos desesperada la situación, pareciendo que en este gran desastre no se salvaría siquiera el honor militar, que tantos esfuerzos y sufrimientos resultarían inútiles y que sería preciso capitular. Pero Napoleón recobró de nuevo su genio, y con admirable y certero golpe de vista decidió pasar el Beresina por encima de Borisof, y por indicaciones del general Corvineau escogió para ello el puente de Stoudianka.

Para engañar á Tchitchagof, durante todo el día 24 se realizaron diferentes operaciones en Oukoholda. Lo apacible del tiempo vino á constituir en esta situación una desgracia más, pues produjo el deshielo cuando hubiera sido sumamente útil un intenso frío. El Beresina no podía, pues, atravesarse por encima del hielo, mientras que grandes témpanos flotantes impedían pasarlo á nado, al propio tiempo que la crecida ocasionada por el deshielo de la nieve había destruído los vados; pero la admirable disciplina de los pontoneros del general Eblé, de los zapadores del general Dode y de los artilleros del general Aubry, secundados por soldados de diferentes armas, salvaron al ejército (1). El general Eblé llegó con sus pontoneros el día 25; llevaba consigo, como hemos dicho, el material para un puente de caba-

(1) No tratamos aquí de rebajar en lo más mínimo el mérito de los pontoneros, sino el de asociar á su merecida fama los soldados de otros cuerpos, que han sido olvidados con frecuencia, cometiendo una verdadera injusticia. Debe hacerse constar también que los puentes construídos por los zapadores fueron los más sólidos y en los que se cumplió de una manera más estricta la consigna. (Véase la *Memoria rectificativa del libro XIV de la historia del Consulado y el Imperio, de M. Thiers*, escrita por el teniente coronel de ingenieros, retirado, Paulín). Por otra parte, los pontoneros no han tratado nunca de negar los trabajos de sus compañeros; Haillot, oficial del cuerpo que ha relatado estos acontecimientos, se expresa de esta manera: «Los pontoneros y *zapadores* trabajaron en la construcción de los puentes con un entusiasmo que supera á todo encomio.»

lletes, y además había conservado dos carros de carbón y una fragua de campaña para construir de momento las abrazaderas de hierro que se necesitasen. Al caer de la tarde Oudinot ocupó Stoudianka, y Eblé se halló en disposición de colocar el primer caballete. Los zapadores y los pontoneros, con agua muchas veces hasta el cuello, y luchando contra los témpanos, que un huracán violento arrojaba sobre ellos, trabajaron sin descanso, tomándose apenas el tiempo preciso para



Retirada de Rusia. (Cuadro de Ary Scheffer).

comer un poco de cocido sin sal, toda la noche y todo el día siguiente, hallándose á tiro de fusil de la división rusa de Tchaplitz. Viendo Napoleón, desde la madrugada, que los Rusos trataban de destruir los puentes, dispúsose á sostener un combate desesperado; pero el 26, por la mañana, el ejército de Tchaplitz se declaró en retirada, pues Tchitchagof, engañado por los movimientos del enemigo, le llamó hacia el Sur. «¡Aun luce mi estrella!» exclamó entonces Napoleón. Al cabo de una hora de trabajo se concluyó el primer puente, por el cual pasó inmediatamente á la orilla derecha la división Legrand, seguida por las tropas de Dombrowski y de Oudinot; á las cuatro de la tarde estu-

vo disponible un segundo puente. Oudinot aseguró el camino de Zemblín y rechazó á los cosacos hacia Borisof.

Mientras tanto, Tchitchagof, que deslumbrado aún por la fama de Napoleón había perdido en discusiones todo el día 26, mandó atacar el 27 la población de Borisof por Platow. El general Partouneaux, que sólo contaba con 3.500 hombres, le rechazó, pero se vió luego obligado á capitular ante los 40.000 hombres de Wittgenstein, que secundando los movimientos de Tchitchagof, remontaron el Beresina por ambas orillas.

El paso de los Franceses se efectuaba con lentitud, hundiéndose por segunda vez, á las dos de la mañana, el puente de carros y siendo preciso para repararlo romper el hielo, en medio de la obscuridad, sumergirse en el agua é ir colocando caballetes á seis y siete pies de profundidad. Pero Eblé había comunicado á los demás la energía de su alma heroica: hizo un postrer llamamiento á sus soldados, que tiritando de frío y muertos de hambre habían ya hecho mucho más de lo que podía esperarse del valor y de la resistencia humanas. No se hicieron sordos á su llamamiento, máxime al ver que su propio general les daba ejemplo «entrando varias veces, á pesar de su avanzada edad, en aquella agua helada, que su juventud les permitía apenas soportar.»

Ney y Oudinot logran rechazar en la orilla derecha á Tchitchagof, mientras que en la orilla izquierda Víctor, con sólo 6.000 hombres, hizo cara durante todo el día á los 40.000 de Wittgenstein, retrocediendo después para pasar á su vez el río. Los rezagados, que se habían detenido hasta entonces, según se les había dicho, en Stoudianka, se precipitaron á los puentes, aplastándose y cayendo al río grupos enteros de ellos. Los que caían se cogían unos á otros con las uñas y los dientes, sucumbiendo, como era natural, en mayor número las mujeres. Hundióse uno de los puentes, desapareciendo bajo las aguas un gran número de fugitivos. La aglomeración era mucho mayor sobre los otros puentes, pero aun en medio de esta implacable lucha por la vida resaltan, en honor de la humanidad, verdaderos actos de abnegación. Víctor pasó con sus fuerzas á las nueve de la noche. El general Eblé esperó hasta las ocho de la mañana del día siguiente para quemar los puentes, muriendo ó quedando prisioneros

todos los que no habían podido pasar antes. El ejército, sin embargo, se había salvado, «y por un verdadero milagro,—dice Thiers,—pues se logró librar, á través de un río casi helado (lo cual constituye uno de los mayores obstáculos), de tres ejércitos que le perseguían. Por esto teníamos el convencimiento de haber obtenido un verdadero triunfo, triunfo que, aunque alcanzado á costa de enormes sacrificios, es uno de los más gloriosos de nuestra historia, pues los 28.000 hombres que combatían, por decirlo así, sobre las aguas de un río contra 72.000, debían haber sido copados por completo.» Los mismos enemigos de Francia no se engañaron respecto á este particular, y José de Maistre decía en 1813: «Nunca se presentó Napoleón tan grande como en la manera de escaparse de la catástrofe de 1812 (1).»

En estos momentos el grande ejército aceleraba su marcha hacia Zemblín, favorecido por la circunstancia de que Tchaplitz se olvidó de destruir los puentes que sirven de camino en aquella llanura pantanosa. El frío era cada vez más intenso, y sin embargo, veíase todas las mañanas al general Drouot afeitarse con la camisa abierta, y á Narbonne, que, conservando su habitual alegría y gracejo, á pesar de su edad y de los desastres del ejército, se hacía rizar y empolvar. Los cosacos molestaban continuamente al ejército, y en cierta ocasión estuvieron á punto de apoderarse de Oudinot. Habiendo llegado Napoleón el 5 de Diciembre á Smorgony, redactó allí el *Boletín 29.°*, que dió á conocer á Francia una parte del desastre, pues ya no era posible ocultarlo por más tiempo. «Los caballos de la caballería, de la artillería y del tren de bagajes morían á millares,» decía en él, sin hablar de las pérdidas del ejército, pero dejando entrever su desorganización, y agregando: «Aquellos á quienes la Naturaleza dotó de condiciones superiores á los demás han conservado la alegría y su carácter, viendo en los nuevos peligros que se les presentaban ocasión para nuevas glorias.» El *Boletín* terminaba con esta frase: «La salud de S. M. el Emperador y Rey nunca ha sido mejor,» frase que se ha señalado mu-

(1) En esta acción del Beresina murió Alfredo de Noailles, joven oficial de gran porvenir, que unía á una respetable austeridad la pasión por las armas, y que puede compararse con el conde de Gisors, muerto como él prematuramente en Crevelt. En el *Adiós*, de Balzac, y en *Racheté*, de Arturo Roe, hay dos magníficas narraciones del paso del Beresina.

chas veces como muestra de un monstruoso egoísmo, pero que, si en realidad es desdichada, iba dirigida principalmente á desanimar á los conspiradores. Napoleón, en efecto, supo en 6 de Noviembre la conspiración del general Malet, que había fiado el éxito de su empresa al falso rumor esparcido sobre la muerte del Emperador. Las noticias recibidas de París, el temor de que Alemania se sublevase al tener noticia de su derrota y le retuviera prisionero, le decidieron, contra la opinión de Daru y del duque de Bassano, á abandonar sus soldados regresando á París; y así, en la noche misma de su llegada á Smorgony, llamó á todos sus generales, les expuso su plan, les colmó de alabanzas por la conducta que habían observado y les dijo, como excusando su temeridad: «Si hubiese nacido rey, si hubiese nacido un Borbón, me hubiera sido muy fácil no errar nunca.» Dióles después consejos para terminar la retirada, les abrazó y despidió, llevándose únicamente á Duroc, Caulaincourt, Lobau, el capitán polaco Wonsowitz y el mameluco Roustán, y dejando el mando á Murat. Partió con el mayor secreto, pues temía caer prisionero tanto de los Alemanes como de los cosacos; en Ochmiana se libró de los Rusos por sólo una hora de diferencia. Llegó á París el día 19 de Diciembre, ó sea dos días después de la publicación del *Boletín 29.°*.

Napoleón tenía gran prisa por regresar á su capital, pues quedó tristemente sorprendido al saber que la conspiración de Malet había estado á punto de triunfar. Juzgó el general Malet que la campaña de Rusia le ofrecía una ocasión sumamente oportuna para realizar el plan que desde hacía mucho tiempo tenía ya preparado; como el Emperador se ausentaba con frecuencia para tomar parte en las campañas que sostenía, convenía aprovecharse de una de estas ausencias para propalar la noticia de su muerte, y valiéndose de la turbación que de momento produciría esta noticia, apoderarse del gobierno. El general Malet era conocido por sus ideas republicanas, á causa de las cuales había sido primeramente postergado, y preso después, logrando escaparse en la noche del 22 de Octubre de la casa de curación en donde se hallaba detenido. Presentóse en el cuartel Popincourt, haciéndose pasar por el general Lamotte, uno de los jefes de la guarnición de París, y pretendiendo probar, con auxilio de unos documentos falsos, redactados por él mismo en su prisión, que Napoleón había muerto en

Moscou el día 7 de Octubre y que el Senado, reunido aquella noche, había proclamado la República. Siguiéronle las tropas y se dirigió á la Force, poniendo en libertad á dos generales que habían sido detenidos hacía algunos meses á causa de sus relaciones con el gobierno inglés, llamados Lahorie y Guidal, contando así con dos cómplices, tanto más decididos cuanto que Lahorie á lo menos desconocía por completo la



Los horrores de la guerra. Copia de un dibujo litográfico de Charlet)

superchería de Malet. Frochot, prefecto del Sena, cayó en el lazo, y Savary, ministro de Policía, y el prefecto de policía, no tuvieron noticia del complot hasta que fueron arrestados en su domicilio y enviados á la Conserjería. Afortunadamente, la resistencia que opuso el general Hulín, comandante de la Plaza de París, á quien Malet se vió obligado á disparar un pistoletazo, turbó al conspirador, que fué reconocido y arrestado de nuevo, y aunque era el único culpable, una comisión militar condenó á muerte á catorce desgraciados, de los que doce fueron inmediatamente ejecutados. A pesar de las ideas republi-

canas de Malet, no cabe dudar que los realistas tomaron una parte importantísima en esta conspiración, de la que trataron de aprovecharse (1). Al llegar Napoleón á París habíase calmado ya la emoción producida por esta extraordinaria intentona, burlándose todos de la policía, que se había dejado engañar tan completamente, y de sus jefes, que se habían dejado prender con tanta facilidad; pero Napoleón conservó largo tiempo la profunda impresión de esta barrabasada, que probaba perfectamente la fragilidad de su sistema. El poder imperial no era nada, en efecto, separado de su personalidad; nadie había pensado en que, muerto él, había un Napoleón II, ni nadie se preocupó de las *Instituciones imperiales*.

Mientras tanto, la partida de Napoleón no tardó en producir consecuencias desastrosas en el ejército, pues Murat era incapaz de reemplazarle, y habiendo desaparecido el foco á donde todos convergían, el ejército concluyó por desorganizarse. La misma guardia, que marchando en primera línea, y aprovechándose de los recursos naturales que encontraba á su paso, había sufrido mucho menos que los demás cuerpos; la misma vieja guardia, no teniendo ya la misión de proteger al Emperador, se desbandó. El día 6 de Diciembre aumentó terriblemente el frío, cayendo helados los pájaros al suelo; los soldados se deslizaban sobre la nieve helada, arrastrándose á duras penas y cayendo para no levantarse más. El 9 de Diciembre, bajo un frío de 28 grados, los 40.000 hombres que aun sobrevivían se refugiaron en Vilna.

La vanguardia rusa llegó el 10 ante esta población, y á pesar de que Wrede, con 2.000 bávaros, resistió durante algunas horas, se vió obligado á retroceder y comenzó la derrota. Con un día más de tiempo, se hubiera salvado una gran parte del ejército; 20.000 hombres, con 300 oficiales y 7 generales, cayeron en poder de los Rusos. Algunos judíos, enriquecidos por el paso del ejército francés, se llevaron á sus casas á los heridos y enfermos, los desnudaron y les arrojaron, desnudos y moribundos, desde las ventanas á la calle, en donde otros

(1) La viuda de Guidal solicitó una pensión de Luis XVIII, presentando á su esposo como una víctima de su adhesión á la causa de los príncipes legítimos. Sobre esta extraña conspiración, que á pesar de contar con medios tan pobres estuvo á punto de derrocar un gran imperio, véanse la obra de E. Hamel y el artículo de Duruy (*Revue des-Deux-Mondes*, 1.° de Febrero de 1879), así como la *Última conspiración de Barrás*, de P. Bosq.

judíos concluyeron de rematar á patadas á los vencedores de Europa. De este modo trataban de hacer olvidar á los Rusos el recibimiento que habían hecho á los Franceses victoriosos.

El ejército francés llegó á Kowno, en la frontera, el día 13, llevando únicamente 1.000 soldados armados, 9 cañones y 20.000 rezagados, que eran aún reclutas que no habían llegado á disparar un tiro. El Grande Ejército contaba únicamente en este momento con dos reyes, un príncipe, ocho mariscales (1) y algunos centenares de soldados de la vieja guardia, mezclados con estos generales sin ejército. Murat huyó hacia Gumbinnen; Ney, por quinta vez, formó una retaguardia con 700 hombres, que le abandonaron el 14 al atacar los Rusos á Kowno. Entonces reunió sus fusiles, cargados todavía é hizo cara al enemigo, dando así tiempo á Heymes y Gerard para que reuniesen unos 30 soldados y colocasen en batería dos ó tres piezas de artillería ligera, con cuyo auxilio Ney se sostuvo hasta la noche en la puerta que mira hacia Vilna: «Sosteniendo hasta el último momento el honor de las armas francesas, sacrificando por última vez, después de cuarenta días y cuarenta noches, su vida y su libertad para salvar algunos franceses más, fué el último del Grande Ejército en salir de aquella fatal Rusia, mostrando al mundo la impotencia de la adversidad contra los grandes caracteres.»

Llegaron por fin á Kœnigsberg, donde los Alemanes, al ver los restos del Grande Ejército, pudieron fácilmente apreciar toda la extensión del desastre experimentado, preparándose ya para aprovecharse de él. Pronto resultaron insuficientes los hospitales para contener á los enfermos; el termómetro, durante una noche, subió de pronto veinte grados, produciendo este brusco cambio un aumento extraordinario en la mortalidad. Larrey, que durante toda la campaña había sido la admiración del ejército por su estoicismo para so-

(1) Murat, rey de Nápoles, y Eugenio, virrey de Italia; Berthier, príncipe de Neufchatel; Ney, Oudinot, Víctor, Macdonald, Davout, Gouvión Saint-Cyr, Bessieres y Lefebvre. Tschuykewitz, coronel de estado mayor del ejército ruso, en sus *Reflexiones sobre la campaña de 1812*, fija las pérdidas de los Franceses, según un detenido estudio de los documentos más fehacientes, en la siguiente forma: 135.635 muertos, 21.464 prisioneros, entre ellos 49 generales y 4.068 oficiales superiores ó subalternos. Quedaron además en poder del enemigo 75 banderas, 797 cañones y 1.846 furgones. Los cuadros de que hemos tomado estas cifras se han publicado como apéndice al libro de G. Bertin, citado anteriormente.

portar sus propios sufrimientos y su infatigable caridad para aliviar los ajenos, demostró en los hospitales de Kœnigsberg el celo que le caracterizaba y estuvo á punto de morir á causa de la epidemia reinante. Menos afortunado el general Lariboisiere, comandante en jefe de la artillería, que por sus virtudes merecía ser comparado con él, sucumbió al rigor del azote; estaba inconsolable desde la muerte de su joven hijo, distinguido oficial de caballería muerto en el Moskowa; así es que el sentimiento paternal y la tristeza del patriota aceleraron su muerte. Le sucedió el general Eblé, que murió también pocos días después; de los cien pontoneros que á sus órdenes entraron en el Beresina, quedaban sólo doce.

El Grande Ejército no existía ya, y el poder de Napoleón había recibido un golpe del que no debía rehacerse. Sin embargo, la apasionada imaginación de los Eslavos se entusiasmó con el que tantos males les había causado, viendo en él de una manera más ó menos vaga al representante de los principios de igualdad y de democracia. Entre las sectas religiosas de Rusia se formó una bajo la advocación de Napoleón, en quien sus adeptos creían ver una encarnación de Cristo, negándose á creer en la muerte de Napoleón, que se había ocultado, según decían, en un lugar de Siberia, de las inmediaciones de Irkoutsk, y que debía volver para reconquistar el mundo. Al conceder Alejandro II la emancipación á los siervos, hubo muchos rusos que pensaron y que dijeron que la gloria de esta medida tan acertada correspondía á Napoleón, pues según su opinión éste invadió la Moscovia en 1812 para obligar al Czar á emancipar á los siervos y no se había retirado hasta obtener la promesa de esta emancipación; y que tardándose en cumplir esta promesa, Napoleón había vuelto al mundo en 1855 y había obligado al Czar á cumplir el pacto (1).

(1) Véanse las obras citadas por Rapetti en la *Biografía general;* con más facilidad se comprende que el nombre de Napoleón se haya hecho popular en Polonia y convertido en objeto de verdadero culto. Véase *La Iglesia y la Messia*, de Adam Mickiewicz. Sobre este culto napoleónico tan singular, que recuerda las creencias de los Portugueses respecto á Don Sebastián, véase también Heptworth Dixon: *La Rusia libre.* Algunos franceses que se quedaron en Rusia á causa de la guerra, se establecieron en aquel país, entre ellos un herido de Smolensko llamado Cui, que llegó á ser profesor de gimnasia en Vilna y padre del general ruso de este nombre, quien se distinguió á la vez como estratégico y músico, componiendo, entre otras, la ópera *Angelo* y contando entre sus discípulos á Skobelef, quien le consultó antes de emprender su famosa campaña de los Balkanes.

CAPÍTULO XIII

CAMPAÑA DE SAJONIA

LA JUVENTUD ALEMANA Y LOS QUINTOS DE 1813. — LUTZEN Y BAUTZEN. — METTERNICH Y LA INTERVENCIÓN AUSTRIACA. — DRESDE. — VITORIA. — LEIPZIG.



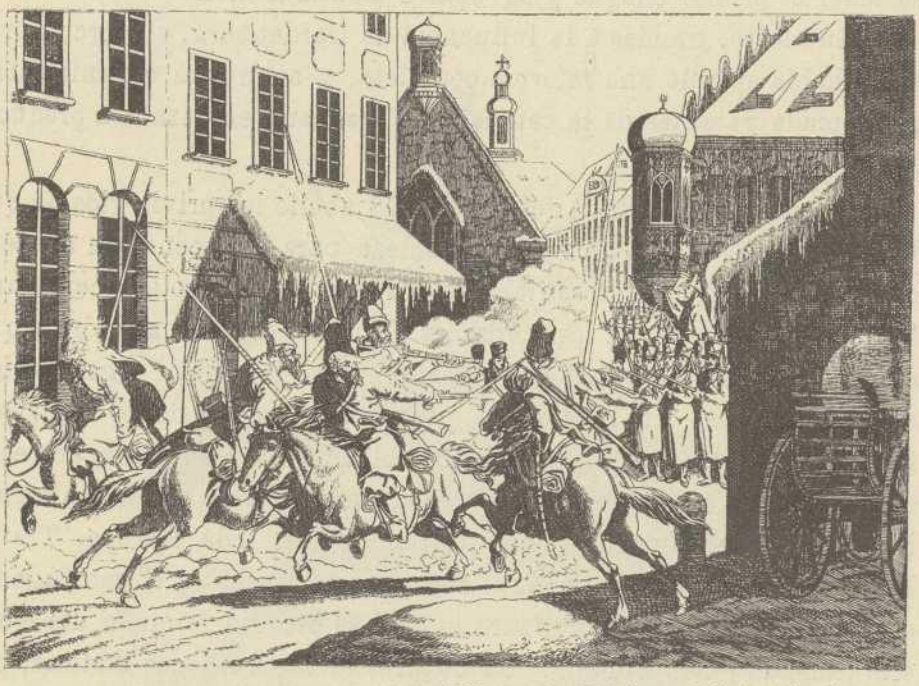
A retirada de los Franceses no terminó en el Niemen, pues Wittgenstein trató de cortar á Macdonald el camino de Alemania, dirigiéndose hacia Gumbinnen. El general York, que mandaba los 20.000 prusianos auxiliares que constituían el principal núcleo del cuerpo de Macdonald, firmó en 3 de Diciembre un convenio con los Rusos, en virtud del cual las tropas prusianas debían acantonarse en su frontera, permaneciendo neutrales durante dos meses. « Los Prusianos esperaban sólo una ocasión para romper su forzada alianza; aprovecháronla, pues, no pudiendo resolverse á ayudar á su vencedor para rechazar del suelo patrio á aquellos que se presentaban como libertadores, pero trataron de conciliar el patriotismo con el honor militar. Esto fué una defección, pero no una traición, negándose á entregar Macdonald á los Rusos, y ni siquiera le abandonaron hasta que estuvo en completa seguridad. Los generales York y Massenbach le escribieron explicándole su conducta, excu-

sándose Massenbach de haber partido sin avisarle, diciéndole que había querido librarse de una situación demasiado penosa para su corazón, temiendo que los sentimientos de respeto y de cariño que conservaría hasta su muerte respecto á Macdonald le hubiesen impedido cumplir con su deber.» A pesar de todo, Macdonald se vió obligado á abandonar la línea del Niemen y á precipitar su marcha hacia el Vístula. La Prusia oriental, sublevada por la defección de York y por una proclama de Alejandro, no era un refugio seguro para los restos del Gran-Ejército. Murat se apresuró á evacuar las plazas del Passarge y del Pregel, dirigiéndose también hacia el Vístula, mientras los Ingleses se apoderaban de Pillau y penetraban en el Frische-Haff.

Sumamente inquieto Murat por su reino de Nápoles, temía que Napoleón le sacrificase, llegando á desconfiar hasta de la misma reina Carolina, por lo que abandonó el ejército en Posen, manifestándose públicamente pesaroso de no haber aceptado los ofrecimientos que le habían hecho los Ingleses. Dejó el mando al príncipe Engenio, que tanto se había distinguido en la campaña de Rusia, en la que desplegó un valor extraordinario, grandes conocimientos militares y verdaderas condiciones. Por otra parte, era príncipe, lo cual era digno de tenerse en cuenta en este gobierno, que en poco tiempo se había hecho tan monárquico como el de Luis XIV.

Aun no se sabía lo que harían los Rusos, pudiéndose dudar sobre si, satisfechos de haber rechazado la invasión, se detendrían en el Vístula ó pasarían adelante. Varios generales del estado mayor de Alejandro le aconsejaron lo primero, insistiendo en que el Czar propusiese la paz pidiendo la cesión de las provincias orientales de Prusia y de Polonia. El canciller Romantzof, y sobre todo el anciano general Kutusof, defendían con calor esta idea. «Necesitamos tener el Vístula por frontera y no tentar la fortuna al otro lado de este río.» Debía contarse con el genio de Napoleón, con la potencia de concentración de Francia, con la rapidez de las quintas ó levas, que se hacían en un espacio mucho más limitado que en Rusia, y que permitirían á los nuevos quintos llenar en breve tiempo los huecos de los cuerpos deshechos en la campaña, que en pocos meses recibirían instrucción y armamento y serían conducidos tal vez con nuevas victorias sobre el Vístula y el Niemen, mientras que los Rusos, alejándose más todavía

de su país, ya de sí demasiado extenso, no podrían recibir sin gran trabajo en el mismo tiempo refuerzos y municiones. A pesar de estas continuas guerras, la hacienda francesa se encontraba en mejor situación que la hacienda rusa, pues la guerra sostenía la guerra (1). Rusia, por su parte, había quedado arruinada también por la última guerra, sin que tuviese las instituciones y las costumbres adminis-



Cinco cosacos de la vanguardia rusa atraviesan la ciudad de Marienwerder. (Copia de un grabado aleman de la época.)

trativas que el Consulado había impuesto. Kutusof conocía mejor que nadie el abatimiento de las fuerzas de su patria, reducidas entonces á unos cuarenta mil hombres; así es que, contra su opinión, los Rusos, prosiguiendo su marcha de avance, atravesaron el Vístula el 18 de Enero de 1813. Si, como veremos pocos meses después, Prusia y Rusia unidas fueron derrotadas en Sajonia, ¿qué hubiera sucedido si Prusia, al conocer los planes del Czar sobre sus antiguas pro-

(1) Sin embargo, la miseria se hacía sentir ya de un modo alarmante en algunas provincias de Francia. En 1812 estalló un motín en Caén á causa de la carestía del trigo, á consecuencia del cual fueron fusiladas ocho personas, cuatro de ellas mujeres, en los fosos del castillo.

vincias polacas, se hubiese aliado con Napoleón? Los emigrados alemanes que rodeaban á Alejandro, entre ellos Stein, no dejaban de amenazarle con una alianza franco-prusiana, y le halagaban, por otra parte, con la gloria que alcanzaría el libertador de Europa. Presentábanle además toda la Alemania dispuesta á levantarse, y al ejército prusiano, reorganizado, como dotado de las fuerzas necesarias para sostener el primer choque y agrupar á toda la nación.

En efecto, gracias á la influencia de Hardenberg, el ejército prusiano había sufrido una reforma completa, y su nueva organización, principiada ya antes de la campaña de Wagram, empezaba á producir sus resultados.

Un decreto de 6 de Agosto de 1808 abolió los privilegios de que hasta entonces había gozado la nobleza para el ascenso en el ejército (1). Hardenberg presentaba estas reformas á Napoleón como una imitación francesa, y á los monarcas alemanes como una reforma que debía aproximar las masas al gobierno. Para la nueva organización del ejército ideó un medio que permitía á los Prusianos contar en tiempo de guerra con un número de soldados muy superior, en realidad, á los que á primera vista parecían tener, medio que actualmente ha venido á ser la organización militar de casi toda Europa. Tratábase de no hacer sombra á Napoleón y de no traspasar el contingente que él mismo había fijado, para lo cual se escogió lo mejor del ejército prusiano, constituyendo los cuadros de las unidades tácticas, por los cuales pasaban inmediatamente el mayor número de hombres que era posible, se les instruía con la mayor rapidez y se les mandaba á sus casas para llamar á otros en seguida. En los almacenes de los regimientos se conservaban cuidadosamente los uniformes de los soldados que habían estado en banderas, y de este modo confiaban, como decía Stein, poner sobre las armas 150.000 hombres en tiempo de guerra, mientras que en apariencia contaban sólo con 42.000. El patriotismo nacional permitió obtener rápidamente todo el partido posible de esta hábil organización.

Si Francia, que había hecho siempre la guerra fuera de sus fron-

(1) Sin embargo, los soldados y los oficiales estaban separados por su origen y éstos no salían nunca de aquella clase.

teras, se hallaba extenuada por tantos años de lucha, ¿en qué estado debía encontrarse Alemania, que hacía más de diez años servía de teatro á la guerra, sobre la cual habían vivido amigos y enemigos? Si Francia soportaba á duras penas sus repetidas levas, que pronto no



Cosaco irregular llevando despachos. (Cuadro de Carlos Vernet)

debían dejar sobre su suelo más que niños y ancianos, ¿cuál no debía ser la irritación de los alemanes, obligados á combatir á las órdenes de aquel en quien sólo veían un opresor y á quien se habían visto obligados á seguir hasta Moscou? Por esta razón, los sentimientos que vimos se empezaban á manifestar al verificarse la quinta coalición, habíanse exaltado y afirmado todavía. Las sociedades secretas, y particularmente la «Asociación de la virtud» *(Tugend-Bund)*, redoblaban su

actividad y llevaban á todas partes la idea del sacrificio, siendo preciso dar toda la fortuna y hasta la vida por la libertad de Alemania. La unidad de la patria alemana, vejada en todas partes, y que era preciso defender por el común esfuerzo, dejó de ser una mera abstracción de las inteligencias ilustradas y tomó vida y forma en el corazón de todos. Los pueblos volvían contra Francia los principios y los sentimientos que les había enseñado; en todas partes se recitaban las poesías de Arndt, de Ruckert, de Federico de Schlegel y de Kœrner. La canción de Arndt, que contenía la pregunta: «¿Cuál es la patria de los alemanes?», á la que se respondía en la misma: «Allí donde resuena la lengua alemana», vino á ser el manifiesto del partido unitario. Kœrner, el Tirteo alemán, cuyas composiciones se reunieron en un libro bajo el título de *La Lira y la Espada*, debía morir en el campo de batalla, en 1813. La música, que fué el arte alemán por excelencia desde la segunda mitad del siglo XVIII, contribuía aún más á esparcir entre el pueblo estos generosos sentimientos. Weber, el más alemán de los músicos, buscaba en ellos inspiración y ponía en música *La Caza salvaje de Lutzen*, de Kœrner.

Las universidades alemanas continuaban siendo siempre focos ardientes de patriotismo, pero puede afirmarse que este movimiento dominaba por completo en toda la nación en 1812, limitándose los gobiernos á seguirle y correspondiendo á la masa del pueblo el honor de esta grande empresa. «Regocijaos y bailad, maestro Beblow, así como vos, labrador Krause,—dice Freytag en uno de sus romances nacionales,—puesto que vosotros y cien mil iguales á vosotros sois los que habéis derrotado al enemigo y habéis librado á la patria de su abatimiento; sí, vosotros, los pobres; en las reducidas casas de las pequeñas poblaciones y en las chozas de las aldeas en que habéis vivido es donde se ha encontrado principalmente todo lo que de santo y de grande ha tenido esta empresa.» Los monarcas no podían tardar ya más en asociarse á un movimiento que estaba de acuerdo con su patriotismo y sus propios intereses, y que no se habían atrevido á esperar que estallase ni con tal premura ni con tanta extensión. Confiaban, sin embargo, en él menos que sus pueblos, porque su posición les permitía apreciar mejor las dificultades de la agitación.

El rey Federico Guillermo llegó á desautorizar públicamente al

general York de Wartenburgo; pero al propio tiempo mandaba á Kneesebeck, disfrazado de mercader, al lado de Alejandro, y pronto, por intermediación de Stein, firmaba con él el tratado de Kalisch (28 de Febrero de 1813), en virtud del cual Prusia y Rusia contrataban una alianza ofensiva y defensiva, con el compromiso de no tratar en lo sucesivo separadamente. Bulow, que sustituyó al general York, había sido ya más funesto que él á la causa de Francia, porque entró en seguida en tratos con Wittgenstein, facilitándole el paso del Oder, por cuyo motivo, habiendo quedado descubierto en el



El feld-mariscal Carlos, príncipe de Shwarzenberg, duque de Krumau

Norte, como también lo acababa de quedar en el Sur por el armisticio ajustado entre los Rusos y el príncipe de Schwartzenberg (9 de Enero de 1813), el príncipe Eugenio tuvo que retirarse detrás del Elba el día 9 de Marzo. El 17 entró Wittgenstein en Berlín, y el 19, Federico Guillermo arrojaba la máscara dirigiendo «á su pueblo y á su ejército» una proclama, en la cual las ideas de libertad, difundidas por la Revolución francesa y combatidas tanto tiempo por los príncipes reinantes, eran acogidas por este monarca camo un arma asestada contra Francia. «Alemanes,—decía por su parte el general Wittgenstein,—quedan abiertas las filas prusianas; en ellas encontraréis el hijo del campesino al lado del hijo del príncipe. Todas las diferencias quedan borradas ante estas grandes ideas: el rey, la libertad, el honor y la patria.» Este llamamiento fué escuchado y la deserción de

soldados alemanes aumentó de día en día en las filas francesas, exponiendose á ser cogidos y fusilados por ir á combatir al lado de sus compatriotas. Sorprendido uno de estos valientes en el momento en que se pasaba al enemigo, y llevado ante un consejo de guerra, dijo con gran sencillez: «Yo me debo ante todo al servicio de mi patria; vosotros en este momento hacéis la guerra á Alemania, me es imposible dejar de combatiros: por encima de vuestra justicia hay otra justicia soberana, que me absuelve y en la que confío (1).»

Alejandro y Federico Guillermo firmaron en 15 de Marzo el convenio de Breslau, en el que llamaban á los pueblos de Alemania para que cooperasen á su emancipación y declaraban que los príncipes que en un determinado plazo no se hubiesen adherido á la coalición, perderían sus estados después del triunfo. Se abolía la Confederación del Rhin y se organizaba un consejo para administrar interinamente las provincias reconquistadas. De esta manera, príncipes y pueblos quedaban por fin unidos por el mismo sentimiento y para el mismo objeto.

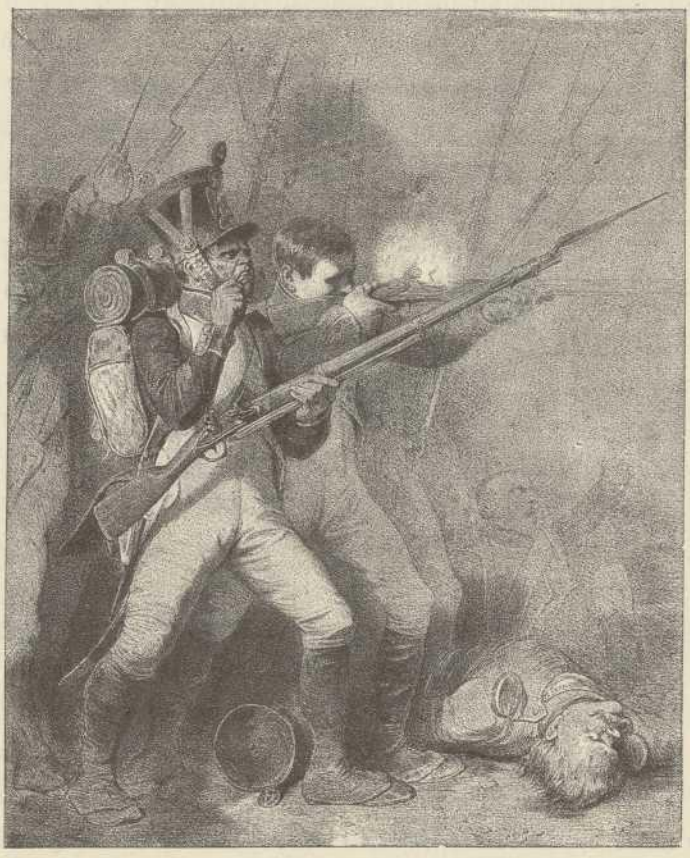
Saxons, Franconiens, Souabes, Bavarois,
Électeurs, Palatins, grands-ducs, comtes et rois,
Nous n'avons tous qu'un cri: Allemagne! Allemagne!
Et notre père à tous s'appelle Charlemagne (2).

Francia iba, pues, á combatir frente á frente con la nacionalidad alemana, sublevada y organizada con todas sus fuerzas. Francia había dejado en Rusia casi todo su antiguo ejército y no contaba para cubrir las bajas más que con quintos, llamados en su mayoría antes del tiempo fijado por la ley, porque había hallido ya anteriormente más de una quinta anticipada. Este ejército no podía compararse con el Gran-Ejército de 1805, ni siquiera con el de principios del año 1812.

(1) El capitán Magallón, que se vió obligado á pedir la pena de muerte contra él, se sintió conmovido, si no por los remordimientos, á lo menos por el sentimiento de la condena de este hombre honrado, y después de Waterloo, terminada la guerra, determinó consagrar á los desgraciados el resto de su existencia; él fué quien restableció en Francia la congregación de los hermanos de San Juan de Dios. — Véase Máximo du Camp, *La caridad privada en París*, pág. 80.

(2) «Sajones, Franconios, Suavos, Bávaros, — Electores, Palatinos, grandes-duques condes y monarcas, — nuestro grito es unánime: ¡Alemania! ¡Alemania! — y nuestro común padre se llama Carlomagno.» (Edgardo Quinet, *Napoleón.*)

Camilo Rousset, en sus *Conscrits de 1813*, recuerda con razón numerosas escenas de indisciplina y desorden. Pero tampoco cabe negar que estos soldados niños, que en territorio extranjero luchaban únicamente por el honor de la bandera y por la gloria, alcanzaron desde un principio el triunfo de sus adversarios, que luchaban por la



Campaña de Sajonia. Los quintos de 1813. (Cuadro de Raffet, copia litográfica de Llanta)

independencia y la salvación de su patria. La campaña de 1813 fué, en realidad, el triunfo del valor innato y del ardimiento militar de la juventud francesa. El genio organizador de Napoleón, servido por el gobierno, que en un momento dado ponía en las manos del soberano todas las fuerzas de la nación, iba en pocos días á llevar un nuevo ejército al Elba (1).

(1) En esta ocasión, Napoleón organizó la llamada caballería voluntaria, compuesta de diez mil *guardias de honor*, pertenecientes á familias distinguidas, en su mayoría con-

La rapidez con que se organizó el ejército de 1813 produjo verdadero estupor en Europa, lo cual constituía el primer fracaso de la coalición, excitando entre los mismos aliados tanta admiración como cólera. A los pocos meses de haber sido llamados á las armas los quintos de 1813, que habían sido alistados antes de la época de la quinta, ya estaban instruídos en los depósitos, pudiendo formar un ejército de 150.000 hombres. Napoleón mandó venir desde España é Italia un contingente de 45.000 hombres, que fueron á recoger los restos del Grande Ejército, y á los que se agregaron, en virtud de un senadoconsulto, 10.000 hombres de la guardia nacional, que se había organizado para la defensa de las plazas del interior. Napoleón pudo reunir en seguida un ejército de 180.000 hombres y 350 cañones en el Elba, elevándose las fuerzas militares de Francia á 450.000 hombres. «Si nos hubiésemos reconcentrado hasta el Elba, dominábamos aún, por medio de las guarniciones que habíamos dejado en ellas, las plazas del Pregel, del Vístula y del Oder; pero desgraciadamente nos faltaba caballería y el ejército se veía obligado á avanzar con sumo cuidado, por serle imposible el conocer de un modo exacto la situación del enemigo; en varias ocasiones en esta campaña el ejército francés fué á estrellarse contra masas enemigas, á las que se creía más alejadas ó más débiles, y las batallas que se ganaron sólo fueron victorias incompletas, ya què la falta de caballería impedía completar la derrota del enemigo y hacerle prisioneros. El celo de los prefectos imperiales no bastó para procurar los 20 ó 22.000 caballos con los cuales Napoleón creía poder contar al principio de la campaña, llegando á reunir sólo unos 8 ó 10.000. Los quintos entraban en fuego desplegando no sólo el ardimiento que podía esperarse de ellos, sino la seguridad de los soldados veteranos; sin embargo, su resistencia no correspondía á su valor, pues sucumbían por las fatigas y las privaciones, cayendo extenuados y moribundos durante las marchas.» Hasta las primeras victorias alcanzadas fueron también de lamentar, pues infundieron

---

trarias al gobierno, que no habían perdonado ninguna clase de sacrificios para librar á sus hijos de la quinta; estos jóvenes, con cuyo valor ante el enemigo contaba Napoleón, eran además verdaderos rehenes que le garantizaban contra las conspiraciones que pudiesen surgir en el interior. (Véanse las *Memorias de Segur*, tomo VI, págs. 31-91.)

demasiada confianza á Napoleón y contribuyeron á que rechazase las condiciones razonables que le presentaron desde luego los aliados.

El príncipe Eugenio logró defender durante varias semanas la línea del Elba contra el ejército ruso y prusiano; pero la ciudad de Hamburgo se insurreccionó al aproximarse la división rusa de Walmoden, mientras que los prusianos se habían apoderado de Dresde



El príncipe Eugenio salva la vida al coronel Kliski. (Copia del cuadro de Heideck, existente en Munich)

(Marzo de 1813), por lo que temió verse envuelto y se replegó hacia el Saal.

El Emperador, que salió de París el 5 de Abril, después de haber confiado la regencia á María Luisa, llegó á Erfurt el 26, dirigiéndose con 110.000 hombres sobre Leipzig, después de haber entregado 30.000 á Davout para apoderarse de Hamburgo. El ejército aliado, por su parte, al mando de Wittgenstein, salió de Dresde hacia Erfurt con objeto de sorprender la vanguardia francesa, impidiendo que Napoleón se reuniese con el príncipe Eugenio y rechazando á éste. Ney, que iba á la vanguardia, quedó verdaderamente sorprendido al encontrar en Weissenfels al enemigo, á quien creía aún en las orillas del Elba.

«Nuestros quintos, en presencia del enemigo por vez primera, aunque guiados por oficiales que habían pasado su vida en el campo de batalla y por un general cuyo solo aspecto les hubiera bastado para entusiasmarse, avanzaban con el ímpetu propio de un valor ardiente y juvenil. Tenían que salvar una ondulación del terreno bastante elevada, tras de la cual veían numerosos escuadrones, apoyados por infantería ligera y artillería de campaña, recibiendo las primeras balas rasas sin demostrar la menor vacilación. Algunos tiradores escogidos salvaron este accidente del terreno y obligaron á retirarse á los tiradores enemigos; siguiéronles, y bajando á la hondonada remontaron el lado opuesto, desembocando en masas compactas por la llanura y haciendo un fuego de artillería sumamente vivo sobre el enemigo. Tras algunos disparos de cañón, la división de caballería Landskoy se adelantó al galope sobre los cuadros franceses; éste fué el momento crítico. El anciano é intrépido Souham, el heroico Ney y los generales de brigada se colocaron en sus respectivos cuadros para sostener su infantería, no acostumbrada á tal espectáculo. A una señal dada, una oportuna descarga de fusilería recibió á la caballería enemiga y la detuvo. Nuestros jóvenes soldados, admirados de este resultado, esperaron á pie firme un nuevo asalto, que rechazaron aún mejor, mordiendo el polvo los soldados de Landskoy; inmediatamente, Ney deshizo los cuadros y formando sus tropas en columna, rechazó al enemigo, felicitando después á sus valientes quintos, que llenaron los aires con el grito mil veces repetido de: «¡Viva el Emperador!» Desde este momento, todo era de esperar por su parte; entraron en Weissenfels persiguiendo á los Rusos, arrojándoles de la plaza y quedando al caer la tarde dueños de esta posición decisiva. Ney, que desde su juventud no había peleado con soldados tan jóvenes, se apresuró á escribir á Napoleón manifestándole su alegría y su confianza, y diciéndole: —Estos niños son verdaderos héroes; haré con ellos cuanto queráis.» (THIERS).

Al día siguiente, 1.° de Mayo, Ney tomó el desfiladero de Rippach, cerca de Lutzen, en cuya acción murió el mariscal Bessieres. «Su mando de la caballería de la guardia le exponía poco, dice Segur, y después de su campaña en España hacía la guerra casi por pura curiosidad; acudió al oir el primer cañonazo, y el segundo le mató.»

Napoleón trató de envolver la derecha del enemigo por Leipzig, pero Blucher y Wittgenstein se proponían también envolver la derecha francesa. El ejército aliado cayó en Lutzen sobre el general Ney, que ocupaba esta posición para proteger el movimiento del Emperador; éste, que se había reunido en Leipzig con el príncipe Eugenio y Macdonald, corrió en auxilio de su general, cuyos 45.000 hombres habían sido atacados en Kaya por 80.000 rusos y prusianos, los cuales habían

pasado la noche en Pegau, á unas dos leguas del ejército francés, que, falto de exploradores, lo ignoraba, encontrándose sorprendido por el ataque. «Fué éste tan imprevisto, —dice el general Segur, —que la división de Ney se encontraba sin jefe, pues éste había ido á acompañar personalmente al Emperador. Mientras el general volvía á galope tendido al lugar del combate, y sus cuadros, diezmados por la metralla y la fusilería de Blucher, retrocedían ya hacia Kaya, bastó á Napoleón una sola mirada, tan súbita como el mismo peligro, para abar-



"¡Viva el Emperador!„ Lutzen, 1813. (Copia de una litografía de Raffet)

carlo todo, el mal y su remedio.» Napoleón dió orden á Macdonald y al príncipe Eugenio para que se lanzasen sobre el flanco derecho de Blucher, encargando al general Bertrand, que aun iba rezagado, el ataque del flanco izquierdo, mientras que él trasladóse personalmente, acompañado de la guardia, á Kaya. «En medio del sobresalto de un ataque tan brusco,—continúa el general Segur,—todas estas órdenes se pensaron y dieron con la rapidez del rayo. Pero lo que verdaderamente admira es que estas marchas y contramarchas, y todas estas maniobras, se ejecutaron rápidamente y sin confusión, y que nuestros quintos, gran número de los cuales habían llegado desarmados al Rhin y acababan de recibir las armas por vez primera, marcharon al combate con la misma seguridad que nuestros intrépidos marinos y

la vieja guardia, cayendo y muriendo al grito de «¡Viva el Emperador!» ¡Tan entusiasta y belicosa era aquella generación, tan grande la confianza, y tan elevado y poderoso el impulso que la movía!»

Trabóse un espantoso combate en Kaya, tomado y perdido cinco veces consecutivas, para dar lugar á la llegada de Bertrand, que debía ser decisiva. En efecto, al aparecer sobre la izquierda enemiga, una carga de la guardia imperial y el destrozo que hizo en las filas de los aliados la artillería de Drouot, en combinación con el ataque de Bertrand, obligaron á Blucher á batirse en retirada, después de perder más de 20.000 hombres. Si Napoleón hubiese podido disponer de una caballería bastante numerosa, esta pérdida hubiera sido doble; pero, á pesar de esto, la victoria de Lutzen contribuyó á que Napoleón pusiese toda su confianza en su nuevo ejército. «En los veinte años que estoy al frente del ejército francés, decía, no he visto mayor valor ni entusiasmo. El honor y el ardimiento les brotaban por todos sus poros á mis jóvenes soldados (1).»

Esta victoria hizo dueño á Napoleón de la línea del Elba, que los aliados se apresuraron á rebasar, retirándose sobre el Sprea. Mientras el Emperador volvía á entrar en Dresde con el rey de Sajonia, á quien este triunfo había devuelto la corona, Blucher y Wittgenstein se atrincheraban en Bautzen, en una posición sumamente fuerte, en medio de un país montañoso, cubierto de bosque y de lagunas, en las cuales nacen el Sprea, que desemboca en el Elba, y el Neisse de Gœrlitz, que desagua en el Oder, y en el que habían operado y combatido varias veces los ejércitos de Federico *el Grande*. Los aliados prefirieron no alejarse de Silesia y de Austria, cuyas disposiciones favorables para ellos conocían ya, y abandonaron la defensa de Berlín, que hubieran podido salvar después de la batalla de Lutzen. En su nueva posición daban su frente al Elba, apoyándose la derecha en las colinas de Krekewitz y la izquierda en las montañas de los Gigantes, ocupando el centro Bautzen. Wittgenstein mandaba la izquierda, y Blucher la derecha, teniendo detrás fuertes trincheras para defenderse

(1) El poeta Viennet, entonces capitán de artillería, fué condecorado por el Emperador por su brillante comportamiento en el mismo campo de batalla. Más adelante cayó prisionero en Leipzig.

hasta el último extremo si Napoleón lograba arrojarles de las primeras posiciones, que ocupaban con 170.000 hombres. El 20 de Mayo, Napoleón emprendió el ataque, y á pesar de la inferioridad numérica de sus tropas se apoderó de Bautzen. Continuó la batalla todo el 21, con ventaja al principio para los aliados, que no perdieron terreno; pero la llegada de Ney con 60.000 hombres, que se lanzaron sobre el flanco derecho de Blucher, les arrojó de sus posiciones y puso fin á la resistencia.

La victoria hubiera sido mucho más importante si Ney se hubiese apoderado de Wurtschen y de Hochkirch, los dos únicos caminos



Antonio Drouot. (Retrato hecho por Singry)

por los que pudo operar su retirada el ala derecha de los coaligados, pues entonces habrían caído en su poder 28.000 prusianos y 200 cañones; pero á causa de haberse extraviado algunos despachos y de haber interpretado mal otros, no pudo obtenerse este resultado. Ney recibió en Luckau la orden de marchar sobre Berlín; el general Jomini, su jefe de estado mayor, no comprendiendo este movimiento excéntrico, tan contrario al método de Napoleón, trató de disuadir al mariscal; pero como éste persistiese en cumplimentar la orden, tuvo la suficiente energía para negarse á comunicarla y á firmar los partes como jefe de estado mayor. Ney adoptó entonces un término medio y se detuvo en Lubbin; después, habiendo sabido, por un despacho interceptado, que Barclay se dirigía hacia Bautzen, se decidió por fin á cambiar su movimiento, teniendo la suerte de llegar á tiempo á Baut-

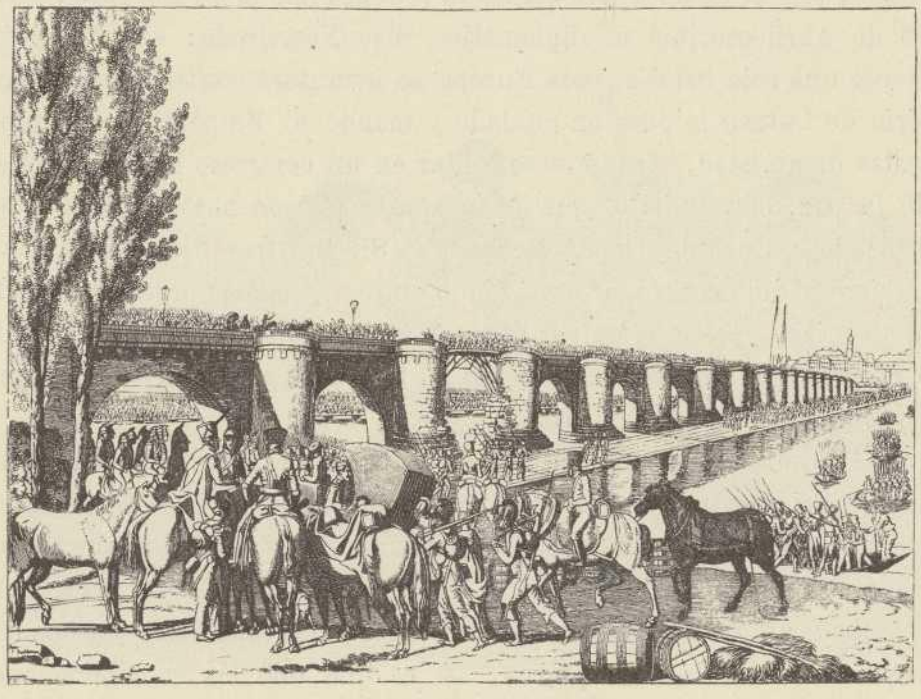
zen para decidir la victoria (1). Pero con este triunfo, que hubiera podido ser decisivo, sólo se ganó un campo de batalla cubierto aproximadamente por 30.000 muertos y heridos de ambas partes, 18.000 aliados y 12.000 franceses. «¡Cómo!—decía el Emperador,—¿ningún resultado tras de semejante carnicería?... ¿Ningún prisionero?... ¡Esta gente es capaz de no dejarme ni un clavo!»

La retirada no tuvo los visos de una derrota. Blucher tomó el camino de Gorlitz y no retrocedió sino defendiendo palmo á palmo, con encarnizamiento, sus posiciones. En el desfiladero de Reichenbach una bala de cañón, al rebotar contra un árbol, hirió mortalmente, al lado de Napoleón, al general de ingenieros Kirgener y á Duroc, gran mariscal de palacio. Napoleón acudió en seguida al lado de su amigo, que con las entrañas destrozadas olvidó los atroces dolores que sufría para dar el último adiós á su general y á su señor, á quien las lágrimas ahogaban la voz, y le manifestó la esperanza de encontrarle en otro mundo mejor, suplicándole se retirase para no presenciar el triste espectáculo de su agonía. Napoleón permaneció toda la noche junto á la cabaña donde el gran mariscal luchaba con la muerte, rodeándole un batallón de su guardia; los granaderos se sentaron delante de su tienda, con los brazos cruzados y la cabeza baja, interrumpiendo sólo aquel triste silencio para exclamar compasivamente: «Pobre Duroc!»

Napoleón persiguió á Blucher, paso á paso, hasta el otro lado del Oder, levantando el sitio de Glogau el 26 de Mayo. Estos triunfos comenzaron á desanimar á la coalición. «¡Lo mismo que en Auster-

(1) Ney recibió en el camino las órdenes atrasadas que confirmaban por completo las previsiones de Jomini. Se ha juzgado generalmente con demasiada severidad al mariscal Ney en esta ocasión; en este punto nos atenemos á la versión dada en el opúsculo: *El general Jomini y las memorias de Marbot* (6 de Marzo de 1893). Ney, generosamente, hizo recaer una gran parte de las felicitaciones que recibió entonces en su jefe de estado mayor y le puso al frente de la propuesta de recompensas; pero Jomini, en vez de la recompensa que esperaba, fué castigado severamente bajo un fútil pretexto, castigo que debió á los pérfidos manejos de Berthier, quien sentía en el fondo la superioridad de Jomini y había resultado herido más de una vez por las justas críticas de este oficial. Es una injusticia el haberle acusado de haber vendido el secreto de las operaciones de la campaña á los aliados. «No hizo traición á sus banderas, como A., M. y B.,—dijo Napoleón;—tenía derecho á quejarse de una gran injusticia y estaba indignado por un noble sentimiento. No era francés; el amor de la patria no pudo detenerle.» Con las iniciales A., M. y B., Napoleón designa seguramente á Augereau, Marmont y Bourmont. Sobre Jomini, véase Sainte Beuve, *El general Jomini, estudio*, París, 1869.

litz y en Jena!» decían; surgieron diferencias entre los generales rusos y prusianos, y las poblaciones del país atravesado por las tropas estaban indignadas contra los Rusos, lamentándose de verse más maltratadas y saqueadas con mayor crueldad por sus aliados que por sus enemigos los Franceses. Sin duda los Rusos no habían olvidado la conducta de las divisiones alemanas durante la campaña de 1812, en la



Paso del puente de Dresde por el Grande-Ejército (14 de Mayo de 1813). (Copia de un grabado alemán de la época).

que tuvieron motivo para quejarse de ellas más que de los Franceses y les llamaban «el ejército sin cuartel.» Napoleón, por el contrario, se esforzaba cuanto podía para que sus tropas observasen una rigorosa disciplina y había tomado las medidas más severas para reprimir el pillaje. El ejército francés ocupaba entonces Glogau, Schweidnitz y Breslau; en un mes quedó en libertad Sajonia y conquistada casi por completo Silesia.

En este momento intervino Austria, y las negociaciones de 1813 son la obra maestra de la carrera diplomática de Metternich, cuyo éxito hacía largo tiempo que venía preparando. «Tranquilos é inacti-

vos en apariencia», Metternich y su soberano proseguían en silencio, desde 1812, el plan que sólo ellos conocían.

Después de la retirada de Rusia, y al ver formada la coalición, el gabinete de Viena tomó una actitud fría y malévola, llegando á decir que habían cambiado las condiciones de la alienza austro-francesa y que Austria debía limitarse á desempeñar el papel de mediadora, llegando Metternich á felicitar al mismo tiempo al rey de Prusia por su alianza con el Czar, «para salvar la independencia de Europa»; y en 25 de Abril escribió al diplomático ruso Nesselrode: «Si Napoleón pierde una sola batalla, toda Europa se levantará contra él.» La victoria de Lutzen le puso en cuidado y mandó al Emperador sus protestas de amistad, ofreciéndose á fijar en un congreso las condiciones de la paz, ofrecimiento que no aceptó Napoleón hasta haber reconquistado la línea del Oder y ocupado la Silesia, tras de cuyos hechos hubiera podido continuar avanzando sin escuchar las proposiciones de Metternich, pues el ejército aliado se hallaba quebrantado y reducido á 80.000 hombres, teniendo en su favor todas las circunstancias para destruirlo en una última batalla.

Dejóse, sin embargo, arrastrar en 4 de Junio á firmar en Pleiswitz ó Poischwitz un armisticio, que debía durar hasta el 28 de Julio. Depuso sus armas con verdadero sentimiento, y diciendo que si los aliados no obraban de buena fe le sería sumamente funesto; pero Napoleón no era entonces general, sino que era monarca, y estos dos papeles se hallaban en pugna; así es que sólo las consideraciones políticas explican esta gran falta militar. La opinión unánime era favorable á la paz, no sólo entre el pueblo, sino aun entre todos los que rodeaban al Emperador, y hasta entre los mismos generales. Napoleón no se engañaba respecto á este punto. «Veo claramente, señores—dijo entonces á los jefes que le rodeaban,—que no queréis más guerra. Berthier prefiriría cazar en Grosbois, y Rapp recrearse en su hotel de París.» Napoleón sentía que Francia empezaba á abandonarle. «Precisaba, como dice Fain en su *Manuscrito de 1813*, que no se pudiese dudar de sus deseos de paz y quería dar una prueba de ello aun á costa de los intereses militares.» Por otra parte, este armisticio le daba tiempo para llamar ó reunir nuevas tropas y aumentar su caballería.

Los sucesos no tardaron en demostrar que Prusia y Rusia no querían la paz, y que únicamente habían aceptado la tregua para reponer sus fuerzas y permitir que Austria preparase las suyas. Diez días después de abierto el armisticio (14 de Junio), Federico Guillermo y el Czar firmaban con Inglaterra el tratado de Reichenbach, por el cual Inglaterra se comprometía á facilitar al primero un subsidio



1813. (Según una litografía de Raffet

de 17 millones mensuales y al segundo otro de 33 millones. Además, los reveses que los Franceses experimentaban en España contribuyeron á envalentonar á sus enemigos. El poder de Napoleón vacilaba en todas partes.

Napoleón, mandando á Fernando VII á España y limitándose en esta nación á una guerra defensiva contra los Ingleses, habría podido disponer de la mayor parte de los cien mil hombres que combatían inútilmente al otro lado de los Pirineos y duplicar casi sus fuerzas en Alemania (1). En la primavera de 1812, Wéllington volvió á tomar la ofen-

(1) El ministro inglés Percebal, asesinado en 1812, fué reemplazado por lord Liver-

siva y se apoderó de Salamanca. Marmont, que había sucedido á Massena, atacó á los anglo-españoles en los altos de los Arapiles, al norte de Salamanca, y herido desde el principio de la acción y con su ejército completamente derrotado, tuvo que retirarse hacia Burgos. Wéllington entró en Madrid, y José se replegó hacia Valencia, en donde Suchet conservaba una firme base. La retirada de José llevó consigo la de Soult, que se vió obligado á levantar el bloqueo de Cádiz y abandonar toda la Andalucía. La causa del Emperador en España parecía perdida, hasta que Wéllington quedó detenido en Burgos por la heroica resistencia del general Dubretón, de cuya ciudad, después de treinta y cinco días de sitio y de cinco asaltos, el ejército inglés, á pesar de sus triunfos, se vió obligado á retirarse, de tal modo debilitado que no le fué dable impedir la unión de Soult con Souham, quien había reorganizado el ejército derrotado en los Arapiles, evitando los Ingleses la batalla que les presentaba el ejército francés frente á Salamanca y volviendo á entrar en Portugal.

Pero Wéllington renovó sus planes al año siguiente. José, que había formado con los 80.000 hombres que le quedaban un solo ejército, cuyo general en jefe era Jourdán, cometió la torpeza de dispersar sus fuerzas, formando una extensa línea desde el Tajo hasta los Pirineos. Wéllington salió de Portugal con 120.000 hombres, y, subiendo por la cuenca del Duero, obligó nuevamente á José á evacuar Madrid. El ejército francés trató de concentrarse en Burgos, mientras los Ingleses se dirigían hacia Bayona con el propósito de cortarle la retirada á Francia. Temeroso José de este movimiento, abandonó también Burgos y se fué á defender el desfiladero de Pancorbo, dispersando todavía más sus tropas, pues mientras su derecha se hallaba en Vizcaya, tenía la izquierda en Logroño y él, con el centro, se hallaba en los alrededores de Vitoria. Wéllington, salvando el Ebro, tomó posiciones en el camino de Vitoria á Bilbao, y José, obligado á retroceder todavía más sin haber combatido, para conservar sus comunicaciones con Francia se situó en Vitoria, punto de reunión de los ca-

---

pool. En esta época, á pesar de los triunfos de Cintra, Talavera y Torres-Vedras, cuya importancia era incontestable, la opinión liberal de Inglaterra se mostraba completamente hostil á la intervención en la península ibérica.

minos de los Pirineos occidentales, y allí le atacó Wéllington y le venció, perdiendo los Franceses 5.000 hombres y más de 100 cañones, dejando al enemigo dueño del camino de Bayona y apresurándose á repasar los Pirineos (21 de Junio de 1813). Soult tomó el mando del ejército de José con facultades ilimitadas, y Suchet, que por un momento tuvo interceptadas sus comunicaciones con los Pirineos por un ejército anglo-español y había logrado felizmente restablecerlas, recibió orden de evacuar Valencia, aunque allí no hubiese sido molestado hasta entonces, y dirigirse hacia Cataluña. Al retirarse logró, por medio de una victoria, libertar á la guarnición de Tarragona y alcanzó un último triunfo en el collado de Ordal (11 de Septiembre). La frontera francesa fué forzada, hecho que conmovió en gran manera á toda Europa, pues Francia á su vez estaba invadida, y precisamente la nación que había tratado con mayor injusticia era la primera que le imponía esta humillación. Los coaligados no podían ya dudar en continuar la lucha. Beethoven, el músico más ilustre de Alemania, compuso una cantata-sinfonía sobre la batalla de Vitoria.



Bosquejo á la aguada de Raffet

Los acontecimientos que tenían lugar en América hubieran podido ejercer una influencia decisiva en los asuntos de Europa si se hubiesen realizado con alguna anterioridad. Había estallado la guerra entre Inglaterra y los Estados-Unidos, cuyo poder había ido en aumento durante las luchas del viejo mundo. Inglaterra, que en un principio había tratado de conciliarse la amistad de los norte-americanos con motivo del bloqueo continental, comenzaba á sentir inquietudes por sus progresos, habiendo visto con verdadero disgusto las tentativas hechas por éstos para anexionarse la Florida, que quería emanciparse de España. Renovó en esta ocasión sus violencias apoderándose de marineros norte-americanos, hasta de los mismos buques del Estado, y esto en provecho propio, pues los americanos del Norte hablaban su propio idioma. Volvió á ejercer el derecho de visita con el mismo rigor que antes, sin que las quejas de los norte-americanos obtuviesen el menor respeto por parte del gabinete británico.

Queriendo sacar partido de este estado de cosas, Napoleón trató de atraerles á una alianza con Francia, mitigando para con ellos las rigorosas disposiciones del bloqueo continental. Pero la guerra no se declaró por los Estados-Unidos á Inglaterra hasta Junio de 1812, á propuesta de Mádison, presidente de la Unión norte-americana desde 1809 y cuyo mando se prolongó hasta 1818. En 1814 los Ingleses se apoderaron de Wáshington y quemaron el Capitolio, pero pagaron este triunfo con una doble derrota sobre el lago Champlain y en Nueva-Orleáns. Firmóse la paz en 1815, quedando prohibido por ella á los Ingleses la navegación del Mississipí. Esta guerra llegó demasiado tarde y ocupó escaso número de fuerzas para ejercer la menor influencia en los sucesos que con tanta rapidez se realizaban en Europa.

Inglaterra se aprovechó de la suspensión de las hostilidades en Alemania para robustecer y ampliar la coalición. El armisticio se ajustó para que se reuniese un congreso que fijara las condiciones de la paz, y Austria, que había impuesto, por decirlo así, la reunión de este congreso y su intervención, no puso gran empeño en su convocatoria, pues su objeto era que las negociaciones pasasen únicamente por sus manos. Napoleón comprendió en seguida que el fin de los aliados era terminar sus preparativos y que no pensaban en deponer las armas hasta haber abatido completamente su poder, senti-

mientos que manifestó claramente en la entrevista que tuvo en 28 de Junio, en su cuartel general de Dresde, con Metternich.

«Llegáis ya bien tarde,—le dijo;—vuestra intervención resulta hostil á fuerza de su inactividad... ¿Qué resultados ha dado hasta ahora el armisticio? Yo no conozco ningún otro más que el tratado de Reichenbach. Confesad que sólo os habéis propuesto ganar tiempo; hoy tenéis dispuestos vuestros 200.000 hombres tras la cortina de las montañas de Bohemia. Vuestro gran problema consiste en averiguar si podéis libraros de mí sin combatir ó si os será preciso formar deci-



M. de Metternich

didamente en las filas de mis enemigos; pues bien, veamos, tratemos: ¿qué queréis? Os he ofrecido la Iliria para que permanezcáis neutrales, ¿os basta esto? — En vuestras manos está, — dijo Metternich, — disponer de nuestras fuerzas. Las cosas han llegado á tal punto que no podemos permanecer neutrales, siendo preciso que nos declaremos en pro ó en contra vuestra.» Pidió, pues, Iliria, la mitad de Italia, Polonia, Holanda, Suiza, la cesión de Roma al Papa, de España á Fernando VII, y la disolución de la Confederación del Rhin. «¡Perfectamente! — exclamó Napoleón, — y así deberé evacuar Europa, cuya mitad aun domino, reunir mis legiones, con mi bastón levantado, detrás del Rhin, de los Alpes y de los Pirineos... ¡Y en el momento en que mis banderas flotan todavía en las bocas del Vístula y en las orillas del Oder, y en que mi ejército victorioso se halla á las puertas

de Berlín y de Breslau, encontrándome yo aquí al frente de trescientos mil hombres, Austria, sin molestarse, sin sacar siquiera la espada, se pavonea creyendo que he de sucumbir á semejantes condiciones! ¡Y es mi suegro el autor de tal proyecto, quien os envía! ¡Ah, Metternich, cuánto os ha dado Inglaterra para declararme la guerra?»

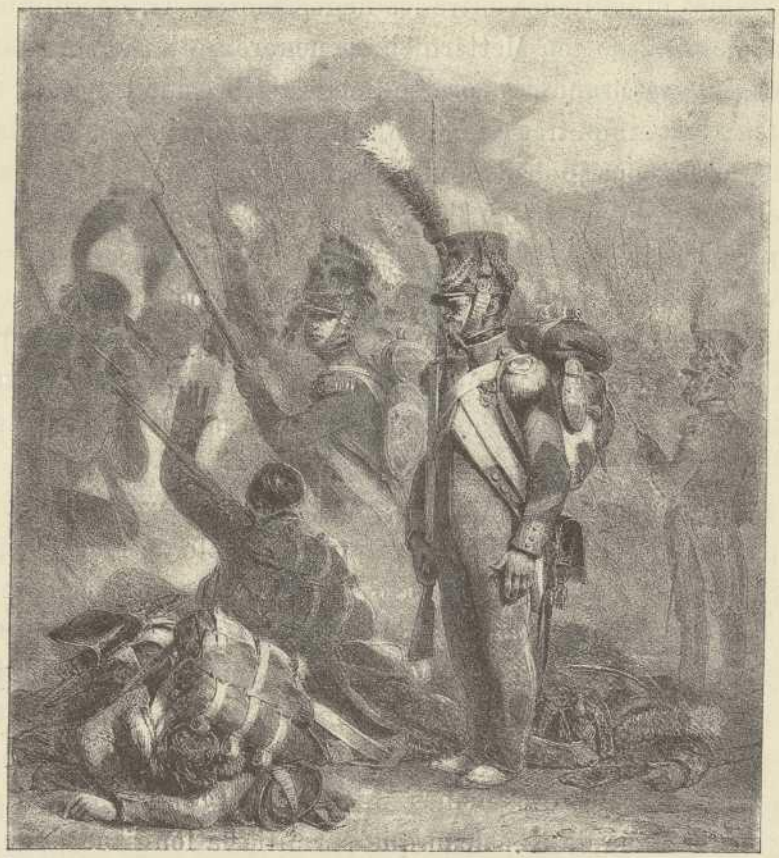
Tan brutal é injusta acusación hirió vivamente al diplomático, que á buen seguro no se hubiera sentido molestado por una sencilla insinuación. Pero Napoleón, persistiendo en su cólera, continuó diciendo en alta voz, aunque como si hablase consigo mismo: «¡Cometí verdaderamente una simpleza al casarme con una archiduquesa! Decíame yo entonces: ¡Haces una locura!... pero ya está hecha, y hoy tengo que lamentarla.» Metternich, dirigiéndose al sentimiento de humanidad de Napoleón y á la necesidad de poner término á tan terribles guerras, le habló de sus jóvenes soldados, de su ejército de reclutas, casi niños, cuyas líneas había atravesado para llegar al cuartel general. Napoleón, conociendo perfectamente que éste era su punto débil, encendióse de nuevo en cólera, respondiéndole con dureza y airado gesto: «¡Vos no sois soldado, vos ignoráis lo que pasa en el corazón de un soldado! ¡Yo me he criado en los campos de batalla, y á un hombre como yo le importa poco la vida de un millón de hombres!» y al decir estas palabras tiró al suelo su sombrero.

No admiraron estas palabras á Metternich, á cuyos proyectos, por otra parte, eran favorables.

La entrevista de Dresde tuvo grandes consecuencias. Metternich, gracias á lo que había visto en derredor de Napoleón, pudo apreciar el abatimiento y cansancio de Francia, y aun de su mismo ejército. Comprendió perfectamente lo que hacía falta á las tropas francesas; vió asimismo que Napoleón estaba inquieto, y era más dueño de sí y menos capaz para abarcar de una manera clara el conjunto de sus negocios, y que se le había exacerbado más que nunca esa intemperancia de carácter moral que le había hecho cometer ya grandes faltas. Finalmente, había recibido un insulto personal é iba á continuar su política guerrera contra Francia, no solamente por frío cálculo, sino por apasionado rencor. Empleó, pues, todos los medios para hacer que fracasasen las negociaciones y para concluir con Napoleón, llevando á la coalición todas las fuerzas de Austria. Por lo demás, sirviéronle

á maravilla la mala fe de los aliados y la terquedad de Napoleón (25 de Junio).

Praga fué el sitio designado para celebrarse el congreso, habiéndose prolongado el armisticio para facilitar sus trabajos desde el 28 de



"¡Cerrad las filas (Copia de una litografía de Raffet)

Julio hasta el 10 de Agosto, con un plazo supletorio de seis días entre la denuncia del armisticio y la ruptura de las hostilidades, lo cual alargaba hasta el día 17 por la mañana la renovación de la guerra. El congreso debía arreglar todos los asuntos pendientes, á excepción de los relativos á Inglaterra; Napoleón deseaba que asistiesen á él los representantes de los Estados-Unidos. Pero esta asamblea estaba destinada á ser completamente estéril; cierto es que Prusia y Rusia enviaron á Praga (11 de Julio) dos plenipotenciarios, Guillermo de

Humboldt y Anstett, quienes, poco conocidos, á lo menos como diplomáticos, dejaron que lo hiciera todo Metternich. Napoleón, que por su parte no obraba tampoco con franqueza y trataba sólo de ganar tiempo, mandó á Narbonne y Caulaincourt á Praga muchos días después de la llegada de los plenipotenciarios ruso y prusiano. Pronto surgieron innumerables dificultades entre los negociadores. G. de Humboldt y Anstett, de acuerdo con Metternich, se negaron á tratar directamente con los ministros franceses, pretendiendo tener como mediador al ministro austriaco, mientras que Napoleón, aprovechándose de toda clase de pretextos, se obstinaba en exigir conferencias directas. El día 24 de Julio el congreso no había llegado aún á ningún acuerdo, y Napoleón, que á pesar de todos los que le rodeaban no estaba más dispuesto á aceptar la paz que el rey de Prusia y el emperador de Rusia, se ausentó á propósito, haciendo un viaje á Maguncia. A la corta permanencia de Napoleón en Maguncia se refiere una anécdota que traduce perfectamente lo que muchos pensaban en su interior acerca de la situación.

«El Emperador,—cuenta Beugnot, que á la sazón se encontraba en Maguncia con Juan Bon Saint-André, prefecto de Mont-Tonnerre, —el Emperador nos propuso cierto día dar un paseo por el Rhin con objeto de estrenar una elegante falúa que le acababa de regalar el príncipe de Nassau... Sin haber recibido ni Juan Bon ni yo invitación definitiva para acompañarle, nos creímos autorizados, en virtud de aquella conversación, por lo que seguimos al acompañamiento y entramos en el barco con los demás. Juan Bon y yo nos manteníamos á la mayor distancia de Napoleón que permitía la longitud de la falúa, pero ésta era insuficiente para evitar que se oyese lo que se decía en ambos extremos. Mientras que el Emperador, de pie sobre uno de los costados del barco é inclinado hacia el río, parecía absorto en su contemplación, Juan Bon me dijo en voz muy baja:—¡Qué rara posición! la suerte del mundo depende de un puntapié más ó menos.—Me estremecí y no tuve fuerzas más que para responder:—¡Por Dios, que no suceda!—Mi interlocutor, sin hacer caso de mi ruego ni de mi terror añadió: —Estad tranquilo, los hombres de resolución son muy escasos. —Cambié de sitio para evitar la continuación del diálogo y terminó el paseo sin haberse reanudado. Desembarcamos, siguiendo al

acompañamiento del Emperador á su regreso al palacio. Al subir por la escalera de honor me encontré al lado de Juan Bon, precediéndonos el Emperador siete ú ocho escalones. La distancia me dió valor y dije á mi compañero: — ¿Sabéis que me habéis asustado extraordinariamente? — ¡A fe! lo comprendo, lo que me admira es que hayáis vuelto á recobrar vuestros movimientos; pero tened entendido que lloraremos lágrimas de sangre por no haber sido el paseo de hoy el último de su vida.—¡Sois un insensato!—Y vos un imbécil, salvo el respeto que debo á vuesta excelencia.»



El mariscal Victor, duque de Belluno

Muchos eran los que pensaban entonces como Juan Bon, y muy posible es que Napoleón presintiese su pensamiento; pero cuanto más necesitaba que se le dijese la verdad, tanto más se la ocultaba la adulación creciente, y respecto al estado interior de Francia recibió de varios funcionarios noticias completamente tranquilizadoras, cabiéndole la dicha de poderse ilusionar respecto á la situación verdadera de su patria. Así, pues, dadas sus instrucciones para el gobierno del Imperio y ordenadas nuevas levas, regresó á Dresde dispuesto á continuar la lucha.

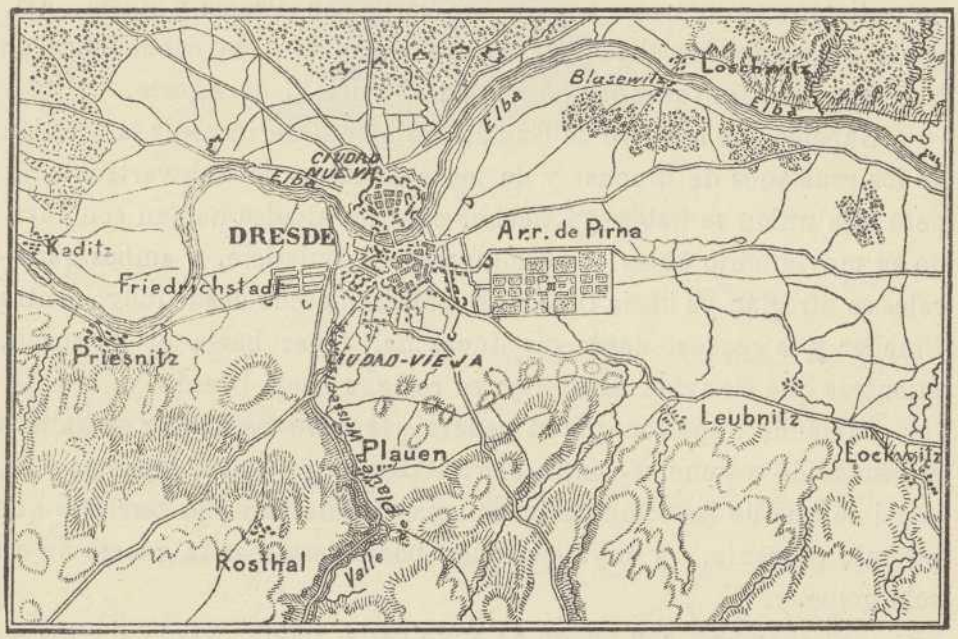
La coalición, por su parte, no había perdido el tiempo, habiéndose reunido los monarcas aliados y los ministros ingleses de Trachenberg (9 de Julio); Bernadotte, príncipe real de Suecia, acudió á reunirse con ellos con gran aparato.

Suecia, á pesar de las quejas que pudiese tener contra Napoleón, no aprobó esta política, pues sabía que Francia era su aliada natural y el tratado de Frederiksham le acababa de probar que el peligro para ella venía de San Petersburgo; su lealtad, por otra parte, se hallaba contrariada al ver que su príncipe real desempeñaba semejante papel. Pero el celoso espíritu de Bernadotte había conservado un odio sordo para con Napoleón, que siempre se había mostrado sumamente indulgente con él. Los demás soberanos le llenaban de agasajos y le ofrecían la posesión de Noruega, y para tenerle más adicto, los Ingleses le añadían la de la Guadalupe, isla francesa. Por otra parte, su ambición no se limitaba á esto, y aunque cuesta trabajo creerlo, pensaba formalmente en sustituir á Napoleón en el trono de Francia. Demostraba con esto desconocer completamente los sentimientos de Francia y del ejército respecto á su persona; durante el armisticio, cierto día que pasó frente á la plaza de Stettin, la guarnición francesa le hizo algunos disparos, respondiendo el general Dufresne á las quejas de los enviados del príncipe: «No ha sido nada; ¡los centinelas han visto á un desertor y han disparado sobre él!» Esperando la realización de su sueño imperial, creía ser proclamado generalísimo de la coalición y desplegaba un lujo de advenadizo, tanto más chocante cuanto que contrastaba con la sencillez de los demás príncipes. Decidió á Moreau á que viniese de América para combatir á Napoleón y á Francia, contando sin duda nombrarle jefe de su estado mayor; pero los generales rusos y alemanes creían que esto constituía una deshonra para ellos. «Queríase suponer que era imposible vencer á los Franceses sin el recurso de valerse de uno de los lugartenientes de Napoleón, y aun no de los más distinguidos. ¿Acaso era un título de honor hacer armas contra su propia patria?»

Bernadotte tuvo que contentarse con discutir, con el estado mayor aliado, el nuevo plan de campaña. Los aliados determinaron gastar las fuerzas enemigas en continuar marchas, evitando mientras fuese posible el encuentro con Napoleón y atacando con preferencia á las divisiones destacadas que mandaban sus generales, hasta lograr su destrucción. De esta táctica se valieron los Romanos para concluir con Aníbal. Se formaron tres ejércitos para operar contra el Emperador: el de Bohemia, fuerte de 250.000 hombres, mandado por el

príncipe de Schwartzenberg, el de Silesia por Blucher y el del Norte á las órdenes de Bernadotte, compuestos cada uno de 120.000 hombres. Estos tres ejércitos debían confluir en Dresde para aplastar á los Franceses; otros dos ejércitos vigilaban Baviera é Italia.

Napoleón, por su parte, formó el plan de presentar, una vez terminado el armisticio, proposiciones aceptables, deteniendo de esta manera el movimiento de Austria, dispuesta á unirse á la coalición, y



Plano de la batalla de Dresde

emprender de nuevo las hostilidades contra Prusia y Rusia y derrotarlas, continuando al propio tiempo las negociaciones con el emperador Francisco, con objeto de lanzarse también sobre él, si, después de una derrota de los Rusos ó de los Prusianos, continuaba mostrándose contrario á todo acomodamiento. Encargó, pues, á Caulaincourt que pidiese á Metternich, de una manera clara y concreta, las condiciones bajo las cuales Austria haría la paz. Metternich exigió la repartición del gran ducado de Varsovia, la reconstitución de Prusia, la evacuación de las poblaciones ilirias, de las ciudades hanseáticas y de la confederación del Rhin, con una frontera de fácil defensa sobre el

Elba. Estas condiciones se comunicaron á Napoleón en 7 de Agosto, dándole la seguridad de que el congreso se disolvería el 10 por la noche, entrando Austria inmediatamente á formar parte de la coalición si no se aceptaban sencillamente y sin debate. Napoleón no quiso dar crédito á tales amenazas y se negó, á pesar de los patrióticos esfuerzos de Caulaincourt, á aceptar á tiempo dichas proposiciones; cuando las devolvió á Praga, con algunas modificaciones, era ya demasiado tarde, pues Austria formaba ya parte de la coalición y no podía entrar en tratos sino de concierto con Prusia y Rusia. Así, pues, habiendo desechado los soberanos aliados las condiciones de Napoleón, se renovaron las hostilidades el día 17 de Agosto.

Napoleón se apoderó de Gabel, con objeto de impedir la reunión de los prusianos de Blucher y de los austriacos de Schwartzenberg; pero esta unión se había ya hecho, pues los aliados habían comenzado su movimiento antes de terminarse el armisticio, y ambos generales se dirigían ya hacia Dresde. Napoleón marchó desde luego contra Blucher y le rechazó desde sus líneas del Jauer hacia el Katsbach, mientras que Gouvión Saint-Cyr se replegó hacia Dresde.

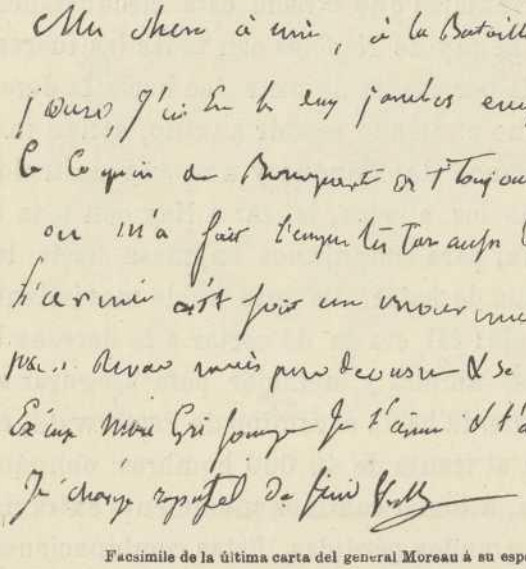
Sabiendo Napoleón que el general Gouvión Saint-Cyr se hallaba en estado de sostenerse contra Schwartzenberg durante algunos días, concibió una de las combinaciones «más hermosas y más terribles que produjo su genio,» y cuya ejecución podía terminar la guerra de un solo golpe.

«El enemigo, con objeto de envolverle, había pasado el Elba en Bohemia; era, pues, indispensable castigar su temeridad repasando él á su vez el Elba y aplastándole con fuerzas superiores, ya que, en efecto, estaba aún en posesión del paso del río. Pero en vez de pasarlo por Dresde, lo cual hubiera producido sólo un choque de frente, Napoleón, sin preocuparse por de pronto de Blucher, que Macdonald debía contener en Silesia con 75.000 hombres, formó el plan de remontar el Elba hasta Kœnigstein, pasándolo en este punto y cogiendo por la espalda al gran ejército de la coalición; había tenido ya la precaución de aprovisionar esta ciudad uniéndola á Lilienstein por medio de un puente de barcas. Desgraciadamente, las noticias alarmantes que recibió de Dresde y el temor de perder la alianza del rey de Sajonia le decidieron á adoptar un nuevo plan, menos fecundo en grandes

resultados, pero más seguro, que consistía en desembocar directamente por Dresde con 100.000 hombres, confiando al general Vandamme con otros 40.000 hombres la misión de envolver al enemigo ó de cortarle la retirada por la parte de Peterswald y de Pirna.»



FAC SIMILE
de la Dernière lettre du General Moreau a Madame Moreau



Facsimile de la última carta del general Moreau á su esposa (documentos de la colección Hennin)

Al llegar Napoleón á Dresde, Schwartzenberg, al frente de 165.000 hombres y 300 cañones, tomaba posiciones para atacar á Gouvión Saint-Cyr, que sólo con 18.000 hombres estaba dispuesto á hacer una desesperada resistencia. El arrabal de Pirna fué tomado y los Alemanes gritaban ya: «¡París, París!» é iban á hundir las puertas cuando éstas, abriéndose de repente, dieron paso á dos columnas de la vieja guardia, que rechazaron al enemigo hasta sus líneas, matán-

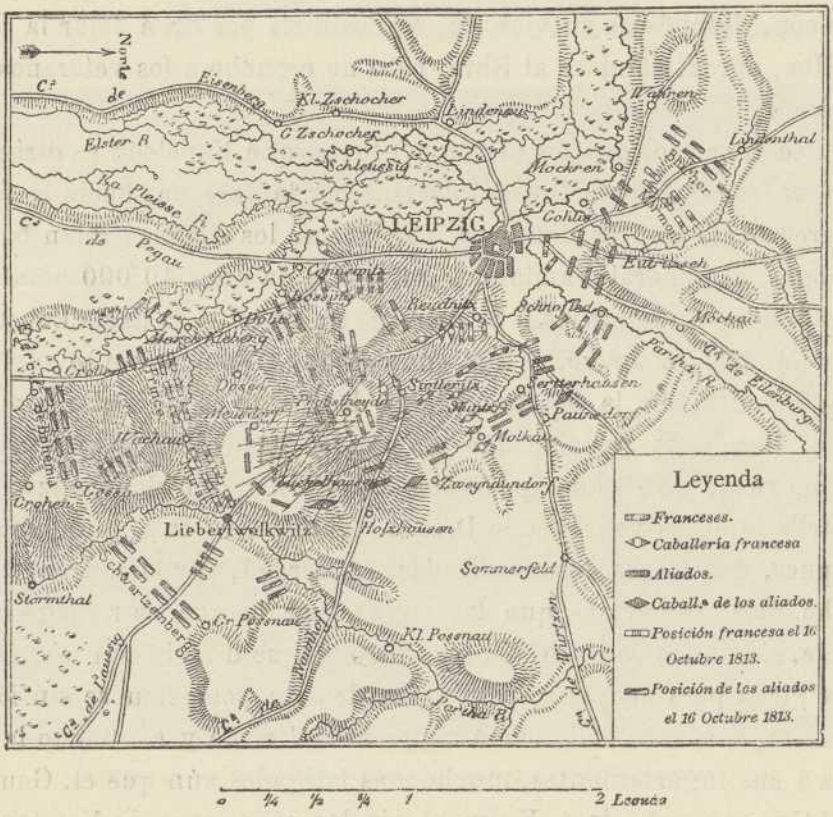
dole 4.000 hombres y cogiéndole 2.000 prisioneros. Aquella misma noche Napoleón trazó el plan de la victoria del día siguiente.

Napoleón había subido durante el día varias veces á un campanario, desde donde se divisaba el hemiciclo de colinas y llanuras que rodean la ciudad de Dresde. Vió las posiciones que tomaba el ejército de Schwartzenberg, que acababa de recibir un refuerzo de 25.000 hombres, mandados por Klenau, y se fijó en un profundo barranco llamado de Plauen, que servía de lecho al pequeño riachuelo Weisseritz, que dividía en dos partes el campo de batalla. «Al otro lado de este barranco, estrecho y profundo, estaban formadas la mayor parte de las fuerzas austriacas, que quedaban así separadas del resto del ejército aliado por una especie de sima á través de la cual era imposible auxiliarlas. Por otra parte, este lado del campo de batalla se prestaba mejor que los otros para el empleo de la caballería. Napoleón, abarcando de una mirada las ventajas que ofrecía esta circunstancia local, dió orden para reforzar al rey de Nápoles con todas las fuerzas del mariscal Víctor, lanzándole por medio de un rodeo hacia la derecha sobre los Austriacos, que no pudiendo recibir auxilio, serían inevitablemente arrojados al barranco de Plauen; y una vez destruída de esta manera la izquierda de los aliados, lanzar á Ney con toda la guardia joven sobre la derecha, para empujarlos en masa hacia las alturas de donde habían tratado de bajar. De este noble movimiento debía resultar una doble ventaja: tal era la de cortar á la derecha la carretera de Freyberg, la más amplia y la mejor para asegurar su retirada, y de empujar la izquierda hacia el camino de Peterswald, en el que Vandamme la esperaba al frente de 40.000 hombres, obligándola, para regresar á Bohemia, á tomar caminos sumamente extraviados, cuyo paso le ocasionaría grandes pérdidas. Estas combinaciones, concebidas en un instante con maravillosa agilidad de espíritu, produjeron en Napoleón una alegría extraordinaria, que se reflejaba en su rostro.»

Era ésta la alegría anticipada de un triunfo casi seguro.

La batalla se desarrolló tal como el Emperador lo había pensado. A pesar de la celebridad de los nombres gloriosos de Wagram y de la Moskowa, Napoleón no había alcanzado ningún triunfo parecido desde Ratisbona, y Dresde podía figurar ahora al lado de Austerlitz, Jena y

Friedland, pues á pesar de no contar más que 120.000 hombres para oponer á 200.000, hallábanse en su poder á las diez de la noche 15 ó 16.000 prisioneros del ejército coaligado y más de cuarenta cañones, habiendo quedado tendidos en el campo de batalla 10.000 enemigos muertos ó heridos. Entre los muertos se hallaba el general Moreau, el vencedor de Hohenlinden, que cayó herido por una bala francesa. Tan



Plano de la batalla de Leipzig (llamada *batalla de las naciones*).

gran éxito costó á Francia únicamente 8 ó 9.000 hombres, prometiéndose el Emperador mayores resultados todavía gracias á la posición que había señalado á Vandamme.

Pero estaba ya próximo el momento en que Napoleón debía lamentar vivamente el no haber hecho en el congreso de Praga las concesiones necesarias para alcanzar la paz. Tal vez era el único francés que quería la guerra, y el descontento y las murmuraciones aumentaban en el ejército. «Memorable fué esta victoria, — dice el

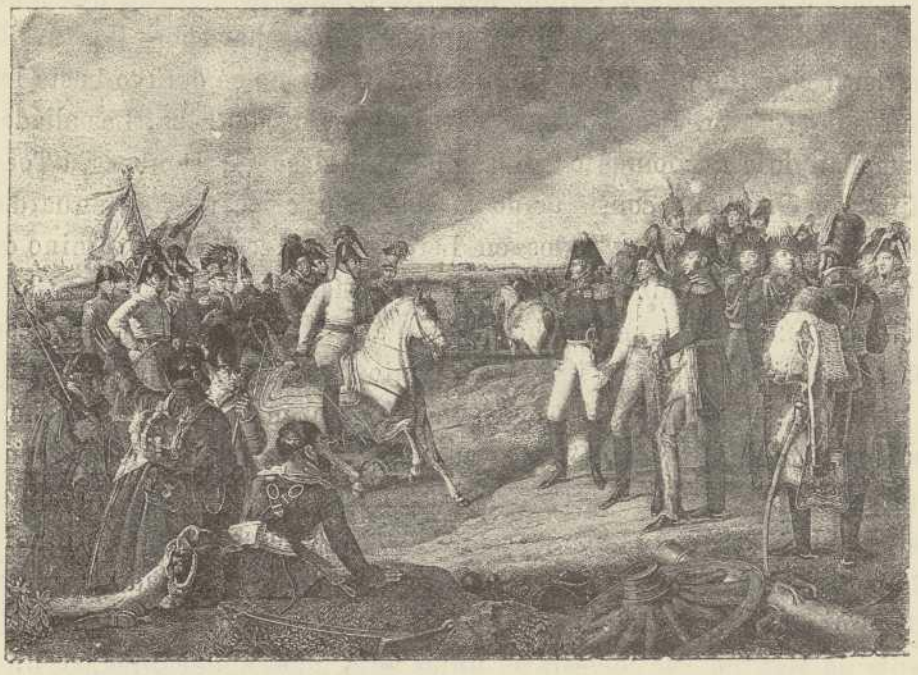
capitán Coignet, — pero nuestros generales no querían más victorias. Yo comía con el estado mayor y oía todas las opiniones. Se llegaba á blasfemar del Emperador, y se decía: «¡Nos va á llevar á todos á la muerte!» Aun los jefes más adictos y más desinteresados participaban de esta opinión, bien que exponiéndola en distintos términos. «El ejército, — dice el general Pelleport, — se mantuvo siempre á la altura de su misión, pero era demasiado joven. Todos creíamos que Napoleón, después de su victoria, se decidiría por fin á dejar la línea del Elba, aproximándose al Rhin, pero no escuchó á los veteranos del ejército.»

Recordaremos que en el momento en que Napoleón se dirigía á marchas forzadas sobre Dresde, destacó por la derecha, hacia los desfiladeros de los montes Metálicos, por los que los aliados habían bajado á Sajonia, al general Vandamme al frente de unos 40.000 hombres, con objeto de que detuviese al enemigo en su retirada hacia Bohemia, prometiéndole su apoyo, con el que contando Vandamme se adelantó hasta Toeplitz, en la confluencia de los caminos de Sajonia y Bohemia. Pero esta posición fué defendida encarnizadamente por la guardia rusa, y antes de apoderarse de ella llegaron Schwartzenberg y detrás de él los vencidos de Dresde. Vandamme tuvo que habérselas, pues, con tropas desmoralizadas, en verdad, por la retirada, pero mucho más numerosas que las suyas, por lo que se replegó hacia Dresde, siendo cercado en Kulm. Napoleón se dirigió con la guardia hacia Pirna para apoyarle, pero cerca de esta población se sintió indispuesto, viéndose obligado á regresar á Dresde y confiando la empresa á sus lugartenientes, mucho más fatigados aún que él. Gouvión Saint-Cyr se negó á ir á Kulm al oir los cañonazos de Vandamme, que fué completamente derrotado. Su ala derecha logró romper las filas enemigas y reunirse con Saint-Cyr, su izquierda logró también desfilar á lo largo del Elba antes de quedar rodeada, y su caballería tuvo aún más suerte. Estaba mandada por Corbineau, quien se había hecho célebre en el paso del Beresina, y á su frente se lanzó á galope contra el cuerpo prusiano, lo partió en dos y atravesó por en medio, regresando á Sajonia. Todo lo restante del ejército quedó prisionero, con los generales Vandamme y Haxo.

Se cuenta que, al saber Napoleón el desastre de Vandamme, ex-

clamó: «¡He aquí la guerra, triunfante por la mañana y vencido por la noche! Del triunfo á la derrota no hay más que un paso;» y que pocos momentos después, al examinar sus mapas, recitó entre dientes estos versos de la *Muerte de César*, de Voltaire:

J'ai servi, commandé, vaincu quarante années;
Du monde entre mes mains j'ai vu les destinées,
Et j'ai toujours connu qu'en tout événement
Le destin des États dépendait d'un moment! *(Acto I, escena I)* (1).



Los soberanos aliados en la batalla de Leipzig. (Copia de un cuadro de Krafft, existente en Viena)

No fueron los Franceses más afartunados en la cuenca del Oder, en donde Blucher, fiel á la táctica convenida en el congreso de Trachenberg, atacó á Macdonald, que se había dirigido sobre el Katzbach al evacuar Napoleón la Silesia. Macdonald por su parte pasó también el río, proponiéndose subir á la meseta de Wahlstatt y caer sobre el campamento de los prusianos en Jauer. Pero Blucher, que gracias á

(1) «He combatido, mandado y vencido durante cuarenta años; — los destinos del mundo he visto entre mis manos, — y me he convencido de que siempre, en qualquier acontecimiento, — la suerte de los pueblos depende de un momento.»

esta victoria obtuvo el título de príncipe de Wahlstatt, obligóle á repasar el Katzbach y después el Bober, ocasionándole una pérdida de 20.000 hombres, muertos, heridos ó prisioneros, y 100 piezas de artillería. También fué desastrosa la marcha de Oudinot hacia Berlín, siendo rechazado por Bernadotte hasta el Gros-Beeren y precisado á replegarse hacia Wittenberg, cuya derrota obligó á Davout á evacuar Weimar, de que se había apoderado. Ney recibió el encargo de reparar este desastre, y Napoleón, dejando tres cuerpos en Bohemia, se disponía á apoyarle con 50.000 hombres cuando las noticias que recibió del ejército de Macdonald le impidieron marchar sobre Berlín. El mariscal Ney fué destrozado en Dennewitz, y no se detuvo hasta los muros de Torgau. Bernadotte se detuvo á orillas del Elba. Los aliados formaban en este momento un semicírculo desde Wittenberg á Toeplitz, por Bautzen, consistiendo su plan en colocarse á retaguardia de Napoleón, uniéndose todos en Leipzig para cortarle el camino de Francia. Schwartzenberg pasó, pues, el Elster por Commotau (3 de Octubre), mientras que Blucher llegaba á Wittenberg y se reunía con Bernadotte para marchar inmediatamente al punto de reunión.

Napoleón pasó dos días pensando su plan, mientras que Blucher, remontando el Mulda, y Schwartzenberg siguiendo su curso descendente, se aproximaban, privándole el poder derrotarles aisladamente; este fatal retraso fué la causa primordial del desastre de Leipzig. El Emperador no sabía retroceder á tiempo, y había olvidado lo que el joven general Bonaparte había hecho en dos distintas ocasiones delante de Mantua. No fué ésta su única falta, pues al decidirse por fin á abandonar la línea del Elba, dejó en Dresde los dos cuerpos de ejército de Gouvión Saint-Cyr y de Lobau, «lo cual era conservar lo accesorio,—dice York de Wartenburg,—comprometiendo lo esencial, ó sea una gran victoria, pues tras una victoria hubiera recobrado Dresde, y los dos cuerpos que dejó en ella le faltaron desgraciadamente en el campo de batalla de Leipzig, en donde debía decidirse, no sólo la suerte de Dresde y de Sajonia, sino la de Alemania y la de toda Europa. Aquí se ve la terquedad del monarca, que se niega á admitir la posibilidad de que pueda verse obligado á abandonar una sola de sus conquistas, temiendo la impresión que pueda producir cualquier paso que dé hacia atrás y temiendo con bastante razón por la existencia de

su poder, fundado únicamente en la fuerza, así que se ponga de manifiesto que ésta no es la misma de otro tiempo.» Napoleón pensó por un instante en cambiar su línea de operaciones, haciendo de Magdeburgo su punto de apoyo, y en operar en la orilla derecha del Elba, incorporando á su ejército las guarniciones de las plazas ribereñas de este río, del Vístula y del Oder, elevando así sus fuerzas á unos tres-



El momento solemne de la batalla de Leipzig. Los soberanos aliados, de rodillas, dan gracias al Todopoderoso por la victoria alcanzada. (Copia de un grabado alemán de la época)

cientos mil hombres. Este hermoso plan fué desgraciadamente abandonado por razones que nada tenían de estratégicas. Napoleón sabía perfectamente que se había debilitado de un modo extraordinario la confianza que inspirara en otro tiempo, y en esta ocasión hubiera parecido que se cerraba los caminos de Francia; y como dice Fain, dada la ansiedad que se habría apoderado de los ánimos, no hubieran querido siquiera comprender algo de las combinaciones del Emperador, por grandes que fuesen.

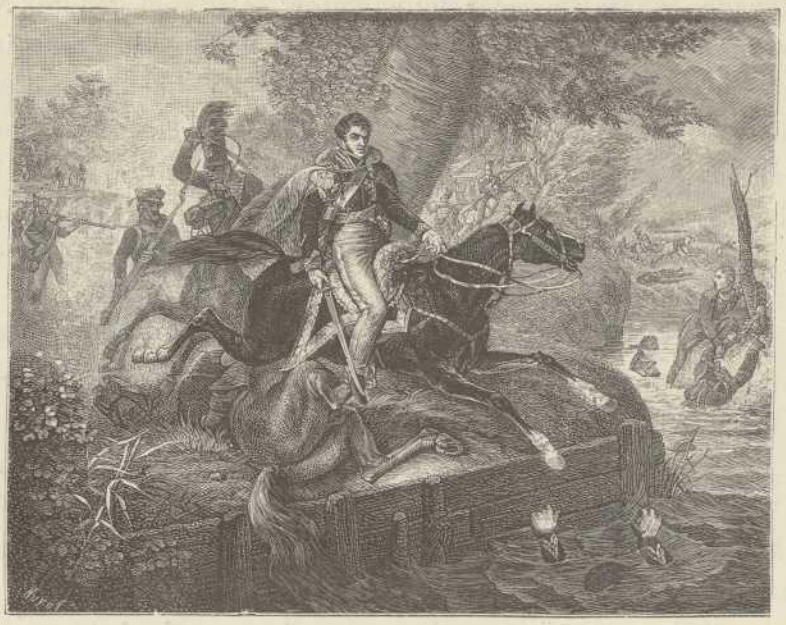
Napoleón fijó Leipzig como punto de reunión de su ejército. Ney

debía reunírsele después de volar los puentes del Elba. Napoleón llegó el 14 á Leipzig, confiando que tendría tiempo suficiente para derrotar á Schwartzenberg, á quien consideraba, con motivo, como el mejor general de la coalición, antes de que Blucher, á quien creía todavía muy lejos, hubiese podido llegar en su auxilio. Derrotaría inmediatamente á Blucher, antes de la llegada de Bernadotte y del ejército del Norte, aprovechándose de estas victorias para imponer sus condiciones á los aliados. Alrededor, pues, de esta ciudad, donde en otro tiempo se habían librado ya célebres combates, iba á darse ahora «la batalla de las naciones.»

En dos días se reunió en ella todo el ejército francés, reducido á 140.000 infantes y á 20.000 caballos (15 de Octubre), y ocupó todas las puertas, cerrando todos los caminos del Elba. Napoleón dirigió á Bertrand con 15.000 hombres hacia Lindenau, para cubrir el camino de Lutzen; colocó á Ney sobre el Partha con 45.000 hombres, para contener á Blucher, que llegaba por Halle, y á Bernadotte, que había llegado á Zerbig; mientras que él, con 100.000 hombres, esperaba derrotar á los 130.000 de Schwartzenberg; su derecha se apoyaba en el Pleiss, tenía su centro en la rambla de Wachau y su izquierda en el camino de Colditz. Schwartzenberg, tratando de impedir la concentración del ejército francés y de dar tiempo á que llegasen Blucher y Bernadotte, emprendió el ataque, dejando á sus espaldas 50.000 hombres mandados por Benningsen y Colloredo, lanzando tres enormes columnas contra las posiciones francesas, que fueron perdidas y reconquistadas hasta seis veces consecutivas (16 de Octubre), siendo definitivamente rechazado el enemigo, con grandes pérdidas, pero quedando indecisa la victoria. Al mismo tiempo, Ney fué atacado por Blucher y rechazado hacia el Partha con una pérdida de 2.000 hombres. Bertrand se apoderó de Lindenau y derrotó á Giulay.

«Napoleón intentó una nueva batalla, lo cual fué una gran falta, pues el enemigo iba á ser reforzado con más de 100.000 hombres y nosotros sólo esperábamos un refuerzo de 12.000 sajones. El Emperador replegó sus líneas y concentróse entre Connewitz y Schoenfeld, con el centro en Probstheyda, teniendo la precaución de preparar la retirada, para lo cual dió orden de construir puentes sobre el Elster, orden que Berthier no cumplió y que fué causa de un gran desastre. El enemigo

no atacó aquel día, pues Bernadotte y Benningsen no llegaron hasta el día siguiente; entonces los aliados avanzaron por todas partes, en número de 300.000 hombres, con 50.000 caballos y 1.200 cañones, encerrando en su semicírculo de tres á cuatro leguas de extensión á los 140.000 franceses replegados en Leipzig. Espantosa fué la batalla (18 de Octubre); los aliados atacaban en grandes masas y daban verdaderos asaltos á las columnas francesas, causándoles pérdidas enormes;



Muerte del mariscal Poniatowski al atravesar el rio Elster. (Copia de un cuadro de Horacio Vernet.)

pero reemplazaban de continuo sus tropas ya cansadas con tropas de refresco, tratando únicamente de matar, aunque cada hombre les costase dos vidas, perfectamente seguros de conservar siempre su superioridad numérica. Los franceses, que, según nuestros mismos enemigos, no habían combatido nunca con tanto valor, conservaron sus posiciones en la derecha y el centro, pero en la izquierda una horrible traición les hizo retroceder un momento: los 40.000 hombres que la constituían estaban batidos en brecha por 100.000 hombres y 300 cañones, que dirigía Bernadotte, cuando de pronto los 12.000 sajones, que constituían la tercera parte de esta ala, se pasaron á los Rusos, formando entre sus filas, y cediendo al ruego de Bernadotte,

descargaron toda su artillería á boca de jarro sobre los compañeros que acababan de abandonar. Napoleón acudió á este punto con su guardia y se conservó esta posición, como las demás. La noche puso fin á la carnicería: 60.000 hombres cubrían el campo de batalla.» (LAVALLÉE).

Sin embargo, era preciso disponer la retirada, pues faltaban municiones, de las que se empezó á carecer desde el día 15, faltando poco para que el gran parque de artillería, que por un momento quedó abandonado, cayese en poder del enemigo; salvólo el general Neigre, pero el material de puentes quedó olvidado y obligado á refugiarse en Torgau, mientras que en Leipzig habría podido ahorrar un desastre.

Estas faltas, más que á Napoleón, deben achacarse al desorden que reinaba entre su estado mayor, reflejo fiel del de el ejército. No hay duda que no se ve en el Emperador toda su maravillosa penetración, que se mostraba poco cuidadoso de los detalles; y precisamente en este momento, cuando Napoleón necesitaba confiar á sus lugartenientes una parte de su carga, los encontraba más fatigados aún que él, remitiéndose los generales unos á otros las órdenes y declinando su responsabilidad. El mismo Berthier, cuyo espíritu claro por lo general decaía de una manera sumamente sensible, pareció hallarse poseído de una especie de fascinación.

Mientras tanto, desde la noche del 18, comenzaron á marchar los bagajes por el camino de Lindenau, largo desfiladero de dos leguas cortado por varios canales y en el que sólo había una línea de puentes, por donde, á causa de no haber construído otros, tenía que pasar todo el ejército y todo su material. Era preciso, pues, dar una tercera batalla para ganar el tiempo necesario para operar la retirada. Los cuerpos de Víctor y de Augereau iniciaron el movimiento, mientras que Marmont defendía el barrio de Halle y Ney el arrabal del Este; Lauristón, Macdonald y Poniatowski formaban la retaguardia, defendiendo las puertas del mediodía. «Los aliados se negaron á todo arreglo en virtud del cual se hubiese librado á Leipzig de los horrores de una ciudad tomada por asalto, y atacaron los arrabales con verdadero furor. Blucher se apoderó del de Halle y Benningsen de las puertas meridionales, reproduciéndose la lucha en las murallas, en las calles y en las casas. La ciudad estaba sem-

brada de equipos, armamentos, combatientes y fugitivos. Entretanto Víctor, Augereau, Ney, Marmont, la guardia y el Emperador habían rebasado Lindenau, Lauristón maniobraba para hacer otro tanto: bastaban dos horas de resistencia para salvar la retaguardia; pero las descargas que por todas partes caían sobre el puente del Elster hicieron creer á los zapadores encargados de volarlo que había llegado el momento oportuno, y pegaron fuego á la mina; 30.000 hombres y 150 cañones quedaban incomunicados en la ciudad. La desesperación



Después del combate. (Copia de un dibujo de Raffet)

se apoderó de estos valientes, y mientras unos se defendían hasta la muerte en las casas, los otros se arrojaron á los profundos y cenagosos canales del Elster.» (LAVALLÉE).

Macdonald y Poniatowski, montados en sus caballos, se lanzaron al río. Macdonald pudo alcanzar la otra orilla, pero Poniatowski, que estaba herido, fué arrastrado por la corriente: esta muerte trágica acabó de hacer popular su nombre en Francia, cuya gloria ha sido sancionada por Beranger y Horacio Vernet. El rey de Sajonia, que no tenía parte alguna en la traición de sus tropas, Reynier, Lauristón y quince generales más, quedaron prisioneros. En los tres días que duró esta batalla, la más terrible de los tiempos modernos, los franceses perdieron 50.000 hombres, 20.000 de ellos muertos ó heridos.

Los soldados no tardaron en desbandarse en la retirada, siendo impotentes para detenerles los cuadros de oficiales, casi destrozados. En este universal desorden, algunos jefes desertaron del ejército. Segur nos presenta á Napoleón caminando entre las imprecaciones medio ahogadas y las murmuraciones de su séquito, aparentando que no las oía. «Napoleón, que se detuvo tres días en Erfurt, supo al reanudar su marcha que el rey de Baviera, nuestro último aliado, se había declarado contra nosotros, y mandaba, á marchas forzadas, al general Wrede hacia el Mein, con 80.000 hombres, para cerrarnos el camino de Francia.»

«Wrede nos esperaba en Hanau, sobre el Kintzig, pero dispuso tan mal su ejército que mereció que el Emperador dijese de él: «He podido hacer de Wrede un barón, pero no he podido hacerle un buen general,» y sufrió la vergüenza de dejarse derrotar por menos de 20.000 hombres. La artillería de la guardia, compuesta de ochenta bocas de fuego, mandada por Drouot, había ocasionado ya pérdidas considerables á los bávaros cuando corrió gran peligro, pues la caballería enemiga, cuatro veces superior á la nuestra, consiguió llegar hasta las mismas piezas, llegando un soldado bávaro á levantar la mano sobre Drouot, que hubiera recibido el golpe á no haber sido aquél atravesado de un bayonetazo. Drouot, conservando su sangre fría, mandó tomar sus carabinas á los artilleros y logró alejar con un nutrido fuego á la caballería bávara, ametrallándola cruelmente. Wrede perdió 10.000 hombres y no pudo alcanzar el bastón de mariscal, que esperaba haber obtenido en esta ocasión. Trató entonces de aplastar la retaguardia, pero Bertrand sostuvo el choque y dió tiempo suficiente á los restos del ejército francés para repasar el Rhin por Maguncia, quedando sólo la caballería al otro lado del río para recoger á los fugitivos, hasta que, al apercibir la vanguardia de los aliados, hubo de retirarse á su vez detrás del Rhin (5 de noviembre de 1813).

»De este modo, después de tres meses escasos de la gran victoria de Dresde, habíamos perdido, no solamente Alemania, sino que nuestra frontera iba á ser franqueada, quedando amenazada la integridad nacional y borrada toda una historia gloriosa.» La ambición y el orgullo habían perturbado de tal manera el ánimo de Napoleón, que le

impidieron hacer á su debido tiempo los sacrificios militares ó políticos que la situación exigía. «Terminó por perderlo todo al proponerse reconquistar de un golpe todo lo que había perdido.» Es cierto que fué víctima de intrigas y de traiciones, que justamente lamentó en Santa Elena; cierto es que las proposiciones de paz que se le habían hecho no eran sinceras, pues los que las presentaban sabían perfectamente que Napoleón no había de aceptarlas, pero ¿qué hubie



Batalla de Hanau (30 de Octubre de 1813). (Copia de un cuadro de H. Vernet)

ra resultado si Napoleón hubiese tomado la palabra de Metternich y hubiese aceptado sinceramente la intervención de Austria? «Con la firme voluntad de contener al enemigo con sus victorias,— dice Thiers, — de restablecer el prestigio de nuestras armas, y, una vez obtenido este resultado, de transigir sobre bases que hacían aún á Francia más grande de lo que convenía, Napoleón habría triunfado infaliblemente.»

No se trataba ya ahora de conservar Francia sus conquistas, pues se veía atacada en su propio suelo, y, ¿qué le quedaba para defenderse? El Grande Ejército había sucumbido en las estepas de

Rusia; el ejército de 1813 estaba desorganizado, y una parte del mismo encerrada inútilmente en las plazas de Alemania. La mayoría de las víctimas que sufrió esta parte no lo fueron de las balas ni del hierro, sino de las enfermedades, pues las ciudades del Rhin estaban atestadas de enfermos que no se sabía dónde colocar. «Se les alojaba en los conventos y en las iglesias, se les encontraba muertos á montones. Los jóvenes quintos, que sólo hacía algunos meses que habían dejado sus pueblos, morían, dice Coignet, llamando en su delirio á sus padres y á sus hermanos;» fué necesario valerse de presidiarios para cargar durante la noche los cadáveres de los muertos en grandes carretas, «en las cuales se los ataba como haces de heno.» A pesar de todo, aun debían surgir para defender el suelo patrio nuevos soldados, y Napoleón iba á recobrar la actividad heroica del vencedor de Arcola y de Rívoli.



Caricatura alemana de la época, que apareció con este título:
Éxito del año. A los Alemanes para 1814; feliz año nuevo. La mano representa Inglaterra; los dedos, los Estados coligados del continente, indicados por la inicial de su nombre

LISTA DE LOS SOBERANOS

y de los principales títulos nobiliarios creados por Napoleón

---

Elisa Bonaparte, casada con Félix Baciocchi, recibió, por decreto de 18 de Marzo y 21 de Junio de 1805, Piombino y Lucca, que se erigieron en principado; en 1806 recibió además el ducado de Massa-Carrara. Dotada de un talento cultivado y aficionada á las letras y á las artes, demostró además en la administración de su pequeño Estado verdaderas condiciones de reina. En 3 de Marzo de 1809 se le concedió el gobierno general de los departamentos de Toscana con el título de Gran-duquesa. — Paulina Bonaparte, viuda del general Leclerc, casada con el príncipe Camilo Borghese, recibió en 1806 el título de duquesa de Guastalla.

En este mismo año, 1806, fué nombrado José Bonaparte rey de Nápoles (decreto de 30 de Marzo);—Luis Bonaparte, rey de Holanda (5 de Junio);—Murat, Gran-duque de Berg y de Cléveris; Bernadotte, príncipe de Ponte-Corvo;—Talleyrand, príncipe de Benevento;—Berthier recibió el principado de Neufchatel, que había cedido Prusia por el tratado de Schœnbrunn;—Eugenio de Beauharnais fué nombrado virrey de Italia; al año siguiente el Emperador le adoptó oficialmente como hijo, asegurando para su descendencia el trono de Italia, y le dió el título de príncipe de Venecia.—En 1807, Jerónimo Bonaparte fué nombrado rey de Westfalia.—En 1808, José Bonaparte fué proclamado rey de España y de las Indias, sucediéndole Murat en el reino de Nápoles.

Napoleón creó en 1806, por medio de un decreto, gran número de mayorazgos, reservándose en los países conquistados numerosos territorios destinados á constituir dotaciones para los títulos nobiliarios que había de distribuir entre sus más ilustres y adictos servidores. El primer favorecido por este decreto fué el hijo de un molinero, soldado veterano de la guardia francesa, el mariscal Lefebvre, que fué nombrado duque de Dantzig por cartas reales fechadas en el campamento de Finkenstein, á 28 de Mayo de 1807. Estas cartas comenzaban con la fórmula propia de las actas imperiales: «Napoleón, por la gracia de Dios y por las leyes de la República, Emperador de los Franceses, á todos los presentes y venideros salud...»

Los demás títulos de príncipe y de duque, creados por Napoleón entre 1807 y 1814, son los siguientes:

El príncipe archicanciller Cambaceres, duque de Parma;—el príncipe architesorero Lebrun, duque de Plasencia;—Gaudin, duque de Gaeta;—Fouché, duque de Otranto;—Champagny, duque de Cadore;—Maret, duque de Bassano;—el magistrado supremo Regnier, duque de Massa;— Berthier, príncipe de Neufchatel (1806), fué príncipe de Wagram (1809),—Moncey, duque de Conegliano (1808);—Massena, duque de Rívoli (1808) y príncipe de Essling (1810);—Augereau, duque de Castiglione (1808);—Mortier, duque de Treviso (1808);—Soult, duque de Dalmacia (1808);—Lannes,

duque de Montebello (1808);—Ney, duque de Elchingen (1808) y príncipe de la Moskova (1813);—Davout, duque de Auerstaedt (1808) y príncipe de Eckmulh (1810);—Bessieres, duque de Istria (1808); —Kellermann, duque de Valmy (1808);—Víctor, duque de Bellune (1808);—Macdonald, duque de Tarento (1809);—Oudinot, duque de Reggio (1810);—Marmont, duque de Ragusa (1808);—Savary, duque de Rovigo (1808);—Junot, duque de Abrantes (1808);—Duroc, duque del Friul (1808);— L. de Caulaincourt, duque de Vicenza (1808);— Arrichi, duque de Padua (1808);—Clarke, duque de Feltre (1809);—Suchet, duque de la Albufera (1813);— Brune y Jourdan fueron los únicos mariscales que no tuvieron títulos nobiliarios.

Entre los numerosos condes creados por el Imperio, la mayoría de los cuales hubieron de contentarse con hacer preceder el nombre de su título al suyo propio, como conde Sieyes, conde Gregoire, etc., hubo algunos que por excepción llevaron título propio, como Chaptal, que fué conde de Chanteloup; el general Mouton, conde de Lobau; Monge, conde de Perusa.—El último título de conde conferido durante el Imperio fué el del general Valée, más adelante mariscal (12 de Marzo de 1814). Creáronse también algunos títulos durante los Cien días; en esta época, Carnot fué nombrado conde.



Llegada á París de los soldados de la guardia imperial heridos en la batalla de Montmirail (17 de Febrero de 1814)
(Museo de Versalles)

CAPITULO XIV

CAMPAÑA DE FRANCIA

LA INVASIÓN.—SITUACIÓN POLÍTICA.—BRIENNE.—MONTMIRAIL.—MONTEREAU.—LAÓN.
ARCIS-SUR-AUBE.—PARÍS.—PRIMERA ABDICACIÓN.

«¡SEÑOR, estáis perdido!» había dicho Metternich á Napoleón al despedirse de él en Dresde, y desde el momento en que los aliados aparecieron sobre el Rhin no dejaban de ser verosímiles estas palabras, pues iban á caer sobre Francia con más de 600.000 hombres, teniendo en previsión de cualquier revés una reserva igualmente numerosa, mientras que Napoleón, por el contrario, disponía tan sólo de 50.000 soldados, restos miserables de la campaña de Sajonia. Las mejores tropas de Francia no se encontraban en ella: más de 100.000 hombres defendían la línea de los Pirineos, 40.000 se batían en Italia con el príncipe Eugenio y 120.000 continuaban en las plazas fuertes de Alemania, mandados por jefes distinguidos y conservando en su poder gran cantidad de cañones y municiones. Napoleón, que no había querido creer nunca posible que el territorio nacional se viese amenazado, había descuidado las fortificaciones de la antigua frontera francesa, á excepción de Estrasburgo, y si había emprendido algunos

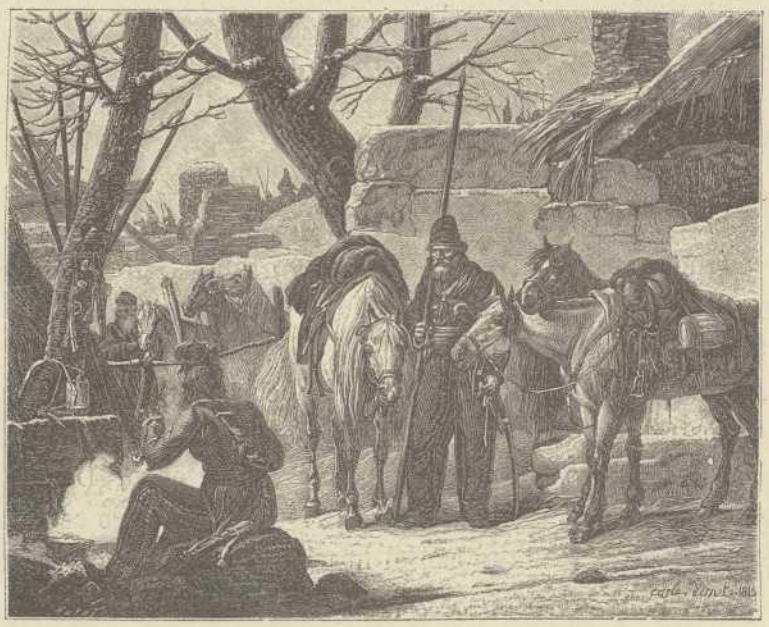
trabajos de esta clase en la línea del Rhin, en Maguncia, Wessel y Kehl, no admitían comparación con los realizados en Dantzig, Hamburgo, Magdeburgo, Amberes, Alejandría y Mantua, ciudades todas muy lejanas y que no podían protegerle en sus reveses; pero la escasez de los recursos que quedaban á Napoleón no animaba tanto á los aliados para continuar las hostilidades como la revelación que se les había hecho del estado moral de Francia. Todos querían la paz y el fin del despotismo. Benjamín Constant publicó, en 1813, un trabajo de actualidad, titulado: *El espíritu de conquista y el de usurpación*, que era un verdadero libelo contra Napoleón, en el que se exponían con la forma más dura las ideas que de día en día se iban haciendo más populares. Cierto es que Francia á principios de 1814 no deseaba la vuelta de los Borbones, pero se podía prever que se resignaría fácilmente á su restauración.

Las quintas habían arrebatado á Francia más de dos millones de hombres en menos de diez años: desde el 1.° de Septiembre de 1805 hasta el 15 de Noviembre de 1813 se habían decretado diez y siete quintas, no por disposición del Cuerpo legislativo, sino en su mayoría, y contrariando la Constitución, por medio de decretos. He aquí el cuadro de estas quintas:

2 de Vendimiario del año XIV (Septiembre de 1805), 80.000;—4 de Diciembre de 1806, 80,000;—7 de Abril de 1807, 80.000;—21 de Enero de 1808, 80.000;—10 de Septiembre de 1808, 160.000;—25 de Abril de 1809, 40.000;—5 de Octubre de 1809, 36.000;—3 de Diciembre de 1810, 120.000;—13 de Diciembre de 1810, 40.000;—20 de Diciembre de 1811, 120.000;—13 de Marzo de 1812, 100.000;—1.° de Septiembre de 1812, 137.000;—11 de Enero de 1813, 250.000;—3 de Abril de 1813, 180.000;—24 de Agosto de 1813, 30.000;—9 de Octubre de 1813, 280.000;—15 de Noviembre de 1813, 300.000.—Total general 2.113.000.

Si se agregan á estas cifras los numerosos contingentes que proporcionaban los países aliados ó sometidos, y si se tiene en cuenta que las fuerzas con que tuvieron que combatir eran aún en conjunto más numerosas que las francesas, causa verdadero espanto el inmenso número de hombres que pusieron en movimiento las guerras del Imperio, y permite comprender con facilidad el agotamiento de Europa,

aniquilamiento mucho más sensible en Francia, que había sostenido la lucha contra tantos enemigos. La hacienda estaba también profundamente quebrantada; las tarifas y los repartos adicionales hacían sentir duramente á los pueblos el peso de tantas guerras, que la victoria había entretenido hasta entonces, tanto más cuanto que Napoleón había sacado todos sus recursos de las contribuciones y se había negado obstinadamente á emitir ningún empréstito, por miedo



Vivaque de cosacos. (Cuadro de Carlos Vernet)

á demostrar de esta manera la impopularidad y desconfianza que inspiraba su gobierno. En Enero de 1813 decretó también la venta de una parte de los bienes comunales y creó bonos por valor de ciento cuarenta y cinco millones, que se emitieron con grandes precauciones para no despertar el recuerdo de los *asignados*.

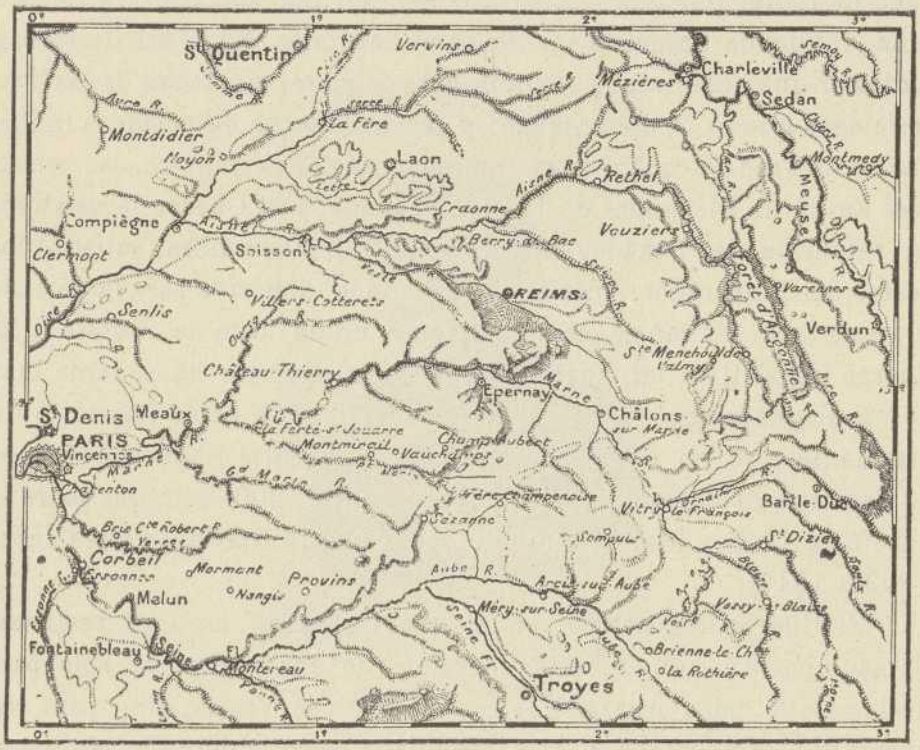
Entre tal descontento y cansancio, no comprendieron todos que, ante una invasión extranjera, su deber era defender las fronteras nacionales, uniéndose estrechamente al hombre cuya ambición había comprometido á Francia, pero que era entonces el único que podía salvarla; Carnot dió, sin embargo, un noble ejemplo. Habíase mantenido apartado mientras el Imperio estuvo en su poder y en su gloria,

y en el momento en que había menos gloria que peligro en compartir la fortuna de Napoleón, le ofreció sus servicios.

«Señor (le escribió el 24 de Enero de 1814): Mientras el éxito ha coronado vuestras empresas, me he abstenido de ofrecer á V. M. mis servicios, que no he creído le fuesen agradables; hoy, que la desgracia pone vuestra constancia á una gran prueba, no vacilo en ofreceros los débiles medios que me restan; poco es, sin duda, el ofrecimiento de un brazo sexagenario, pero he creído que el ejemplo de un soldado cuyos sentimientos patrióticos son bien conocidos, podría llevar á unirse á vuestras águilas á muchos que dudan sobre el partido que deben tomar y que pueden convencerse de que éste es el de servir á su patria y no el de abandonarla. Aun estáis á tiempo, señor, para conquistar una paz gloriosa y para recuperar el amor de un gran pueblo.»

Francia, en efecto, podía encontrar en la unión de todos sus hijos, secundando el genio de su jefe, grandes probabilidades de triunfo. Podía también sacar partido de las causas de rivalidad y desconfianza inevitables entre los diversos Estados, que un interés común había reunido momentáneamente contra ella. Austria, sobre todo, se mostraba sumamente inquieta por las incesantes adquisiciones del poder ruso en las regiones del mar Negro. Demuéstranse estos temores en la correspondencia que Gentz, futuro secretario del Congreso de Viena, sostenía con el hospodar de Moldavia, correspondencia de carácter privado, pero que estaba inspirada por Metternich. Con fecha 5 de Febrero de 1814 decía que Austria se guardaría muy bien de debilitar á Francia hasta el punto de dar á Rusia una preponderancia indiscutible en Europa y de facilitar sus empresas en Oriente. Por muy estrechos que fuesen los lazos que uniesen al Emperador, su señor, y al Czar, Austria no permitiría que Rusia se engrandeciese á costa del poderío turco, cuya conservación le parecía necesaria para el equilibrio europeo. Metternich era entre los coligados el que deseaba la paz con mayor sinceridad, pues juzgaba con razón que tanto cuanto se prolongase la guerra, tanta mayor importancia tenía que adquirir Rusia, y, por otra parte, temía para el logro ó la consolidación de su política autoritaria el conjunto de sentimientos, la agitación moral que una guerra, y principalmente una guerra nacional, produce en los espíritus.

Y antes que los soberanos atravesasen el Rhin, y mientras los generales discutían el plan que debían poner en práctica, Metternich, apoyado por los representantes de Inglaterra, que deseaban una paz inmediata si Napoleón no se mostraba demasiado intransigente, pidió que se dieran nuevos pasos cerca del Emperador. Al propio tiempo,



Mapa de la campaña de Francia

tomaba una parte principalísima en la Declaración de Francfort, en la cual los coligados se dirigen á Francia aislándola de Napoleón.

«Franceses, decían, no combatimos contra Francia, sino contra la preponderancia que Napoleón hace tiempo está ejerciendo lejos de las fronteras de su imperio... Deseamos que Francia sea potente, grande y dichosa, ya que el poder francés es una de las bases fundamentales del edificio social... Confirmaremos á Francia una extensión de territorio que nunca poseyó en la época de la monarquía, ya que una nación valerosa no decae en verdad por haber sufrido, á su vez, reveses en una lucha desatentada y sangrienta, en la que ha combatido con su valor acostumbrado...»

Estas declaraciones constituían una hábil retirada del manifiesto de 1792. Antes mismo de publicar esta declaración, los coligados propusieron al Emperador, por conducto de M. de Saint-Aignan, embajador de Francia en Weimar, que se encontraba de paso en Francfort en el momento en que se habían reunido, nuevas negociaciones y un congreso, si quería aceptar como bases generales de la paz el abandono de Italia, Holanda y Alemania del otro lado del Rhin, y de España, volviendo Francia á sus fronteras naturales. Napoleón limitóse á contestar que accedía á la reunión del congreso, sin tratar de las proposiciones que se le presentaban, y con intento de despertar la indignación de Francia contra estas proposiciones del extranjero, las comunicó en 20 de Diciembre de 1813 al Senado y al Cuerpo legislativo. La respuesta del Senado, fechada en 22 de Diciembre, satisfizo los deseos del Emperador, pues le dejaba toda la iniciativa para la defensa y presentaba á Francia completamente unida ante la invasión. El Cuerpo legislativo, tan abatido desde hacía algunos años, tenía más de un disgusto reciente con el Emperador, que le había impuesto un presidente que no pertenecía al mismo, y además Napoleón acababa de decretar un llamamiento anticipado de 160.000 hombres sobre la quinta de 1815 y otro de 300.000 sobre las quintas anteriores desde 1803 á 1813.

El Cuerpo legislativo, en el que figuraban algunos realistas, llamado por fin á que diese su opinión, se aprovechó, no sólo para declarar que debía aceptarse la paz tal como se ofrecía, sino para recriminar al Emperador por sus levas ilegales de hombres y de dinero, recriminaciones que, por muy justas que fueran, eran inoportunas. La exposición redactada por los diputados contribuyó á desunir la nación y á envalentonar al enemigo. Napoleón tuvo razón para decir al Cuerpo legislativo, en 1.° de Enero de 1814: «Os ha guiado el espíritu de la Gironda, y en vez de ayudarme secundáis al extranjero. ¿Es acaso el momento de hablar de abusos cuando doscientos mil cosacos atraviesan nuestra frontera? No se trata ahora de la libertad ni de la seguridad individual, se trata de la independencia nacional. ¿No estáis contentos con la Constitución? Hace cuatro años que podíais haber pedido otra.» Cerró, pues, indefinidamente el Cuerpo legislativo y firmó por medio de un decreto el presupuesto de 1814. Era

este recurso demasiado pobre, pues la invasión iba á impedir que se percibiesen estos impuestos en una tercera parte del territorio francés. El Emperador, además, no supo aprovecharse de una parte de los recursos que todavía le quedaban.

Cierto es que no había tiempo para recoger los 120.000 soldados que se habían quedado en las plazas fuertes de Alemania: Davout en Hamburgo, Gouvión Saint-Cyr en Dresde, Rapp en Dantzig, Grandeau



Fernando VII, rey de España

en Stettin, Laplane en Glogau, Fournier de Albe en Custrin, etc.; pero ultimando un arreglo inmediato con las Cortes españolas y restableciendo á Fernando VII, podía haberse recogido una gran parte de las fuerzas de Soult y de Suchet. La ocasión era tanto más favorable cuanto que la crueldad de los Ingleses exasperaba á los Españoles, dispuestos á romper con sus aliados. Los soldados de Wéllington, al apoderarse de San Sebastián, pasaron á degüello á la mayor parte de la población que debían proteger, incluso las mujeres y los niños. Entabláronse algunas negociaciones con aquel objeto, pero Napoleón se contentó con prometer la libertad á Fernando VII con la condición de que sus súbditos depusiesen las armas, y no le permitió salir de Valencey hasta el 19 de Marzo, cuando ya era inútil este acto de

reparación. Tampoco llamó Napoleón al príncipe Eugenio, que se hallaba en Italia, por muy duro que fuese en verdad abandonar Alejandría, Mantua y Venecia. Por otra parte, Murat, confirmando desgraciadamente los temores que había despertado en 1812, y olvidando lo que le decía Davout de que no era rey por la gracia de Dios, sino gracias á la sangre francesa, anunció á Napoleón que se uniría con los Austriacos si no se le daba toda la Italia. Se le presentó también ocasión para reparar por medio de una política acertada la injusticia cometida con el Pontífice, poniendo fin á su cautiverio. Le hizo salir de Fontainebleau, temiendo por otra parte que no fuesen allí á libertarle, y al atravesar el Rhin los aliados le mandó en dirección de Saona, pero á jornadas cortas y haciendo suspender la marcha cada una de las veces que obtuvo algún triunfo en esta campaña; de modo que, tanto en 1814 como en 1813, Napoleón no supo hacer á tiempo los sacrificios que exigían las circunstancias, lo cual fué una gran falta de su parte. Tampoco supo, ó no quiso, sacar todo el partido que hubiese podido del patriotismo de los pueblos. En París los obreros en masa pidieron ir á combatir, pero el Emperador temió dar armas de nuevo á la Revolución; únicamente doce ó trece mil hombres de la clase media recibieron fusiles, y fué tanto más de lamentar que no armase desde luego á los obreros ya que casi todos eran antiguos soldados de la República ó de los primeros años del Imperio y hubieran podido constituir masas veteranas de verdaderas tropas. Lo que tales voluntarios hubieran podido dar de sí se vió perfectamente en la Fere-Champenoise.

Mientras tanto, los aliados habían atravesado el Rhin en 31 de Diciembre de 1813. El ejército de Bohemia llegó á Basilea. El emperador Alejandro, que llevaba en su estado mayor al general suizo Jomini, quiso respetar la neutralidad de Suiza; pero Metternich, sin la menor consideración á estos escrúpulos, hizo pasar Bubna por Ginebra mientras que Schwartzenberg atravesaba el río por Basilea. Bubna invadió el Franco-Condado y la Borgoña, que se levantaron contra los invasores, y se apoderó de Dole y de Salins. La presencia de Augereau, aunque sólo contaba con cinco ó seis mil hombres, le obligó, sin embargo, á moderar su marcha. El centro del ejército de Bohemia pasó por Neufchatel, Besanzón y Dijón, empujando por delante

á Mortier, que retrocedió hasta Troyes, destacando una parte del ala derecha á los sitios de Huninga y Belfort, mientras el resto atravesó los Vosgos y derrotó en Saint-Dié al mariscal Víctor, que se vió obligado á replegarse sobre Nancy, donde se reunió con el mariscal Ney detrás del Mosa.



La guerra en Francia. 1814. (Dibujo de Raffet, litografiado por Llanta)

El ejército de Silesia atravesó el Rhin entre Manheim y Coblenza, y dejando un destacamento en el sitio de Maguncia, se adelantó hacia Metz, llevando por delante á Marmont, que se reunió en Saint-Dizier con Ney, Mortier y Víctor (23 de Enero de 1814). El ejército del Norte, compuesto únicamente de las divisiones de Bulow y de Wintzingerode, cuyo mando en jefe tenía Bernadotte, había secundado la insurrección de Holanda, y pasando el Mosa obligó al general Decaen

á evacuar Berg-op-Zoom, Breda y Willemstadt. Napoleón reemplazó á Decaen por Maison, quien con 12.000 hombres sostuvo la campaña entre Amberes y Bruselas, mientras que Carnot procedía á la defensa de la primera de estas plazas (1). Macdonald, que tenía á su cargo la defensa del territorio comprendido entre el Mosa y el Rhin, arrojado sucesivamente por Wintzingerode de Nimega, Colonia y Namur, tuvo que replegarse sobre Chalons para guardar la línea del Marne.

Napoleón no creyó en un principio que los aliados hiciesen una campaña en invierno, por lo que la invasión le sorprendió en medio de sus preparativos militares, y al ver que sus lugartenientes tenían que retroceder en todas partes, salió de París en 25 de Enero de 1814 después de confiar, en una sesión solemne, su mujer y su hijo á la protección de los oficiales de la guardia nacional de París y de entregar la regencia á María Luisa, asesorada por un consejo cuyos miembros carecieron desgraciadamente de energía y de iniciativa.

Entonces comenzó la más memorable tal vez de las campañas que nos presenta la historia militar, en la que se vió á Napoleón, con fuerzas de tal modo desproporcionadas por su número que hacían aparecer hasta inútil toda resistencia, con soldados en su mayoría inexpertos, con generales descorazonados y envejecidos, rechazar y vencer á un enemigo numeroso y aguerrido, que se renovaba continuamente, y combatir con el entusiasmo que presta el patriotismo y con el encarnizamiento del odio. Pasando, con una rapidez y una precisión que habría envidiado hasta el mismo general Bonaparte, desde el Sena al Marne y al Aisne, derrotando sucesivamente los dos ejércitos que trataban de reunirse contra él, desorganizando en dos campañas de algunos días ora el ejército de Silesia, ora el de Bohemia, hizo perder á los coligados cuatro veces más soldados de los que él tenía á sus órdenes; y si las intrigas y la sedición del interior de

(1) En 1.° de Mayo de 1865 se inauguró en Borgerhout, arrabal de Amberes, una estatua de Carnot, obra de L. de Cuyper, erigida con el producto de una suscripción de sus habitantes. Al encargarse Carnot del mando de esta plaza, la junta de defensa había acordado incendiar el pueblecillo de Borgerhout y algunas otras localidades. Los zapadores minadores habían entrado ya en las casas cuando Carnot, viendo que no era necesaria tan terrible medida, en vez de arrasar estos arrabales los fortificó, dando armas á sus habitantes.

Francia no hubiesen proporcionado nuevas energías y elementos al enemigo, hubiera terminado por alcanzar un completo triunfo, aunque tal vez efímero, coronando así aquella serie de maniobras y de actos heroicos que serán para siempre motivo de admiración, aun para aquellas personas menos dispuestas á su favor.



Mariscal de Francia en traje de gala (Claudio Victor Perrin, duque de Bellune), copia del cuadro de Gros.
(Véase el grabado de la pág. 511)

Napoleón reunió en Vitry los cuerpos de Marmont, Ney y Víctor. Proponíase impedir la reunión de los ejércitos enemigos y batirlos separadamente, por lo que, dejando, pues, á Macdonald en Chalons para guardar el Marne, y á Mortier en Troyes para guardar el Sena, cayó sobre la vanguardia de Blucher en Saint-Dizier (27 de Enero). La división de Sacken, que había recibido la orden de reunirse hacia Brienne con el ejército de Bohemia, fué derrotada; pero advertido Blucher de que Napoleón trataba de batir sus divisiones en detalle, las concentró todas en Brienne, oponiendo una enérgica resistencia al

ataque de los Franceses (29 de Enero); el Emperador quedó dueño de la posición tras un violento combate, que se trabó ante las mismas paredes de la escuela en que recibiera su instrucción militar.

Los Prusianos intentaron en vano reconquistar Brienne durante la noche, pero una patrulla de cosacos, protegida por la obscuridad, estuvo á punto de apoderarse de Napoleón y de su estado mayor. «La noche era muy obscura,—dice el capitán Coignet,—y una banda de cosacos que andaba al azar buscando algún botín, oyeron los pasos de los caballos de Napoleón y de su escolta. Esto los atrajo, y lanzándose desde luego sobre uno de los generales, pudo éste defenderse y gritar: « ¡Los cosacos! » Uno de los cosacos apercibió cerca de él un jinete con redingote gris y se lanzó sobre él: en vano el general Corbineau trató de impedirlo; pero el coronel Gourgaud, que en este momento estaba hablando con Napoleón, se puso á la defensiva y de un pistoletazo á boca de jarro mató al cosaco. Al ruido del disparo acudieron todos é hicimos huir á los merodeadores.» Este fué el último episodio de la jornada. «Ya era tiempo de descansar,—agrega Coignet;—todos teníamos hambre y nos caíamos de necesidad. ¡Veinticuatro horas sin soltar las riendas y sin comer! Puedo aseguraros que las tropas habían hecho más de lo que podían y se habían batido como leones uno contra cuatro.»

Napoleón creía haber podido aplastar á Blucher aisladamente en Brienne, y habría quedado vencedor; pero Blucher, batiéndose en retirada por el camino de Bar-sur-Aube, marchó á reunirse con el ejército de Schwartzenberg. Entonces los aliados, con un núcleo de 160.000 hombres, volvieron sobre Brienne, y en 1.° de Febrero encontraron á Napoleón en la Rothiere disponiendo sólo de 40.000 hombres rendidos de cansancio. Disputóles, sin embargo, la posesión de esta villa durante todo un día, en el que perdió 6.000 hombres y 50 cañones, y por el puente de Lesmont se retiró hacia Troyes, en donde se unió con Mortier y la guardia veterana. A pesar de esto, los coligados quedaron engañados en su propósito, pues habían atravesado el Rhin en pleno invierno confiando en que las provincias se aprovecharían de su presencia para levantarse contra la dominación imperial, y por el contrario, fueron recibidos fríamente en todas partes. Temiendo entonces haberse adelantado demasiado, ofrecieron á Napoleón nuevas

negociaciones, convocando un congreso en Chatillón. Abatido el Emperador por la derrota de la Rothiere, les mandó á Caulaincourt, con



Cartón de C. L. Muller para su cuadro: *¡Viva el Emperador.* (30 de Marzo de 1814), que fué expuesto en la Exposición Universal de 1855. (Museo Wicar, de Lille)

amplios poderes para «salvar la capital y evitar una batalla en la que debían aventurarse las últimas esperanzas de la nación.» Los plenipotenciarios extranjeros, agravando aún las proposiciones de Francfort,

fijaron como preliminares de la paz «que Francia debía volver á sus primitivos límites, sin que se aceptase su intervención tan siquiera para la organización de las regiones á que había de renunciar.» Napoleón, que se había retirado á Nogent, respondió con indignación á los que le aconsejaban que aceptase estas condiciones: «¿Es decir, que queréis que deje á Francia más pequeña que cuando la recibí? ¡Nunca! ¿Qué sería yo para los Franceses después de haber firmado su humillación? Prefiero la muerte á la deshonra.» (8 de Febrero).

Las faltas de los generales aliados contribuyeron pronto á afirmarle en su resolución. Después de la batalla de la Rothiere se volvieron á separar los ejércitos de Bohemia y de Silesia para facilitar su aprovisionamiento, dirigiéndose hacia París el primero por la cuenca del Sena y del Yonne, y el segundo siguiendo el curso del Aube y del Marne. Blucher, que ardía en deseos de ser el primero en entrar en París, hizo adelantarse á las divisiones de Olsouwieff y de Sacken. Macdonald, arrojado de Chalons, se replegó sobre Epernay y, acosado siempre por Blucher, pasó el Marne por Chateau-Thierry, volando el puente de esta ciudad y retrocediendo hacia Meaux. Sacken, que tenía la misión de cortarle la retirada, marchaba en este momento por Vertus y Montmirail hacia la Ferté-sous-Jouarre. Estaba completamente aislado. Al saberlo, Napoleón salió de Nogent con 15.000 hombres, dejando 20.000 á Víctor y á Oudinot para contener á Schwartzenberg, y á marchas forzadas se dirigió sobre el Marne por Villenauxe y Sezanne. En Champaubert encontró una columna rusa, fuerte de 7.000 hombres con 24 cañones, que tenía el encargo de conservar las comunicaciones de Sacken, entonces en marcha sobre la Ferté-sous-Jouarre, con el resto del ejército de Silesia escalonado desde Vertus á Chalons. Esta columna la mandaba Olsouwieff.

Las tropas francesas se componían en su mayoría de reclutas que no contaban más de tres meses en filas. «Por todo uniforme,—refiere el general Segur, que fué uno de los héroes de esta campaña,— no llevaban más que un capote gris y una gorra de cuartel de forma especial que valió á estos pobres jóvenes el apodo de los *María-Luisas*. Apenas tenían jefes ni organización. Al pasarles revista el mariscal Marmont y al ver la mayoría de los pelotones sin oficiales, preguntó á uno de ellos dónde estaba su teniente. «¿Nuestro teniente?—res-

pondió una voz cascada,— nunca lo hemos tenido. — ¿Y el sargento? — replicó el mariscal.— Tampoco tenemos,—repitió la misma voz,— pero es lo mismo, no temáis, nos portaremos bien.» Al mostrarles entonces al enemigo, recomendándoles el mayor orden posible, uno de ellos le respondió que procuraría tirar bien, pero que tal vez no sabría volver á cargar su fusil.» Fué tal, sin embargo, el ímpetu de estos jóvenes quintos, que el bosque en donde Olsouwieff se había hecho fuerte fué conquistado en cuatro horas, quedando la columna envuelta y cayendo en poder de aquéllos todos los que no murieron, así como las 24 piezas de artillería de que disponía. «El mismo Olsouwieff,—continúa el general Segur,—fué cogido en medio del bosque por un soldado raso que apenas llevaba seis meses de servicio, el cual, á pesar de cuanto se le dijo, no quiso soltar su presa hasta que presentó dicho general al Emperador. Al hacerlo, pues, personalmente, Napoleón le condecoró.»

A consecuencia de esta victoria, el ejército de Silesia quedó partido en dos. Sacken regresó apresuradamente desde la Ferté á Montmirail y Blucher ordenó al general York, que permanecía en Chateau-Thierry, que acudiese á su socorro, al propio tiempo que mandaba reunírsele las divisiones de Kleist y de Langerón, que estaban en Chalons; pero antes de que lograse reconcentrar sus tropas, Napoleón destrozó á Sacken en Montmirail, ocasionándole una pérdida de 4.000 hombres y 26 cañones (11 de Febrero); victoria completa, pero que costó muy cara, pues en los momentos en que Napoleón carecía de oficiales para instruir á los reclutas que le mandaban los depósitos, perdió más de cuarenta en esta batalla. El general York, que llegó demasiado tarde, no pudo hacer más que recoger los restos del ejército de Sacken, con los cuales se replegó hacia Chateau-Thierry, ante cuya población trató, aunque en vano, de detener á Napoleón, siendo derrotado y obligado á evacuarla, retirándose por el camino de Fiume (12 de Febrero). Napoleón encargó su persecución á Mortier y á los paisanos exasperados, pues necesitaba reunirse á toda prisa con Marmont, que tenía la misión de dificultar la marcha de Blucher á Etoges y á Vertus. Marmont se había visto obligado á retroceder hasta Vauchamps, y Blucher confiaba en destrozarlo, cuando en la mañana del 14 advirtió la presencia de Napoleón, ordenando inmediatamente la

retirada hacia Chalons; pero fué perseguido con tanto vigor que perdió en ella 10.000 hombres y 20 cañones. «El príncipe Augusto de Prusia, Kleist, Kapsewicz, y aun el mismo Blucher,— dice Segur,— durante algunos momentos se salvaron de nuestros sables al abrigo de unos zarzales. Es realmente cierto que si estos jefes hubiesen sido hecho prisioneros en aquel momento, Francia se habría salvado por esta carga, si la obscuridad de la noche y los azares de tan revuelta pelea no les hubiese ocultado á la vista de nuestra victoriosa caballería. La misma grandeza del desorden los salvó.»

Blucher llegó por fin á Chalons, en donde reunió las divisiones de Sacken y de York. En seis días el ejército de Silesia había perdido 40.000 hombres y 100 cañones, pero recibía continuos refuerzos del ejército del Norte, que asomaba ya por el valle del Oise. Wintzingerode, desde Namur, se apoderó de Avesnes, Laón y Soissons (6 de Febrero). Mortier lo arrojó algunos días después de esta posición, y el triunfo del general Maison sobre Bulow le obligó á retroceder. Maison detuvo con sólo 10.000 hombres la marcha de Bulow, y ayudado por Carnot, hizo fracasar una tentativa de los Prusianos y de los Ingleses contra Amberes (8 de Febrero).

Las incesantes victorias de Napoleón sostuvieron el valor de los habitantes de la Champaña, que peleaban encarnizadamente contra los aliados, cuya conducta les había exasperado con razón.

En Friburgo, antes de atravesar el Rhin, el Czar dirigió al ejército ruso una hermosa proclama, en la que le recomendaba la conmiseración para con las poblaciones que no estuviesen fortificadas: «Al invadir el enemigo nuestra patria nos hizo mucho daño, y por ello ha sufrido un terrible castigo. La cólera de Dios le ha anonadado; no le imitemos, pues. Dios misericordioso aborrece á los inhumanos y á los crueles. Olvidemos el mal que nos ha causado y devolvámosle, en vez de la venganza y del odio, la amistad, con las manos abiertas para la paz. La gloria de Rusia consiste en destrozar á su enemigo armado y en colmar de beneficios á su enemigo desarmado y á las poblaciones pacíficas.»

Este llamamiento no obtuvo ningún resultado, y ya en la misma Silesia, que era un país aliado, los Rusos cometieron tales destrozos que el rey de Prusia dirigió vivas quejas al Czar; así que se encon-

traron en territorio enemigo se entregaron á toda clase de excesos, saqueándolo todo, sin exceptuar las iglesias ni los vasos sagrados, degollando hombres, mujeres y niños, cortándoles los dedos para sacar más fácilmente las sortijas, empleando el tormento para saber dónde se escondía el oro y las alhajas; y cuando no quedaba nada que saquear, incendiaban la población y el barrio, cuidando de llevarse ó de destruir las bombas. Los Prusianos, sin exceder á los cosacos, tomaron parte en estos saqueos y violencias, y aun algunas veces en



Entrada de los prisioneros rusos en París, después de la batalla de Montmirail. (Dibujo del Museo de Versalles)

estas mismas sangrientas escenas. En Sens duró el saqueo nueve días y al abandonar esta desgraciada ciudad el príncipe heredero de Wurtemberg, « hermoso como un joven dios, » exigió, por cruel ironía, ochenta y cuatro pares de guantes blancos.

« Una tarde, — refiere el general de Segur, — cerca de Chateau-Thierry, en Cresancy, uno de mis escuadrones, mandado por Andlau, atraído por los gritos de este pueblecillo, penetró en él al galope. El alcalde, ahorcado en una de las columnas de su cama; á sus pies, y sobre un colchón tendido en el suelo, su esposa desmayada, y en la cuna de un pequeñuelo, un haz de leña encendida: tal fué el espectáculo que presenciamos. Al propio tiempo, en los huertos próximos, los sucios cosacos, ebrios y entonando sus cantos salvajes, danzaban forzando con golpes de knut á los maridos y á los hermanos de sus

víctimas, y al músico de la aldea, á participar de su orgía. Ante nuestra imprevista aparición aquellos miserables se lanzaron sobre sus caballos, pero tan azoradamente que con su látigo y sus talones fustigaban á sus respectivos corceles sin apercibirse de que, atados todavía á los árboles del huerto, no podían obedecerles. Aquel día expiaron éstos su crimen sin conmiseración, y á lo menos por esta vez pudo endulzar la desesperación de nuestros desgraciados compatriotas una pronta y justa venganza. »

Tan espantosos excesos costaron caros al enemigo, comenzando á organizarse en Francia las guerrillas, á imitación de España. Los coligados se vieron pronto obligados á escoltar sus convoyes con fuerzas considerables y á proteger los correos con escuadrones de más de cien caballos. Los rezagados y los soldados que se separaban de las filas eran muertos en su mayoría, tomando parte en estas matanzas las mismas mujeres. Los habitantes del departamento del Aisne se abstuvieron largo tiempo de beber el agua de sus pozos por constarles el gran número de cadáveres que se había arrojado á ellos. Un campesino de Vailly, dotado de tanta fuerza corporal como valor, atacaba solo á tres hombres, á los que se ofrecía como guía, matándolos por el camino. Formáronse compañías voluntarias en Borgoña, Champaña, Brie, Delfinado y Nivernais. El párroco de Pers, cerca de Montargis, se puso al frente de sus feligreses para defender su pueblo; generalmente marchaba á caballo al frente de sus partidarios, dirigiéndoles en sus expediciones parciales, y echaba pie á tierra en el momento del combate: en uno de éstos logró libertar á 400 soldados franceses prisioneros, de la división de Oudinot, en el camino de Chaumont á Langres. En Huningue, el conde de Marmier, que no había sido nunca militar, formó y equipó á sus expensas una legión movilizada de guardias nacionales con los cuales defendió heroicamente la ciudad durante cinco meses enteros. Pero tales esfuerzos, por muy útiles que fuesen á Francia, no lograban aminorar los sufrimientos de las regiones invadidas.

Así se comprende cuán grandes eran los transportes de entusiasmo de los campesinos al ver aparecer al Emperador, cuya presencia les libraba de sus verdugos y era la enseña de la victoria y de la patria. Durante esta campaña el gran Emperador, al fraternizar con

los habitantes de los campos, que le veían exponerse á toda clase de peligros y de fatigas, que no tenían más esperanza que en su genio y en su estrella, fué cuando alcanzó una popularidad sin ejemplo en la historia. Hasta entonces había excitado más admiración que cariño, al verle, en medio de las fiestas:

Pasar silencioso y grave, como una estatua de bronce.

Pero ahora se olvidaban su despotismo y todos los sacrificios que había exigido á Francia, mostrándose á la vez más grande y menos imponente. A la admiración, que continuaba creciendo, se mezclaba un sentimiento más familiar y más íntimo, é iba á ser objeto de una especie de culto en el alma de su pueblo.

On parlera de sa gloire
Sous le chaume bien longtemps.
L'humble toit, dans cinquante ans,
Ne connaîtra plus d'autre histoire.
Là viendront les villageois
Dire alors á quelque vieille:
« Par les récits d'autrefois,
Mère, abrégez notre veille.
Bien, dit-on, qu'il nous ait nui,
Le peuple encor le révère,
Oui, le révère.
Parlez-nous de lui, grand'mère,
Parlez-nous de lui... »

«Lorsque la pauvre Champagne
Fut en proie aux étrangers,
Lui, bravant tous les dangers,
Semblait seul tenir la campagne.
Un soir, tout comme aujourd'hui,
J'entends frapper á la porte.
J'ouvre: bon Dieu! c'était lui,
Suivi d'une faible escorte.
Il s'asseoit où me voilà,
S'écriant: — Oh! quelle guerre!
Oh! quelle guerre!»
« Il s'est assis là, grand'mère!
Il s'est assis là (1)! »

En París, después de las batallas de Champaubert y de Montmirail, la tranquilidad y hasta la alegría parecía que volvían á renacer. La noticia de estas victorias coincidió precisamente con los últimos días del Carnaval. « Empezaba á hacerse burla, — dice H. Houssaye,

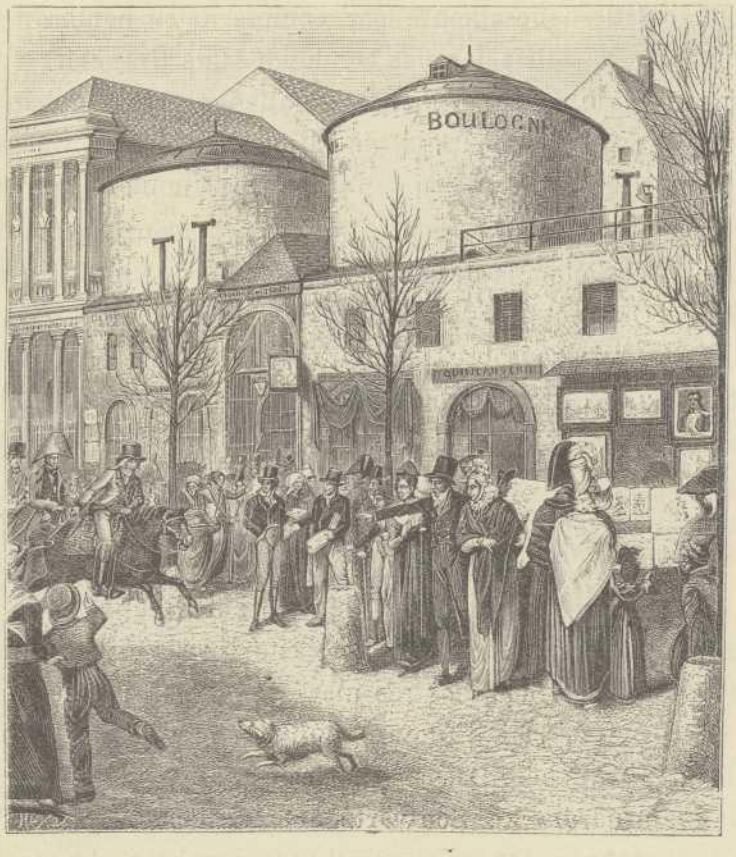
(1) «Se hablará de su gloria—por largo tiempo en las cabañas.—Su humilde techo, en medio siglo,—no oirá ninguna otra historia.—A ellas irán los campesinos—y dirán á alguna anciana: — « Madre, abreviad hoy la velada con los relatos de otro tiempo; — dicen que él nos salvó, — el pueblo aún le venera; — sí, le venera. — Habladnos de él, abuela, habladnos de él...» — « Cuando la pobre Champaña — fué presa del extranjero, — él, desafiando todos los peligros,—parecía hacer la guerra solo.— Una noche, como la de hoy, — oí llamar á la puerta. — Abrí, y ¡oh Dios! era él, — seguido de una reducida escolta. — Se sentó donde me veis, — exclamando: ¡Oh, qué guerra! — ¡oh, qué guerra!» — « ¿Aquí se sentó, abuela? — Aquí se sentó. »

— de los pusilánimes que habían trasladado sus muebles al campo y enterrado el dinero en las cuevas. Se distribuyeron á los heridos y prisioneros que llegaban las provisiones que se habían reunido en los días de alarma, volviendo la gente á divertirse y hasta á sus ocupaciones habituales. Pululaban las máscaras por las calles y hubo gran concurrencia en los últimos bailes de la Opera. El Palais-Royal volvió á representar *Le Diable au corps*. Hubo bailes en Wauxhall, en *El Tarará* y en el Círculo de la calle de San Honorato. Eran objeto de todas las conversaciones en los salones la muerte de Geoffroy, célebre redactor de *Los Debates*, y la memoria del joven Villemain *Sobre las ventajas é inconvenientes de la crítica*, que la Academia Francesa acababa de premiar. Aignan y Baour-Lormian, candidatos rivales, hacían sus visitas como si nada anormal ocurriera. En los teatros, á los que se asistía, lo mismo que á la Bolsa, con uniforme de guardia nacional, se aplaudían las coplas y poesías patrióticas de varias obras de actualidad. La Opera ponía en escena *El Oriflama;* el teatro de la Emperatriz, *Las heroínas de Belfort;* Variedades, *Juana Hachette;* el Ambigú, *Felipe Augusto;* el Gaité, *Carlos Martel;* el Circo Francés, *El mariscal de Villars;* el teatro Feydeau, *Bayardo en Mezieres*. La Comedia Francesa anunciaba *El rescate de Duguesclin*, con Talma y la Georges. El Vaudeville daba *El honrado cosaco*, de Desaugiers, sátira de las pretendidas intenciones pacíficas de los monarcas aliados y de la supuesta disciplina de sus tropas. »

No era menor la admiración que aquellos hechos produjeron en el extranjero, aunque apreciados de distinta manera. José de Maistre decía: «Después del Congreso, que ha dado á nuestro buen Napoleón las dos cosas que necesitaba más, que son el tiempo y la opinión, no hay motivo para admirarse de lo que sucede. Preciso es confesar también que este simpático individuo no desempeña del todo mal su cometido. Yo tiemblo al contemplar las maniobras de semejante loco y su increíble prestigio entre la gente. Al oir en los salones de San Petersburgo hablar de sus faltas y de la superioridad de nuestros generales, se me anuda la garganta con una risa convulsiva tan agradable como el lazo de un ahorcado. »

No debe extrañarnos tal estado de ánimo, pues los mismos monarcas aliados, á pesar de la inmensa superioridad de sus fuerzas,

dudaban de su triunfo sobre «el genio infernal de Bonaparte» y estaban profundamente consternados ante la rapidez con que había matado, cogido ó dispersado más de 120.000 hombres. Lord Castlereagh, embajador de Inglaterra en el congreso de Chatillón, el emperador de Austria, y principalmente Metternich, no tenían intención de pres-



¡Buenas noticias! (12 de Febrero de 1814), (Acuarela de G. Opix, en la colección Hennin)

cindir en absoluto de Napoleón; pero los Rusos y los Prusianos eran hostiles á todo proyecto de tratado que supusiese la continuación de Napoleón en el trono. «Al poco tiempo, decían, Francia volvería á tomar las armas y recuperaría de nuevo su poder, al mismo tiempo que el Emperador trataría de reconquistar todo lo perdido y llevaría de nuevo la conflagración á Europa.— ¡Esto no sería una paz,— exclamaba el emperador de Rusia, — esto sería sólo una tregua, que no nos permitiría deponer las armas ni un minuto!... Yo no puedo estar

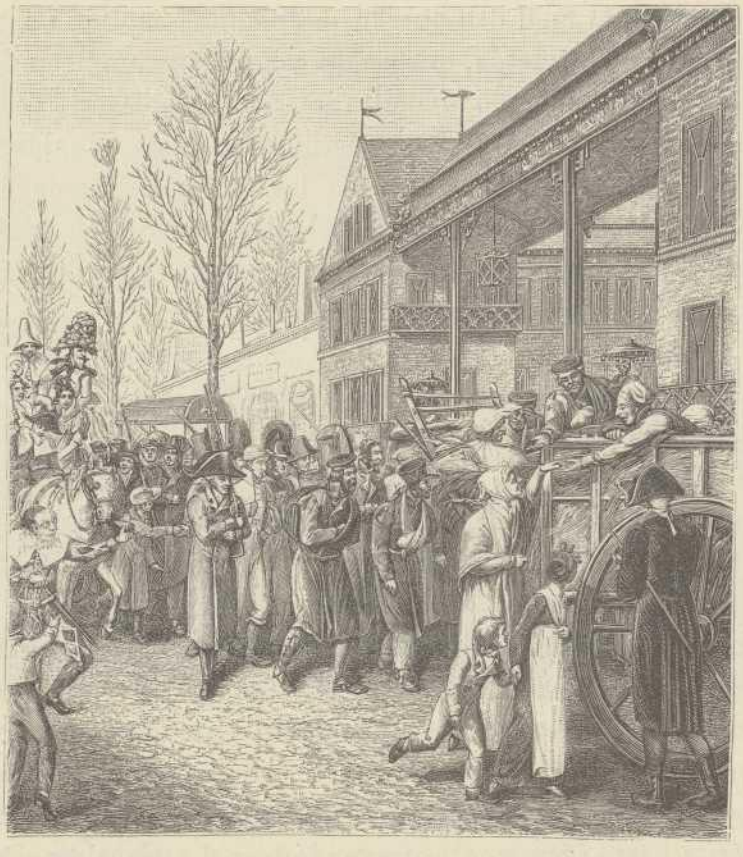
siempre dispuesto á venir en vuestro auxilio desde una distancia de cuatrocientas leguas.»

Napoleón, con su proceder para con el congreso, justificaba desgraciadamente las previsiones de sus enemigos. En la noche misma de la batalla de Montmirail llegó corriendo un emisario de Caulaincourt con una carta procedente de Chatillón, la que, sin abrir siquiera el sobre, arrojó desdeñosamente por encima de su hombro. Algunos días después no le satisfacían las condiciones de Francfort y prohibió á Caulaincourt que tratase nada con los aliados si se negaban al reconocimiento de Eugenio en Italia, de Elisa Bonaparte en Lucca, de los hijos de Luis Napoleón en Berg y del rey de Sajonia en Varsovia.

Al dar estas instrucciones al duque de Vicenza había deshecho ya el ejército de Bohemia de la misma manera que el de Silesia. Las divisiones de Oudinot y de Víctor, á las que encargara, al salir de Nogent para arrojarse sobre Blucher, que dificultasen la marcha de Schwartzenberg, retrocedieron lentamente ante fuerzas enormes y tomaron posiciones detrás del Yeres, río pequeño sin duda, pero caudaloso, profundo y de escarpadas orillas. Auxerre, Montereau y hasta Fontainebleau cayeron en poder de los aliados. Macdonald, que se hallaba en estos momentos en Meaux, organizando un cuerpo de 10.000 hombres, recibió la orden de marchar en auxilio de Víctor y de Oudinot. El Emperador, por su parte, con la guardia imperial, se reunió en Guignes con los tres mariscales, después de encargar á Mortier que contuviese á Bulow y Wintzingerode, y á Marmont que hiciese frente á Blucher. Desde Guignes se dirigió, después de destrozar la vanguardia de Schwartzenberg, hacia Mormans (17 de Febrero); contaba entonces con 50.000 hombres. La división de Wrede trató de hacerse fuerte en esta posición, pero tuvo que retroceder con una pérdida de 4.000 hombres; el mismo día fué destruída en Valjouan una división bávara y los aliados tuvieron que repasar á toda prisa á la orilla izquierda del Sena. Pero los wurtembergueses, dueños de Montereau, quisieron conservar esta posición y el importante puente que la domina, y como Víctor, mandado adelante con su caballería con objeto de sorprenderles, no lo verificase con la debida actividad, Napoleón le quitó el mando de su división, dándoselo á Gerard, el cual atacó en seguida á Montereau con tanta energía que

el príncipe de Wurtemberg, á pesar de la superioridad numérica de sus fuerzas, no pudo resistirle, y la llegada de Napoleón con la artillería de guardia, en el momento en que el enemigo se disponía á batirse en retirada, convirtió ésta en una completa derrota.

La artillería de los franceses, situada en una altura, arrojaba una



El martes de Carnaval (22 de Febrero de 1814). (Acuarela de G. Opiz, en la colección Hennin.)

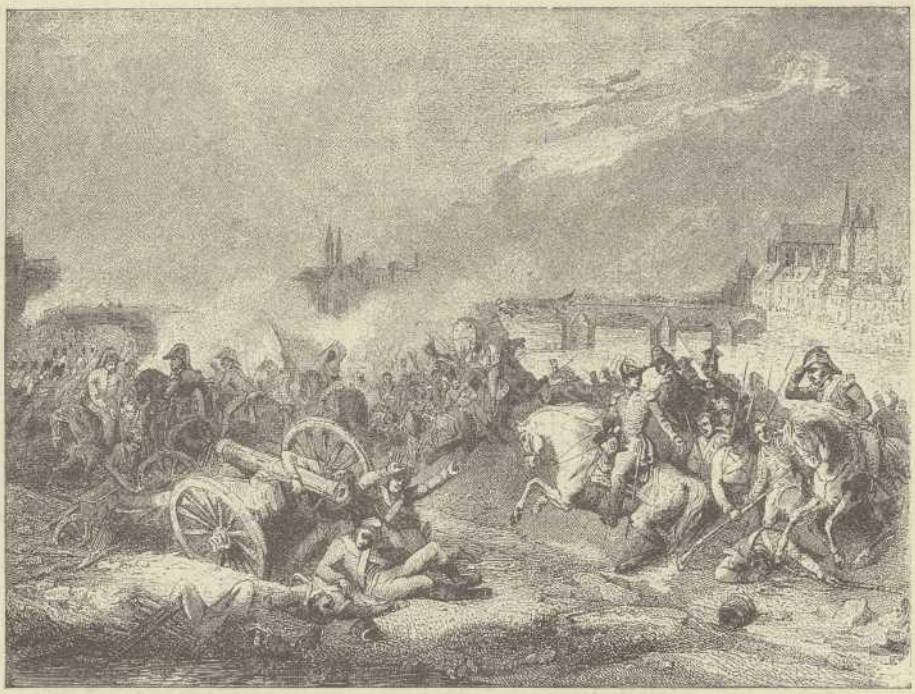
verdadera lluvia de proyectiles sobre los puentes y las calles de Montereau, llenas de wurtembergueses. «Napoleón dirigía personalmente el fuego,—dice el general de Segur,—y como la inexperiencia de los artilleros les exponía á serios peligros, les enseñó la forma en que debían maniobrar para evitarlos. Llegó á echar pie á tierra y á apuntar por sí mismo varias veces las piezas... Nuestros artilleros protestaron al principio por el peligro á que se exponía y le rogaron que se alejase de aquel sitio, pero él les respondió alegremente:—¡Dejad-

me, amigos míos, no temáis! La bala que me ha de matar no se ha fundido todavía...» Ante el ataque que las divisiones del general Chateau y el general Pajol, que habían atravesado el Sena más abajo de Montereau, emprendieron en la orilla izquierda contra el enemigo, éste trató de volar el puente que había en la entrada de la población, pero la mina no explotó y los franceses hicieron entonces en ella una gran matanza. «Al final del puente, —cuenta el capitán Coignet,— hay una calle á la izquierda, que estaba completamente llena de carros de la retaguardia, teniendo que abrirnos paso á sablazos. Todo cedía á nuestro paso; los que se libraron de nuestra cólera se subieron á los furgones. El mariscal Lefebvre tenía los labios llenos de espuma, fatigado por los golpes que había dado... Yo quedé tan contento de mí mismo que desmonté y abracé á mi caballo, pues gracias á él había podido jugar el sable á mi gusto.»

El enemigo perdió más de 6.000 hombres y parte de su artillería. Schwartzenberg se retiró hacia Troyes y ordenó á Blucher, que se hallaba en Chalons, que subiese por la orilla del Marne y se le uniese en Arcis. Oudinot, que mandaba la vanguardia, encontró á los Prusianos que habían llegado ya á Mery, arrojándolos de esta posición (21 de Febrero). Schwartzenberg, por su parte, estrechado siempre por Napoleón, se vió obligado á retroceder hasta Bar-sur-Aube, pero en este punto los ejércitos de Silesia y de Bohemia volvieron á reunirse por segunda vez (23 de Febrero).

Blucher y Schwartzenberg adoptaron entonces un nuevo plan, en virtud del cual Blucher volvería á emprender su marcha hacia París por el valle del Marne, mientras que el ejército de Bohemia retrocedería hasta Chaumont, atrayendo tras sí á Napoleón. Marmont fué arrojado de Sézanne por los Prusianos, incorporándose á Mortier en la Ferté-sous-Jouarre. Blucher corrió hacia Meaux, á fin de cortarles el camino de París, pero los dos generales lo preveyeron y la ocuparon antes que él. Pasó entonces el Marne y trató de envolver su izquierda, pero no tuvo tiempo, pues Napoleón, dejando de nuevo á Macdonald y á Oudinot encargados de contener á Schwartzenberg delante de Troyes, llegó á la Ferté-sous-Jouarre cuando Blucher se retiraba á toda prisa hacia Soissons. El Emperador, con Marmont y Mortier, se lanzó en su persecución, haciéndole retroceder hasta el

Aisne, por cuyo río quedaba cercado completamente, pues no había más que un paso, el de Soissons, defendido por el general Moreau con un regimiento francés. Blucher parecía, pues, perdido. Es cierto que Moreau disponía de pocas fuerzas para sostener un sitio contra todo un ejército, pero le bastaba haber resistido un par de días para dar tiempo á que Napoleón destrozase á Blucher y cayera sobre las divi-



Batalla de Montereau (18 de Febrero de 1814). (Cuadro de C. Langlois)

siones de Bulow y de Wintzingerode, que se dirigían á marchas forzadas hacia el Aisne, pero que, detenidas también por la plaza de Soissons, no podían llegar á tiempo para socorrer á Blucher. Un triunfo tan completo podía traer consigo la paz.

Moreau no comprendió su verdadera misión, y atacado enérgicamente por el ejército del Norte, se creyó verdaderamente afortunado obteniendo para una plaza casi indefensa todos los honores de la guerra. Insistiendo en llevarse consigo su artillería, el conde de Woronzoff dijo en ruso á uno de los generales: «¡Que se lleve su artillería, y la mía si quiere, con tal que nos deje pasar el Aisne!» Blucher

pudo, pues, reunirse con Bulow y Wintzingerode, pasando por el puente de Soissons: estaba salvado (4 de Marzo). El Emperador trató en vano de apoderarse de esta plaza; Blucher tenía más de cien mil hombres y quedó dueño de ella. Napoleón trató entonces de envolverle, para lo cual remontó el Aisne, se apoderó del paso de Berry-au-Bac y se dirigió hacia Laón para atacar por la espalda á los ejércitos de Silesia y del Norte, que continuaban reunidos. El ejército francés, que no contaba más allá de 30.000 combatientes, atacó las masas de los aliados y las arrojó de las alturas de Craonne, tras un sangriento combate, en el que perdió unos 8.000 hombres. Blucher se replegó hacia Laón el día 8 de Marzo, y durante todo el día 9 detuvo al Emperador delante de esta ciudad. Marmont fué rechazado más allá del Aisne al intentar envolver al enemigo en el camino de Reims, y la división rusa de Saint-Priest todavía llegó á tiempo de apoderarse de esta ciudad. Napoleón continuó todavía dos días peleando ante Laón, perdiendo en esta empresa 5.000 hombres, hasta que por fin el día 13 de Marzo tomó el camino de Reims, en la que entró el 14, después de una victoria importante y de la ruina completa de la división de Saint-Priest. Blucher, no pudiendo creer que sólo 20.000 hombres le habían atacado ante Laón, permaneció ocho días en su fuerte posición sin atreverse á salir de ella.

La victoria de Reims, que debía ser la última de la guerra, tuvo gran resonancia. El general Segur refiere que varios batallones rusos, atravesando el Rhin, huyeron sin parar hasta Erfurt, cuyo gobernador, que era todavía francés, les detuvo y supo por ellos esta victoria. Napoleón no se aprovechó de ella para obtener la paz en condiciones aceptables. Metternich decía á Caulaincourt: «Si no se hace la paz en este momento, quedarán victoriosos los partidarios de la guerra sin cuartel contra Napoleón; el mundo sufrirá una conflagración general, de la que Francia será la víctima.» Caulaincourt, por su parte, excitaba á Napoleón á que firmase la paz á cualquier precio. «Es preciso hacer sacrificios,—le decía,—y hacerlos á tiempo. Como aconteció en Praga, se nos va á escapar la ocasión propicia, pues una vez rotas las negociaciones, todo ha concluído.» Añadía también: «Se busca sólo un pretexto,» frase que podía aplicarse á los mismos austriacos, pues no hay duda de que, después de la batalla de Monte-

reau, Schwartzenberg ofreció un armisticio y se abrieron conferencias en Lusigny (24 de Febrero) para fijar las condiciones; pero quedaron aquéllas interrumpidas desde que la marcha de Napoleón sobre el ejército de Silesia puso fin á la crítica situación del ejército de Bohemia, y en 1.° de Marzo los mismos austriacos, que le habían propuesto el armisticio, firmaron el tratado de Chaumont, que fué el fundamento de la Santa Alianza, en virtud del cual los aliados se unían por veinte años, comprometiéndose á no firmar la paz separadamente. A pesar de todas estas advertencias, Napoleón mandó contestar á los aliados que únicamente entraría en tratos con ellos sobre las bases de Francfort. El congreso de Chatillón, que se había prolongado desde el día 10 hasta el 18 de Marzo, se disolvió en aquel mismo día.

Napoleón había concebido un plan, que según él debía producir resultados decisivos. Pensaba lanzarse á través de los ejércitos aliados hasta el Rhin, recogiendo todas las guarniciones que pudiese y amenazando con 100.000 hombres por lo menos la base de operaciones del enemigo; era muy probable que los aliados retrocedieran precipitadamente, y si tenían la audacia de continuar hasta París, les aplastaría entre su ejército y esta ciudad, que esperaba opondría una resistencia desesperada. «¡Yo estoy más cerca de Munich,—decía,—que ellos de París!»

Las noticias que recibía de los demás puntos de la guerra, sin ser muy favorables, le permitían, sin embargo, llevar á cabo su plan. La Vendée empezaba á agitarse, pero hasta entonces no se había manifestado ningún movimiento formal por parte de los campesinos y no se vislumbraba por este lado ningún peligro inmediato. En Italia, los 78.000 austriacos que combatían contra los 38.000 franceses del príncipe Eugenio, sobre el Adigio, habían tomado la ofensiva así que estuvieron seguros de la traición de Murat. Eugenio se había replegado hacia el Mincio, donde pudo rechazar victoriosamente, en 18 de Febrero, una tentativa del enemigo para desalojarle de sus posiciones, y un destacamento que mandó á la orilla derecha del Po logró derrotar á los napolitanos en Parma.

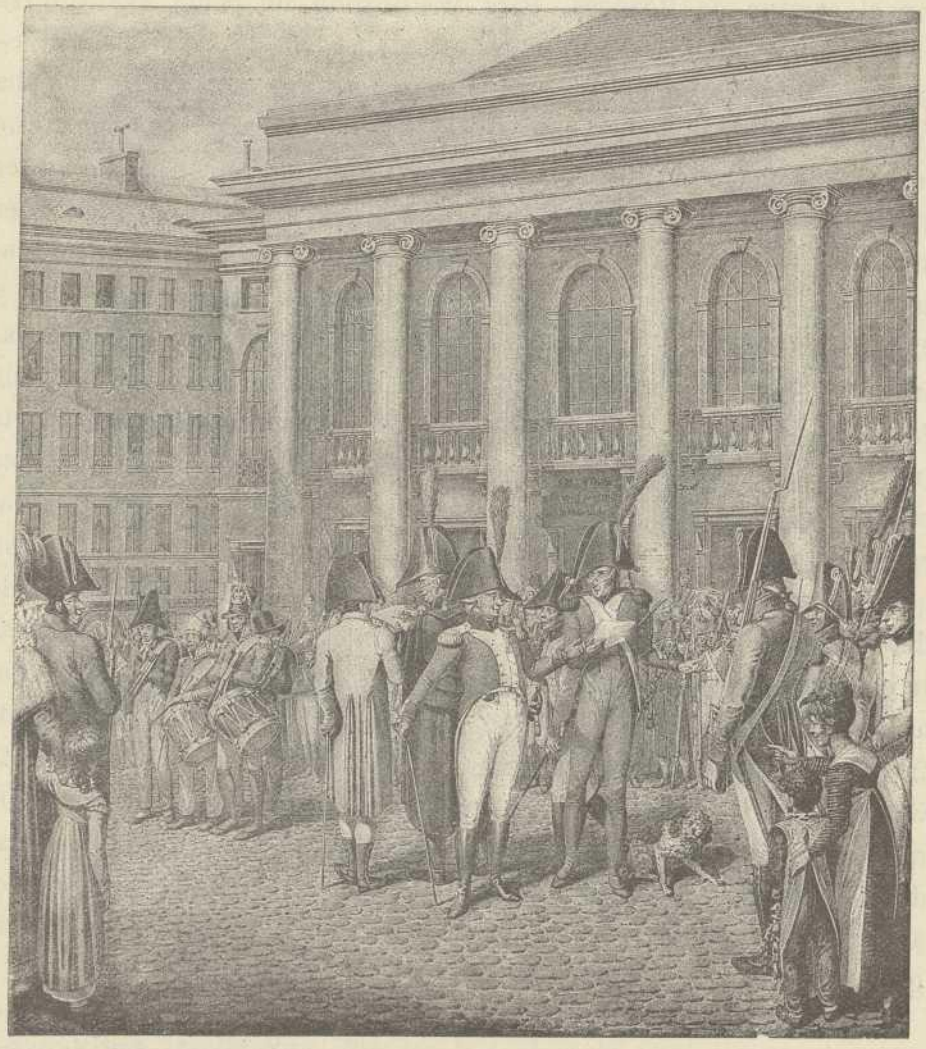
El general Maison, en el Norte, sostenía con algunos miles de hombres una campaña defensiva «que era la admiración de todos los militares.» Carnot continuaba defendiendo Amberes. Una división

inglesa sufrió un grave contratiempo frente á Berg-op-Zoom. Había logrado esta división, de acuerdo con los habitantes de la ciudad, entrar en ella por sorpresa; pero el general Bizanet, aunque sólo contaba con 2.500 hombres de guarnición para la defensa de una ciudad que habría exigido 12.000, sin vacilar reunió sus tropas y recobró la población, matando al enemigo 1.500 hombres y haciéndole 2.500 prisioneros (1).

(1) Insistimos algo en este hecho, muy poco conocido, por ser en verdad uno de los más gloriosos de la historia militar de Francia, recomendando para más detalles la *Relación de la sorpresa de Berg-op-Zoom, con un resumen del bloqueo y de los acontecimientos que lo determinaron*, por Legrand, coronel del Real cuerpo de ingenieros; París, librería de Magimel, Anselin y Bochard, 1816, en 8.°, 132 páginas. De esta obra tomamos los siguientes párrafos: «Así, pues, una guarnición compuesta de quintos se hallaba encargada de la defensa de una fortaleza extranjera, con un desarrollo demasiado grande para el número de hombres que la componían. Es sorprendida de noche por las tropas de una nación célebre por su valor; los asaltantes, guiados por los vecinos de la ciudad, se apoderan á viva fuerza de las dos terceras partes de las fortificaciones y de una mitad de las casas y de las calles, del arsenal, de los almacenes y de las llaves de los polvorines, hasta el punto de escasear las municiones. Los sitiados, atacados por el interior y por el exterior á la vez y rodeados por todas partes, se defienden primero con gran vigor y toman en seguida la ofensiva, logrando, después de doce horas seguidas de combate, y luego de haber sucumbido una parte de los asaltantes, no sólo arrojar de la ciudad á los que quedaban con las armas en la mano, lo que de por sí constituiría ya un hecho glorioso y verdaderamente excepcional, sino que les impiden salir y les hacen rendirse para evitar una muerte cierta. Los sitiados obligan á capitular en su ciudad á los sitiadores; hacen todavía más, obligan á los que han huído de ella á entrar otra vez y á rendirse á discreción los que no habían entrado, terminando por reunir un número de prisioneros mucho mayor que el que contaban ellos para combatir. Murieron dos de los tres generales ingleses que mandaban las fuerzas.

» Lo que avalora más este hecho de armas es que las fortificaciones de Berg-op-Zoom eran incompletas y se hallaban en muy mal estado, pero nunca se hallará ocasión más propicia para aplicar la frase de Bayardo en Mezieres: «No hay malas murallas cuando tras ellas combaten valientes.» Era preferible á todos los medios materiales de defensa el grado de energía que el último triunfo produjo en la moral de la guarnición. Los prisioneros hechos por los ingleses, á su regreso á la ciudad, fueron silbados por nuestros quintos, tachándose de cobardía la conducta de todos aquellos que no se habían despertado al oir los cañonazos, y sucediéndose las pendencias á las injurias si los oficiales no intervenían. Gracias á los talentos y á los cuidados del doctor Bancel, la alegría reinaba hasta en el hospital. Sin embargo, el coronel de ingenieros, desconfiando de los habitantes del barrio del puerto, aisló la ciudad de este barrio practicando grandes derribos y levantando trincheras; pero toda la guarnición protestó contra esta obra. — No se trata de defendernos con las obras y cañones (pensaban y decían los quintos), sino de lanzarse sobre el enemigo á la bayoneta en el momento en que escale las murallas, sin darle tiempo para estrechar sus filas. Si logra asaltar las murallas, mejor asaltará estas trincheras, que no son tan fuertes ni están tan bien armadas. Estas trincheras servirán tan sólo para retardar todo movimiento ofensivo; así, pues, son inútiles. — El coronel de ingenieros, después de una conferencia con el gobernador, convino en que, con una guarnición animada de semejante espíritu, se había equivocado é hizo arrasar las fortificaciones ya levantadas.»

En los Pirineos, Wéllington, dueño del *coll* de Maya, esperó, sin embargo, á que Pamplona y San Sebastián cayesen en su poder para invadir Francia. Soult aprovechó este descanso para reforzar



Organización de la guardia nacional de París (Febrero de 1814). (Copia de una acuarela de G. Opiz, en la colección Hennin)

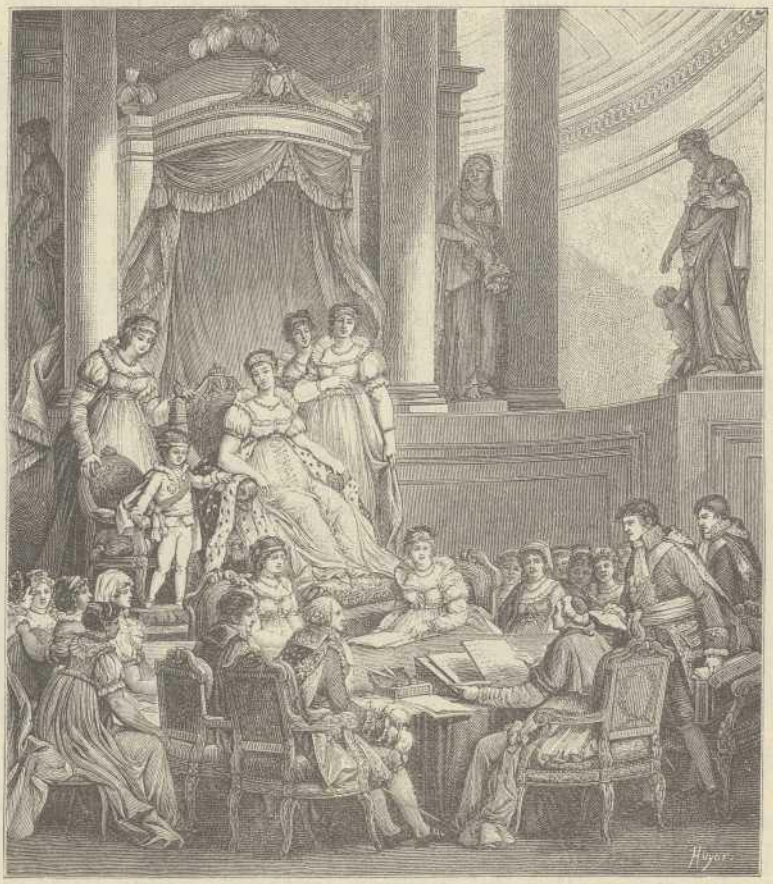
su ejército con los quintos de los Pirineos y volver á tomar la ofensiva contra el ejército de Wéllington salvando el *coll* de Ibañeta; pero fué derrotado al pretender tomar de frente la meseta de Çubiry, que el general Clauzel le aconsejaba flanquear. Wéllington pasó la frontera, y después de un combate en las laderas del monte la Rhune,

rechazo á Soult hacia el Nive, cuyo valle fué durante un mes teatro de continuos combates. Soult, temiendo una derrota, retrocedió, no hacia el Norte, sino hacia el Este, paralelamente á los Pirineos y remontando el Adour, pareciendo como que dejaba abierto á Wéllington el camino de Burdeos. Pero Wéllington no podía aventurarse en las Landas, casi desiertas entonces, dejando á su espalda un ejército que, aunque vencido y menos numeroso que el suyo, no dejaba de ser temible todavía. Además, Soult se acercaba así á Suchet, que se había conservado hasta entonces en Cataluña, encontrando en los diversos afluentes del Adour excelentes líneas de defensa, y después de haber librado numerosos combates en el Joyosa y en el Biduze, se retiró hacia Orthez. Los Ingleses atravesaron el Gave de Pau y dieron en el Norte de Orthez (27 de Febrero) una batalla indecisa, tras de la que los Franceses pudieron replegarse ordenadamente hacia Aire para tomar la línea del Adour. Wéllington estaba sumamente indeciso, no atreviéndose á emprender una persecución enérgica contra los Franceses, y temeroso por su ala izquierda, cuando los realistas de Burdeos, con el alcalde Lynch á su frente, le rogaron que fuese á su ciudad. Ninguna región había sufrido tanto como la de Burdeos á causa del bloqueo continental, que mató por completo la exportación de sus vinos. Wéllington mandó dos de sus divisiones á Burdeos, en donde fueron recibidas con gran aplauso. El ejército francés se vió obligado entonces á retirarse por Tarbes y Saint-Gaudens hacia Tolosa (1). En este punto libró Soult con 30.000 hombres contra 60.000 una encarnizada batalla, última de la guerra, después de la cual se retiró hacia Montpeller (10 de Abril). Pero los aliados habían entrado ya en París y Napoleón se había visto obligado á abdicar.

Al decidirse Napoleón á dirigir sus principales fuerzas hacia el Rhin para amenazar la base de operaciones de los aliados, encargó

(1) Ya en la época del Consulado, Burdeos fué uno de los principales focos de intriga y conspiraciones antibonapartistas. El *Instituto Real* quedó disuelto, pero no destruído. Chodruc-Duclos, que fué más tarde una de las celebridades parisienses, conocido por *el hombre de la larga barba*, formó una asociación, cuyos miembros llevaban el singular apodo de *Balochards*, que tenía por objeto matar en desafío á cuantos oficiales de Napoleón pudiese.

á Mortier y á Marmont, con 18.000 hombres, contener á Blucher, alcanzando en Arcis al ejército de Bohemia, que á su aproximación se declaró en plena retirada. El Czar deseaba reunir los dos ejércitos para marchar hacia París, designando como punto de reunión Cha-



El cardenal Fesch, rodeado del consejo de regencia, lee á María Luisa una memoria sobre la creación de un asilo puesto bajo la protección de la Emperatriz. (Copia de un grabado de la época)

lons ó Vitry, recibiendo Blucher la orden de aproximarse á estas dos plazas, hacia las cuales se dirigió también Schwartzenberg por Arcis-sur-Aube, en donde encontró á Napoleón, quien no vaciló en hacer frente con solos 20.000 hombres á un ejército de 100.000. El Emperador tuvo que abandonar la línea del Aube, volviendo al Marne, marchando á Saint-Dizier por Vitry, ordenando á los mariscales Mortier y Marmont que se le reuniesen por Chalons, y al general

Pacthod, que le llevaba desde París un gran parque de artillería, escoltado por 6.000 guardias nacionales, que se dirigiese igualmente á dicha población.

Napoleón contaba también con que Augereau, á quien Suchet había mandado 10.000 soldados veteranos y que debía tener á sus órdenes cerca de 40.000, podría unirse con él ó caer sobre el ala izquierda de los aliados, remontando el Saona y amenazando el paso de Belfort, cosa que hacía ya tiempo había instado vivamente. En vano el Emperador le escribió una carta sumamente viva, en la que le decía: «No tenéis almacenes que guardar; es muy ridículo vuestror poceder' ¿Sois el vencedor de Castiglione?... No se trata de proceder como en la última época, pero precisa calzarse las espuelas y demostrar la energía del 93.» Augereau avanzó sólo hasta Lons-le-Saulnier, en cuyo punto, temiendo que Bubna, que no tenía más fuerzas que las suyas, le cortase las comunicaciones con Lyón, retrocedió hasta esta ciudad (9 de Marzo), tomó posiciones en Limonest, frente á la población, en donde se dejó derrotar (20 de Marzo), y la evacuó, y en vez de dirigirse hacia el Marne, en donde sus 25.000 hombres hubieran sido tan útiles, los esparció por el Ródano, desde Valence á Pont-Saint-Esprit. Hacía ya algunas semanas que estaba en tratos secretos con los aliados. Esta traición no fué la única.

El conde de Artois había entrado en el Franco-Condado detrás de los aliados, y M. de Vitrolles, en París, se había puesto de acuerdo con Talleyrand, Dalberg, sobrino del primado de Germania, el abate de Pradt y M. Luis, quienes, á pesar de los favores que todos habían obtenido de Napoleón, formaban un grupo de adversarios influyentes y resueltos del sistema imperial, grupo tanto más peligroso cuanto que estaba compuesto de hombres inteligentes y aptos para las intrigas, en la que muy pronto Vitrolles iba á resultar un maestro. Vitrolles, aunque había aceptado del Imperio el cargo de inspector de ganados, prebenda sumamente bien pagada y bastante ridícula, creada para su provecho, se encargó de la comisión de avistarse en secreto con los monarcas aliados en Lorena, para animarles á proseguir la guerra contra Francia, sin conceder ningún armisticio á Napoleón, é interesarles sobre todo á que se declarasen en favor de los Borbones. Aunque la protección á los Borbones era entonces

la menor de las preocupaciones de los jefes de la coalición, no dejaban, sin embargo, de acoger con viva curiosidad todos aquellos datos que podían ilustrarles respecto al estado de ánimo de la capital. Un traidor les dijo que París detestaba más que ellos á su tirano; un segundo emisario, refiere el general Segur, llevó al emperador de Rusia un bastón hueco, con un escrito que contenía las siguientes



Vivaque de los cosacos en los Campos Elíseos de París. (Copia de una acuarela de G. Opiz, en la colección Hennin)

palabras: «Sois omnipotente y no tenéis valor para nada. ¡Atreveos de una vez!» Este emisario agregó que los aliados no tenían que hacer más que adelantarse hasta París y que todo estaba dispuesto en su favor. Pero el espíritu patriótico de las provincias del Este contradecía esta afirmación, y los jefes aliados no sabían qué resolver, cuando dos cartas interceptadas en la noche del 23 al 24 de Marzo, una de María Luisa y otra de Savary, ministro de Policía de Napoleón, les confirmaron por completo las noticias de los traidores.

Entonces fué cuando Schwartzenberg, el emperador Alejandro y el rey de Prusia decidieron que los ejércitos de Bohemia y de

Silesia se reuniesen para marchar unidos hacia París (1). Los dos ejércitos se reunieron en Sommepuis, y el general Wintzingerode, con sólo 10.000 hombres de caballería y algunos regimientos de infantería, recibió el encargo de vigilar á Napoleón y hacerle creer que había logrado llevarse tras sí el grueso del ejército aliado.

De este modo la traición fué causa de que los extranjeros no hiciesen caso del peligro que podían correr al dejar á Napoleón en aptitud de cortar sus comunicaciones. «Si la traición no les hubiese ayudado, — dice un escritor inglés, Roberto Wilson, — los aliados se hubieran encontrado en un círculo vicioso, del que no hubieran podido salir: consumóse ésta en el momento en que los triunfos de Napoleón parecían sobrepujar el poder de la fortuna, y el movimiento de Saint-Dizier, que debía asegurarle el Imperio, le hizo perder la corona.»

En el momento de emprender la marcha hacia París, los aliados publicaron en Vitry una declaración para tranquilizar á los pueblos, en la que daban á conocer sus planes políticos, estableciendo una separación entre la nación y el Emperador. «Los principios que informaron su conducta, — decían, — desde su primera reunión para la salvación de su independencia, habían logrado por completo su propósito; nada se oponía ahora á que expusiesen las condiciones necesarias para la reconstrucción del edificio social» (25 de Marzo). Cinco días después iban á encontrarse en estado de realizar este cambio.

Los aliados, en efecto, sólo tenían frente á ellos 18 ó 20.000 hombres, mandados por Marmont y Mortier, y aun hubieran encontrado en absoluto libre el camino de París si estos generales hubiesen podido cumplir las órdenes de Napoleón, reuniéndose con él en Chalons. Trataron de efectuarlo por Chateau-Thierry, pero se encontraron á Epernay ocupada por los aliados, por lo que retrocedieron hacia el camino de Montmirail, creyendo que estaba libre, cayendo, por el contrario, en medio del grueso del ejército de la coalición. Replegáronse entonces desde Montmirail hacia la Fère-Champenoise,

(1) Indujeron á Metternich y al emperador Francisco, que habían mostrado siempre deseos de tratar con Napoleón, á que se retirasen hacia Dijón, alegando que no era conveniente que el emperador de Austria asistiese al destronamiento de su hija y de su yerno.

defendiéndose siempre y perdiendo su retaguardia, sin poder siquiera incorporarse la división Pacthod, que se encontraba aislada á unas cuantas leguas á su izquierda, y cuya desesperada resistencia, llamando hacia este punto el grueso del ejército coligado, salvó sin duda á Marmont y Mortier.

Pacthod tenía á sus órdenes un total de 6.000 guardias nacionales, procedentes de las provincias invadidas, que habían dejado voluntariamente á sus familias, y 2.000 soldados. Atacado por la vanguardia de Blucher, logró resistir y hasta adelantó algo por el camino de la Fère-Champenoise, donde esperaba encontrar los dos mariscales. Pero en este momento, cerca de las lagunas de Saint-Gond, fué rodeado por 14.000 hombres de caballería, que habían acudido en socorro de los primeros combatientes. La guardia rusa y prusiana, que estaban frente á Marmont, oyeron los cañonazos de Pacthod, y temiendo que fuese Napoleón en persona, acudieron hacia aquel punto. «Cercada así, en mitad de una llanura, la desgraciada división de Pacthod se detuvo, se formó en cuadros, que se apoyaban mutuamente, colocaron los cañones en los ángulos y calaron las bayonetas. Estos valientes creían completamente perdido al Emperador, veían que la invasión iba á triunfar, pues sabían que detrás de ellos no había ya ningún obstáculo entre los aliados y París. En situación tan desesperada, les arengó su general con estas palabras: «No es posible capitular en campo raso. Las leyes militares, y sobre todo el honor, lo prohiben. Además, cuando la patria perece, ¿quién desea sobrevivir? ¡Juremos, pues, morir por ella!» Y, en seguida, con la espada desenvainada, pronuncia en alta voz este juramento; todos, exaltados por el heroísmo, repitieron con aclamaciones y agitando sus armas este grito de lealtad, eternamente sublime. Cumplieron su palabra. En un principio, inmóviles ante las furiosas cargas de la flor de la caballería aliada, su bien sostenido fuego les rodeó de muertos y de heridos, que cubrieron aquella fatal llanura. En medio de este combate se encontraron dos hermanos, traidor el uno y combatiendo el otro por su patria. El primero, que hasta hacía poco tiempo había sido ayudante de Moreau, se atrevió á intimar á uno de los cuadros que depusiera las armas; su hermano, que mandaba la artillería, le respondió á metrallazos. Disipado el humo, pudo verse

al leal ileso, cumpliendo con su deber, mientras que, herido justamente, el tránsfuga quedó tendido en tierra.» Resultando impotentes las cargas de la caballería é infantería aliada para deshacer los cuadros de Pacthod, el emperador Alejandro, que con el rey de Prusia se había aproximado al lugar del combate, mandó avanzar la artillería para aniquilarlos. «Rotas las filas por la metralla,—continúa el general Segur,—y casi deshechos los cuadros, no se rindieron, prosiguiendo el combate cuerpo á cuerpo, á la bayoneta.» Tres mil quinientos guardias nacionales se dejaron matar en su sitio, y mil quinientos soldados y seis generales, la mayoría heridos ó pisoteados por los caballos, no se rindieron hasta que intervino personalmente Alejandro, movido por la admiración y la lástima. Pacthod no quiso entregar su espada sino al mismo Czar.

Los mariscales se dirigieron á marchas forzadas hacia la Ferté-Gaucher, en donde encontraron al enemigo; torcieron entonces á la izquierda hacia Provins y llegaron en desorden á Melún, y últimamente á Charentón. Los aliados, dejando en Meaux á Sacken y á Wrede para proteger sus movimientos, se presentaron en tres grandes cuerpos en Bourget, Bondy y Noisy.

Todas las precauciones que había tomado Napoleón para no alarmar á París, debían volverse en este momento en contra suya. París carecía de fortificaciones; á fines de 1813 había pensado Napoleón fortificar las alturas que la rodean, y hasta llegó á encargar á una comisión de ingenieros que le presentasen una memoria y planos con este objeto; pero después, temeroso de atemorizar á sus habitantes, renunció á su idea. La ciudad se encontraba indefensa, y á pesar del incesante cañoneo que desde hacía dos meses resonaba en las llanuras de la Champaña, no se había adoptado ninguna precaución para detener al enemigo. Durante la ausencia del Emperador perdióse toda dirección; estaban todos demasiado acostumbrados á contar con él, y ni siquiera supieron aprovecharse de las ventajas naturales que ofrecían tan terribles circunstancias. El pueblo de París redoblaba sus instancias para obtener armas, y en los depósitos había una existencia de 20.000 fusiles, de los que no se distribuyó ninguno, y por el contrario, Clarke, ministro de la Guerra á la sazón, llegó á emplear las bayonetas de la guardia veterana para alejar á aquellos que las recla-

maban. Había doscientos cañones de reserva en Vincennes, y se contentaron con emplazar cuatro piezas en los altos de Chaumont y siete en el cerro de Montmartre. Mientras las tropas estaban faltas de municiones, quedaban sin utilizar en los depósitos cinco millones de



El emperador Napoleón

cartuchos, que el enemigo, separado de sus parques de reserva, aprovechó al día siguiente para combatir. No se dió orden para que acudiesen 20.000 hombres que había en Versalles, y se encomendó la defensa á los 15.000 soldados de Marmont, á 10.000 guardias nacionales y á los alumnos de la Escuela politécnica. Todos los miembros de la regencia, á excepción de José, habían tomado el camino de Blois. Tal era la situación de París en el momento de aparecer los aliados ante sus puertas, en la tarde del 29 de Marzo.

Marmont y Mortier se apresuraron á organizar la resistencia de la mejor manera posible. El primero tomó posiciones en Romainville, en donde resistió con éxito el ataque de los Rusos, y Mortier les disputó la posesión de Aubervilliers; pero Blucher se apoderó de Pantin, Montmartre y la Villette, y envolvió las posiciones de ambos mariscales. El mismo José, temeroso de que le cortasen la retirada hacia Blois, y después de haberles autorizado para tratar con el enemigo, se apresuró á salir de París. En este momento llegó un ayudante del Emperador, el general Dejean, para animarles á que se sostuviesen veinticuatro horas más y participarles su llegada pronta; renovóse, pues, la lucha.

Marmont fué arrojado de la meseta de Romainville y rechazado hacia Belleville, mientras que Mortier retrocedía paso á paso en la Villette y el general Moncey estaba á punto de perder la puerta de Clichy, á pesar de una defensa que se ha hecho justamente célebre. Marmont pidió un armisticio al príncipe de Schwartzenberg, y éste consintió en suspender el ataque á condición de que París capitularía aquella tarde y de entregar inmediatamente las alturas á los aliados. Sabían éstos perfectamente que Napoleón llegaba á marchas forzadas sobre París, así es que se mostraron muy condescendientes en las bases de la capitulación, dejando sus armas al ejército á condición de evacuar París y prometiendo encargar á la guardia nacional la vigilancia de la ciudad, que sería tratada con todo género de consideraciones (30 de Marzo de 1814).

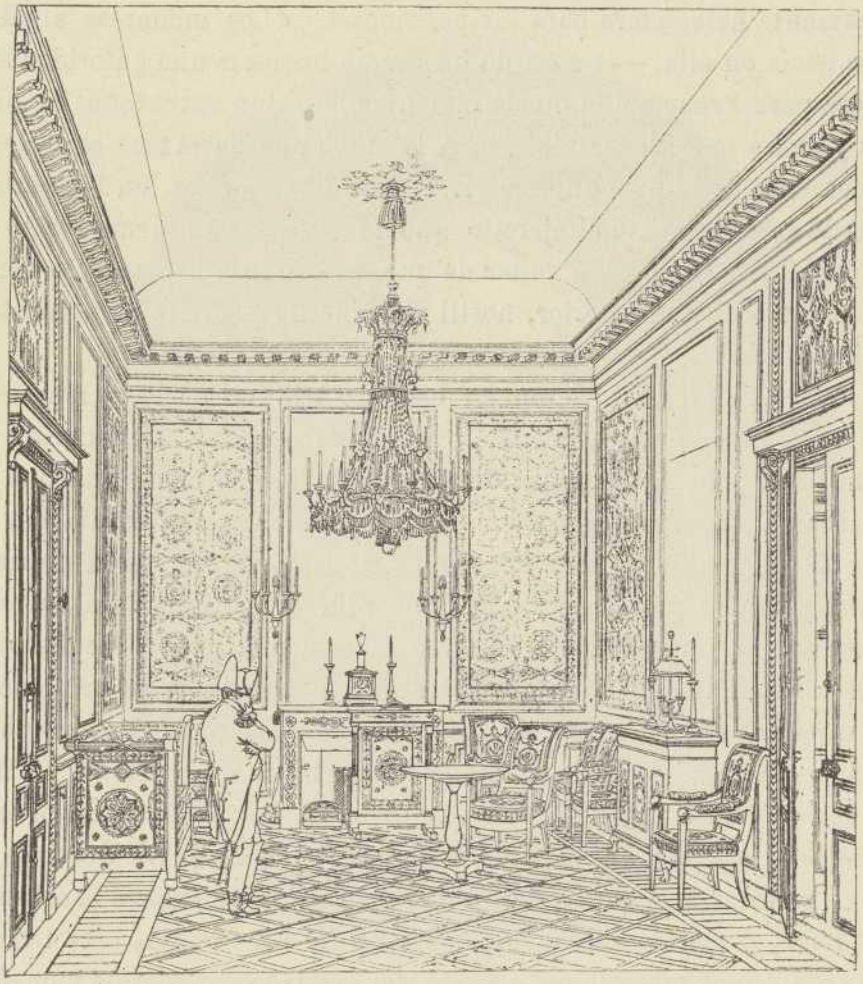
Entretanto, Napoleón, en su marcha hacia el Este, se había detenido en Saint-Dizier. Sus generales murmuraban contra el plan que había formado, y que consideraban una locura, y como él no podía afirmar que los aliados le siguiesen, resolvió asegurarse de ello y atacó con vigor en Vitry la caballería de Wintzingerode, y no habiendo encontrado ante él seria resistencia, dedujo que los aliados se habían dirigido hacia París; algunos prisioneros enemigos le confirmaron en esta idea. Volvió, pues, apresuradamente sobre sus pasos, y al saber por el camino la derrota de la Fère-Champenoise dejó al ejército y el 30 por la noche llegó á Fromenteau, último punto de parada antes de llegar á París. Mientras á toda prisa cambiaban los tiros en la posada de la Corte de Francia, Napoleón, que guardaba el incógnito,



El mariscal Moncey en la barrera de Clichy. (Cuadro de Horacio Vernet, en el Museo del Louvre, grabado por Jazet)

El mariscal, á caballo, habla con el coronel Odiot; á su alrededor vénse los individuos de la segunda legión de la guardia nacional: Bertin, De la Borde, Amadeo Joubert, Carlos y Horacio Vernet: más lejos, Charlet carga su fusil; el capitán Dupaty prepara un cañón

vió pasar algunos soldados muertos de cansancio y en espantoso desorden; entonces se dió á conocer, y supo por el general Belliard que París había capitulado. Napoleón permaneció impasible, los oficiales que estaban á su alrededor lloraban; eran las diez de la noche. En



Napoleón en Fontainebleau. (Copia de un dibujo del general Atthalin, en la colección Hennin).

realidad, la capitulación no fué definitiva hasta el día siguiente 1.° de Abril, á las dos de la mañana. Napoleón quería entrar inmediatamente en París, pero Caulaincourt le detuvo, recibiendo entonces la orden de abrir, si era posible, nuevas negociaciones, á fin de dar tiempo al ejército para llegar y ganar la partida perdida por medio de un ataque vigoroso sobre la capital. Al propio tiempo ordenó á Mar-

mont que con su ejército ocupase las orillas del pequeño río de Essonne, posición de la mayor importancia si llegaba el caso de arrojar de París á los aliados. Aquel mismo día, el rey de Prusia, el Czar y el príncipe de Schwartzenberg hicieron su entrada en París.

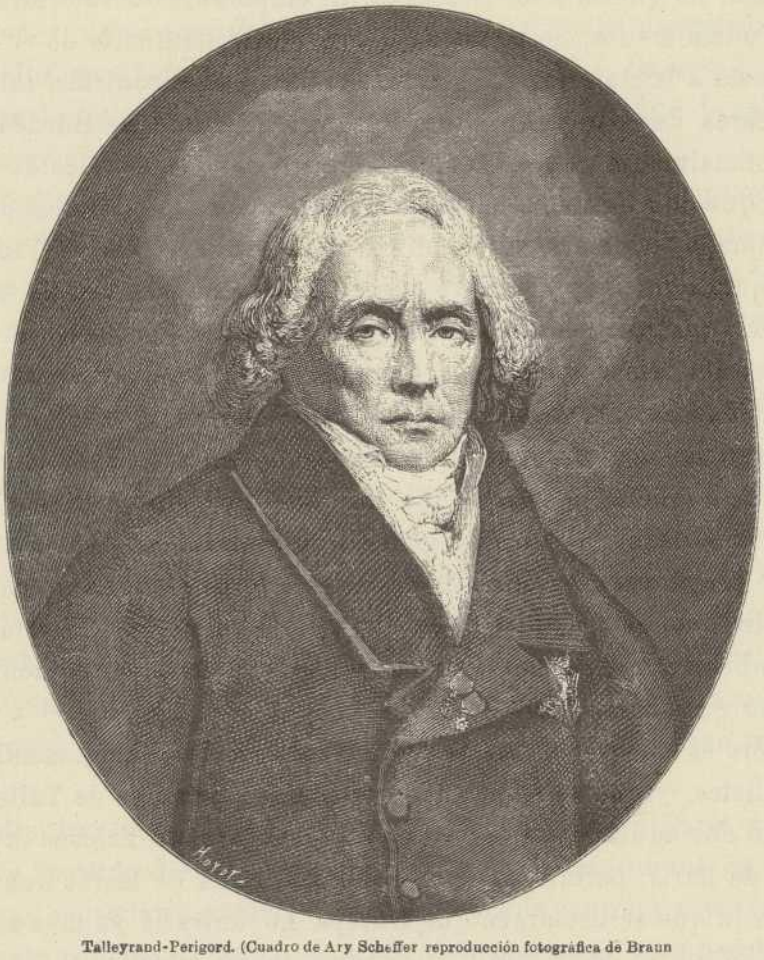
En la noche de la víspera se publicó una proclama de los aliados sumamente halagadora para los parisienses. «Los monarcas aliados, — se decía en ella, — tratan de buscar de buena fe una autoridad salvadora para Francia que pueda cimentar la unión entre todos los pueblos y entre todos los gobiernos. A la ciudad de París toca el acelerar el momento de la paz universal... Pronúnciese, pues, en tal sentido y desde este momento el ejército que la sitía será el firme sostén de sus decisiones.» No cabe dudar de que estas líneas habían sido dictadas por la coalición interior, hostil al gobierno y adicta en absoluto á los Borbones.

Los aliados no hicieron su entrada triunfal en París sin cierto temor. El pueblo estaba silencioso y le costaba trabajo contener su indignación; pero los realistas, dejándose llevar de la alegría que les causaba la caída de Napoleón y la esperanza de la exaltación de Luis XVIII, olvidaron toda idea de patriotismo y recorrieron el barrio de San Germán y la plaza de la Concordia lanzando aclamaciones y gritos de: «¡Viva el Rey!» Cuando la comitiva de los vencedores, á cuyo frente iba Alejandro, entre el rey de Prusia y el príncipe de Schwartzenberg, apareció en los bulevares, los realistas, agrupados cerca de la Magdalena, mezclaron á los gritos de «¡Viva Luis XVIII!» los de: «¡Viva Guillermo, viva Alejandro!» No se limitaron á esto; vióse á la hermosa condesa de Perigord, más adelante duquesa de Dino, pasearse á la grupa de un cosaco. Un duque subió á la columna Vendome, y atando cuerdas á la estatua del Emperador, hizo tirar de ellas á algunos miserables, á los cuales arrojaba puñados de monedas, y después por medio de caballerías; la estatua, sin embargo, no pudo ser arrancada de su sitio.

Era esto un triste espectáculo. Alejandro y sus aliados se honraban conteniendo los accesos de que los mismos Franceses daban ejemplo; pero no fué ésta la última vez en que los dolores de la patria debían trocarse en motivo de alegría para los partidos políticos, y, sin embargo, tanto á los que intentaron destruir la columna en 1814

como á los que la destruyeron en 1871, podían aplicárseles los versos de Víctor Hugo:

Vous vous êtes trompés, comme se trompait Rome.
Ce que vous avez pris pour la gloire d'un homme
C'est la gloire d'un peuple, et c'est la vôtre, hélas (1)!



Talleyrand-Perigord. (Cuadro de Ary Scheffer reproducción fotográfica de Braun

Los monarcas aliados pudieron convencerse de que la opinión nacional no se inclinaba ciertamente en favor de la antigua dinastía; el grito de «¡Viva Luis XVIII!» no pudo hallar eco entre el pueblo. No hay que creer que la coalición se propusiese siquiera en su origen, ni

(1) «Os engañásteis como se engañó Roma.—¡Lo que habéis tomado por la gloria de un solo hombre—es la gloria de un pueblo, es la vuestra, desgraciados!»

de un modo secundario, la restauración de los Borbones; Alejandro, que había sido tratado, según su propia frase, «como un advenedizo» por Luis XVIII, á quien concedió hospitalidad en sus dominios; Alejandro, que había visto que el príncipe, á quien pagaba una pensión, declinaba el honor del casamiento del duque de Berry con una princesa rusa, no quería á los Borbones. El emperador de Austria, cuando menos oficialmente, no podía desear el destronamiento de su yerno, y respecto á Inglaterra, en el mes de Marzo se encontraba tan indecisa acerca de este punto, que Wéllington, dueño de Burdeos, protestó oficialmente contra la proclama en la que el alcalde Lynch y el duque de Angulema habían afirmado que los monarcas aliados habían tomado las armas con el único objeto de restaurar en Francia la monarquía legítima, y declaró que los aliados no trataban de imponer á Francia ningún gobierno, ni siquiera el de los Borbones. Si Prusia se mostraba, en cambio, más favorable á ellos, es porque creía que, en igualdad de circunstancias, esta solución era la más perjudicial para Francia. Los príncipes de la coalición pensaron encargar el gobierno de Francia, no sólo al hijo de Napoleón, sino á Bernadotte, al duque de Orleans, el antiguo general de Jemmapes, y hasta á última hora se creyó que Napoleón II sucedería á Napoleón. La misma madama de Stael era partidaria, en 1814, de la regencia de María Luisa, en nombre del rey de Roma, como la solución más conveniente para el honor é independencia de Francia (1).

Pero el emperador Alejandro, rodeado, mejor dicho, asediado por los realistas, y que se alojó en el palacio del príncipe de Talleyrand, que con sus adulaciones contribuyó á que Marmont firmase la capitulación de París, permitió que se publicase en 31 de Marzo una proclama, en la que se declaraba que Europa no entraría ya más en tratos con Napoleón ni con ningún individuo de su familia, encargándose al Senado el nombramiento de un gobierno provisional. Para cumplir este encargo, Talleyrand convocó en las Tullerías, en la noche del 31 de Marzo al 1.° de Abril, á todos los senadores que la regencia debía haberse llevado consigo, pero que, ante la expectativa de una catás-

(1) Véase la correspondencia de Sismondi con madama de Albany, publicada por Saint-René Taillandier.

trofe definitiva, se habían quedado en París. Todos ellos eran revolucionarios y no alcanzaban á constituir la mitad del Senado, á pesar de lo cual Talleyrand les hizo nombrar un gobierno de cinco miembros, que fueron: el general Beurnonville, el senador conde de Jaucourt, el abate Montesquiou, Dupont de Nemours y Roux-Laborie. Este gobierno se apoderó de todos los ministerios, incluso el de Comunicaciones, que se confirió á Bourrienne. Casi todos los periódicos, incluso el *Journal des Débats* (antiguo *Diario del Imperio*), pasaron á poder de los realistas, quienes se apresuraron á colmar de calumnias é injurias al gobierno imperial.

El día 2 de Abril el Senado proclamó el destronamiento del Emperador y de toda su familia, publicando además una lista de las quejas que habían motivado tal medida. Parece un sueño ver á los senadores señalar como delitos actos que habían sancionado con sus votos, siempre dóciles y entusiastas. El gobierno provisional dirigió á su vez en 4 de Abril una proclama al pueblo francés, en la cual condenaba el despotismo imperial y proponía la restauración de los Borbones. «Habéis cifrado todas vuestras esperanzas en Napoleón,—se decía en ella,—y estas esperanzas han salido fallidas. Sobre las ruinas de la anarquía había fundado únicamente el despotismo; no creía más que en la fuerza, y por un justo destino, la fuerza hunde hoy su ambición insensata... Hemos sido testigos de los excesos de la licencia de las masas y después de los del absolutismo. Restablezcamos la verdadera monarquía, limitando con prudentes leyes los poderes que la constituyen.»

Mientras se sucedían estos acontecimientos en París y se consumaba la caída del trono imperial, Napoleón continuaba en Fontainebleau, rodeado de su ejército, que se le había reunido entre el Essonna y esta población, formando un total de más de 50.000 hombres. La oficialidad joven y los soldados se mostraban verdaderamente entusiasmados para marchar sobre París, donde los aliados no estaban tranquilos mientras Napoleón estuviese tan cerca al frente de fuerzas más ó menos considerables; meditaron ponerse á cubierto de cualquier ataque imprevisto de su genio y hasta llegaron á tratar de retirarse á Meaux. Pero como, por otra parte, no estaban muy seguros de la actitud de los parisienses y comprendían que sólo habían sido bien reci-

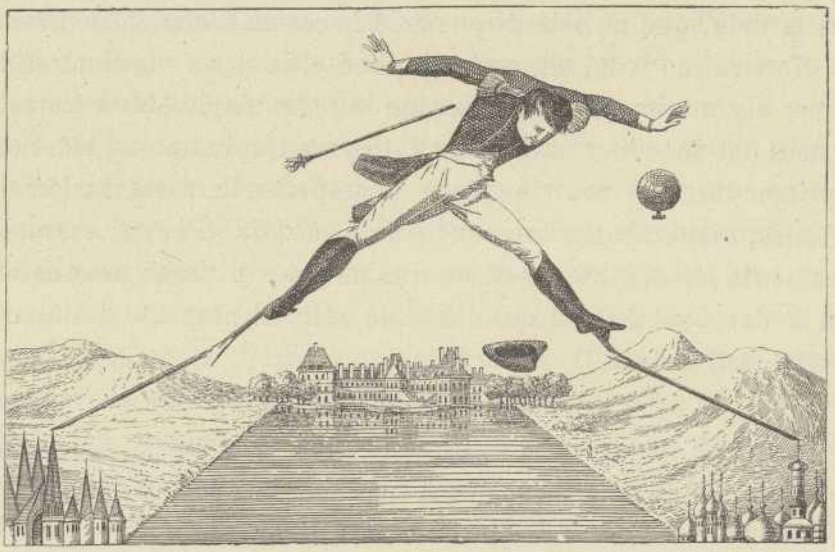
bidos por la clase menos numerosa, la que no levanta nunca barricadas, mantenían secretas relaciones con los generales, por cuya parte obtuvieron buen resultado.

El día 4 de Abril Napoleón dió á conocer al ejército su plan para intentar un ataque á París, que fué acogido con entusiasmo; pero así que regresó á palacio se le presentaron los mariscales Ney, Lefebvre, Oudinot y Macdonald, y le manifestaron abiertamente que su proyecto era irrealizable, llegando alguno de ellos á insultarle.

Napoleón, ante tal actitud, se decidió á firmar su abdicación, mediante la promesa de que sería proclamado su hijo. Así, pues, Caulaincourt, Ney y Macdonald pasaron á París para sostener la causa de Napoleón II. En Essonne debía reunírseles el duque de Ragusa, que se excusó de hacerlo manifestándoles que estaba en tratos con Schwartzenberg, pero que, sin embargo, ante sus vivas instancias accedió á acompañarles en su visita al emperador Alejandro. Los mariscales y Caulaincourt sostuvieron la causa de Napoleón II en nombre del ejército, demostrando que éste no deseaba ninguna otra clase de gobierno y merecía que se accediese á sus ruegos, que el nieto del emperador de Austria ofrecía toda clase de garantías á Europa. Tal vez hubieran logrado sus propósitos cuando, durante la discusión que con este motivo se entabló entre el Czar y el rey de Prusia, llegó un oficial ruso á participar á ambos monarcas que el ejército de Marmont acababa de sublevarse y había abandonado sus fuertes posiciones de la confluencia del Essonne. El Czar contestó entonces á los mariscales que los aliados conocían perfectamente los deseos del ejército, que estaba muy lejos de ser unánimemente adicto al Imperio, pues precisamente en aquel mismo momento una gran parte de él había abandonado á Napoleón. Los embajadores se retiraron consternados.

Lo ocurrido fué que Marmont se había comprometido el día 3 de Abril, víspera de este suceso, con el príncipe de Schwartzenberg, á abandonar la fuerte posición del Essonne, compromiso que conocía su estado mayor, que lo había aprobado. Al acompañar á París á los emisarios de Napoleón no dió ninguna orden, y Souham, que le substituía en el mando, creyó que todo se había descubierto cuando los ayudantes de Napoleón fueron á decirle que se presentase Marmont ó en su defecto el que le reemplazaba en el mando. Souham, temiendo ser

arrestado si iba á Fontainebleau, se puso de acuerdo con sus compañeros y en la noche del 4 al 5 marchó con su ejército hacia Versalles. Esta noticia fué la que decidió á los monarcas aliados á rechazar la regencia de María Luisa. Marmont, al tener noticia de este movimiento, verificado durante su ausencia, demostró la más violenta desesperación; pero Talleyrand y los jefes realistas procuraron calmar sus remordimientos á fuerza de elogios, y, por fin, aceptó la responsabilidad de esta traición, presentándose en Versalles para apaciguar á



De alto abajo— ó las causas y los efectos. (Caricatura de la época)

sus tropas, sumamente indignadas por haber sido engañadas por sus jefes, pues al abandonar el Essonne creían marchar contra el enemigo. No entraremos en las discusiones que ha promovido la conducta del duque de Ragusa, remitiendo á nuestros lectores principalmente á la obra de M. Rapetti: *La traición de Marmont*. Diremos tan sólo que la disciplina militar no admite distinciones casuísticas. Cuando Marmont, en 1830, mandaba disparar sobre los amotinados en las calles de París, el pueblo gritaba: « ¡ Marmont paga ahora sus deudas ! »

Al tener noticia de esta última traición, el Emperador publicó una orden del día, en la cual se quejaba por vez primera del Senado y de los traidores. Mostrábase todavía animado y trataba de retirarse

hacia el Loire para unirse ya fuese con Eugenio, tras de los Alpes, ya con Suchet y Soult en los Pirineos, con objeto de renovar la campaña; pero vencido por las instancias de los que le rodeaban, y principalmente por el estado especial de su ánimo, firmó, en 6 de Abril, su abdicación pura y simple. «Habiendo declarado las potencias aliadas,—dice,—que el emperador Napoleón es el único obstáculo para el restablecimiento de la paz europea, el emperador Napoleón, fiel á sus juramentos, declara que renuncia para él y sus herederos los tronos de Francia y de Italia, porque no hay ningún sacrificio personal, incluso el de la vida, que no esté dispuesto á hacer en beneficio de Francia.»

No terminó todo, sin embargo, con el Imperio, agitándose todavía por algún tiempo la cuestión de la regencia de María Luisa. Los políticos del Senado y amigos de Talleyrand, que habían sido los que en primer término contribuyeron á preparar la restauración de los Borbones, empezaban á arrepentirse de su obra. Rapetti expone bien claramente los distintos motivos que en estos últimos momentos venían á dar nuevas probabilidades de éxito al proyecto del mantenimiento de Napoleón II.

« Todo contribuyó á que prevaleciese esta idea: el orgullo de los monarcas extranjeros, celosos en su interior de la fama antigua y de la preeminencia moral que conservaba la casa de Borbón; el temor de que los venerables Borbones, primeros representantes de la monarquía europea, no tuviesen bastante fuerza en Francia para dominar la Revolución, y el peligro que había para la conservación del orden en Europa dejando en este país, cuyas conmociones son contagiosas, una causa de incertidumbres, de malestar y de disgusto; el deseo de no violentar las simpatías naturales por una regente y un niño de su propia sangre, la necesidad de no colocarse enfrente de las simpatías de los numerosos partidarios de la dinastía napoleónica; la aspiración de los políticos de contar, para habituar á Francia á la libertad y á su propio gobierno, con el interregno de una regencia; y sobre todo, por la impresión que á todos causó la presencia de los que regresaban de la emigración. Hasta entonces se habían visto sólo realistas conspiradores, ntrigantes, conciliadores, cortados á la moda de la nueva sociedad, aceptándolo y concediéndolo todo, y hasta haciendo caso omiso, á lo menos aparentemente, de todas sus ideas, menos una sola, la de la legitimidad. Pero los realistas evocados repentinamente por el triunfo de los Borbones, los emigrados obstinados, que no habían aprovechado para volver á su patria ninguna de las indulgentes leyes que se habían dado sobre la emigración, los veteranos del ejército de Condé,

sus hijos, hechos hombres en el destierro, todos éstos se presentaban en Francia como los supervivientes de un mundo que hacía ya tiempo se había hundido. Causaban risa sus trajes, pasados de moda, pero se temían sus ideas, más anticuadas todavía, sus altaneras pretensiones, su intratable carácter, su odio.»

Cierto es que los monarcas aliados habían permitido que se publicase, en 31 de Marzo, una declaración en favor de la antigua dinastía; pero también es cierto que no era este hecho el que más les embarazaba: era esto la propia persona de Napoleón, quien, con la regencia de María Luisa, continuaría siendo el verdadero jefe del Estado, rodeado como estaba de funcionarios y de oficiales que le habían servido ciegamente por espacio de catorce años.

Hacía ya algunas semanas que se trataba de alcanzar de cualquier manera la desaparición de Napoleón (1). Habíase tramado, en el mes de Febrero, antes de la batalla de Champaubert, una conspiración militar con este objeto, y por esta misma época Alejandro, que conocía probablemente estas intrigas, decía á un general francés: «En tanto no hago la guerra á Francia, que si *él* muriese haría la paz inmediatamente.» No eran ahora los realistas los que pensaban en el asesinato de Napoleón, vencido ya. En aquellas circunstancias no necesitaban su muerte para hacer valer sus derechos. Viviendo Napoleón, y no habiendo abdicado, impedía que se le opusiese el nombre de Napoleón II. Por el contrario, en el partido que podría llamarse Bonapartista, ó entre aquellos que á lo menos deseaban conservar el gobierno imperial y la dinastía napoleónica, es donde estaban los conspiradores, y en el seno del gobierno provisional se urdían tan tenebrosas maquinaciones. Talleyrand, en una carta fecha 17 de Marzo, decía que, si el Emperador hubiese muerto se arreglaría todo de la manera más sencilla: «Tendríamos el rey de Roma bajo la regencia de su madre.» Después esperó que alguna bala enemiga hiciese inútil el asesinato; pero en los primeros días de Abril se permitió por la policía la apari-

(1) Véanse los textos citados en Rapetti: *Nueva Biografía general*, págs. 412 y siguientes. Véase también, sobre la situación política en esta fecha, la conversación del Czar con M. de Quélen, ayudante de Marmont y hermano del abate del mismo apellido, que más tarde fué arzobispo de París (*Memorias de Lafayette*, tomo V, pág. 304).

ción de un folleto titulado: *Reflexiones sobre la necesidad de la muerte de Bonaparte*. Debemos consignar, en honor de Francia, que mientras los políticos discutían con la mayor sangre fría sobre el crimen y trataban de provocarle, estas excitaciones no produjeron ni una sola tentativa de asesinato, lo cual extrañaba tanto á un ministro ruso que hubo de decir á Talleyrand: «¡Qué pueblo! ¡qué nación! ¡cualquier cosa es un obstáculo! ¡No sucedería así entre nosotros, pues todo quedaría terminado en un cuarto de hora! Tanto peor para el monarca que se pone enfrente de la opinión pública. Lo más fácil de encontrar en el mundo es ciertamente un soberano (1).» Aun después de la abdicación tratóse de evitar á toda costa el regreso del gran Emperador, y ya que no se presentó un asesino voluntario, hubo quien se encargó de buscar uno. Cierto aventurero que se había hecho notar mucho al frente de los realistas por sus extravagantes manifestaciones de odio contra el régimen caído, llamado Maubreuil, fué llamado (en 2 de Abril) á casa de Roux-Laborie, secretario del gobierno provisional, para concertar el crimen; pero ya sea que le faltase valor, ya que únicamente se propusiese al aceptar este encargo engañar al gobierno, se limitó, con la partida que había levantado, á saquear el equipaje de la reina de Westfalia, que encontró por pura casualidad (2). En Blois, y entre las personas que rodeaban á María Luisa, contaba con partidarios y cómplices esta horrible trama. Rapetti refiere, tomándolo de Rovigo, que cierto día, al llegar de Fontainebleau á Blois un oficial portador de un mensaje á una dama de honor, que había pasado toda la noche vestida, como esperando un acontecimiento previsto, se acercó á él, completamente sobresaltada y dijo: «¿Qué hay, se terminó?... ¿Ha muerto?...»

La coalición, por la convención del día 11 de Abril, fijó la suerte de Napoleón y de su familia, determinándose que Napoleón poseería

(1) Rovigo dice en sus *Memorias* (tomo VII. pág. 120) que estas palabras las pronunció el ministro Nesselrode; así se lo manifestó Roux-Laborie, secretario de Talleyrand.

(2) Sobre la cuestión Maubreuil, véase Vitrolles: *Memorias*, tomo II, pág. 69-96; H. Houssaye: *1815*, y la relación de este proceso por M. G. Lebre, en la *Revista de procesos célebres contemporáneos*, tomo I. A dar crédito á los fragmentos de las *Memorias* de M. de Sémallé, un oficial de mamelucos le prometió llevarle la cabeza de Napoleón metida en un saco, «á usanza oriental con los que Alah abandona;» pero Sémallé, aunque realista, rechazó la oferta de aquel ignorante en política y lo despreció con horror.

en plena soberanía la isla de Elba, con una lista civil de dos millones, pagada por el Tesoro francés. Podría conservar á su lado novecientos hombres escogidos de la guardia imperial, confirmándosele el título de Emperador. María Luisa debía recibir los ducados de Parma y de Plasencia, revertibles á la corona de Austria. Los miembros de la familia Bonaparte debían obtener pensiones del Tesoro, y Eugenio de Beauharnais una posición elevada fuera de Francia.



11 9 8 7 4 3 1 2 12 5 6 13 10 14 15

Napoleón I, en el patio del palacio de Fontainebleau, despidese de los soldados de la guardia y abraza la bandera (Copia del cuadro de Horacio Vernet, dibujo y grabado de Couché hijo)

1. El Emperador.—2 El general barón Petit.—3. El duque de Bassano.—4. El barón Fain.—5 El general Bertrand.—6. El general Drouot.—7. El general Corbineau.—8. El general Belliard.—9. El general Ornano.—10. El coronel Gourgaud.—11. El comadante Athalin.—12.—E teniente Forti.—13. El general Keller, comisario austriaco.—14. El coronel Campbell, comisario inglés.—15. El general Schouvalof, comisario ruso.

Napoleón, una vez hubo asegurado el porvenir de su familia, se entregó á su dolor. Vió á muchos de sus oficiales, que creía los más adictos, ser los primeros en abandonarle públicamente, y á muchos otros que ocultaban mal su prisa para hacer lo mismo, ingratitud de la que Napoleón se resintió vivamente, á pesar de lo cual hablaba de ellos sin rencor á Caulaincourt, en 14 de Abril, condoliéndose únicamente de su falta de franqueza y fijando sobre todo su pensamiento en los que le habían permanecido fieles. «Es muy natural,—decía,—que los antiguos militares, cubiertos de heridas, traten de conservar con el nuevo gobierno el premio de los servicios que han prestado á

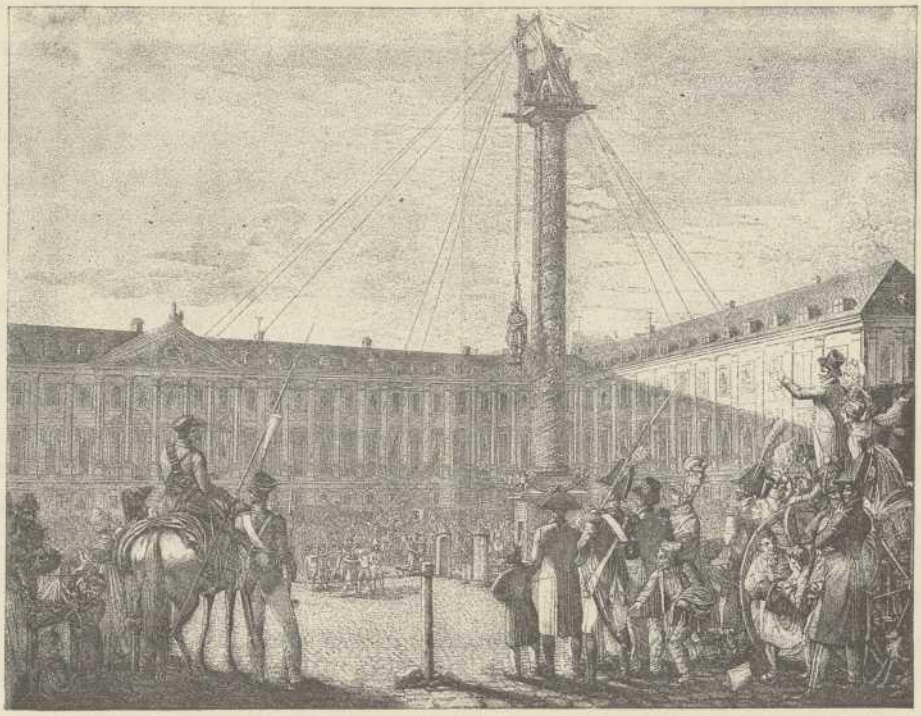
la Francia. ¿Por qué, pues, han de ocultarse? Pero los hombres no tienen nunca conciencia clara de sus deberes y de sus derechos para obrar y hablar en su consecuencia (1). ¡Cuán distinto es mi valiente Drouot! No está contento, me consta perfectamente, no por mi causa, sino por nuestra pobre Francia. No aprueba mi conducta, pero, sin embargo, permanecerá á mi lado, más que por cariño hacia mí, por respeto á su propia dignidad. Pero Drouot... Drouot... es la dignidad personificada.» Napoleón en persona aconsejaba á sus oficiales que entrasen al servicio de los Borbones.

«Servid á los Borbones,—les decía en resumen,—y servidles con lealtad. No os queda otro camino. Si gobiernan bien, puede Francia, bajo su mando, ser dichosa y respetada. Yo me he resistido enérgicamente á las vivas instancias de Caulaincourt para que aceptase la paz de Chatillón, y con razón, ya que para mí sus condiciones eran humillantes, mientras que no lo son para los Borbones, que encuentran Francia tal como la habían dejado y pueden aceptarla dignamente. Tal cual es, Francia sería aún poderosa, y aunque geográficamente sea más pequeña, continuará moralmente siendo tan grande por su valor, su talento, sus artes y la influencia de su genio sobre el mundo. Puede haberse empequeñecido su territorio, pero no su gloria. El recuerdo de nuestras victorias le quedará como una grandeza imperecedera y que pesará siempre mucho en el porvenir de Europa. Servidla, pues, bajo los príncipes que en este momento le ha traído la variable suerte de las revoluciones, y servidla con ellos tal como lo habéis hecho conmigo. No les dificultéis más su tarea, sumamente difícil en sí, y dejadme, guardando solamente mi recuerdo.»

Lo que le producía una verdadera desesperación era dejar Francia tan reducida en límites después de haberla recibido tan extensa, y terminar su carrera con un tratado en el que no había podido estipular la conservación de ninguno de los intereses creados, ni aun la Legión de Honor y la bandera tricolor. «Este dolor,—añadía,—sobrepuja á los demás.» Y, sin embargo, pensaba aún en otras humillaciones que le esperaban; conocía perfectamente el odio de que estaban

(1) Aludía principalmente á Berthier, el compañero de sus primeras campañas, que se negó á seguirle á la isla de Elba.

animados algunos departamentos del Mediodía contra él, y más que la muerte, temía los ultrajes que podían acompañarla (1). No pudiendo soportar la idea de tener que sufrir algún suplicio infamante, se tomó una fuerte dosis de veneno que se había hecho preparar por su médico Iván durante la campaña de Rusia, y que llevaba siempre



Descensión de la estatua de Napoleón de la columna triunfal de la plaza de Vendôme. (Copia de un dibujo de G. Opiz)

consigo en una bolsa, cuando pudo temer el peligro de caer en manos de los cosacos. Pero el veneno, que hacía ya mucho tiempo estaba preparado, había perdido casi toda su eficacia, y, por otra parte, el estómago sumamente delicado de Napoleón no pudo soportarlo, sobre-

(1) Nada de exagerado tenían tan tristes previsiones. En 1815, Blucher prometió á sus soldados ahorcar á Napoleón ante sus filas, y nosotros hemos visto una hoja impresa en Inglaterra, destinada á la venta pública por las calles, en la que se lee: *The last diyng speech, confession and general character of Napoleon Bonaparte, who was executed on the new high street Birmingham. — Monday 11 avril 1814. Wadsworth, printer; Birmingham.* Encima hay un grabado grosero representando una ejecución en horca. Véase también el capítulo siguiente.

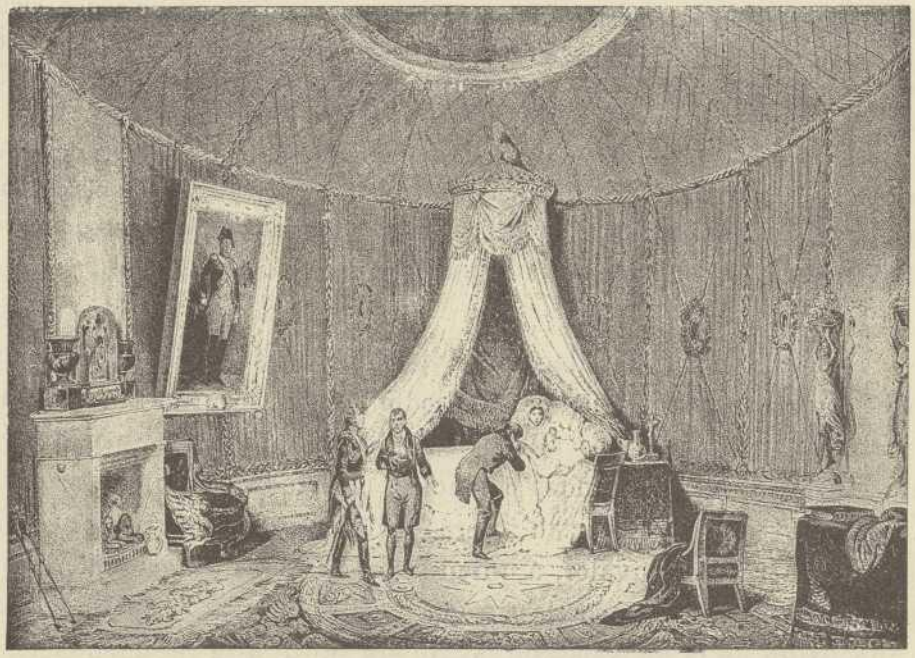
viniendo vómitos que le salvaron. «El destino ha decidido,—dijo;—preciso es vivir y ver lo que quiere de mí la providencia.»

Fijóse la partida de Napoleón para la isla de Elba en 20 de Abril. «Desde las primeras horas de la mañana acudieron en masa los habitantes de Fontainebleau y de sus cercanías, agolpándose delante de las verjas, mirando con ansiedad hacia el patio del Caballo blanco, en el que estaba formada la guardia veterana en doble línea. Los carruajes para el viaje estaban ya preparados al pie de la escalera del Herradero.» El general Bertrand, que había sucedido á Duroc en el cargo de gran mariscal de palacio, participó al Emperador que todo estaba dispuesto. «Napoleón sale de sus departamentos, y al entrar en la galería de Francisco I, encuentra reunidos en ella los últimos restos de su corte, el duque de Bassano, el general Belliard, el coronel Bussi, el coronel Anatolio de Montesquiou, el general Fouler, el barón de Mesgrigny, el coronel Gourgaud, el barón Fain, el teniente coronel Athalin, el barón de la Place, el barón Leborgne d'Ideville, el general Kosakowski, el coronel Wonsowitz. A sus lágrimas responde con la mano y la mirada, atraviesa silencioso la galería y el vestíbulo, y baja la escalera del Caballo blanco con paso seguro y rápido.» Ni una sola voz salió de las filas, el momento era demasiado solemne y la emoción de todos demasiado profunda. Todos habían pedido marchar con su general y envidiaban la suerte de sus compañeros, destinados á formar el único batallón que su jefe desterrado puede llevar consigo. Los tambores batiendo marcha interrumpen únicamente el silencio, hasta que el Emperador les hace seña de que quiere hablar:

«¡Soldados de mi vieja guardia, adiós! Durante veinte años os he visto siempre en el camino del honor y de la gloria. Tanto en estos últimos tiempos como en la época de mi prosperidad habéis sido siempre modelos de valor y de lealtad. Con hombres como vosotros nuestra causa no estaba perdida, pero la guerra debía ser muy larga; hubiera sido una guerra civil, que sólo hubiera aumentado las desdichas de Francia. Por esto he sacrificado nuestros intereses ante los de la patria. ¡Yo parto! vosotros, amigos míos, continuad sirviendo á Francia; su felicidad era mi única idea, por ella hago fervientes votos. No os aflijáis por mi suerte. Si he consentido en vivir es sólo para contribuir todavía á vuestra gloria. Quiero escribir los grandes hechos que juntos hemos realizado... ¡Adiós, hijos míos, quisiera abrazaros á todos sobre mi corazón; abrazaré á lo menos á vuestro

jefe. ¡Acercaos, general Petit, dejad que os abrace! Traedme el águila, dejádmela abrazar también ¡Oh águila querida, ojalá resuene en la posteridad el beso que ahora te doy! ¡Adiós, hijos míos! ¡Mi pensamiento no se apartará nunca de vosotros; acordaos también de mí!...»

Al escuchar tan sentidas palabras, los mismos emisarios extranjeros, el general ruso Schouvalof, el general austriaco Koller, el coro-



Muerte de la emperatriz Josefina, en la Malmaison. (Según el dibujo y la litografía de Tirpenne y Montheiier en la colección Hennin)

nel inglés Campbell y el general prusiano Waldburg-Truchsess, apenas podían contener su emoción. La despedida de Fontainebleau se recuerda, tanto en Francia como en el extranjero, como uno de los hechos más solemnes y más conmovedores de la historia. Véanse las palabras que el gran poeta inglés pone en boca de un soldado de Napoleón (1):

(1) Byron atribuye estas palabras á un oficial polaco al servicio de Francia. Compárense *Los dos granaderos*, de Beranger, y *Los dos granaderos*, de Enrique Heine, que la música de Schumann ha popularizado así en Franc[illegible]no en Alemania.

«¿Es realmente cierto, oh padre y señor, que te van á separar de los pocos valientes que te han sido fieles? ¿Quién podrá pintarte el dolor de tus soldados?...

»Yo amo á mi esposa, mi corazón no ha olvidado á mis amigos, pero ¿qué son el amor y la amistad comparados con el cariño y la lealtad de un soldado?... Idolo de tus guerreros, aunque grande en medio de las batallas, te has hecho todavía más grande en la desgracia. Otros, como tú, han podido conquistar el mundo, pero tú eres el único que ha soportado la adversidad sin dejarse abatir. Largo tiempo he afrontado la muerte á tu lado, y envidiaba el destino de aquellos valientes que morían bendiciendo al caudillo á quien tan bien habían servido... ¡Ah! ¿por qué no me ha sido dado morir como ellos, mucho más preferible que vivir para ser testigo de este espantoso día? Cárguenme tus enemigos de cadenas, que serán para mí muy ligeras si me permiten admirar todavía al genio que nada ha podido domar.

»¡Mi general, mi rey, mi amigo, adiós! Hasta este instante no había doblado nunca mi rodilla ni había suplicado nunca á mi soberano como ahora suplico á sus enemigos. Sólo pido una gracia, la de compartir el destino del héroe, su destierro y su tumba.»

Napoleón no había llegado al término de sus penalidades. La hostilidad de las provincias del Mediodía no le permitía atravesarlas sin escolta, por lo que los aliados le hicieron acompañar por cuatro representantes de las grandes potencias. Alejandro, en quien renació la generosidad al terminar su interés político, escogió para esta comisión al general Schouvalof, á quien dijo: «¡Os confío una comisión extraordinaria y me responderéis con vuestra cabeza de un solo cabelo que caiga de la de Napoleón!» No era inútil esta recomendación, pues más de una vez estuvo su vida en inminente peligro.

En Valence encontró al mariscal Augereau, el cual acababa de publicar una indigna proclama á sus tropas en la cual se decía: «¡Soldados, quedáis desligados de vuestros juramentos por la abdicación de un hombre que, después de haber inmolado millones de víctimas á su cruel ambición, no ha sabido morir como soldado!» Napoleón no se había enterado aún de proclama tan odiosa como ridícula, por lo que recibió á Augereau con cariño y hasta le abrazó al despedirse; pero se cuenta que el mariscal no correspondió siquiera por cortesía á estas muestras de amistad, y ni se dignó descubrirse delante de Napoleón. A medida que el séquito imperial se acercaba á Marsella se multiplicaban las demostraciones hostiles, hasta el punto de que el Emperador

se vió obligado á ponerse un uniforme extranjero para librarse de los insultos y aun tal vez de algún acto de violencia; llegó por fin á San Rafael, en donde se embarcó para la isla de Elba á bordo de una fragata inglesa.

Josefina, que había abandonado París al acercarse los aliados, supo en el castillo de Navarra la abdicación del Emperador y el proyecto de mandarle á la isla de Elba. «¡Ah, Hortensia,—exclamó, arrojándose llorando sobre su lecho,—encierran al pobre Napoleón en la isla de Elba! Si no fuese por su mujer, yo iría á compartir su cárcel con él.» Poco tiempo había de sobrevivir á la partida del Emperador, pues murió en 29 de Mayo en brazos de su hijo Eugenio y al lado de su hija desmayada.

Ya por entonces el emperador Alejandro decía confidencialmente á Caulaincourt que «la insensata conducta de los realistas no era menos peligrosa para la paz europea que las guerras injustificadas del Imperio.»

CAPITULO XV

LA ISLA DE ELBA Y LOS CIEN DÍAS

GOBIERNO DE NAPOLEÓN EN LA ISLA DE ELBA.—REGRESO DE NAPOLEÓN.—ACTA ADICIONAL. WATERLOO.—SEGUNDA ABDICACIÓN



L congreso de Viena proseguía lentamente su laboriosa tarea. Talleyrand, aprovechándose de las rivalidades que dividían á los vencedores, había sabido agrupar en torno de Francia, «el gran descontento,» los gobiernos á quienes asustaba la descarada ambición de Rusia y Prusia. En 3 de Enero de 1815 firmó con Inglaterra, Austria y los Estados secundarios de Alemania un tratado por el cual se volvía á colocar oficialmente á Francia entre las primeras potencias de Europa, pudiendo decir con razón á Luis XVIII: «Señor, esta vez se ha roto para siempre la coalición.» Pero no contaba con las faltas de los Borbones y la ambición del desterrado de la isla de Elba (1).

Así que llegó Napoleón á su pequeño reino, organizó los medios de defensa de que podía disponer y procuró, en cuanto pudo, con

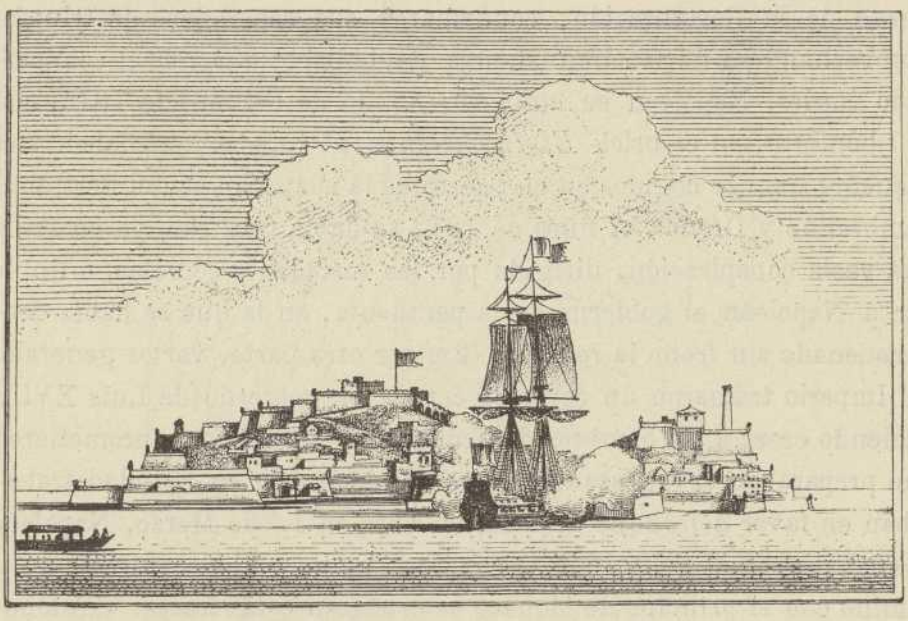
(1) Marcelino Pelet, *Napoleón en la isla de Elba. Revista azul*, 4 de Septiembre de 1886. — A. Gagniére, *Napoleón en la isla de Elba. Nouvelle Revue*, 15 de Julio de 1888. — Documentos publicados en le *Century magazine*, 1889. — Campbell, *Napoleón en Elba.*

ayuda de Bertrand y de Drouot, por el bienestar de sus habitantes. El general barón de Vincent, director de las fortificaciones de la isla, nos ha dejado curiosas notas sobre la llegada y los primeros días de la estancia del Emperador (1). Napoleón desembarcó en la tarde del 4 de Mayo de 1814, echándose á vuelo las campanas y saludándole las salvas de artillería. A las cinco de la mañana del día siguiente montó á caballo y visitó las fortalezas, eligiendo su habitación en el pabellón de ingenieros, en donde estaba alojado el general Vincent. El día 6 visitó las minas de hierro. «Prueba todo esto,—agrega el autor de estas notas,—que el Emperador no puede prescindir de ejercicios violentos y que cree que los demás hombres y todas las cosas están hechas para moverse continuamente; *su gusto es traer y llevar á todo el mundo.*» El 7 de Mayo, en una visita comenzada también á las cinco de la mañana, el Emperador visitó todos los edificios del interior, haciendo algunas indicaciones sobre su uso y su valor, y diciendo *que había observado que muchas veces sus paseos matinales le producían un millón de ganancia.*

Entonces comenzaron aquellas largas conversaciones que más adelante, en Santa Elena, debían constituir el único consuelo de las tristes veladas del destierro. El resto del día lo empleaba en el gobierno de su pequeño Estado; ordenó la construcción de caminos, de muelles, almacenes y fortificaciones, concluyó un tratado de comercio con Liorna, negoció otro con Génova; aumentó el batallón de 600 granaderos y cazadores que le concedió el tratado de Viena, aproximadamente, con 100 hombres de caballería, 20 marinos, 60 polacos, tres compañías de tiradores corsos, de cien hombres cada una, y creó una pequeña marina. Hizo ocupar en las cercanías de la isla de Elba un islote de rocas abandonado, que servía de guarida á los berberiscos,

(1) *Memorial de la isla de Elba*, en las *Memorias para todos*, tomo III (1835), páginas 155 á 206. Los compañeros de Napoleón parecía que se habían resignado con facilidad á su destierro. Drouot, en 28 de Junio de 1814, escribió al coronel de artillería Marin Dubuard una carta que tenemos presente, en la que dice: «Estamos aquí muy bien y me gusta mucho. La isla de Elba es sumamente agradable, sus habitantes son buenos, pacíficos y quieren á los franceses. Porto-Ferrajo es sin disputa el punto de guarnición que me ha gustado más.» En 16 de Octubre decía todavía: «Estoy cada día mejor en la isla, y sería el más dichoso de los hombres si no estuviese alejado de mis antiguos y buenos compañeros.»

los cuales eran aún entonces el terror del Mediterráneo. Preguntados algunos de estos terribles piratas si respetarían los Estados y los barcos del nuevo soberano, respondieron: «Nosotros no hacemos la guerra á Dios.» Su madre y su hermana Paulina se reunieron con él. Extrañábase de que no se le uniese María Luisa, pero se equivocaba respecto á ella; y pronto supo por las noticias del capitán Harault, á quien había encargado fuese á buscarla, y por las cartas de Meneval,



Vista de Porto-Ferrajo. (Copia de un grabado de la época)

que se había casado ya con el conde de Neipperg. *Dejecta conjuge tanto!* ¡El propio Metternich había facilitado esta solución, que tanto simplificaba las cosas!

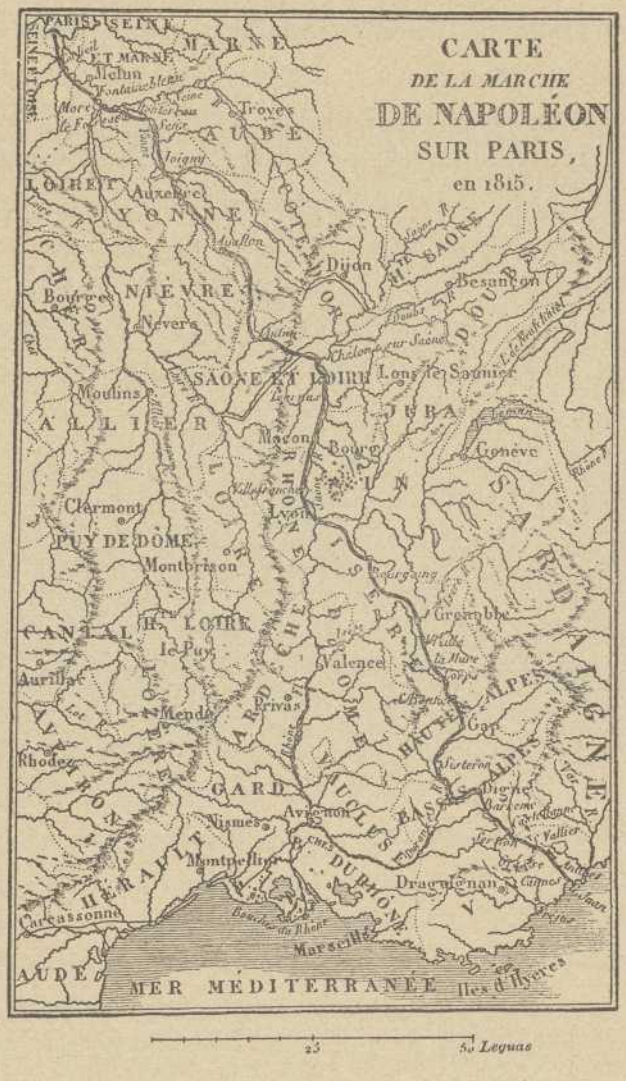
Napoleón seguía atentamente la marcha de los sucesos en Europa. Comprendía la impopularidad creciente de los Borbones, y durante los primeros meses de 1815 esperó su pronta caída, que preveía, temiendo únicamente que la revolución no se hiciese en favor suyo. El Congreso de Viena parecía que iba á terminar sus tareas de un momento á otro. Talleyrand, á pesar de la intervención del Czar y de lord Castlereagh, se negaba á pagar al desterrado de la isla de Elba la pensión que se había estipulado en los tratados, y por otra parte,

podían dar resultado los complots que incesantemente se tramaban contra la libertad y la existencia del Emperador, por lo que Napoleón se decidió á tomar la delantera á sus enemigos (1). Los preparativos de su evasión se llevaron á cabo con gran sigilo; habían ya empezado cuando recibió en secreto á Fleury de Chaboulón, antiguo auditor del consejo de Estado y subprefecto de Reims, que se había distinguido por su valor extraordinario en la campaña de 1814. Las indicaciones que le hizo Fleury respecto á los sentimientos que inspiraba el gobierno de la Restauración, confirmaron sus esperanzas de triunfo. Aprovechándose de la circunstancia de hallarse ausente el comisionado inglés, Napoleón se embarcó, en 26 de Febrero de 1815, con 900 hombres, en el brick *El Inconstante*, al que acompañaban tres pequeños buques cogidos en el puerto de la isla; iban con él Bertrand, Cambronne y Drouot. A fines de 1814 se había fraguado ya en Italia una vasta conspiración, dirigida por las sociedades secretas, á fin de dar á Napoleón el gobierno de la península, en la que se había desencadenado sin freno la reacción (2); por otra parte, varios generales del Imperio tramaron un complot contra el gobierno de Luis XVIII, haciendo creer á los hombres de acción que en él se comprometieron que preparaban el regreso del Emperador, cuando en realidad trabajaban en favor del duque de Orleáns. Pero en 1.° de Marzo, Napoleón desembarcó en el golfo Juan, cerca de Cannes, y al encontrarse en el camino con el príncipe de Mónaco se cruzaron estas frases: «¿Adónde vais? — A mi casa. — ¡Yo también!»

(1) Estos complots, que relatan las memorias de Rovigo, están confirmados en la obra de H. Houssaye sobre 1815. En Roma, unos frailes fanáticos se dispusieron á dirigirse á la isla para matar á puñaladas á Napoleón. En 12 de Junio, un oficial francés, el coronel C. de B., escribió á Tolón, al conde de Artois, proponiéndole el asesinato de Bonaparte por unos gendarmes de la isla de Elba, con los cuales estaba en tratos.

(2) Napoleón ha consignado en el *Memorial de Santa Elena* que, á su regreso de la isla de Elba, los españoles, que habían sido los que con más energía se habían opuesto á la invasión, se dirigieron inmediatamente á él diciéndole que, así como le habían combatido como tirano, iban ahora á pedir su auxilio como libertador contra el odioso gobierno de Fernando. El nuevo rey de España había dado en poco tiempo muestras de su carácter mezquino é informal; persiguió entre otros al ilustre Mina, y aun á riesgo de suscitar las mayores dificultades, le hizo arrestar en territorio francés, en el que se había refugiado, por el cónsul de España en Bayona, á pesar de la indignación de Luis XVIII, que logró poner en libertad al detenido. Lo que Napoleón dice respecto al modo de pensar de los españoles lo confirman las palabras que algunos años después dirigió el mismo Mina á Jerónimo Bonaparte (véase *Napoleón y sus detractores*, por el príncipe Napoleón, página 217).

Entonces empezó la marcha hacia París, que constituye uno de los hechos de armas más felices de la carrera de Napoleón. El jefe militar de Antibes no secundó sus indicaciones y en su vista empren-



Mapa indicador de la marcha de Napoleón sobre París en 1815.

dió la marcha inmediatamente, evitando la parte llana, cuyos habitantes, contrarios desde un principio á la Revolución, le hubieran seguramente opuesto resistencia. El alcalde de uno de los primeros pueblecillos que encontró á su paso, le dijo: «¡Empezábamos á estar

tranquilos y vais de nuevo á revolverlo todo (1)!» En vez de seguir el fácil camino de la cuenca del Ródano por Marsella, tomó el de la montaña á través del Delfinado, que creía le era adicto, y en el que tenía la ventaja de no hallar tropas considerables hasta Grenoble.

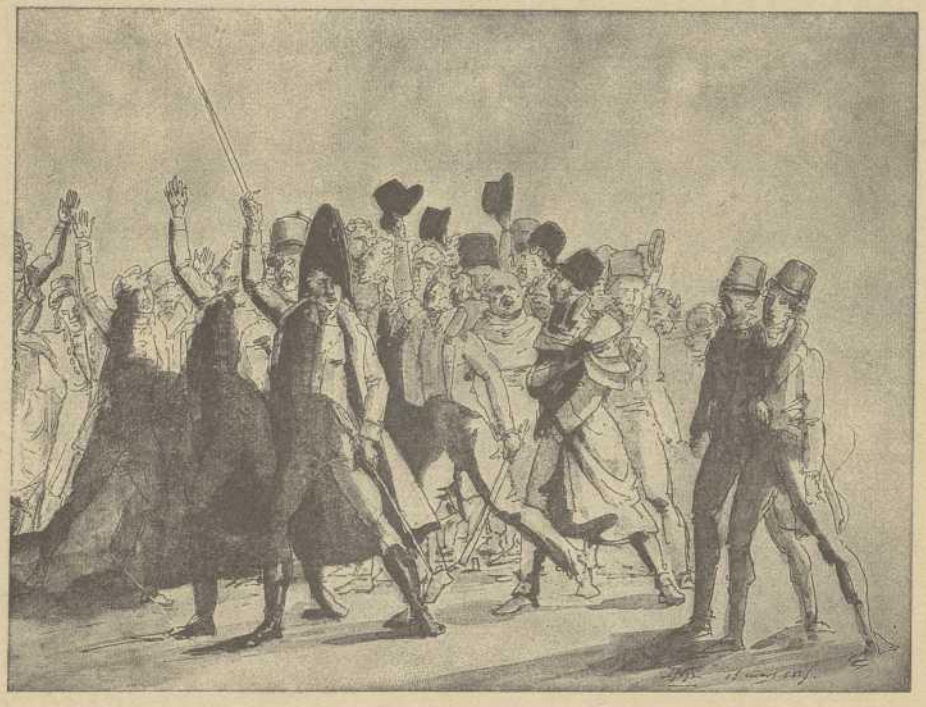
El éxito de la empresa dependía de la mayor rapidez posible; era preciso sorprender á todos y no dar tiempo al gobierno de la Restauración ni á los partidarios del Rey de Roma, á los que el Emperador temía extraordinariamente, y con motivo, para que preparasen la resistencia (2). En el Mure, entre Gap y Grenoble, encontró el Emperador por vez primera tropas francesas. El momento era decisivo; ordenó á sus granaderos que pusiesen sus fusiles á la generala, y adelantándose solo un buen trecho á su pequeña hueste, gritó: «¡Soldados del 5.° de línea, me conocéis?—¡Sí, sí!» Desabrochándose entonces mostró su pecho, diciendo: «¡Si hay uno solo entre vosotros que quiera atentar contra la vida de su general, de su Emperador, hágalo, aquí me tiene!...—¡Viva el Emperador!» respondieron los soldados. En vano el capitán Randón, futuro mariscal del segundo imperio, trató de detenerlos; mezcláronse con las tropas de la isla de Elba y sacaron de su mochila la escarapela tricolor, que llevaban oculta. Al otro lado del Mure encontró el 7.° de línea, que le presentó su coronel Labedoyere; en 7 de Marzo, Napoleón entró en Grenoble, que le abrió sus puertas sin resistencia. El triunfo de Napoleón había sido preparado por sus proclamas, que circularon primero manuscritas, é impresas así que su pequeña tropa entró en Digne. Escritas generalmente en tono declamatorio, estas proclamas recordaban que el Emperador, elevado al trono por el voto de los franceses, era el jefe del

(1) En la época de mayor apogeo de Napoleón, al ver que se le prodigaban por todas partes adulaciones que el mismo Luis XIV con dificultad había escuchado, preguntó un día á sus cortesanos: «¿Qué creéis que se dirá de mí cuando muera?» Y como cada uno buscase una respuesta halagadora, les dijo: «Ninguno lo adivináis; se dirá: ¡Uf!...»

(2) En el congreso de Viena se había tratado de llevarle á las islas Azores ó á Santa Elena. Por las Memorias de Rovigo consta que el partido de la Regencia á favor de María Luisa, en nombre del Rey de Roma, concibió la idea de asesinar al Emperador, llevando su audacia hasta dirigirse á Luis XVIII, creyendo que este príncipe, no pudiendo sospechar que se matase á Napoleón para que le sucediese su hijo, aprovecharía la ocasión para desembarazarse de un competidor y siempre peligroso enemigo; pero Luis XVIII rechazó indignado esta proposición, lo cual no fué óbice para que los miserables que habían concebido el proyecto persistiesen en él.

gobierno nacional; que venía á reclamar *su trono* á un príncipe que se apoyaba en vano sobre los *principios del feudalismo*. «La victoria, —añadía,—será rápida; el águila con los colores nacionales, volará de campanario en campanario hasta las torres de Nuestra Señora.»

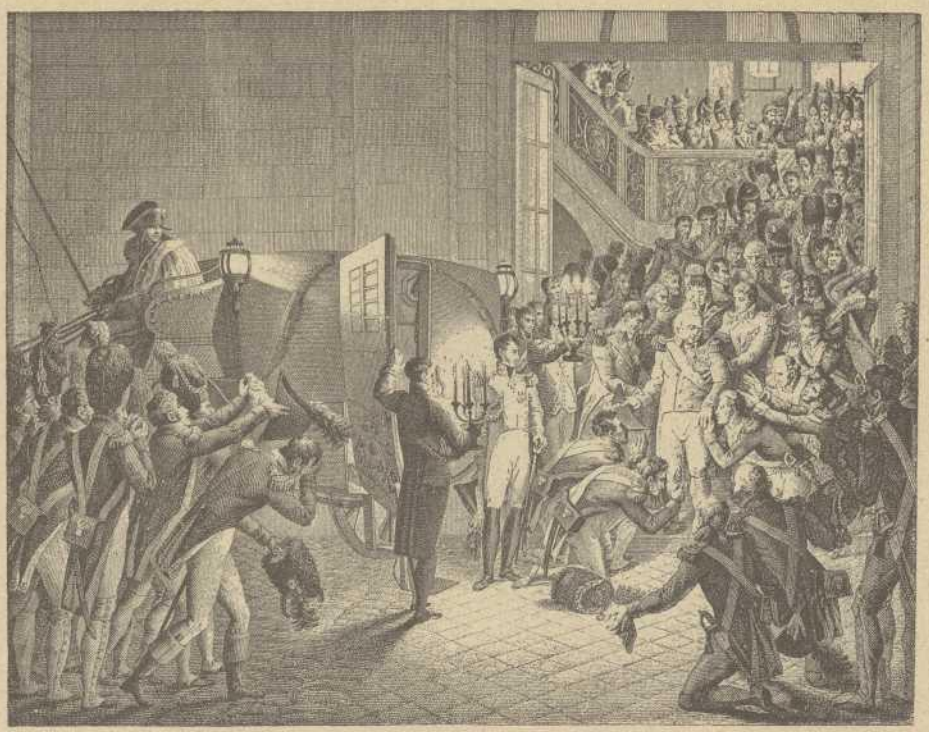
Esta noticia sensacional llegó muy tarde á París, el 5 de Marzo, cuando Napoleón estaba ya en Sisterón. El gobierno convocó las Cá-



Entrada de Napoleón en Lyón, el 10 de Marzo de 1815. (Copia de un dibujo de J. M. Jacomin)

maras y respondió á las enfáticas proclamas del Emperador con otras que no les iban en zaga: «Napoleón Bonaparte,—decía Luis XVIII, —queda declarado traidor y rebelde por haber invadido con gente armada el departamento del Var.» Se encargaba á todos «que le persiguiesen y le detuviesen.» «Los secuaces de dicho Bonaparte» debían también ser objeto de la persecución y comparecer como él ante los consejos de guerra. Estas amenazas no se cumplieron: Napoleón continuó avanzando. El conde de Artois, enviado á Lyón, mientras que el duque de Angulema marchaba desde Burdeos á Nimes y se encargaba á Ney el mando del Franco-Condado; el conde de Artois, repe-

timos, comprendió muy pronto la inutilidad de toda resistencia. «¡Ea, camarada,—dijo en una revista á un subteniente del 13.° de dragones,—grita: *¡Viva el Rey!*—De ningún modo, monseñor, no puedo; si he de dar algún grito será el de: *¡Viva el Emperador!*» En 10 de Marzo llegó Napoleón á Lyón; en dos días había recorrido el camino



La partida del Rey, el 19 de Marzo de 1815. (Copia de un dibujo de Heim, grabado por Couché hijo)

de Grenoble á esta ciudad, rodeado de sus tropas y de una entusiasta muchedumbre. Mientras verificaba su entrada en Lyón, entre las aclamaciones del pueblo, el conde de Artois, acompañado por un solo guardia nacional de caballería, emprendía precipitadamente el camino del destierro. Algunas horas después, el Emperador ocupaba la misma habitación del palacio arzobispal que el príncipe había abandonado (1).

(1) El diapasón de los periódicos de París indicaba los progresos de Napoleón: «*Bounaparte* ha desembarcado en el golfo Juan.»—«Grenoble ha abierto sus puertas al *general Bonaparte.*»—«*Napoleón* ha entrado en Lyón.»— *S. M. el Emperador* ha llegado al palacio de las Tullerías.»

Dueño de la segunda capital de Francia y seguro desde entonces de contar con la mayoría del ejército y del pueblo, á quien la conducta del nuevo gobierno había hecho temer el restablecimiento del antiguo régimen, Napoleón pudo actuar de soberano y volver á ejercer el poder que la derrota le había arrebatado hacía un año. Se publicaron nueve decretos que tenía ya preparados, y en los que, aparte



Regreso de Bonaparte, el 20 de Marzo de 1815. (Copia de un dibujo de Heim grabado por Couché hijo.)

de numerosos cambios en todo lo que la Restauración había restablecido, se disponía la disolución de las Cámaras, fundada tanto en la ilegitimidad de sus poderes como en las numerosas traiciones de que se habían hecho culpables para con el imperio caído, y finalmente, se convocaban elecciones generales en los departamentos, que debían celebrar una reunión extraordinaria en París dos meses después de la publicación del decreto. Esta Asamblea tendría el nombre de *Asamblea extraordinaria del Campo de Mayo* y la obligación de «tomar las medidas convenientes para corregir y modificar nuestras institu-

ciones con arreglo á los intereses y á la voluntad nacional» (12 de Marzo de 1815).

Napoleón prosiguió su marcha por Chalon-sur-Saone, Arnay-le-Duch y Avallon; el 17 de Marzo llegó á Auxerre. Ney, á quien Luis XVIII había confiado el mando del ejército del Este en Besanzon, prometió al monarca, que temía la influencia de los recuerdos en el ilustre lugarteniente de Napoleón, «que le llevaría al usurpador encerrado en una caja de hierro.» Pero en Lons-le-Saulnier se convenció de que sus tropas eran todas partidarias de Napoleón; despiértanse entonces sus antiguas simpatías, recuerda por otra parte las humillaciones de que su esposa había sido objeto entre los cortesanos, y una carta del general Bertrand determina su cambio completo. Lee á sus tropas una proclama que el partido bonapartista le había mandado, y lleva su ejército á Napoleón, que se encontraba ya en Auxerre (18 de Marzo). Luis XVIII no podía, pues, contar con el ejército, la inclinación de los militares era irresistible. La masa del pueblo vacilaba y estaba más sorprendida que entusiasmada; mas para mantenerse los Borbones hubiera sido preciso que hubiesen alcanzado algo de popularidad, cosa que no hicieron. Así, pues, mientras Napoleón llegaba á Fontainebleau en la mañana del 20 de Marzo, Luis XVIII abandonaba precipitadamente las Tullerías en dirección á la frontera del Norte.

La confianza del rey y del gobierno duró hasta el último momento, sucediendo después á ésta el más espantoso terror, surgiendo entre los cortesanos los planes más novelescos. Marmont y el conde de Blacas propusieron sostener un sitio en las Tullerías, pero esto era absolutamente imposible. Se pensó también en que el rey saliese al encuentro de Bonaparte, pero á esto decía M. de Vitrolles: «Bonaparte llegará probablemente por la puerta de Fontainebleau y Su Majestad saldrá por la misma puerta; pero ¿qué hacéis si, advertido de ello el usurpador, entrase por otra puerta?» En medio de la deserción general, ¿no era acaso lo mejor intentar reunir el ejército del Norte detrás de París? Esto es lo que intentó Luis XVIII, esperando cuando menos poder encerrarse en Lille; pero ya era demasiado tarde.

Napoleón, entretanto, avisado por Lavalette, que se había puesto al frente de la dirección de Correos, llegó á París hacia las nueve de

la noche, veinticuatro horas después de la precipitada salida del rey, de los príncipes y de la corte. Al detenerse el carruaje en el Carrousel, le rodeó una oleada de oficiales que le llevaron en hombros, haciendo así su entrada en aquel palacio en el que durante veinte años se habían sucedido tantas escenas de gloria y de dolor. Le esperaba una gran parte de las grandes damas y de los altos dignatarios de su antigua corte.

En algunas provincias se intentó la resistencia. El duque de Angulema con M. de Vitrolles trató de sublevar el Mediodía, y hasta hubo un pequeño encuentro en la Vendée, pero fracasaron todos estos esfuerzos. La duquesa de Angulema se vió obligada á embarcarse en Burdeos, y el duque cayó prisionero de Grouchy, en la cuenca del Ródano, y fué desterrado por orden de Napoleón. Vitrolles fué encerrado en Vincennes. Luis de la Rochejacquelein, que había acompañado al rey á Gante, regresó á Francia, aconsejado por Wéllington, que se proponía distraer á Napoleón con un movimiento hacia la parte del Loira. Sublevó una parte de la Vendée, fué derrotado en Aizenay por el general Travot y murió al cabo de poco tiempo en las cercanías de Bressuire.

El Imperio restaurado debía dar á Francia las garantías de orden y de libertad que había prometido en 26 de Febrero. El ministerio nombrado por Napoleón estaba compuesto por personas que en general eran simpáticas á la opinión pública: Davout, Cambaceres, Fouché, Carnot, á quien nombró conde del Imperio, y que, según Guizot, le sirvió con torpeza y frialdad. Uno de los primeros á quien llamó fué á Mollien, al que tuvo que enviar á buscar tres veces. Al presentarse Mollien en las Tullerías, el Emperador le abrazó y cogiéndole las manos, le dijo: «En una situación tan crítica como ésta no os negaréis á volver á vuestro puesto.» Mollien, sumamente conmovido, en vez de aceptar, hablaba de aquel inesperado regreso. «Querido,—le dijo Napoleón,—ha pasado ya el momento de los cumplidos: me han dejado llegar como han dejado que los otros saliesen.»

Forjábanse múltiples proyectos de constitución, por lo que convenía poner término á una situación en que lo arbitrario podía atreverse á todo.

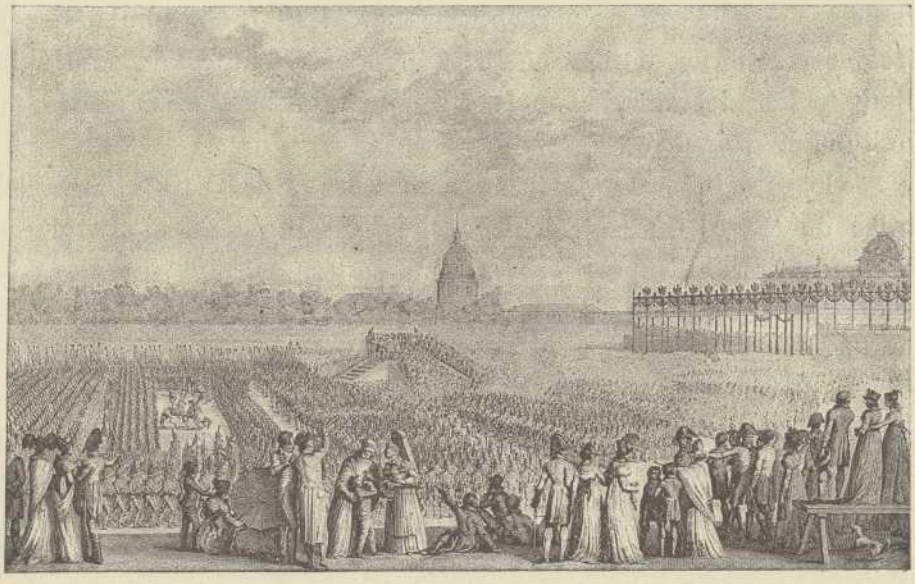
Napoleón cortó por lo sano, y en 14 de Abril mandó llamar á

Benjamín Constant, á quien se consideraba como el primero de los publicistas constitucionales y de quien confiaba que, á pesar de su hostilidad personal para con él, podría atraerle á la causa imperial. No se engañaba por cierto el Emperador; Benjamín Constant, aunque acababa de publicar un artículo de violencia extraordinaria, comparando á Napoleón con Genserico y Atila, se sintió halagado por la elección y aceptó sin dificultad el encargo de preparar la nueva constitución, redactando con gran presteza la llamada *Acta adicional de las constituciones imperiales*, que se publicó en 23 de Abril (1).

No quiso Napoleón que se considerase este trabajo como una constitución nueva; de aquí el título de *Acta*. En su virtud, el poder legislativo se ejercía por el Emperador y dos Cámaras, una de pares, nombrados por el Emperador en número limitado, y otra de diputados, compuesta de 628 miembros, que debía renovarse cada cinco años. Los diputados debían elegirse por las dos clases de colegios electorales, de departamento y de distrito, que á su vez recibían sus poderes vitalicios de las asambleas comunales, de las que formaban parte todos los ciudadanos franceses. La industria y la propiedad fabril y comercial debían tener una especial representación, elegida por el colegio electoral del departamento de entre una lista de elegibles formada por las cámaras consultivas de artes é industrias y las cámaras de comercio reunidas. La Cámara de diputados nombraba su presidente, cuyo nombramiento debía ser ratificado por el Emperador. Las Cámaras debían votar anualmente el presupuesto; las sesiones eran públicas. Los ministros podían escogerse entre los miembros de las Cámaras, aunque no era obligatorio el que perteneciesen á ellas, y eran responsables. Se consignó la libertad de la prensa, sin censura previa de ningún género y sometida á los tribunales ordinarios. Napoleón accedió á la opinión de Benjamín Constant, creando pares hereditarios; pero, á pesar de su oposición, conservó la pena de confiscación para los delitos contra el Estado.

(1) Pasaremos rápidamente sobre la historia política y constitucional de los Cien días, que más bien constituye la continuación de la historia de la primera Restauración. Véase Duvergier de Hauranne, *Historia del gobierno parlamentario*, t. II y III;—Villemain, *Recuerdos contemporáneos*, t. II;—Edgardo Quinet, *Campaña de 1815*, y las varias historias de la Restauración, Viel-Castel, Vaulabelle, Lubis, Nettement, Lamartine, *Memorias de Vitrolles*, etc.

El Acta adicional era la constitución modificada en sentido democrático, con sufragio verdaderamente popular, pudiéndose afirmar que ha sido la constitución más liberal que ha tenido Francia. Tal es el juicio que le merece á madama de Stael. Sismondi escribió en su elogio varios artículos, á consecuencia de los cuales Napoleón le mandó llamar y tuvo con él una conferencia célebre, en la que dijo que á los Franceses sólo les faltaba el buen sentido político para ser



La fiesta del Campo de Mayo. (Copia de un grabado anónimo de la colección Hennin.)

una nación incomparable. Todo parece confirmar que Napoleón obraba sinceramente al dar á Francia una constitución liberal; él mismo había repetido en distintas ocasiones que, después de él, debía llegarse á tal estado; así, pues, su regreso venía á constituir un nuevo reinado. Algunos han supuesto que Napoleón victorioso no habría soportado las restricciones que el Acta adicional ponía á su poder. E. Pelletán no participa de esta opinión, y cree que el desastre de Waterloo fué funesto hasta para la libertad política de los Franceses. Desgraciadamente, según la frase de Thiers, «Francia no creía más en Napoleón cuando hablaba de libertad que Europa al hablar de paz.» Poco después se publicó un decreto dando á los municipios el derecho de elegir sus empleados y sus alcaldes en aquellas poblaciones donde este

nombramiento no se había reservado al Emperador, derecho que perdieron en la segunda Restauración y que no volvieron á recobrar hasta 1848.

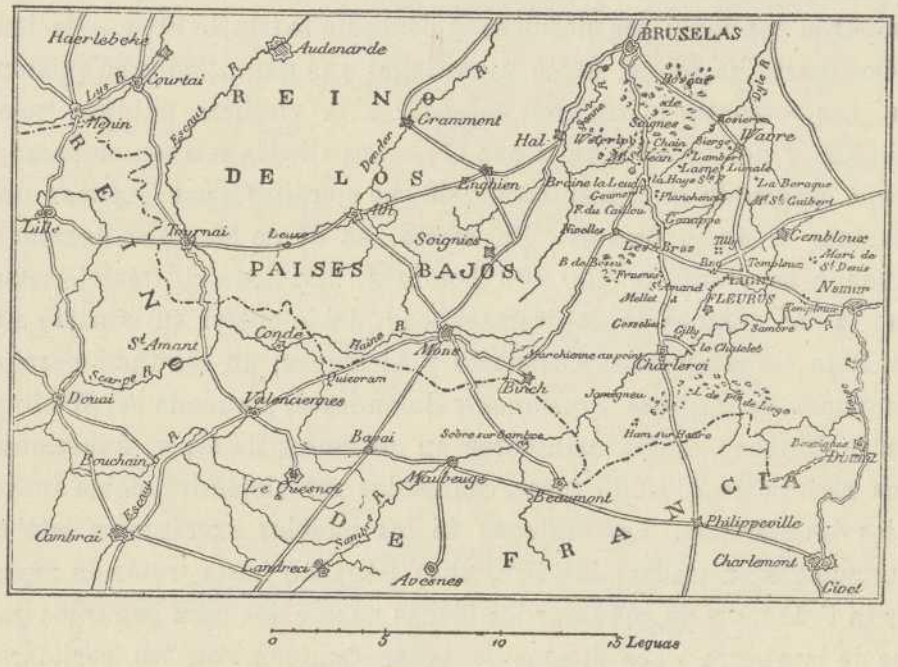
La nueva Constitución, publicada en 23 de Abril en el *Monitor*, se sometió á un plebiscito, que se llevó á cabo con completa libertad y que dió una gran mayoría á su favor (1.300.000 *sí* contra 4.206 *no*), pero señalando un gran número de abstenciones; éstas fueron aún mayores hasta en las elecciones de diputados, en las cuales, por otra parte, el gobierno no ejerció la menor presión. Sólo hubo diez y siete departamentos en los que el número de votantes excedió á la mitad de los electores, y en la Gironda y en las Bocas del Ródano sólo hubo de quince á veinte votos en cada colegio.

Todo esto había contribuído á retardar la proyectada fiesta del Campo de Mayo, que se verificó en 1.° de Junio en el Campo de Marte, frente á la Escuela Militar, reuniéndose 30.000 guardias nacionales, una parte del ejército de París, comisiones de todos los regimientos y representaciones de todos los departamentos. Napoleón se presentó con el traje imperial que había estrenado el día de la consagración, acompañado por varios príncipes de su familia y grandes dignatarios. Después de un oficio solemne, como en 14 de Julio de 1790, se proclamó el resultado del plebiscito sobre el Acta adicional; Napoleón juró en seguida sobre los Evangelios las constituciones imperiales y distribuyó las águilas á las tropas, en medio de entusiastas aclamaciones.

Como el Emperador había manifestado á las Cámaras en 7 de Junio, la guerra era inevitable, por lo que salió secretamente de París el día 11 hacia la frontera Norte, para reunir en ella su ejército; iba á comenzar el último acto de este gran drama.

Los monarcas de Europa no dieron, en efecto, el menor crédito á las seguridades de paz de Napoleón y habían roto toda relación con el nuevo gobierno. No podía tampoco pensarse, como en Viena, después de la reunión del Campo de Mayo, en la regencia del rey de Roma, para lo cual hubiera sido preciso que María Luisa se hubiese reunido con su esposo, cosa que no preocupó á ésta en lo más mínimo. Los tardíos escrúpulos que pudieron surgir en ella respecto al divorcio de Napoleón, habían desaparecido con la muerte de Josefina, por lo que

la conducta de María Luisa en esta ocasión fué verdaderamente reprobable, ya que no se trataba únicamente de su marido, sino de su hijo. El czar Alejandro, sumamente disgustado por el tratado de 3 de Enero de 1815, firmado por Talleyrand con Austria é Inglaterra contra Rusia y Prusia, é instado por la ingratitud de los Borbones, que habían olvidado, según decía, que le debían el trono, parecía dispuesto á mantener los derechos de Napoleón II, y se había llegado á ofrecer



Mapa general de la campaña de 1815

secretamente el trono á María Luisa (1). Azorada, en un principio, completamente por la noticia del regreso de Napoleón, no tardó mucho

(1) Algunos meses después, Alejandro decía á lord Clancarty: «Podríamos haber establecido la regencia, pero la archiduquesa *María Luisa, á quien hablé, se negó en absoluto á regresar á Francia.*» Durante el congreso de Viena, y ya desde 1814, se había esparcido el rumor del divorcio de María Luisa y se hablaba de su casamiento con Federico Guillermo III, rey de Prusia, viudo, como sabemos, de la reina Luisa desde 1810. El anciano príncipe de Ligne decía en esta ocasión: «Mirabeau pretendía que no es difícil que un hombre de talento llegue á cometer un disparate haciéndoselo recordar todos los días, por espacio de un mes, por su ayuda de cámara; pero en verdad los novelistas de Viena creen sumamente firme nuestra imaginación. No sé cómo el Robinsón de la isla de Elba tomará este chiste.» El príncipe de Ligne no podía, por cierto, suponer que la realidad era mucho más increíble, y mucho más triste para María Luisa, que los rumores

en tranquilizarse, confiando en que « todo concluiría del mejor modo posible.» Y al leer después el boletín del ejército que anunciaba tantos desastres y la ruina de aquel que había hecho de ella la soberana más gloriosa y más potente de Europa, «complacióse como todos con las buenas noticias que contenía. »

Tres semanas después del desembarco de Napoleón en Provenza, en 13 de Marzo, se publicó un manifiesto colectivo de los monarcas, reunidos en Viena, en el que se declaraba la guerra á Napoleón. « Al romper el convenio por el que se le concedió la isla de Elba,—decían, —Bonaparte ha roto el único título legal que garantizaba su existencia. Las potencias le declaran acreedor á la vindicta pública, como enemigo y perturbador de la paz (1).» Los aliados estaban preparados y sólo esperaban la concentración de sus ejércitos para pisotear una vez más el suelo francés. En efecto, en 31 de Marzo se decretó la salida á campaña de 800.000 hombres, divididos en tres ejércitos: uno, á las órdenes de Schwartzenberg, debía operar en la parte alta del Rhin, lo componían Austriacos y Alemanes; un segundo ejército, compuesto de Ingleses, Prusianos y Holandeses, mandado por Wéllington y Blucher, debía maniobrar en los Países Bajos, y, finalmente, una reserva de 200.000 rusos, mandados por Alejandro, debía apoyar á los dos ejércitos. Las pasiones de los pueblos extranjeros estaban sumamente excitadas; los Prusianos llegaban hasta tratar de repartir la Francia y de confiscar los bienes nacionales para pagar los gastos de la guerra. Los aliados contaban también con los partidarios

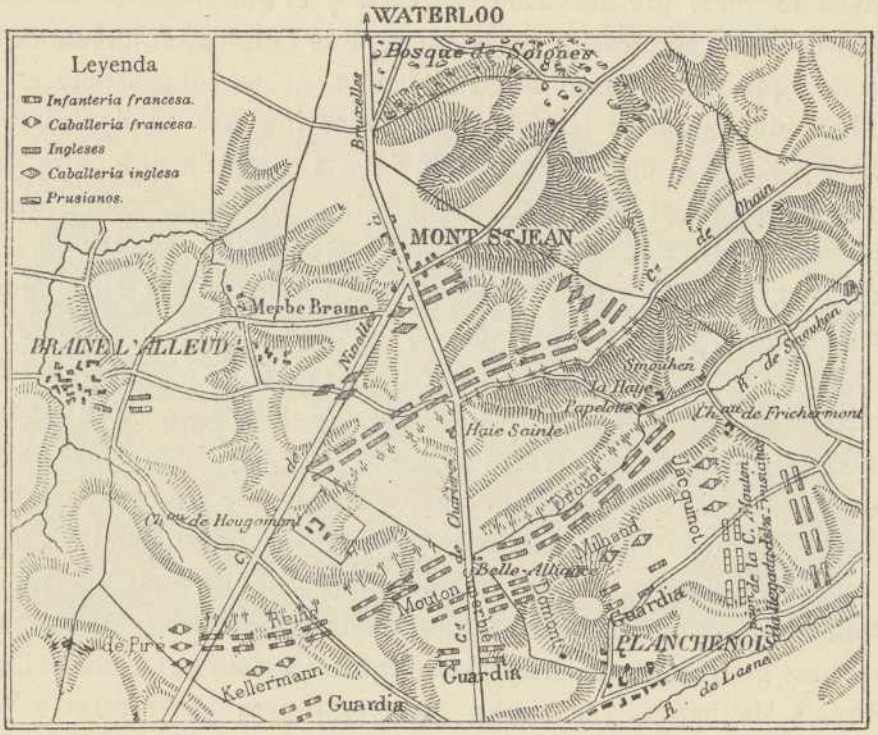
---

que se habían propalado. La hija de su rey, la esposa de Napoleón, no había esperado siquiera un año para casarse, no con un rey, ni siquiera con un príncipe, sino con su chambelán.

(1) Ginguené, en la comisión oficiosa que desempeñó en Suiza con el general Laharpe, que debía venir desde Viena á Zurich, y por cuya intermediación esperaba Napoleón entrar en relaciones con el congreso de Viena, se convenció, por las palabras del general, de la falsa idea que tenían en Viena respecto á la situación de Francia y á las disposiciones de Napoleón: una conjuración contra los jefes del ejército para llamar al Emperador; todo preparado para recibirle; las tropas todas en su favor; las poblaciones, estupefactas y aterradas, abriéndole sus puertas; la soldadesca amenazadora dominando en todas partes con el sable y la bayoneta; el Emperador furioso y forjando en su mente planes de conquista, de destrucción y de venganza; todas sus promesas, ilusorias; la paz imposible con él; sus partidarios en Francia, escasos; numerosos los de los Borbones y dispuestos á entrar en acción; tal es el cuadro que se habían forjado respecto al estado de la nación.

que tenían en Francia, y que verdaderamente habían aumentado desde 1814; confiaban, además, en las conjuraciones que se tramaban en la misma corte de Napoleón.

Napoleón se vió, pues, obligado, así que llegó á las Tullerías, á preparar una nueva campaña, haciéndolo con el mayor sigilo y retardándolo cuanto le fué posible para no asustar á su pueblo. Sin em-



Plano de la batalla de Waterloo

bargo, gracias á varias medidas que tomó, dictadas una vez más por su prodigioso talento organizador, aun pudo poner sobre las armas en pocos meses unos 400.000 hombres. Mandó fortificar varias plazas; París quedó defendido por el norte por medio de nuevos fuertes y en la parte sur terminó los trabajos ya comenzados. Gracias á la habilidad del barón Luis y de Mollien, pudo disponer inmediatamente de sumas considerables, haciéndose los armamentos con extraordinaria rapidez; á mediados de Junio tenía 124.000 hombres en el ejército del Norte, dispersos en una línea que se extendía desde Lille hasta Mezieres. Napoleón tenía dos planes para escoger: ó dejar que los

aliados entrasen en Francia, defendiéndose entre el Sena y el Marne, lo cual le permitía reunir las tropas de las fronteras y las que continuaban armándose en aquellos momentos, ó bien tomar la ofensiva y caer solamente con una parte de sus fuerzas sobre el ejército más próximo, vencerle, y ayudado por el prestigio de una victoria, aplastar á los aliados en la línea del Rhin. Este último plan era el que presentaba mayores probabilidades de éxito y el que Napoleón escogió. En 14 de Junio se presentó en la frontera de Bélgica, en medio de su ejército, que con prodigiosa habilidad se había concentrado en el Sambre, sin despertar las sospechas de los Ingleses ni de los Prusianos, y viéndose desde el principio de esta campaña de cuatro días brillar el genio de Napoleón, fecundísimo como nunca en grandes recursos. Wéllington permanecía sobre el Escalda, con su cuartel general en Bruselas y apoyándose en el litoral; Blucher en el Mosa, con su cuartel general en Namur y su base de operaciones sobre el Rhin. El Emperador resolvió separar los dos ejércitos enemigos y batir primeramente á Blucher, arrojándose en seguida sobre Wéllington. Conociendo el carácter de ambos generales y las cualidades de sus tropas, esperaba que Blucher tardaría más en ser socorrido por Wéllington que Wéllington por Blucher. Mientras que el ejército francés se concentraba en la frontera entre Philippeville y Solre-sur-Sambre, acudiendo por columnas separadas desde Metz, París, Mezieres y Laón, las guarniciones de las plazas francesas del Norte, desde Dunkerque á Maubeuge, verificaban maniobras para hacer creer á Wéllington que Napoleón desembocaría por Mons en dirección á Bruselas (1).

En 15 de Junio fué sorprendida en Charleroi la división prusiana de Ziethen, que presentó poca resistencia. Desgraciadamente, la deserción del general Bourmont, efectuada en la madrugada del mismo día 15, sin prestar ningún auxilio directo al enemigo, vino á sembrar entre los soldados gérmenes de desconfianza contra sus jefes. Los prusianos fueron rechazados al galope hasta Fleurus, y las divi-

(1) Puede verse en la novela de Thackeray, *La feria de la vanidad*, un cuadro lleno de vida que pinta la sorpresa del ejército inglés al tener noticia de la entrada de Napoleón en Bélgica.

siones francesas se establecieron en la orilla izquierda del Sambre, sin ocupar, sin embargo, en el camino de Namur á Bruselas, la posición de Quatre-Bras, que entonces hubieran podido conquistar fácilmente. Ney, á causa de un error en la apreciación de las fuerzas que tenía á su frente, no maniobró con bastante rapidez, y los aliados pudieron evitar así el quedar separados desde el primer día.

Al día siguiente, Napoleón encargó á Ney que con 20.000 hombres arrojase á los ingleses de Quatre-Bras, en donde hubiera podido



Napoleón en Mont Saint-Jean. (Copia de un cuadro de Steuben)

pernoctar la víspera, mientras que él atacaría á Blucher y á sus prusianos, que ocupaban la meseta de Bry, entre Fleurus y Sombreffe, protegidos en su frente por el riachuelo de Ligny, cuyas orillas estaban defendidas por los pueblecillos de Saint-Amand y Ligny. La batalla, empezada á las tres de la tarde, duró hasta la noche y fué sumamente terrible. Los pueblecillos, conquistados y perdidos alternativamente, quedaron por fin en poder de las tropas francesas; pero dueños los Prusianos de las alturas situadas detrás del Rhin, opusieron una obstinada resistencia. Napoleón, convencido de que Ney sólo tenía frente á él la vanguardia, le recomendó que, después de haberse apoderado de Quatre-Bras, se lanzase sobre los Prusianos, contando también con que la división de Drouet de Erlón, que se hallaba

situada entre los dos ejércitos, podría servir de refuerzo en aquel punto en que su presencia fuese más necesaria. Desgraciadamente, Ney había tropezado con todo el ejército inglés, por lo que la batalla fué tan encarnizada como la de Ligny; el mariscal demostró en ella su acostumbrado heroísmo, pero se le vió presa de una sombría inquietud. «¿Veis esas balas?—decía á sus ayudantes,—quisiera que todas ellas me diesen en el vientre...» Los Ingleses quedaron dueños de Quatre-Bras, y Ney, aunque no contaba más que 16.000 hombres contra más de 35.000, conservó también su línea de batalla y no pudo ser desalojado de Frasnes; de modo que los Ingleses no pudieron posesionarse del campo de batalla de Ligny. Erlón, reclamado alternativamente por Napoleón y por Ney, pasó la jornada misérrimamente, errando entre ambos ejércitos durante todo el día y siendo tan inútil al uno como al otro; sin embargo, el objetivo principal, ó sea la separación de Ingleses y Prusianos, se había logrado.

En la tarde del 16 de Junio se retiró Blucher, con pérdida de 18.000 hombres, y aunque maltrecho á causa de una caída de caballo y pisoteado por la caballería francesa, pudo llevar sus tropas á Wavres á unas cuatro leguas de los Ingleses. Wéllington había renunciado, en efecto, á la posesión de Quatre-Bras, estableciéndose en Mont-Saint-Jean, en la bifurcación de los dos caminos de Bruselas á Nivelles y de Bruselas á Namur, cubriendo de este modo la aldea de Waterloo, en la que fijó su cuartel general, apoyándose en el bosque de Soignes. Reconcentró todas sus fuerzas y ocupó posiciones bien escogidas desde el punto de vista defensivo. Consistían éstas, como en Talavera, en Fuentes de Oñoro y en los Arapiles, en una llanura elevada protegida por un torrente ó una pendiente rápida; pero en esta ocasión había cometido una falta capital, porque en caso de un desastre no tenía asegurada la retirada, pues detrás del ejército inglés sólo había un desfiladero. Los hechos, sin embargo, determinaron en parte el triunfo de Wéllington precisamente por la elección de tan defectuoso campo de batalla, que hacía, si no imposible, cuando menos muy desastrosa la retirada, lo cual le decidió á defenderlo hasta el último extremo. Por otra parte, supo sacar un provecho admirable del terreno.

Napoleón pasó toda la mañana del 17 de Junio practicando reconocimientos para hacerse cargo de la situación; encargó á Grouchy,

recientemente ascendido á mariscal, la misión de contener á los prusianos de Blucher, mientras que él, uniéndose á las tropas de Ney y á las de Erlón, marcharía contra los Ingleses. En la tarde del 17 llegó frente á Wéllington, con un tiempo espantoso de lluvia y viento continuo, acampando en una llanura de cierta extensión en cuyo centro se halla la aldea de Planchenoit, á la derecha del camino de Bruselas á Namur.

En la mañana del día siguiente, 18 de Junio, pudo verse á los

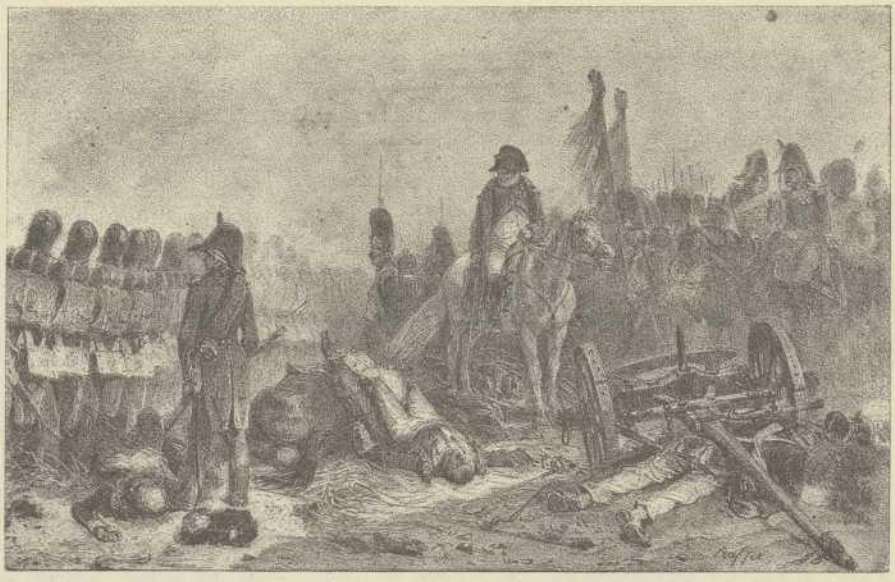


Ultima carga de los lanceros rojos en Waterloo. (Copia de una litografía de Raffet)

Ingleses formados en la meseta, con su centro en la Haie-Sainte; á su derecha tenían el castillo de Hougoumont y á la izquierda Smoahen, Papelotte y Ohain, en dirección á Wavres, por donde podía llegar Blucher. Las fuerzas de ambos ejércitos eran aproximadamente iguales: el Emperador tenía 72.000 hombres, Wéllington 70.000. En aquel día se iba á jugar la suerte del mundo.

Lo mismo que en Ligny, la batalla comenzó tarde: convenía que la tierra, anegada en lluvia, tuviese tiempo suficiente para afirmarse y permitir las maniobras de la artillería. «Napoleón, con su certero golpe de vista, había reconocido en seguida el punto débil de la posición inglesa: el ala izquierda. En su consecuencia, concibió su plan, que consistía en simular un ataque sobre Hougoumont para llamar

hacia esta parte la atención del enemigo, mientras que el grueso de sus fuerzas atacaría el ala izquierda inglesa rechazándola hacia Mont-Saint-Jean, tratando de cortarle el camino de Bruselas, único punto por donde podía retirarse el enemigo. Además, la división del mariscal Grouchy, destacada en persecución de los Prusianos, tenía orden de reunirse inmediatamente, prolongando el ala derecha de nuestro ejército.» (DUBAIL.)



«¡Media vuelta á la izquierda!.. ¡Preparen!, ¡fuego!, ¡carguen!» Waterloo, 18 de Junio 1815 á las seis de la tarde
Copia de una litografía de Raffet

A las once, Napoleón, que acababa de revistar sus tropas entre grandes aclamaciones, mandó atacar el castillo de Hougoumont; pero sus órdenes fueron mal interpretadas, y en vez de una simple demostración se trabó un combate terrible en el que se empeñaron inútilmente tres divisiones, sufriendo pérdidas considerables. Al propio tiempo ordenó á Ney que atacase el centro y la izquierda de los Ingleses; pero las columnas de ataque, por un error de táctica casi inexplicable, se formaron en compactas masas por divisiones de ocho batallones, en las que los proyectiles enemigos produjeron espantosos destrozos. Además, en vez de atacar la Haie-Sante con la artillería, fué conquistada por la infantería, sufriendo pérdidas enormes.

Pero mientras se verificaban estos varios movimientos, la van-

guardia de los Prusianos, mandada por Bulow, amenazaba envolver al ejército francés. Aun era tiempo de suspender la acción y de retirarse con fuerzas casi intactas, y sin comprometer el porvenir; pero Napoleón no pensó en ello y encargó á Lobau que contuviese á Bulow como lo hizo, lo cual no dejaba de ser una singular dificultad, por verse obligado á distraer una parte de su ejército detrás de la línea de batalla. En la derecha, Drouet de Erlón había llegado á las manos con la infantería escocesa cuando los escuadrones ingleses cayeron



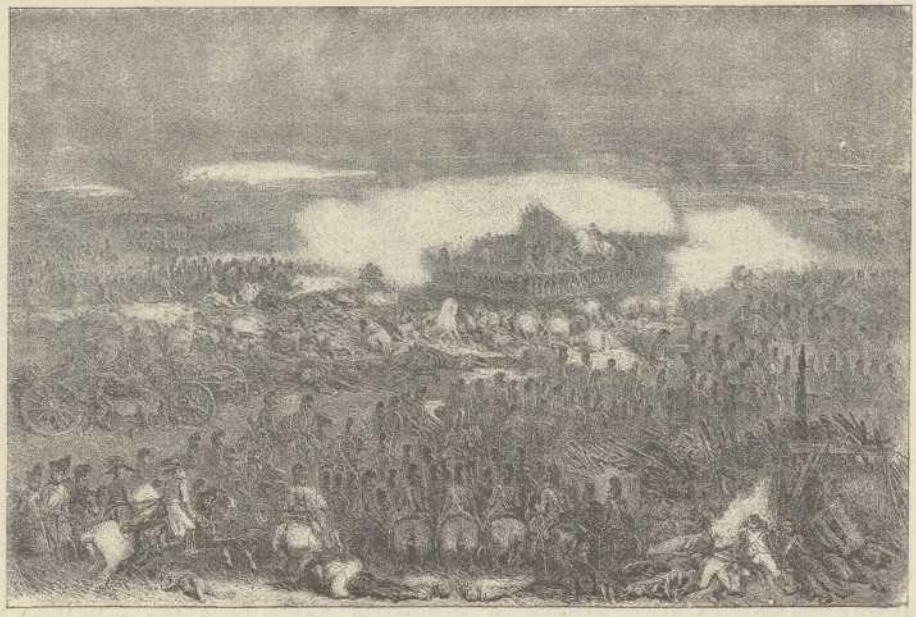
Waterloo (18 de Junio de 1815). (Copia de una litografía Raffet)

sobre la infantería francesa, y en una carga impetuosa (Wéllington mandó, según se dice, quitar la cadenilla barbada á los caballos) la lanzaron al fondo del valle; pero los coraceros y los lanceros franceses cargaron á su vez y vencieron á los dragones enemigos. No se había visto nunca, en ninguna de las guerras del Imperio, semejante carnicería (1).

A las tres, Ney, dueño de la Haie-Sainte, y una vez rechazados los Ingleses hasta la llanura, quiso apoderarse de ésta, á cuyo objeto Napoleón le mandó una parte de la caballería. Los coraceros y los lanceros de la guardia ganaron al trote largo la altura de Mont-Saint-Jean; el sol, que ya había salido, hacía brillar los cascos y los sables, y en medio de un inmenso grito de *¡Viva el Emperador!*, la caballe-

(1) En este momento de la batalla murieron el general Picton, jefe de la infantería escocesa, y el general Ponsonby, que mandaba los dragones ingleses.

ría se lanzó sobre los cañones ingleses valiéndose de una estratagema, y al abrigo de un ligero accidente del terreno se presentó ante el enemigo. Wéllington, impaciente por la tardanza de Blucher, tenía su reloj en la mano y miraba la hora á cada momento. De pronto, cuenta un testigo ocular que servía á las órdenes de Wéllington (1), apareció en la altura que ocultaba al enemigo un arrogante oficial francés, cuyo casco y coraza brillaban heridos por el sol, el cual al apercibir á



Retirada del batallón sagrado en Waterloo. (Copia de una litografía de Raffet)

Wéllington le dijo: « General, el mariscal Ney y toda nuestra caballería van á asaltaros. ¡Preparaos, creedme, no tenéis un instante que perder! » Wéllington tuvo presente el aviso, y la caballería francesa, después de haberse apoderado de una parte de la artillería inglesa y destruído su caballería y gran número de cuadros de infantería, se vió obligada á retroceder. Ney ordenó un nuevo ataque. No fueron ya 5.000 hombres, sino 10.000, los que se lanzaron sobre los cuadros británicos en esta carga de caballería, la más célebre de los tiempos modernos.

(1) Este testigo refirió el hecho á Segur, quien además conoció al triste héroe de esta aventura y no quiso nombrarlo (véase *Memorias, Mélanges*, pág. 279).



Batalla de Waterloo (18 de Junio de 1815) (Cuadro de Steuben, grabado por Jazet)

Montez sur le plateau, centre de l'ennemi!
A vous, soldats de Ney, cuirassiers de Valmy,
Cavaliers de Milhaud! partez, la charge sonne!
La voyez-vous passer, l'accablante colonne!
Ces centaures massifs, aux gigantesques flancs,
A la tête de fer, aux pieds étincelants,
D'hommes et de chevaux épouvantable trombe!
En bloc elle s'élève, en bloc elle retombe,
Retentit sur les champs de son passage empreints,
Comme un son prolongé de tambours souterrains.



"Los soldados gruñían, pero le seguían siempre." (Copia de una litografía de Raffet.)

Le cou tendu, le sabre au niveau de la tête,
Tous, du profond ravin remontant sur la crête,
Et près de la couvrir de leur immense vol,
Sous les pieds des Anglais font palpiter le sol (1).

Si Ney hubiese podido contar con infantería, el centro de Wéllington estaba deshecho y hubiera sido segura su derrota; él la pidió á Napoleón. «¡Infantería! ¿De dónde quiere que la saque? ¡Como no

(1) «¡Subid á la meseta, centro del enemigo! — Vosotros, soldados de Ney, coraceros de Valmy, — caballeros de Milhaud, ¡partid, suena el toque de carga! — ¡Ved el empuje de la terrible columna! — Son centauros de una sola pieza, de gigantescas ijadas, — la cabeza de hierro y refulgentes pies; — tromba espantosa de hombres y caballos, — se levanta á un solo impulso y retruena en un solo golpe; — resuena en los campos apisonados por sus cascos — como un redoble prolongado de tambores subterráneos. — Con el cuello tendido y el sable á la altura de la cabeza, — remontan todos la áspera hondonada de un torrente, — y coronada ya en su inmensa extensión, — bajo los pies de los Ingleses hacen palpitar la tierra.» Barthélemy y Méry, *Waterloo*. — Compárese V. Hugo, *Los Miserables*.

la invente! » Una gran parte yacía en Planchenoit, en Hougoumont y en la Haie-Sainte. El resto se hallaba empleado en contener á los 30.000 hombres de Bulow, que por un momento había logrado apoderarse de Planchenoit, en la retaguardia francesa. Napoleón continuaba esperando que llegase Grouchy. De pronto presentóse una columna en el horizonte. Ese es Grouchy... ¡No, era Blucher y todo el ejército prusiano!... Aun era tiempo de retirarse, pero no había un



Entrevista de Wèllington y de Blucher en la granja "La Bella-Alianza.„ (Cuadro mural de Mac Lise en el Parlamento inglés

momento que perder; Napoleón se obstinó. A las siete de la tarde echaba mano de su último recurso y ordenaba á la guardia que marchase sobre Wéllington.

Derrière un mamelon la garde était massée,
La garde, espoir suprême et suprême pensée!
«Allons, faites donner la garde!» cria-t-il.
Et lanciers, grenadiers, aux guêtres de coutil,
Dragons que Rome eût pris pour des légionnaires,
Cuirassiers, canonniers qui trainaient des tonnerres,
Portant le noir colback ou le casque poli,
Tous, ceux de Friedland et ceux de Rivoli,
Comprenant qu'ils allaient mourir dans cette fête,
Saluèrent leur dieu, debout dans la tempête.
Leur bouche, d'un seul cri, dit: Vive l'Empereur!
Puis, á pas lents, musique en tête, sans fureur,

Tranquille, souriant à la mitraille anglaise,
La garde impériale entra dans la fournaise (1).

Ney, á quien habían matado cuatro caballos, se adelantó sobre la meseta y ocupó por un momento Mont-Saint-Jean; pero no pudo conservar esta posición. Wéllington mereció con justicia en este día el sobrenombre de *Iron-Duke,* «el duque de hierro,» que le dieron sus compatriotas; unos veinte ayudantes ú oficiales de órdenes fueron



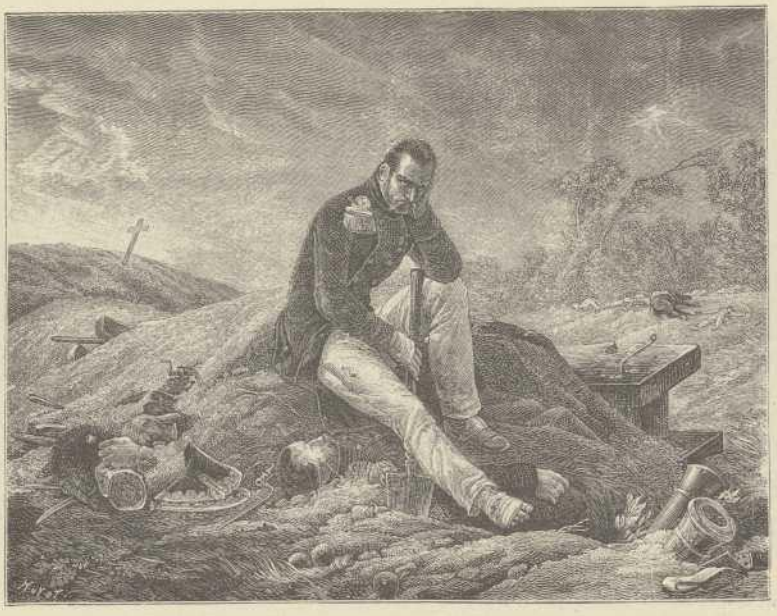
Entrevista de Wéllington y de Blucher en la granja "La Bella-Alianza.„ (Cuadro mural de Mac Lise en el Parlamento inglés

muertos ó heridos á su lado. Adelantóse entonces una segunda división prusiana y comenzó la derrota de las tropas francesas. La guardia imperial, aislada ya, se formó en cuadros en la altura de la Bella-Alianza; Napoleón se refugió en sus filas buscando la muerte, pero varios generales cogieron las bridas de su caballo é impidieron que

(1) «Detrás de un altozano estaba formada la guardia,—¡la guardia, suprema esperanza, recurso supremo! — «¡Ea, — exclamó, — arriba la guardia!»—Y lanceros, granaderos, con sus polainas de cutí,—dragones que Roma hubiera tomado por legionarios, — coraceros, artilleros, fulminadores del rayo, — cubiertos con la gorra de pelo ó el refulgente casco, — todos, los de Friedland y los de Rivoli, — comprendiendo que iban á morir en esta jornada,—saludaron á su dios, perdido entre la tempestad. — Sus bocas exhalaron un solo grito: ¡Viva el Emperador! — Y con paso mesurado, las músicas al frente, tranquilos, — fríos, y sonriendo ante la metralla inglesa, — la guardia imperial entró en el gran horno.» V. Hugo, *Les Châtiments.*

llevase á cabo su desesperado propósito. En este momento espantoso se pronunció la famosa frase de Cambronne: «¡La guardia muere, pero no se rinde (1)!»

Parmi des tourbillons de flamme et de fumée,
O douleur! quel spectacle à mes yeux vient s'offrir!
Le bataillon sacré, seul devant une armée,
S'arrête pour mourir.



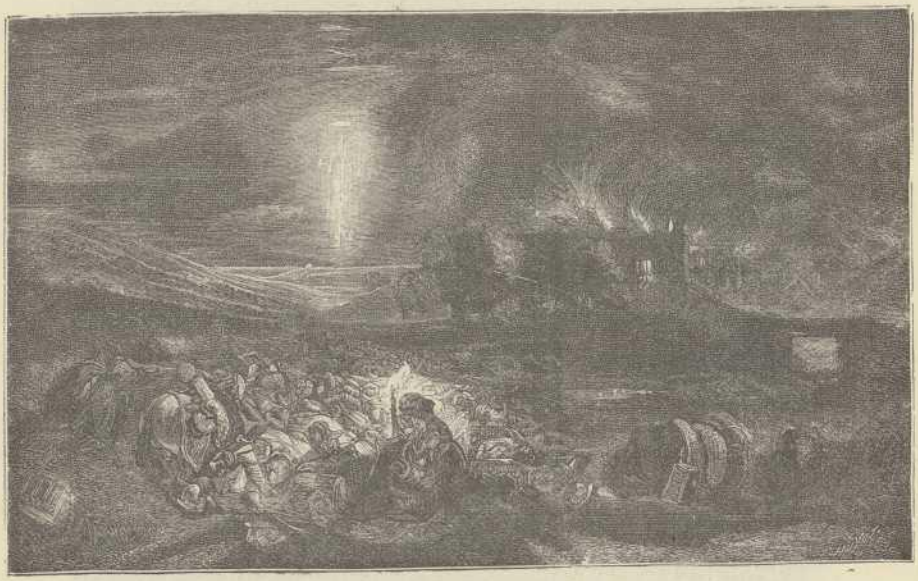
El soldado de Waterloo. (Copia de un cuadro de Horacio Vernet)

C'est en vain que, surpris d'une vertu si rare,
Les vainqueurs dans leurs mains retiennent le trépas,
Fier de le conquérir, il court, il s'en empare:
«La garde, avait-il dit, meurt et ne se rend pas!»
... Ils avaient tout dompté... Le destin des combats

(1) Inútilmente ha pretendido ponerse en duda la verosimilitud de esta respuesta heroica. Tal vez no fuese Cambronne quien la pronunciara, pero no fué sin duda la única contestación que se dió á las intimaciones de los vencedores. No existe tampoco motivo alguno para negar todo valor á tan honrosa tradición, pues el estado de ánimo que refleja la frase era bien notorio en los veteranos franceses. Durante la campaña de Rusia, Ney, envuelto por el enemigo, contesta al parlamentario que se le acerca: «Decid á vuestro general que un mariscal de Francia no se rinde nunca!» Uno de sus compañeros de armas, el general Ledru des Essarts, respondió á un oficial ruso que le invitaba á rendirse, haciéndole observar que era inútil toda resistencia: «¡Los Franceses pelean, pero no se rinden!» (Memorias del general Freytag).

Leur devait, après tant de gloire,
Ce qu'aux Français naguère il ne refusait pas,
Le bonheur de mourir dans un jour de victoire (1).

A las nueve y media de la noche todo había concluído; Wellington y Blucher, dueños del campo de batalla, se abrazaron junto á las tapias de la granja «la Bella-Alianza» á las nueve de la noche (2). Los Ingleses estaban muertos de cansancio, pero Blucher, cuyos soldados casi no habían llegado á combatir, se encargó con alegría de la



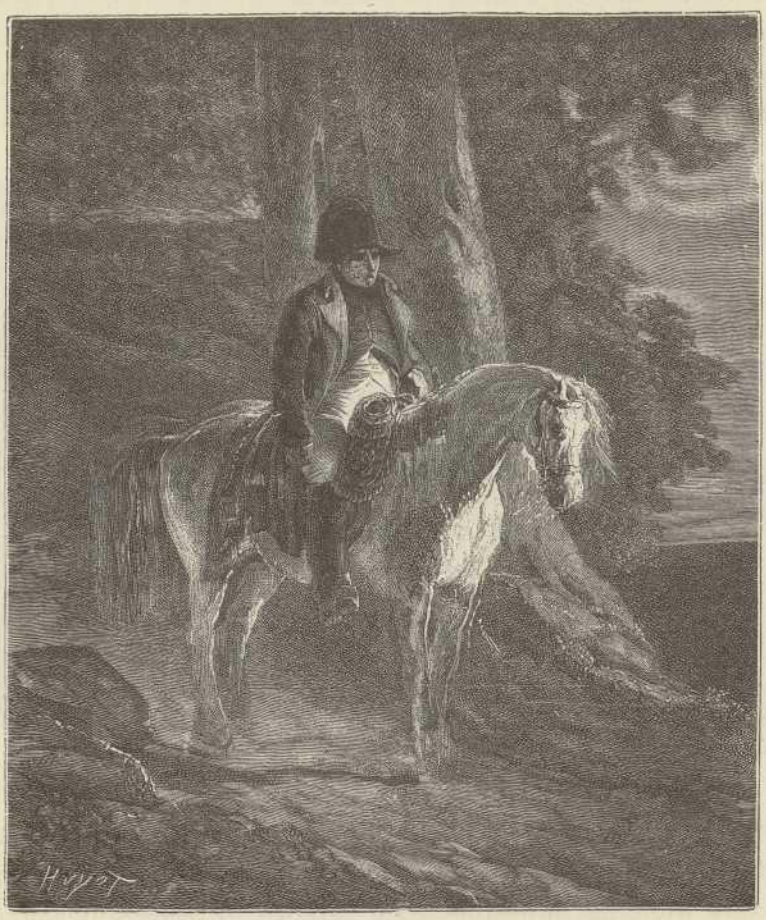
El campo de batalla de Waterloo. (Cuadro de Turner)

persecución. Mostróse implacable, pudiendo por fin satisfacer su odio. Favorecidos por una espléndida luna, los pesados escuadrones de Gneisenau hicieron imposible todo intento de reorganización, y los fugitivos, después de una marcha á la desbandada, no se detuvieron

(1) «Entre los torbellinos de llamas y de humo,—¡qué doloroso espectáculo se ofrece á nuestros ojos!—El batallón sagrado, solo ante todo un ejército,—se dispone á morir. —Inútil es que, admirados de tan extraordinario valor,—los vencedores detengan la muerte entre sus manos;—orgulloso por conquistarla, corre hacia ella y la logra:—«¡La guardia, había dicho, muere, pero no se rinde!»—... Siempre habían sido vencedores... La suerte de la guerra—les negó, después de tanta gloria,—lo que hasta ahora no había negado nunca á los Franceses:—la dicha de morir en un día de victoria.» Casimiro Delavigne, *Messénienne.*

(2) No es rigorosamente exacto que el sitio donde se encontraron fuese el cercado de la Bella-Alianza, sino un punto algo más distante, entre los huertos de la granja de Caillou y la primera casa que se encuentra en el camino de Bruselas (G. Barral, *La epopeya de Waterloo).*

hasta Charleroy (1). Las pérdidas de los Franceses ascendieron á 25.000 hombres y las de los aliados á 22.000. Napoleón había, pues, fracasado en su temerario plan de destruir 220.000 hombres con 120.000.



Napoleón en la noche de Waterloo. (Copia de un croquis de Charlet, fotografía de Braun)

La nota que Wéllington escribía al príncipe-regente á las cinco de la mañana, después de haber descansado algunas horas, atestigua una calma modesta, que le honra. Entre otras cosas decía: « Debo hacer justicia al general Blucher y al ejército prusiano atribuyéndoles el feliz éxito de esta jornada, auxiliándome en el momento oportuno y con el mayor cariño. El movimiento del general Bulow sobre el flanco del enemigo ha sido decisivo, y si yo por mi parte no me hubiese

(1) Napoleón estuvo á punto de caer prisionero en el Gros-Caillou y no tuvo tiempo siquiera de tomar un poco de alimento.

encontrado en situación de emprender el ataque que ha decidido el éxito de la batalla, aquel movimiento habría obligado á retirarse á los Franceses, si hubiesen fracasado en su ataque, ó les habría impedido á lo menos obtener algún provecho si hubiesen triunfado.»



Waterloo, 1815 (Copia de un dibujo de Raffet, litografiado por Llanta)

El nombre de Waterloo es el que ha repercutido más vivamente en la imaginación de los hombres. Ningún otro lugar evoca en el viajero mayores ni más conmovedores recuerdos.

«Detente,—dice Byron (1),—estás pisando el polvo de un imperio. Aquí están sepultados los restos de un terremoto... Aquí levantó por última vez su vuelo el águila y cayó sobre sus enemigos; pero la flecha de las naciones abatió pronto á la orgullosa ave, que llevaba tras sí algunos anillos rotos de la cadena del mundo; la ambición desenfrenada vió escaparse de sus manos el cetro de las naciones.

(1) *Childe-Harold*, canto III, escrito en 1816.

¿Pero el mundo gozó de más libertad? ¿Saludaremos á los lobos después de haber derrotado al león? ¿Doblaremos humildemente nuestra rodilla ante los tronos, rindiéndoles el tributo de una servil admiración? No, esperad aún para entonar vuestras alabanzas... ¡Waterloo! Tú fuiste testigo de la caída del más grande aunque no del peor de los hombres; mezcla inexplicable su genio de principios opuestos, fijábase un momento sobre las cosas de mayor importancia y atendía con el mismo cuidado á los menores detalles. Hombre extremado en todo, si hubiese sabido guardar un justo medio, ocuparía todavía el trono, al que no hubiera subido nunca... Hay un fuego y una agitación secreta que mueve las almas que no puede contenerse en un círculo estrecho y que rompen siempre con los límites de las aspiraciones moderadas. Abrasadas continuamente por este fuego, cada día más difícil de extinguir, se ven atormentadas por la sed de los peligros y sólo se fatigan con el descanso; fiebre interna y fatal para todos los que dominan ó se sienten tocados de ella.»

El Emperador derrotado regresó á París (1) por Rocroy y Laón en la noche del 20 de Junio; retiróse al Elíseo, en donde pasó las últimas horas de su reinado (2). La noticia del desastre de Waterloo corrió pronto por París, donde produjo profundo estupor. «En aquel azoramiento general, toda la vida,—dice Edgardo Quinet,—parecía haberse concentrado en la asamblea de los diputados; á ella le correspondía llenar el vacío que había dejado Napoleón;» pero esta asamblea carecía de la energía patriótica y de la educación política que hubiera necesitado para comprender y cumplir su deber. Su primera idea al recibirse la noticia de la batalla de Ligny fué buscar garantías contra el Emperador, «demostrando así que temía tanto las victorias de Napoleón como sus derrotas.» Después de Waterloo creyó que Napoleón intentaría un nuevo 18 de Brumario y aprobó la proposición de Lafayette, en virtud de la cual se declaró la patria en peligro, se llamó la guardia nacional para defender la Asamblea, declaróse crimen de alta traición cualquier tentativa para disolverla é invitó á los ministros para que acudiesen á su seno. Tales acuerdos eran completamente anticonstitucionales y constituían un golpe de Estado, por el cual la Cámara se hacía dueña del poder ejecutivo. A lo menos hubiera debido emplear mejor el poder que había usurpado.

(1) Según Coignet, tomó esta resolución por el voto de la mayoría de sus generales «Me hacéis cometer una necedad,—decía en Laón;—mi sitio está aquí.»

(2) Desde su regreso de la isla de Elba había vivido con preferencia en las Tullerías.

Los diputados se encargaron con la Cámara de los pares de nombrar, de acuerdo con los ministros, una comisión para tratar directa-



"¡La guardia muere, pero no se rinde!„ (Dibujo de Horacio Vernet)

mente con las potencias aliadas. «No hay más que un hombre, —había dicho Lafayette, — entre la paz y nosotros; nosotros hemos hecho bastante por él; nuestro deber ahora es salvar á la patria.» Fouché, que en estas tristes circunstancias se había conducido siempre con

aquella doblez en que era maestro, aumentaba todavía la intranquilidad con sus amenazadoras noticias (1). No había esperado la desgracia de Napoleón en su tortuoso proceder, pues apenas se hizo nuevamente cargo de sus antiguas funciones de ministro de Policía, mandó á Metternich un emisario secreto con encargo de proponer al emperador Francisco José una inteligencia para la proclamación de Napoleón II.

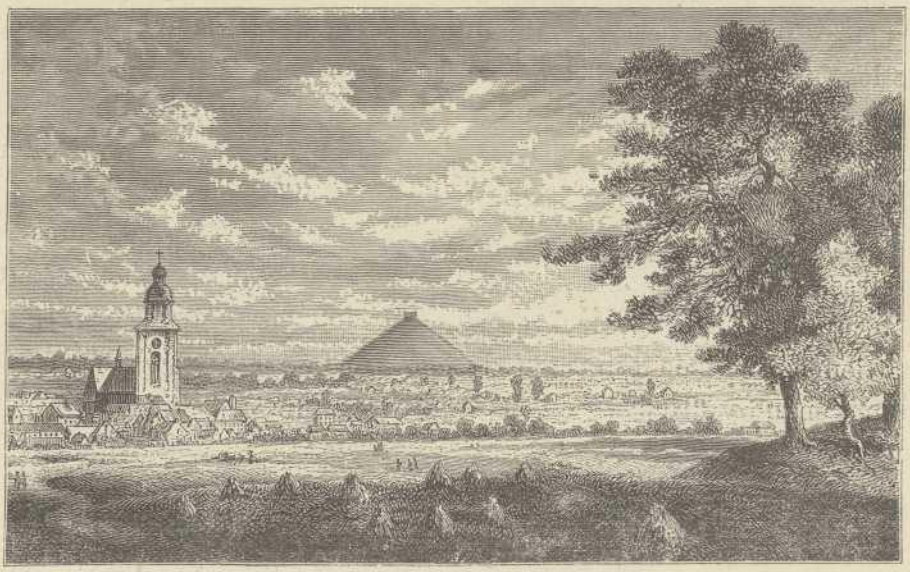


Los manes de Waterloo. (Croquis á la pluma de Raffet)

Accediendo á la petición de Fouché, Metternich mandó á M. Ottenfels á Basilea; pero Napoleón descubrió estos manejos y Ottenfels se encontró en Basilea, en vez del emisario de Fouché, á Fleury de Chaboulón, enviado por el Emperador. El resultado de la batalla de Waterloo y la invasión de Francia le abrieron ancho camino para proseguir sus intrigas.

(1) Véanse las hermosas páginas en que Quinet, en su *Campaña de 1815*, explica la manera cómo un hombre tan desacreditado como Fouché llegó á ser el árbitro de aquella crítica situación, y, por decirlo así, el amo necesario de Francia. Respecto á Talleyrand, si tuviésemos que juzgarle por su intervención en el Congreso de Viena, habría motivo para suavizar la severidad de la crítica y nos asociaríamos con gusto á los elogios que se hicieron de su habilidad y de sus esfuerzos en favor de Francia.

Fouché, después de la segunda invasión, desempeñó el mismo papel que Talleyrand después de la primera, ó por mejor decir, los dos persiguieron respectivamente el mismo objeto, el uno en Viena y el otro en París, cada uno en el punto que más le convenía. Ambos eran dignos uno de otro: Fouché era un Talleyrand vulgar, Talleyrand era un Fouché aristocrático; su fondo moral era el mismo, y por otra parte, estaban ambos dotados de una inteligencia superior y eran maestros incomparables en la intriga. Existían entre estos dos hom-



Vista actual de la llanura de Waterloo

bres causas de rivalidad ó de antipatía, debidas más á sus semejanzas que á sus contrastes. Por lo tanto, su inesperada reconciliación en 1809 fué un hecho sumamente peligroso para el poder de Napoleón. Los dos eran sacerdotes apóstatas, pero Talleyrand procedía del clero secular, del episcopado, mientras que Fouché, antiguo padre del Oratorio, procedía del clero bajo. Así, pues, por poco que de sacerdotes conservasen estos dos genios, la lucha, muchas veces tan viva y tan sofística que en distintas ocasiones se había presentado entre estos dos bandos de la Iglesia, venía á establecer entre ambos personajes, por su mismo origen y aptitudes, profunda oposición y prevenciones recíprocas, que entre ellos, forzoso es consignarlo, no se suavizaban por el menor sentimiento cristiano. Talleyrand era el cortesano, el

hombre de mundo, de exquisitas formas, el prelado de la corte; Fouché, el campesino fino, solapado, tenaz, pero de aspecto y maneras vulgares, de la «hez del seminario,» según la despreciativa frase del noble Saint-Simón. Talleyrand era el diplomático, Fouché el policía. La policía y la diplomacia tienen un fondo común, consistiendo ésta muchas veces en la alta policía internacional, y la policía en la diplomacia aplicada al gobierno interior de los Estados; ambos pudieron, pues, entenderse fácilmente en una obra que interesaba á sus rencores ó á su ambición. Fouché, por los rumores que había esparcido y por los muchos descontentos que supo agrupar, cambió la marcha de los sucesos. Napoleón tuvo sobrados motivos para arrepentirse de no haberle mandado fusilar, como tenía intención de hacerlo algunos días antes (1). Llegóse á hablar de destronamiento si Napoleón no abdicaba, dándole sólo una hora de tiempo para decidirse.

El Emperador, entretanto, agobiado bajo el peso de tantos desastres, consumido por la fatiga, la tristeza y la enfermedad, discutía con los ministros y con su hermano Luciano; hasta que, por fin, presintiendo que todo estaba perdido para el porvenir, escribió por su propia mano y firmó las siguientes líneas, que constituyen el acta de su segunda abdicación:

«Franceses:

»Al comenzar la guerra en defensa de la independencia nacional, contaba con la suma de todas las energías, con la voluntad unánime y con el concurso de todos los poderes nacionales: tenía fundamentos para esperar el triunfo, y menosprecié las amenazas de las potencias contra mí.

»Mas las circunstancias han cambiado; me sacrifico, pues, al rencor de los enemigos de Francia. Mi vida política ha terminado, y proclamo á mi hijo Emperador de los Franceses con el nombre de Napoleón II.

»Uníos todos para bien de la patria y para continuar siendo una nación independiente.

»NAPOLEÓN.»

(1) En las memorias de M. de Montchenu, comisario de Luis XVIII en Santa Elena, se lee: «Tengo entendido que en la misma mañana de la batalla de Waterloo se celebró un consejo de guerra en el que se decidió el fusilamiento de Fouché; pero la derrota fué causa de que se aplazase este acuerdo, del que se volvió á tratar al regresar á París, mas entonces se vió que no era posible realizarlo.» *(Cautiverio de Santa Elena*, por J. Firmin-Didot, pág. 144).

El duque de Otranto fué el encargado de llevar esta acta, «su boletín de victoria,» dice M. Thiers, á la Cámara de diputados; eran poco más de las doce y media. Después de algunos momentos de agitación, la Cámara acordó el nombramiento de un *Gobierno provisional* compuesto de cinco miembros: tres elegidos por ella y dos por la Cámara de los pares; fueron éstos Fouché, Carnot y Grenier, por una parte, y por otra Caulaincourt y Quinette. El que desde aquel mo-



Las tropas prusianas impiden á los diputados penetrar en el palacio Borbon (8 de Julio de 1815)
(Copia de un dibujo de Bovinet, en la colección Hennin)

mento dirigió la marcha de los sucesos fué el duque de Otranto, cuya conducta durante los Cien días realmente le hacía acreedor á la honra de suceder á Napoleón, á quien alternativamente sirvió, abandonó, le sirvió de nuevo y le volvió á abandonar. Fouché fué quien, valiéndose de Manuel, personaje desconocido hasta entonces, hizo declarar que la abdicación del Emperador, designando, como era natural, á su hijo para sucederle, no argüía la necesidad de proclamarlo. De este modo la Cámara eludía el cumplimiento de uno de sus últimos deberes para con el soberano caído.

Pero Francia tuvo poco después quejas más justas que reprochar á Fouché. La situación militar, á pesar de la derrota de Waterloo, era mucho mejor que en 1814, al llegar los aliados por vez primera

á las puertas de París. Napoleón al principiar la campaña disponía de fuerzas mucho más importantes, y una derrota, por desastrosa que hubiese sido, habría costado mucho menos que las victorias de la primera campaña de Francia. Grouchy, que fué uno de los principales causantes del desastre, ya que ni detuvo á los Prusianos ni se habia reunido á Napoleón, trató de reparar su falta ejecutando una hermosa retirada, logrando llevar su cuerpo de ejército hasta el Sena con insignificantes pérdidas. Reunido con los dispersos de Waterloo, quedaban todavía 80.000 hombres para oponerlos al enemigo en su marcha hacia la capital. La guardia nacional y los obreros, que se habían organizado durante los Cien días en batallones de federados, estaban dispuestos á defender la villa por el Norte. En todas partes encontraba el enemigo una resistencia enérgica: en Valenciennes, á donde se había retirado Reille; en Thionville, en donde mandaba el padre de Víctor Hugo, el general Sigeberto Hugo, que ya había defendido valientemente esta plaza; en Condé, en Longwy, en Auxonne, en Mezieres, y sobre todo en Huninga, donde se ilustró Barbanegra (1). Wéllington y Blucher, desvanecidos por su triunfo, habían cometido una grave imprudencia.

Los Ingleses habían llegado á Saint-Denis, mientras que los Prusianos, que les precedían, habían pasado ya á la orilla izquierda del Sena, que les separaba de sus aliados, hallándose á tres jornadas de distancia para poder reunirse. Dueños como eran los franceses de los pasos del río por los puentes de París, podían derrotar por separado ambos ejércitos. Napoleón suplicaba que se le diese por un solo día el mando del ejército, jurando dejarle después de la victoria, que ya consideraba segura; Carnot pedía que se aceptase el ofrecimiento del Emperador. Exelmans, al frente de la vanguardia francesa, había ya

(1) Barbanegra, con una guarnición que no llegaba á 200 hombres, tuvo en jaque á 25.000 austriacos, mandados por el archiduque Juan. Al ver el archiduque aparecer al general Barbanegra al frente de unos cincuenta hombres, únicos que habían sobrevivido ó que podían tenerse en pie, preguntóle por la guarnición. «¿La guarnición? ¡Aquí la tenéis!» respondió Barbanegra. Entonces, se dice en la obra *Victorias y Conquistas*, se apoderó de los espectadores la más viva admiración, saludando casi religiosamente á aquel grupo de héroes, y el archiduque Juan, sorprendido y profundamente emocionado, demostró públicamente á su caudillo la estima que le inspiraba tal conducta. Este momento es el que escogió Detaille para su cuadro: *Salida de la guarnición de Huninga*, existente hoy en el Luxemburgo y que figuró en el Salón de 1892.

derrotado y arrojado más allá de Versalles á la caballería prusiana. «¡Nos toma, pues, por imbéciles!» dijo Fouché, é hizo que la comisión de gobierno acordase que Napoleón saliese para Rochefort, desde donde debía ser conducido á los Estados Unidos (1).

Ni siquiera París se defendió, como en el año anterior, firmándose la capitulación en la noche del 5 de Julio. El día 8, ingleses y prusianos arrojaban de su salón de sesiones á los miembros de la Cámara de diputados y de la de los pares, y el ejército se retiró, bajo el mando de Davout, al otro lado del Loira, lejos del enemigo, al que fácilmente hubiera podido derrotar.

Finalmente, el 8, por la noche, Luis XVIII volvía á entrar en las Tullerías. El prefecto Chabrol, que le recibió en la puerta, le dijo: «*Cien días* han transcurrido desde aquel en que Vuestra Majestad salió de su capital, entre las lágrimas del pueblo.» Había comenzado la segunda Restauración, y Napoleón iba en breve á alejarse para siempre de aquella Europa que tanto había alterado, y de Francia, á la que tanta gloria dió (2).

---

(1) Si hemos de creer las *Memorias anónimas sobre la emperatriz Josefina*, por la señorita Ducrest, en 1818, durante el congreso de Aix-la-Chapelle, al ver el czar Alejandro, en uno de los paseos que hacía de incógnito, un grabado que representaba la entrevista de Tilsit, y recordando los disgustos que le había proporcionado la política de los Borbones, murmuró: «¿Por qué Napoleón no hizo lo mismo en 1815, en el Loira, en vez de entregarse á los Ingleses? Le era fácil, y si lo hubiese hecho, ¡quién sabe!... aun sería tal vez emperador de los Franceses.»

(2) Sobre los acontecimientos de 1815, véase: Vaulabelle, *Histoire des deux restaurations*. — Thiers, t. XX. — E. Quinet, *La campagne de 1815*. — Charras, *Histoire de la campagne de 1815*, 4.ª edición, 1864. — Jomini, *Vie de Napoléon*. — El mariscal Wolseley, *Le déclin et la chute de Napoléon*.



Tabaquera *del sombrerito* tomada como emblema sedicioso desde 1815

CAPITULO XVI

SANTA ELENA

EL CAUTIVERIO. — MUERTE DE NAPOLEÓN (1)



ESDE el día 25 de Junio, Napoleón estaba al cuidado de un miembro de la Cámara de diputados, el general Becker. En la noche del 29 salió de la Malmaison, y á través de los pueblos, admirados y conmovidos, llegó á Rochefort, donde le esperaban dos fragatas para trasladarle á América. Durante su viaje había oído enérgicas protestas: en Niort quisieron llevarle al frente de las tropas, y en todas partes el pueblo gritaba: «¡Ál ejército del Loira!...» La esperanza íntima de Napoleón, respondiendo sin duda á este movimiento popular, fué causa de que retardara algo su marcha, y hubiera podido ganar los buques *Saale y Medusa*, que se habían puesto á su disposición, pero no se decidió, y al día siguiente varios cruceros in-

---

(1) Por lo que respecta á la cautividad de Santa Elena, sobre la cual tanto se ha escrito, nos limitaremos á mencionar el artículo sobre Napoleón *(Nouvelle Biographie générale)* de Rapetti, quien ha tenido presente todos los trabajos importantes publicados y la obra de Jorge Firmin-Didot: *La cautividad de Santa Elena, según las memorias inéditas del marqués de Montchenu, comisario del gobierno del rey Luis XVIII en la isla.*—París, 1894, en octavo.

gleses, advertidos, según se dice, secretamente por Fouché, cerraban la salida del puerto. Napoleón recibió entonces los más entusiastas y desinteresados ofrecimientos; marinos de distintos grados querían intentar el paso á través de la línea inglesa; el mismo comandante de la *Medusa*, hablando en nombre de la tripulación, se manifestó dispuesto á atacar al *Bellerophon*, navío inglés de 74 cañones, aun á riesgo de irse á pique, pues que la *Medusa* era de porte inferior, pero con el solo objeto de paralizar los movimientos de los ingleses y dejar el mar libre al *Saale*, que, aprovechándose de este momento, podría sin gran peligro conducir al Emperador á su destino. El plan era realizable, pero el capitán del *Saale*, que tenía el mando de la estación francesa, se negó á ello, obedeciendo á una orden secreta de París, dada por Fouché, según se dice. José, recién llegado de la isla de Aix para despedirse de su hermano, quiso aprovechar su parecido con el Emperador, á fin de que fuese en su lugar á embarcarse en Burdeos, donde le esperaba un buque para llevarle á América; pero Napoleón no quiso aprovechar tan generoso ofrecimiento. Se había perdido un tiempo inapreciable y Luis XVIII entraba en estos momentos en París. Napoleón se decidió entonces á escribir la siguiente carta:

«*Al Príncipe regente de Inglaterra.*

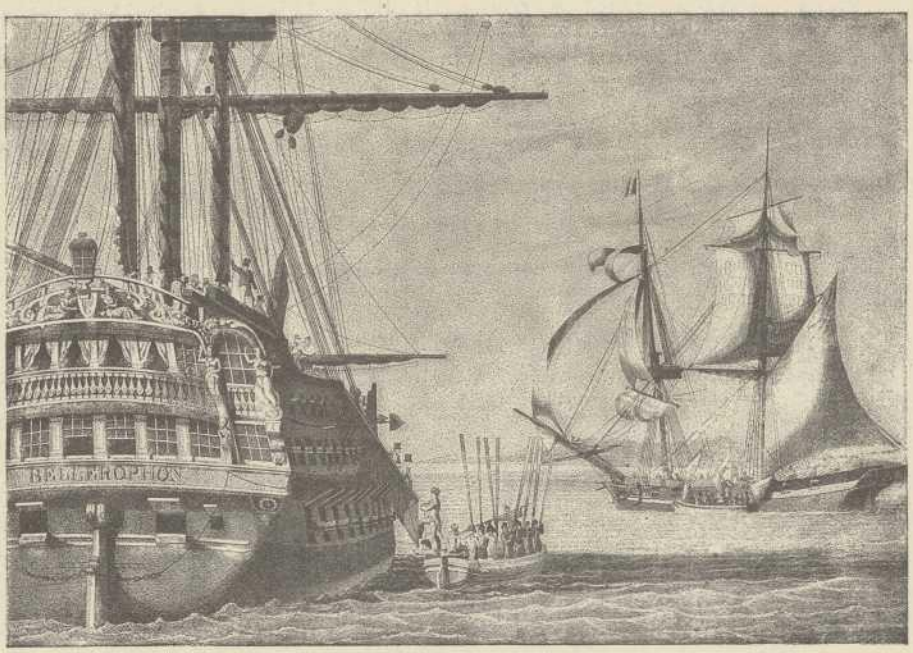
Rochefort, 13 de Julio de 1815.

»Alteza Real: Víctima de las facciones que dividen mi patria y de la enemistad de las grandes potencias de Europa, he terminado mi carrera política y vengo, como Temístocles, á sentarme en el hogar del pueblo británico; póngome, pues, bajo la protección de sus leyes, que reclamo de V. A. R. como del más fuerte, constante y generoso de mis enemigos.

»NAPOLEÓN.»

El general Gourgaud quedó encargado de llevar esta carta á Inglaterra, y el conde de Las Casas de remitir una copia al capitán del *Bellerophon*, Maitland, quien se encargó de recibir á Napoleón á bordo de su buque. En 15 de Julio, entre los sollozos de la muchedumbre que se agolpaba á su paso, el Emperador dejó la isla de Aix en el bergantín *L'Epervier*, único buque francés que había conservado la bandera tricolor, y subió al *Bellerophon*, que plegaba velas para Ingla-

terra. Al recibir la carta el Regente, el gobierno inglés convocó el consejo privado, á cuyos miembros, teniendo en cuenta la declaración de Viena (1815), que ponía á Napoleón fuera de toda ley humana, les costó gran trabajo decidirse por una de las siguientes proposiciones: encerrar á Napoleón en una prisión de Dumbarton, ó en la Torre de Londres, ó enviarle á Luis XVIII para que le impusiera la pena capital, ó por fin, la deportación á Santa Elena, islote de unos 17 kiló-



Embarque de Napoleón á bordo del *Bellerophon*

metros de largo por 11 de ancho, situado á los 15 grados al Sur del Ecuador, á unos 1.700 kilómetros de Africa y 3.000 de América. La sola pero enérgica oposición del conde de Sussex á las resoluciones más bárbaras, hizo que prevaleciese la deportación á Santa Elena. La justicia histórica exige que no se haga responsable únicamente al gobierno inglés de semejante deslealtad. En estos momentos la opinión pública europea era víctima de raras alucinaciones, no viendo en Napoleón más que al perturbador de la paz pública y al enemigo común de pueblos y de monarcas. En la misma Francia, uno de los periódicos más importantes justificaba de antemano la resolución del consejo privado de Inglaterra mandando entregar Napoleón á un con-

sejo de guerra para condenarle á muerte. Blucher había manifestado públicamente la intención de mandar fusilar á Bonaparte en los fosos de Vincennes, en el mismo sitio en que había muerto el duque de Enghién, y ante la negativa del duque de Wéllington á permitirlo, declaró que dejaba á Inglaterra la responsabilidad de tal debilidad. J. de Maistre escribía desde San Petersburgo en el mismo sentido y acogía la idea de mandar juzgar á Napoleón por un tribunal compuesto por los delegados de todos los monarcas europeos.

Desde el 24 de Julio el *Bellerophon,* en la rada de Torbay, y en Plymouth el 25, quedó vigilado por barcas armadas é incomunicado completamente con la costa. El día 31 de Julio, sir Bunbury participó á Napoleón, por medio de una comunicación escrita, el acuerdo del gobierno inglés, del cual Napoleón protestó en la siguiente forma:

«En el mar, á bordo del *Bellerophon,* 4 de Agosto de 1815.

»Ante el cielo y los hombres protesto solemnemente de la arbitrariedad que contra mí se comete violando mis derechos más sagrados al disponer por la fuerza de mi persona y de mi libertad. He venido espontáneamente á bordo del *Bellerophon,* y yo no soy prisionero, soy huésped de Inglatera... Si el gobierno, al ordenar al capitán del *Bellerophon,* que me recibiese, junto con mi acompañamiento, se propuso tenderme un lazo, una emboscada, ha mancillado su honor y deshonrado su bandera... A la historia apelo; ella dirá que un enemigo que durante veinte años hizo la guerra al pueblo inglés, al llegar la hora de su infortunio se puso libremente al amparo de sus leyes. ¿Qué prueba más brillante podía darle, en semejante caso, de su estimación y de su confianza? ¿Y cómo correspondió Inglaterra á semejante magnanimidad? Fingió tender su mano hospitalaria á este enemigo, y al entregársele él de buena fe, lo sacrificó.

»NAPOLEÓN.»

Esta protesta quedó sin respuesta, como otras dos que anteriormente había formulado. El día 8 de Agosto el *Northumberland* se dió á la vela, llevando á bordo el regimiento de infantería n.° 53, destinado á formar la guarnición de Santa Elena, para transportar á la isla al *general Bonaparte,* según las instrucciones dadas por el gobierno inglés. La navegación fué muy borrascosa, y hasta el 18 de Octubre, setenta días después de su salida, no llegó el *Northumberland* junto á una masa de negras rocas, completamente escarpadas y sin la menor

vegetación; aquello era Santa Elena, la prisión reservada á Napoleón por Inglaterra y la Santa Alianza. Desde la salida de Plymouth, Napoleón podía presentir el trato que le esperaba, y si la generosidad propia de los bravos marinos del *Northumberland* se lo había hecho olvidar, en Santa Elena iba á encontrarse de nuevo con la implacable saña de la oligarquía inglesa. Al llegar á James-Town, no habían tenido aún tiempo suficiente para acomodar Longwood á su nuevo



Napoleón transbordado del *Bellerophon* al navío *Northumberland*

destino, y Napoleón, no queriendo estar más á bordo del *Northumberland*, tuvo que habitar en una casa particular de la isla. Esta hospitalidad de una cariñosa familia inglesa debía ser su última distracción, pues en 8 de Diciembre terminaron las obras que se hacían en Longwood y Napoleón se instaló con su acompañamiento. No se crea que el nombre de Longwood (bosque extenso) responda á ninguna idea de vegetación, pues en esta meseta, situada al Norte de la isla, no había más que algunos árboles resinosos, de escaso y amarillento follaje, completamente inclinados sobre la costa por el viento. Este punto sólo era habitable algunos meses del año, y los bruscos cambios atmosféricos, ya que en un mismo día se sucedían la tempestad, la

lluvia, el sol y la sequedad, sucediéndoles el viento y las borrascas, no permitían el menor cultivo, habiéndose elegido á causa de su situación inaccesible, que simplificaba y aseguraba por medio de la naturaleza la vigilancia de un preso.

Allí era donde Napoleón, acompañado del conde de Las Casas y de su hijo, del general Gourgaud, del conde y de la condesa Bertrand, del conde y de la condesa Montholón, y de unos cuantos criados, debía, sin embargo, concluir su existencia.

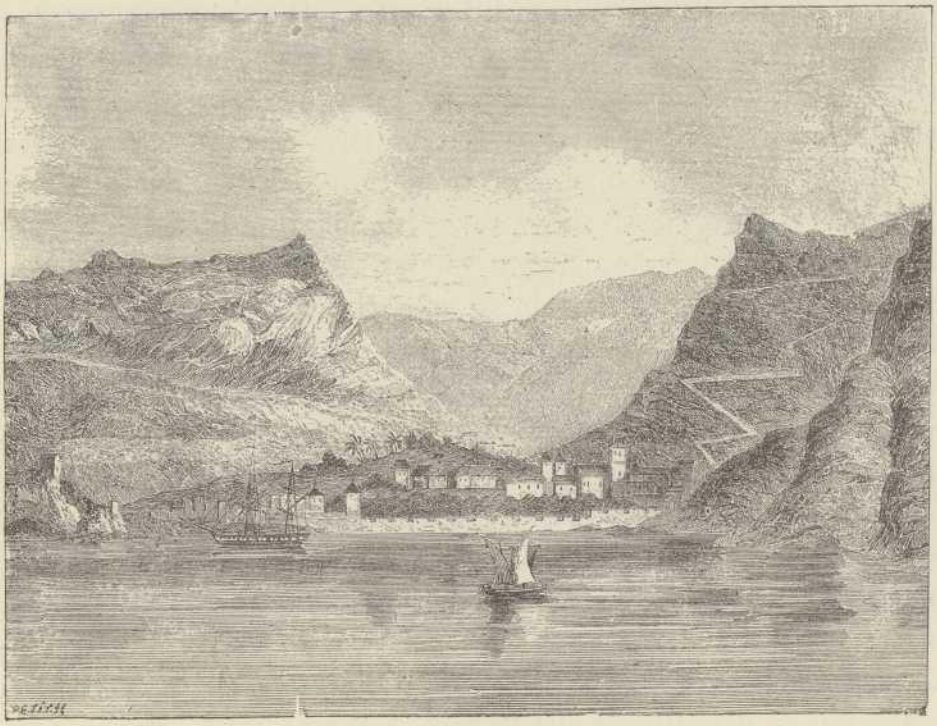
Toujours l'isolement, l'abandon, la prison;
Un soldat rouge au seuil, la mer à l'horizon;
Des rochers nus, des bois affreux, l'ennui, l'espace;
Des voiles s'enfuyant comme l'espoir qui passe;
Toujours le bruit des flots, toujours le bruit des vents!
Adieu, tente de pourpre aux panaches mouvants!
Adieu, le cheval blanch que César éperonne!
Plus de tambours battant aux champs, plus de couronne,
Plus de rois prosternés dans l'ombre avec terreur,
Plus de manteaux traînant sur eux, plus d'Empereur!...
Sur les escarpements roulant en noirs décombres
Il marchait seul, rêveur, captif des vagues sombres;
Les aigles qui passaient ne le connaissaient pas (1).

Napoleón trató, sin embargo, de vivir todavía como monarca; arregló su servidumbre en Longwood como en las Tullerías, recibiendo Bertrand, Montholón, Gourgaud y Las Casas títulos palatinos; la vajilla de plata y de porcelana, traídas de París, se pusieron en uso, el cocinero vestía uniforme verde bordado de plata, etc. El Emperador tomó la costumbre de pasar la velada de sobremesa; á los postres le traían Racine, Corneille, Molière, escogiendo una de las obras maestras de estos ilustres autores. «¿A qué función iremos esta noche?—preguntaba;—¿iremos á oir á Talma ó á Fleury?» La lec-

(1) «El perpetuo aislamiento, el abandono, la cárcel;—en la tierra un soldado encarnado, en la mar el horizonte;—rocas agrestes, espantables selvas, el hastío, el espacio,—algunas velas á lo lejos, símbolo de la esperanza que se pierde;—el ruido continuado de las olas, siempre el silbido de los vientos.—¡Adiós, empenachada tienda de púrpura!—¡Adiós, blanco caballo espoleado por el César!—Ya no hay tambores que redoblene ya no hay corona,—ya no hay monarcas postergados y llenos de terror,—ya no se les v, con sus mantos, ya no hay Emperador!...—Sobre las escarpadas rocas, de las que se desprende negro polvo,—se paseaba solo, delirante, oprimido por vagas sombras;—las águilas que volaban sobre su cabeza no le conocían.»

tura duraba generalmente hasta las diez ó las once de la noche. Otros días se preparaba la mesa de juego; pero esta distracción no absorbía la atención del Emperador, que muchas veces, preocupado y soñador, abandonaba la mesa y se retiraba á su cuarto.

Dedicaba el día á lecturas, á escribir notas y á pasear en coche ó á caballo, y más adelante á algunos trabajos de jardinería, reanudan-



Santa Elena. Vista de James-Town

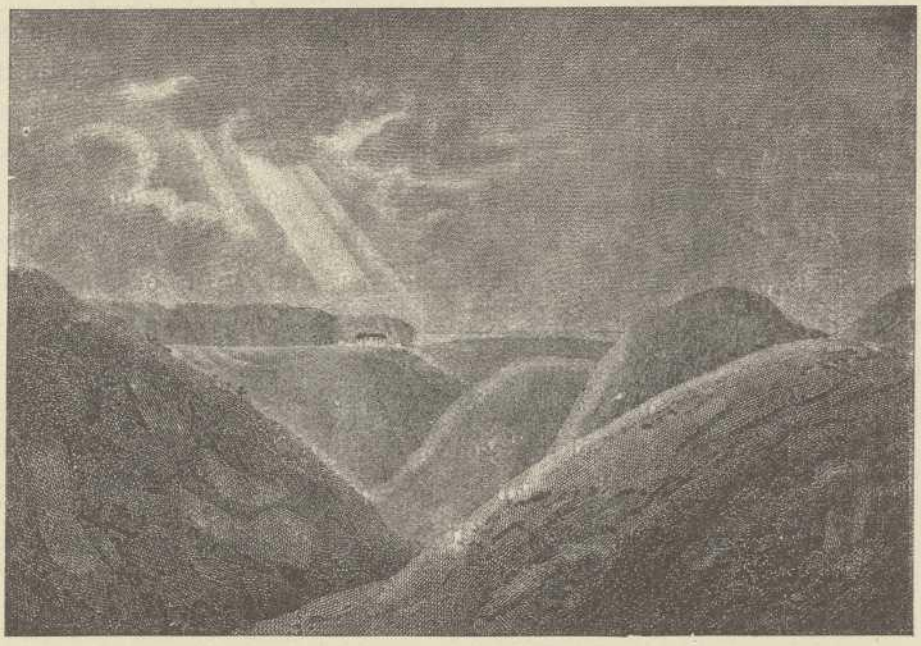
do sus *Memorias,* comenzadas á bordo del *Northumberland,* en las que cuenta sus campañas de Italia, de Egipto, de Siria y varios episodios de su juventud, antes de llegar á ser monarca, fijándose en aquellos puntos de que se preocupaban sus contemporáneos, demostrando gran fuerza de concepción, energía de pensamiento, serenidad de juicio y una hermosura natural é incomparable de expresión, olvidando su propia persona al juzgar á los políticos y á los guerreros de otros tiempos, todo con admirable claridad, y sometiendo á revisión sus ideas propias, admiraba por la imparcialidad de sus juicios sobre sus enemigos á sus compañeros de cautiverio, á quienes costaba tra-

bajo seguirle en sus variadas evoluciones. Napoleón, cuya elocuencia militar había sobrepujado ya á todos sus modelos, agregó con sus *Memorias de Santa Elena* una nueva gloria á todas las demás suyas, la del historiador, tomando puesto entre los primeros escritores de nuestro siglo. Transcurrían así los días entre recuerdos gloriosos, en la observación de las agitaciones de Europa, con la preocupación constante de la opinión de la posteridad.

Entretanto, la venganza política proseguía su obra, encontrándose el Emperador sujeto á tratamientos y á vejaciones cada día más dolorosas. El terror de los monarcas no perdonó medio para impedir la reaparición de Napoleón en el continente, y como decía lord Byron en 1816, en el tercer canto de *Childe-Harold,* creían que Napoleón no había renunciado todavía «á revestir la purpura imperial, á trastornar nuevamente el mundo y á volver á ser en él Júpiter tonante.» Pusieron guarnición inglesa en las islas de Tristán de Acuña, situadas al Sur del cabo de Buena Esperanza, y, á pesar de los generosos esfuerzos de lord Holland, el Parlamento inglés convertía en ley del Estado el cautiverio de Napoleón en Santa Elena (1). En Santa Elena mismo, establecieron delante de Longwood un campamento cuyos centinelas llegaban por la noche *hasta la misma casa*; un oficial seguía continuamente á Napoleón, y el telégrafo transmitía de hora en hora al gobernador las menores acciones del prisionero . Todas las cartas que se mandaban ó recibían, debían ser abiertas y pasar por Londres. Se interceptó á Napoleón la correspondencia con su familia y amigos, no permitiendo que llegasen á él más que los libelos y las noticias del triunfo de sus enemigos. Gustaba en sus paseos hablar con los habitantes de la isla y acariciar á los niños, que le recordaban su hijo; dióse, pues, orden terminante para que se alejasen todos á

(1) Napoleón contaba con entusiastas admiradores aun en las mismas gradas del trono. La princesa Carlota, hija del príncipe-regente (más adelante Jorge IV) y presunta heredera de la corona, sentía por Napoleón un entusiasmo que no ocultaba. La noticia de su prematura muerte, en 1817, fué para Napoleón un gran desengaño, considerándola, nos dice Montchenu, como una nueva desgracia, pues esperaba que más adelante le habría mandado trasladar á Inglaterra. «Una vez allí, decía, me he salvado.» Uno de los jefes del *prerafaelismo* inglés, el pintor y escritor Hazlitt, fué también un entusiasta partidario de Napoleón, en quien creía ver la personificación de la revolución francesa y el antagonista de las ideas *tories*, de las que Hazlitt era encarnizado adversario (véase un artículo de Etienne en la *Revue des Deux Mondes*, 1.° de Noviembre de 1869).

su paso y no pronunciasen nunca su nombre. Las visitas más insignificantes eran objeto de un interrogatorio previo, de manera que madama Bertrand pudo decir con razón, al presentar al Emperador el niño que había dado á luz en Longwood: «¡Majestad, os presento al primer francés que ha llegado aquí sin permiso del señor gobernador!» Para privar á Napoleón de todo medio de adquirir ó comprar agentes, se redujeron las pensiones de su casa, creyendo así



Vista de Longwood, tomada desde la granja de Balcombe, (Copia de un grabado inglés)

obligarle á hacer uso de los fondos de que se le suponía poseedor; pero Napoleón, al protestar contra la mezquindad de sus carceleros, declaró «que no tenía recursos propios más que en América, y que sus necesidades particulares eran tan modestas que iría á pedir su rancho al campamento de Deadwood, persuadido de que aquellos valientes no se lo negarían al soldado más veterano de Europa; pero que él tenía compañeros en el cautiverio, y que para subvenir á sus necesidades mandaría fundir en James-Town las hermosas y ricas piezas de plata de su vajilla.» El gobernador se encargó entonces, según dijo, de fijar las economías, quedando reducida la cifra de los gastos á 12.000 libras.

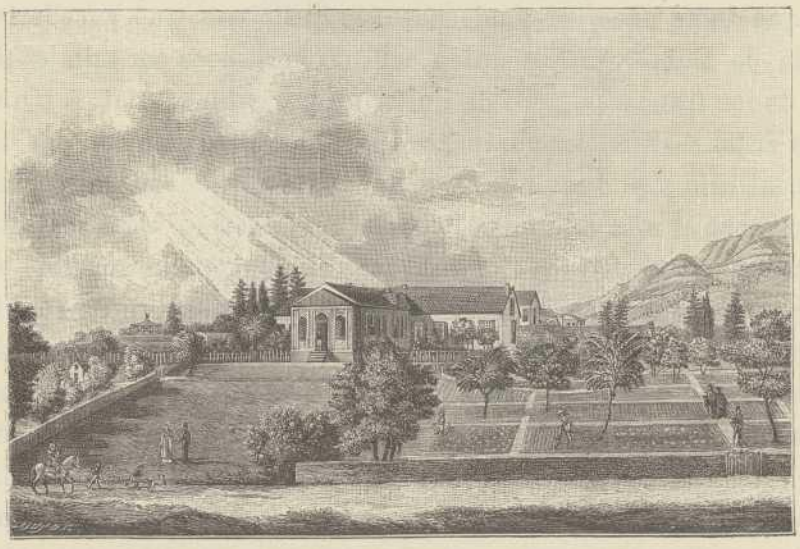
Todas estas vejaciones tenían por único objeto imposibilitar todo plan de evasión; pero, ¿por qué sobrecargarlas con medidas completamente inútiles? ¿por qué, por ejemplo, se privó á Napoleón de su título de emperador? El almirante Cockburn, por rudo que fuese, había sabido, sin embargo, hacer llevaderos estos excesivos rigores; pero la conducta de Hudson Lowe, que le reemplazó en Santa Elena, fué verdaderamente provocadora. La noche misma de su llegada (5 de Abril de 1816) mandó avisar á Longwood que al día siguiente iría á ver *al general Bonaparte*, de esta manera y sin más cumplidos; el Emperador, al día siguiente, se negó á dejarse visitar y fijó la recepción para el día inmediato. Así estalló la animosidad desde el primer momento; á fin de año la ruptura era completa, y el gobernador mandó expulsar al conde de Las Casas y á su hijo, cuya compañía tan agradable y aun necesaria era para los trabajos del Emperador; exigió además una reducción del personal, y fué expulsado de la isla el médico inglés O'Meara, que se había agregado al Emperador después de la travesía del *Bellerophon* (1). Agraváronse los disgustos del Emperador por las discordias de su acompañamiento y por los celos que despertaba el marcado predominio que sobre él ejercía madama de Montholón, llegando las cuestiones entre Montholón y Gourgaud á tal punto, que este último, de carácter violento y exaltado, provocó á su compañero de destierro á un duelo á muerte y tuvo que separarse de Napoleón para regresar á Europa (1818).

En 17 de Junio de 1816 desembarcaron en Santa Elena tres personajes adornados del pomposo título de comisarios de la Santa Alianza, nombrados en virtud de un artículo del tratado de 2 de Agosto de 1815, y cuyo viaje tenía por objeto asegurarse de que Inglaterra guardaba bien á su prisionero (2). Napoleón se negó á recibirles y á reconocer su cargo, esperando por un momento que las

(1) En 25 de Julio de 1818. Los detalles que nos proporciona Stürmer, y hasta las relaciones del marqués de Montchenu, demuestran que las *Memorias* han atenuado, más que exagerado, lo mezquino, insoportable y hasta odioso de la conducta y carácter de Hudson Lowe.

(2) El delegado ruso era el conde de Balmain, el austriaco el barón de Stürmer, y Prusia, no se sabe por qué motivo, renunció á su derecho; pero Francia, en cambio, obtuvo el de agregar á los comisarios de las tres potencias designadas en el tratado un delegado francés, para cuyo cargo el ministerio Richelieu designó al marqués de Montchenu.

instrucciones de una política menos implacable pondrían fin al cruel formalismo de Hudson Lowe, pero se equivocó. El sucesor del almirante Cockburn en el mando de la estación naval, lord Pulteney Malcolm, quien se había atraído á Napoleón por su proceder delicado, trató, aunque en vano, de reconciliarle con el gobernador. Hudson Lowe estaba continuamente dominado por la idea de su responsabilidad, que no atenuaba impulso alguno generoso.



Vista de Longwood. Croquis al natural (Santa Elena, 1820)

Cierto es que se presentaron á Napoleón varios proyectos de fuga, á los cuales encontramos numerosas alusiones en las noticias procedentes de Santa Elena, pero Napoleón no se prestó nunca formalmente á secundar tales tentativas (1). Sin duda conservó por algún tiempo la esperanza de su regreso á Europa, pero confiaba para esto en una revolución en Francia y en algún cambio político que pudiese

(1) El plan más serio se formó en 1817. Debía reunirse en la isla Fernando de Noronha (costa del Brasil) una escuadrilla compuesta de dos goletas y de un navío de 74, armados con cañones, que saldrían de aquel punto para llevar á Santa Elena ochenta oficiales franceses y 700 hombres decididos, reclutados en los Estados Unidos. Entre los organizadores de esta expedición se daba la singular coincidencia de figurar un oficial que había pertenecido á la marina inglesa y que debía más adelante reingresar en ella, sir Tomás Cochrane. (Véase la carta que Molé, á la sazón ministro de Marina, escribió con este motivo al duque de Richelieu, el 22 de Noviembre de 1817, citada en la obra de Jorge Firmin-Didot, págs. 284 y sigs.)

ocurrir en Inglaterra, rechazando la proposición de evadirse como una cobardía y una bajeza. Su pensamiento, lanzándose á las profundidades del porvenir, había visto en su martirio la garantía de los destinos de su familia, y en la grandeza de sus penas, la consagración de su gloria. Tomaba vivo interés en los asuntos de Francia y le gustaba hablar de la marcha de los sucesos, de la conducta de los ministros, de las leyes que se discutían en las Cámaras, principalmente sobre el sistema electoral y sobre la prensa, indicando lo que le parecía que debía hacer el gobierno. Preguntábase qué sucedería á la muerte de Luis XVIII, á quien censuraba el poco conocimiento que tenía de los franceses, pero de quien nunca hablaba mal. «¿Qué sucederá entonces? Se formarán tres partidos, pero sólo con dos candidatos: mi hijo y el duque de Orleáns... Me parece que el partido de Orleáns será el más numeroso, pues lo compondrán todos los actuales descontentos y esa clase de personas sin energía que poseyendo bienes de fortuna sólo piensan en gozar de ellos tranquilamente. Yo mismo, si aun fuese oficial de artillería y se consultase al ejército, sería partidario de Orleáns (1).» La revolución de 1830 debía confirmar sus previsiones (2). Pero á pesar de esta opinión, no perdía la esperanza de que llegaría el turno á su hijo. Un día dijo: «Vale más para mi hijo que yo esté aquí; si vive, mi martirio le devolverá su corona.» En otra ocasión decía: «Jesucristo no hubiera sido Dios si no hubiese muerto crucificado.» Ante la idea de la irresistible influencia de su martirio, Napoleón cesó de sublevarse contra él y llegó á cobrar cariño á sus crueles sufrimientos.

Si hubiese sabido exactamente lo que pasaba en Europa, hubiera podido asegurar desde el segundo año de su cautiverio que sus previsiones eran justas. Una de las pruebas más elocuentes y preciosas

(1) A pesar de la justa reserva con que trataba á M. de Montchenu, alma mezquina que no pensaba más que en dos cosas, en hacerse aumentar su sueldo y en saber cuanto antes la muerte de su prisionero, encargó oficiosamente á Montholón que felicitase al delegado de Luis XVIII por el nacimiento del duque de Burdeos.

(2) Esta preocupación por los asuntos políticos de Francia puede considerarse como una prueba de lo que dice Pasquier, en la página 443 del tomo IV de sus *Memorias*, en donde afirma que Napoleón favoreció y subvencionó las conspiraciones que se fraguaron contra el gobierno de la Restauración. Los fondos que distribuyeron los agentes del complot en que Carón y Nantil desempeñaron el principal papel, salieron de la caja del banquero Laffite, con cargo á las cantidades en ella consignadas por el Emperador.

del prestigio que iba adquiriendo «la víctima de los reyes,» y del íntimo enlace que ya se había formado en las inteligencias entre los



Monumento sepulcral erigido á la emperatriz Josefina por sus hijos Eugenio y Hortensia Beauharnais, en la iglesia de Rueil

recuerdos napoleónicos y la libertad, nos la da en 1816 el más ilustre de los poetas ingleses contemporáneos, lord Byron, en su *Oda á Santa Elena:*

«¡La paz sea contigo, isla del Océano! ¡Salud á tus brisas y á tus olas; mira la respetuoso mar coronando de blanca espuma tus vetustos arrecifes! ¡La histo-

ria te prepara también una rica guirnalda, en la que el inmortal laurel adornará tu frente, cuando los pueblos, que hasta ahora no te han conocido, habrán inclinado su cabeza ante el cetro del olvido! Gloria eterna te espera... tú recibirás el sagrado homenaje de los siglos.

»¡Salud al caudillo que ha depositado sobre tus rocas la soberbia carga de sus glorias! ¡Cuando llegue al fin de su vida, legará sus triunfos á la posteridad y la historia consagrará su fama! La grandeza de sus hechos le coloca en el número de los héroes de los pasados tiempos; los reyes rendirán un día homenaje á su nombre; los cantos de los poetas y las enseñanzas de los sabios ensalzarán al asombro de las naciones. Sí, todos los grandes hombres de la historia se inclinarán ante tí, eclipsados por tu esplendoroso genio, astro potente de las Galias.

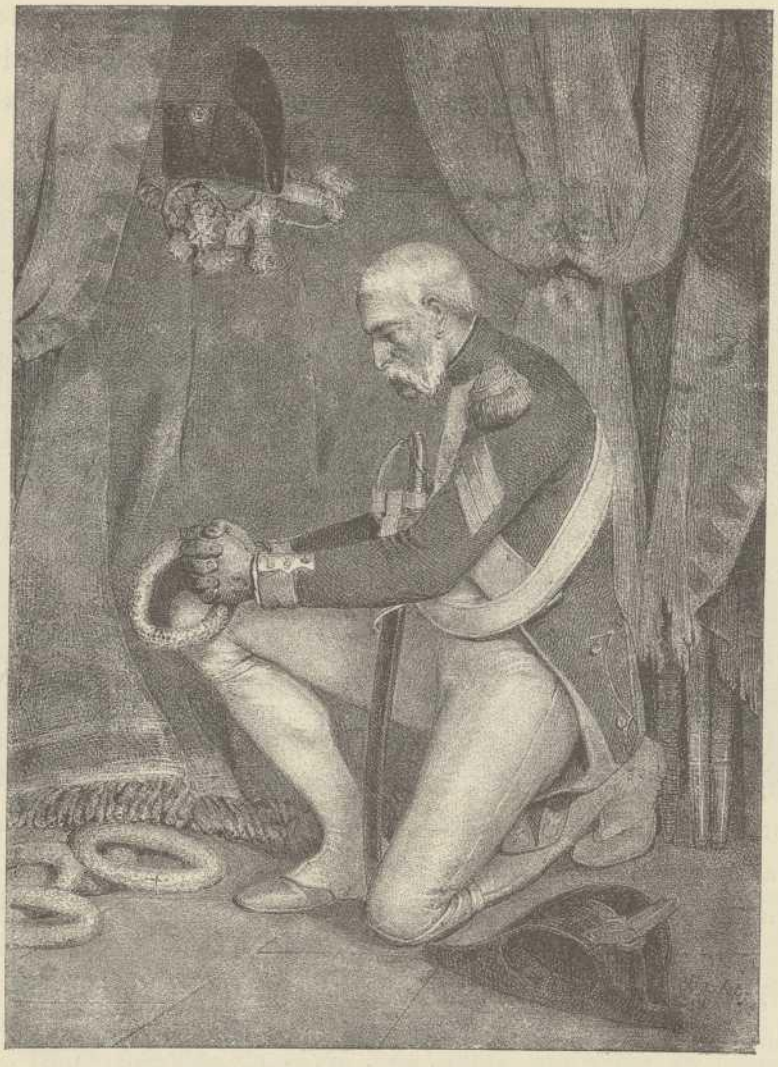
»...La flor de lis, hoy tan brillante, se marchitará. ¿Dónde está la firme mano que ha de salvarla? Las naciones que la han entronizado, verán cómo languidece de día en día; funestas escarchas la herirán de muerte. Entonces la violeta que crece en tus valles exhalará su vivificante perfume; entonces la Libertad llamará á sus hijos para entonar su canto triunfal sobre la tumba de los tiranos, y Europa gemirá al ver que tu estrella no reaparece en todo su esplendor para eclipsar los meteoros del Norte.»

Entretanto, la salud del emperador se quebrantaba sensiblemente. En Europa habian producido gran emoción las noticias dadas por el conde de Las Casas sobre el cautiverio del Emperador, y aun tuvo más resonancia la memoria que el doctor O'Meara dirigió á la familia Bonaparte. La madre de Napoleón, retirada entonces en Roma, aprovechó esta ocasión para dirigir una súplica expresiva á los monarcas reunidos en el congreso de Aquisgrán. Pío VII intercedió en Londres á favor del cautivo de Santa Elena.

«Napoleón es desgraciado, sumamente desgraciado, decía; nosotros hemos olvidado sus faltas. La Iglesia no debe olvidar nunca sus servicios; él ha hecho en favor de esta Sede lo que tal vez ningún otro en su posición habría tenido el valor de intentar. No le seremos ingratos... La noticia de que ese desgraciado sufre es ya para nosotros casi un suplicio, sobre todo en estos momentos en que pide un sacerdote para reconciliarse con Dios. No queremos, no podemos, y no debemos contribuir en lo más mínimo á las penas que le afligen; deseamos, por el contrario, desde lo más profundo de nuestro corazón, que se le aligeren, haciéndole la vida más llevadera. Pedid esta gracia en nuestro nombre (al príncipe regente de Inglaterra) (1)...»

(1) Extracto de una carta del cardenal Consalvi (3 de Junio de 1818) citada en Cretineau-Joly, *La Iglesia Romana ante la Revolución*, t. I, p. 485. El papa se opuso también á la publicación de una obra contra Napoleón sobre sus cuestiones con la Santa Sede.

Por fin, en 18 de Septiembre de 1819 llegaron á Santa Elena un médico, Antommarchi, y dos sacerdotes, Buonavita y Vignali (1). El médico encontró al Emperador presa de los más alarmantes síntomas



¡5 de Mayo de 1821! La oración del veterano. (Copia de una litografía de Charlet

y que su enfermedad había hecho irreparables progresos. En 17 de Marzo de 1821, Napoleón decía á Antommarchi: «No es la debilidad,

(1) Negóse, según se dice, al abate de Quélen, que después fué arzobispo de París, la autorización que había solicitado para trasladarse á Santa Elena.

es el exceso de fuerza lo que me mata;» y colocando la mano del médico sobre su estómago, añadió: « Han clavado aquí un cuchillo de carnicero y han roto la hoja en la herida.» En 2 de Abril se anunció la aparición de un cometa. «¡Un cometa! — exclamó, — ésta fué la señal de la muerte de César.» En 15 de Abril el Emperador dictó sus últimas disposiciones é hizo su testamento. «Ved mis preparativos,— dijo á Antommarchi; — no me hago ilusiones, ya sé lo qué es esto, estoy resignado.» El 19 se produjo una mejoría, por la que le felicitaron. «Os engañáis, se acerca mi fin...» y agregó: «Cuando muera, todos vosotros tendréis la dulce satisfacción de regresar á Europa; ¡volveréis á ver vuestra familia, vuestros amigos, á Francia! Yo, en cambio, encontraré á mis valientes en los Campos Elíseos...» Y alzando la voz prosiguió: « ¡ Kleber, Desaix, Bessieres, Duroc, Ney, Murat, Massena, Berthier, todos saldrán á mi encuentro... hablaremos de nuestras campañas con los Escipión, los Aníbal, los César y los Federicos!... á no ser,—añadió sonriendo,—que no tengan miedo allá arriba de ver tantos guerreros reunidos.» En este momento entró en la habitación Arnott, médico inglés que había asistido á Napoleón antes de llegar Antommarchi. El Emperador, sumamente agitado, le interpeló bruscamente, rogando á Bertrand que tradujese sus palabras sin omitir una sola sílaba: «Yo vine á sentarme en el hogar del pueblo británico; yo esperaba una leal hospitalidad, vosotros me habéis cargado de cadenas... Vuestro gobierno escogió esta espantosa roca, en donde en tres años escasos se consume la vida de los europeos, para acabar la mía con un asesinato... No existe indignidad ni horror que no os hayáis gozado en hacerme sentir; me habéis privado hasta de las más íntimas relaciones de familia, lo que jamás se ha hecho con ninguna persona. No habéis permitido que llegasen á mí ni una noticia ni un papel de Europa; mi mujer y mi propio hijo no han existido para mí... En esta isla inhospitalaria me habéis señalado para vivir el punto menos adecuado, aquel donde el mortífero clima del trópico se deja sentir con mayor fuerza. Me he visto obligado á encerrarme entre cuatro paredes, con un aire malsano, yo, que he recorrido á caballo toda la Europa!...» Y terminó de esta manera: «Al morir en este espantoso islote, privado de la presencia de mi familia y falto de todo, arrojo el oprobio y el horror de mi muerte sobre

la casa reinante en Inglaterra.» El Emperador se desmayó al pronunciar estas palabras.

El 21 de Abril mandó llamar al sacerdote Vignali, pues Buonavita no había podido soportar el clima de Santa Elena y se volvió á Europa, y el Emperador quiso cumplir sus deberes religiosos, sus deberes de cristiano, católico romano, como él decía; oyó misa y comulgó, á pesar de la oposición de la mayoría de sus compañeros



El peñasco de Santa Elena. (Dibujo alegórico de Horacio Vernet)

de cautiverio, que no temieron en este solemne trance molestar á Napoleón en su último acto de fe haciendo quitar la capilla ardiente que él había mandado disponer. El 28 y el 29 recomendó que le hiciesen la autopsia y que llevasen su corazón á su «amada María Luisa.» Dictó también la carta que debía anunciar su muerte á Hudson Lowe, y dió instrucciones á sus compañeros respecto á la conducta que debían seguir á su regreso en Europa; poco después el delirio se apoderó del moribundo. El 4 de Mayo se desencadenó sobre la isla, donde agonizaba aquel á quien se había llamado *el dueño del mundo,* un huracán violentísimo; Hudson Lowe, trémulo y aterrorizado, según las frases de un poeta inglés, lo describe de esta

manera: «¡Entre los horrores y los bramidos de la tempestad hubiérase dicho que el espíritu de los vientos, llevado sobre sus alas, corría á participar al mundo que un ser potente acababa de bajar á los negros abismos de la naturaleza y de la muerte!...»

El 5 de Mayo, á las cinco de la tarde, se le oyó murmurar algunas palabras apenas inteligibles; «¡Vanguardia... ejército... Dios mío!» «Napoleón llega á su fin: son las seis menos once minutos; sus labios se cubren de una ligera espuma; ha dejado de existir.» (Antommarchi, *Últimos momentos de Napoleón*).

La autopsia demostró que la causa principal de su muerte había sido un cáncer en el estómago; el examen de su cuerpo dió á conocer ocho cicatrices, en su mayoría producidas por heridas recibidas en la guerra. El día 8 de Mayo se depositó su féretro en Hutt's Gate, cerca de una fuente que le gustaba visitar; algunos sauces dieron sombra á su tumba, sobre cuya losa Inglaterra prohibió grabar ningún nombre (1). Esto es lo que recuerda Lamartine en sus versos:

Sur un écueil battu par la vague plaintive,
Le nautonier au loin voit blanchir sur la rive
Un tombeau...
Ici git... Point de nom! Demandez à la terre (2).

Pero Francia no podía renunciar á estos despojos. Por otra parte, los gobiernos europeos parecía que nada debían temer de la familia napoleónica; su único heredero directo, el Rey de Roma, nombrado duque de Reichstadt, había muerto en el destierro, como su padre, en 27 de Julio de 1832, en la flor de la juventud, consumido de una profunda melancolía por haber entrevisto un gran porvenir, haberse sentido digno de él y no poderlo realizar. El gobierno de Luis Felipe,

(1) Según M. de Montchenu, que recogió este detalle de madama Bertrand, Napoleón pidió que su tumba se levantase en París en el cementerio del Padre Lachaise, entre las de Lannes y Massena (J. Firmin-Didot).—La carroza fúnebre de Napoleón, en la cual hizo su entrada en París, en 1840, se construyó bajo la dirección de Enrique Labrouste, arquitecto de la Biblioteca de Santa Genoveva (Bailly, biografía de Enrique Labrouste, leída en la Academia de Bellas Artes).

(2) «Sobre un escollo batido por las olas quejumbrosas,—el navegante ve á lo lejos blanquear sobre la costa—una tumba...—AQUÍ YACE... ¡Ningún nombre! Preguntádselo á la tierra.»

que además de dedicar Versalles á todas las glorias francesas, había ya colocado la estatua de Napoleón sobre la columna del Gran Ejército (1833) (1) y terminado el arco de triunfo de la Estrella (1836), obtuvo de Inglaterra (12 de Mayo de 1840), después de varias reclamaciones, que se entregasen á Francia las cenizas de Napoleón. El príncipe de Joinville partió, en 7 de Julio, con la fragata *Belle-Poule* y la corbeta *Favorita*, y llegó á James-Town en 8 de Octubre de



La tumba de Napoleón, en Santa Elena

1840. En 15 de Diciembre, los restos de Napoleón eran trasladados solemnemente á la iglesia de los Inválidos (2). Napoleón tuvo por fin

(1) Con este objeto se abrió un concurso, concediéndose el premio á Emilio Seurre, hermano del escultor autor del *Molière* de la fuente de la calle de Richelieu. La estatua de Seurre, que representaba á Napoleón en traje común, se trasladó á Courbevoie en 1861, siendo reemplazada por otra estatua de Dumont, reproducción de Napoleón en traje romano, de Chaudet, destruída en 1814.

(2) Su tumba fué construída, mediante un concurso, por Visconti, aunque varios jueces lamentaron que no se hubiese elegido el proyecto de Baltard. Entre los monumentos levantados á Napoleón, á su familia y á sus generales más ilustres, citaremos entre los que ya hemos mencionado, el monumento de Fixin (Côte-l'Or), esculpido por Rude á instancias de un antiguo oficial del Gran Ejército; en Ajaccio, el monumento de la familia Bonaparte, erigido en la plaza Diamante, según el proyecto de Viollet-le-Duc (la estatua ecuestre de Napoleón es de Barye), y la estatua del Primer Cónsul de Labourer, en la fuente de la plaza del Mercado; en Rueil, las tumbas de la reina Horten-

los magníficos funerales que le prometiera el poeta. Ante su féretro triunfal, la «joven poesía» podía cantar á «la joven libertad.»

Sire, vous reviendrez dans votre capitale
Sans tocsin, sans combat, sans lutte, sans fureur,
Traîné par huit cheveaux sous l'arche triomphale
En habit d'Empereur...

Sur votre sceptre d'or, qu'aucun vainqueur ne foule,
On verra resplendir votre aigle au bec vermeil,
Et sur votre manteau vos abeilles en foule
Foisonner au soleil.

Paris sur ses cent tours allumera des phares,
Paris fera parler toutes ses grandes voix :
Les cloches, les tambours, les clairons, les fanfares,
Chanteront à la fois!...

Une acclamation douce, tendre, hautaine,
Chant des cœurs, cri d'amour où l'extase se joint,
Remplira la cité; mais, ô mon capitaine!
Vous ne l'entendrez point!

---

sia y de Josefina, por Barre, Cartellier y Cortot; en Cherburgo, la estatua ecuestre, de Levéel; en Lyón la estatua ecuestre, de Nieuwerkerke; el mausoleo del príncipe Eugenio de Beauharnais, en la iglesia de San Miguel, de Munich, por Thorwaldsen. En la Exposición de 1867 llamó la atención el *Napoleón moribundo*, del italiano Vela, y una estatua, vestida á lo clásico, del Emperador, rodeado de los bustos de los héroes sus compañeros en las distintas épocas de su vida, obras maestras de Guillaume. Debemos mencionar también, en Auxonne, el oficial de artillería Bonaparte, por Jouffroy; la estatua de Ney, por Rude, en la avenida del Observatorio; la estatua de Josefina, por Vital Dubray, que se encontraba hace algunos años en la vía que ha tomado el nombre de Marceau; las estatuas de Davout, en Auxerre, y de Suchet, en Lyón, ambas debidas á Dumont; en Clermont, Dessaix, por Nanteuil; en Nancy, Drouot, por David de Angers; en Lectoure, Lannes, por David de Angers; en Avranches, Valhubert, por Cartellier; en Colmar, Rapp, por Bartholdi; en Estrasburgo, Kleber, por Gras; el monumento levantado en honor de Moncey y de la defensa de París en 1814, por Doublemart, en la plaza de Clichy; en Niza, la estatua de Massena, por Carrier-Belleuse. No mencionamos las estatuas del museo de Versalles por constar en su catálogo. Si hubiésemos de citar los pintores que dedicaron su inspiración al mismo objeto, sería tarea pesada. Nos limitaremos á citar, del 1807 al 1814: los *Coraceros* (1805), la *Batalla de Jena* de Meissonnier; la *Sphinx*, de Gérôme; las pinturas de J. N. Robert-Fleury en la Cámara de Comercio; la *Rendición de Huninga*, de Detaille; *Bonaparte en el paso de los Alpes* y *Napoleón en Fontainebleau*, de Pablo Delaroche; *El siglo de Napoleón*, pintura mural del pabellón de Denon; *Madame mère* y *¡Viva el Emperador!* (1814), de Carlos L. Muller; la *Gloria de Napoleón*, por Alaux, en el antiguo salón del trono, del Senado; el *pendant* del Panteón, que representa *la Gloria*, por Gerard; la pintura de la cúpula del propio monumento, de Gros, debía contener la figura de Napoleón I en lugar de la de Luis XVIII. Napoleón fué colocado, por Ziegler, en las pinturas del ábside de la Magdalena. Deben consultarse la obra: *Napoleón ante el arte*, de Dayot, quien ha recogido obras de carácter más íntimo que las pinturas monumentales, y el artículo de crítica de esta obra publicado en la *Vida contemporánea* (15 de Diciembre de 1894).

De sombres grenadiers, vétérans qu'on admire,
Muets, de vos chevaux viendront baiser les pas
Ce spectacle sera touchant et beau; mais, Sire,
Vous ne le verrez pas!
Car, ô géant couché dans une ombre profonde,
Pendant qu'autour de vous, comme autour d'un ami,
S'éveilleront Paris et la France et le monde,
Vous serez endormi...



Santa Elena.—El cuerpo de Napoleón abandona la tierra del destierro (16 de Octubre de 1840). (Litografía de Monthelier

Si bien que vous voyant ,glacé dans son délire,
Et tel qu'un dieu muet qui se laisse adorer,
Ce peuple, ivre d'amour, venu pour vous sourire
Ne pourra que pleurer (1).

Fué, en efecto, un espectáculo grande y excepcionalmente conmovedor, cuando el príncipe de Juinville, bajo la cúpula de los Inválidos, dijo inclinándose ante su padre: «¡Señor, os presento el cuerpo de Napoleón!» en cuyo momento el rey, después de decir: «Yo lo

(1) «Señor, volveréis á vuestra capital — sin clarines, sin combate, sin lucha, sin furor, — arrastrado por ocho caballos bajo el arco triunfal, — en traje de Emperador.

»En vuestro cetro de oro, vencedor siempre, — resplandecerá el águila de pico colorado, — y sobre el manto, la nube de vuestras abejas — revoloteará ante el sol.

»París iluminará sus cien torres,— París lanzará al viento todas sus voces; — las campanas, los tambores, las trompetas, los clarines — tocarán á la vez!...

recibo en nombre de Francia,» tomó la espada del vencedor de Austerlitz y la entregó al general Bertrand para que la colocase sobre el féretro. Se comprende que el anciano mariscal Moncey exclamase: «¡Ahora ya puedo morir!»



El despertar. (Copia de una litografía de Raffet)

La caisse sonne étrange
Fortement elle retentit;
Dans leur fosse en ressuscitent
Les vieux soldats péris.

(*La revue nocturne*, balada de Sedlitz.)

El frío rigoroso que hacía no fué óbice á que una muchedumbre enorme se agolpase al paso del fúnebre cortejo. Madama de Girar-

»Una aclamación suave, tierna, elevada, — canto del corazón, grito de amor unido al éxtasis, — llenará los ámbitos de la ciudad; pero vos, oh capitán, — no lo oiréis!

»Tristes granaderos, veteranos dignos de admiración, — besarán silenciosos las huellas de vuestros caballos; — ¡espectáculo conmovedor, pero vos, señor, — no lo veréis!

»Pues, oh gigante que descansas en las profundas sombras, — mientras que en torno vuestro, como en derredor de un amigo, — se agitarán París, Francia y el Universo, — vos dormiréis...

»Entonces, al veros yerto, en medio de su delirio, — y tal como un dios silencioso que se deja adorar, — este pueblo embriagado de amor, que se agolpará para sonreíros, — no podrá sino llorar.»

din reflejaba perfectamente, en los párrafos que vamos á transcribir, el entusiasmo de la nación entera, que rayó casi en delirio (1):

«¡Dios mío, qué admirable pueblo es el francés! ¡Cuánto ama todo lo que es grande, noble, poético y generoso, y cuánto trabajo y palabras costaría convertirle en un pueblo egoísta y mercachifle! y aun así no se lograría más que engañándole, porque su gloria estriba precisamente en que es necesario usar un



La revista nocturna. (Copia de una litografía de Raffet)

C'est lá la grande revue
Qu'aux Champs Élysées
A l'heure de minuit
Tient César décédé.

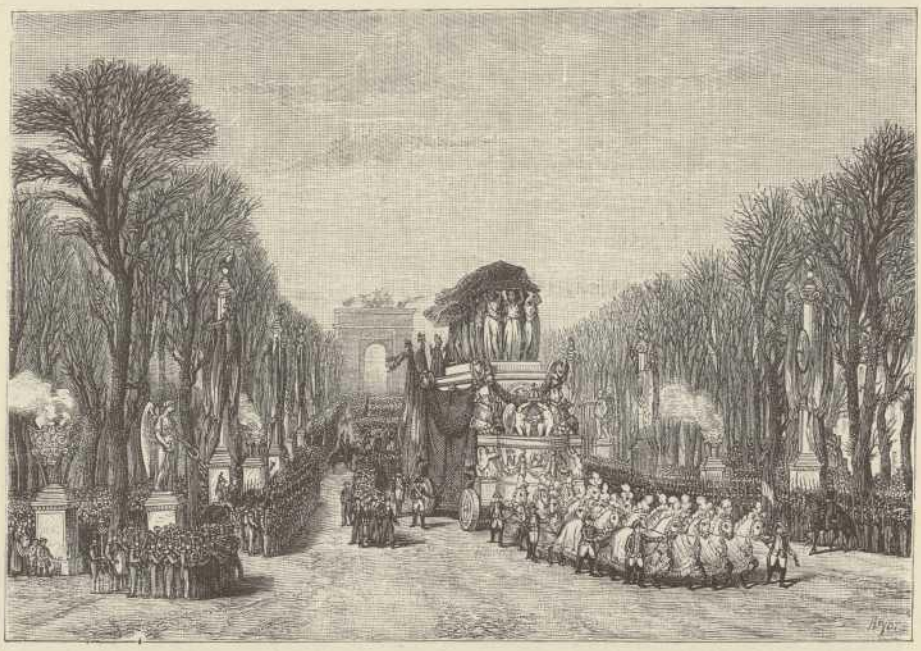
lenguaje noble para corromperle, presentarle un ancho camino para extraviarle, y una hermosa careta para engañarle. Todos los que en el transcurso de los siglos han tratado de arrastrarle al crimen, le han honrado al menos con su hipocresía. Todos los miserables, cobardes, envidiosos y ambiciosos que han explotado su heroísmo, se han visto obligados á engañarle con brillantes y falsas promesas de caballerosa generosidad. Nadie se ha atrevido á decirle: «Haz tal cosa »en favor tuyo y toma tanto ó cuanto para tí (2).»

(1) *Carta parisién* del 20 de Diciembre de 1840, en el periódico *La Prensa*. La correspondencia de París las firmaba con el pseudónimo de *Vizconde de Launay*.

(2) Napoleón, en su conferencia con Sismondi, sostuvo la misma idea.

»Un hombre ha existido tan sólo que le haya dicho: «¡Peleas por mí!» y los Franceses siguieron á este hombre con entusiasmo, adoran su memoria y la adorarán siempre, porque no les engañó, porque él fué el único que les comprendió; no les exigió ningún crimen, no les hizo cómplices de ninguna pasión mala; únicamente les encargó morir con honra, y obedecieron.

»Realmente era un hermoso espectáculo ver el otro día este pueblo generoso saludar cariñosamente el féretro triunfal. ¡Cuánto entusiasmo! ¡Qué emoción



Los funerales del Emperador.— Paso del cortejo por los Campos Elíseos (15 de Diciembre de 1840)

tan extraordinaria! Nadie se desanimó, á pesar de haber tenido que esperar cuatro horas sobre la nieve. Todos temblaban y sufrían horriblemente; ¡nada les importaba, seguían en su sitio! Algunos jugaban su existencia, pues un brazo baldado les representaba la miseria; otros exponían su vida, todos la salud. ¡Qué importaba!... esperaban con valerosa paciencia.»

En 24 de Agosto de 1855, Victoria, reina de la Gran Bretaña, vino á orar, bajo la cúpula de los Inválidos, ante la tumba del cautivo de Santa Elena. En 1858, Inglaterra permitió la venta á Francia de Longwood y del sitio donde estuvo emplazada la primera tumba de Napoleón. Un oficial francés reside en Longwood, como *guardián conservador* de la habitación y tumba de Napoleón I. Nada

conserva Santa Elena del ilustre prisionero, pero ha bastado que el recuerdo de Napoleón vaya unido á ella para que el nombre de esta roca, perdida en medio del Océano, se haya grabado indeleblemente en la memoria de los pueblos.

« La imaginación es la dueña del mundo, había dicho Napoleón;



El triunfo de Napoleón
(Plafón de Ingres en el antiguo Palacio Municipal de París, fotografía de Braun)

sólo á ella obedece el hombre.» La mejor prueba de esta aserción era su propia suerte. Ningún héroe ha ejercido mayor influencia sobre la imaginación humana, y tampoco ninguno ha dejado más profundas huellas de su paso en la historia. Mezcla prodigiosa él mismo de una imaginación sin límites y de una maravillosa habilidad práctica, encontró en la vasta extensión de su propio genio una de las causas de sus excesos y de su ruina. De la concepción á la ejecución no

había en él transición de ningún género, y los sueños le parecían verdadera realidad. Su nombre llena no sólo la historia de Francia en el siglo XIX, sino la historia de toda Europa. Varias de las naciones que revolvió y trastornó, dormitaban antes de su llegada y «viven hoy, según la expresión de Mignet, de la vida que él les dió.»

Así, para juzgar acertadamente á Napoleón, cualquiera que sea el resultado definitivo de este juicio, es necesario considerarle, no



La silueta de Napoleón entre los sauces de su tumba. (Tabaquera histórica de la colección de M. Maze

sólo como un ilustre personaje francés, sino como un gran hombre europeo, tal como lo fué Carlomagno. Napoleón esparció por Europa las ideas de la Revolución francesa, los principios sociales de 1789 (1).

Francia ha pagado muy caro el gran papel que la hizo desempeñar; sin embargo, ¡qué lección más memorable! Su obra admi-

(1) Antes hemos visto que los Eslavos tributaron una especie de culto á Napoleón. En algunas pagodas de la Indo-China se han encontrado la estatua de Napoleón y de otros guerreros orientales (más ó menos legendarios), divinizados y formando el cortejo de Budha. Madama Hommaire de Hell ha encontrado también el retrato del Emperador en las más humildes cabañas de los Tziganos de Taganrog y de Novotcherkask. En el teatro popular vasco, al lado de las *pastorales* (éste es el nombre genérico que se da á estas composiciones en la región vasco-francesa), que son muy antiguas, tales como las de *Moisés, Nabucodonosor, Abrahán, San Pedro, Santa Genoveva, San Luis, Clodoveo, Carlomagno, el gran sultán Mustafá*, hay á lo menos tres relativas á *Napoleón*. Finalmente, Chateaubriand vió en muchos puntos de Inglalerra el retrato de este hombre á quien tanto habían odiado en otro tiempo.

nistrativa y social, la parte menos brillante, pero inspirada de un modo más serio en el amor patrio y en el bien público, aquélla que menos debe á la fuerza, es la que le ha sobrevivido y le sobrevivirá en adelante. Napoleón, en vez de restaurar el antiguo régimen, lo destruyó completamente, organizando un nuevo sistema, dando una vida duradera y harmónica á lo que podía conservarse de la antigua Francia y á todo aquello que merecía ser incluído en la obra de la Revolución. Este revolucionario tiene, pues, un sitio señalado en la tradición nacional; pertenece al pasado como domina los tiempos modernos, pues que los ha reconciliado. ¡Dichoso él si hubiese hecho respecto á la constitución política de Francia lo que hizo en favor de su organización social, y no hubiese tratado muchas veces á la libertad como enemiga! De sus grandes conquistas, en las que varias veces sacrificó Francia á su implacable ambición, no queda más que la gloria... ¿Pero acaso la gloria pesa, pues, poco en el patrimonio de una nación? ¿Acaso no es para ella un indestructible tesoro, al abrigo de las mudanzas de la fortuna? Un pueblo que conserva siempre vivo el recuerdo de las grandes empresas que ha realizado, tiene el derecho, cualquiera que sea su situación presente, de no renunciar á ninguna de sus aspiraciones. La gloria de Napoleón está unida con lazos indisolubles á la gloria de todo el pueblo francés, pues únicamente con este pueblo podía realizar su obra. Ante la opinión general, el gran Emperador es inseparable del Gran Ejército.



Mascarilla de Napoleón después de su muerte
Miniatura de Hervet, tabaquera histórica de la colección de M. Maze

ÍNDICE DE MATERIAS

Páginas

CAPÍTULO PRIMERO. — PRIMER AÑO DE IMPERIO. 1

La consagración. — Campamento de Boloña. — Tercera coalición.

CAPÍTULO II. — CAMPAÑA DE 1805. 25

El Grande Ejército. — Ulm. — Trafalgar. — Austerlitz. — Presburgo. — Muerte de Pitt.

CAPÍTULO III. — CAMPAÑAS DE PRUSIA Y DE POLONIA. 67

Conquista de Nápoles. — Confederación del Rhin. — Cuarta Coalición. — Jena y Auerstaedt. — Constantinopla. — Eylau. — Friedland. — Tilsit.

CAPÍTULO IV. — EL IMPERIO DESPUÉS DE LA PAZ DE TILSIT. 111

Administración y política anterior. — Abolición del tribunado. — Nobleza imperial. — Universidad. — Legislación. — Hacienda. — Influencia francesa.

CAPÍTULO V. — ASUNTOS DE ESPAÑA. 133

Fontainebleau. — Bayona. — Bailén. — Erfurt. — Somosierra. — Madrid. — Los ingleses en la península. — La Coruña. — Zaragoza. — Principio del levantamiento de los pueblos.

CAPÍTULO VI. — QUINTA COALICIÓN. 181

Europa en 1809. — Ratisbona. — Essling. — Wagram. — Walcheren. — Tratado de Viena.

CAPÍTULO VII. — EL IMPERIO EN 1810-1812. 213

El divorcio. — Alianza austriaca. — Últimas adquisiciones del Imperio. — Cuestiones religiosas. — Continuación de la guerra de España. — Torres-vedras.

CAPÍTULO VIII. — LAS LETRAS EN TIEMPO DE NAPOLEÓN. 249

Erudición. — Arqueología. — Historia. — Filosofía. — Economía social. — Jurisprudencia. — Crítica. — Poesía. — Teatro. — Novela. — El romanticismo en el Consulado y el Imperio.

Páginas

CAPÍTULO IX. — LAS CIENCIAS. 299

Clase de ciencias del Instituto. — Matemáticas: astronomía, geomotría, análisis, mecánica. — Ingeniería civil, naval y militar. — Física, óptica, electricidad. — Química. — Zoología. — Botánica. — Mineralogía. — Geología. — Medicina y cirugía. — Aplicación de las ciencias á las artes.

CAPÍTULO X. — BELLAS ARTES. 333

Museos. — Escuelas. — Premios decenales. — Pintura. — Escultura. — Grabado. — Arquitectura. — Arte industrial. — Música. — Arte dramático.

CAPÍTULO XI. — EL BLOQUEO CONTINENTAL Y LA INDUSTRIA FRANCESA. . 405

Principios de la liga de los neutrales. — Tiranía marítima de Inglaterra. — Política económica y aduanera de Napoleón. — Decreto de Berlín. — Decreto de Milán. — Industrias químicas y manufactureras.

CAPÍTULO XII. — CAMPAÑA DE RUSIA. 439

Origen de la guerra. — Aliados del Czar y aliados de Napoleón. — Asuntos de Turquía. — Tratado de Bukarest. — Paso del Niemen. — Batalla de la Moscowa. — Incendio de Moscow. — La retirada. — Paso del Beresina. — Fin del Grande Ejército.

CAPÍTULO XIII. — CAMPAÑA DE SAJONIA. 485

La juventud alemana y los quintos de 1813. — Lutzen y Bautzen. — Metternich y la intervención austriaca. — Dresde. — Vitoria. — Leipzig.

CAPÍTULO XIV. — CAMPAÑA DE FRANCIA. 533

La invasión. — Situación política. — Brienne. — Montmirail. — Montereau. — León. — Arcis-sur-Aube. — París. — Primera abdicación.

CAPÍTULO XV. — LA ISLA DE ELBA Y LOS CIEN DÍAS. 589

Gobierno de Napoleón en la isla de Elba. — Regreso de Napoleón. — Acta adicional. — Waterloo. — Segunda abdicación.

CAPÍTULO XVI. — SANTA ELENA. 629

El cautiverio. — Muerte de Napoleón.

ÍNDICE DE GRABADOS

INTERCALADOS EN EL TEXTO

Capítulo Primero.— PRIMER AÑO DE IMPERIO

LA CONSAGRACIÓN. — CAMPAMENTO DE BOLOÑA TERCERA COALICIÓN

Páginas

La patria, agradecida, proclama á Napoleón emperador de los franceses. (Por Carlos Vernet). 1
Napoleón recibe en el palacio de Saint-Cloud el decreto que le proclama emperador de los franceses (18 de Mayo de 1804). (Cuadro de Rouget. Museo de Versalles). . . 3
Las ofrendas en la Catedral de Nuestra Señora en la ceremonia de la coronación. (Dibujo de Isabey y de Fontaine). . . . 5
Fiestas de la coronación y consagración de SS. MM. Imperiales. Trono erigido en la nave de la Catedral de París; el Emperador pronuncia el juramento constitucional sobre el libro de los Evangelios. (Dibujo y grabado de Lecœur). 7
Espada que usó el Emperador en la ceremonia de su coronación.. 10
El papa, revestido de los hábitos pontificales, en la ceremonia de la consagración. (Dibujo de Isabey y Percier). 13
Consagración del emperador Napoleón y coronación de la emperatriz Josefina en la Catedral de París (2 de Diciembre de 1804). (Cuadro de David, grabado de Frilley. Museo del Louvre). 15
El Emperador en traje de corte. (Dibujo de Isabey y Percier).. 17
La emperatriz Josefina disponiéndose para la ceremonia de la coronación. (Cuadro de M. Viger-Duvigneau). 19
Trono imperial en el palacio de las Tullerías (según Percier y Fontaine). . . . 23

Capítulo II. — CAMPAÑA DE 1805

EL GRANDE EJÉRCITO. — ULM. — TRAFALGAR. — AUSTERLITZ. — PRESBURGO.—MUERTE DE PITT

Páginas

Napoleón proclamado Emperador. (Pintura mural de Appiani, en Milán. 25
Vista del puerto y de la rada de Boloña. (De un grabado de la época). 27
Mack aniquilado. (Caricatura de la época).. 29
Napoleón rinde homenaje al valor de los soldados enemigos. (Cuadro de Débret. Museo de Versalles). 31
Mapa para la historia de las campañas de Alemania y de Polonia en 1800, 1805 á 1807, 1809 y 1813. 35
El mariscal Ney toma el puente de Elchingen y ataca la posición de la Abadía. (Bajo-relieves de la columna Vendôme).. 37
Toma de Ulm por Napoleón (18 de Octubre 1805). (Dibujo de Swebach, grabado por Couché hijo).. 39
La lectura del séptimo *Boletín del Grande Ejército* (capitulación de Ulm). (Cuadro de Boilly; fotografía de Braun, Clément y C.ª; de París).. 41
Combate de Steyer (5 de Noviembre de 1805). 43
El ejército francés, marchando sobre Viena, atraviesa el desfiladero de Mœlk (10 de Noviembre de 1805). 45
Napoleón recibe las llaves de Viena. (Cuadro de Girodet. Museo de Versalles).. . . . 47
El mariscal Ney devuelve á los soldados del regimiento n.º 76, de infantería de línea, sus antiguas banderas, depositadas en el arsenal de Inspruck. (Cuadro de Meynier. Museo de Versalles).. 49
Plano de la batalla de Austerlitz. 51
Vivac del ejército francés en la noche ante-

Páginas

rior á la batalla de Austerlitz (1.° de Diciembre de 1805). (Cuadro de Bacler-Dalbe) 53
Napoleón dando la señal para comenzar la batalla de Austerlitz. (Cuadro de Carlos Vernet). 55
Batalla de Austerlitz. (Dibujo de Swebach, grabado por Duplessis-Bertaux). . . . 56
Entrevista de Francisco II y de Napoleón en Austerlitz. (Cuadro de Prud'hon. Museo del Louvre). 57
Facsímile de un grabado bávaro de 1806.. . 58
«El 6 de Nivoso del año XIV, á las cuatro de la mañana, se ha firmado la paz en Presburgo, entre M. de Talleyrand, el príncipe de Lichtenstein y M. de Giulay.» (Grabado de la colección Hennin). 59
Guillermo Pitt. (Según un retrato al óleo de G. Oven y el grabado de C. Brome). . . 61
Muerte de Pitt. (Caricatura de la época). . 63

CAPÍTULO III. — CAMPAÑAS DE PRUSIA Y DE POLONIA

CONQUISTA DE NÁPOLES. — CONFEDERACIÓN DEL RHIN. — CUARTA COALICIÓN. — JENA Y AUERSTAEDT. — CONSTANTINOPLA. — EYLAU. — FRIEDLAND. — TILSIT.

La reina Hortensia. (Cuadro de Regnault).. 69
Luisa Agustina Guillermina Amelia de Meklemburgo-Strelitz, reina de Prusia. (Dibujo de Swebach).. 71
Federico Guillermo III, rey de Prusia. (Dibujo de Swebach).. 73
El mariscal Davout, duque de Auerstaedt y príncipe de Eckmuhl. (Retrato pintado por Gautherot) 74
El general Friant. 75
El rey de Prusia Federico Guillermo y su esposa Luisa reciben en Memel al emperador Alejandro (10 de Junio de 1802). (Cuadro de Dähling, pintado en 1805 en Berlín). 77
Mapa general de los combates de Jena y de Auerstaedt. 79
Napoleón en Jena (14 de Octubre de 1806). Cuadro de Horacio Vernet. Museo de Versalles.. 81
Batalla de Jena (14 de Octubre de 1806). De un grabado de Duplessis-Bertaux . . . 83
El conde Carlos Esteban Gudin. (Dibujo de Mad. Le Suire 85
Entrada en Berlín del emperador Napoleón (28 de Octubre de 1806). De un dibujo de Debret.. 87
Napoleón otorga á la princesa de Hatzfeld el perdón de su marido (28 de Octubre de 1806). (Cuadro de Boisfremont).. 89
Marcha precipitada del ejército ruso corriendo en socorro de los prusianos. (Caricatura de la época) 91
Benningsen. 92
«¡Después de vos, Señor!» (De una litografía de Charlet).. 93
«¡Atrás!» (De una litografía de Charlet). . 95
Chasseloup-Laubat 97
El mariscal Lefebvre. (Cuadro al óleo de Lefévre). 99
Plano de la batalla de Friedland 100

Páginas

Batalla de Friedland (14 de Junio de 1807). (Cuadro de Horacio Vernet). 101
Batalla de Friedland. (Copia de una acuarela de Simeón Fort). 105
Entrevista de Napoleón I y del emperador Alejandro en Tilsit. (Cuadro de Gautherot, según copia litográfica de Levilly). . 107
Grabado anónimo de la colección Hennin. . 109

CAPÍTULO IV. — EL IMPERIO DESPUÉS DE LA PAZ DE TILSIT

ADMINISTRACIÓN Y POLÍTICA INTERIOR — ABOLICIÓN DEL TRIBUNADO. — NOBLEZA IMPERIAL. — UNIVERSIDAD. — LEGISLACIÓN. — HACIENDA. — INFLUENCIA FRANCESA.

El Triunfo. Bajo-relieve de Cortot, en el arco de triunfo de la Estrella (París).. . . . 115
Columna del Grande-Ejército. (Grabado de Duplessis-Bertaux). 117
Napoleón visitando á los huérfanos de la Legión de honor. (Copia de una litografía de la época). 119
El barón Nicolás de Corvisart, primer médico del emperador Napoleón. (Cuadro de Gerard. Museo de Versalles). 121
El rey Jerónimo. (Cuadro de Philippoteaux). 125
Napoleón otorga en Dresde la Constitución del gran ducado de Varsovia (22 de Julio de 1807). (Cuadro de Marcelino Bacciarelli, reproducción litográfica hecha en Dresde en 1811). 129
El ejército presta juramento de fidelidad al Emperador en el acto de la distribución de las águilas en el Campo de Marzo. (Cuadro de David, en el Museo de Versalles). 131

CAPÍTULO V. — ASUNTOS DE ESPAÑA

FONTAINEBLEAU. — BAYONA. — BAILÉN. — ERFURT. — SOMOSIERRA. — MADRID. — LOS INGLESES EN LA PENÍNSULA. — LA CORUÑA. — ZARAGOZA — PRINCIPIO DEL LEVANTAMIENTO DE LOS PUEBLOS.

La revista (litografía de Raffet). 135
Dibujo satírico alusivo á la época de la ocupación de Nuremberg por las tropas francesas. (Copia de un grabado alemán). . 137
Palacio real de Madrid. 139
Mapa de la cuenca del Ebro. 140
Dragones españoles. (Dibujo de Raffet, litografía de Llanta. 141
Carlos IV.. 142
Manuel Godoy. 143
El primer ministro de Inglaterra leyendo al rey Jorge y á sus consejeros la noticia oficial de la entrada de los Franceses en Madrid. (Caricatura de la época). . . . 145
Bessieres, duque de Istria.. 146
Carolina Murat, reina de Nápoles, y sus hijos. (Cuadro de Gérard, fotografía de Braun, Clément y C.ª, París).. 147
El 2 de Mayo de 1808 en Madrid. (Cuadro de M. Castellano, según fotografía de J. Laurent). 149
El mariscal Moncey, duque de Conegliano. (Cuadro de Barbier-Walbonne).. . . . 151

Páginas

La capitulación de Bailén (Cuadro de J. Casado del Alisal).. 155
Combate de Roliza. (Dibujo y grabado de Dup'essis-Bertaux 157
El mariscal Soult. (Cuadro de J. de Laval, fotografía de Braun, Clément y C.ª, París). 159
España en 1809. (Dibujo de Raffet, litografía de Llanta). 165
Napoleón intima á los comisionados de Madrid la sumisión inmediata de la villa (4 de Diciembre de 1808). (Cuadro de Carlos Vernet, en el Museo de Versalles) . 167
Monedas españolas del reinado de Carlos IV. 171
Moneda española del reinado de Carlos IV.. 173
Vista general de la ciudad y el puerto de Barcelona (copia de un dibujo de la época). 175
El caballo del trompeta. (Dibujo de Horacio Vernet.. 179

CAPÍTULO VI. — QUINTA COALICIÓN

EUROPA EN 1809.—RATISBONA.—ESSLING.—WAGRAM. WALCHEREN.— TRATADO DE VIENA

M. de Champagny, duque de Cadore. . . . 185
Napoleón arengando las tropas bávaras y wurtemberguesas en Abensberg (20 de Abril de 1809). (Cuadro de Debret).. . . 187
Soldado herido dando la sopa á un compañero que no puede valerse de sus brazos. (Dibujo de Vivant-Denon, Viena, 1809). . 189
Llegada de S. M. el emperador Napoleón al palacio de Schoenbrunn (1809). (Dibujo de A. de Laborde, grabado por Aubertin). . 190
El general Molitor. (Cuadro de H. Vernet).. 191
El mariscal Lannes, duque de Montebello. (Cuadro de Gerard). 192
El archiduque Carlos Luis de Austria (copia de un dibujo de la Srta. de Noireterre). . 193
Batalla de Essling (copia de una acuarela existente en el Museo de Versalles). . . 195
El mariscal Mouton, conde de Lobau. (Cuadro de Ary Scheffer).. 197
Infantería ligera francesa: granadero (copia de una litografía de Charlet).. 199
Infantería ligera francesa: cazador (copia de una litografía de Charlet).. 201
Plano de la batalla de Wagram. 202
Batalla de Wagram. (Cuadro de Horacio Vernet, en el Museo de Versalles).. . . . 203
Vivac de Napoleón sobre el campo de batalla de Wagram. (Cuadro de Roehn, en el Museo de Versalles) 205
El general conde de Lasalle. (Dibujo de Leclerc, copia del cuadro de Gros). . . . 207
El mariscal Marmont, duque de Ragusa. . 209
Caricatura de la expedición inglesa de 1809. 211

CAPÍTULO VII.—EL IMPERIO EN 1810-1812

EL DIVORCIO.—ALIANZA AUSTRIACA.—ÚLTIMAS ADQUISICIONES DEL IMPERIO.—CUESTIONES RELIGIOSAS —CONTINUACIÓN DE LA GUERRA DE ESPAÑA. — TORRES VEDRAS.

El Comercio. La Victoria. La Ciencia. La Agricultura. La Navegación. Figuras alegóricas colocadas en las columnas de la plaza del Ayuntamiento durante los festejos efectuados en París con motivo del casamiento de Napoleón y María Luisa. (Originales de Prud'hon). 213
Ceremonia de la recepción de María Luisa en Braunau (Boceto de A. de Laborde, dibujo de Moreau). 215
La emperatriz María Luisa. (Dibujo de Prud'hon, fotografía de Braun, Clément y C.ª, París). 217
Llegada de María Luisa á Compiegne. (Cuadro de Mad. Auzou, Museo de Versalles). 219
Casamiento de Napoleón y de María Luisa en el salón cuadrado del Louvre (Cuadro de Rouget, Museo de Versalles) . . . 221
Incendio del palacio del príncipe de Schwartzenberg. (Copia de un grabado de la época). 223
Dibujo alegórico alusivo al matrimonio del Emperador de los Franceses con la Archiduquesa de Austria (Copia de un grabado alemán). 225
Maret, duque de Bassano. 229
Bernadotte. 231
El ejército anglo-español atraviesa el río Duero (11 de Mayo de 1809). (Dibujo y grabado de Couché hijo) 233
El general español D. Joaquín Blake . . . 235
Batalla de Ocaña (19 de Noviembre de 1809). (Cuadro de Roehn). 237
Líneas de defensa de Torres-Vedras. . . . 239
El mariscal Gouvión Saint-Cyr.. 241
El mariscal Suchet, duque de la Albufera. . 243
Fachada de la Catedral de Tarragona (según fotografía). 245
Retirada de las tropas francesas hacia la frontera española. (Copia de un grabado inglés de la época). 247

CAPÍTULO VIII —LAS LETRAS EN TIEMPO DE NAPOLEÓN

ERUDICIÓN.—ARQUEOLOGÍA.—HISTORIA.—FILOSOFÍA. — ECONOMÍA SOCIAL — JURISPRUDENCIA. — CRÍTICA.—POESÍA.—TEATRO.—NOVELA.—EL ROMANTICISMO EN EL CONSULADO Y EL IMPERIO.

Monumento de la reina Luisa de Prusia, en Berlín. (Obra escultórica de Rauch). . . 251
Las artes. El estudio. La música. El honor. La industria. Estatuas alegóricas que coronaban las columnas erigidas en la plaza del Ayuntamiento con motivo de las fiestas del matrimonio de Napoleón y María Luisa (obra de Prud'hon). 253
Asuntos decorativos (de la misma procedencia que la figura anterior) 255
Napoleón y su hijo (Cuadro de Steuben).. . 257
El rey de Roma. (Cuadro de Lawrence, fotografía de Braun, Clément y C.ª). . . . 261
El Emperador en coche, acompañado de una numerosa escolta, pasa por el malecón de las Tullerías, frente al puente de la Concordia, decorado de estatuas. Dibujo al lavado. (Colección Hennin). 265

Páginas

Chateaubriand. (Copia de un retrato, pintado por Girodet, fotografía de Braun, Clément y C.ª). 269
José Chénier. (Copia del retrato hecho por H. Vernet). 271
Talma. (Copia del retrato hecho por Gérard). 273
La partida de ajedrez 277
Un palco en el teatro. 279
El te.. 281
La visita del médico.. 285
La ocupación de la tarde. 289
La mesa de trabajo. 293

Capítulo IX. — LAS CIENCIAS

CLASE DE CIENCIAS DEL INSTITUTO.—MATEMÁTICAS: ASTRONOMÍA GEOMETRÍA, ANÁLISIS, MECÁNICA.— INGENIERÍA CIVIL, NAVAL Y MILITAR. — FÍSICA ÓPTICA, ELECTRICIDAD.—QUÍMICA.—ZOOLOGÍA.— BOTÁNICA.— MINERALOGÍA.— GEOLOGÍA.— MEDICINA Y CIRUGÍA.—APLICACIÓN DE LAS CIENCIAS Á LAS ARTES.

El piano. 301
La recepción. 303
El juego. 307
La madre.. 309
Jorge Cuvier.. 313
Chaptal. 315
La Victoria y la Fama. (Cuadro de F. Gérard. Museo del Louvre). 318
La Historia y la Poesía. (Cuadro de F. Gérard. Museo del Louvre). 319
Bautizo del rey de Roma en la Catedral de París (iglesia de Nuestra Señora) el 10 de Junio de 1811. (Copia de un dibujo de J. Goubau, en el Museo de Versalles).. . 325

Capítulo X. — BELLAS ARTES

MUSEOS.—ESCUELAS.—PREMIOS DECENALES.—PINTURA.— ESCULTURA.—GRABADO.— ARQUITECTURA. ARTE INDUSTRIAL.—MÚSICA.—ARTE DRAMÁTICO.

Retrato de Vivant-Denon. (Dibujo de Prud'hon, en el Museo del Louvre).. . . . 335
Combate entre Minerva y Marte. (Cuadro de David que obtuvo el segundo premio en Roma en 1771, existente en el Museo del Louvre). 337
Leónidas en el paso de las Termópilas. (Copia de un dibujo de David, existente en el Museo de Louvre). 339
Retrato de M. de Nanteuil-Lanorville. (Cuadro de Pagnest, existente en el Museo del Louvre). 341
El rapto de las sabinas. (Cuadro de David, existente en el Museo del Louvre) . . . 345
Oficial de cazadores de la guardia imperial atacando al enemigo. (Cuadro de Géricault, en el Museo del Louvre) 349
Coracero herido retirándose del combate. (Cuadro de Géricault, en el Museo del Louvre). 351
Soldado de cazadores. (Cuadro de Géricault, existente en el Museo del Louvre). . . . 355
Primer proyecto del cuadro «La Justicia y la Venganza divinas persiguiendo al Crimen.» (Dibujo de Prud'hon, en el Museo del Louvre). 357
Dos amorcillos (Prud'hon) 359
«El río de la vida.» (Cuadro de la Srta. Constancia Mayer). 361
El Diluvio. (Cuadro de Girolet Trioson, en el Museo del Louvre). 363
La capilla Sixtina. (Cuadro de Ingres, en el Museo del Louvre). 365
Escena de familia en 1806. (Dibujo de Ingres, en el Museo del Louvre). 367
«El sueño de Osián.» (Dibujo en colores hecho por Ingres, reproduciendo su pintura mural existente en el Quirinal. Museo del Louvre). 369
Interior del taller de David. (Cuadro de Cochereau, en el Museo del Louvre) . . . 371
Paisaje. (Cuadro de Demarne, en el Museo del Louvre). 373
Trajano. (Reproducción de un grabado de P. Bouillon para el *Museo de Antigüedades*).. 375
Tres medallones de David de Angers.. . . 377
Dibujo de la pieza de cinco francos con la figura de Hércules, por Dupré. 379
Toma de Alejandría (escultura de Chaponniére, bajo-relieve del arco de triunfo de la Estrella) 381
Paseo del rey de Roma. Vista del castillo de Meudon, tomada del lado de la entrada principal. (Grabado por Dubois). . . . 383
Espejo móvil de la emperatriz María Luisa. (Obra de Odiot y Thomire) (según el dibujo de Prud'hon) 385
Sillón y lavabo de la emperatriz María Luisa (según dibujo de Prud'hon). 387
Cuna del Rey de Roma (construida según dibujo de Prud'hon). 389
Cuna del Rey de Roma, labrada en plata dorada, concha y nácar por Odiot y Thomire, con arreglo á los dibujos de Prud'hon y Cavelier. 391
Detalle de la bóveda del comedor del palacio de las Tullerías. (Dibujo de Percier y de Fontaine). 393
Transparente colocado en la fachada del Palacio del Senado en la fiesta de recepción de la emperatriz María Luisa (según dibujo de Laffite).. 397
El rey de Roma. (Dibujo de Prud'hon, copia fotográfica de Braun, Clément y C.ª).. . 401

Capítulo XI. — EL BLOQUEO CONTINENTAL Y LA INDUSTRIA FRANCESA

PRINCIPIOS DE LA LIGA DE LOS NEUTRALES.—TIRANÍA MARÍTIMA DE INGLATERRA.—POLÍTICA ECONÓMICA Y ADUANERA DE NAPOLEÓN. — DECRETO DE BERLÍN.—DECRETO DE MILÁN.—INDUSTRIAS QUÍMICAS Y MANUFACTURERAS.

Una gran parada durante el Imperio (1810). (Cuadro de H. Bellangé, pintada la parte de arquitectura por Dauzats, existente en el Museo de Versalles) 407
Muerte de Nelson en el combate de Trafalgar. (Pinturas decorativas de Mac-Lise en el Parlamento inglés). 412

Páginas

Muerte de Nelson en el combate de Trafalgar. (Pinturas decorativas de Mac-Lise en el Parlamento inglés) 413
Diferentes proyectos concebidos para la invasión de Inglaterra (Grabado anónimo de la colección Hennin) 415
El Emperador y la emperatriz Josefina visitando las fábricas de Oberkampf en Jouy (20 de Junio de 1806). Copia de un dibujo á la aguada de Isabey, existente en el Museo de Versalles. 417
Dibujo satírico referente á los cuatro hermanos de Napoleón. «El juego de las cuatro esquinas ó los cinco hermanos.» (Grabado de la colección Hennin). 421
Caricatura de la época contra Inglaterra.—El Pasado. 423
Caricatura de la época contra Inglaterra.—El Presente. 427
Caricatura de la época contra Inglaterra.—El Porvenir. 429
El duque Dionisio Decrés, ministro de Marina y de las colonias. (Dibujo de Mme. Le Suire). 431
Triunfo de María Luisa. (Cuadro de Gros, existente en la galería de M. Moreau-Cuaslon, fotografía de Braun). 433
Apertura oficial del nuevo puerto de Cherburgo. (Dibujo de Isabey). 435
Dibujo alegórico de la libertad de los mares. (Grabado de la época). 437

CAPÍTULO XII.—CAMPAÑA DE RUSIA

ORIGEN DE LA GUERRA.—ALIADOS DEL CZAR Y ALIADOS DE NAPOLEÓN.—ASUNTOS DE TURQUÍA.—TRATADO DE BUKAREST.—PASO DEL NIEMEN —BATALLA DE LA MOSCOWA — INCENDIO DE MOSCOW.—LA RETIRADA. — PASO DEL BERESINA. — FIN DEL GRANDE EJÉRCITO.

Mapa de la campaña de Rusia. 441
Murat. (Retrato hecho por Francisco Gérard, fotografía de Braun, Clément y C.ª) . . . 443
Plano de la batalla de Borodino ó de la Moskowa. 451
Batalla de la Moskowa. Cuadro de Langlois (Juan Carlos, llamado *el Coronel*), en el Museo de Versalles, que sirvió también para uno de los panoramas de este artista. 453
Toma del reducto central, en la Moskowa. Muerte del general Juan Gabriel, conde de Caulaincourt, hermano menor del duque de Vicenzo (según un dibujo de Albrecht Adam, pintor de cámara de S. A. I. el príncipe Eugenio). 457
Incendio de Moscou. (Reproducción litográfica de un dibujo de Bacler d'Albe). . . 459
Explosión del Kremlin. (Copia de un dibujo de Martinet). 461
Campaña de Rusia. (Dibujo de Charlet). . . 465
Salida de Moscou del ejército francés en 1812. (Grabado alemán de la época, copia de un cuadro del pintor alemán Klein). . . . 469
Retirada del grande ejército francés. (Copia de un grabado alemán de la época). . . 471
Combate de Krasnoe (13 de Noviembre de 1812). (Copia de una acuarela de Simeón Fort, en el Museo de Versalles). 473
La bandera. (Copia de un dibujo y grabado de Deboucourt). 475
Retirada de Rusia. (Cuadro de Ary Scheffer). 477
Los horrores de la guerra. (Copia de un dibujo litográfico de Charlet). 481

CAPÍTULO XIII.—CAMPAÑA DE SAJONIA

LA JUVENTUD ALEMANA Y LOS QUINTOS DE 1813.—LUTZEN Y BAUTZEN.—METTERNICH Y LA INTERVENCIÓN AUSTRIACA.—DRESDE.—VITORIA.—LEIPZIG.

Cinco cosacos de la vanguardia rusa atraviesan la ciudad de Marienwerder. (Copia de un grabado alemán de la época). . . 487
Cosaco irregular llevando despachos. (Cuadro de Carlos Vernet). 489
El feld-mariscal Carlos, príncipe de Schwartzenberg y duque de Krumau. 491
Campaña de Sajonia. Los quintos de 1813. (Cuadro de Raffet, copia litográfica de Llanta) 493
El príncipe Eugenio salva la vida al coronel Kliski. (Copia del cuadro de Heideck, existente en Munich). 495
«¡Viva el Emperador!» Lutzen, 1813. (Copia de una litografía de Raffet) 497
Antonio Drouot. (Retrato hecho por Singry). 499
Paso del puente de Dresde por el Grande-Ejército (14 de Mayo de 1813). (Copia de un grabado alemán de la época). . . . 501
1813 (según una litografía de Raffet). . . . 503
Bosquejo á la aguada de Raffet. 505
M. de Metternich. 507
«¡Cerrad las filas!» (Copia de una litografía de Raffet). 509
El mariscal Victor, duque de Bellune. . . 511
Plano de la batalla de Dresde. 513
Facsímile de la última carta del general Moreau á su esposa (documento de la colección Hennin). 515
Plano de la batalla de Leipzig (llamada *batalla de las naciones*). 517
Los soberanos aliados en la batalla de Leipzig. (Copia de un cuadro de Krafft, existente en Viena). 519
El momento solemne de la batalla de Leipzig. Los soberanos aliados, de rodillas, dan gracias al Todopoderoso por la victoria alcanzada. (Copia de un grabado alemán de la época) 521
Muerte del mariscal Poniatowski al atravesar el río Elster. (Copia de un cuadro de Horacio Vernet). 523
Después del combate. (Copia de un dibujo de Raffet). 525
Batalla de Hanau (30 de Octubre de 1813). (Copia de un cuadro de H. Vernet). . . 527
Caricatura alemana de la época, que apareció con este título: *Éxito del año. A los Alemanes para 1814; feliz año nuevo.* La mano representa Inglaterra; los dedos, los Estados coligados del continente, indicados por la inicial de su nombre. . . 529

Capítulo XIV.—CAMPAÑA DE FRANCIA

LA INVASIÓN. — SITUACIÓN POLÍTICA. — BRIENNE. — MONTMIRAIL. — MONTEREAU — LAÓN. — ARCIS-SUR-AUBE. — PARÍS. — PRIMERA ABDICACIÓN.

Páginas

Llegada á París de los soldados de la guardia imperial heridos en la batalla de Montmirail (17 de Febrero de 1814). (Museo de Versalles).. 533
Vivaque de cosacos. (Cuadro de Carlos Vernet).. 535
Mapa de la campaña de Francia. 537
Fernando VII, rey de España. 539
La guerra en Francia. 1814. (Dibujo de Raffet, litografiado por Llanta) 541
Mariscal de Francia en traje de gala. (Claudio Víctor Perrin, duque de Bellune), copia del cuadro de Gros. 543
Cartón de C. L. Muller para su cuadro; *¡Viva el Emperador!* (30 de Marzo de 1814), que fué expuesto en la Exposición universal de 1855 (Museo Wicar, de Lille). . . . 545
Entrada de los prisioneros rusos en París, después de la batalla de Montmirail. (Dibujo del Museo de Versalles).. 549
¡Buenas noticias! (12 de Febrero de 1814). (Acuarela de G. Opiz, en la colección Hennin) 553
El martes de Carnaval (22 de Febrero de 1814). (Acuarela de G. Opiz, en la colección Hennin) 555
Batalla de Montereau (18 de Febrero de 1814). (Cuadro de C. Langlois). 557
Organización de la guardia nacional de París (Febrero de 1814). (Copia de una acuarela de G. Opiz, en la colección Hennin).. 561
El Cardenal Fesch, rodeado del consejo de regencia, lee á María Luisa una memoria sobre la creación de un asilo puesto bajo la protección de la Emperatriz. (Copia de un grabado de la época). 563
Vivaque de los cosacos en los Campos-Elíseos de París. (Copia de una acuarela de G. Opiz, en la colección Hennin). . . . 565
El emperador Napoleón.. 569
Napoleón en Fontainebleau (Copia de un dibujo del general Atthalin, en la colección Hennin). 571
Talleyrand-Perigord. (Cuadro de Ary Scheffer, reproducción fotográfica de Braun). 573
De alto abajo... ó las causas y los efectos. (Caricatura de la época). 577
Napoleón I, en el patio del palacio de Fontainebleau, despídese de los soldados de la guardia y abraza la bandera. (Copia del cuadro de Horacio Vernet, dibujo y grabado de Couché hijo) 581
Descensión de la estatua de Napoleón de la columna triunfal de la plaza de Vendôme. (Copia de un dibujo de G. Opiz). 583
Muerte de la emperatriz Josefina, en La Malmaison (según el dibujo y la litografía de Tirpenne y Monthelier, en la colección Hennin). 585

Capítulo XV.—LA ISLA DE ELBA Y LOS CIEN DÍAS

GOBIERNO DE NAPOLEÓN EN LA ISLA DE ELBA. — REGRESO DE NAPOLEÓN. — ACTA ADICIONAL. — WATERLOO. — SEGUNDA ABDICACIÓN.

Páginas

Vista de Porto-Ferrajo. (Copia de un grabado de la época).. 591
Mapa indicador de la marcha de Napoleón sobre París en 1815. 593
Entrada de Napoleón en Lyón, el 10 de Marzo de 1815. (Copia de un dibujo de J. M. Jacomin). 595
La partida del Rey, el 19 de Marzo de 1815. (Copia de un dibujo de Heim, grabado por Couché hijo) 596
Regreso de Bonaparte, el 20 de Marzo de 1815. (Copia de un dibujo de Heim, grabado por Couché hijo). 597
La fiesta del campo de Mayo. (Copia de un grabado anónimo de la colección Hennin). 601
Mapa general de la campaña de 1815.. . . 603
Plano de la batalla de Waterloo. 605
Napoleón en Mont-Saint-Jean. (Copia de un cuadro de Steuben). 607
Última carga de los lanceros rojos en Waterloo. (Copia de una litografía de Raffet). 609
«¡Media vuelta á la izquierda! .. ¡Preparen!, ¡fuego!, ¡carguen!» Waterloo. 18 de Junio de 1815, á las seis de la tarde. (Copia de una litografía de Raffet). 610
Waterloo (18 de Junio de 1815). (Copia de una litografía de Raffet). 611
Retirada del batallón sagrado en Waterloo. (Copia de una litografía de Raffet).. . . 612
«Los soldados gruñían, pero le seguían siempre.» (Copia de una litografía de Raffet).. 613
Entrevista de Wéllington y de Blucher en la granja «La Bella-Alianza» (Cuadro mural de Mac Lise en el Parlamento inglés). 614
Entrevista de Wéllington y de Blucher en la granja «La Bella-Alianza.» (Cuadro mural de Mac Lise en el Parlamento inglés). 615
El soldado de Waterloo. (Copia de un cuadro de Horacio Vernet).. 616
El campo de batalla de Waterloo. (Cuadro de Turner). 617
Napoleón en la noche de Waterloo. (Copia de un croquis de Charlet, fotografía de Braun).. 618
Waterloo, 1815. (Copia de un dibujo de Raffet, litografiado por Llanta). . . . 619
«¡La guardia muere, pero no se rinde!» (Dibujo de Horacio Vernet). 621
Los manes de Waterloo. (Croquis á la pluma de Raffet) 622
Vista actual de la llanura de Waterloo. . . 623
Las tropas prusianas impiden á los diputados penetrar en el palacio Borbón (8 de Julio de 1815). (Copia de un dibujo de Bovinet, en la colección Hennin) 625
Tabaquera *del sombrerito* (tomada como emblema sedicioso desde 1815). 627

CAPÍTULO XVI. — SANTA ELENA

EL CAUTIVERIO. — MUERTE DE NAPOLEÓN

Páginas

Embarque de Napoleón á bordo del *Bellerophon*. 631
Napoleón transbordado del *Bellerophon* al navío *Northumberland*.. 633
Santa Elena. Vista de Jamestown.. . . . 635
Vista de Longwood, tomada desde la granja de Balcombe. (Copia de un grabado inglés). 637
Vista de Longwood. Croquis del natural (Santa Elena, 1820). 639
Monumento sepulcral erigido á la emperatriz Josefina por sus hijos Eugenio y Hortensia Beauharnais, en la iglesia de Rueil. . 641
5 de Mayo de 1821! La oración del veterano. (Copia de una litografía de Charlet). . . 643
El peñasco de Santa Elena. (Dibujo alegórico de Horacio Vernet. 645

Páginas

La tumba de Napoleón, en Santa Elena . . 647
Santa Elena.—El cuerpo de Napoleón abandona la tierra del desierto (16 de Octubre de 1840). (Litografía de Monthelier). . . 649
El despertar. (Copia de una litografía de Raffet).. 650
La revista nocturna. (Copia de una litografía de Raffet). 651
Los funerales del Emperador.—Paso del cortejo por los Campos Elíseos (15 de Diciembre de 1840).. 652
El triunfo de Napoleón. (Plafón de Ingres en el antiguo Palacio Municipal de París, fotografía de Braun). 653
La silueta de Napoleón entre los sauces de su tumba. (Tabaquera histórica de la colección de M. Maze) 654
Mascarilla de Napoleón después de su muerte. (Miniatura de Hervet, tabaquera histórica de la colección de M. Maze). . . . 655

ÍNDICE DE LÁMINAS

	Páginas
Portada	1
Batalla de Austerlitz (2 de Diciembre de 1805). (Cuadro de Gerard, en el Museo de Versalles, tomado de un grabado de Couché hijo y Bovinet)	56
Batalla de Eylau. (Cuadro de Gros, en el Museo del Louvre)	96
La infantería de París delante de Witepsk. (Cuadro de Horacio Vernet, copia de un grabado de Jazet)	450
Retirada de Rusia. (Cuadro de Yvon, en el Museo de Versalles)	474
El mariscal Moncey en la barrera de Clichy. (Cuadro de Horacio Vernet, en el Museo del Louvre, grabado por Jazet)	570
Batalla de Waterloo (18 de Junio de 1815). (Cuadro de Steuben, grabado por Jazet)	612

Establecimiento Tipolitográfico de [illegible] S. en C., editores — Barcelona.

B.P. de Soria
61182695
DR 7846





NAPOLEON
Y
SU TIEMPO



EL
IMPERIO



DR
7846

SALVAT EDITORES S.A.